

THEODOR MOMMSEN

HISTORIA DE ROMA

LIBRO V. FUNDACIÓN DE LA
MONARQUÍA MILITAR



Lectulandia

El cuarto y último volumen de la *Historia de Roma* trata de la fundación de la monarquía militar.

Comienza con la serie de golpes de Estado y de revoluciones que terminaron en la dictadura de Sila, para continuar con el ascenso de Pompeyo y su actuación en las campañas militares en Oriente y, por último, con la hegemonía de César, la conquista de las Galias y el avance de las fronteras de los dominios romanos en Occidente.

Las páginas dedicadas al análisis de las guerras civiles y al papel de los líderes políticos, en especial de César, se cuentan entre las más brillantes y polémicas de esta obra monumental.

Lectulandia

Theodor Mommsen

Historia de Roma

Libro V

Fundación de la monarquía militar

ePub r1.0

liete 13.09.13

Título original: *Römische Geschichte*
Theodor Mommsen, 1856
Traducción: Alejo García Moreno, 1876

Editor digital: liete
Primer editor: Macphist
Editor colaborador: Pepotem2
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LIBRO QUINTO

FUNDACIÓN DE LA MONARQUÍA MILITAR

A Otto Jah^[],
en prueba de buena, antigua y fiel amistad*

I

MARCO LÉPIDO Y QUINTO SERTORIO

LA OPOSICIÓN. LOS JURISTAS. LA ARISTOCRACIA REFORMISTA. LOS DEMÓCRATAS

A la muerte de Sila (año 676), la oligarquía restaurada dominaba con un poder absoluto en el Estado romano; pero como la había fundado la fuerza, la necesitaba para sostenerse contra sus numerosos adversarios ocultos o declarados. Enfrente no tenía solo un partido con un fin y un color determinados, y con sus jefes reconocidos; además, tenía que habérselas con una masa compuesta de los más heterogéneos elementos, a la que en conjunto se daba el nombre de partido popular, pero cuya oposición contra el sistema constitucional de Sila variaba profundamente en sus motivos y en sus miras. En él se contaban a los hombres del derecho positivo, ignorantes e inactivos en política, pero que execraban a Sila y su arbitrariedad respecto de la vida y de la propiedad de los ciudadanos. Viviendo aún el dictador, y cuando toda oposición permanecía muda, habían levantado la cabeza los austeros juristas. En efecto, más de una sentencia judicial había negado su sanción a las Leyes Cornelianas cuando estas, por ejemplo, quitaban el derecho de ciudad a algunas comunidades itálicas, mientras que, por otra parte, habían mantenido en sus derechos al ciudadano prisionero de guerra o vendido como esclavo en el transcurso de la revolución. También en la oposición se contaban los restos de la antigua minoría liberal del Senado, aquella que había trabajado ya en otro tiempo para conseguir una transacción entre el partido reformista y los itálicos. Análogas eran sus tendencias en la actualidad, pues hubiera querido mitigar los rigores de la constitución oligárquica silana con oportunas concesiones hechas a los populares. Venían después los demócratas propiamente dichos, los de creencias radicales pero honradas y circunscritas, que se jugaban su cabeza y sus bienes por una palabra de orden y programa del partido. Sin embargo, a ellos les estaba reservada la sorpresa de ver, al día siguiente de la victoria, que habían luchado no por una causa, sino por una frase vacía. Su gran caballo de batalla era el restablecimiento del poder tribunicio que Sila no había suprimido en realidad, pero al que había despojado de sus atributos esenciales. El nombre del tribunado del pueblo electrizaba a las masas y les producía un misterioso encanto, tanto más poderoso cuanto que la institución había quedado por sí misma sin utilidad práctica: espectro vano, que diez siglos más tarde será suficiente para hacer una revolución. Por último, estaban en la oposición las clases ricas y notables a las que la restauración no había dado una satisfacción completa, o a las que había perjudicado en sus intereses políticos y privados.

LOS TRANSPADANOS. LOS EMANCIPADOS LOS CAPITALISTAS

De este modo se iban uniendo a la oposición las poblaciones numerosas y ricas de la región entre el Po y los Alpes. El haber ganado en el año 665 el derecho latino no era para ellas más que una pequeña suma dada a cuenta del completo derecho de ciudadanía; por lo tanto, la agitación tenía allí siempre dispuesto el terreno. Por lo demás, entre los opositores se encontraban también los emancipados, influyentes por su número y su riqueza, y muy peligrosos por estar reconcentrados en la capital: ellos no perdonaban a la restauración el haberlos anulado por completo. Estaban asimismo los hombres de la alta banca, por decirlo así, quienes se mantenían en una prudente tranquilidad, pero guardaban sus tenaces rencores con su poder no menos tenaz.

LOS PROLETARIOS DE ROMA. LOS EXPROPIADOS. LOS PROSCRITOS Y SUS ADEPTOS. LA GENTE ARRUINADA. LOS AMBICIOSOS

Las masas estaban a su vez descontentas porque no veían la libertad más que en los beneficios de la anona. Sin embargo, donde se ocultaba la guerra más encarnizada era en las ciudades a las que habían alcanzado las confiscaciones de Sila; ya fuera porque en algunos sitios los expropiados tuviesen que vivir reunidos dentro de los mismos muros, o en sus mermados dominios, con los colonos del dictador y expuestos a eternas querellas; o que ocurriese lo que a los arretinos y volaterranos, quienes, si bien habían conservado su territorio, veían suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles de las confiscaciones en nombre del pueblo romano; o que finalmente, como en Etruria, tuviesen que andar errantes como mendigos alrededor de sus antiguas fincas y moradas, o como ladrones en medio de las selvas. Por último, todos los jefes demócratas a quienes había decapitado la restauración, que andaban errantes y miserables, emigrados en las costas de Mauritania, o seguían a la corte o al ejército de Mitrídates, habían dejado detrás de sí a sus parientes, sus emancipados, la levadura de la venganza. Según las ideas políticas del tiempo, influidas por las afinidades exclusivistas de la familia, era un deber de honor^[1] el trabajar con todas sus fuerzas para que los parientes fugitivos volviesen a su patria. En cuanto a los muertos, importaba mucho abolir la nota de infamia que iba unida a su memoria y a la persona de sus hijos, y que se les restituyesen a ellos sus bienes. Los hijos de los proscritos, sobre todo, degradados por la ley del regente y reducidos al estado de parias políticos (volumen III, libro cuarto, pág. 276), tenían en esta misma ley el perpetuo motivo que los incitaba a la insurrección contra el actual orden de cosas. Agréguese a todas estas facciones la enorme masa de las familias arruinadas. La muchedumbre alta o baja,

que no pensaba ni deseaba otra cosa que los goces refinados de la vida o las orgías del común del pueblo; los nobles a quienes no gustaba más que contraer deudas; los mismos soldados de Sila, a quienes una palabra de su jefe había convertido en propietarios pero no en labradores, y que, una vez que habían consumido la herencia de los proscritos, deseaban nuevos trastornos de los que pudiesen sacar provecho: todos estaban esperando la señal de combate contra el régimen presente, a pesar de que algunos escritores hayan asegurado lo contrario. La misma necesidad impelía hacia la oposición a todos los ambiciosos de talento, a todos los cortesanos de popularidad, y a todos aquellos a quienes la cerrada cohorte de los optimates negaba un puesto en sus filas, o impedía su rápida elevación. Así, rechazados violentamente de la falange, intentaban quebrantar con el favor del pueblo las leyes de la oligarquía exclusivista y la regla de la antigüedad. También estaban todos aquellos para quienes, en sus elevadas ilusiones, no era bastante el ser admitidos a gobernar el mundo en los consejos de un cuerpo deliberante, y ellos eran mucho más peligrosos. Aun cuando vivía Sila, en la tribuna de los abogados, único terreno que dejó abierto a la oposición legal, ya resonaba la ardiente palabra de los ambiciosos candidatos que llevaban en la mano el arma del formalismo jurista, y lanzaban contra la restauración los acerados dardos de su palabra. Entre estos se encontraba el gran orador Marco Tulio Cicerón (que nació el 3 de enero del año 648), hijo de un labrador de la aldea de Arpinum. Prudente y atrevido a la vez en su oposición contra el dictador, se había creado rápidamente un gran nombre. Semejantes aspiraciones no hubieran sido temibles mientras el héroe no pusiese sus miras más que en una silla curul, y quedase satisfecho con tomar posesión de ella al fin de sus días. Pero el reposo honorífico no podía bastar a un agitador popular; desde el momento en que Cayo Graco necesitó un sucesor, fue también necesario que se librara un combate a muerte. Sin embargo, todavía no se había pronunciado ningún nombre; nadie había revelado tan vastas aspiraciones.

PODER DE LA OPOSICIÓN

Tal era la oposición contra la que tenía que luchar el gobierno oligárquico instituido por Sila. La muerte del regente había dejado el gobierno abandonado a sus propias fuerzas, antes de lo que su autor había seguramente pensado. Tenía una misión difícil, y las dificultades se agravaban mucho más por las miserias políticas y sociales de los tiempos. ¿Cómo mantener sumisos a la autoridad civil central a los jefes militares de las diversas provincias? Desprovistos como estaban de fuerza armada en Roma, ¿cómo tener a raya la multitud sin nombre de los inmigrantes itálicos y extraitálicos, y las innumerables bandas de esclavos que vivían libres de hecho? La tarea era muy

ardua: el Senado estaba como atrincherado en una ciudadela expuesta y amenazada por todos lados, y a la que se iban a dar inmediatamente formales asaltos. Sin embargo, Sila no había omitido los medios de una poderosa y sólida resistencia. La mayoría de la nación se mostraba evidentemente poco favorable y hostil, si se quiere, al gobierno constituido por el dictador; pero este gobierno podía sostenerse por mucho tiempo, haciendo frente a masas confusas y tumultuosas, a una oposición que no veía claramente su camino ni su fin, y que al no tener una cabeza iba fraccionándose hasta el infinito. Pero para resistir se necesitaba ante todo querer hacerlo, como para defender la plaza se necesitaba siquiera una chispa de aquella poderosa energía que la había edificado. En vano el más hábil ingeniero daría profundos fosos y poderosos muros a una guarnición que no quisiera defenderse.

CARENCIA DE JEFES. LAS CAMARILLAS. CETEGO FILIPO. METELO, CATULO Y LOS LÚCULOS

El porvenir iba por fin a depender de los hombres que debían estar al frente de los dos partidos, pero desgraciadamente en ambos faltaban hombres y jefes. Toda la política de entonces obedecía a la influencia deplorable de las camarillas. No era esto una cosa nueva: quien dice Estado aristocrático, dice también familias y grupos exclusivistas. En Roma era secular su preponderancia; pero en los tiempos que vamos historiando es cuando adquirieron mayor poder y prestigio, y cuando por primera vez su imperio se midió por las mismas leyes destinadas a refrenarlos. Todos los personajes notables, populares u oligarcas puros, se aliaron en heterias. En cuanto a la masa de los ciudadanos, los que toman regularmente parte en los negocios políticos, ellos también se organizaron en circunscripciones electorales, en cofradías cerradas y casi militares, con sus jefes e intermediarios tomados entre los principales o escrutadores de las tribus (*divisores tribuum*). Todo era venal en aquellos clubes políticos: primero el voto de elector, después el del senador y el del juez, y hasta el brazo del pugilista callejero y el jefe de motín que lo guiaba. Solo la tarifa variaba entre los grandes y los pequeños. La heteria decide la elección, ordena la acusación, guía la defensa, gana al abogado de nombradía, y en caso de necesidad negocia con el empresario que trafica en gran escala los votos de los jueces. La heteria tiene sus bandas y sus falanges; con ellas es dueña de las calles y a veces hasta del Estado. Todos estos excesos se cometían regular y públicamente. Las heterias tenían una organización más perfecta que tal o cual rama de la administración pública; y si, como es costumbre entre bellacos bien educados, se entendían sin decir una palabra sobre todas estas prácticas criminales, nadie las ocultaba. Los mejores abogados hacían en voz alta alusiones patentes a sus relaciones con las heterias, a las que sus

clientes estaban afiliados. Si por casualidad se encontraba un hombre que permanecía puro a pesar de tomar parte en la vida pública, como Marco Catón, por ejemplo, lo consideraban todos como una especie de don quijote político. Los clubes y sus intrigas habían reemplazado a los partidos y sus luchas. Fue entonces cuando apareció un Publio Cetego, personaje de carácter equívoco, marianista de los más ardientes en un principio, tráfuga recibido después por Sila, y que desempeñaba en la actualidad uno de los papeles más importantes. Era un orador y mediador hábil, y se agitaba entre las facciones diversas del Senado; poseía la llave de todos los secretos y de todas las cábalas políticas; muchas veces, una sola palabra de Præcia, su dama, decidía el nombramiento para los altos cargos del Estado. Para llegar hasta aquí era necesario que en las filas de los hombres de acción no hubiese uno que pasase la línea común. En cuanto se presente un talento excepcional romperá como telas de araña estas miserables facciones; pero en Roma todavía no había ninguna de esas capacidades políticas o militares. Las guerras civiles no habían dejado de la antigua generación más que un solo hombre notable, el viejo Lucio Filippo (cónsul en el 663). Prudente y hábil, adepto primero al partido popular (volumen III, libro cuarto, pág. 146), más tarde jefe del partido capitalista amotinado contra el Senado, afiliado luego a los marianistas, y vuelto al campo de la oligarquía victoriosa a tiempo para recoger en él honra y provecho, había sobrenadado en el conflicto de los partidos. Por lo demás, a los hombres de la generación siguiente es a quienes habían pertenecido los más notables personajes de la aristocracia pura: Quinto Metelo Pío (cónsul en el 674), compañero de peligros y de gloria de Sila; Quinto Lutacio Catulo, cónsul en el año de su muerte (676) e hijo del vencedor de Berceil, y los dos jóvenes capitanes, los hermanos Lucio y Marco Lúculo, que se habían distinguido a las órdenes de Sila, el primero en Asia y el segundo en Italia. Paso en silencio a muchos optimates como Quinto Hortensio, importante solo como abogado; a Décimo Junio Bruto (cónsul en el año 677) y a Marco Emilio Lépido Liciniano (cónsul también en 677). Ellos fueron puras nulidades que no tenían más que un nombre sonoro y aristocrático. Los cuatro personajes primeramente citados no se elevaban tampoco muy por encima del común de los hombres de la facción nobiliaria. Como su padre, Catulo era un hombre cortés y aristócrata honrado, pero sin gran talento militar. Metelo merecía personalmente estimación por su excelente carácter, y era además buen capitán y soldado experimentado. Al salir del consulado, en el año 675, cuando los lusitanos, unidos con los emigrados romanos que seguían a Quinto Sertorio, acababan de levantar nuevamente la cabeza, había sido enviado a España no tanto a consecuencia de su inmediato parentesco y sus relaciones con el regente, como por su mérito públicamente reconocido. También los dos Lúculos eran buenos oficiales. Sobre todo el mayor, Lucio, unía a un verdadero talento militar la más exquisita cultura literaria y el buen gusto de un excelente escritor. Como hombre tenía el sentimiento del honor,

pero, en el terreno de la política, estos corifeos de la aristocracia carecían de vigor y tenían miras tan cortas como el común de los senadores. Bravos frente a los enemigos exteriores, no estaban dispuestos a arrojarse en el movimiento de la política, ni eran capaces de coger el timón y conducir la nave del Estado con seguridad en este agitado mar de intrigas y facciones. Toda su sabiduría consistía en conservar pura la ortodoxia de su creencia oligárquica, y, considerando que esta era su panacea universal, aborrecían por completo la demagogia y la maldecían atrevidamente como a toda fuerza que osaba emanciparse. Sin embargo, bastaba poco para satisfacer su insignificante ambición. Tampoco hay que creer tantas historietas como hay en los libros, como por ejemplo todo lo que se refiere a la permanencia de Metelo en España: sus necias debilidades por la ruda lira de los poetas asalariados del país, las libaciones de vino que se le ofrecían, aquel incienso quemado a su paso como delante de un dios, o aquellas «victorias» que se colocaban sobre su cabeza cuando estaba en la mesa y lo coronaban de laureles al ruido de la tempestad. Verdaderas o falsas, estas consejas pintan vivamente las vanidades en que se complacían los degenerados epígonos de las valientes razas antiguas. Los mejores entre ellos se daban por satisfechos cuando habían conquistado, no el poder y la influencia, sino el consulado o el triunfo y un puesto de honor en la curia. Cuando sonaba la hora de la ambición seria y honrosa, cuando hubieran debido venir en ayuda de la patria o de su partido, se retiraban de la escena política e iban a corromperse en un lujo de príncipes. ¿Qué pensar de estos hombres, de Metelo y de los Lúculos, cuando se los ve hasta en los campamentos, cuyos jefes son, cuidarse menos de extender las fronteras del Imperio y de someter a reyes y pueblos a la voluntad de Roma, que de completar las largas listas de manjares de aves y de postres de un gastrónomo romano, y hacer que se anoten en ellas los más delicados, exquisitos e importados platos de Asia Menor y de África? ¿Qué pensar cuando se los ve malgastar la mejor parte de su vida en el ocio de su retiro? ¿Qué se ha hecho de aquellas tradiciones de habilidad y de sacrificio individual, que eran el firme asiento del régimen oligárquico? Una vez caída y artificialmente restaurada, la aristocracia romana las ha perdido para siempre. Sustituye el patriotismo con el espíritu de pandillaje; la ambición con la vanidad; la consecuencia con la estrechez de miras. En manos de mejores guardianes, tales como los individuos del colegio de los cardenales de la Roma católica, o del tribunal de los diez, en Venecia, quizá no hubiera caído tan pronto la constitución de Sila ante los golpes de la oposición.

POMPEYO

Entre los personajes que no eran ni partidarios absolutos ni enemigos declarados de la

constitución de Sila, no había ninguno que atrajese tanto las miradas de las masas, en el momento en que murió el ex regente, como el joven Gneo Pompeyo, de 28 años. Esta admiración, por más que fuese natural, fue un mal para él y para los que la sentían. Sano de cuerpo y de espíritu, era un gimnasta hábil que disputaba al simple soldado el premio del salto, de la carrera y del disco cuando ya era oficial superior; asimismo era un jinete hábil y fuerte, diestro para esgrimir una espada y muy audaz a la cabeza de sus voluntarios. En una edad en que no podía aún aspirar a los grandes cargos, ni aun al del Senado, había sido saludado *imperator* y había obtenido el triunfo. La opinión le había asignado el primer puesto después de Sila; y el mismo regente, en parte por convicción y en parte por ironía, le había permitido que tomase el sobrenombre de Grande. Por desgracia su genio no rayaba la altura de su prodigiosa fortuna. En realidad no era malvado ni incapaz, no era más que un hombre ordinario; la naturaleza lo había creado para ser un buen subalterno, pero las circunstancias habían hecho de él un general y un hombre político. En él se veía el militar, el soldado inteligente, bravo, experimentado, excelente en fin, pero sin vocación más alta. Como general de ejército, en el campo de batalla o en cualquier otra parte procedía siempre con una prudencia tan extremada que casi rayaba en la pusilanimidad. Solo daba el golpe decisivo cuando tenía conciencia de una gran superioridad. Su educación había sido la de todos los romanos de su siglo. Como hombre de espada, cuando llegó a Rodas no compró a los retóricos su tributo de admiración. Tenía la probidad del rico, que sabe arreglar bien los asuntos de su casa con ayuda de su gran fortuna heredada o adquirida. No desdeñaba hacer dinero, según el método usado entonces entre los senadores; pero, frío por temperamento y muy rico, no llegaba a abarcar especulaciones peligrosas y a cargar con la responsabilidad de grandes escándalos. Su renombre de probidad y de desinterés, renombre merecido al juzgarlo en relación con los demás, lo debió más bien a los vicios de sus contemporáneos que a su virtud personal. Era cosa casi proverbial la «honradez de Pompeyo»; y hasta después de su muerte se ensalzaban la sabiduría y la dignidad de sus costumbres. En realidad fue un buen vecino: no se entregó a las prácticas repugnantes de los grandes de Roma que extendían sus dominios mediante ventas forzadas, o por otros medios aún peores contra los poseedores limítrofes. En su casa fue buen marido y buen padre; y digamos en fin, en su honor, que, cuando en sus triunfos llevó consigo reyes y generales cautivos, no hizo que los matasen después según la bárbara costumbre de sus predecesores y de algunos de sus sucesores. Pero cuando Sila lo disponía, como era su señor y su maestro, se separaba inmediatamente de una esposa amada, cuyo crimen era el de pertenecer a una familia que había caído en desgracia. A la menor señal de Sila, nuestro héroe hacía asesinar a sangre fría, y en su presencia, a los hombres que en tiempos difíciles habían marchado a su lado (volumen III, libro cuarto, pág. 352). No era cruel, como se ha dicho, sino frío,

insensible, sin pasión hacia el bien ni hacia el mal, cosa que es peor. Si en medio de la batalla se lanzaba intrépido sobre el enemigo, en la vida civil, en cambio, era pusilánime y se lo veía cambiar de color por la cosa más insignificante. Hablaba en público con cierto embarazo, y era afectado y torpe en las relaciones sociales. Aun con todas sus altanerías y sus alharacas de independencia, nunca fue más que un dócil instrumento en manos de cualquiera que supiera manejarlo; incluso a veces fue guiado por sus emancipados y sus clientes, cuando no temía tener que obedecerlos. En suma, no había nacido con dotes de hombre de Estado. Incertidumbre en los fines, indecisión en la elección de medios, estrechez de miras en las circunstancias grandes o pequeñas: tales eran las causas de su debilidad. Permanecía perplejo, disfrazando su irresolución y su turbación bajo la solemne capa del silencio, y, cuando al fin se decidía a obrar, se engañaba a sí mismo y creía que engañaba a los demás. Su situación militar y sus relaciones en la provincia, casi sin que él trabajase en ellas, le valieron un partido adicto a su persona, considerable y propio para llevar a cabo cosas más grandes. Pero desde ningún punto de vista supo reunirlos ni guiarlos; y, si un día se verificó esta reunión, no la consiguió él, sino que fue cosa de las circunstancias. Como en muchas otras cosas, en esto me recuerda a Mario, el rudo campesino, apasionado y sensual, insoportable tanto como esta tosca imitación de gran hombre. En política, la posición de Pompeyo era sumamente falsa. Como oficial del ejército de Sila debía luchar a favor de la constitución restaurada; y, sin embargo, hizo una oposición personal a Sila y con él a todo el régimen senatorial. A los ojos de la aristocracia, aún no era del todo aceptable la familia de los pompeyanos, inscrita por primera vez en los fastos consulares hacía apenas unos sesenta años. Por lo demás, el padre de Gneo había jugado frente al Senado un papel odioso y equívoco; y hasta al mismo Pompeyo lo hemos visto en las filas de los partidarios de Cina. No se hablaba ya de estos recuerdos, pero no por eso se borraban. La gran fortuna conquistada por Pompeyo durante el régimen de Sila, al mismo tiempo que lo unía exteriormente a la facción aristocrática, en el interior suscitaba grandes antipatías. Tenía débil la cabeza; y al ser transportado rápidamente y sin trabajo al pináculo de la gloria, se apoderó de él el vértigo. Como si él mismo hubiera querido burlarse de su prosaica figura, se atrevió a compararla con la del más noble y poético de los héroes, con la de Alejandro Magno. Según él no estaba bien visto que ocupase solo un lugar entre los quinientos senadores de Roma. Y, sin embargo, a ninguno le hubiera convenido con más exactitud que a él el papel de simple miembro de la asamblea directora en un puro régimen aristocrático. Si hubiera vivido doscientos años antes, la dignidad de su presencia y su formalismo solemne, su bravura individual y la probidad de su vida privada, todo, hasta su falta de iniciativa, le hubiera asegurado quizás un honroso puesto al lado de Quinto Máximo y de Publio Decio. Su misma medianía, verdadera virtud del optimate romano, contribuyó mucho a la afinidad que un día se estableció

entre él y la masa del pueblo y del Senado. Incluso en su siglo le estaba destinado un papel importante, si hubiera sabido contentarse con no ser más que el general del Senado, pues este era su verdadero destino. Pero su ambición iba más lejos y dio caída tras caída por haber querido elevarse más de lo que buenamente podía. Soñando solo con subir un pedestal, un día se le presentó por delante y no se atrevió a escalarlo; su rencor fue muy profundo cuando los hombres y las leyes no lo sometieron a discreción. Sin embargo afectaba una modestia que no siempre era fingida, pues era un ciudadano entre millares de iguales, y temblaba ante el más leve pensamiento de un acto contrario a la constitución. Así pues, siempre frío con la oligarquía, y a la vez siempre su humilde servidor, torturado constantemente por una ambición que se espantaba de sus propias miras, Pompeyo estaba condenado de antemano a las contradicciones continuas e interiores de una vida triste, laboriosa e inútilmente agitada.

CRASO

Tampoco puede clasificarse a Craso entre los puros partidarios de la oligarquía. También es él una de las figuras más características de aquel siglo. Como Pompeyo, a quien llevaba algunos años, pertenecía a la sociedad de la alta aristocracia romana: había recibido la educación habitual de su casta, y había combatido, también como aquel, a las órdenes de Sila en la guerra de Italia. En cuanto a dones de entendimiento, a cultura literaria y a talentos militares, quedaba por detrás de sus pares, pero los superaba por su actividad infatigable y su tenaz deseo de poseerlo todo y de destacarse en todas las cosas. Se entregó por completo a las especulaciones. La adquisición de tierras por compraventa durante la revolución fue la base de su enorme fortuna, pero no despreció los demás medios de enriquecerse; levantó en la capital grandiosas construcciones y participó, a través de sus emancipados, en las sociedades y en las compañías comerciales. Tuvo banca en Roma y en las provincias con o sin el concurso de su gente; prestó dinero a sus colegas senatoriales; emprendió por su cuenta y oportunamente las obras públicas; o bien compró los tribunales de justicia. Con tal de ganar, abandonaba todos los escrúpulos. En tiempo de las proscripciones de Sila, fue un día acusado de haber falsificado las terribles listas, y, desde esta fecha, el dictador no quiso emplearlo en los asuntos de Estado. Por más que resultase falso un testimonio en que él había sido nombrado heredero, no por eso dejaba de serlo, y cerraba los ojos cuando su administrador expulsaba a los dueños de las tierras colindantes por vía de hecho o de usurpación tácita. Por otra parte, atento a no entrar en lucha abierta con el juez, sabía vivir con sencillez, como verdadero hombre de dinero que era. De este modo es como se vio, en pocos años, que, de no poseer en un

principio más que un patrimonio senatorial ordinario, acumuló inmensos tesoros. Poco antes de su muerte, a pesar de los gastos imprevistos e inauditos que había hecho, su fortuna era valuada en ciento setenta millones de sestercios. Se había convertido en el particular más opulento de Roma, y se lo consideraba como una potencia política. Si era verdad, según él decía, que solo podía llamarse rico aquel cuyas rentas eran suficientes para mantener un ejército en pie de guerra, es necesario convenir en que, en aquellos momentos, este hombre no era un simple ciudadano. En efecto, Craso aspiraba a algo más que a ser dueño de la caja mejor provista de Roma. Nada escatimaba para extender sus relaciones: sabía llamar y saludar por su nombre a todos los ciudadanos de Roma, y nunca se negó a defender en la justicia al que invocaba su auxilio. ¿Qué importa que la naturaleza le hubiese negado cualidades de orador, y que su palabra fuese árida, su estilo monótono y su oído duro? Siendo tenaz en sus opiniones, poco aficionado a los placeres y sin que nada lo arredrara, superaba todos los obstáculos. No se dejaba sorprender y no improvisaba nunca, pero era consultado a todas horas y siempre estaba dispuesto. Pocas causas le parecían malas, y para obtener el éxito ponía en juego tanto los recursos de la abogacía como la influencia de sus relaciones, y, en caso necesario, hasta compraba a los jueces con dinero. La mitad de los senadores lo tenían por acreedor. Por otro lado, disponía de una masa de hombres notables que se hallaban bajo su dependencia y tenía por costumbre prestar sin interés «a sus amigos», aunque estos préstamos eran reembolsables a su voluntad. Hombre de negocios, ante todo, prestaba sin distinción de partidos, ponía mano en todos los campos y daba de buen grado crédito a todo el que podía pagarle, o serle útil en algo. En cuanto a los agitadores, aun los más atrevidos, aquellos cuyos ataques a nadie perdonaban, se guardaban mucho de venir a las manos con Craso: se lo comparaba con el toro, a quien siempre es peligroso irritar. No hay que decir que un hombre colocado en esta posición no aspiraba a un fin modesto; de más talento que Pompeyo, sabía exactamente, como sabe todo buen banquero, cuál era el fin de sus especulaciones políticas y qué elementos podía poner en juego. Desde que Roma fue Roma, los capitales siempre desempeñaron el papel de un poder en el Estado, pero en la actualidad se alcanzaba todo con el oro lo mismo que con el acero. Durante la revolución, la aristocracia del dinero había podido pensar en destruir la oligarquía de las antiguas familias; ahora también Craso podía aspirar a algo más que a ser precedido por las haces del lictor o a adornarse con el manto bordado del triunfador silano. Al principio marchó con el Senado, pero era demasiado buen banquero como para entregarse a un solo partido y no seguir otro camino que el de su interés personal. Sin embargo, ¿por qué este hombre, el más rico, el más intrigante de los romanos, que además no era avaro y sabía aventurar mucho, por qué, repito, no aspiró a una corona? Tal vez porque reducido a sus propias fuerzas no le sería dado conseguir su fin; pero, puesto que había acometido muchas veces grandes

empresas y formado vastas asociaciones, ¿acaso no podía echar mano para esta de alguno de sus adictos que le fuese útil? Fue entonces cuando se vio a Craso, mediano orador y capitán, político activo pero sin energía, codicioso pero sin ambición, que no se recomendaba por nada sino por su colosal fortuna y su habilidad comercial, extender por todas partes sus inteligencias, acaparar la omnipotente influencia de las camarillas y de los intrigantes, estimarse un igual a los más grandes generales y hombres de Estado de su siglo, y finalmente disputarles la más alta palma a la que puede aspirar el ambicioso.

LOS JEFES DE LA DEMOCRACIA CÉSAR. LÉPIDO

En el campo de la oposición democrática, tanto entre los conservadores liberales como entre los populares, la tempestad revolucionaria había causado terribles bajas. Entre los primeros solo había quedado un personaje notable: Cayo Cotta (de 630 a 681), amigo y aliado de Druso. Desterrado por esta causa, en el año 663 había vuelto a su patria a consecuencia de las victorias de Sila (volumen III, libro cuarto, pág. 368). Era un hombre prudente y un buen abogado, pero como mucho llamado a formar honrosamente en segunda fila, ya fuera que se lo considerase como hombre de partido o que se pesase su mérito personal. Por otro lado, entre los demócratas de la generación joven había un hombre que atraía las miradas de todos, amigos y enemigos. Cayo Julio César (que nació, según parece, el 12 de julio del año 652), que para entonces contaba con veinticuatro años^[2]. Muchos eran los motivos de la admiración: su alianza con Mario y Cina (la hermana de su padre se había casado con Mario, y él era yerno de Cina); su valiente negativa a enviar a su joven esposa Cornelia la carta de repudio que Sila le dictaba, siendo aún adolescente, mientras que Pompeyo se había apresurado a someterse a esta exigencia, y su temeraria persistencia en conservar el sacerdocio que Mario le había dado, y que Sila quería quitarle. Pero también lo eran su vida errante para librarse de las amenazas del dictador, de las que lo preservaron con mucho trabajo las gestiones y ruegos de su familia; su bravura en los combates delante de Mitelene y en Cilicia, bravura que nadie esperaba tratándose de un joven educado con delicadeza y con los hábitos afeminados de un «señorito», y la expresión de Sila, que veía muchos Marios ocultos bajo aquella túnica mal ceñida. Todo esto lo recomendaba poderosamente ante los ojos de los demócratas, pero César no ofrecía más que esperanzas para el porvenir. Respecto del presente, los hombres que por su edad o por su posición en el Senado estaban llamados a dirigir el partido y a hacerse dueños del gobierno de la nación habían muerto o se hallaban en el destierro. A falta de un hombre que desempeñase este gran papel, la dirección de la democracia pertenecía al primero que se erigiera en

representante de los oprimidos demócratas, y esto es lo que hizo Marco Emilio Lépido, antiguo silano, que se había pasado al partido popular por motivos bastante equívocos. Optimista ardiente en un principio, pujador asiduo en las ventas de los bienes de los proscritos, durante su proconsulado en Sicilia había cometido innobles rapiñas. Ante el hecho de que era inminente una acusación, para librarse de ella se echó en brazos de la oposición. La adquisición para esta era de un valor discutible. Indudablemente Lépido le llevaba el auxilio de su nombre, de su importancia y de su viva palabra en las luchas del *Forum*; pero no por eso dejaba de ser un hombre sin talento formal, una cabeza vana que no merecía el primer rango ni en el ejército, ni en los consejos de la ciudad. La oposición, sin embargo, le dio buena acogida. Aterrados los senadores ante el nuevo agitador popular, retrocedieron y no se llevó adelante la acusación comenzada. Incluso consiguió que lo eligieran cónsul para el año 676 gracias a su oro robado en Sicilia, y gracias, sobre todo, al apoyo verdaderamente extraño que fue a pedir a Pompeyo. En esta ocasión hizo ver a Sila y a los silanos puros de cuánto era capaz. Cuando Sila murió, la oposición ya tenía un jefe en la persona de Lépido; y, como este jefe ocupaba al mismo tiempo la magistratura suprema, podía predecirse con toda seguridad la explosión próxima de una nueva revolución en la capital.

LA EMIGRACIÓN EN ESPAÑA. SERTORIO RECRUDECIMIENTO DE LA INSURRECCIÓN ESPAÑOLA. METELO EN ESPAÑA

Pero la agitación de los emigrados demócratas en España se había anticipado a la revolución del partido en Roma. Quinto Sertorio era el alma de dicha agitación. Este hombre notable, oriundo de Nursia, en la Sabina, tenía un corazón franco y buenos sentimientos hasta rayar casi en la debilidad. ¿Quién no ha oído hablar de su amor entusiasta por su madre Rhea? Al mismo tiempo, su valor caballeresco le había valido gloriosas cicatrices de heridas recibidas en las guerras cimbrias, españolas e italianas. Orador sin tradición de escuela, encantaba a los abogados más listos por la facilidad, fluidez y naturalidad de su palabra, y por el seguro efecto de sus medios oratorios. En la guerra de la revolución, tan miserable y absurdamente conducida por los demócratas, había hallado ocasión de formar con ellos un brillante y honroso contraste como capitán y como hombre de Estado. A juzgar por la confesión de todos, era el único oficial del partido que supo preparar y dirigir la guerra; fue también el único hombre político que se opuso con una sabia energía a los excesos y a los furores demagógicos. Sus soldados de España lo saludaban con el nombre de «nuevo Aníbal», no solamente porque había perdido un ojo en los combates, sino también porque había revivido el método ingenioso y atrevido del gran capitán cartaginés, su

maravillosa destreza en contrarrestar la guerra con la guerra, su talento para atraer a sus intereses los pueblos extranjeros y hacerlos servir a su fin, su sangre fría tanto en las buenas como en las malas circunstancias, y la rapidez de su inventiva para sacar partido de sus victorias o evitar las malas consecuencias de sus derrotas. Es dudoso que haya habido jamás hombre de Estado romano que haya igualado los méritos universales de Sertorio, ni en los siglos antiguos ni en los contemporáneos. Obligado por los generales de Sila a refugiarse en España, llevó primero una vida de aventurero errante en las costas de la península y en las africanas, a veces aliado y a veces enemigo de los piratas cilicios establecidos también en estas regiones, o de los jefes de las tribus nómadas de Libia. Victoriosa la restauración, lo había perseguido hasta allí. Un día que tenía sitiada *Tingis* (Tánger), vino un destacamento del ejército de África dirigido por Paccicco en auxilio del príncipe local. Sertorio lo batió completamente y tomó Tánger. Al ruido de estas hazañas, los lusitanos, que a pesar de su pretendida sumisión al dominio de la República continuaban defendiendo su independencia y libraban todos los años sangrientos combates con los procónsules de la España ulterior, enviaron a África una embajada al romano fugitivo para invitarlo a que viniese a su país, y prometiéndole el mando en jefe de sus milicias. Sertorio había servido veinte años antes en España, bajo Tito Didio; por tanto conocía los recursos del país, y decidió aceptar las ofertas de los lusitanos. Dejó un pequeño destacamento en las costas de Mauritania y se hizo a la vela por el año 674; pero el estrecho que separa España de África estaba ocupado por Cotta con una escuadra romana, y era imposible atravesarlo sin ser visto. Se abrió paso por la fuerza y arribó felizmente a las costas de Lusitania. Solo veinte ciudades se pusieron a sus órdenes, y tampoco pudo reunir más de dos mil seiscientos romanos, tráfugas en su mayoría del ejército de Pacciecco, o africanos armados a la romana. Con su gran golpe de vista, comprendió que era necesario dar como punto de apoyo a las dispersas bandas de sus guerrillas un núcleo sólido de soldados disciplinados y bien organizados. Al efecto, reforzó el pequeño cuerpo que había llegado de África con una leva de cuatro mil infantes y setecientos caballos, y marchó adelante con esta legión única y con las bandas de voluntarios españoles. La España ulterior obedecía a Lucio Fufidio, oficial subalterno pero elevado a propretor a causa de su incondicional sumisión a Sila, adhesión experimentada hasta en las proscripciones. Fue completamente derrotado sobre el Betis y, a consecuencia de esto, quedaron dos mil romanos en el campo de batalla. Se enviaron precipitadamente mensajeros a Marco Domicio Calvino, gobernador de la provincia del Ebro, pues era necesario a toda costa detener los progresos de Sertorio. Apareció también inmediatamente en el teatro de la guerra Quinto Metelo, general experimentado, a quien Sila enviaba a la España del Sur para suplir la insuficiencia del propretor. Pero no era ya posible dominar la insurrección. En la parte del Ebro, un oficial de Sertorio, Lucio Hirtuleyo, su cuestor, destruyó el

ejército de Calvino y a este lo mató. Al poco tiempo fue también derrotado por este bravo jefe el procónsul de la Galia transalpina, Lucio Manlio, que había atravesado los Pirineos para venir en socorro de su colega. Él mismo escapó a duras penas y se refugió en Ilerda (Lérida) con algunos hombres, y luego se volvió a su provincia. En el camino se arrojaron sobre él los pueblos aquitanos y le arrebataron todos sus bagajes. En la España ulterior, entretanto, Metelo había penetrado en el país de los lusitanos. Sin embargo al poco tiempo, mientras que Longobriga (no lejos de la desembocadura del Tajo) estaba sitiada, Sertorio atrajo a una emboscada a toda una división romana y a Aquino, su jefe, con lo cual obligó a Metelo a levantar el sitio y a evacuar el territorio enemigo. Sertorio lo siguió y batió el cuerpo de ejército mandado por Torio sobre el Anas (Guadiana), y en esta guerra de escaramuzas hizo sufrir enormes pérdidas al general en jefe. Este hombre, que era un táctico metódico y algo pesado, se desesperaba por completo. Se las había con un enemigo que rehusaba un combate decisivo, que le cortaba los víveres y las comunicaciones, y que lo atacaba a todas horas y en todas partes por sus flancos.

ORGANIZACIÓN DEL PAÍS POR SERTORIO

Tantos y tan increíbles triunfos, obtenidos a la vez en ambas Españas, eran tanto más notables cuanto que no eran puramente militares, y que no habían sido conseguidos solo con las armas. Los emigrados no eran temibles por sí mismos, y, en cuanto a los lusitanos, no podía darse mucha importancia a sus triunfos, que fundamentalmente habían conseguido a las órdenes de un general extranjero. Pero, con la seguridad de su tacto de hombre político o de patriota, Sertorio, en vez de hacerse el *condottiero* de los lusitanos, se condujo en todas partes y en cuanto estaba a su alcance como un general y un delegado romano en España. En tal sentido había venido veinte años antes, mandado por el gobierno de entonces. Así, pues, con los jefes de los emigrados compuso un Senado que contaba con trescientos miembros, dirigía los negocios conforme a las formas establecidas en Roma y nombraba los magistrados^[3]. En su ejército no veía más que un ejército romano, y a los romanos correspondían todos los grados. Por su parte, los españoles también lo consideraban como el procónsul de Roma, que les exigía en virtud de su cargo hombres y subsidios, pero que en lugar de administrar despóticamente, según la costumbre, hacía todo lo posible por unir los provincianos a Roma y a su propia persona. Su genio caballeresco le facilitó medios para familiarizarse con las costumbres españolas, e inflamó la nobleza del país con un vivo entusiasmo hacia este admirable capitán, a quien ellos seguían espontáneamente. Como aquí existía la costumbre de que el príncipe tuviese sus «fieles», lo mismo que entre los celtas y los germanos, se vio a los más ilustres españoles jurar por millares

que seguirían hasta la muerte a su general romano. Sertorio tuvo en ellos compañeros de armas mucho más seguros que sus compatriotas y que sus mismos partidarios. Por otro lado, lejos de despreciar las supersticiones de los rudos pueblos del país, sacó de ellas un excelente partido. Según él, Diana era quien le enviaba sus planes completamente formados, y le servía de mensajera una cierva blanca. En suma, gobernaba con dulzura y justicia. Hasta donde alcanzaban su ojo y su brazo, sus tropas estaban sometidas a la más severa disciplina: aunque en general no castigaba sino con penas leves, era inexorable con el soldado que cometía una fechoría en país amigo. Quería formalmente un mejoramiento duradero de la suerte de los provinciales, y en consecuencia rebajó los tributos y obligó a sus tropas a construirse chozas o barracas para el invierno. De este modo libró a las ciudades de la pesada carga de los alojamientos, y al mismo tiempo destruyó una fuente de abusos insoportables. En Osca (Huesca) fundó una academia para los hijos de las familias nobles españolas; allí recibían la instrucción usual de la juventud noble de Roma y aprendían a hablar griego y latín, y a llevar la toga. Admirable institución que no tenía solo por objeto asegurar a Sertorio, de una forma más suave, rehenes siempre necesarios en España, aun respecto de las ciudades aliadas, sino que se inspiraba también en el gran pensamiento de Cayo Graco y de los hombres del partido democrático, pero perfeccionado, y con la tendencia a romanizar insensiblemente las provincias. Era la primera vez que se emprendía semejante obra sin destruir las razas indígenas ni sustituyéndolas con la colonización italiana; solo se hacía convirtiendo a los provinciales en latinos. Los optimates de Roma se burlaban de estos miserables emigrados, de estos tráfugas del ejército italiano, últimos restos de las bandas de ladrones que había dirigido Carbón. Su desdén estúpido les costó caro. Se enviaron contra Sertorio enormes ejércitos, incluyendo en estos las levadas en masa verificadas en España, ciento veinte mil infantes, dos mil arqueros y honderos, y seis mil caballos. Contra esta fuerza tan inmensamente superior, Sertorio libró una serie de combates afortunados y consiguió importantes victorias; incluso llegó a apoderarse de la mayor parte de España. En la provincia ulterior Metelo no poseía más que el suelo que pisaban sus soldados; en cuanto podían, todos los pueblos se pasaban a Sertorio. En la citerior, donde había vencido Hirtuleyo, no se veía ni un soldado romano. Ya los emisarios de Sertorio recorrían toda la Galia, se agitaban las razas célticas, y las bandas reunidas en las faldas de los Alpes dificultaban mucho su paso. Por último, el mar pertenecía a los insurrectos, por lo menos tanto como al gobierno legítimo. Los corsarios, casi tan fuertes como la escuadra romana en las aguas españolas, hacían causa común con los primeros. Sertorio les había construido una fortaleza en el promontorio de Diana (hoy cabo de San Martín, entre Alicante y Valencia). Desde este puesto atacaban a las naves romanas que llevaban provisiones a los puertos que dominaban los ejércitos de la República. Por este medio recibían

también o vendían los productos de los territorios sublevados, y aseguraban las comunicaciones con Italia y Asia Menor. Estos enemigos activos eran un gran peligro para Roma pues estaban siempre dispuestos a trasladar a todas partes las teas incendiarias, pero más aún, si se considera el inmenso cúmulo de materias inflamables existentes en todos los puntos del Imperio.

CONSECUENCIAS DE LA MUERTE DE SILA. INSURRECCIÓN DE LÉPIDO

Por entonces, una muerte casi repentina arrebató a Sila. Mientras estuvo con vida este hombre, a cuya voz se hubiera levantado a cualquier hora un ejército de veteranos experimentados y seguros, la oligarquía podía considerar solo como un incidente pasajero la revolución que habían verificado en España los emigrados y el éxito de un jefe de la oposición, elevado en la península a la magistratura suprema de la República. Miope e imprevisora como siempre, ahora, sin embargo, no iba fuera de camino al decir que sucedería una de estas dos cosas: o que los opositores no osarían presentar un combate decisivo, o que, si lo presentaban, el que los había salvado dos veces sabría salvarlos una tercera. Pero, como este hombre había muerto, la situación variaba por completo. Los rojos del partido democrático de la capital, a quienes el freno del dictador contenía a duras penas, y animados ahora por las nuevas que llegaban de España, precipitaron la erupción próxima. Lépido, que era en este momento el árbitro de la situación, marchaba adelante con el celo del renegado, con el ardor y el aturdimiento propios de su carácter. Parecía que la antorcha que había prendido fuego la pira de las exequias del regente iba al mismo tiempo a encender la guerra civil. Pero allí estaba Pompeyo, y su influencia y la disposición de ánimo de la mayor parte de los veteranos contuvieron las oposiciones y se verificaron tranquilamente los funerales. No por esto eran menos manifiestos los preludios de la próxima revolución. Todos los días resonaban en el *Forum* las acusaciones contra la «caricatura de Rómulo» y sus secuaces. Destruir la constitución de Sila, restablecer la anona, restaurar los tribunales del pueblo con sus antiguos privilegios, levantar el destierro a los que lo sufrían ilegalmente y restituir los dominios confiscados: he aquí lo que querían Lépido y sus amigos, según ellos decían en voz alta. Se pusieron en inteligencia con los desterrados, y reapareció en la capital Marco Perpena, quien había sido pretor en Sicilia en tiempo de Cina. Se invitó a formar causa común a los hijos de los que las leyes silanas habían condenado por delito de alta traición, a aquellos sobre quienes pesaban estas leyes insoportables. Todos los hombres notables del antiguo partido marianista acudieron en gran número, y entre ellos el joven Lucio Cina. Otros imitaron a Cayo César: ante la noticia de la muerte de Sila y de los

preparativos hechos por Lépido se apresuró a volver de Asia, pero se mantuvo prudentemente a la expectativa en cuanto comprendió la clase de movimiento que se intentaba y el carácter de su jefe. Las tabernas y los lupanares de Roma estaban siempre llenos, y en ellos se bebía y se intrigaba por cuenta de Lépido. La conspiración contra el nuevo orden de cosas estalló al fin entre los descontentos de Etruria^[4].

Todos estos acontecimientos sucedían a la vista del poder y eran consentidos. El cónsul Catulo, y con él los optimates inteligentes, quería ahogar enérgica e inmediatamente los gérmenes de la insurrección, pero la cobarde mayoría no pudo decidirse a comenzar el combate. Se hizo la ilusión de que podría conservar el poder transigiendo y haciendo concesiones. Se distribuyó la anona con la forma restringida de las antiguas distribuciones de los Gracos, y de este modo entró en los términos medios usados en tiempos de la guerra social, es decir, que los participantes de la anona no eran todos los ciudadanos indistintamente, sino solo los más pobres, que ascendían a cuarenta mil. Como en la época de los Gracos, la tasa se había fijado en cinco modios por mes, al precio de seis ases y un tercio. El Tesoro perdía trescientos mil taleros cada año^[5]. Estas medidas a medias, lejos de satisfacer las exigencias de la oposición, no hicieron más que excitar su audacia. En la capital marchó con la cabeza erguida y recurrió a la violencia; en Etruria, núcleo eterno de las insurrecciones de los proletarios italianos, fue donde estalló la guerra civil. Los fesulanos expropiados volvieron a apoderarse a mano armada de sus antiguos bienes, y en la subsiguiente lucha perecieron un gran número de veteranos que habían sido dotados por Sila. A la nueva de estos desórdenes el Senado resolvió enviar dos cónsules a aquel sitio; una vez allí debían llamar a las milicias locales y exterminar a los revoltosos^[6]. No podía obrarse de peor manera. Al restablecer las leyes sobre cereales, el Senado había revelado su debilidad y sus inquietudes ante la inminencia de una insurrección; ahora, al querer evitar a toda costa los tumultos en las calles daba un ejército al jefe de los revolucionarios. Por último, se llegó a hacer jurar a los dos cónsules, en los términos más solemnes que pudieron imaginarse, que no volverían uno contra otro las armas que les confiaba la República. Los oligarcas necesitaban toda su incorregible y diabólica perversión del sentido político para osar ponerse a cubierto tras semejante baluarte. Naturalmente Lépido no hizo en Etruria nada a favor de la República, sino todo lo que pudo en pro de la insurrección, y, agregando ironía a la traición, exclamó que su juramento solo lo obligaba durante el año corriente. El Senado puso entonces en movimiento la máquina de los oráculos para ordenarle volver, y le confirió la presidencia de las próximas elecciones consulares. Pero Lépido se hizo el sordo, y mientras los mensajes senatoriales iban y venían, mientras el año transcurría en proposiciones de arreglo, sus bandas crecían hasta formar un ejército. Por último, comenzó el año 677, y comunicaron al

procónsul la orden de volver inmediatamente a Roma. Este se negó rotundamente a obedecer: según él, era necesario que se restableciese antes el antiguo poder tribunicio y que se restituyesen a los ciudadanos violentamente desterrados sus derechos políticos y sus bienes. Lépido exigía, finalmente, su reelección al consulado para el año siguiente. Esto no era ni más ni menos que una tiranía con forma legal.

EXPLOSIÓN DE LA GUERRA. DERROTA DE LÉPIDO

La guerra estaba ya, pues, declarada. Además de los veteranos de Sila, cuya existencia amenazaba Lépido, el partido senatorial podía contar con las tropas que había reunido el procónsul Catulo. Los más previsores, y entre otros Filipo, habían redoblado sus instancias y sus advertencias; así se le confiaron las misiones de defender la capital y de rechazar a Etruria el principal ejército de los demócratas. Hasta se puso a Gneo Pompeyo a la cabeza de un ejército, y se le confió la misión de arrancar a su antiguo protegido el valle del Po, que Marco Bruto, general también de la oposición, se había apresurado a ocupar. Pompeyo ejecutó rápidamente su cometido, luego de encerrar y sitiar al enemigo en Mutina. Pero he aquí que al mismo tiempo Lépido se presenta bajo los muros de Roma, con la intención de tomarla por asalto y conquistarla para la revolución, como antes había pretendido Mario. Ya se había hecho dueño de la orilla derecha del Tíber y pasado el río. La batalla decisiva se libró en el campo de Marte, al pie de los muros de la ciudad. Catulo quedó vencedor, y Lépido, derrotado, retrocedió a Etruria, mientras que su hijo Escipión iba a refugiarse a la fortaleza de Alba con una división de las fuerzas insurrectas. Esta derrota era el fin de la insurrección. Mutina se rindió a las armas de Pompeyo, que hizo decapitar inmediatamente a Bruto, a quien sin embargo había prometido salvarle la vida. Alba resistió más tiempo, pero el hambre puso fin a la defensa y Escipión fue también decapitado. Cercado por todas partes por Catulo y por Pompeyo, Lépido libró aún una batalla en la costa de Etruria con el solo objeto de asegurarse la retirada. Se embarcó en Cosa y llegó a Cerdeña, desde donde esperaba poder cortar los víveres a Roma y darse la mano con los insurrectos españoles. Pero el pretor de la isla le hizo una enérgica resistencia y murió de extenuación en el mismo año 677. Con él terminó la guerra en Cerdeña, y parte de su ejército se dispersó. El pretoriano Marco Perpena consiguió reunir el grueso de sus tropas y las bien provistas cajas de la insurrección, y pasó a Liguria, desde donde marchó a España a reunirse con los sertorianos.

NOMBRAMIENTO DE POMPEYO PARA EL PROCONSULADO DE ESPAÑA

La oligarquía había vencido a Lépido, pero la guerra contra Sertorio tomaba muy mal aspecto y hacía necesarias ciertas concesiones que no eran compatibles ni con la letra ni con el espíritu de la constitución de Sila. Era imprescindible enviar a España un ejército poderoso y a un general de capacidad probada; Pompeyo daba a entender claramente que deseaba, o mejor dicho, que exigía esta misión. En esto había una gran presunción. ¿No había sido suficiente el haberse visto obligado, bajo la presión de la insurrección de Lépido, a entregar una vez más un mando extraordinario a este adversario secreto? ¿No había un nuevo y mayor peligro al violar todas las reglas orgánicas de la jerarquía silana de las magistraturas, y al dar a un hombre que aún no había revestido ningún cargo civil uno de los proconsulados más importantes, relevándolo además del plazo anual impuesto por la ley? Sin contar los miramientos debidos a Metelo, su general, los oligarcas tenían serias razones para oponerse a esta nueva tentativa de un joven ambicioso que no quería más que perpetuarse en su cargo excepcional. Sin embargo no era fácil resistir a Pompeyo. En primer lugar, faltaba un hombre para el difícil puesto de general en España. Los cónsules de aquel año no manifestaban deseos de ir a medir sus armas con Sertorio, y había que reconocer como verdadero el dicho de Lucio Filipo, quien exclamó en plena curia que entre tantos senadores de nombradía no se hallaba uno que pudiera o quisiera dirigir una gran guerra. Quizás hubiera podido vencerse la dificultad respecto de la oligarquía y, a falta de un candidato capaz, haber colocado a un cualquiera. Pero Pompeyo no solo deseaba el mando en España, sino que lo pedía a la cabeza de su ejército. Ya se había hecho el sordo a la invitación de Catulo para que licenciase sus tropas, ¿podía creerse que una orden del Senado hallaría en él mejor acogida? Las consecuencias de una ruptura parecían incalculables, y el platillo de la balanza en que estaba colocada la aristocracia indudablemente subiría con rapidez, en cuanto un general de nombradía echase en el otro su espada. La mayoría tuvo que resignarse, y Pompeyo recibió los poderes proconsulares y el mando de la España citerior. Sin embargo, hay que señalar que los recibió del Senado y no del pueblo, único que, según la constitución, hubiera debido votarlo, tratándose de la promoción de un simple ciudadano a la función suprema. Cuarenta días después de su investidura, en el curso del estío del año 677, atravesaba los Alpes.

POMPEYO EN LA GALIA. SU ENTRADA EN ESPAÑA

Desde su entrada en la Galia, el nuevo general halló bastante en qué ocuparse. No había estallado allí una insurrección en forma, pero reinaba una gran agitación en muchas regiones, y se vio obligado a arrebatar su independencia a los cantones de los volscoarecómicos y a los helvianos, y a hacerlos súbditos de Masalia. Construyó

después una nueva vía en los Alpes marítimos, y enlazó el valle del Po con el país de los celtas por medio de un camino más corto. Los trabajos ocuparon todo el verano, y solo en otoño pudo pasar los Pirineos. Sertorio no se había dormido durante este tiempo. Hirtuleyo, a quien había enviado a la provincia ulterior, tenía en jaque a Metelo; y él, que había concluido de recoger en la citerior los frutos de sus victorias decisivas, se preparaba para recibir vigorosamente al general del Senado, y así atacó y tomó una tras otra las pocas ciudades celtíberas que aún se mantenían fieles a Roma. La última que cayó en su poder en medio del invierno fue la plaza fuerte de Contrebia (al sudeste de Zaragoza). En vano todas las ciudades amenazadas enviaron a Pompeyo un mensaje tras otro, pues no hizo nada: las súplicas no apresuraron su marcha; por el contrario, él siguió con su calma habitual. A excepción de los puertos defendidos por la escuadra romana y del distrito de los indígetas y de los laletanos (al noreste de la península), donde Pompeyo luego de pasar los Pirineos se había atrincherado durante la mala estación, y hecho vivaquear a sus tropas, no aguerridas aún ni acostumbradas a las fatigas, al final del año 677 toda la España citerior pertenecía a Sertorio, o por tratados de alianza o porque había sido reducida por la fuerza. A partir de este día, el país del Ebro superior y medio será el más firme apoyo de su imperio. Todo era provechoso para al ejército insurrecto, hasta las alarmas producidas por la llegada de un nuevo ejército romano, y hasta el nombre temido de su jefe. Marco Perpena, igual a Sertorio por su rango, hasta entonces había sostenido sus pretensiones al mando independiente de las tropas llevadas por él desde Liguria. Pero, a la nueva de la entrada de Pompeyo en España, sus soldados lo obligaron a ponerse a las órdenes de su colega, cuya superioridad era reconocida por todos. Para la campaña del año 678, Sertorio enfrentó a Hirtuleyo con Metelo, y a su vez ordenó a Perpena que se situase con una fuerte división en el bajo Ebro, para cerrar el paso del río a Pompeyo en caso de que, como todo hacía creer, quisiera dirigirse al sur y dar la mano a Metelo, o en caso de que remontase la costa con la mira de un más fácil aprovisionamiento. El cuerpo de Cayo Herenio fue también a servir de apoyo a Perpena. Por último, Sertorio se colocó con sus tropas en el interior, en el alto Ebro, y acabó de someter los pocos cantones que se resistían. De esta forma, quedó dispuesto para acudir en socorro de Hirtuleyo o de Perpena, según las circunstancias.

Como siempre, quiso evitar las grandes batallas y fatigar al enemigo con infinidad de pequeños combates y cortándole los víveres. Pero Pompeyo rechazó muy pronto a Perpena, pasó el Ebro, y batió y aniquiló a Herenio junto a Valencia, de cuya importante plaza se apoderó.

DERROTA DE POMPEYO

Ya era tiempo de que llegase Sertorio y compensase con el número de sus soldados y el esfuerzo de su genio la superioridad militar de las legiones de su adversario, para restablecer, si era posible, el antiguo estado de cosas. La lucha se concentró y prolongó en los alrededores de Lauro (sobre el Júcar). Esta ciudad se declaró por Pompeyo, y Sertorio la sitió. Pompeyo echó el resto para hacer levantar el bloqueo, pero perdió sucesivamente muchas de sus divisiones destruidas en combates parciales. Sin embargo, llegó un día en que el famoso general que creía tener envueltos a los sertorianos, y que había invitado a los sitiados a que presenciasen el espectáculo de copar todo el ejército sitiador, se vio de repente atacado, y su ejército puesto en jaque por un movimiento tan atrevido como inteligente de su adversario. Para no terminar completamente envuelto tuvo que presenciar inmóvil en su campamento la toma e incendio de la ciudad aliada, cuyos habitantes Sertorio mandó trasladar a Lusitania. Ante la noticia de este éxito, una porción de ciudades de la España central y oriental se afirmaron en su fe, antes algo apagada, y se entregaron por completo a los insurrectos.

VICTORIAS DE METELO. BATALLA DEL SUCRO

Entre tanto, Metelo había combatido con mejor fortuna. Después de una batalla sangrienta empeñada imprudentemente por Hirtuleyo bajo los muros de Itálica (cerca de Sevilla), donde los dos generales vinieron personalmente a las manos, Hirtuleyo, derrotado y herido, tuvo que evacuar el territorio romano propiamente dicho y refugiarse en Lusitania. Esta victoria permitió a Metelo marchar hacia la España citerior al comenzar la campaña del año 679, a fin de reunirse con Pompeyo en las inmediaciones de Valencia, e ir enseguida ambos con sus fuerzas reunidas a presentar batalla al ejército principal de la insurrección. Por su parte Hirtuleyo había reunido precipitadamente nuevas tropas, y marchó tras él por la parte de Segovia, pero fue derrotado por segunda vez, y en esta ocasión él y su hermano quedaron en el campo de batalla. Su muerte fue una pérdida irreparable para los sertorianos. Ahora sí era imposible impedir la reunión de los dos generales romanos. Sin embargo, durante la marcha de Metelo sobre Valencia, Pompeyo quiso reparar el descalabro de Lauro, y, deseoso de recoger él solo los laureles de tan segura victoria, presentó batalla a Sertorio. Este aprovechó con alegría la ocasión que se le ofrecía antes de la llegada de Metelo, y antes de que corriese la voz de la muerte de Hirtuleyo. La pelea se empeñó sobre el Sucro (Júcar). Pompeyo, que mandaba el ala derecha, fue derrotado después de un rudo combate, y lo sacaron gravemente herido del campo de batalla. Pero Afranio, que iba siendo vencedor con el ala izquierda, se apoderó del campo de los sertorianos, y de hecho estaba ocupado en saquearlo, cuando Sertorio cayó sobre él y

lo obligó a emprender la huida. Si el general de los insurrectos hubiera podido al día siguiente volver a comenzar la batalla, tal vez habría aniquilado al ejército de Pompeyo. Llegó al fin Metelo luego de haber derrotado al ejército de Perpena, que le cerraba el paso. Sertorio ya no podía presentar batalla después de la unión de los dos ejércitos. La feliz reunión de estos, la certeza del desastre de Hirtuleyo, que era imposible ocultar por más tiempo, y la inacción forzada de Sertorio después de su victoria, todo eso contribuyó a sembrar el espanto en sus bandas. Por lo demás, como acontecía con frecuencia entre los españoles, la mayor parte de sus soldados se dispersaron al presenciar este cambio de la fortuna. Pero el desánimo cesó con la misma rapidez con que se había producido, pues la cierva blanca se encargó de consagrar a los ojos de la muchedumbre los planes militares del jefe, y este adquirió más popularidad que nunca: Sertorio no tardó en emprender la campaña con un nuevo ejército. Por un lado ocupaba el país de Sagunto, que había permanecido fiel a los romanos, y al mismo tiempo sus corsarios cortaban a estos las comunicaciones por mar, de forma tal que comenzaba a sentirse la escasez en su campamento. Vinieron por segunda vez a las manos en la llanura del Turia (Guadalaviar), y la batalla permaneció por mucho tiempo indecisa. Sertorio batió con su caballería a Pompeyo, cuyo cuñado y cuestor, Lucio Memio, oficial intrépido, quedó en el campo de batalla. Pero Metelo derrotó a Perpena y rechazó victoriosamente el ataque del cuerpo principal de los sertorianos, aunque él mismo salió herido de la pelea. El ejército de Sertorio se dispersó de nuevo, y Valencia, que estaba por este, fue tomada y arrasada. En este momento los romanos pudieron esperar haber concluido con el general insurrecto. Sertorio ya no tenía ejército, y las legiones penetraron hasta el macizo interior y lo sitiaron a él mismo en Clunia (Corona del Conde), en el alto Duero. Pero, mientras atacaban en vano esta roca inaccesible, en otro punto se reunían los contingentes españoles: Sertorio se escapó, y al cerrar la campaña del año 679, tan fecundo en hechos de guerra, volvió a aparecer en escena y a la cabeza de un nuevo ejército.

TRIUNFO DE LOS ROMANOS

Sea como fuese, en Roma podían estar satisfechos con los acontecimientos. La España media meridional había sido completamente evacuada después de la derrota de Hirtuleyo, y de las batallas del Júcar y del Guadalaviar. Las ciudades celtíberas de Segóbriga (entre Toledo y Cuenca) y de Bibilis (Calatayud), ocupadas por Metelo, aseguraban las posesiones de la República. La lucha se concentró en el curso del Ebro superior y medio, alrededor de las principales plazas de armas de los sertorianos: Calagurris (Calahorra), Osca (Huesca), Ilerda (Lérida), y en la costa cerca de

Tarragona. Los dos generales romanos habían peleado valerosamente y en persona, pero los triunfos conquistados se debían a Metelo y no a Pompeyo.

CAMPAÑAS DEL 680 Y EL 681

Sin embargo, por considerables que fuesen los resultados obtenidos, no habían terminado los romanos su tarea, y establecieron sus cuarteles de invierno, teniendo ante sí la desconsoladora expectativa de la próxima e inevitable renovación del trabajo de Sísifo. Era imposible establecerse en el valle del Ebro inferior, devastado por amigos y enemigos; Pompeyo tuvo que ir a pasar el invierno al país de los vacceos (provincia de Valladolid), y Metelo, a la Galia. En la primavera del año 680 volvieron a emprender las operaciones, reforzados por dos legiones de refresco procedentes de Italia. No se libraron batallas propiamente dichas, y Sertorio se limitó a una lucha de guerrillas y de sitios. En el sur, Metelo redujo todas las ciudades que aún conservaba el enemigo, y, para extirpar hasta las raíces de la insurrección, se llevó consigo toda la población masculina. En el Ebro fue peor la situación de Pompeyo. Se vio obligado a levantar el sitio de Palencia, que tenía cercada, y después lo derrotó Sertorio delante de Calahorra; en consecuencia tuvo que abandonar el país, por más que Metelo se le reunió para atacar ambos la plaza. Este fue a invernar a su provincia, y Pompeyo, a la Galia; pero la campaña de 681 siguió los mismos pasos: Pompeyo, sin embargo, pudo conseguir algunas ventajas formales y obligó a muchas ciudades a abandonar el partido de los insurrectos.

ESTERILIDAD Y PELIGROS DE LA GUERRA

Para entonces, la lucha contra Sertorio ardía hacía ya ocho años sin poder entrever su fin, y causaba al Senado un daño inmenso. La flor de la juventud italiana iba aniquilándose en las miserias y en las fatigas de las guerras de España. El Tesoro, lejos de enriquecerse como antes con los productos de la península, tenía que enviarle todos los años sumas enormes, necesarias para pagar y mantener el ejército, sumas que costaba gran trabajo reunir. En cuanto a España, no hay que decir que se empobrecía y se iba convirtiendo en un desierto. La guerra encarnizada y cruel de la insurrección, y el diario aniquilamiento de ciudades enteras, traían consigo una paralización desastrosa de la civilización romana, poco tiempo atrás tan próspera y brillante. Las que se habían mantenido por el partido que dominaba en Roma sufrían también indecibles males: era necesario que la escuadra latina llevase todo lo que habían de necesitar las ciudades de la costa, y, en el interior, la situación de los

cantones fieles era casi desesperada. En las Galias tampoco era mejor la suerte de las poblaciones. Las requisas de hombres y caballos, de víveres y de dinero, las pesadas cargas de los alojamientos durante el invierno, cargas que hacían más pesadas las malas cosechas del año 680, todo había contribuido a vaciar las cajas de la ciudad. Había sido necesario recurrir a los banqueros de Roma y contraer con ellos una pesada deuda. Por otro lado, generales y soldados se batían contra su voluntad. Los primeros tenían que habérselas con un adversario muy superior a ellos en talento, y se estrellaban contra una resistencia pasiva tenaz, en una guerra llena de peligros y en la que los triunfos eran difíciles y poco gloriosos. En los campamentos se aseguraba que Pompeyo pensaba provocar su llamamiento, para que le diesen en otra parte un mando más ambicionable. A los soldados tampoco les agradaba mucho esta guerra, pues no ganaban más que golpes y no había botín que los recompensase, y ni siquiera se les pagaba regularmente su sueldo. Durante el invierno del año 680 al 681, Pompeyo tuvo que participar al Senado que los atrasos ascendían a dos años, y que el ejército amenazaba desbandarse, si no se regularizaban las pagas. Solo entonces envió Roma dinero. No hay duda de que la República hubiera podido evitar gran parte de estos obstáculos; hubiera bastado activar más la guerra, por no decir hacerla con mejor voluntad. Por otra parte, reconozcamos que no toda la falta estaba en el poder y en los generales. La fatalidad los había colocado frente a Sertorio, un hombre superior por su genio, y que, en un terreno sumamente favorable a las guerras de partidas y de corsarios, podía desafiar ejércitos innumerables durante muchos años. Aun en la actualidad, lejos de poder entrever el fin, parecía que la insurrección sertoriana iba a darse la mano con otras insurrecciones y a aumentar por consiguiente los peligros. En efecto, Roma estaba entonces en lucha con los corsarios en todos los mares; en Italia, con los esclavos rebeldes; en Macedonia, con los pueblos del bajo Danubio; en Asia Menor, con Mitrídates, que había salido una vez más a campaña. ¿Acaso Sertorio se había puesto de acuerdo con los enemigos italiotas y macedonios de la República? No es posible asegurarlo de una manera precisa; lo que sí es seguro es que estaba en correspondencia diaria con los marianistas de Italia, y que hacía mucho tiempo que tenía contraída alianza con los piratas y con el rey de Ponto. Con este último había concluido sus tratados por medio de los romanos emigrados que vivían en su corte: era un tratado contraído recientemente en buena forma, que consagraba la amistad recíproca entre España y Ponto. Sertorio abandonaba al rey los Estados clientes del Asia Menor, menos la provincia romana de Asia; le prometía además uno de sus mejores oficiales para que dirigiese sus tropas, y hasta una división de su ejército. El rey, en cambio, se comprometía a suministrarle cuarenta buques y tres mil talentos. En la capital los políticos recordaban los tiempos en que Filipo y Aníbal amenazaban a Italia por oriente y occidente. Se decía que el nuevo Aníbal, después de haber subyugado casi toda España, como el antiguo, era probable

que dirigiese una expedición a Italia con las hordas peninsulares, sin que Pompeyo pudiese evitarlo, y que llamase a las armas contra Roma a los etruscos y a los samnitas, de la misma forma que había hecho antes el cartaginés.

RÁPIDA DECADENCIA DE LA FORTUNA DE SERTORIO. DISENSIONES INTESTINAS EN EL CAMPAMENTO SERTORIANO. ASESINATO DE SERTORIO

Estas comparaciones eran por fortuna más ingeniosas que verdaderas. Sertorio no era, ni mucho menos, lo bastante fuerte para emprender la gigantesca obra de Aníbal. La tierra española, con sus pueblos y sus tradiciones, era el país adecuado para sus triunfos, pero estaba perdido si la abandonaba. Aún más, ya no podía tomar siquiera la ofensiva. Su maravilloso genio no era suficiente para cambiar la naturaleza de sus soldados. La *Landsturm* española era lo que había sido siempre, insegura y fugaz como la ola y el viento: hoy se reunía en un ejército de ciento cincuenta mil combatientes y mañana se reducía a un puñado de hombres. En cuanto a los emigrados romanos, todo era indisciplina, orgullo y egoísmo. Los cuerpos especiales, o sea aquellos que exigen estar mucho tiempo sobre las armas, como la caballería, eran la parte deficiente de sus legiones, como puede suponerse. La guerra había arrebatado poco a poco a sus mejores generales y al núcleo de sus veteranos. Fatigadas por las exacciones de los romanos, y hasta maltratadas a veces por los oficiales de Sertorio, las ciudades más fieles comenzaban a dar señales de impaciencia y de vacilación. Cosa notable, también en esto se parecía Sertorio a Aníbal, no se hizo nunca ilusiones acerca del desesperado éxito de su empresa, y aprovechaba toda ocasión que se le presentaba para mostrarse dispuesto siempre a deponer las armas a cambio de un salvoconducto que le permitiese volver a Roma y vivir en paz. Pero los ortodoxos de la política no quisieron siquiera oír hablar de compromiso ni de reconciliación. Por consiguiente, Sertorio no podía retroceder, y marchó adelante en el camino emprendido, camino cada día más estrecho y peligroso. Por último, sus triunfos iban también, lo mismo que los de Aníbal, reduciéndose cada vez más. Hasta se llegó a dudar de su genio militar y a decir que no era ya el Sertorio de los antiguos tiempos; que el Sertorio de hoy pasaba el día en orgías y en festines, consumiendo locamente el tiempo y el dinero. Diariamente aumentaba el número de trásfugas y de ciudades que lo abandonaban, y no tardó en llegar hasta él el rumor de un complot tramado contra su vida en las filas de sus emigrados. Este rumor tenía grandes visos de probabilidad, y más aún si se piensa en todos aquellos oficiales del ejército de la insurrección, sobre todo en aquel Perpena, furioso por estar relegado a un segundo puesto. Pero, además, los pretores romanos hacía mucho tiempo que

andaban ofreciendo a los oficiales la amnistía y gruesas sumas a cambio de la vida de su general. Sertorio tomó su partido. Obedeciendo a la ley de la necesidad, fue sumamente severo y condenó a muerte a muchos acusados sin previa formación de causa. Los descontentos redoblaron sus querellas; en adelante, el general era más peligroso para sus amigos que para sus enemigos. Se descubrió una segunda conjuración en el seno de su estado mayor. Todos los acusados que no huyeron fueron condenados a muerte. Sin embargo, no todos los culpables fueron denunciados: entre estos se hallaba Perpena, que, con los demás, decidió acabar pronto. El cuartel general estaba situado en Osca. A instigación de Perpena, llevaron a Sertorio la nueva de una brillante victoria conseguida en otra parte por el ejército. Para celebrarla como correspondía, Perpena dio una gran función y un espléndido banquete. Sertorio asistió a él acompañado, como de costumbre, de sus guardias españoles. Sin embargo, contra lo ocurrido en otras ocasiones, la fiesta degeneró prontamente en orgía: se cruzaron palabras brutales de unas a otras mesas, y era evidente que algunos convidados buscaban pretexto para una riña. Sertorio se recostó sobre su lecho como si nada quisiese oír. En este momento cayó al suelo una copa. Era la señal convenida con Perpena. El que estaba próximo a Sertorio, Marco Antonio, le asestó el primer golpe. El general quiso incorporarse, pero el asesino se arrojó sobre él y lo sujetó. Mientras tanto, los demás convidados, afiliados a la conjuración, se arrojan sobre la indefensa víctima que lucha con Antonio, y cosen a Sertorio a puñaladas (año 682). Con él murieron todos los que le habían sido fieles. Así concluyó uno de los más grandes hombres que produjo Roma, si es que no el más grande. En mejores circunstancias hubiera sido seguramente el restaurador de la patria. Murió de un modo miserable por la traición de sus bandas de emigrados, que él estaba condenado a guiar en sus combates contra Roma. La historia, que aborrece a los Coriolanos, no exceptúa ni siquiera a Sertorio, el hombre de más elevados sentimientos, el genio verdadero, el más digno de compasión.

PERPENA SUCEDE A SERTORIO. POMPEYO PONE FIN A LA INSURRECCIÓN

Los asesinos creían que iban a distribuirse la sucesión, pero, muerto Sertorio, Perpena, que era el jefe de más graduación entre los oficiales romanos del ejército español, reivindicó el mando supremo. Se sometieron a él desconfiados y con cierta repugnancia. Si se había murmurado contra Sertorio cuando aún vivía, muerto el héroe se entró inmediatamente en el disfrute de sus derechos. La irritación de los soldados se dio a conocer por medio de violentos clamores cuando, al leer públicamente su testamento, oyeron que entre sus herederos estaba el mismo Perpena.

Un gran número de soldados se dispersó, lusitanos en su mayor parte; los demás tenían el presentimiento de que, al no existir Sertorio, el ejército tardaría poco tiempo en ser exterminado. En el primer encuentro con Pompeyo, las desanimadas y mal dirigidas bandas de los españoles fueron rotas y destruidas, y Perpena fue hecho prisionero junto con otra porción de jefes. Para salvar su vida cometió la vileza de entregar la correspondencia de Sertorio, con lo cual comprometía a una porción de italianos notables. Pompeyo ordenó quemar todos aquellos papeles sin verlos, y por toda respuesta entregó al traidor y a todos sus compañeros al verdugo. Los emigrados que pudieron huir se refugiaron en los desiertos de Mauritania o entre los piratas. La Ley Plocia, apoyada enérgicamente por el joven César, les permitió luego volver a su patria. En cuanto a los que habían tomado parte en el asesinato de su general, todos murieron de muerte violenta, excepto uno solo. Osca y casi todas las ciudades que habían pertenecido en el último tiempo a Sertorio abrieron espontáneamente sus puertas a Pompeyo; solo con Uxama (Osma), Clunia y Calagurris hubo que emplear la fuerza de las armas.

Inmediatamente se reorganizaron las dos provincias. En la ulterior, Metelo sacó el tributo anual de las ciudades culpables; en la citerior, Pompeyo obró como jefe castigando y recompensando. Calagurris perdió su libertad y obedeció en adelante a Osca. Una banda de sertorianos que se encastillaron en los Pirineos fueron dominados por Pompeyo, que luego los transportó al norte de la cadena, cerca de Lugdunum (Saint Bertrand), donde fundaron la ciudad de los «refugiados» (Convène). Los romanos colocaron sus monumentos y sus trofeos en lo alto de los pasos de las montañas. Al fin del año 683 Metelo y Pompeyo atravesaron triunfalmente las calles de Roma y llevaron al *Pater Jovis*, sobre el Capitolio, las muestras de agradecimiento de la nación victoriosa sobre los españoles. La fortuna de Sila hacía vivir su obra hasta más allá de la tumba, y sabía defenderla mejor que los débiles y cobardes guardas que le había dado. La oposición había muerto en Italia por la incapacidad y la precipitación de sus jefes; en tanto la emigración se suicidó por sus discordias intestinas. Tales derrotas, debidas a la estupidez o a la discordia de los demócratas más que a los esfuerzos de la oligarquía, no por eso dejaban de ser un triunfo para ella, y pudo sentarse una vez más, consolidada, en sus sillas curules.

II LA RESTAURACIÓN SILANA Y SU GOBIERNO

ASUNTOS EXTERIORES

Después de la derrota de los revolucionarios de Cina que amenazaban la existencia del Senado, y cuando volvió a ser posible al poder aristocrático restaurado fijar su atención en las cosas relativas a la salvación del Imperio de Roma en el exterior y en el interior, se encontró con una serie de cuestiones cuya solución no podía diferirse. De olvidarlas un solo instante más, se hubieran comprometido los más respetables intereses, y el embarazo del presente se habría transformado en un gran peligro para el porvenir. Además de la insurrección española, que era grave por sí sola, había que traer a razón a los bárbaros de Tracia y de los países danubianos, a quienes Sila no había hecho más que castigar de paso cuando atravesó la Macedonia (volumen III, libro cuarto, págs. 318-319). También había que arreglar militarmente la tan embrollada situación de la frontera septentrional de la península helénica, y era necesario barrer la piratería, dueña casi absoluta de los mares, sobre todo en Oriente. Por último, se debía restablecer el orden en los revueltos asuntos de Asia Menor. La paz que Sila había concluido en el año 670 con Mitrídates, rey del Ponto, y cuyas estipulaciones no había hecho más que repetir el tratado con Murena, en el año 673, no era más que una obra provisional, hecha para cubrir las necesidades del momento. En cuanto a las relaciones de Roma con Tigranes de Armenia, con quien se había estado realmente en guerra, no se había llegado ni siquiera a esta paz. Tigranes, y no sin razón, había interpretado su silencio como un permiso para someter a su cetro las posesiones romanas de Asia. Si no se las quería abandonar, se estaba otra vez frente al nuevo gran rey. En el capítulo precedente hemos referido las sacudidas que el movimiento democrático del interior había comunicado a Italia y España, y las insurrecciones que fueron vencidas por el poder senatorial. Vamos ahora a mostrar de qué modo este poder, reconstituido por Sila, gobernó en el exterior o, mejor dicho, cómo concluyó por no saber gobernar.

EXPEDICIÓN A DALMACIA Y A MACEDONIA. SUMISIÓN DE TRACIA

A pesar de todo, todavía se sentía la mano fuerte del regente en las enérgicas medidas emanadas del Senado en los últimos tiempos de la dictadura, y dirigidas a la vez contra los sertorianos, los dálmatas y los tracios, y también contra los piratas de

Cilicia. La expedición enviada contra la península grecoiliria había dado por resultado la sumisión o el castigo de las hordas bárbaras, que con sus continuas incursiones devastaban toda la región comprendida entre el Adriático y el mar Negro. Particularmente se había atacado a la horda de los besos (del gran Balkan), motejados con el nombre de ladrones entre los ladrones mismos. Además se quiso limpiar el litoral de Dalmacia de los corsarios que en él se refugiaban. El ataque se verificó de frente, como se hacía por regla general, tanto por la Dalmacia como por la Macedonia, donde se había reunido al efecto un ejército de cinco legiones. El de Dalmacia lo mandaba el pretoriano Cayo Cosconio. Recorrió el país en todos los sentidos y se apoderó de la fortaleza de Salona después de un sitio de dos años. En Macedonia, el procónsul Apio Claudio se dirigió en un principio hacia la frontera de Tracia con el fin de apoderarse de la orilla izquierda del Karasou. Por ambas partes se hizo una guerra cruel y salvaje: los tracios destruían las plazas de las que se apoderaban, y degollaban a sus prisioneros; y los romanos usaban también de represalias. Finalmente no se obtuvo ningún resultado definitivo: las legiones quedaban diezmadas por las marchas penosas y por los incesantes combates con los numerosos y valientes montañeses, y su general enfermó y murió durante la guerra. Cayo Escribonio, su sucesor (del 679 al 681), no pudo superar los obstáculos. Fue detenido por una grave insurrección de sus soldados y dejó en ese estado la difícil empresa intentada contra los tracios, pero se mantuvo en la frontera septentrional de Macedonia y allí sometió a los dardanios, que eran muy débiles. Por este lado extendió la frontera hasta cerca del Danubio. Pero no tardó el valiente y hábil Marco Lúculo (de 682 a 683) en volver a tomar el camino del este, batir a los besos en sus montañas, y tomar Uscudama o Filipopolis, su capital. También obligó a reconocer la soberanía de Roma a Sadalas, rey de los odrisos, y a todas las ciudades griegas de la costa oriental, al norte y al sur de los Balcanes: Istropolis, Tomi, Callatis, Odesos (no lejos de Barna), Mesambria y otras muchas que cayeron en poder de los romanos. Por su parte la Tracia, siempre inquieta y donde hasta ahora no habían poseído más que los territorios de los Atálidas en el Quersoneso, formó parte de la provincia de Macedonia.

LA PIRATERÍA. SUS PROGRESOS

Las rapiñas de los tracios y de los dardanios no talaban más que un rincón del Imperio; las devastaciones de los piratas, en cambio, eran muy diferentes. Organizados en todas partes y avanzando día a día, causaban inmensos perjuicios al Estado y a los particulares, y habían acaparado todo el movimiento marítimo del Mediterráneo. Italia no podía ya exportar sus producciones ni importar las de las

provincias; y mientras que allí morían de hambre, aquí se paralizaba la agricultura porque sus productos no tenían salida. No podía enviarse dinero ni viajar con seguridad: el Tesoro había sufrido grandes pérdidas y los corsarios tenían prisioneros a un gran número de nobles romanos que estaban obligados a pagar gruesas sumas por su rescate, cuando los piratas no preferían, en sus feroces arranques, hacerles sufrir la pena de muerte. Los mercaderes romanos y hasta los cuerpos de ejército destinados a Oriente preferían pasar en el mar la mala estación. En realidad temían menos a las tormentas que a los piratas, pues, en efecto, no todos entraban en sus puertos durante el invierno. Sin embargo, y por perjudicial que fuese el bloqueo marítimo, aún podía sufrirse mejor que los desembarcos diarios de los bandidos en todas las islas y costas de Grecia y de Asia Menor. Sus escuadras, lo mismo que más tarde las flotillas de los normandos, se presentaban delante de todas las plazas marítimas, las forzaban a rescatarse a precio de oro, o las sitiaban y se apoderaban de ellas. A la vista de Sila, y después de concluida la guerra con Mitrídates, habían saqueado Samotracia, Clazomenes, Samos y Jasos (año 670). Dejo a la consideración del lector lo que sucedería cuando ya no hubo en aquellos puntos escuadras ni ejércitos romanos. Despojaron uno tras otro todos los templos ricos de las costas griegas y de Asia Menor. Solo en Samotracia se apoderaron los piratas de mil talentos. «¡Han dejado a Apolo reducido a la miseria —exclamaba un poeta contemporáneo— hasta tal punto que, cuando la golondrina viene a visitarlo, no queda de tantos tesoros ni una pepita de oro que ofrecerle!» Se contaban más de cuatrocientas ciudades tomadas o devastadas, y entre ellas Cnido, Samos y Colofon; la población de muchas islas y ciudades marítimas antes muy florecientes había tenido que emigrar en masa para que no se la llevasen cautiva. Pero ni aun en el interior del país había ya seguridad; los piratas aparecieron en lugares situados a dos jornadas de la costa. A estos tiempos nefastos se remonta la inmensa deuda que agobió más tarde a las ciudades griegas.

ORGANIZACIÓN DE LOS PIRATAS

La organización de la piratería se había modificado por completo. A diferencia de otros tiempos, ya no son los osados forajidos que infestaban los mares de Creta, entre Cirene y el Peloponeso, «el mar de oro», como ellos decían, e imponían un tributo a los comerciantes que transportaban artículos de lujo y esclavos de Oriente a Italia; y tampoco son aquellos cazadores de esclavos, armados hasta los dientes, que ejercían a la vez «la guerra, el comercio y la piratería». En la actualidad constituyen toda una República de corsarios; tienen un pensamiento común, una organización fuerte e imponente, y una misma patria. En suma, han constituido una especie de sinmaquia,

todavía en sus principios, pero que marcha sin duda alguna a un fin político bien determinado. Los filibusteros se daban el nombre de cilicios; en realidad sus buques reunían a los aventureros, a los desesperados de todos los países y a los mercenarios licenciados, comprados antes en los mercados cretenses. Había entre ellos ciudadanos desterrados de las ciudades destruidas de Italia, de España y de Asia; soldados y oficiales de los ejércitos de Cimbria y de Sertorio; los hijos perdidos de todos los pueblos; los tráfugas y proscritos de todos los partidos vencidos, y todos aquellos, en fin, que llevaban adelante la miseria y la audacia. Ahora bien, ¿cuál era el país en que no dominaban, en estos malhadados tiempos, la desgracia y el crimen? La antigua reunión de ladrones ha desaparecido, pero ha surgido de aquí un Estado, una potencia militar. A falta de los lazos de la nacionalidad, estos hombres están unidos por la masonería de la proscripción y del crimen; y, como sucede con frecuencia aun entre los mismos criminales, tienden hacia la mejor asociación del espíritu público. En un siglo infame, en que la indisciplina y la cobardía iban corrompiendo todos los lazos del orden social, las repúblicas legítimas hubieran podido tomar por modelo esta República bastarda, hija de la necesidad y de la violencia. Allí era donde parecía que se habían refugiado, como en un último asilo, el sentimiento de una unión inquebrantable y de un fiel compañerismo, el respeto a la palabra empeñada, la obediencia al jefe elegido por todos, y, por último, la bravura y la habilidad política. Habían escrito en sus banderas y jurado vengarse de la sociedad legítima, culpable del destierro de sus miembros, con razón o sin ella. Pero ¿acaso la divisa de estos piratas era peor que la de la oligarquía italiana o que la del sultanato oriental, esos dos colosos que se dividían entonces el dominio de la tierra? Ellos se consideraban como iguales a cualquier otro Estado legítimo. Como atestiguan muchas leyendas, los corsarios tenían el fiero porte de su oficio, su fausto y su fantasía caprichosa, marcados con el sello de una indolente locura y de un bandolerismo caballeresco. Se creían y se vanagloriaban de sostener una guerra justa con todo el mundo; su ganancia era botín y no robo; y si en todos los puertos romanos estaba esperando el tormento de la cruz a algún compañero de armas prisionero, ellos se creían y proclamaban a su vez con derecho a castigar con pena capital a todo romano que caía en su poder. Sus buques, esos barcos ratones (*mioparones*, como se los llamaba) que eran naves pequeñas, muy veleras y sin puentes (no tenían más que un corto número de birremes y trirremes), marchaban reunidos en escuadras regulares detrás de sus buques almirantes, incrustados de oro y adornados de púrpura. Cuando uno de los suyos se hallaba en peligro, llamaba a los otros en su ayuda, y, por desconocido que fuese, los capitanes volaban en su auxilio. Los contratos hechos con uno de ellos eran considerados como inviolables por toda la comunidad, y el perjuicio sufrido era también vengado por todos. Su patria verdadera era el mar que se extiende desde las columnas de Hércules hasta las costas de Siria y de Egipto. En todas partes tenían

lugares de refugio para ellos y para sus casas flotantes, principalmente en las costas de Mauritania y de Dalmacia, en la isla de Creta, ocultos por lo común detrás de muchos promontorios, y en los reductos de la costa sur del Asia Menor, esta tierra sin dueño, pero que dominaba las grandes rutas del comercio marítimo. En efecto, la federación de las ciudades licias o panfilias tenía poca importancia; y la estación romana establecida en Cilicia desde el año 652 no bastaba para proteger la extensa línea de las costas, ni mucho menos. La dominación siria no había sido más que un nombre vano en estos países, y además hacía poco tiempo que la había reemplazado la soberanía de la Armenia. Agréguese a esto que el nuevo gran rey, a quien ahora pertenecía, no se cuidaba del cetro de los mares y los abandonaba espontáneamente a las incursiones de los ribereños. Así, pues, no es extraño que los piratas prosperasen en aquella tierra. En las riberas poseían sus estaciones, sus faros y torres telegráficas, y penetraban en los escondidos reductos del interior, en el seno del impracticable y montañoso macizo de la Licia, de la Panfilia y de la Cilicia. Aquí se habían construido sus castillos en lo alto de las rocas, y encerraban allí a sus mujeres, a sus hijos y sus tesoros, mientras ellos surcaban las aguas del archipiélago. Ellos mismos se refugiaban en esos sitios cuando los amenazaba algún peligro. En la Cilicia «ruda» era donde principalmente tenían sus nidos de águila, y, como los bosques les suministraban excelentes maderas para la construcción de sus buques, tenían también allí sus arsenales más importantes. No es extraño que su ordenada República militar hubiera conseguido colocar bajo su clientela las plazas griegas marítimas abandonadas a sí mismas, y que se gobernaban de la mejor manera que podían. El comercio las ponía en relaciones con los piratas y tratados formales las unían a esta nueva potencia amiga; por tanto, se negaban a obedecer a los pretores romanos cuando estos les ordenaban luchar contra los piratas. Por el contrario, y tal como sucedió con la importante ciudad de Sidea en Panfilia, se veía que les abrían sus puertos y les permitían edificar o venir a vender a sus prisioneros. Organizada de este modo, la piratería había llegado a ser un poder político; y era considerada y tenida por tal principalmente desde que Trifon, rey de Siria, le había pedido auxilio y había apoyado en ella su propio Imperio (volumen III, libro cuarto, pág. 97). Vemos que los piratas contraen alianza con Mitrídates, rey del Ponto, y con los emigrados demócratas de Roma; los vemos también batirse en el este y en el oeste con las escuadras de Sila, y, por último, encontramos príncipes corsarios a quienes obedecen un gran número de ciudades escalonadas en las costas. No podemos decir a qué grado de desarrollo político interior había llegado este raro sistema, pero es imposible no ver en él un imperio marítimo en germen, que busca y asegura su asiento, y que estará llamado a cumplir grandes y duraderos destinos, si las circunstancias llegan un día a favorecerlo.

LA POLICÍA ROMANA DE LOS MARES REDUCIDA A LA NULIDAD

Como ya hemos dicho en otro lugar, el progreso de los piratas muestra suficientemente cómo los romanos conservaban el buen orden o, mejor dicho, cómo no lo conservaban, en los mares que dominaban (*mare nostrum*). La soberanía de la República sobre las provincias consistía esencialmente en la tutela militar, que concentraba en manos de Roma las defensas de mar y tierra, y a cuyos fines pagaban los provincianos un impuesto y un tributo. Pues bien, si hubo tutor que engañó indignamente a su pupilo, este fue con seguridad la oligarquía romana respecto de sus súbditos y clientes. En vez de tener siempre dispuesta una gran escuadra y vigilar sobre la policía marítima, el Senado no había hecho nada para fundar una administración fuerte, tal cual se necesitaba, con el pretexto de no alcanzar eficacia en su intento. Así dejaba a cada pretor, a cada Estado cliente, el cuidado de defenderse como pudiera o como quisiera. En lugar de cumplir una obligación sagrada y de sostener un establecimiento naval, ya con su oro y con su sangre, ya con el oro y la sangre de los pueblos clientes que guardaban su independencia nominal, Roma había dejado decaer la marina de guerra italiana. Salía del paso con algunos buques requisados en las ciudades comerciales, y más frecuentemente con algunos guardacostas situados en diferentes puntos; pero, en uno y otro caso, todos los gastos y todos los disgustos recaían sobre los desgraciados súbditos. Los provinciales podían tenerse por dichosos, sin embargo, cuando el gobernador romano aplicaba realmente a la defensa del litoral los contingentes que exigía, y no utilizaba en provecho propio los fondos que recaudaba, o no se servía de ellos (como sucedía con frecuencia) para pagar a los piratas el rescate de tal o cual personaje importante secuestrado por ellos. Lo único útil que se había intentado, la ocupación de Cilicia, por ejemplo (año 652), había tenido una ejecución completamente descuidada. Si entre los romanos de entonces se hubiese hallado un hombre a quien no cegase absolutamente la ilusión vulgar de la grandeza nacional, creo que hubiera mandado arrancar los rostros (*rostra*) de la tribuna de las arengas, para no tener ante sus ojos los recuerdos de las grandes victorias marítimas conseguidas allá en mejores tiempos.

EXPEDICIÓN A LAS COSTAS DE ASIA MENOR. PUBLIO SERVILIO EL ISAURICO. VICTORIA SOBRE ZENICETOS

Como quiera que fuese, en el transcurso de la primera guerra contra Mitrídates, Sila había podido convencerse de los peligros que provocaba el abandono en que se hallaba la marina, y había tomado diversas medidas para prevenir el mal. Pero, si bien había encargado a los lugartenientes que dejó en Asia la misión de reunir, a toda

costa, en los puertos la escuadra de guerra contra los piratas, sus órdenes habían servido de poco. Murena había preferido ir a pelear contra Mitrídates, y el pretor de Cilicia, Gneo Dolabela, solo había dado pruebas de incapacidad. En consecuencia, el Senado tuvo que decidirse (en el año 675) a enviar allá a uno de los cónsules, y la suerte designó al valiente y activo Publio Servilio. Este libró un sangriento combate a la escuadra de los piratas, y después se propuso arrasar sucesivamente todas las ciudades de la costa del Asia Menor, ante las cuales los buques piratas venían generalmente a anclar y a traficar. De este modo fueron destruidas las ciudades de Zenicetos, uno de los más poderosos reyes del mar: Olimpos, Coricos y Faselis en la Licia oriental, y Ataleya en Panfilia. El mismo Zenicetos pereció en el incendio de Olimpos. Para continuar con sus triunfos, Servilio marchó contra los isaurios, pueblo acantonado en el ángulo noroeste de la Cilicia ruda, en la falda septentrional del Tauro, oculto detrás de un laberinto de montañas escarpadas, de picos suspendidos sobre los abismos y de profundos valles (esta región conserva aún en nuestros días las huellas y los recuerdos de los bandidos de los tiempos antiguos). Para llegar hasta aquellos nidos de águila, últimos y seguros asilos de los piratas, Servilio pasó por primera vez el Tauro con las legiones. Se apoderó de las fortalezas del enemigo, Oroanda e Isaura; esta última era el ideal de un nido de ladrones, pues estaba construida en lo alto de una montaña casi impracticable y dominaba toda la llanura de Iconion. Esta ruda campaña de tres años (del 676 al 678), durante la cual Publio Servilio conquistó el sobrenombre de Isaurico para sí y sus sucesores, no careció de resultados. Cayeron en poder de los romanos muchos buques y un gran número de piratas; devastaron la Licia, la Panfilia y la Cilicia occidental, anexionaron a Roma los territorios de las ciudades destruidas y extendieron la provincia de Cilicia. Sin embargo se comprende que, lejos de desaparecer, la piratería no haría más que cambiar de domicilio, y que se trasladaría al antiguo refugio de los piratas del Mediterráneo, es decir a la isla de Creta (volumen III, libro cuarto, pág. 70). Para remediar esto por completo hubiera sido necesario tomar medidas represivas en mayor escala y con más unidad de miras, o mejor dicho, crear una alta policía de los mares.

ASUNTOS DE ASIA. TIGRANES EL NUEVO GRAN REY DE ARMENIA. CONQUISTA DE SIRIA POR PARTE DE TIGRANES

A la guerra contra los piratas iban unidos muy de cerca y en muchos aspectos los intereses del continente de Asia Menor. Lejos de mejorar, la ya tirante situación entre Roma y los reyes de Ponto y de Armenia había empeorado. Por un lado, el armenio Tigranes había proseguido sus conquistas marchando adelante, sin respetar nada. El

Imperio de los partos, destrozado por luchas intestinas, estaba en baja, por decirlo de alguna forma. Atacados constantemente por su enemigo, se veían empujados cada día más lejos hacia las profundidades de Asia. En los territorios situados entre Armenia, Mesopotamia y el Irán, algunos, como la Korduana (Gordiana o Kurdistán septentrional) y la Media de Atropatena, habían dejado de ser reinos feudales pertenecientes a los partos y se habían convertido en reinos tributarios armenios. Asimismo, el reino de Nínive (Mosul) y la Adiabena habían tenido que someterse por algún tiempo a la clientela de Tigranes. En Mesopotamia, en Nisibis y en sus alrededores, también se había arraigado la dominación armenia. Solo al sur el nuevo gran rey no poseía por completo el vasto desierto que constituye la mitad del país; Seleucia, sobre el Tigris, parece que no llegó a obedecerlo. Había dado el reino de Edesa o la Ozroena a una horda de árabes nómadas, transplantados del sur de la Mesopotamia y establecidos sobre esta nueva tierra, con la finalidad de que guardasen el paso del Éufrates y la gran vía del comercio^[1]. Sin embargo, no limitó de manera alguna sus conquistas a la orilla oriental del Éufrates. Su objetivo principal era la Capadocia, y desarmada como estaba fue bien pronto dominada por los golpes de su poderoso vecino. Tigranes le quitó la provincia oriental de Mitelene, y, al anexionarla a la Sofena armenia que limitaba con ella, fue dueño de los vados del Éufrates en esta región y en toda la gran vía del tráfico entre Asia Menor y su reino. Después de la muerte de Sila, sus ejércitos penetraron en el corazón de la Capadocia propiamente dicha y se llevaron consigo a Armenia a los habitantes de Mazaka (después Cesárea), la capital, y de otras once ciudades pertenecientes a la civilización griega. El imperio de los Seléucidas estaba en completa disolución y no podía luchar contra el nuevo gran rey. Al sur, conforme se va de la frontera de Egipto a la Torre de Estrabón (Cesárea de Judea), reinaba Alejandro Janeas, príncipe judío que al luchar todos los días con sus vecinos sirios, egipcios y árabes, y con las ciudades reales, se había engrandecido paso a paso. Las principales ciudades del país, Gaza, Torre de Estrabón, Tolemaida y Berca, se habían erigido en ciudades libres o colocado bajo el cetro de los tiranos locales, e intentaban defenderse por sí mismas. Antioquía, la capital, se había hecho independiente de las demás, por decirlo así. Damasco y los valles del Líbano obedecían al príncipe nabateo Aretas de Petra, mientras que en Cilicia dominaban los piratas o los romanos. Por otra parte, como su corona estaba así dividida en mil pedazos, y como si su papel fuera servir de juguete y de escándalo, los Seléucidas mantenían incesantes cuestiones intestinas. Condenados a eternas y sangrientas luchas, como la casa de Lago de Tebas, mientras veían que todos sus súbditos se hacían independientes, se entretenían en aspirar al trono de Egipto, que había quedado sin heredero legítimo a la muerte de su último rey, Alejandro II.

Tigranes se arrojó sobre esta presa fácil, y de un golpe se apoderó de toda la

Cilicia oriental; y actuando de la misma forma que con los capadocios, se llevó consigo a la población de Soli y de otras ciudades. También sometió con las armas toda la región de la Alta Siria, a excepción de Seleucia, situada en la desembocadura del Oronte y que fue valerosamente defendida, y a la mayor parte de Fenicia. Hacia el año 680 tomó Tolemaida y amenazó seriamente a la ciudad de los judíos. Antioquía, la antigua ciudad de los Seléucidas, no era ya más que una de las residencias del rey de Armenia desde el año 671. Los anales sirios mencionan a Tigranes como señor y dueño del país; y así la Siria y la Cilicia se convirtieron en una satrapía armenia, que Magadates gobernaba por cuenta del gran rey. Parecía, pues, que volvían a comenzar los tiempos del Imperio de Nínive, los tiempos de Salmanasar y de Senaquerib. El despotismo oriental nuevamente pesó sobre las poblaciones comerciales de la costa de Siria, como en los tiempos de Sidón y Tiro. El Asia central se había arrojado otra vez sobre la región mediterránea, y las playas de Siria y de Cilicia volvieron a ver los ejércitos asiáticos de un millón de hombres. Por otra parte, así como en otros tiempos Salmanasar y Nabucodonosor se llevaron a los judíos a Babilonia, así hoy los habitantes de los países fronterizos del nuevo Imperio, gordianos, adiabitanos, asirios, cilicios, capadocios y, sobre todo, los habitantes de las ciudades griegas o semigriegas, se vieron obligados a emigrar a la nueva residencia real, cualquiera que fuera la defensa que hiciesen, y bajo la pena de confiscación de todo lo que dejasen detrás de sí. Debían ir a una de esas ciudades gigantes que atestiguan más bien la nulidad de los pueblos, que la grandeza del soberano, y que, a cada cambio de imperio en las orillas del Éufrates, salían de la tierra a la palabra mágica del nuevo sultán. Tigranocerta (la ciudad de Tigranes), situada en la Armenia del Sur y no lejos de la frontera con la Mesopotamia^[2], tenía, como Nínive y Babilonia, muros de cincuenta codos de elevación, palacios, parques y jardines; en suma, todas las magnificencias de las que se rodean los sultanes de Oriente. Tigranes, por su parte, supo desempeñar su papel. En Oriente, país que está siempre en una eterna infancia, los reyes no saben sobreponerse a las pueriles ideas populares. En este sentido, se veía al monarca armenio parodiando en público el espléndido aparato del sucesor de los Daríos y Jerjes, adornado con el caftán de púrpura, con la túnica, mitad blanca y mitad roja, con los anchos calzones plegados, el alto turbante y la banda real. Por dondequiera que pasaba, además, llevaba siempre a su lado a cuatro reyes para que lo acompañasen y sirviesen.

MITRÍDATES

Mitrídates era más modesto. Había renunciado a atacar al Asia Menor y se había vuelto hacia el lado del mar Negro, lo cual no le estaba prohibido por los tratados. De

esta forma se aplicaba a consolidar los fundamentos de su poder y a reducir poco a poco a una sujeción más completa a los países colocados entre el Bósforo y el Ponto, donde su hijo Machares mandaba como delegado suyo. Se esforzaba además en construir una buena escuadra y un buen ejército, formándolo y organizándolo a la romana, para lo cual utilizaba los excelentes servicios de los emigrados que se habían refugiado en su corte en gran número.

CONDUCTA DE LOS ROMANOS EN ORIENTE. REHÚSAN LA ANEXIÓN DE EGIPTO

No les convenía a los romanos engolfarse más de lo que estaban en las complicaciones de los asuntos de Oriente, y manifestaron sus intenciones en este sentido en una cuestión de bastante trascendencia. Se ofrecía la ocasión de anexionar amistosamente el Egipto al imperio de la República, pero el Senado no quiso aprovecharla. La descendencia legítima de Tolomeo Lágida acababa de extinguirse en la persona de Alejandro II, hijo de Alejandro I, a quien Sila había hecho rey a la muerte de Tolomeo Soter. Pocos días después de su advenimiento al trono, murió en un motín en las calles de la capital (año 673). Este mismo Alejandro II había instituido en su testamento por heredera a la República^[3]. Es verdad que se negó la validez de este documento; pero el Senado lo tuvo por verdadero puesto que hizo que le entregasen las sumas que el rey tenía depositadas en Tiro, si bien dejó que dos hijos de Soter, notoriamente ilegítimos, se apoderasen uno de Egipto (lo llamaban Tolomeo XI, el Auletes), y el otro de Chipre (llamado Tolomeo el Chipriota). No quiere decir esto que el Senado los reconociese formalmente, pero no les obligó a restituir el poder usurpado. ¿A qué atribuir esta conducta ambigua? ¿Por qué no renunció al menos expresamente a la posesión de Chipre y de Egipto? No vacilo en reconocer como causa determinante de esta conducta la renta que los dos reyes precarios pagaban a los jefes de las pandillas de Roma, a fin de que continuase aquel estado de cosas. En el fondo, Roma tenía razón al no tocar el cebo que se le ofrecía. Por su posición especial y su organización financiera, Egipto hubiera puesto en manos de un pretor romano el poder del dinero, el de la dominación de los mares, y, sobre todo, una fuerza independiente. ¿Cómo admitir que una oligarquía suspicaz y débil pudiera nunca contribuir a la formación de un poder semejante? Desde este punto de vista se comprende también que Roma no quisiese la posesión inmediata y directa de los países del Nilo.

POLÍTICA DE NO INTERVENCIÓN EN ASIA MENOR Y EN SIRIA

La inacción del Senado ante los acontecimientos que agitaban el Asia Menor y la Siria no podía justificarse. Concedo que la República no reconociese al conquistador armenio los títulos de rey de Capadocia y de Siria, pero no hizo nada tampoco para que se mantuviese dentro de sus límites, por más que le hubiera sido fácil penetrar en Siria con motivo de la guerra contra los piratas, en el año 676. Tolerar la ocupación de Capadocia y de Siria, sin declarar la guerra, equivalía no solo a abandonar a sus protegidos, sino a dejar que destruyesen los más sólidos fundamentos de su poderío en el exterior. Era cosa grave por sí misma sacrificar en el Éufrates y en el Tigris los establecimientos helénicos, estos puestos avanzados de su Imperio, pero permitir a los asiáticos fijar su planta en las orillas del Mediterráneo, verdadera base política del Imperio oriental, no probaba solamente su amor a la paz, sino que confesaba que la oligarquía restaurada por Sila, no por ser más oligárquica que antes, era más hábil ni más enérgica. También probaba que había sonado la hora del principio del fin del mundo romano.

Tampoco por la otra parte se quería la guerra. Tigranes no tenía motivo alguno para desearla, puesto que los romanos abandonaban sus clientes sin tomar las armas. Mitrídates, que no era un sultán estúpido y que en sus días de fortuna o de desgracia había experimentado a sus amigos y a sus enemigos, sabía muy bien que, en caso de una segunda guerra con Roma, estaría otra vez solo, igual que en la primera. Por lo tanto, lo mejor que podía hacer era mantenerse tranquilo y prepararse en silencio. Las protestas de paz eran sinceras, como lo había mostrado en su entrevista con Murena, y continuaba en este camino evitando toda ocasión que diese motivo a la República para salir de su actitud pasiva.

Pero así como la primera guerra contra el rey de Ponto se había empeñado sin que ninguno de los beligerantes la quisiera en realidad, así también en los momentos actuales iban aumentando las sospechas recíprocas por efecto de los intereses encontrados. Las sospechas trajeron consigo los preparativos de defensa, y estos conducían a un rompimiento abierto. Hacía mucho tiempo que Roma tenía poca fe en su efectivo militar y en sus inmediatos recursos de combate. Por otra parte, ¿qué cosa más natural que semejante desconfianza en alguien que no mantiene en pie de guerra un ejército permanente, y en un gobierno que reposa en el seno de una asamblea deliberante? En consecuencia, era un axioma de la política romana el que, una vez emprendida, la guerra debía continuarse no hasta la derrota del enemigo, sino hasta su destrucción completa. Además estaban poco satisfechos con la paz concluida tiempo atrás por Sila, de la misma forma que en otro tiempo se había murmurado de las condiciones otorgadas a Cartago por Escipión el Africano. Entretanto, se manifestaban constantes temores respecto del rey de Ponto y se pronosticaba un segundo y próximo ataque. No se decía esto sin motivo, siendo las circunstancias presentes exactamente las mismas que doce años antes. Con los armamentos de

Mitrídates coincidían una guerra civil peligrosa, las incursiones de los tracios en Macedonia, y las de los piratas, cuyas flotas cubrían todos los mares. Por lo demás, así como en otros tiempos se habían cambiado los mensajes y los emisarios entre Mitrídates y los italianos, así también en la actualidad se iba y se venía desde el campamento de los emigrados romanos de España al de los refugiados en la corte de Sinope. Ya a fines del año 677, durante la guerra civil italiana, se había exclamado en pleno Senado que el rey de Ponto no esperaba más que una ocasión para arrojar sobre el territorio romano; y, para prevenir eventualidades, se habían reforzado los cuerpos de ejército de las provincias de Asia y de Cilicia.

Mitrídates, por su parte, seguía con inquietud creciente todos los movimientos de la política de los romanos. Comprendía bien que más allá de cualquier repugnancia que, en su debilidad, el Senado mostrase hacia una declaración de guerra, a la larga o a la corta no podía menos que declararla a Tigranes, y que él a su vez tendría que tomar parte en ella forzosamente. En medio del tumulto de la revolución de Lépido, había intentado en vano obtener del Senado el documento escrito de su tratado de paz. Pero nunca lo logró y no lo esperaba ya, y veía en esto el síntoma de la próxima renovación de la guerra. Roma comenzaba ya su lucha contra los piratas. Atacarlos equivalía a atacar indirectamente a los reyes de Oriente, que eran sus aliados. Las pretensiones ambiguas de Roma sobre Egipto y la isla de Chipre eran otra piedra de toque. ¿Acaso el rey de Ponto no había casado a dos de sus hijas, Mitrídatís y Nisa, con estos dos Tolomeos a quienes el Senado persistía en no reconocer formalmente? Los emigrados lo impelían también a dar un gran golpe. Por último, los triunfos de Sertorio en España, triunfos de los que se enteraba el rey por medio de sus enviados que seguían al ejército de Pompeyo con especiales pretextos, le abrían la ventajosa perspectiva de que en la próxima guerra no tendría que luchar a la vez contra los dos partidos, sino que, por el contrario, podría batir a uno apoyándose en el otro. ¿Dónde hallar un momento más favorable? ¿No valía más, después de todo, declarar la guerra a los romanos antes de que estos la declarasen?

SE HACEN ROMANAS BITINIA Y CIRENE. EXPLOSIÓN DE LA GUERRA

Por entonces murió el rey de Bitinia, Nicanor III Filopator, que era el último de su raza, pues un hijo que había tenido su mujer, Nisa, pasaba por ilegítimo o lo era en efecto. En su testamento dejaba su reino a los romanos, que se apoderaron inmediatamente de aquel país, limítrofe con su provincia y visitado desde hacía muchos años por los magistrados y los traficantes italianos. En esta misma época se erigió también a Cirene en provincia, y enviaron a ella un pretor (año 679). Estas medidas y los ataques dirigidos contra los piratas de la costa sur del Asia Menor

sobreexcitaban las desconfianzas de Mitrídates. La anexión de Bitinia, sobre todo, y el no poder contar con Paflagonia, hacía que los romanos fueran vecinos inmediatos de su reino pónico. Este fue ya el último golpe. Tomó su partido y en el invierno del año 679 al 680 declaró la guerra a la República.

ARMAMENTOS DE PONTO

Mitrídates hubiera deseado contraer algunas alianzas que lo auxiliasen en esta ardua empresa. Su más próximo y natural aliado era el gran rey de Armenia, pero este, que era un político de cortas miras, rechazó las proposiciones de su suegro. Quedaban los insurrectos y los piratas. Mitrídates tuvo cuidado de mantenerse en comunicación con unos y con otros, y mandó numerosas escuadras a las aguas de Creta y a las de España. En otro lugar hemos visto que había concluido con Sertorio un tratado por el cual Roma le cedía la Bitinia, Paflagonia, Galacia y Capadocia. Claro que estas cesiones eran puramente nominales, y que solo podían ratificarse por la suerte de las armas. Más seria era la asistencia que debía recibir del general de los españoles, es decir, el envío de oficiales que pudieran dirigir los ejércitos y las escuadras de Ponto. Sertorio había nombrado como representantes suyos en la corte de Sinope a los hombres más activos que había entre los emigrados de Oriente, a Lucio Magio y a Lucio Fanio. Por lo demás, también entre los piratas Mitrídates halló recursos. Parece que se habían establecido en gran número en el reino pónico, y que gracias a ellos le fue posible reunir una fuerza naval imponente, tanto por su número como por la bondad de sus naves. Sea como fuese, su principal apoyo estaba en su propio ejército, y con él podía esperar apoderarse de las posesiones romanas en Asia mucho antes de la llegada de las legiones. Además, todo favorecía la invasión de los soldados del Ponto. Las contribuciones impuestas por Sila a la provincia de Asia agotaban todos sus recursos: la Bitinia se rebelaba contra la nueva administración romana, y, en Cilicia y en Panfilia, la reciente guerra devastadora había dejado el terreno dispuesto a reproducirla. Había abundancia de municiones, y los graneros reales encerraban dos millones de *medimnos* de trigo. Por su parte la escuadra y los soldados eran numerosos y estaban bien ejercitados; y los mercenarios bastarnas, en particular, suministraban una tropa escogida, capaz de habérselas con los legionarios italianos. También esta vez fue Mitrídates quien tomó la ofensiva. Un cuerpo de ejército mandado por Diofauto entró en Capadocia con el fin de ocupar las plazas fuertes y cerrar a los romanos el camino del Ponto. Al mismo tiempo, un oficial enviado por Sertorio, el propretor Marco Mario, entró en Frigia acompañado de un general pónico llamado Eumacos; ambos debían sublevar la provincia romana y a los habitantes del Tauro. El ejército principal, que se componía de más de cien mil

infantes, dieciséis mil caballos y cien carros con hoces, iba conducido por Taxila y Hermócrates bajo las supremas órdenes del rey, y recorría la costa norte del Asia Menor dándose la mano con una escuadra de guerra de cuatrocientos buques que obedecía a Aristónico. Así se habían apoderado de Paflagonia y de Bitinia.

ARMAMENTOS DE ROMA

Por parte de Roma se había elegido desde un principio para general en jefe al cónsul del año 680, a Lucio Lúculo. Se le había dado el gobierno de Asia y de Cilicia con el mando de las cuatro legiones acampadas en Asia Menor, y llevó consigo otra más. Por tanto, su ejército constaba de treinta mil infantes y mil seiscientos caballos. Tenía orden de marchar sobre el Ponto, atravesando la Frigia. Su colega, Marco Cotta, se dirigió con una escuadra y otro cuerpo de ejército hacia la Prepóntide, a fin de cubrir el Asia y la Bitinia. Por último, el Senado había ordenado el armamento general de las costas, sobre todo de las de Tracia, que eran las más particularmente amenazadas por la escuadra enemiga. Como medida extraordinaria, se dio al mismo tiempo a otro hombre la misión de limpiar todos los mares y playas infestados por los piratas y sus aliados del Ponto. La elección del Senado recayó sobre Marco Antonio, hijo de aquel que treinta años antes había sido el primero en castigar a los corsarios de Cilicia. Además, se puso a disposición de Lúculo una suma de setenta y dos millones de sestercios para el equipo de una escuadra, pero él rehusó esta suma. Se ve, pues, que finalmente el gobierno de la República comprendía y confesaba que casi todo el mal procedía del abandono en que había estado la marina de guerra, y que, en el porvenir, se proveería formalmente a su restablecimiento, por lo menos hasta donde es posible hacerlo a fuerza de decretos.

PRINCIPIO DE LA GUERRA. DERROTA DE LOS ROMANOS DELANTE DE CALCEDONIA

Finalmente la guerra comenzó en todas partes en el año 680. Para desgracia de Mitrídates, en el momento en que rompía las hostilidades, la estrella de Sertorio empezaba a declinar; consigo se llevaría una de las grandes esperanzas del asiático, a la vez que dejaba a Roma libre para consagrar todas sus fuerzas a las expediciones marítimas y a las de Asia Menor. Sin embargo, Mitrídates recogió aquí los beneficios de la ofensiva y de la distancia que separaba a los romanos del actual teatro de la lucha. El propretor de Sertorio había penetrado inmediatamente en la provincia, y un gran número de ciudades le abrieron sus puertas. Las familias romanas que habían

fijado en ella su residencia fueron pasadas a cuchillo, lo mismo que en el año 666. Se sublevaron además los psidios, los isaurios y los cilicios. En estos momentos aún no habían llegado a los puntos amenazados los soldados de la República; y algunos hombres más atrevidos intentaron impedir por sí mismos la matanza. Así, por ejemplo, a la nueva de estos graves acontecimientos, el joven Cayo César salió de Rodas, donde proseguía sus estudios, y se presentó con algunas tropas reunidas precipitadamente a contener los progresos del enemigo. Pero ¿qué podía hacer este puñado de voluntarios? Si Deyotaro, el bravo tetrarca de los tolistoboyos, galos establecidos alrededor de Pesinunte, no hubiese tomado el partido de Roma y luchado victoriosamente contra los generales de Mitrídates, Lúculo hubiera tenido que comenzar reconquistando todo el macizo interior de la provincia. Sin embargo, perdió aquí un tiempo precioso en restablecer la calma y en rechazar al enemigo hasta la frontera; y el éxito insignificante que pudo conseguir su caballería en dos o tres ocasiones no compensó, ni con mucho, las primeras desventajas. En la costa norte del Asia Menor, las cosas marcharon aún peor que en Frigia. La escuadra y el ejército del Ponto eran completamente dueños de Bitinia. El cónsul Cotta, con su pequeño ejército y las pocas naves de que disponía, a duras penas había podido refugiarse en los mares y en el puerto de Calcedonia, donde lo tenía bloqueado Mitrídates. No obstante, esta mala situación produjo algo bueno para los romanos. Como el ejército del Ponto estaba ocupado delante de Calcedonia, Cotta atrajo a Lúculo en su auxilio, y de este modo provocó la unión de todas las fuerzas romanas. Por lo tanto, la lucha podía decidirse inmediatamente sin tener que perseguir al enemigo por países lejanos e impracticables. En efecto, Lúculo marchó a reunirse con Cotta; pero este, soñando con una victoria conseguida por sí solo, antes de la llegada de su colega ordenó a Publio Rutilo Nudo, jefe de la escuadra, que saliese con esta y empeñase el combate, que dio por resultado una sangrienta derrota. La escuadra del Ponto atacó inmediatamente el puerto, rompió la cadena que lo cerraba y quemó todas las naves romanas que en él había, que ascendían a setenta. Lúculo estaba en el río Sangara cuando supo lo que había sucedido, y aceleró su marcha con gran descontento de sus soldados, que en realidad se inquietaban poco por Cotta, y que hubieran preferido saquear un país indefenso antes que enseñar a sus camaradas la manera de vencer. Finalmente la llegada de Lúculo restableció un tanto los asuntos. El rey levantó el sitio; pero, lejos de volver hacia el Ponto, se extendió por todas las costas de la Prepóntide y del Helesponto, ocupó Lampsaca y comenzó el sitio de la grande y rica ciudad de Ciziquia (*Bal-kir*).

SITIO DE CIZIQUIA POR MITRÍDATES. DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO DEL PONTO

Esto equivalía a encerrarse en un verdadero callejón sin salida. Hubiera obrado mejor para su causa retirándose de los romanos. En Ciziquia se habían conservado, más que en ninguna otra ciudad, las antiguas tradiciones y el antiguo valor de los helenos. Aunque sus buques y sus soldados habían sido diezmados en el doble y desastroso combate de Calcedonia, opusieron una tenaz resistencia. La ciudad estaba edificada sobre un islote muy inmediato a la costa, con la que se comunicaba por medio de un gran puente. En un principio, los sitiadores ocuparon las alturas de tierra firme que dominaban el puente y el arrabal inmediato, y en la isla misma coronaron la célebre colina dindimeniana. Después, tanto en la parte del continente como en la isla, los ingenieros griegos de Mitrídates emplearon todos los medios de que entonces disponía el arte para hacer practicable el asalto. Pero durante una noche los sitiados cerraron la brecha abierta con tanto trabajo; y los esfuerzos del ejército del Ponto se estrellaron contra las murallas, así como también la bárbara amenaza participada por el rey a los de Ciziquia, de que haría degollar a sus hermanos cautivos delante de sus puertas, si se negaban a abrirlas inmediatamente. Los ciziquianos se defendieron entonces con más energía y mejor éxito, hasta el punto de que un día estuvieron muy cerca de coger prisionero al mismo Mitrídates. Entre tanto, Lúculo había ocupado una fuerte posición a retaguardia de los sitiadores, y, aunque no podía socorrer directamente la ciudad, cortaba todos los víveres que llevaban por tierra a los soldados asiáticos. Este inmenso ejército, evaluado en más de trescientas mil personas incluyendo la comitiva o séquito, no podía retirarse ni combatir, encerrado como estaba entre una plaza inexpugnable y las legiones inmóviles. De hecho no se aprovisionaba sino gracias a la escuadra que, por fortuna de Mitrídates, dominaba en el mar. Finalmente llegó la mala estación, y una gran tempestad destruyó casi todos los trabajos de sitio. Por lo demás, la falta de víveres y, sobre todo, de forraje hacían la situación insostenible. Mandaron las bestias de carga y los bagajes, y fueron escoltados por la mayor parte de la caballería, que debía a toda costa lanzarse sobre las filas enemigas y abrirse paso por la fuerza. Lúculo los alcanzó sobre el Rindaco, al este de Ciziquia, y los exterminó. Otra división de la caballería, a cuya cabeza iban Metrofano y Lucio Fanio, anduvo errante mucho tiempo por todo el occidente de Asia Menor, hasta que por último tuvo que volverse al campamento de Ciziquia. El hambre y las enfermedades hacían terribles estragos. Al comenzar la primavera del año 681, los sitiados redoblaron sus esfuerzos y se apoderaron de los trabajos contruidos por Mitrídates sobre el monte Dindimon. De esta forma no quedó ya al rey más remedio que levantar el sitio y colocar sobre su escuadra todo lo que pudiese salvar. Después se hizo a la vela hacia el Helesponto; pero, mientras embarcaba sus tropas y durante la travesía, sufrió grandes pérdidas a causa de las tempestades. La división de tierra, conducida por Hermacos y Mario, levantó también el campamento a fin de ir a refugiarse dentro de los muros de Lampsaca, para embarcarse allí a su

vez. Abandonó sus bagajes, sus enfermos y sus heridos, a quienes asesinaron los exasperados habitantes de Ciziquia. En el camino, sostuvo con Lúculo dos sangrientos combates al pasar el Esopo y el Gránico. Aunque muy disminuida la división, alcanzó su fin; así, las naves del rey condujeron fuera del alcance de los romanos a los últimos restos del gran ejército y a los habitantes de Lampsaca.

GUERRA MARÍTIMA. MITRÍDATES SE VE OBLIGADO A VOLVER A ENTRAR EN EL PONTO

Lúculo había hecho la guerra con habilidad y prudencia, y reparado las faltas de su colega, pues sin librar batalla había destruido la flor de los ejércitos del rey, que, según se dice, ascendía a doscientos mil hombres. Si él hubiera tenido a su disposición aquella escuadra quemada por los pónticos en el puerto de Calcedonia, no se habría escapado ni un soldado. Pero su obra estaba incompleta; a pesar de la catástrofe de Ciziquia, no pudo impedir que las naves enemigas penetrasen en la Prepóntide, bloqueasen Perinto y Bizancio, en la costa de Europa, devastasen Priapos, en la de Asia, y cubriesen el cuartel general del rey, establecido en Nicomedia. Al poco tiempo se vio una escuadra penetrar en el mar Egeo: llevaba a bordo a diez mil hombres, con Mario y la flor de los emigrados. Se corrió la voz de que bajaba hacia Italia para verificar allí un desembarco y volver a encender la guerra civil. Afortunadamente, ya estaban dispuestos para entrar en campaña los buques que Lúculo había pedido a las ciudades asiáticas al día siguiente del desastre de Calcedonia, y una pequeña escuadra pudo salir a buscar al enemigo en las aguas del archipiélago. La mandaba el mismo Lúculo, que era marino experimentado. Delante del puerto de los aqueos, en el canal que separa la costa troyana de la isla de Tenedos, había cinco quinquerremes que Isidoro conducía a Lemnos. Lúculo las sorprendió y pasó por ojo. Poco más allá, en la pequeña isla de Nea, punto poco concurrido entre Lemnos y Esciros, había otros treinta y dos buques pónticos extendidos a lo largo de la costa. Lúculo cayó sobre ellos y los capturó a todos. Allí sucumbieron combatiendo, o bajo el hacha del verdugo, Mario y los emigrados más atrevidos. Como resultado de esto, había quedado aniquilada la escuadra del mar Egeo. Durante este tiempo, Cotta y los lugartenientes de Lúculo, Vaconio, Barbo y Cayo Valerio Triario, habían continuado la guerra en Bitinia reforzados por nuevas tropas italianas, y por una escuadra regular reunida a toda prisa. En el interior Barbo se había apoderado de Prusiada, al pie del Olimpo, y de Nicea; Triario había tomado Apamea, sobre la costa (la antigua Mirleya), y Prusiada, sobre el mar (la antigua Cios). Se reunieron inmediatamente todos los generales y marcharon contra Mitrídates, apostado todavía en Nicomedia; pero este no permaneció esperándolos, huyó en sus

naves y tomó el camino del Ponto. Solo escapó merced a la tardanza de Vocconio, encargado de bloquear con su escuadra el puerto de aquella ciudad. De paso, el rey se había apoderado de Heráclea, entregada por traición; sin embargo sobrevino una tempestad que le arrebató sesenta buques y dispersó los demás de su escuadra, con lo cual volvió a entrar prácticamente solo en Sinope. La ofensiva tomada por él había dado por resultado la completa derrota de sus ejércitos de mar y tierra: derrota poco gloriosa, sobre todo para el jefe supremo.

INVASIÓN DEL PONTO POR LÚCULO. VICTORIA DE CABIRA. CONQUISTA DEL PONTO. SITIO DE LAS CIUDADES

Lúculo atacó a su vez. Triario se encargó del mando de la escuadra, con la misión de cerrar el Helesponto y apoderarse a su paso de las naves pónicas que viniesen de Creta o de España. Cotta emprendió el sitio de Heráclea, mientras que el activo y fiel jefe de los galos y el rey de Capadocia, Ario Barzana, se encargaron de la difícil tarea del aprovisionamiento de los romanos. Finalmente, el mismo Lúculo entró en el otoño del año 681 en el territorio del Ponto, cuyo suelo hacía mucho tiempo que ningún enemigo había pisado. Mitrídates, decidido a mantenerse en una rigurosa defensiva, retrocedió sin pelear desde Sinope hasta Misos, y desde Misos hasta Cabira (hoy Niksar), por el Licus, afluente del Iris. Contaba con atraer al romano al interior del país para cortarle enseguida los víveres y las comunicaciones. Lúculo lo siguió a marchas forzadas: dejó atrás a Sinope, franqueó el Halis, antigua frontera de Escipión, y colocó un cordón de tropas alrededor de las importantes fortalezas de Amisos Eupatoria (sobre el Iris) y Tesmicira (sobre el Termodonte). Solo el invierno puso fin a sus progresos, pero no al sitio de las ciudades. Los soldados murmuraban contra su capitán, que no quería otra cosa más que ir siempre avanzando, sin pararse a recoger jamás los frutos de sus esfuerzos. Además les repugnaban estos bloqueos establecidos en gran escala en el rigor del invierno. Pero Lúculo no acostumbraba oír las quejas, y desde la primavera del año 682 marchó adelante y llegó a Cabira, en tanto dejó a Lucio Murena con dos legiones delante de Amisos. Durante el invierno, Mitrídates había hecho nuevas tentativas para comprometer en la lucha al gran rey de Armenia, pero estos esfuerzos no habían producido más que vanas promesas. Menos inclinados se hallaban los partos a venir en ayuda de una causa perdida. Sin embargo, a fuerza de actividad y reclutando soldados entre los escitas, el rey había conseguido reunir en Cabira un ejército considerable a las órdenes de Diofanto y de Taxilo. Los romanos, que no contaban más que con tres legiones y con una caballería muy inferior a la de los pónicos, no podían hacer frente en la llanura. De hecho, para llegar a Cabira tuvieron que ir por senderos muy largos y difíciles, a raíz de lo cual

sufrieron grandes pérdidas durante la marcha. Los dos ejércitos permanecieron algún tiempo inmóviles uno frente a otro. Solo se verificaban algunas escaramuzas entre los forrajeadores, en tanto los víveres escaseaban en ambos campamentos. A este efecto Mitrídates había organizado una gran columna volante con la flor de sus caballeros, y una división de infantería mandada especialmente por los mismos Taxilo y Diofanto. Siempre en movimiento entre el Licus y el Halis, cortaban los transportes mandados a los romanos desde Capadocia. Pero un día, un oficial subalterno del ejército de Lúculo, Marco Fabio Adriano, encargado de la escolta de un convoy, batió en un desfiladero a los enemigos que le cerraban el paso, en el momento en que estos se iban a arrojar sobre él. Entonces fue reforzado inmediatamente por una división destacada del campamento; venció a los generales de Ponto y puso sus tropas en desordenada fuga. Esta derrota era irreparable, pues ya no existía la caballería del rey, en cuyo cuerpo este había depositado toda su confianza. Supo en Cabira esta desastrosa nueva por los primeros fugitivos llegados del campo de batalla, que no eran otros que los mismos Taxilo y Diofanto; incluso lo supo antes de que Lúculo tuviese noticia de su victoria, y se decidió a emprender inmediatamente la retirada. Pero la noticia de esta decisión se extendió como un relámpago entre los íntimos del rey, y, cuando los soldados lo vieron liar precipitadamente su equipaje, se apoderó de ellos un gran pánico. Aquello fue un «sálvese el que pueda»: todos, pequeños y grandes, huían como una manada de ciervos asustados sin escuchar ya nada, ni siquiera la voz del rey, que fue impelido por el inmenso oleaje de una desbandada confusa e irresistible. Lúculo, advertido, les salió inmediatamente al encuentro, y los pónicos se dejaron degollar casi sin resistencia. Si las legiones hubiesen guardado el orden debido y dominado su deseo de botín, no se habría escapado ni un solo hombre, y el mismo Mitrídates habría caído prisionero. Este pudo llegar a Comana con gran dificultad, yendo por la montaña y seguido solo por algunos de los suyos. También salió de aquí perseguido por Marco Pompeyo con un cuerpo de ejército; y, por último, pasando la frontera con unos dos mil caballos, entró en la pequeña Armenia por un sitio cerca de Talauro. Pero, si bien encontró un asilo en los Estados del gran rey, no encontró nada más. Tigranes afectaba tratar como rey a su suegro fugitivo; por eso no lo invitó a que pasase a su corte y lo retuvo confinado en una de las más lejanas fronteras de sus Estados, en una especie de prisión decente. Durante este tiempo, los romanos recorrían como vencedores el Ponto y la pequeña Armenia; la llanura se sometió sin resistencia hasta Trapzus (Trevisonda). Los guardas de los tesoros reales se rindieron a su vez, después de mayor o menor vacilación, e hicieron entrega de sus cajas. En cuanto a las innumerables mujeres del harén, hermanas, esposas y concubinas del rey, como este no había podido llevarlas consigo en su huida, las mató uno de sus eunucos en Farnacea (Cerasonte). Solo las ciudades se defendieron tenazmente. Las del interior, Cabira, Amasea y Eupatoria, no pudieron

sostenerse mucho tiempo; pero no sucedió lo mismo con las grandes plazas marítimas. Amisos y Sinope, en el Ponto; Amastri, en Paflagonia; Tios y Heráclea, en Bitinia, se defendieron a la desesperada por su rey, o por las franquicias helénicas que este les había conservado, o, por el contrario, por terror a los corsarios llamados por Mitrídates. Sinope y Heráclea armaron sus buques contra los romanos. La escuadra de la primera se apoderó de una flotilla romana que conducía trigo de la península táurica al ejército de Lúculo. Heráclea no sucumbió sino al cabo de dos años de sitio, después de que los romanos le cortaron sus comunicaciones por mar con las ciudades griegas y con esta misma península, y por la traición de su guarnición. Amisos estaba reducida al último extremo. Los soldados la prendieron fuego, y protegidos por las llamas se escaparon en sus buques. En Sinope, donde Seleuco, un atrevido jefe de los piratas, y el eunuco real Baquidas dirigían la defensa, la guarnición saqueó las casas antes de abandonar la ciudad, y quemó las naves que no pudo llevarse. Se dice que Lúculo encontró allí todavía a ocho mil corsarios y que los hizo pasar a cuchillo; pero la mayor parte de los defensores de la plaza se habían fugado. Todos estos sitios duraron más de dos años, a contar desde la batalla de Cabira (de 682 a 684). Lúculo los confió a sus principales lugartenientes, y él mismo presidió la organización de la provincia de Asia, donde se necesitaban grandes reformas y así se verificaron. La historia debe hacer notar la enérgica resistencia de las ciudades comerciales de Ponto, sin producir nada provechoso a la arruinada causa de Mitrídates. Tigranes no tenía designio de restituirlo en su reino. La emigración había perdido sus mejores hombres en la derrota y había sufrido destrucción de la escuadra del mar Egeo. Los jefes más activos de los que aún quedaban, Lucio Magio y Lucio Fanio, habían convenido la paz con Lúculo. Por último, la muerte de Sertorio, ocurrida en el mismo año de la derrota de Cabira, había quitado a los emigrados su última esperanza. El poder de Mitrídates se había derrumbado por completo, y sus últimos pilares caían uno tras otro. Una escuadra de sesenta buques que volvía de España y de Creta fue atacada y destruida por Triario, junto a Tenedos. Aún hay más: hasta se vio a su hijo Machares, gobernador del reino del Bósforo, desertar del partido de su padre; se hizo príncipe independiente del Quersoneso táurico, y concluyó la paz y la amistad con los romanos (en 684). El rey, después de haber combatido sin gloria, estaba encerrado en una lejana fortaleza, oculta en el fondo de las montañas de Armenia, desterrado de sus Estados y casi prisionero de su yerno. Aún quedaban algunos corsarios en Creta, y los que habían escapado de Sinope y de Amisos habían podido refugiarse en la costa oriental del mar Negro, en las casi inaccesibles playas de los sanegas y de los lasas. Lúculo había hecho la guerra con habilidad; no había desdeñado dar satisfacción a las justas quejas de los provincianos y había recibido como oficiales en su ejército a los emigrados arrepentidos. Había liberado al Asia Menor a poca costa y penetrado en el territorio enemigo. Abatido el reino del Ponto, había pasado del

estado de país cliente al de país sujeto. Solo se esperaba a la comisión senatorial, encargada de organizarlo en provincias de común acuerdo con el general en jefe.

PRINCIPIO DE LA GUERRA DE ARMENIA

Quedaban las diferencias con Armenia que aún no se habían ventilado. Hemos visto ya que los romanos hubieran podido, con razón, declarar la guerra a Tigranes, pues todo imponía una inmediata ruptura. Presenciando los hechos sobre el terreno y con un sentido más alto que el común de los senadores de Roma, Lúculo veía claramente la urgente necesidad de expulsar a Armenia a sus límites, y reconstituir en el Mediterráneo el predominio que había perdido la República. No puede negarse el hecho de que en la dirección de los asuntos de Asia se condujo como digno continuador de Sila, su maestro y amigo. Más filoheleno que ninguno de los romanos de entonces, tenía el sentimiento del deber que se impuso la República el día en que aceptó la herencia de Alejandro, a saber: constituirse en Oriente como espada y escudo de los griegos. Únanse a esto la pasión personal, el deseo de recoger laureles más allá del Éufrates y un vivo rencor contra aquel gran rey, que le escribía sin saludarlo con el título de *imperator*. Sin embargo, seríamos injustos en no hallar en su conducta más que motivos mezquinos y egoístas, cuando bastan para explicarla deberes grandes y serios.

De esperar, no podía contar con la asamblea gobernante de Roma. Temerosa, negligente, mal informada de los hechos, y, sobre todo, siempre escasa de recursos, no podía creerse que fuese a tomar jamás la iniciativa para una expedición vasta, lejana y dispendiosa, de no verse muy obligada a ello. Hacia el año 682, alentados por el feliz aspecto que tomaba la guerra del Ponto, habían venido a Roma los representantes legítimos de la dinastía Seléucida, Antíoco, denominado el Asiático, y su hermano. Solicitaban una intervención en Siria y, accesoriamente, el reconocimiento de sus derechos al trono de Egipto. Por más que esta última demanda no podía ser bien acogida, hay que reconocer que jamás se habían presentado momento ni ocasión más favorables para declararle a Tigranes una guerra, que por otra parte desde hacía mucho tiempo se consideraba inevitable. El Senado había proclamado a los dos príncipes reyes legítimos de Siria, pero sin decidirse a apoyarlos con las armas. Si quería aprovechar la ocasión y obrar con vigor contra Armenia, Lúculo necesitaba provocar la guerra y hacerla por su cuenta y riesgo. Él mismo ahora se veía, como en otro tiempo Sila, en la necesidad de tomar a su cargo los intereses de la República y marchar adelante sin ella, y hasta a pesar de ella. Por otra parte, las relaciones entre Roma y Armenia fluctuaban desde hacía mucho tiempo entre la paz y la guerra, y lo que tenían de ambiguo venía en ayuda de Lúculo,

que hallaba en esto la razón de decidirse y un paliativo para sus actos arbitrarios. No faltaban pretextos para una ruptura, sobre todo en Capadocia y en Siria. Cuando los romanos iban persiguiendo al rey de Ponto, habían ya violado el territorio del gran rey. Después, envió a uno de sus oficiales a Tigranes, que estaba entonces en Antioquía, para reclamarle la extradición del ex rey, lo cual equivalía a declarar la guerra. En la situación en que se hallaban las legiones, esto no dejaba de ser una increíble audacia. Para penetrar en Armenia era necesario ocupar sólidamente el extenso territorio del Ponto, sin lo cual los romanos estaban cortados y completamente aislados de su patria, y además tenían que impedir el regreso del rey a sus Estados. El ejército con que Lúculo había dado fin a la guerra pónica apenas contaba con treinta mil hombres, y era evidente que no bastaba para su doble tarea. En circunstancias ordinarias, otro general hubiera pedido y obtenido que el gobierno le enviase un segundo ejército. Pero como quería la guerra por encima de la cabeza de los senadores, y hasta se creía obligado a dar un golpe de audacia, Lúculo renunció de buen grado, o por la fuerza, a apoyarse en tal refuerzo, y se contentó con alistar entre sus tropas a los tracios prisioneros, poco tiempo atrás a sueldo de Mitrídates. De esta forma, marchó hacia el Éufrates con solo dos legiones, es decir, unos quince mil hombres. Esto era sin duda una temeridad, aun cuando lo exiguo del número podía en cierto modo compensarse con la bravura de un ejército compuesto solo de veteranos. El verdadero peligro era el mal humor del soldado, pero Lúculo hacía poco caso de esto desde lo alto de su orgullo de casta.

Hábil general, hombre honrado y de buenas intenciones, en cuanto lo permitían las ideas aristocráticas, tenía mucha necesidad de captarse el cariño de sus tropas. Primero era impopular como partidario decidido de la oligarquía; luego, porque en Asia Menor había reprimido enérgicamente las odiosas usuras de los capitalistas romanos. También era impopular a causa de los trabajos y fatigas con que agobiaba a su ejército, por la seria disciplina que hacía reinar en este, y por impedir con todas sus fuerzas el saqueo de las ciudades griegas, mientras que hacía cargar carros y camellos con los inmensos tesoros del Oriente para su propia persona. Por último, era impopular por la elegancia de sus costumbres nobiliarias, de su gusto griego, de sus altivos modales y del apasionado refinamiento de su vida y hábitos. No tenía nada de lo que entusiasma y atrae, de eso que une al soldado a la persona de su general. Por lo demás, la mayor parte de sus veteranos, y precisamente los más sólidos, se quejaban con razón de la ilimitada prórroga de su tiempo de servicio. Sus dos mejores legiones habían venido a Oriente con Flacco y Fimbria en el año 668; y aún hacía poco, al día siguiente de la batalla de Cabira, que se les había prometido su licencia, licencia que tenían muy bien ganada en trece campañas consecutivas, cuando he aquí que su general los conducía al otro lado del Éufrates y se empeñaba en una nueva guerra, cuya duración no podía preverse. En realidad, los vencedores de Cabira eran peor

tratados que los vencidos de Canas. En estas circunstancias, ¿no era una temeridad lanzarse con semejante ejército, insignificante y descontento, e ir a una expedición de guerra por su propia autoridad? Y en realidad ¿no era una temeridad penetrar violando la ley en regiones lejanas, desconocidas, cortadas a cada paso por torrentes devastadores y por montañas cubiertas de nieve, y cuya inmensa extensión era por sí sola un peligro para el agresor? En Roma se prodigaron a Lúculo las inculpaciones, y no sin fundamento. Sin embargo, hubiera valido más reconocer que solo la incurable impericia del gobierno había hecho necesaria la audaz calaverada del general en jefe, y que, si no era perdonable por completo, era al menos excusable.

LÚCULO PASA EL ÉUFRATES. SITIO Y BATALLA DE TIGRANOCERTA. LOS ROMANOS DUEÑOS DE TODOS LOS PAÍSES CONQUISTADOS POR LA ARMENIA

La embajada del oficial de Lúculo, Apio Claudio, además de que conducía a la guerra por las vías diplomáticas, tenía por objeto promover la insurrección de los príncipes y de las ciudades de Siria contra el gran rey. Así, en la primavera del año 685 se comenzó el ataque en toda regla. El rey de Capadocia había reunido en el invierno y con el mayor sigilo algunas embarcaciones, gracias a las cuales pudo pasarse inmediatamente el Éufrates. Lúculo atravesó la Sofena en línea recta, sin perder su tiempo en sitiar plazas de poca importancia, y marchó sobre Tigranocerta, adonde había acudido Tigranes desde el fondo de la Siria, luego de tener que aplazar, a causa de sus luchas con los romanos, la prosecución de sus planes de conquista en el Mediterráneo. En este momento, mientras proyectaba la invasión del Asia Menor romana por la Cilicia y la Licaonia, el gran rey se preguntaba si los romanos evacuarían simplemente el Asia, o si intentarían antes librar una batalla, quizás en las inmediaciones de Éfeso. Fue entonces cuando supo de la llegada de Lúculo. Se enfureció y mandó colgar al mensajero. Pero la dura realidad mandaba, y tuvo que abandonar su capital y penetrar en la Armenia interior para levantar allí un ejército, cosa que no había ocurrido hasta entonces. Esperaba que Mitrobarzana, con las tropas de su mando, se concertaría con los beduinos de las inmediaciones, que se habían armado precipitadamente, y mantendría ocupado a Lúculo. Desgraciadamente, la vanguardia romana dispersó la división de Mitrobarzana, y los árabes desaparecieron como por encanto ante un destacamento que mandaba Sextilo. Mientras tanto, una división que había marchado adelante y había tomado buenas posiciones tenía en jaque, mediante afortunados combates, al gran ejército que Tigranes quería reunir en las montañas situadas al nordeste de la capital, y en las inmediaciones de Bittis, Lúculo estrechaba cada vez más el asedio. Una espesa lluvia de flechas caía

constantemente sobre los romanos, e incendiaba sus máquinas el aceite de nafta arrojado desde las murallas: Roma hacía su primer ensayo de guerras con el Irán. Defendía la ciudad Mankeos, un bravo jefe que se sostuvo valerosamente hasta la llegada del gran ejército que debía auxiliarlo. Este, que había sido reunido en todos los puntos de aquel inmenso reino y en las regiones vecinas abiertas a los reclutadores armenios, finalmente apareció al otro lado de las montañas del norte. Taxilo, el general experimentado de las guerras del Ponto, aconsejó al rey evitar la batalla, rodear con su caballería y sitiar por hambre el pequeño ejército de Lúculo. Pero cuando Tigranes vio que el romano, deseoso de librar la batalla sin abandonar el sitio, marchaba solo con diez mil hombres al encuentro de un ejército veinte veces superior, y pasaba atrevidamente el río que los separaba; cuando por un lado vio a este puñado de hombres, «que eran muchos para una embajada, pero muy pocos para un ejército», y por otro a la inmensa multitud de sus tropas, donde se codeaban los pueblos del mar Negro y del Caspio con los del Mediterráneo y el golfo Pérsico; cuando vio a sus temibles lanceros de caballería vestidos de hierro, más numerosos por sí solos que todo el ejército de Lúculo, y a su infantería armada en gran parte a la romana, no vaciló un momento en aceptar inmediatamente el combate que le ofrecía el enemigo. Pero, mientras los armenios se formaban en línea de batalla, Lúculo notó que Tigranes no se había cuidado de ocupar una altura que dominaba toda la caballería armenia. En seguida la ocupó él con dos cohortes, al mismo tiempo que un ataque de flanco de su pequeño cuerpo de caballería había llamado la atención del enemigo. Después, cuando ya estaban en la cima, sus legionarios atacaron por la espalda a los armenios. La caballería ligera de Tigranes se dispersó y se lanzó sobre la infantería, que aún no se había colocado en orden de batalla, con lo cual la obligó a huir antes de comenzar siquiera el combate. Lúculo escribió su victoria con el mismo estilo que Sila, su maestro; según él, murieron cinco romanos y cien mil armenios, y Tigranes, arrojando su turbante y su banda, pudo salvarse con algunos caballeros. Lo que sí es cierto es que la victoria de Tigranocerta (6 de octubre del año 685) es una de las más gloriosas páginas de la historia de los hechos de guerra de Roma, y fue tan decisiva como brillante. Después de este desastre militar, Armenia perdió los territorios conquistados a los partos y a los sirios, y casi todos cayeron en poder del vencedor, sin que este tuviera que romper una lanza. La nueva capital del gran reino dio la señal de disolución. Los griegos que Tigranes había transportado y establecido allí a la fuerza se sublevaron y abrieron a los romanos las puertas de la ciudad, cuyo saqueo Lúculo les permitió. En Siria y Cilicia no había quedado ningún enemigo, ya que el sátrapa Mazadatos había retirado todas las tropas para reforzar el gran ejército que había de auxiliar a Tigranocerta. Lúculo pasó a la Comagena, dependiente de la Siria del Norte, y tomó por asalto Samosata. No descendió hasta la Siria misma; pero todos los dinastas y todas las ciudades hasta el mar Rojo, helenos, sirios, judíos y

árabes, vinieron o enviaron sus representantes a prestarle homenaje a él y a los romanos, sus nuevos señores supremos. Se sometió el príncipe de la Gordiana, país al este de Tigranocerta, y solamente cerró sus puertas Nisibis. Por otra parte, Guras, hermano del rey, pudo sostenerse en la Mesopotamia. Lúculo se conducía en todas partes como el soberano de los príncipes y de las ciudades helénicas: en Comagena colocó en el trono a un Selúcida llamado Antíoco; reconoció como rey de Siria a Antíoco el Asiático; volvió a entrar en Antioquía después de que Tigranes hubiera salido, y por último envió a sus patrias respectivas a los extranjeros establecidos por la fuerza en Tigranocerta. Los aprovisionamientos y tesoros del gran rey eran inmensos. Solo en Tigranocerta se encontraron veinte millones de *medimnos* de trigo y ocho mil talentos en oro, con los que Lúculo pudo pagar los gastos de guerra sin apelar a las cajas de la República, y gratificar con un regalo de ochocientos dineros a sus soldados, que se estaban tratando además a cuerpo de rey.

TIGRANES Y MITRÍDATES

El gran rey había quedado humillado por completo. Carácter débil, tan presuntuoso en la prosperidad como apocado en la desgracia, se habría arreglado probablemente con Lúculo, si no hubiera estado allí Mitrídates. Tenía muchas razones para comprar la paz aun a costa de grandes sacrificios; y Lúculo, además, estaba dispuesto a otorgársela con buenas condiciones. Mitrídates no había tomado parte en los combates de Tigranocerta. Al cabo de veinte meses de prisión, la contienda empeñada entre los romanos y el gran rey le había valido su libertad; pues lo habían mandado a su antiguo reino con diez mil caballos armenios para amenazar por retaguardia al enemigo. Pero fue llamado inmediatamente sin haber podido aún hacer nada, cuando Tigranes reunía toda su gente para ir en socorro de su nueva capital. El rey de Ponto marchaba sobre Tigranocerta cuando supo el desastre de su yerno por los fugitivos que le salieron al encuentro; todo parecía perdido a los ojos del gran rey y a los del más ínfimo de sus soldados. Sin embargo, si Tigranes hacía la paz, Mitrídates sabía que no solo debía perder su última esperanza de reconquistar su reino, sino que además la primera condición del vencedor sería su extradición personal; y Tigranes no vacilaría en tratarlo como Bocco había tratado a Yugurta. Por tanto, Mitrídates puso en juego todos sus recursos para impedir la paz y decidir a la corte de Armenia a que continuase una guerra en la que él no tenía nada que perder, pero en la que podía ganarlo todo. Aunque fugitivo y destronado, conservaba aún gran influencia. Siempre imponente y de un gran vigor físico, a pesar de sus sesenta años se lo veía saltar vestido de hierro sobre su caballo y arrojarlo como un bravo soldado a lo más recio de la pelea. Su valor se había endurecido al contacto de los años y de la desgracia.

Antes colocaba a la cabeza de sus tropas a personas de su confianza y no tomaba personalmente parte en los combates. En la actualidad, que ya es viejo, manda y se bate a la vez. Después de haber sufrido durante cincuenta años de reinado las vicisitudes más inauditas, era el único que no desesperaba de la causa del gran rey, abatida junto a los muros de Tigranocerta. Por el contrario, sostenía que Lúculo se hallaba en situación difícil y hasta peligrosa, con tal de que no se le pidiese la paz y de que se supiese hacer la guerra.

SE REANUDA LA GUERRA

Fue entoces cuando este anciano, tan probado por la fortuna, adquirió sobre el gran rey todo el ascendiente de un padre, tal como lo parecía exteriormente, y comunicó su energía al débil ánimo de Tigranes. Se decidió continuar la lucha y que Mitrídates la dirigiese militar y políticamente. En lugar de una guerra de gobierno a gobierno, esta sería nacional y asiática: los reyes y los pueblos de Oriente debían unirse contra la presunción y la excesiva preponderancia de Occidente. Se comenzó por intentar reconciliar a los partos con los armenios por todos los medios, y atraerlos también a la lucha. Por consejo de Mitrídates, Tigranes ofreció al Arsácida Fraat el Dios (que reinaba desde el 684) restituirle los territorios conquistados poco tiempo atrás por la Armenia: la Mesopotamia, la Adiabena y «los grandes valles»; y le propuso además ser en adelante amigos y aliados. Pero después de lo que había sucedido no podía contarse con el buen éxito de estas tentativas. Fraat prefirió unirse a los romanos y recibir de ellos, por medio de un tratado, la frontera del Éufrates, a recibirla de los armenios; le era muy ventajoso asistir pacíficamente a ese gran duelo entre un vecino aborrecido e incómodos extranjeros. Mitrídates volvió entonces la vista a los pueblos orientales, y consiguió más de ellos que de los reyes. No le fue difícil mostrarles que la guerra actual era la lucha de las naciones de Oriente contra las de Occidente, pues el hecho era verdadero. Hasta se convirtió en una guerra de religión cuando se corrió la voz de que el ejército de Lúculo iba a dirigirse contra el templo de la Nanea, o Anaitis pérsica, en la Elimaida (el Luristán actual), que era el más célebre y rico de todos los santuarios de las regiones del Éufrates^[4]. Los árabes acudían en masa de todas partes a colocarse bajo la bandera de los dos reyes, que los llamaban a defender el Asia y los dioses de la agresión de extranjeros impíos. Pero los acontecimientos ya habían mostrado que una simple aglomeración de hordas salvajes, por grande que fuese, no era una fuerza de combate. Lejos de esto, fundirlos en el ejército era embarazar los movimientos de los soldados uniformados y condenarlos a la destrucción. Mitrídates se dedicó principalmente a desarrollar y ejercitar su caballería, que era el arma más débil entre los occidentales y la mejor entre los

asiáticos; de modo que la mitad de su nuevo ejército pertenecía a esta arma. Respecto de la infantería, eligió con gran cuidado a los hombres más vigorosos, e hizo que sus oficiales pónicos los ejercitasen y adiestrasen. Por lo demás, las numerosas tropas que se reunieron inmediatamente alrededor del gran rey no podían medir sus armas en cualquier terreno con los veteranos de la República, sino que debían mantenerse a la defensiva y hacer la guerra de escaramuzas. Ya durante su última lucha con los romanos Mitrídates había retrocedido y evitado constantemente venir a las manos en batalla campal; y esta táctica era la que pensaba seguir también ahora. Eligió por teatro de operaciones la Armenia propia, el país hereditario de Tigranes; allí el enemigo no había entrado jamás, y por su conformación física y el ardor patriótico de sus habitantes se prestaba admirablemente a la estrategia adoptada.

DESCONTENTO CONTRA LÚCULO, TANTO EN ROMA COMO EN EL EJÉRCITO

Cuando comenzó el año 686, la situación de Lúculo, difícil ya por sí misma, fue agravándose por momentos. A pesar de sus brillantes victorias, en Roma no estaban satisfechos con su conducta. Su proceder independiente disgustaba al Senado, y los capitalistas, a quienes había perjudicado en sus intereses, ponían por obra la intriga o la corrupción para hacer que se lo llamase. Diariamente resonaban en el *Forum* las acusaciones, justas o injustas, lanzadas por todos contra el temerario general, contra su codicia, sus opiniones antirromanas y hasta su traición. Se censuraba al Senado por haber reunido en una misma mano un poder sin límites: dos provincias proconsulares y un mando excepcional de tal importancia. El Senado finalmente cedió y confió la provincia de Asia a uno de los pretores, y la de Cilicia, con dos legiones nuevas, al cónsul Quinto Marcio Rex. De esta forma limitaba el *imperium* de Lúculo a la expedición contra Mitrídates y Tigranes. Pero los clamoreos que se levantaban en Roma tenían sus peligrosos ecos en los campos sobre el Liris y el Tigris. También allí ciertos oficiales, y hasta Publio Clodio, cuñado del general en jefe, trabajaban por sublevar al soldado. Sin duda eran ellos los que, para exasperarlo más, extendían el rumor de que la actual guerra contra el Ponto y la Armenia iba enlazada a todo un plan de invasión del Imperio de los partos.

LÚCULO ENTRA EN ARMENIA. RETIRADA A MESOPOTAMIA. TOMA DE NISIBIS

Amenazado por un llamamiento del Senado y una insurrección de los soldados,

Lúculo marchó adelante en esta guerra victoriosa como el que juega el todo por el todo. No tenía intención de marchar sobre los partos; pero convencido de que Tigranes no pedía la paz, y de que por otra parte se negaba a librar una segunda gran batalla, que él tanto deseaba, Lúculo tomó su partido. Dejó Tigranocerta, pasó por la región escarpada y montañosa de la orilla oriental del lago Wan y penetró en el valle del alto Éufrates oriental (Arsanias). De aquí quería ganar el Arasca y llegar al pie del Ararat septentrional, pues allí se hallaba la gran ciudad de Artaxata, capital de la propia Armenia, y donde el rey tenía el antiguo castillo de sus padres y su principal harén. Amenazando la residencia hereditaria de los soberanos esperaba obligar al gran rey al combate, ya en el camino o ya delante de la plaza. Pero necesitaba forzosamente dejar una división en Tigranocerta: todas las reducciones que podía hacer de su ejército le imponían la necesidad de debilitar la división que guardaba el Ponto, para hacer que algunos soldados guarnecieran la capital conquistada. Por otra parte, la gran dificultad de la actual empresa radicaba en la corta duración del estío en Armenia. En las altas mesetas de esta región, a más de cinco mil pies sobre el nivel del mar, en las inmediaciones de Erzerun, el trigo nace a principios de junio y el invierno comienza en septiembre, inmediatamente después de hecha la recolección. Lúculo no tenía más que cuatro meses para llegar a Artaxata y terminar la campaña.

Así, pues, partió de Tigranocerta en medio del estío (año 686) remontando el valle del Karasu. Este valle corre del sudeste al nordeste y se une al brazo oriental del Éufrates; luego forma el unido enlace de las llanuras de Mesopotamia con las montañas del macizo de Armenia y llega hasta la meseta de Muscha, y de aquí al Éufrates. El ejército había avanzado muy lentamente, atacado a cada paso y fatigado por la caballería del enemigo y sus arqueros montados. Sin embargo, aun cuando no había encontrado serios obstáculos le fue disputado obstinadamente el paso del río, y solo pudo vadearlo después de un afortunado combate contra la caballería, pero sin haber podido comprometer a la infantería de Tigranes a tomar parte en la lucha. Cuando llegaron a las altas mesetas, las legiones se internaron en un país completamente desconocido. No sobrevino ningún incidente, aunque en verdad era ya bastante verse a cada paso detenidos por las inevitables dificultades del terreno y por la numerosa caballería de los armenios: todos tenían conciencia del peligro. Llegó el invierno cuando aún estaban lejos de Artaxata. A la vista de las nieves que los rodeaban por todas partes, los soldados italianos se sublevaron y se rompió la disciplina por su tirantez excesiva. Lúculo tuvo que disponer la retirada, y la ejecutó con su acostumbrada habilidad. Una vez en la llanura, donde la estación permitía intentar una revancha, el general pasó el Tigris y se arrojó con el grueso de su ejército sobre Nisibis, la capital de la Mesopotamia armenia. El gran rey la sacrificó, instruido por la experiencia de lo ocurrido en Tigranocerta. Los sitiadores la tomaron por asalto durante una noche oscura y lluviosa; y Lúculo halló en ella, para él y los suyos,

buenos cuarteles de invierno y un botín tan rico como el cogido el año anterior en la ciudad de Tigranes.

GUERRA EN EL PONTO Y DELANTE DE TIGRANOCERTA

Durante este tiempo, todo el peso de la ofensiva enemiga había recaído sobre los débiles destacamentos romanos establecidos en el Ponto y en Tigranocerta. Aquí Tigranes atacó a Lucio Fanio, el mismo que antes había servido de intermediario a Sertorio en sus relaciones con Mitrídates, lo obligó a encerrarse en un fuerte, y allí lo sitió. Como libertador y vengador de su pueblo, Mitrídates volvió a entrar en su territorio con cuatro mil caballeros armenios y cuatro mil pónticos, y los llamó a las armas contra el invasor. Todo el mundo voló a su encuentro, y en todas partes fueron asesinados los italianos que se encontraban esparcidos por el país. Adriano, el comandante romano, marchó al encuentro del rey; pero entre los soldados había algunos que habían pertenecido a Mitrídates y que se pasaron en masa al enemigo; y con ellos, todos los pónticos unidos al ejército como esclavos. Se prolongó dos días una lucha muy desigual. Si el rey, herido en dos ocasiones, no hubiera tenido que abandonar el campo de batalla, el romano no habría podido desenredarse de una lucha donde no llevaba la mejor parte, ni ir a refugiarse en Cabira con el resto de su ejército. Por último, otro lugarteniente de Lúculo había reunido nuevas tropas y librado al rey un segundo combate; sin embargo no tuvo fuerzas para arrojarlo del Ponto ni impedirle que estableciese en Comana sus cuarteles de invierno.

NUEVA RETIRADA HACIA EL PONTO. DERROTA DEL CUERPO DE EJÉRCITO DEL PONTO EN ZIELA

La nueva campaña comenzó en la primavera del año 687. El ejército principal reunido en Nisibis se había entregado al reposo durante la mala estación, y su ociosidad y las frecuentes ausencias de su jefe habían alimentado y propagado la indisciplina. Exigió tumultuosamente el regreso; y era evidente que, en caso de negativa, emprendería él mismo la retirada. Fanio y Triario, sumamente escasos de recursos, pedían con insistencia socorro a su jefe. Lúculo tuvo que ceder ante la necesidad. Abandonó Nisibis y Tigranocerta, y, renunciando a las brillantes perspectivas de la expedición de Armenia, se decidió a cruzar a la orilla derecha del Éufrates. Finalmente Fanio pudo ser socorrido; pero era ya demasiado tarde para reconquistar el Ponto. Como Triario no había podido hacer frente a Mitrídates, había tomado una fuerte posición en Gaziura (Turksal, sobre el Iris, al oeste de Tokat),

dejando sus bagajes en Dadasa. Mitrídates atacó inmediatamente esta ciudad, y los soldados romanos, inquietos y temerosos de perder su equipaje y su botín, obligaron a su general a abandonar su seguro asilo y a dar al rey la batalla en las alturas de Escotica, entre Gaziura y Ziela (Zilleh). Sucedió lo que Triario había previsto: a pesar de una encarnizada resistencia, el rey rompió con el ala que mandaba la línea de los romanos, y empujó a su infantería a un desfiladero, donde fue degollada sin piedad al no poder marchar adelante ni de flanco. En vano un bravo centurión se sacrificó e hirió casi mortalmente a Mitrídates: la derrota fue completa. El campamento romano fue tomado después de haber quedado tendidos en el campo de batalla la flor de los legionarios y casi todo el estado mayor, y los cadáveres permanecieron insepultos. Cuando Lúculo llegó a la orilla derecha del Éufrates, supo la fatal noticia, no por los suyos, sino por los naturales del país.

NUEVA RETIRADA HACIA EL ASIA OCCIDENTAL

Este desastre no vino solo; precisamente en aquel momento estalló una insurrección militar. En el campamento se supo que el pueblo había decidido en Roma que se licenciase inmediatamente a los soldados cuyo tiempo de servicio hubiese ya expirado, o lo que es lo mismo, a los legionarios de Fimbria, y que se había conferido el mando del Ponto y de Bitinia a uno de los cónsules de aquel año. Incluso ya había desembarcado en Asia el sucesor de Lúculo, el cónsul Manio Acilio Glabrion. El licenciamiento de las legiones más valientes e indisciplinadas, el llamamiento de Lúculo y la impresión producida por la derrota de Ziela, todo venía a llevar el desorden a su colmo; y el general no tenía ya autoridad precisamente cuando más la necesitaba. Se hallaba en Talaura, en la pequeña Armenia, con un ejército de pónticos delante de sí. Lo conducía Mitrídates el Medo, yerno de Tigranes, que ya había salido victorioso en una escaramuza de caballería. Por otra parte llegaba de la propia Armenia el gran rey con el grueso de sus tropas. Lúculo pidió auxilio a Quinto Marcio, el nuevo pretor de Cilicia, que para dirigirse a su provincia había llegado a Licaonia con tres legiones. Marcio respondió que sus soldados se negaban a marchar. Entonces mandó a decir a Glabrion que viniese a encargarse del mando supremo que le correspondía por el voto del pueblo; pero el cónsul no estaba dispuesto a aceptar una misión tan difícil y peligrosa. De buen grado o por la fuerza, Lúculo tuvo que continuar al frente de sus tropas, y por no verse obligado a batirse en Talaura contra los pónticos y los armenios reunidos, dio la señal de marchar al encuentro del ejército armenio, que se dirigía a aquel punto. Sus soldados se pusieron en movimiento; pero, cuando llegaron al punto donde se dividen los caminos de Armenia y Capadocia, todos tomaron por este último, deseando volver a entrar en la provincia de Asia.

También aquí los fimbrianos reclamaron su licencia, y solo cedieron a las instancias del general y de las otras legiones con la condición de que se les licenciaría a la entrada del invierno, a menos que se viesan frente al enemigo. Lo hicieron así y abandonaron el ejército. Mitrídates pudo volver a ocupar casi todo su reino: sus caballeros se extendieron por toda la Capadocia y hasta por parte de Bitinia. En vano el desgraciado rey Ariobarzana llamó en su auxilio a Marcio, a Lúculo y a Glabrio. Ese fue el resultado extraño, casi increíble de esta gran guerra, tan gloriosamente comenzada. Considerando solo los hechos militares, no hubo quizá ningún general romano que hiciese tanto con tan pocos recursos como Lúculo; el discípulo de Sila parecía haber heredado el talento y la fortuna del maestro. En tales condiciones, haber conducido el ejército romano intacto al Asia Menor es una hazaña aún mucho más grande que la retirada de los diez mil, contada por Jenofonte. Se explica indudablemente por la solidez de los soldados romanos y por la mala organización militar de los orientales; pero, con todo, aseguró al hombre que la llevó a cabo un puesto honroso entre los más ilustres capitanes. Si muchas veces no se encuentra entre ellos a Lúculo, sin duda se debe a que no ha llegado hasta nosotros ningún relato de algún valor acerca de sus campañas, y, además, a que en todo, y principalmente en materia de guerra, nada vale quizá tanto como su resultado final. En realidad, este fue para Lúculo una completa derrota. Las últimas y tristes vicisitudes de su expedición, sobre todo la insurrección de sus soldados, le hicieron perder todas las ventajas conseguidas en una guerra de ocho años. A la entrada del invierno del año 687 al 688 se estaba precisamente en la misma situación que a principios del invierno del 679 al 680.

GUERRA CONTRA LOS PIRATAS. DERROTA DE ANTONIO DELANTE DE CIDONIA.

GUERRA DE CRETA. SUMISIÓN DE CRETA POR METELO

Por mar, la guerra contra los piratas, que había comenzado al mismo tiempo que la guerra continental y que se le parecía en muchos aspectos, no había dado mejores resultados. Ya hemos dicho que, en el año 680, cuando el Senado tomó la prudente resolución de limpiar el Mediterráneo, le encomendó el mando supremo a un almirante único, al pretor Marco Antonio. Desgraciadamente, se habían engañado desde un principio en su elección, o mejor dicho, los que habían provocado la medida, aunque excelente en sí misma, no calcularon que en el Senado se decidían todas las cuestiones de personas bajo la influencia de Cétego y de los intereses de bandería. Además, bueno o malo, al almirante elegido no se le habían suministrado el dinero ni los buques necesarios para la realización de una misión tan vasta. Le fue

necesario hacer enormes requisas y mantenerse a costa de los provinciales, exactamente igual que los corsarios. Los resultados fueron los que debían esperarse. En las aguas de Campania, Antonio capturó algunos buques; pero bien pronto tuvo que habérselas con los cretenses amigos y aliados de los piratas, quienes habían respondido con una rotunda negativa ante la obligación de abandonar su alianza criminal. El cuestor sufrió una gran derrota en las inmediaciones de la isla, y las cadenas dispuestas a bordo de sus buques para sujetar a los cautivos que había de hacer en la expedición sirvieron solo para amarrarlo a él y a los otros romanos a los mástiles de sus propios buques. Los almirantes Lastenes y Panares volvieron a entrar triunfantes en el puerto de Cidonia. Antonio había consumido inmensos tesoros en esta guerra mal dirigida y estéril; y murió en Creta en el año 683. Después de él y de su desgraciada tentativa, no se volvió a nombrar más almirante en jefe, quizá porque se desanimasen con la derrota, o porque se retrocediese ante la costosa reconstrucción de otra escuadra, o quizás, en fin, porque repugnase a la oligarquía dar a uno solo un mando tan importante. Se volvió al antiguo método, que dejaba a cada pretor el cuidado de combatir la piratería en su provincia. De este modo es como Lúculo, según recordaremos, reunió una escuadra para hacer una campaña en el mar Egeo. En cuanto a los cretenses, por degenerado que el Senado estuviese, no podía permanecer imperturbable ante la vergüenza del desastre de Cidonia; era necesario contestar a él con una declaración de guerra. Sin embargo, poco faltó para que los embajadores cretenses enviados a Roma en el 684 para ofrecer la devolución de los prisioneros y la renovación de la antigua alianza se volvieran con un senadoconsulto favorable. Lo que la corporación en conjunto llamaba una vergüenza, cada senador en particular hubiese accedido a ello vendiéndose por dinero contante. Un voto formal del Senado puso término al escándalo y decidió que los banqueros romanos no tendrían acción en la justicia respecto de los empréstitos suscritos por los enviados. Al hacer imposible la corrupción, se ponían al abrigo de ella. En seguida se decretó que las ciudades cretenses debían entregar primero a los tráfugas romanos, después a los autores del crimen de Cidonia, los almirantes Lastenes y Panares a quienes los romanos darían el castigo merecido, luego sus naves de guerra y cuatrocientos rehenes, y por último una multa de cuatro mil talentos. Con estas condiciones se evitaría la guerra que los amenazaba. Pero, como se le habían retirado los poderes a los enviados para acceder a dichas condiciones, se dispuso que uno de los cónsules del año siguiente marchase a Grecia al expirar su cargo, para exigir satisfacción a las demandas de la República o comenzar inmediatamente la guerra. En virtud de este decreto, el procónsul Metelo apareció en el año 686 en las aguas de Creta. Las ciudades importantes de la isla, sobre todo Gortina, Cnosa, y Cidonia, habían decidido defenderse a todo trance antes que sufrir tan onerosas condiciones. Los cretenses eran un pueblo degradado y pervertido. La piratería estaba admitida en sus instituciones públicas y en sus

costumbres privadas, como el robo por tierra era tradicional entre los etolios, a quienes eran semejantes también en otras muchas cosas, entre otras en su bravura. Así, solos y sin el auxilio de los griegos, lucharon hasta el fin y no sin gloria por mantener su independencia. Luego de desembarcar en Cidonia con tres legiones, Metelo halló frente él a Lastenes y a Panares, que habían salido a recibirlo con veinticuatro mil hombres. Se empeñó una batalla en campo raso, en la que los romanos salieron vencedores después de una encarnizada lucha. Pero las ciudades cerraron sus puertas y Metelo tuvo que sitiadas una después de otra. Cidonia fue la primera que se rindió; en ella se habían refugiado los restos del ejército cretense, y sostuvieron el sitio por largo tiempo. Por último la entregó Panares, después de que se le prometiera que podría salir libremente. Lastenses se había escapado algún tiempo antes, y Metelo fue a sitiado por segunda vez a Cnosa. Cuando la ciudad estaba a punto de sucumbir, destruyó sus tesoros y huyó por segunda vez; fue a refugiarse a otros puntos fortificados, como Lictos y Eleutera. Metelo necesitó dos años completos para someter toda la isla. Sonó, en fin, la hora en que este puñado de tierra griega, que aún era libre, había de caer bajo la irresistible dominación de Roma. Por lo demás, así como se habían anticipado a todas las otras de la raza helénica en el establecimiento de sus franquicias locales y en el dominio de los mares, las ciudades cretenses fueron también las últimas en desaparecer entre todos los Estados griegos marítimos, absorbidas por el poder continental de Italia.

Se habían cumplido todas las condiciones que permitían las celebraciones de un gran triunfo tradicional: la *gens* de los Metelos tenía perfecto derecho a unir a los títulos de Macedonio, Numídico, Dalmático y Baleárico, el de Cretense. Roma contaba una gloria militar más.

LOS PIRATAS EN EL MEDITERRÁNEO

Sea como fuere, el poder de Roma nunca había estado más humillado, ni el de los piratas había sido mayor en el Mediterráneo. Cilicios o cretenses, los corsarios se reían en sus ligeros bergantines (de los que contaban más de mil) de Servilio el Isaúrico y de Metelo el Cretense. Ya hemos referido con qué ardor entraron en lo más recio de la lucha empeñada por Mitrídates, cómo las ciudades marítimas del Ponto les habían pedido medios enérgicos de combate, y los recursos para su tenaz resistencia. Al mismo tiempo, la asociación se había robustecido en una escala que no era menor. Casi a la vista de Lúculo y de su escuadra, el pirata Atenodoro había sorprendido a Delos en el año 685 y arrasado sus santuarios y sus famosos templos; también se había llevado a todos sus habitantes para venderlos como esclavos. La isla de Lipara, inmediata a Sicilia, pagaba un crecido tributo anual para librarse de sus ataques. Otro

jefe, Heracleon, había destruido en el 682 una escuadra reunida en Sicilia y dirigida contra él; y hasta había osado penetrar en el puerto de Siracusa con cuatro embarcaciones solamente. Dos años después apareció en las mismas aguas su compañero de rapiñas, Pirganion. Desembarcó, se fortificó allí mismo, envió sus corsarios por toda la isla, y fue necesaria una expedición del pretor romano para obligarlo a tomar de nuevo el mar. En adelante, en todas las provincias hubo necesidad de tener dispuestas una escuadra y guardacostas; y pagar una y otros. Con todo, esto no impedía a los corsarios arribar con toda regularidad y saquear el país que los pretores saqueaban también a porfía^[5]. Aquellos audaces bandidos no tardaron en no respetar ni siquiera el territorio sagrado de Italia: en Crotona se apoderaron del tesoro de la Hera laciniana. Desembarcaron en Brindisi, en Misena, en Gaeta, en los puertos de Etruria, y hasta en el de Ostia. Se llevaron consigo prisioneros a los más nobles oficiales romanos, al jefe de la escuadra unida al ejército de Cilicia y a dos pretores con todo su séquito, con las tan temidas hachas, las haces y demás insignias. Atacaron también una villa cerca de Misena y se llevaron cautiva a una hermana de Antonio, el almirante romano encargado de destruirlos. Por último, en Ostia echaron a pique la escuadra de guerra preparada contra ellos, y que mandaba un cónsul. El campesino del Lacio, el que viajaba por la vía Apiana, o el elegante bañista que se adormecía en el paraíso terrestre de Baia, todos eran presa de aquellos osados malhechores; nadie estaba seguro un momento de su propia existencia. El comercio y las relaciones internacionales estaban interrumpidas; la carestía más horrorosa reinaba en Italia, sobre todo en Roma, que solo viviría del trigo traído del otro lado de los mares. La historia contemporánea se hizo eco de las quejas suscitadas por la intolerable escasez: este último rasgo vino a completar el cuadro.

SUBLEVACIONES DE LOS ESCLAVOS

Ya hemos pasado revista a los actos del Senado restaurado por Sila; hemos dicho cómo supo proveer a la defensa de las fronteras en Macedonia, a la disciplina de los reyes clientes en Asia Menor y a la policía de los mares. Hemos visto también que por todas partes no produjo más que tristes resultados. Por lo demás, este gobierno no fue más feliz en otro aspecto no menos peligroso y urgente de su misión: me refiero a la vigilancia del proletariado de las provincias y sobre todo el de Italia. El cáncer de la esclavitud tenía corroídos hasta la médula los Estados de la antigüedad, y el mal era tanto más grave cuanto mayor era la fortuna de aquellos. En las condiciones de su economía social, el poder y la riqueza conducían al aumento desmedido de la institución de la esclavitud. Por lo tanto, es muy natural que en este aspecto Roma haya sufrido mucho más que ningún otro imperio del mundo antiguo. Ya en el siglo

vi el gobierno había tenido que enviar las legiones contra las bandas sublevadas de los esclavos dedicados a la agricultura y al pastoreo. Como el sistema de las plantaciones se había apoderado de todo el terreno con el impulso de los especuladores italianos, este peligroso ejército se había multiplicado hasta el infinito. En tiempo de los Gracos, lo mismo que en el de Mario, y tal vez en relación íntima con las revoluciones de entonces, se habían verificado muchas insurrecciones en varios puntos del territorio romano. Sicilia había sido devastada por dos sangrientas guerras (del 619 al 622, y del 652 al 654). Los diez años que siguieron a la muerte de Sila fueron la edad de oro de la piratería en el mar y de los ladrones por tierra, sobre todo en la península italiana, mal organizada y peor regida. La paz había huido de Roma en cierto modo. Aquí, y en las regiones menos pobladas de Italia, se robaba y asesinaba todos los días. Sin duda, de este tiempo data un plebiscito especial contra esas cacerías de los hombres libres y de los esclavos, y se inventó un nuevo procedimiento sumario en materia de usurpación violenta de los bienes raíces^[6]. Semejantes crímenes parecían tanto más peligrosos cuanto que la mayoría de las veces eran cometidos por los proletarios; pero las clases altas eran moralmente las instigadoras y las que recibían más provecho de ello. Los excesos cometidos con los hombres y las cosas tenían casi siempre por autores directos a los intendentes de los grandes dominios, a los que servían de instrumento sus rebaños de esclavos armados, mientras que el ciudadano notable aceptaba sin repugnancia las conquistas hechas por su celoso capataz. Esto me recuerda a Mefistófeles apoderándose para Fausto de los tilos de Filemón. Puede apreciarse la situación por el aumento de la pena en materia de atentados contra la propiedad, cometidos por cuadrillas y a mano armada, aumento decretado por uno de los más honrados optimates: Marco Lúculo, pretor urbano en el año 676 (78 a.C.). Al estatuir de esa forma, el juez expresaba sin rodeos su intención de obligar a los propietarios de las grandes plantaciones de esclavos a vigilarlos más de cerca, bajo la pena de verse condenados ellos mismos. Como quiera que fuese, matando y robando en provecho de las gentes de alta alcurnia, los esclavos y los proletarios no tenían que dar más que un paso para llegar a matar y a robar por su propia cuenta. Solo faltaba que cayese una chispa, y, prendido el fuego, todo el proletariado se convertiría en un ejército rebelde. No tardó en presentarse la ocasión.

EXPLOSIÓN DE LA GUERRA DE LOS GLADIADORES. ESPARTACO. PRINCIPIO DE LA INSURRECCIÓN. GRANDES VICTORIAS DE ESPARTACO

Los gladiadores, cuyos combates ocupaban el primer rango en los juegos públicos de Italia, tenían numerosas escuelas en Capua y en sus inmediaciones. Vivían allí

reunidas numerosas bandas de esclavos, unos de reserva y otros recibiendo lecciones del oficio, pero todos destinados a matar y a morir para divertir al pueblo soberano. Por lo demás, casi todos eran esclavos de guerra intrépidos, que no olvidaban que antes habían combatido frente a los romanos. Cierta día una de estas bandas de hombres atrevidos rompió las puertas de una de las escuelas de Capua y se marchó al Vesubio. Al frente de ellos había dos celtas que se llamaban Crixos y Enomaos, y un tracio llamado Espartaco, vástago quizá de la noble raza de los Espartácidas, que fue ilustre en su patria, y que llegó hasta sentarse en el trono de Panticapea (en Crimea). Había servido en el cuerpo auxiliar tracio, y luego había huido a la montaña haciéndose desertor. Vuelto a coger por los romanos, estos lo habían destinado a los juegos del circo. La pequeña partida de bandidos no contaba en un principio más que con setenta y cuatro hombres, pero se aumentó rápidamente con todos los trófugos de los alrededores. Sus depredaciones causaron tanto daño a los ricos propietarios de Campania que se vieron impotentes para defenderse a pesar de todos sus esfuerzos, y no les quedó otro remedio que implorar el auxilio de Roma. El Senado mandó a Clodio Glaber con una división de tres mil hombres reunidos precipitadamente. Este, tras ocupar todas las subidas del Vesubio, creyó que se apoderaría de los esclavos por hambre. Pero ellos, aunque en corto número y mal armados, descendieron audazmente desde los escabrosos cráteres de la montaña y se arrojaron sobre los destacamentos romanos. Al repentino ataque de este puñado de hombres desesperados, los pobres soldados volvieron las espaldas y se dispersaron. El primer triunfo dio a los bandidos armas y reclutas. La mayor parte no tenían nada más que palos; y, sin embargo, cuando el pretor Publio Varinio marchó contra ellos con todas las milicias locales que pasaban de dos legiones, los encontró acampados como un ejército regular. La posición del pretor era muy difícil. Obligados a vivaquear en presencia del enemigo, sus soldados se hundían en los lodazales del otoño. Las enfermedades y, aun más que estas, la cobardía y la indisciplina mermaban notablemente sus filas. Desde el primer momento se desbandó una de sus divisiones, y los fugitivos, en lugar de ir a unirse al grueso del ejército, se marcharon a sus casas. Después, cuando se dio la orden de atacar las trincheras del enemigo y tomarlas por asalto, la mayor parte de los soldados se negaron a seguir a su general. Varinio se puso en marcha con los que quisieron seguirlo, pero no encontró a los bandidos donde los buscaba. Habían levantado el campamento en silencio, y, dirigiéndose hacia el sur, fueron a atacar Picenica (Vicenza cerca de Amalfi). Allí el pretor no pudo impedirles pasar el Silaro e internarse en el centro de la Lucania, esa tierra prometida de pastores y bandidos. Varinio los siguió, y este enemigo, a quien se creía despreciable, aceptó al fin la batalla. Las cosas salieron mal para los romanos. Los soldados que pocas horas antes gritaban tumultuosamente que querían pelear, se batieron mal. Varinio fue vencido; sus caballos, sus insignias y su campamento

cayeron en poder del enemigo. Inmediatamente, todos los esclavos de la Italia del Sur, sobre todo aquellos bravos y semisalvajes que vivían dedicados al pastoreo, acudieron en tropel a ponerse a las órdenes de aquel libertador inesperado. Según las evaluaciones más moderadas, los insurrectos armados pasaban ya de cuarenta mil. Volvieron a apoderarse de toda la Campania que habían abandonado, y dispersaron o exterminaron la división romana que Varinio había dejado allí a las órdenes de su cuestor Cayo Toranio. En el sur y en el sudoeste, todo el país abierto pertenecía ya a los jefes de las bandas victoriosas. Ciudades importantes, como Consentia en el Brutium; Turii y Metaponte, en Lucenia; Nola y Nucevia, en Campania, fueron tomadas por asalto y sufrieron todos los horrores que pueden hacer sufrir los bárbaros y los esclavos desencadenados a sus antiguos señores, al verse más fuertes que los habitantes civilizados e indefensos. Se comprende que en esta lucha no hubiese nada que recordase el derecho de los beligerantes; que fuese una carnicería y no una guerra. Cuando los señores hacían prisioneros a los bandidos, los ponían en cruz; estos a su vez no daban cuartel, y a veces por crueles represalias obligaban a los romanos cautivos a matarse unos a otros como gladiadores. Un día se vieron trescientos hombres sometidos a este castigo para festejar los funerales de un jefe muerto en el combate. Ante este incendio creciente y devastador, la inquietud en Roma era grande. Se decidió para el año siguiente (682) enviar a los dos cónsules contra el terrible bandido. Un pretor, Quinto Arrio, lugarteniente del cónsul Lucio Gelio, tuvo la gran suerte de alcanzar y destruir al pie del Gárgano, en Apulia, una partida de galos que, bajo la dirección de Crixos, se había separado del grueso del ejército de los insurrectos. Pero Espartaco obtuvo grandes victorias en el Apenino y en la Italia del Norte. Primero, el cónsul Gneo Léntulo cuando creía que lo tenía cercado e iba a aniquilarlo; al poco tiempo, su colega Gelio; después, Arrio, el vencedor del Gargano; más tarde, cerca de Módena, el procónsul de la Galia cisalpina, Cayo Casio (cónsul en 681), y, por último, el pretor Gneo Manlio: todos sucumbieron, uno detrás del otro. Las hordas medio desarmadas eran el terror de las legiones; por lo demás, esta larga serie de desastres les traía a la memoria los primeros años de la guerra contra Aníbal. No puede decirse lo que habría acontecido si, en lugar de simples gladiadores fugitivos, los victoriosos bandidos hubieran tenido a su cabeza a los reyes de las tribus de los montes de Auvernia o del Balkan. Pero, a pesar de sus brillantes triunfos, no dejaron de ser lo que eran, una horda de bandidos y de rebeldes destinados a perecer, no tanto bajo los golpes de sus adversarios más fuertes, como por sus propias discordias y su falta de plan. La unión contra el enemigo común, ese fenómeno tan notable de las antiguas guerras de los esclavos en Sicilia, faltó ahora por completo. La causa de ello es evidente. Mientras que en Sicilia los esclavos tenían un centro de interés nacional en la comunidad de su origen sirogreco; en Italia, por el contrario, se dividían en dos grupos, los helenobárbaros y

los celtogermanos. Las disensiones eran entre el galo Crixos y el tracio Espartaco, pues Enomaos había muerto en los primeros combates. De hecho, las querellas y los rencores les impidieron sacar provecho de sus primeros triunfos y dieron en algunas ocasiones la victoria a los romanos. Pero, lo repito, la falta de plan y de objeto fue la causa de la ruina de la empresa intentada por los esclavos, más que la indisciplina de los galogermanos. A juzgar por lo poco que de él sabemos, Espartaco era muy superior a sus compañeros. Además de su genio estratégico, tenía un talento organizador poco común; y desde el principio había llamado la atención de todos, tanto por la justicia en el gobierno de su banda y en la distribución del botín, como por su bravura. Cuando se vio casi sin caballería y sin armas, y para reparar este gran vacío, había tomado todos los caballos que pudo hallar en la Italia del Sur. Después, en cuanto se apoderó del puerto de Thurium, se procuró hierro y bronce, sin duda por medio de los piratas. Desgraciadamente, tenía que tratar con hordas salvajes, a las que no podía nunca organizar ni mantener en el camino que conducía al fin. Quiso impedir aquellas bacanales crueles y locas a las que se entregaban los bandidos en las ciudades conquistadas, y que eran el principal obstáculo para que ninguna ciudad itálica hiciese causa común con la insurrección, pero la obediencia que aquellos hombres le prestaban en la hora del combate desaparecía en cuanto alcanzaba la victoria. Sus representaciones, sus ruegos, todo era trabajo perdido. Después de los triunfos conseguidos en el año 682 en el Apenino, su ejército tenía libre todos los caminos. Entonces parece que formó el designio de pasar los Alpes, abriendo de este modo para él y los suyos la vuelta a la patria, a la Galia o a la Tracia. Si la tradición no miente, muestra que hacía poco caso de sus triunfos y de su propio poder, por más que era vencedor. Pero sus hombres no quisieron volver tan pronto la espalda a Italia; y tomó el camino de Roma, pensando embestir la capital. Empresa lógica seguramente, pero empresa de desesperación. Sin embargo, sus bandas también se negaron a esto y obligaron a este jefe que quería ser general de ejército a continuar siendo capitán de ladrones; en consecuencia, se pusieron a recorrer y a saquear todos los países de Italia. Roma se juzgó dichosa de verse libre, aunque a tal precio: el expediente costaba muy caro. Faltaban buenos soldados y generales experimentados: Quinto Metelo y Gneo Pompeyo estaban ocupados en España; Marcio Lúculo, en Tracia, y Lucio Lúculo, en Asia Menor. No tenían a mano más que reclutas y oficiales medianos, y fue necesario confiar el mando en jefe de Italia al pretor Marco Craso, capitán de escasísimo mérito, pero que sin embargo había servido bajo Sila con cierto honor, y que tenía bastante energía. Se le entregaron ocho legiones. Este era un ejército imponente por el número, pero no por la calidad. Luego de que una división huyera y arrojara las armas delante de los bandidos, el nuevo general usó con ella todo el rigor de las leyes militares y la hizo diezmar. Las legiones hicieron un esfuerzo sobre sí mismas; Espartaco fue vencido en el combate siguiente, retrocedió y

tomó el camino de Rhegium y de Lucania. En aquel tiempo, los piratas eran dueños no solo de las aguas de Sicilia, sino también del puerto de Siracusa. Espartaco, con la ayuda de su flotilla, esperaba poder trasladar algunas bandas a la isla, donde los esclavos no esperaban más que este auxilio para insurreccionarse por tercera vez. Se efectuó la retirada sobre Rhegium; pero los corsarios, a quienes tenían en jaque los destacamentos que el pretor Verres había establecido en las costas de Sicilia, recibieron el precio del pasaje convenido con Espartaco y después le negaron su asistencia, quizá comprados por los romanos. Entre tanto, Craso había seguido a los bandidos hasta la desembocadura del Cratis. Allí, imitando a Escipión delante de Numancia, y como quiera que sus soldados no se batían aún con bastante bravura, les hizo construir un muro fortificado y atrincherado de siete millas (alemanas) de largo, que separó de Itálica toda la península del Brutium^[7]. Con esto cerró el paso a los bandidos que volvían de Rhegium, y les cortó los víveres. Espartaco forzó las líneas durante una oscura noche de invierno, y en la primavera del año 683^[8] disponía la campaña en Lucania. Todo este trabajo penoso de Craso había sido completamente inútil. El romano comenzó a desesperar de no poder cumplir él solo su misión, y pidió al Senado que llamase en su ayuda a las tropas de Macedonia con Marco Lúculo, y a las de la España citerior con Gneo Pompeyo. No era, sin embargo, necesario llegar a tal extremo; la desunión de los bandidos y su loca presunción bastaron para anular de nuevo sus últimos triunfos.

DIVISIÓN DE LOS EJÉRCITOS INSURRECTOS. SU DERROTA

Los galos y los celtas quisieron salirse de la alianza cuya alma era el tracio; y, así, reunidos bajo los jefes de sus naciones, Gannico y Casto, fueron a hacerse exterminar por los romanos. Espartaco pudo salvarlos una vez, no lejos de un lago en Lucania, al llegar con oportunidad. Entonces establecieron su campamento junto al de este; pero Craso pudo ocupar a Espartaco con su caballería y envolvió al mismo tiempo a los galos; de esta forma los obligó a combatir separados de sus aliados y los destruyó por completo. Perecieron todos en número de doce mil trescientos después de una valerosa lucha, todos heridos por delante y sin haber retrocedido ni un paso. Espartaco procuró entonces marchar con su banda a las montañas de Petelia (Strongoli, en Calabria), y destruyó completamente la vanguardia romana que lo seguía en su retirada. Esta victoria perjudicó más al vencedor que al vencido. Embriagados con su triunfo, los bandidos no quisieron ir más lejos y obligaron a su jefe a marchar desde Lucania hacia la Apulia, donde los esperaba un último y decisivo combate. Antes de venir a las manos, Espartaco mató su caballo, pues había querido participar con los suyos tanto de la fortuna próspera como de la adversa;

quiso mostrarles que allí se jugaba su vida y la de todos. Comenzó el combate y se arrojó a lo más recio de la pelea con el valor de un león: dos centuriones murieron a sus manos, y herido y de rodillas en tierra mató con su lanza al enemigo que lo acosaba. De este modo terminó aquel gran jefe, y con él, sus mejores compañeros; pero murieron con la muerte de hombres libres y de valientes soldados (año 683). La victoria había costado cara. Entonces comenzó en toda Apulia y Lucania una guerra a todo trance, como no se había visto jamás, tanto de parte de las legiones victoriosas como del ejército de Pompeyo que había llegado entonces de España después de la destrucción de los sertorianos. Se extinguieron con la sangre de las últimas llamaradas del incendio. Hubo todavía alguna agitación en el sur, donde una banda tomó y saqueó la pequeña villa de Tempa. Por su parte, en Etruria, tan maltratada poco tiempo atrás por las expropiaciones de Sila, no había una paz completa. Sin embargo, podía decirse que, oficialmente al menos, la había en toda la península. En la única victoria conseguida sobre los galos reconquistaron cinco águilas, que tan vergonzosamente habían perdido. Por lo demás, las cuarenta mil cruces con los cadáveres de los esclavos ajusticiados en todo el camino que va de Capua a Roma atestiguaban el triunfo del orden y la supremacía del derecho público sobre el espíritu de rebelión y de independencia.

OJEADA GENERAL SOBRE EL GOBIERNO DE LA RESTAURACIÓN

Volvamos la vista atrás y echemos una ojeada sobre los acontecimientos de los diez años que siguieron a la restauración de Sila. Ni en los del interior ni en los del exterior hubo ninguno que atacase el nervio vital de la nación romana. Nada que representase un serio peligro: ni en la insurrección de Lépido, ni en la empresa de los emigrados de España, ni en las guerras de Tracia, de Macedonia o de Asia Menor, ni en las incursiones de los piratas ni en la insurrección de los esclavos. ¿Por qué, pues, el Estado romano tenía que luchar en casi todas partes por su propia existencia? Porque cuando el mal pudo ser fácilmente vencido en un principio, no se había marchado directamente contra él. Despreciando las más sencillas precauciones, se habían dejado abiertas las puertas a las desventuras y a los reveses más terribles; los súbditos y los reyes más insignificantes se habían convertido en poderosos adversarios. Roma había vencido a la democracia y a los esclavos rebeldes; pero sus victorias no habían hecho desaparecer el mal moral del vencedor ni habían aumentado sus fuerzas materiales. Los dos generales más famosos del partido gobernante habían dirigido la guerra durante ocho años contra el insurrecto Sertorio: guerra en la que cuentan más derrotas que triunfos. ¿Era honroso no haber podido concluir con él y con sus guerrillas españolas, y deber solo al puñal de los asesinos

que terminase la lucha con ventaja para la República? ¿En dónde está la gloria para Roma en sus guerras contra los esclavos? ¿No era más bien una vergüenza haberlos tenido durante tan largo tiempo talando el campo de la Italia y hasta derrotando numerosas legiones? No había transcurrido más que un siglo desde las guerras de Aníbal, y ya todo buen romano se ruborizaba al contemplar la espantosa y rápida decadencia a partir de aquella gran época. En esa época los esclavos habían resistido como fuertes muros a los veteranos cartagineses; en la actualidad los legionarios se dispersaban ante los palos de los siervos insurrectos, como la débil paja que arrastra el viento.

¡Entonces el más insignificante de los oficiales hacía las veces de general en caso de necesidad, y salía del apuro, si no victorioso, al menos siempre con honra! Por el contrario, en la actualidad apenas si puede encontrarse en todo el estado mayor un capitán de algún talento. Entonces la República echaba mano a su último campesino, antes que renunciar a la conquista de España y Grecia; hoy se abandonarían ambos territorios conquistados hacía mucho tiempo para no pensar más que en defender la Italia de una horda de esclavos insurrectos. Un Espartaco pudo un día, como si fuera otro Aníbal, recorrer con sus hordas toda la península, desde las orillas del Po hasta el estrecho de Sicilia, derrotar a dos cónsules y amenazar a Roma con un sitio. Para atacar a la Roma de otros tiempos había sido necesario todo el genio del capitán más grande que produjo la antigüedad; pero en la actualidad bastaba para esto un jefe de bandidos. ¿Hay que admirarse ahora de que después de estos tristes triunfos sobre los rebeldes y los ladrones no se reavivase ni rejuveneciese nada en la República? No hablemos de las guerras exteriores; sus resultados fueron más pobres todavía.

La guerra de Tracia y Macedonia, aunque no había cubierto los gastos en hombres y dinero, y eso que fueron grandes, no había sido la de peores resultados; pero respecto del Asia Menor y de las expediciones contra los piratas, la República había naufragado por completo. La guerra de Asia había terminado con la pérdida de todas las conquistas, fruto de ocho campañas; en la lucha contra los piratas, muchos romanos habían sido arrojados de «su mar» (*mare nostrum*). En otro tiempo, confiando en la irresistible fuerza de sus ejércitos continentales, Roma había extendido su dominación sobre el segundo elemento. En los tiempos actuales la gran República era impotente en los mares, y parece estar en vísperas de perder sus conquistas continentales de Asia. Seguridad de la frontera, relaciones pacíficas respecto del derecho de gentes, protección de la ley, administración regular: en suma, todos estos beneficios, que debe garantizar el Estado constituido, desaparecen a la vez de los pueblos unidos bajo el cetro de Roma. Los dioses benéficos se han subido al Olimpo y han dejado esta mísera tierra presa de los ladrones y de los verdugos oficiales o voluntarios. Y no era solo para el ciudadano celoso de su derecho, y dotado de un buen sentido político, para quien tal decadencia era una calamidad

pública. Por causa de la insurrección del proletariado, el bandolerismo y la piratería organizados, como sucedería más tarde en tiempo de los Fernandos del reino de Nápoles, el sentimiento del mal iba propagándose por toda Italia, hasta por los más escondidos valles y las chozas más humildes. Todo el que se movía o comerciaba, todo el que tenía siquiera que comprar una medida de trigo, sufría en su persona las consecuencias del estado general.

¿Hay que preguntar a quién debe referirse la causa de este mal inaudito e incurable? ¿Cuántos debían ser los acusados! Poseedores de esclavos, que no tenían más sentimiento que la codicia; soldados sin disciplina; generales cobardes, incapaces o temerarios; demagogos del *Forum*, buscando siempre falsas ilusiones; todos ellos tenían su parte de culpa, o mejor dicho, ¿qué romano habría que no fuese responsable? Instintivamente se decía que estas desgracias, estas vergüenzas y este colosal desmoronamiento no podía proceder de uno solo, así como la grandeza de la República romana no se debía a algunos hombres de genio superior, sino que procedía de una agregación cívica poderosamente organizada. De la misma forma, la caída del edificio no procedía de los actos de un corto número de individualidades funestas, sino del vicio de la desorganización general. La gran mayoría del pueblo estaba pervertida y cada uno de sus pilares corroído; esto contribuía, por su parte, a la ruina de todo el edificio. Las faltas cometidas por toda la nación, las pagaba la nación entera. Se era injusto cuando, al ver en el poder la expresión última y concreta de la ciudad, se lo proclamaba el único responsable de todas las enfermedades, incurables o no, del cuerpo social; pero lo que había aquí de verdadero es que el poder contribuía en una proporción desmedida a las faltas de todos. La guerra de Asia Menor, por ejemplo, donde no se vio a ninguno de los principales senadores comprometerse personalmente, y donde el mismo Lúculo, en lo que respecta a los hechos militares, dio pruebas de talento y adquirió mucha gloria, mostró claramente que el fracaso había dependido del mal sistema del poder, del reciente abandono de Capadocia o de Siria, y de la mala situación en que habían colocado a un hábil general frente a un gobierno incapaz de una decisión enérgica. En la cuestión de policía de los mares, el Senado había tenido la buena idea de atacar a los piratas en todas partes a la vez; pero, mal ejecutado, este pensamiento se abandonó muy pronto y se volvió a la antigua y absurda táctica de enviar legiones contra «la caballería de mar».

De este modo se emprendieron las expediciones de Servilio y de Marcio en Cilicia, y de Metelo en Creta; de este modo fue que Triario imaginó rodear Delos con una muralla para defenderla de los corsarios. Querer dominar el mar por tales medios es obrar como el gran rey de los persas, que lo azotaba para sujetarlo. El pueblo romano tenía razón al imputar al gobierno la bancarrota política de la hora actual. Con el restablecimiento de la oligarquía comenzaba siempre en Roma la mala

administración. Esto sucedió después de la caída de los Gracos, de la de Mario y de la de Saturnino. Sin embargo, nunca la oligarquía se había presentado más poderosa ni más enfermiza, más corruptora y corrompida al mismo tiempo. El poder deja de ser legítimo cuando no sabe gobernar; y el que tiene la fuerza, tiene también el derecho de derribarlo. Por desgracia, es una verdad que un poder incapaz y criminal puede pisotear por mucho tiempo la honra y la fortuna de un pueblo, antes de que el mismo pueblo produzca hombres que, apoderándose de las terribles armas por él forjadas, las vuelvan también contra él; antes de que se subleven los buenos, y de que la opresión y la angustia de las masas evoquen al fin la revolución, esta vez justa sin duda. ¡Es muy cómodo y provechoso jugar con la felicidad y la honra de las naciones, y este juego puede durar muchos años; pero llega la triste hora en que el pueblo se cansa y arroja al jugador al abismo, y nadie acusa entonces al hacha que al cortar el árbol de dañosos frutos arranca también hasta sus raíces! En Roma había ya sonado la hora de la oligarquía. Las guerras del Ponto y de Armenia, la lucha con los piratas, he aquí las últimas y próximas causas de la caída de la restauración silana, y el advenimiento de la dictadura militar al día siguiente de verificarse una nueva revolución.

III

CAÍDA DE LA OLIGARQUÍA PREPONDERANCIA DE POMPEYO

LA CONSTITUCIÓN DE SILA. CÓMO SE CONSERVÓ

Aún estaba en pie la constitución establecida por Sila. La tormenta suscitada por Lépido y Sertorio se había deshecho sin grandes pérdidas, pero el edificio concebido por el enérgico pensamiento del dictador estaba a medio construir, y el Senado no se había cuidado de acabarlo. Así es que, a pesar de no abandonar formalmente la confiscación de las tierras destinadas por Sila a lotes, pero aún sin dividir las en parcelas, el gobierno no había procedido a su distribución. Antes, por el contrario, las dejaba provisionalmente, y con sus títulos sin regularizar en manos de los antiguos propietarios. Por otra parte, tampoco toleraba que sobre los dominios públicos no distribuidos viniesen a establecerse arbitrariamente ciertos individuos, en virtud de esa antigua práctica de la ocupación, abolida de hecho y de derecho por la reforma de los Gracos (volumen III, libro cuarto, pág. 255). En cuanto a las diversas medidas adoptadas por el dictador, se las olvida o se las anula, según sean indiferentes o molestas para los optimates. Esto sucedió con la privación de los derechos cívicos, expresamente pronunciada contra ciudades enteras; con la ley que prohibía la reunión en una sola mano de muchos lotes rurales; y con muchas cartas de franquicias otorgadas a ciertas poblaciones, sin que nunca se les restituyesen las sumas pagadas a cambio de sus inmunidades. No obstante los ataques que hubiesen recibido las disposiciones del dictador, y los perjuicios que esto trajese a la conservación de los fundamentos de su edificio, puede decirse que las leyes sempronianas estaban y permanecían derogadas en todas sus partes más esenciales.

ATAQUES DE LA DEMOCRACIA. LEYES SOBRE LA ANONA. TENTATIVA PARA RESTABLECER EL TRIBUNADO

No faltaban hombres que pensasen en el restablecimiento de las instituciones de los Gracos y quisiesen obtener, por la vía de las reformas parciales y sucesivas, los resultados que Lépido y Sertorio habían exigido a la revolución. Aun al día siguiente de la muerte de Sila, a impulso de la agitación fomentada por Lépido volvió a restablecerse la anona, aunque algo restringida; y el gobierno empleó todos sus esfuerzos para dar satisfacción al proletariado sobre esta cuestión vital. Pero, a pesar

de las distribuciones de trigo, la carestía continuó a causa de los piratas y llegó a ser en Roma casi intolerable, hasta el punto de que en el año 679 hubo una violenta insurrección en las calles. Se acudió a proveer las más urgentes necesidades mediante adquisiciones extraordinarias de trigo de Sicilia por cuenta del Estado; y una ley de anona, votada a propuesta de los cónsules del año 680, reglamentó para el porvenir las compras anuales de granos; con esto daba el gobierno el medio de prevenir el mal, aunque en realidad a costa de los provincianos. Sin embargo había otras causas graves de discordia. La reintegración del poder tribunicio en todos sus antiguos atributos y la supresión de los tribunales senatoriales mantenían a la orden del día la agitación popular; pero en esto el Senado gobernante hacía la más vigorosa resistencia. Desde el año 678, e inmediatamente después de la derrota de Lépido, volvió a abrirse la lucha sobre la cuestión del tribunado. Uno de los tribunos, Lucio Sicinio, descendiente quizá de aquel Sicinio que más de cuatrocientos años antes había sido el primero en revestir la magistratura popular, vio su moción rechazada gracias principalmente a la oposición apasionada del cónsul Cayo Curión. En el año 680 Lucio Quincio hizo una nueva tentativa, pero el cónsul Lucio Lúculo, que tenía sobre él cierta autoridad, hizo que desistiera de aquella. Al año siguiente, entró en la liza Cayo Licinio Macer. Más ardiente que sus predecesores, reunía, cosa característica de aquel tiempo, los estudios literarios a los trabajos de la vida pública; cuentan las crónicas que llegó aconsejar al pueblo que se negase a la conscripción.

ATAQUES CONTRA LOS TRIBUNALES SENATORIALES

La fatal manera de administrar justicia que tenían los jurados de senadores excitaba también quejas incesantes y clamores fundados. Era casi imposible obtener la condena de un hombre influyente. El colega tenía simpatías por su colega; el antiguo acusado o el acusado futuro se compadecía del pobre pecador presentado ante los tribunales; comprar el voto era una cosa corriente en el jurado. Más de un senador había sido convencido judicialmente del crimen de corrupción. Los principales optimates, Quinto Catulo, por ejemplo, confesaban en voz alta y en plena curia lo bien fundado de los clamores públicos; y muchos odiosos escándalos, particularmente en el año 680, habían obligado al Senado a deliberar sobre las medidas que debían tomarse contra la venalidad de los jueces. Solo que, como puede suponerse, la deliberación duró lo que duraron los rumores, para luego abandonar por completo este asunto. La mala administración de justicia engendraba las más deplorables consecuencias, el pillaje y las más intolerables persecuciones contra los provincianos, hasta el punto de que los crímenes antiguos parecían dulces y moderados, comparados con los de la actualidad. Por decirlo de alguna forma, la costumbre había

legitimado el robo y la rapiña; y la comisión de concusiones (*quæstio repetundarum*) no era más que un medio de sacar el impuesto a los senadores que volvían de los grandes gobiernos, en provecho de sus colegas que se habían quedado en la capital. Pero cuando se vio condenar a muerte a un noble siciliota, aunque estaba ausente y esto no pudo ser verificado, por haber negado su asistencia al pretor en la perpetración de un crimen; cuando se vio amenazar a un ciudadano romano con las varas y el hacha porque no era caballero ni senador; cuando, por último, se vio a la oligarquía reinante pisotear decididamente los derechos más sagrados y las antiguas conquistas de la democracia romana, la libertad individual y la seguridad de la vida, el pueblo prestó oídos en el *Forum* a las quejas que se levantaban contra los gobernadores de las provincias y contra los inicuos jueces, cómplices morales de sus depredaciones. La oposición no dejó de atacar a sus adversarios en el único terreno que podía, en el de los juicios. El joven Cayo César, que se había ya mezclado con ardor en la gran agitación por el restablecimiento de los poderes tribunicios, tal y como requería su edad, sostuvo la acusación en el 677 contra Gneo Dolabela, como consular y uno de los principales sectarios de Sila. Un año después, contra Cayo Antonio, otro oficial del dictador. En el año 684, Marco Cicerón acusó a su vez a Cayo Verres, uno de los más odiosos secuaces de Sila y de los más execrables azotes de las provincias. Todos los días el pueblo oía referir en el *Forum* los sombríos tiempos de las proscripciones, los sufrimientos inauditos de los súbditos de las provincias, los vergonzosos abusos de la justicia criminal, todo esto en el pomposo lenguaje de la retórica italiana y sazonado con la sátira propia de aquel pueblo. Ya no existía el poderoso dictador, y sus seguidores que aún vivían eran el objeto de todas las cóleras y de todos los desprecios. Diariamente los oradores del partido popular reclamaban a grandes voces por un lado la restauración de los plenos poderes del tribunado, esa panacea santa y mágica de otros tiempos, y que solo podía recordar ahora los días de libertad, de grandeza y de poder; por otro, la reinstitución de los severos tribunales ecuestres, y, por último, la resurrección de la censura, abolida poco tiempo atrás por Sila, única que podría purgar las altas magistraturas de todas las corrupciones funestas a la ciudad.

DERROTAS DE LA OPOSICIÓN DEMOCRÁTICA

Sin embargo, estos esfuerzos no consiguieron el triunfo. Mucho ruido y mucho escándalo; pero al vilipendiar al poder según se merecía, y aún más, no se conseguía el fin, ni con mucho. Mientras que el poder militar no se mezclase en los negocios públicos, la fuerza material estaba en manos del pueblo de Roma; y este pueblo, que se aglomeraba en las calles y en el *Forum*, seguramente no valía más que el Senado

director. Si se promovía una cuestión de interés urgente, el poder entraba en arreglos con las masas; así fue como se renovó la Ley Semproniana de la anona. Pero de esto a que la muchedumbre tomase en serio una idea política cualquiera, o un pensamiento útil de reforma, había una inmensa distancia. De los romanos de aquel siglo hubiera podido decirse, y con razón, lo que Demóstenes había dicho de los atenienses: «Ciudadanos celosos y activos mientras están cerca de la tribuna oyendo los planes de reforma; pero, en cuanto regresan a su casa, no vuelven a acordarse de lo que han oído en la plaza pública». Los agitadores de la democracia habían aproximado la tea incendiaria, pero no había nada que ardiese. Ya lo sabía el gobierno, así es que no se dejaba arrastrar en cuestiones importantes y de principios, y a lo máximo a lo que se prestó en el año 682 fue a amnistiar a una parte de los cómplices de Lépido, que no habían huido. En lo que respecta a las raras concesiones hechas por el Senado, se debieron menos a la presión ejercida por los demócratas, que al espíritu de conciliación que animaba a los hombres moderados de la aristocracia. En el año 679 se habían dado dos leyes a propuesta de Cayo Cotta, único jefe que le quedó a esta fracción del partido de los optimates: una se refería a los tribunales y fue aplicada en los años siguientes; la otra derogaba el decreto de Sila, según el cual la entrada en el tribunado inhabilitaba perpetuamente para ejercer las demás magistraturas, pero dejaba subsistir todas las demás limitaciones recientemente introducidas. Esta segunda ley era una medida a medias, y fue mal acogida en ambos campos. La fracción de los conservadores reformistas, que perdió muy pronto a su jefe (Cotta murió en 681), iba descomponiéndose día a día, acosada por los dos partidos determinados cada vez con mayor exactitud. Pero, por mala y enervada que apareciese la fracción de los gobernantes, no dejaba de tener ventajas sobre una oposición que era tan mala y enervada como ella.

TIRANTEZ ENTRE EL GOBIERNO Y POMPEYO

Ahora bien, este estado de cosas favorable al poder debía cambiar muy pronto. Para esto bastaba que se envenenase cualquier diferencia entre este y aquellos de sus partidarios cuya ambición se dirigía más alto que a un simple asiento en la curia o a la posesión de una aristocrática alquería. En primer lugar debía contarse a Gneo Pompeyo, que era silano. Sin embargo, ya hemos mostrado que no se encontraba bien en el seno de su propio partido (pág. 20), y que su origen, su pasado y sus esperanzas lo tenían a gran distancia de esta misma nobleza de la que era considerado espada y escudo. Durante las guerras de España (de 677 a 683) la escisión ya se había aumentado de un modo infranqueable. A pesar de su repugnancia, se le había impuesto por colega a Quinto Metelo, el hombre que representaba fielmente al

partido gobernante. Por su parte, él acusaba al Senado, y no sin fundamento, de haber dejado abandonado el ejército de la República en España, ya por negligencia o por mala fe. Solo al Senado debían imputarse sus muchos reveses; solo él había comprometido la suerte de la expedición. En la actualidad, este mismo Pompeyo volvía a entrar en Roma vencedor de todos sus enemigos públicos u ocultos, a la cabeza de un ejército aguerrido que le era enteramente afecto, y pidiendo tierras para sus soldados y el consulado y el triunfo para sí mismo. En esto sus exigencias iban fuera de la ley. Investido ya muchas veces de los más amplios poderes, pero a título extraordinario, Pompeyo no había ocupado nunca las magistraturas, ni siquiera la cuestura, y no había entrado aún en el Senado. Ahora bien, para poder aspirar al consulado, se necesitaba haber desempeñado los cargos inferiores, y, para obtener el triunfo, haber revestido el supremo cargo público. El Senado estaba en su derecho al decir al candidato que solicitase primero la cuestura; y cuando el ex general pedía el triunfo, se le traía a la memoria el caso de Escipión, quien, como él, había conquistado España y renunciado a estos mismos honores puesto que tampoco podía reclamarlos. Respecto de las tierras prometidas a sus soldados, Pompeyo no podía esperar más que lo que el Senado quisiese otorgarle. Pero incluso admitiendo que, aunque irritado, este cediese, como podía esperarse de su debilidad, y admitiendo que se concediesen el triunfo, el consulado y las asignaciones de tierras al general victorioso como premio por sus servicios y por haberse hecho el ídolo de la aristocracia contra los jefes demócratas, ¿cuál sería el mejor lote que pudiera darse a este capitán de treinta y tres años? ¿Iba a ser enterrado honrosamente en el *far-niente* de la indolencia senatorial, y en la muchedumbre de pacíficos *imperatores* adormecidos en la curia? Si el Senado obraba por su libre voluntad, Pompeyo no podía esperar obtener de este alto cuerpo aquello a lo que aspiraba con un deseo vehemente: el mando de la expedición contra Mitrídates. En el interés bien entendido de su propia causa, la oligarquía no podía permitirle que agregase a sus trofeos de África y de Europa los laureles que había de recoger en un tercer continente. Estos laureles, fáciles de obtener, los guardaban los aristócratas para ellos. Por consiguiente, al no poder lograr sus propósitos si no se unía a uno de los dos partidos, puesto que aún no había llegado el tiempo de hacer una política personal abiertamente dinástica, ni él podía desempeñar este papel, no tuvo más remedio que asociarse con la democracia. Ningún interés lo ligaba a la constitución de Sila, y, por lo demás, le era mucho más fácil proseguir su fortuna en las filas del partido popular. En este encontraba todo lo que le hacía falta, y los jefes hábiles y activos del partido estaban dispuestos. Estos eran hombres que podían descargarlo de todos los disgustos de la dirección política de aquel, y a su vez eran demasiado débiles para como para poder o querer disputar a un general ilustre el primer rango y, sobre todo, el mando de las fuerzas militares. De los más importante entre ellos, Cayo César, por ejemplo,

todavía era simplemente un jovencillo, más famoso por la audacia desplegada en sus viajes y por sus elegantes deudas, que por el ardor de su elocuencia demagógica. Incluso se creería muy honrado si el célebre Pompeyo lo hacía al menos su ayudante político. La popularidad, cosa ordinariamente más codiciada de lo que suelen confesar los hombres en quienes, como Pompeyo, la ambición supera al genio, ¿no vendría naturalmente al encuentro del joven general el mismo día en que, dando la mano a la democracia, le diese la victoria hasta entonces no esperada? ¿No recibiría al mismo tiempo la recompensa que reclamaba para él y para sus soldados? Una vez derribada la oligarquía, y al no existir en la oposición quien pudiera hacerle competencia, ¿no iba a depender de él mismo el crearse la situación que más le agradase? Por otra parte, era evidente que pasarse al campo enemigo con aquel ejército victorioso recién llegado de España, y reunido todo en Italia bajo las órdenes de su jefe, era echar abajo el orden de cosas existente. Por otra parte, tanto el poder reinante como la oposición carecían de fuerza; pero si la oposición no combatiese solo con la palabra, si pusiese al servicio de su causa la espada de un general ilustre, de un favorito de la fortuna, quizás el poder sucumbiría sin hacer la más leve resistencia.

COALICIÓN DE LOS JEFES MILITARES Y DE LA DEMOCRACIA

Por todas partes se iba a parar forzosamente a la coalición; pero por todas partes se manifestaban también repugnancias individuales. ¿De qué forma el hombre de espada habría de congeniar con el orador de las masas? ¿Cómo exigir a este que hiciese una buena acogida al nuevo jefe, cuando poco antes había sido el verdugo de Carbón y de Bruto? A pesar de esto, y al menos por el momento, triunfaron las necesidades políticas, acallando disgustos y resentimientos. Pero el pacto de alianza no se hizo solo entre Pompeyo y los demócratas. Allí estaba también Marco Craso exactamente en la misma situación que él. Antiguo partidario de Sila, Craso solo tenía una política personal, como Pompeyo, absolutamente extraña a los intereses de la oligarquía reinante. Y, también como Pompeyo, tenía en Italia detrás de sí a un ejército victorioso, el ejército que acaba de abatir la insurrección de los esclavos bajo sus órdenes. Podía elegir entre la coalición o la unión con los oligarcas en su contra. Eligió el primer camino, que era sin duda el más seguro. Su colosal fortuna y su influencia sobre los clubes de la capital hacían de él una gran adquisición; pero en las circunstancias presentes, era un beneficio incalculable para el partido agresor, pues con Craso conquistaba el único ejército que en manos del Senado podía ayudar a hacer frente a Pompeyo. Los demócratas, a quienes su pacto con el presuntuoso general no dejaba de inquietar, se complacían en ver en el recién venido un

contrapeso del primero, y quizás hasta un rival futuro. De este modo se concluyó durante el estío del año 683 (71 a.C.) la primera coalición entre la democracia, por un lado, y los dos generales y antiguos silanos, por otra. Se les prometió el consulado para el año siguiente, pero, además, Pompeyo obtendría el triunfo y los lotes de tierra tan deseados para sus soldados, y Craso, el vencedor de Espartaco, conseguiría, por lo menos, los honores de una entrada solemne en la capital.

Ahora bien, a los dos ejércitos acampados en Italia, a la alta banca y a la democracia, que conspiraban juntos para echar abajo la constitución silana, el Senado no podía oponer más que el segundo ejército de España, mandado por Quinto Metelo Pío. Pero Sila había dicho muy bien al afirmar que lo hecho por él no tendría imitadores; y Metelo, poco inclinado a empeñarse en una guerra civil, licenció a sus soldados en cuanto pasó los Alpes. La oligarquía tuvo que resignarse a sufrir su suerte inevitable. El Senado tuvo que conceder las dispensas necesarias para el consulado y el triunfo, y Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules para el año 684, sin encontrar serios obstáculos. Sus tropas, en tanto, con el pretexto de que esperaban el día del triunfo, estaban acampadas delante de la ciudad. Antes de tomar posesión del cargo, en una asamblea del pueblo convocada por el tribuno Marco Lelio Palicano, se adhirió pública y formalmente a la democracia y a su programa. Esto era decidir, en principio, los cambios constitucionales.

RESTABLECIMIENTO DE LOS PODERES DEL TRIBUNADO. NUEVA ORGANIZACIÓN DEL JURADO

En efecto, a partir de este día todas las instituciones de Sila quedan sitiadas en regla. Desde la primera hora el tribunado reconquistó su antigua importancia. Pompeyo es quien, en su calidad de cónsul, propone la ley nueva que devuelve a los tribunos sus atribuciones tradicionales. Su iniciativa en materia de legislación es un rasgo extraño en un hombre que había contribuido más que ningún otro, de cuantos entonces vivían, a quitar a la ciudadanía sus antiguos privilegios. Respecto de los jurados, la antigua ordenanza de Sila prescribía elegirlos conforme al orden de las listas senatoriales. Esta ordenanza fue abolida, pero no se la reemplazó pura y simplemente con la restauración de los tribunales ecuestres de los Gracos. Según la Ley Aurelia, en el porvenir los jurados se compondrían de una tercera parte de senadores y dos de caballeros; además, la mitad de estos serían elegidos entre los antiguos presidentes de las tribus, o como se los llamaba, entre los tribunos del Tesoro (*tribuni ærarii*). Esta innovación contenía en germen una concesión más amplia hecha a la democracia, pues, de este modo, por lo menos la tercera parte de los jurados criminales del álbum era dejada indirectamente a la elección de las tribus, como en los jurados civiles del

tribunal de los centunviro. El Senado debió sin duda a Craso y a sus amigos el no ser completamente expulsado del álbum. También lo debió en parte a la entrada de los partidarios del justo medio en la coalición. La ley misma había sido propuesta por el pretor Lucio Cotta, hermano del jefe del partido senatorial, muerto recientemente.

RESTABLECIMIENTO DE LAS RENTAS EN ASIA. RESTAURACIÓN DE LA CENSURA

Aún se hizo otra reforma considerable: se abandonó el sistema del impuesto asiático, tal y como Sila lo había organizado. El gobernador provincial Lucio Lúculo fue el encargado de restablecer los arrendamientos, esa creación de Cayo Craco. De este modo se abrió para la alta banca o los grandes capitalistas una fuente abundante de poder y de riqueza. Finalmente, no solo se restableció la censura, sino que, según toda apariencia, ya no tenía la antigua limitación de durar solo dieciocho meses. Cuando los censores lo juzguen necesario podrán continuar durante los cinco años del lustro, cosa que se había hecho ya en tiempos pasados, precisamente para los dos primeros censores, si hemos de creer en los anales, falsificados con un interés democrático. En la elección que los cónsules habían fijado para una época inmediata a su entrada en el cargo, salieron elegidos, como para mofarse del Senado, los dos cónsules del año 682, Gneo Léntulo Clodiano y Lucio Gelio, de quienes se recordará que dirigieron torpemente la guerra contra Espartaco, hasta el punto de que había sido necesario alejarlos del ejército. En manos de tales hombres, todos los medios y todas las palancas de la austera magistratura se iban a poner al servicio de los poderosos del día, o para ser dirigidos contra el régimen senatorial. Además, borraron de las listas de la curia a más de la octava parte de sus miembros (setenta): entre los excluidos se encontraban Cayo Antonio, inútilmente acusado antes por César; Publio Léntulo, cónsul en el año 683, y probablemente la mayor parte de las hechuras de Sila.

LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Así, pues, respecto de las instituciones más esenciales, en el año 684 se había vuelto al sistema que había precedido a las disposiciones de Sila. Como en otro tiempo, la multitud de Roma debía alimentarse a expensas del Tesoro, es decir, a costa de las provincias, y el tribunado daba a todo demagogo carta blanca para sobreponerse al régimen político. Como otras veces, la aristocracia, dueña del dinero del arrendamiento de los impuestos, y con el poder que le daba la comprobación judicial sobre los gobernadores de las provincias, más fuerte que nunca, llevaba la cabeza

erguida al lado del poder. Por último, como otras veces, el Senado temblaba ante el veredicto de los jurados del orden ecuestre y ante los censores. Los demoleedores habían echado por tierra el sistema fundado por Sila sobre la anulación política de la aristocracia comercial y de la democracia, y sobre la omnipotencia de la nobleza. A excepción de algunos detalles secundarios, a los que solo se tocó más tarde (como el derecho de cooptación que Sila había dado a los colegios sacerdotales, volumen III, libro cuarto, pág. 370), de la organización política del dictador no quedaba nada, a no ser las concesiones hechas espontáneamente por él a la oposición, como habían sido el admitir al derecho de ciudadanía romana a todos los itálicos sin excepción, y ciertos arreglos sin color de partido a los que, por esta razón, los demócratas inteligentes no podían oponer nada. Esas eran las restricciones impuestas a las manumisiones, la repartición de provincias y las innovaciones materiales en el derecho criminal.

Los coaligados estaban de acuerdo en las cuestiones de principios que ponían la revolución a la orden del día; pero no sucedió así cuando se llegó a la cuestión de las personas. Naturalmente, los demócratas no se conformaban con tener su programa admitido en teoría; querían también su restauración, que se honrase debidamente a los que habían muerto por su causa y que se castigase a los asesinos. También pretendían que se llamase a los desterrados, que quedasen abolidas las incapacidades políticas que pesaban sobre los hijos de los proscritos, y que se restituyesen los bienes confiscados por Sila. Por último, querían una indemnización a cargo de los herederos y cómplices del dictador, cosas todas que hubieran sido la consecuencia lógica de una victoria real de la democracia. Pero la victoria de la coalición del año 683 no era tal, ni con mucho. Si bien la democracia daba su nombre y su programa, la fuerza que puede y que ejecuta pertenecía a Pompeyo y a sus oficiales, que habían venido a ella la víspera. Ni ahora ni nunca estos consentirían una reacción que, al no traer consigo más que nuevas y profundas convulsiones, en definitiva se volvería contra ellos. ¿No sabía todo el mundo, puesto que eran hechos recientes, la sangre que había vertido Pompeyo, y sobre qué fundamentos había edificado Craso su inmensa fortuna? De este modo se explica, y esta es la prueba de la debilidad de los demócratas, cómo la coalición del año 633 no hizo nada por la venganza ni por la rehabilitación del partido. ¿Sería tal vez una excepción la ley que lleva el nombre del censor Léntulo? Esta ley exigía la entrega del precio de los bienes confiscados por Sila y vendidos en pública subasta, ya fuera que no se hubiese pagado dicho precio, o que el dictador lo hubiese perdonado. Pero hay que pensarlo bien: si es verdad que en esto había un perjuicio personal para el buen nombre de los silanos, la medida les aseguraba en cambio el título definitivo de la cosa confiscada.

AMENAZA LA DICTADURA DE POMPEYO

De este modo pereció la obra de Sila; ¿con qué iba a ser sustituida? La cuestión se proponía, pero no era fácil resolverla. Mientras tuviera un fin común, la coalición debía proponerse destruir la obra de la restauración; una vez cumplido este objetivo, iba a disolverse por sí misma, si no en el nombre, al menos en la realidad. ¿Hacia qué lado se inclinarían entonces la fuerza y el poder? Todo marchaba a una solución rápida y violenta. Los ejércitos de Pompeyo y Craso continuaban acampados delante de los muros. El primero había prometido licenciar a sus soldados después del día de su triunfo (último de diciembre del año 683), pero esta promesa se había escrito en el agua. ¿No se necesitaba, para hacer sin obstáculos la revolución, hacer pesar sobre el Senado la amenaza del ejército de España reunido a la vista de Roma? ¿O no se llegaría también al mismo resultado al mantener sobre las armas el ejército de Craso? Pero una vez hecha la revolución, no se licenciaron tampoco estos ejércitos. Todo parecía presagiar que uno de los dos generales aliados con la democracia se iba a apoderar de la dictadura, y que impondría el yugo a los oligarcas y a los demócratas al mismo tiempo. Este dictador no podía ser otro que Pompeyo. Desde un principio Craso no había jugado en la coalición más que un papel secundario: había llegado solo como pretendiente, y debía principalmente su elección al consulado a la actitud enérgica de Pompeyo. Este era el más fuerte y dominaba visiblemente la situación; si marchaba adelante, podía hacerse el regente absoluto del más poderoso Estado de la tierra. Para empezar, las masas ya le atribuían instintivamente este papel. Además, la muchedumbre de los serviles ya se arrastraba a los pies del futuro monarca, y sus débiles adversarios buscaban un medio extremo de resistencia en una nueva coalición. Por último, ya se veía a Craso, impelido por su rivalidad antigua contra este hombre más joven y muy superior a él, aproximarse al Senado y procurar atraer hacia sí a la muchedumbre mediante sus inauditas prodigalidades, como si la oligarquía que él había ayudado a derribar y la muchedumbre eternamente ingrata hubieran podido darle ni siquiera una sombra de apoyo contra los veteranos del ejército de España. Llegó un momento en que pareció que iban a venir a las manos los soldados de Craso y de Pompeyo en las puertas mismas de Roma.

POMPEYO SE BATE EN RETIRADA

Los demócratas impidieron la catástrofe a fuerza de astucia y de prudencia. A ellos les importaba tanto como al Senado y a Craso que Pompeyo no se apoderase de la dictadura. Los agitadores buscaron su salvación en su propia debilidad y en el carácter bien conocido de su poderoso adversario. Para ceñirse la corona, a Pompeyo

no le faltaba más que una condición, pero la más esencial de todas: la audacia de los reyes. En otra parte (pág. 18) hemos pintado al hombre con sus aspiraciones, que lo llevaban a la vez hacia un republicanismo real y hacia la tiranía, con la incertidumbre y las vacilaciones de su voluntad, con su gran docilidad oculta detrás de sus alardes de independencia en las decisiones. Estaba en vísperas de la primera gran prueba de la fortuna, y no supo salir de ella vencedor. Para no licenciar su ejército pretextaba su desconfianza respecto de Craso: no quería ser el primero en desarmarse. Los demócratas decidieron que Craso tomara por sí mismo las medidas que se estaban discutiendo y ofreciera delante de todos la mano a su colega. Tanto en público como en privado lo asediaban con sus instancias. Al doble servicio de vencer a un enemigo de la patria y reconciliar a los partidos, uniría un tercero y más grande: el de asegurar la paz interior y desvanecer el aterrador fantasma de la guerra civil. Todo lo que podía ejercer influencia sobre el héroe vanidoso, torpe y vacilante se puso en movimiento para conseguir el fin, desde adulaciones diplomáticas hasta el aparato teatral de entusiasmo patriótico. Ya se había conseguido lo principal: las concesiones oportunas de Craso habían producido tal resultado, que era necesario o que Pompeyo se hiciese atrevidamente el tirano de Roma, o que retrocediese. Se batió en retirada y accedió al licenciamiento de sus tropas. No podía ambicionar ya más que el mando de la expedición contra Mitrídates, con la cual había contado cuando se había hecho elegir cónsul para el año 684. La campaña de Lúculo en el 683 equivalía al fin de la guerra; y en cuanto a encargarse del gobierno de la provincia consular que le había dado el Senado, según los términos de la Ley Sempronia, lo juzgaba muy por debajo de sí mismo. Craso siguió en esto su ejemplo. Cuando llegó el último día del año 684, Pompeyo salió del cargo, se retiró de los negocios públicos y declaró su firme resolución de vivir tranquilo, como simple ciudadano. Había estado en situación de apoderarse de la corona; pero, como no lo había hecho, no le quedaba otro papel que el de candidato al trono que se ha dejado despojar.

EL SENADO, LOS CABALLEROS Y LOS POPULARES

Cuando el hombre a quien los acontecimientos habían señalado el primer puesto se retiró de la escena, los partidos volvieron a encontrarse casi en la misma situación que en los tiempos de los Gracos o de Mario. Sila no había dado el gobierno al Senado, pues no había hecho más que fortificarlo en sus manos; y en realidad el poder permanecía en este gran colegio, aun después de la caída de los baluartes levantados por el dictador. Por otra parte, la constitución con que se gobernaba en el fondo no era otra que la de los Gracos, completamente penetrada de un espíritu hostil hacia la oligarquía. La democracia había traído consigo las instituciones de Cayo

Graco, pero, sin un Graco, estas no eran más que un cuerpo sin cabeza. Era evidente que ni Pompeyo ni Craso podían ser esta cabeza por mucho tiempo, tal como lo mostraban patentemente los últimos acontecimientos. Al faltarle un jefe que tomase las riendas del gobierno, a la oposición democrática no le quedaba otro remedio que incomodar y contrariar a cada paso al gobierno actual. Pero entre la oligarquía y la democracia, el partido de los ricos recobraba su antigua importancia: durante la última crisis había hecho causa común con los demócratas. En la actualidad parecía querer retirarse a sus tiendas, en tanto los oligarcas se esforzaban en ganarla a toda costa, aunque no fuese más que como contrapeso. Así, pues, solicitados por ambas partes, los ricos se aprovecharon inmediatamente de las ventajas de su posición. Por un plebiscito expreso (año 687), hicieron que se les diesen sus catorce bancos reservados en el teatro, que era el único de sus antiguos privilegios que aún no habían reconquistado. Por lo demás, sin romper abiertamente con la democracia, se aproximaban más a los hombres del gobierno. A este movimiento iba unida la inteligencia entre el Senado y Craso con toda su clientela, cosa que ya era un hecho. Pero pronto vino un grave incidente a estrechar la alianza entre los optimates y la aristocracia del dinero. Me refiero al senadoconsulto que, a instancias de los capitalistas a quienes había perjudicado gravemente, quitó a Lucio Lúculo, uno de los generales más eminentes del partido senatorial, la provincia de Asia que tanto preocupaba a los caballeros.

SUCESOS DE ORIENTE. SU ECO EN ROMA

Mientras que las facciones proseguían en Roma sus querellas habituales sin poder nunca llegar a una solución verdadera, en Oriente se sucedían los acontecimientos descendiendo por una fatal pendiente, como hemos mostrado más arriba. Estos, influyendo sobre la marcha vacilante de la política interior, conducían a una crisis inevitable. La guerra había tomado un aspecto bastante desfavorable tanto por mar como por tierra. Por un lado el ejército romano del Ponto había sido derrotado y el ejército de Armenia estaba en vías de disolución y en completa retirada; por otro, los piratas eran absolutamente dueños del mar, y el precio de los trigos estaba subiendo tanto que se temía en Italia una invasión del hambre: tal es el cuadro que se ofrece a la vista al comenzar el año 687. Es verdad que el mal en parte iba unido, como ya hemos dicho, a las faltas de los generales, a la completa incapacidad del almirante Marco Antonio y a la temeridad de Lucio Lúculo, que, sin embargo, era hombre de mérito. Y es verdad que la democracia y sus excesos habían causado principalmente la desmoralización del ejército de Armenia; pero el poder en Roma pagaba por todo el mundo, por sus propias faltas y por los desastres imputables a los demás. La

muchedumbre, hambrienta y rugiendo, no esperaba más que una ocasión para concluir con el Senado.

VUELVE A ENTRAR POMPEYO EN ESCENA

Por fin estalló la crisis decisiva. Por abatida y desarmada que estuviese, la aristocracia aún se hallaba en pie y continuaba perteneciendo al Senado la dirección de los negocios públicos. Sin embargo, debía caer necesariamente el día en que sus adversarios se apoderasen del gobierno y particularmente de la alta gestión de los asuntos militares. En la actualidad, era esto una cosa posible. Si se presentaban a los comicios mociones con tendencia a dar mayor impulso a la guerra continental y marítima, cosa que podía preverse fácilmente dado el estado de los ánimos, los senadores quedarían impotentes para impedir que el pueblo se mezclase en materias de alta política, y al mismo tiempo era la destitución del Senado y la traslación del poder a manos de los jefes de la oposición. En la dirección o encauzamiento de los negocios pendientes, Pompeyo volvía a ser el dueño de la solución. Hacía ya dos años que el ilustre capitán vivía en Roma alejado de los negocios. Era raro que él hablase en la curia o en el *Forum*: allí se lo miraba de mala manera y no se le dejaba ninguna influencia, aquí no se encontraba bien en medio de las tempestades de los partidos. Sin embargo, cuando aparecía, lo hacía con todo el aparato de sus grandes y pequeños clientes sirviéndole de cortejo; su retirada afectada se imponía a la muchedumbre. Aún no se había borrado el brillo de sus victorias: si se ofreciese a ir a Oriente, el pueblo le daría inmediatamente todo lo que pidiese, invistiéndolo de la omnipotencia militar y política. Para la oligarquía, que veía su ruina segura en la dictadura militar popular, y en Pompeyo su más terrible enemigo después del año 683, este hubiera sido un golpe de muerte; y, en cuanto a los demócratas, tampoco podía satisfacerlos. Por más que desearan dar fin al gobierno senatorial, semejante revolución llevaría consigo, más que la victoria a su partido, el triunfo de su poderoso aliado, que podía convertirse fácilmente en un enemigo mil veces más peligroso que los senadores. Cuando dos años atrás lo habían obligado a licenciar el ejército de España y a retirarse a la vida privada, solo se habían conjurado los peligros del momento para que resucitasen más grandes y más inminentes ahora, con este mismo Pompeyo convertido en general en jefe de los ejércitos de Oriente.

CAÍDA DEL PODER SENATORIAL. NUEVO ASCENDIENTE DE POMPEYO

Sea como fuere, Pompeyo se apoderó del poder, o dejó a sus amigos que obrasen por él. En el año 687 se propusieron dos leyes: en una, además del licenciamiento de todos los soldados del ejército de Asia que habían cumplido su tiempo de campaña, exigido desde hacía mucho tiempo por los demócratas, se requería el llamamiento del general Lucio Lúculo y su reemplazo por uno de los cónsules de aquel año, Cayo Pisen o Manio Glabrion. La otra reproducía los proyectos agitados siete años antes en el Senado para exterminar la piratería, aunque le daba mayor extensión. Ordenaba que el Senado designase a un único general elegido entre los consulares, que tendría él solo el mando supremo en el Mediterráneo desde las columnas de Hércules hasta las playas de Siria y de Ponto, y sobre todas las costas por espacio de cincuenta millas en la parte de tierra; los mismos poderes que los gobernadores locales. Debía ser nombrado por tres años, y tendría un estado mayor como no se había visto jamás: veinticinco lugartenientes, todos senatoriales, todos con las insignias y las atribuciones de los pretores, y dos cajeros del ejército con los mismos derechos de los cuestores. La elección pertenecía exclusivamente al general en jefe. Además lo autorizaban a levantar un ejército de ciento veinte mil infantes, siete mil caballos y quinientas naves de guerra, y a hacer uso para esto de todos los recursos de las provincias y de los países clientes. Asimismo, se le confiaba desde aquel momento toda la escuadra de la que podía disponerse, y numerosas tropas; y se ponían a su servicio todos los fondos públicos de Roma, de las provincias y de todas las ciudades sujetas. Por último, a pesar del mal estado de la hacienda, se le entregaron en moneda contante ciento cuarenta y cuatro millones de sestercios.

Semejantes proyectos de ley, sobre todo aquel que se refería a la guerra contra los piratas, llevaban consigo la ruina del gobierno senatorial. En el curso ordinario de las cosas, los altos magistrados, regularmente elegidos por el pueblo, eran al mismo tiempo los generales de sus ejércitos; y, en cuanto a los magistrados extraordinarios, según la regla estricta necesitaban también el consentimiento popular para ejercer el mando. Ahora bien, desde el momento en que se trataba del *imperium* único, los comicios ya no tenían autoridad directa, constitucionalmente hablando; y, para intervenir de uno u otro modo, hasta entonces habían necesitado o una moción del Senado, o de uno de los magistrados a quienes su función llamaba al mando militar: solo así se votaba sobre la colación de poderes excepcionales. Desde la fundación de la República, el Senado siempre había dicho en semejante caso la primera y la última palabra, y con el curso de los siglos se había confirmado y aceptado su prerrogativa. La democracia había querido resistir en las circunstancias más graves. Por ejemplo, cuando se había tratado de conferir a Cayo Mario el mando de la provincia de África (año 647), se había seguido la ley constitucional, y el magistrado legítimo había sido llamado al generalato por una ley regular y encargado por ella de la dirección especial de la expedición entonces proyectada. Ahora, en cambio, era ya un simple particular

a quien el pueblo iba a investir del poder supremo, a título extraordinario, además de asignarle unas atribuciones que solo él podía señalar. En la forma, y por una especie de atenuación, se había dicho que el nombramiento se haría por el Senado entre los consulares; pero, si se le dejaba la elección, es porque no había que hacerla. Ante aquella multitud amotinada, ¿a quién podía el Senado conferir el mando de los mares y de las costas, sino a Pompeyo? En principio, solo en este nombramiento ya estaba la negación del gobierno senatorial: este poder se desvanecía verdaderamente ante la creación de una magistratura que tenía una ilimitada competencia en los asuntos financieros y en la guerra. En otro tiempo, el *imperium* terminaba con el año de cargo, se circunscribía a su provincia, y se le daba la gestión de los asuntos militares y financieros con cierta medida y límite. Pero en la actualidad la misión nueva y extraordinaria conferida a Pompeyo era por tres años, con la posibilidad de ser prorrogada por más tiempo. Pompeyo debía tener a sus órdenes a casi todas las provincias y hasta la misma Italia, que siempre había quedado fuera del proconsulado militar; podía tomar arbitrariamente soldados, buques y dinero. Ya hemos recordado anteriormente la antigua y fundamental regla del derecho público romano, que prohibía la colación de la función suprema militar y civil sin el voto previo del pueblo. Esta regla va a ser violada a favor del general en jefe; y por otra parte, al dar la nueva ley atribuciones y rango de pretores a los veinticinco lugartenientes que aquel podrá elegir con toda libertad^[1], al mismo tiempo subordina la magistratura soberana de la Roma republicana a una función de nueva creación. Pero ¿qué nombre dar a esta función? Esto pertenece al porvenir el adivinarlo y decirlo; en el fondo, no es más que la monarquía. Luego, en la moción propuesta iba encerrada la destrucción completa del orden de cosas precedente.

POMPEYO Y LA LEY GABINIA

Todas estas medidas por parte de un hombre que en la víspera había dado pruebas evidentes de su debilidad admiran por su energía y su trascendencia. Sin embargo, se explica fácilmente que Pompeyo haya marchado esta vez con paso más decidido que durante su consulado. Para él se trataba menos de proclamarse autócrata, que de preparar la autocracia por un régimen militar y excepcional. Por revolucionario que fuese, en el fondo revestía y respetaba las formas constitucionales, y además llegaba al fin al punto al que había dirigido todos sus deseos: al mando de la expedición proyectada contra Mitrídates y Tigranes. Otras y no menos serias conveniencias preparaban también la emancipación del régimen militar. ¿Podía olvidar Pompeyo que había abortado pocos años antes, por culpa de la deplorable administración del Senado, una expedición combinada en análogas condiciones con el fin de destruir la

piratería? ¿O que la guerra de España había sido tan desastrosa porque el Senado no había cuidado de suministrar ejércitos y había conducido detestablemente la cuestión de los recursos? Tampoco podía dejar de comprender cuál era la actitud de los aristócratas para con él, en quien veían el tránsfuga del partido silano, ni la suerte que le estaba reservada si consentía en ir a Oriente como simple general de ejército al servicio del régimen actual, y sin otros poderes que los de los procónsules ordinarios. Se comprende, pues, por qué exigía como condición para su aceptación la absoluta independencia respecto del Senado y cómo el pueblo accedió a su deseo. Además, es muy probable que su camarilla lo impulsase ahora a obrar con más vigor y rapidez, incomodado consigo mismo por haber retrocedido del modo en que lo hizo dos años antes. La moción sobre la llamada de Lúculo y sobre la nueva expedición contra los piratas fue presentada al pueblo por el tribuno Aulo Gabinio, hombre de licenciosas costumbres y arruinado, pero hábil intrigador, orador atrevido y bravo soldado. Por poco serias que fuesen las afirmaciones de Pompeyo, que afectaba no querer el mando de los mares ni la expedición contra los piratas, o no aspirar más que al reposo de la vida privada, no puede ponerse en duda que el audaz y mudable cliente, familiar de la casa del jefe y de sus íntimos, acabó por arrastrar a su patrono, siempre indeciso, siempre corto en sus miras. Hasta puede decirse que se tomó la decisión última aun por encima de su cabeza.

LOS PARTIDOS FRENTE A LA LEY GABINIA

En cuanto a la democracia, aun cuando sus jefes encubrían su descontento, no se hallaba en disposición de oponerse abiertamente a la moción. Según las apariencias, no hubieran podido impedir su votación y no hubieran conseguido más que hostigar a Pompeyo, obligándolo quizás a entregarse a la oligarquía, o a proseguir sin escrúpulos su política personal entre los dos partidos. No podían elegir; debían continuar siendo sus aliados, puesto que, por peligrosa que fuese esta alianza, al menos se ofrecía al fin la ocasión de derribar para siempre al Senado. Dejando de ser oposición para convertirse en poder, contaban además con el porvenir y con la debilidad de carácter de Pompeyo. En consecuencia, variaron a favor del proyecto de ley todos los principales del partido y hasta el mismo pretor Lucio Quincio, quien siete años antes había trabajado tanto para el restablecimiento del poder tribunicio, y Cayo César, que hacía poco había salido de la cuestura.

VOTACIÓN DE LA LEY

Las clases privilegiadas, no solo la nobleza, sino también la aristocracia del dinero, estaban furiosas. Esta veía amenazados sus privilegios por una revolución tan fundamental, y hubiera querido entrar bajo la protectora clientela del Senado. Cuando Gabinio volvió a la curia, luego de presentada su moción, faltó poco para que los padres conscriptos lo estrangulasen entre sus manos, pues su cólera les hacía olvidar los males que podía traer consigo esta manera nueva y temeraria de discutir. El tribuno huyó al *Forum* y excitó a la muchedumbre para que tomase la curia por asalto. Afortunadamente se había levantado ya la sesión. El cónsul Pisón, el campeón de la aristocracia, cayó en poder de los amotinados, que lo habrían sacrificado si Gabinio, que llegó oportunamente, no hubiera temido comprometer su seguro éxito por un inoportuno atentado y no lo hubiera salvado. No por esto se aplacó la irritación del pueblo, que encontró nuevo alimento en la carestía de los trigos y en las muchas noticias extravagantes que corrían. Se contaba que Lucio Lúculo había malversado el dinero destinado a la guerra de Asia, que había colocado en Roma una parte de él a un interés crecido, e intentado emplear el resto en sobornar al pretor Quincio para alejarlo de la causa del pueblo. Se decía también que el Senado preparaba para Pompeyo, «el segundo Rómulo», la suerte del primero^[2]; entre otras mil patrañas por el estilo. Entre tanto llegó el día de la votación. En el *Forum* no se veía más que un mar de cabezas humanas; las azoteas de los edificios estaban cubiertas de apiñados grupos, todos con la vista fija en la tribuna de las arengas. Los colegas de Gabinio habían prometido al Senado su intercesión; pero, intimidados por la actitud de aquella muchedumbre inmensa, se callaron todos menos Lucio Trebelión, que se había jurado a sí mismo y a los senadores morir antes que ceder. Interpuso efectivamente su veto; pero Gabinio detuvo el escrutinio y rogó al pueblo que se hiciese con su recalcitrante colega lo que en otro tiempo se había hecho con Octavio a propuesta de Tiberio Graco, es decir que fuese destituido en el acto. El pueblo votó esta moción y comenzó el escrutinio. Ya se habían leído los votos afirmativos de las dieciséis primeras tribus; llegó su turno a la diecisiete, cuyo voto fue también afirmativo. Un voto más, y se tenía la mayoría. En este momento Trebelión tuvo miedo, y, faltando a su juramento, retiró su veto. En vano Otón, otro tribuno, luchó enérgicamente para que por lo menos se nombrasen dos generales en lugar de uno solo, dos duunviros de la escuadra, como se había hecho en otro tiempo (volumen I, libro segundo, pág. 439). En vano el viejo Quinto Catulo, el hombre más respetado del Senado, agotó sus fuerzas pidiendo que no se dejase al general la elección de los lugartenientes, sino que esta fuese hecha por el pueblo. Otón no fue oído a causa de los furiosos gritos de la muchedumbre. Gracias a Gabinio, el pueblo tuvo calculadas consideraciones al viejo senador, y le oyó respetuosamente y en silencio; pero sus palabras eran trabajo perdido. El proyecto se convirtió en ley sin aceptar ninguna enmienda, y además fue sancionado inmediatamente como Pompeyo

deseaba.

TRIUNFOS DE POMPEYO EN ORIENTE

Los dos nuevos generales, Glabrio y Pompeyo, partieron a ponerse al frente de sus respectivos mandos, dejando tras de sí la impaciencia y la esperanza. Inmediatamente después de votada la Ley Gabinia, bajó el precio del trigo al tipo ordinario, prueba evidente de la confianza en la gran expedición y en su ilustre jefe. Ya veremos cómo esta confianza fue justificada y aun superada. Después de las guerras contra Aníbal, la República nunca había desplegado tal energía en el exterior. Al suceder a la débil e incapaz administración de los oligarcas, la oposición democrática y militar se había apoderado y manejado brillantemente las riendas del Estado. El cónsul Pisón, en la Narbonense, intentó poner algunos obstáculos a la marcha de Pompeyo y a sus preparativos, pero no hizo más que irritar a la muchedumbre contra su partido y aumentar el entusiasmo hacia el afortunado general. Por lo demás, sin su intervención personal se hubiera depuesto inmediatamente al cónsul.

LEY MANILIA

Durante este tiempo había llegado a su colmo el desorden en Oriente. Glabrio, que debía sustituir a Lúculo en el mando del ejército dirigido contra Mitrídates y Tigranes, no se había movido del Asia occidental. Sus proclamas habían sublevado a los soldados contra Lúculo, pero, como no se había unido al ejército, continuaba al frente de este el general aristócrata. Nada se había hecho contra Mitrídates, y la caballería del Ponto talaba impunemente y sin temor la Bitinia y la Capadocia. Como la guerra contra los piratas había conducido a Pompeyo y su ejército hasta el Asia Menor, parecía lo más sencillo encargarle también la guerra del Ponto y de Armenia, cuya dirección había deseado durante largo tiempo. Sin embargo, los demócratas en Roma no secundaban los deseos del general y no quisieron tomar la iniciativa. Probablemente Gabinio ya sabía a qué atenerse cuando presentó su moción, y por eso no incluiría en su rogación, aparte de la guerra contra los piratas, la guerra contra Mitrídates. Glabrio estaba encargado de la primera y Pompeyo era demasiado fuerte como para aumentar su poder. Pero he aquí que surgió de repente un tal Cayo Manilio, hombre insignificante si los hubo, y a pesar de eso tribuno del pueblo, a quien sus proposiciones lo habían indisputado con la aristocracia y la democracia simultáneamente. Con el deseo de cobijarse bajo la aureola del general, si podía hacer que obtuviese lo que todos sabían que era su más vehemente deseo por más que no se

atreviere a pedirlo, Manilio propuso al pueblo llamar a Glabrio de Bitinia y del Ponto, y a Marcio Rex de Cilicia, y encargarle en su lugar al procónsul de los mares y de las costas toda la guerra de Oriente, por tiempo ilimitado y con derecho absoluto para estipular la paz y los tratados de alianza (a principios del año 688). Ahora más que nunca podía verse el golpe terrible asestado al mecanismo de la constitución romana desde la hora en que la iniciativa pertenecía al primer demagogo que llegase, y la votación, a las masas, con lo cual el poder legislativo había puesto la mano sobre la administración. La proposición manilia no agradaba a ningún partido y, sin embargo, no encontró resistencia. Los agitadores de la democracia no osaron hacerle oposición, y la sufrieron como antes habían tenido que sufrir la Ley Gabinia: ocultaron su descontento y sus inquietudes, y llegaron hasta a hablar a favor de Pompeyo. En cuanto a los aristócratas moderados, observaron el mismo comportamiento. Después de la votación de la proposición de Gabinio, ya no era posible la lucha; y todo el que veía claro reconocía que la verdadera conducta que debían observar los senadores era, por el contrario, aproximarse a Pompeyo y hasta hacer una completa alianza con él, previendo una próxima ruptura con los demócratas. Por último, los partidarios de la política de equilibrios bendecían la hora en que podían aparentar una opinión que les fuese propia y exponerla sin comprometerse con ninguna de las dos facciones. Notemos este hecho: fue para defender el proyecto de Manilio que Cicerón subió por primera vez a la tribuna política. Solo algunos optimates más austeros, con Catulo a su cabeza, continuaron defendiendo sus ideas y hablaron contra la ley. El pueblo la votó casi por unanimidad. De este modo Pompeyo agregó a su poder ya inmenso el gobierno de las provincias de Asia Menor; en consecuencia, en los vastos dominios de la República no había apenas una pulgada de terreno que no lo obedeciese. Tenía que dirigir una guerra de la que podía decirse, como de las expediciones de Alejandro, que se sabía dónde comenzaba, pero no dónde ni cómo terminaría. Nunca se había reunido en Roma en una sola mano un poder semejante.

REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA Y MILITAR

La votación de las leyes Gabinia y Manilia puso fin a la lucha entre el Senado y el partido popular, lucha que había comenzado sesenta y siete años antes con la votación de las Leyes Sempronias. Estas habían constituido el partido revolucionario en la posición de oposición política; por las leyes Gabinia y Manilia pasó de la oposición al poder. Por lo demás, así como en un momento solemne la inútil intercesión de Octavio había abierto la primera brecha a la constitución, así también era grave el momento en que la retirada de Trebelión daba la señal de la caída del último baluarte

del gobierno senatorial. Por ambos lados se veían claramente las cosas; así, pues, en este duelo a muerte, hasta los más indolentes entre los senadores habían comenzado a temblar. La guerra constitucional acabó de otro modo, y mucho peor que como había empezado. Después de todo, un joven noble en todos los sentidos había abierto la revolución, y, por el contrario, acabó con intrigantes y demagogos de la peor especie. Al principio, los optimates habían hecho una resistencia moderada, aun cuando luchaban tenazmente por la defensa de sus posiciones perdidas; mientras que, al fin de la crisis, ellos fueron los que tomaron la iniciativa en el empleo de la fuerza bruta: su debilidad se vengó con palabras retumbantes y violó miserablemente sus juramentos. El objeto que antes no podía entreverse sino en el más temerario de los sueños, es hoy día una realidad: el Senado había dejado de reinar. Aún vivían algunos ancianos que habían asistido a las tormentas de la revolución y habían oído la voz de los Gracos. Si comparaban aquellos tiempos con los actuales, debían ver que todo había cambiado, el país y el pueblo, el derecho público y la disciplina militar, la vida y las costumbres; y, cuando comparaban la realidad del día con el ideal entrevisto por los hijos de Cornelia, se apoderaba de ellos una triste o irónica sonrisa. No obstante, sus reflexiones pertenecían al pasado. En el tiempo presente y para el porvenir, la caída de la aristocracia era un hecho cumplido. Los oligarcas se parecían a un ejército que se desbanda, cuyos grupos van a reforzar otras divisiones, ya que no pueden por sí mismas sostener la campaña e intentar por su cuenta la suerte de los combates. Sin embargo, ahora que había terminado la antigua guerra, se preparaba otra nueva. Esta sería la guerra entre las dos fuerzas que habían estado aliadas por un momento para destruir la constitución aristocrática; es decir, entre la oposición democrática y el poder militar ambicioso y predominante. La situación excepcional creada para Pompeyo por la Ley Gabinia, y aún más por la Ley Manilia, no podía reconciliarse con el orden de cosas republicano. La primera, decían con razón sus adversarios, lo había nombrado regente y no simple almirante. Un griego, que conocía bien el estado de los negocios de Oriente, lo llama «rey de los reyes». Si vuelve otra vez victorioso y ensalzado por la gloria, con sus cajas repletas de oro, escoltado por soldados aguerridos y fieles a su general, y se le ocurre apoderarse de la corona, ¿cuál será el hombre que lo detenga? ¿Se levantará acaso el consular Quinto Catulo con el Senado en contra del primer general del siglo y de sus experimentadas legiones? ¿O será Cayo César, ese edil designado, el que lleve tras de sí a la plebe romana, a la que poco tiempo atrás le había dado trescientas veinte parejas de gladiadores con armas de plata? «Pronto será necesario —exclamó Catulo— ir a refugiarse a la roca del Capitolio para salvar la libertad.» No se engañó en el fondo de su profecía, por más que no fuera de Oriente de donde viniese la tormenta. Los destinos cumplieron a la letra su predicción, y aún más completamente de lo que él había presentido; pero la ruina vendrá de otra tierra, de la tierra de los galos.

IV POMPEYO EN ORIENTE

DESTRUCCIÓN DE LOS PIRATAS POR PARTE DE POMPEYO

Hemos visto el estado deplorable en que se hallaban los asuntos de Roma en Oriente tanto por mar como por tierra, cuando a principios del año 687, e investido con poderes ilimitados, Pompeyo fue a renovar la guerra contra los corsarios. Comenzó por dividir su inmensa provincia en trece circunscripciones; y cada una fue colocada bajo el mando de uno de sus lugartenientes, que sacaba hombres y buques, recorría las costas, se apoderaba de los bergantines de los corsarios, o los encerraba en las redes del vecino. En cuanto al general, se colocó a la cabeza de la mayor parte de los buques disponibles, entre los cuales se distinguía la marina de Rodas, y se hizo a la vela inmediatamente para limpiar las aguas de Sicilia, de África y de Cerdeña, a fin de restablecer lo antes posible las importaciones de trigo de estas provincias con destino a Italia. Al mismo tiempo sus lugartenientes verificaban esto mismo en las costas de las Galias y de España. En esta ocasión fue cuando el cónsul Cayo Pisón intentó impedir las levas que el legado Marco Pomponio verificaba en la Narbonense por cuenta de su general, tentativa contraria a la ejecución de la Ley Gabinia. Pompeyo reapareció un momento en Roma para poner orden y contener en los límites legales la justa irritación del pueblo contra Pisón (pág. 117). Al cabo de cuarenta días, la navegación en todo el Mediterráneo occidental era libre. El general partió entonces hacia los mares de Oriente con sus sesenta mejores buques, y se dirigió al antiguo y principal refugio de los piratas, las costas de Licia y de Cilicia. A la nueva de la aproximación de la escuadra romana desaparecieron de alta mar y se rindieron sin resistencia las fortalezas licias de Kragos y de Antikragos. La calculada dulzura de Pompeyo, más aún que el temor, le había abierto las puertas de estas dos plazas marítimas casi inexpugnables. Sus predecesores condenaban al tormento de la cruz a todos los piratas cautivos; él, por el contrario, les daba a todos cuartel y sobre todo mostraba una indulgencia desusada con los simples remeros que encontraba a bordo de los buques enemigos. Solo los atrevidos reyes cilicios de la mar intentaron luchar en sus propias aguas contra las armas de Roma: ocultaron a sus mujeres, niños y tesoros en sus castillos del Tauro, y esperaron a la escuadra italiana a la altura de Koracesium, en la costa occidental de Cilicia. Pero los buques de Pompeyo iban bien provistos de soldados y de las máquinas de guerra necesarias, y consiguieron una señalada victoria. Después, el general desembarcó sin obstáculo y fue a atacar y destruir los castillos, al mismo tiempo que ofrecía la vida y la libertad a los que se sometiesen. La mayor parte pidieron gracia, desesperando de poder mantenerse por

más tiempo en sus fortalezas y en sus montañas. Cuarenta y nueve días después de haber aparecido en el mar Oriental, Pompeyo había dominado la Cilicia y terminado la guerra. Sin duda este había sido un gran éxito, pero no una gran hazaña. Se lo llamó así sin tener en cuenta los inmensos recursos de Roma, y que los corsarios no podían medir sus armas con las escuadras y las legiones, como en una gran ciudad una cuadrilla de ladrones no puede entrar en lucha con una buena policía. Pero si se tiene en cuenta el mal que venían sufriendo desde hacía tanto tiempo, y el aumento ilimitado que iban adquiriendo todos los días, se comprende que la rápida destrucción de los tan temidos piratas hiciese en el público una impresión poderosa. Por otra parte, era la primera prueba que pasaba el poder concentrado en una sola mano: todos los partidos se preguntaban ansiosamente si les convendría esta forma más que el gobierno colectivo. Los resultados fueron: unos cuatrocientos bajeles tomados al enemigo, de los que noventa eran verdaderos buques de guerra; otros mil trescientos echados a pique; los arsenales bien provistos y los almacenes de armas entregados a las llamas; diez mil piratas muertos y más de veinte mil cautivos en manos del vencedor; y, por otra parte, Publio Clodio, el almirante de la escuadra romana permanente de Cilicia, y otros prisioneros a los que se creía muertos hacía mucho tiempo devueltos a la patria y a la libertad. Desde el estío del año 687, tres meses después de comenzadas las operaciones, el comercio había vuelto a adquirir su antigua marcha en todos los mares, y la abundancia reemplazó en Italia el hambre que amenazaba invadirlo todo.

CUESTIÓN ENTRE POMPEYO Y METELO EN CRETA

Sin embargo, en Creta ocurrió un incidente enojoso, que nubló un tanto el éxito de las armas de la República. Hacía dos años que Quinto Metelo estaba en aquella isla ocupado en acabar su conquista, que ya había verificado en sus tres cuartas partes, cuando llegó Pompeyo a las aguas de Oriente. Una colisión era inminente, porque la Ley Gabinia había extendido además el mando del general en jefe sobre toda aquella isla, que por ninguna parte contaba cincuenta millas de anchura, en concurrencia con el de Metelo. Pompeyo, por prudencia, no había enviado a ella a ninguno de sus lugartenientes. Pero las ciudades cretenses aún no sometidas, que habían visto a Metelo tratar con los más crueles rigores a sus compatriotas vencidos, y que sabían, por el contrario, las condiciones indulgentes otorgadas por Pompeyo a las ciudades de Asia Menor que se le había rendido a discreción, prefirieron entregarse en masa a este. Sus enviados lo encontraron en Panfilia. Aceptó la sumisión ofrecida y expidió con ellos a su lugarteniente Lucio Octavio, encargado de instruir a Metelo de los tratados concluidos y de tomar posesión de la isla. Esto no era tratar como buen

colega; pero, en rigor, el derecho estaba de parte de Pompeyo, y Metelo hacía mal si continuaba tratando como enemigas a las ciudades cretenses, prescindiendo de los arreglos suscritos por el general. En vano protesta Octavio, que había desembarcado sin soldados, y en vano llama en su ayuda a Lucio Cisena, lugarteniente de Pompeyo en la Acaya. Por su parte, Metelo, sin cuidarse de Octavio ni de Cisena, sitia Eleuterna y toma por asalto Lappa, donde el mismo Octavio cayó en su poder. Lo dejó partir con el sello de esta afrenta, y entregó al verdugo a todos los cretenses cautivos. Comenzó entonces una verdadera guerra entre sus soldados y los de Cisena, que murió al poco tiempo, pero a la cabeza de los cuales se puso el mismo Octavio. Cuando estos se vuelven a la Acaya, Octavio continúa todavía la guerra, en unión con el cretense Aristion. Por último, Hierapitna, donde ambos se habían hecho fuertes, fue tomada por Metelo después de una tenaz resistencia. Como optimate ardiente, luchando contra la democracia y su general en jefe, Metelo había dado principio a la guerra civil; pero por otra parte, y como cosa que prueba el indescriptible desorden de los tiempos, estos graves acontecimientos no tuvieron otras consecuencias que el haber cambiado algunas cartas duras entre ambos capitanes, a quienes dos años más tarde se los verá tranquila y amistosamente sentados uno al lado del otro en la curia.

POMPEYO SE PONE AL FRENTE DE LA EXPEDICIÓN CONTRA MITRÍDATES

Mientras esto sucedía, Pompeyo estaba en Cilicia preparando para el año siguiente, al parecer, una expedición contra Creta, o mejor dicho, contra Metelo. Pero en realidad estaba esperando una señal para arrojarse en medio de los embrollados asuntos del continente asiático. Lo poco que quedaba del ejército de Lúculo, después de todas las pérdidas que había experimentado y de haber licenciado las legiones de Fimbria, permanecía inactivo en el alto Halis, en el país de los trocmos, a dos pasos de la frontera del Ponto. Lúculo había continuado aún por algún tiempo a su cabeza, pero su sucesor Glabrion se había detenido en el Asia occidental. Las tres legiones situadas en Cilicia a las órdenes de Marcio Rex tampoco se movían. Todo el Ponto había vuelto a caer en poder de su rey Mitrídates, que había tomado una sangrienta venganza de todos los que habían hecho defección, ya fuesen hombres o ciudades, como por ejemplo Eupatoria. Por lo demás, los reyes de Oriente no tomaron con mucho calor la ofensiva contra los romanos, ya sea que este no fuese su plan, o que el desembarco de Pompeyo en Cilicia les quitase el deseo de llevar las hostilidades más adelante. De repente sobrevino la Ley Manilia, que cumplía los deseos secretos del general más pronto de lo que él mismo esperaba. Fueron llamados Glabrion y Marcio Rex, y se dio a Pompeyo el gobierno del Ponto, de Bitinia y de Cilicia, y el mando de

las tropas que allí se encontraban para hacer la lucha contra Ponto y Armenia. También se le había otorgado el derecho de hacer a su antojo la paz o la guerra, o de contraer alianzas con los dinastas de Oriente. Ante tales perspectivas de honores y de riquezas, ¿qué tiene de extraño que se dejase de castigar al optimata celoso que quería guardar para sí solo los insignificantes laureles recogidos en Creta? Cesaron los preparativos de desembarco en la isla y el exterminio de los pocos piratas que aún quedaban; hasta hizo que su escuadra variara de rumbo, pues quería que esta apoyase su ataque contra los reyes de Armenia y de Ponto. Sin embargo, la guerra continental no le hizo olvidar en absoluto a los filibusteros, dispuestos siempre a volver a levantar la cabeza. Antes de abandonar la provincia de Asia (año 691), hizo armar allí un suficiente número de buques como para tenerlos a raya. Esta medida se había tomado en Italia el año anterior a petición suya, y el Senado había votado los recursos necesarios. Cubrían todas las costas columnas volantes de caballería, y pequeñas escuadras surcaban los mares inmediatos. En una palabra, si bien es cierto que no había quedado totalmente destruida la piratería, como veremos más adelante al ocuparnos de las expediciones de Chipre y de Egipto, al menos a partir de esta campaña, y aun en medio de las vicisitudes y de los tiempos de crisis que Roma deberá aún atravesar, no volverá a resucitar con tanta fuerza, ni el mar volverá a ser inhospitalario, como lo fue un día bajo el reino de una corrompida oligarquía.

PREPARATIVOS MILITARES DE POMPEYO. ALIANZA CON LOS PARTOS. DISCORDIA ENTRE TIGRANES Y MITRÍDATES

En su infatigable actividad, el nuevo general en jefe consagró a sus preparativos militares y diplomáticos los pocos meses que le quedaban antes de la apertura de las operaciones en Asia Menor. Sus enviados se presentaron ante Mitrídates, menos para intentar un acomodamiento serio, que para reconocer la situación. En la corte del Ponto se esperaba que Fraates, rey de los partos, entraría en la coalición del Ponto y de la Armenia, aleccionado por los últimos e importantes triunfos de los aliados. Pero, para combatir este plan, se despacharon otros enviados romanos a la corte de Ctesifon. Las discordias intestinas que destrozaban a la familia real de Armenia vinieron en su ayuda. Tigranes tenía un hijo, del mismo nombre, que se rebeló en contra de él quizá porque no pudiese esperar la muerte del viejo rey, o porque, ante las sospechas de que muchos de sus hermanos habían pagado asesinos contra él, solo viese en la insurrección abierta el único medio de salvación. Vencido por su padre, se refugió en la corte del Arsácida con cierto número de armenios notables y allí volvió a comenzar sus intrigas. Los arreglos hechos por Fraates fueron tal vez obra suya. Por

ambas partes se ofreció a este rey la Mesopotamia, como premio a su alianza; pero prefirió las seguridades prometidas por los romanos, renovó con Pompeyo el tratado firmado por Lúculo, respecto de la frontera del Éufrates (pág. 76), y se comprometió a cooperar con los occidentales en la guerra contra la Armenia. Era un gran perjuicio para los dos reyes el hecho de que, a instigación del joven Tigranes, los partos contrajesen alianza con la República. El joven armenio hizo todavía más y su insurrección trajo la división entre su padre, él y Mitrídates. El rey de Armenia sospechaba en secreto que su suegro había fomentado, bajo cuerda, el crimen del joven Tigranes, que era nieto de Mitrídates por su madre Cleopatra; y, si no se llegó hasta una completa ruptura, se enfrió al menos la buena inteligencia entre los dos reyes, precisamente en los momentos en que era más necesaria.

Durante este tiempo Pompeyo se preparaba sin descanso. Dio orden a las ciudades aliadas o clientes para que le enviasen los contingentes fijados por los tratados. Se fijaron carteles en público que invitaban a los veteranos licenciados de Fimbria a volver al servicio como voluntarios; y las promesas hechas, así como el nombre de Pompeyo, decidieron a muchos de ellos a responder al llamamiento. Las fuerzas reunidas por el general ascendieron muy pronto a cuarenta mil o cincuenta mil hombres^[1], incluyendo las tropas auxiliares.

POMPEYO Y LÚCULO

En la primavera del año 688 (66 a.C.), Pompeyo llegó a Galacia para ponerse al frente de las tropas de Lúculo y entró con ellas en territorio del Ponto, donde las legiones de Cilicia tenían orden de unírsele. Los dos generales se encontraron en Danala, en el territorio de los trocmos, pero sus amigos comunes habían esperado una reconciliación que no pudo verificarse. Se comenzó por una recíproca cortesía a la que sucedieron muy pronto agrias explicaciones y palabras duras, y terminaron separándose más fríos que nunca. Lúculo continuaba dando regalos a los soldados y distribuyéndoles tierras como si estuviese todavía en el cargo. Pompeyo, por su parte, declaró nulos todos los actos de su predecesor, a contar desde su llegada a Galacia. En rigor estaba en su derecho, pero debía obrar con tino y miramientos con un rival ilustre por sus servicios.

MARCHA SOBRE EL PONTO. RETIRADA DE MITRÍDATES. BATALLA DE NICÓPOLIS

En cuanto lo permitió la estación, las tropas romanas pasaron las fronteras, y tuvieron

en frente a Mitrídates con treinta mil infantes y tres mil caballos. Abandonado por su aliado y atacado por Roma con gran energía y fuerzas dobles, hizo una tentativa de paz; pero cuando Pompeyo pidió una sumisión incondicional, no quiso oír nada más: no podía salirle peor una guerra desgraciada. Para no exponer a su ejército, compuesto en su mayor parte por arqueros y caballeros, a los golpes irresistibles de la infantería romana, retrocedió lentamente y de esta forma obligó al enemigo a seguirlo en sus movimientos a derecha e izquierda y en todos los sentidos. En ocasiones les hizo frente con su caballería, que era superior a la de Pompeyo, y les estorbó sus aprovisionamientos; con esto les iba preparando a las legiones grandes sufrimientos. Pompeyo, impacientado, se cansó de perseguir de este modo al ejército del Ponto, y por tanto dejó allí al rey y se ocupó solo de someter el país. Llegó hasta el alto Éufrates, lo pasó y penetró en las provincias orientales del Ponto. Pero Mitrídates siguió a su vez la orilla izquierda del río. Llegó a la región Anáitica y de repente pudo cerrarle el paso encerrándose en Dastira, ciudadela muy fuerte y bien provista de agua. Desde allí dominaba con sus tropas ligeras la llanura inmediata. Pompeyo no tenía aún sus legiones de Cilicia y no estaba en disposición de defenderse. Volvió a cruzar el Éufrates y fue a los bosques de la Armenia pónica, cortada por abismos infranqueables, profundos valles y ásperas rocas, a ponerse al abrigo de los arqueros y de la caballería del rey. Por fin llegó el cuerpo de Cilicia, y, convertido en el más fuerte, pudo volver a tomar la ofensiva. Marchó de nuevo adelante y encerró el campamento del rey con una cadena de destacamentos de casi cuatro millas (alemanas) de longitud, lo bloqueó, y, durante este tiempo, destacó columnas por todas partes con el objeto de talar el país. Por su parte, entre los pónicos reinaba gran escasez, y ya habían matado todas las bestias que les servían para conducir el equipaje. Después de cuarenta y seis días de sufrimientos, como no podían salvar a sus heridos y enfermos, ni dejarlos en poder del enemigo, Mitrídates los mandó matar y, durante una noche oscura, emprendió en silencio el camino del este. Pompeyo lo persiguió a través de un país completamente desconocido, por donde marchaba con suma prudencia, y llegó hasta las regiones donde se encuentran las fronteras de Tigranes y del rey del Ponto. Como supo que Mitrídates no quería dar la batalla decisiva en su territorio y llevaba el propósito de atraerlo a las inmensas profundidades de Oriente, se decidió a impedirlo a toda costa. Ambos ejércitos acampaban uno cerca del otro. Durante una siesta los romanos levantaron de repente el campamento sin que se percatase de ello el enemigo, lo rodean y ocupan las alturas de la orilla derecha del Licus. Estas alturas dominan un desfiladero por donde había que pasar, no lejos del lugar donde estaba situada Enderis y donde más tarde se edificó Nicópolis. Llegada la mañana, los pónicos se pusieron en camino como de costumbre, y, creyendo que el enemigo estaba todavía detrás de ellos, colocaron sus tiendas en el mismo valle cuyas alturas tenían ocupadas los romanos. De repente, y

en el silencio de la noche, resonó alrededor de ellos el tan temido grito de guerra de las legiones: los soldados, los bagajes, los carros, los caballos y los camellos se agitan en confusión infinita; y, en medio de las tinieblas, hiere la muerte con seguro golpe en sus espesas y embarazadas masas. Agotadas sus armas arrojadizas, y cuando la luna les permitió ver a sus víctimas, los romanos cayeron desde las alturas sobre aquellas bandas indefensas. Todo el que no pereció por el acero del enemigo murió aplastado por las patas de los caballos o las ruedas de los carros. De este modo terminó el último combate, en el que el viejo rey luchó en persona contra los romanos. Huyó seguido de dos caballeros y una concubina acostumbrada a acompañarlo a todas partes en traje de hombre y a combatir a su lado. Se refugió en Sinoria, y allí se le unieron algunos partidarios. Distribuyó entre ellos los tesoros que tenía depositados, seis mil talentos en oro, y se aprovisionó de veneno; después subió el Éufrates con las pocas tropas que le quedaron y fue a unirse con su aliado, el gran rey de Armenia.

TIGRANES SE VUELVE CONTRA MITRÍDATES. MITRÍDATES EN EL FASIS, POMPEYO EN ARTAXATA. PAZ CON TIGRANES

También aquí fue defraudada su esperanza. Al tomar el camino de Armenia, el rey contaba con una alianza que ya casi no existía. Mientras luchaba contra Pompeyo, con el mal éxito que ya sabemos, el rey parto, impelido por los romanos y cediendo a los consejos del príncipe fugitivo, había invadido a mano armada el reino de Armenia, y en consecuencia Tigranes se había visto obligado a batirse en retirada hacia las inaccesibles montañas del país. El ejército invasor puso sitio a la capital, Artaxata. Después, como este sitio se prolongó mucho, Fraates se alejó con la mayor parte de sus tropas. Al poco tiempo reapareció Tigranes, destruyó el cuerpo de ejército parto que había quedado delante de la plaza, así como el de los emigrados armenios que mandaba su hijo, y se hizo de nuevo dueño de todo su reino. Se comprende que en las circunstancias actuales el rey no debía estar muy inclinado a hacer la guerra a los romanos victoriosos por segunda vez, y mucho menos a sacrificarse por Mitrídates, en quien ahora tenía menos fe que nunca, después de saber que su hijo rebelde quería unirse con su abuelo. Por lo tanto, entabló negociaciones con los romanos y pidió una paz separada; y, sin esperar la conclusión del tratado, rompió su alianza con Mitrídates. Al llegar este a la frontera de Armenia, supo de repente que el gran rey había puesto precio a su cabeza, ofreciendo cien talentos al que se la presentase, y que había arrestado a sus enviados y los había entregado a los romanos. El viejo monarca veía entonces su reino ocupado por las legiones, y a su aliado en vías de entenderse con el enemigo; por lo demás, como no

podía continuar la guerra, se juzgó dichoso con poder encontrar un último asilo en las costas del este o del norte del mar Negro. Allí tendrá sin duda que luchar contra su hijo Machares, también rebelde y partidario de los romanos, quien lo arrojará también del reino del Bósforo, y tendrá que volver a principiar sus infatigables proyectos en las costas de la Palus Metides. Tomó, pues, el camino del norte. Cuando pasó el Fasis, última frontera del Asia Menor, ya estaba fuera del alcance del enemigo, y el mismo Pompeyo cesó de perseguirlo. En lugar de volver hacia las fuentes del Éufrates, el romano se arrojó sobre la región del Araxas con la intención de concluir con Tigranes. Llegó casi sin encontrar resistencia hasta las inmediaciones de Artaxata, y colocó su campamento a tres millas (alemanas) de la ciudad. Se presentó ante él Tigranes el Joven, esperando que, al derribar a su padre, los romanos lo colocarían en el trono, y así ensayó todos los medios para impedir que se hiciese la paz entre ellos y el gran rey. Pero este estaba muy decidido a comprarla a cualquier precio. Un día se presentó a caballo a las puertas del campamento, pero sin manto de púrpura, llevando solo la banda y el turbante real, y exigiendo que lo condujesen a presencia de Pompeyo. Después de haber entregado a los lictores su caballo y su espada, como exigía la consigna del campamento, se arrojó a los pies del procónsul, siguiendo la costumbre de los bárbaros, y depositó en sus manos su diadema y su tiara en señal de sumisión absoluta. Gozoso Pompeyo por tan fácil victoria, levantó al rey, le devolvió las insignias de su dignidad y dictó las condiciones de la paz. Tigranes entregó seis mil talentos para la caja del ejército, y cada soldado recibió un donativo de cincuenta dineros. Además devolvería todas sus conquistas de Finicia, Siria, Cilicia y Capadocia, y restituiría sus posesiones de la orilla derecha del Éufrates, la Sofena y la Gordiana; en suma, volvería a entrar en los límites de la propia Armenia. A esto se redujo el gran reino. Al principio del año 688, no había ningún soldado romano que hubiera pasado el límite de las antiguas posesiones de la República. Al terminar este mismo año, el rey Mitrídates corre fugitivo y sin ejército por los desfiladeros del Cáucaso, y Tigranes de Armenia no es ya el rey de reyes; ha llegado a la condición de vasallo. Toda la región del Asia Menor al oeste del Éufrates obedecía a la dominación romana; y el victorioso ejército estableció sus cuarteles de invierno al este del río, en territorio armenio, en la parte del curso superior y hasta las orillas del Kur, donde por primera vez abrevaron los caballos de los italianos.

LOS PUEBLOS DEL CÁUCASO. LOS IBEROS LOS ALBANESES. VICTORIA DE POMPEYO SOBRE ESTOS

Sin embargo, al poner el pie en estos nuevos países, los romanos despertaban nuevos enemigos. Los belicosos pueblos del Cáucaso medio y oriental se irritaron ante la

vista de los occidentales acampados entre ellos. Las fértiles mesetas de la actual Georgia estaban habitadas por los iberos, nación valiente, regularmente organizada y entregada a la agricultura, y cuyas tribus patriarcalmente gobernadas cultivaban las tierras en común, sin conocer la propiedad privada. El ejército y el pueblo no formaban allí más que un solo cuerpo. A su cabeza estaban los jefes de las tribus; entre estos, el más anciano era el verdadero rey de toda la nación y tenía debajo de él a su segundo en edad, el cual administraba justicia y mandaba el ejército. Los iberos tenían también sus familias sacerdotales, a las que correspondía el conocimiento de los tratados internacionales y vigilar por su fiel observancia. Los hombres no libres pertenecían al rey. Más allá de los iberos, hacia el este, estaban los albaneses, mucho más salvajes que los anteriores. Residían en el Kur inferior hasta el mar Caspio. Hacían una vida casi pastoral, conducían a pie y a caballo sus numerosos rebaños en medio de las fértiles llanuras del Schirwan moderno, y cultivaban sus campos con el tosco arado de madera, sin la reja de hierro de los occidentales. No conocían la moneda, ni sabían contar arriba de cien. Cada pueblo (había más de veintiséis) tenía su jefe y su dialecto. Aunque más numerosos que los iberos, los albaneses no hubieran podido medir sus armas con sus valientes vecinos. Por lo demás, ambas naciones se batían del mismo modo: se servían de las flechas y otras armas arrojadas, que lanzaban como los indios sobre el enemigo, y se ocultaban después detrás de los troncos de los árboles o en lo alto de sus ramas. Los albaneses tenían también una numerosa caballería, cuyos soldados iban cubiertos, como los medos y los armenios, con pesadas corazas, escudos y otras armas defensivas. Ambos pueblos vivían en la más completa independencia en medio de sus campiñas y de sus prados, y esto desde tiempo inmemorial. La naturaleza ha colocado el Cáucaso entre Europa y Asia, como un dique contra las invasiones de los pueblos. En otro tiempo, allí se habían detenido las armas de Ciro y las de Alejandro; allí encontraron los romanos ante sí la gran muralla que sus habitantes se disponían a defender con bravura. Los albaneses supieron con terror que en la próxima primavera el general de la República se proponía pasar sus montañas y perseguir al otro lado al rey del Ponto, porque se decía que Mitrídates pasaba el invierno en Quioscuriada (Iskuria), a orillas del mar Negro. Inmediatamente, bajo la dirección de su príncipe Uroiza, se reúnen en pleno invierno, pasan el Kur y se arrojan sobre los romanos, que estaban divididos en tres cuerpos de ejército para poder vivir más fácilmente, y que eran mandados por Quinto Meteto Celer, Lucio Flacco y Pompeyo en persona. Celer, sobre quien recayó el principal ataque, se sostuvo vigorosamente; y Pompeyo, después de haberse desembarazado de las hordas que se habían dirigido contra él, persiguió hasta el río a los bárbaros derrotados por todas partes. Artoces, rey de los iberos, se mantuvo neutral y prometió a los romanos la paz y la amistad; pero Pompeyo supo que se armaba en secreto y que se disponía a atacarlo en los desfiladeros del Cáucaso. Desde

los primeros días de la primavera del año 689, antes de comenzar la persecución de Mitrídates, marchó contra las ciudades de Harmocica (Armazi) y Seusamora (Tsumar), situadas a una legua de distancia una de otra, y que dominan los dos valles del Kur y del Aragua, su afluente, al mismo tiempo que cierran el único paso que va de Armenia a Iberia. Artoces, sorprendido por el enemigo, quemó precipitadamente los puentes y, aún negociando, se retiró al interior. Pompeyo se apoderó de ambas fortalezas y alcanzó a los iberos en la otra orilla, pensando que los obligaría a someterse. Pero Artoces retrocedía constantemente, y no hizo alto hasta las orillas del Peloros: allí se vio obligado a entregarse o a pelear. Los arqueros iberos no se sostuvieron firmes ni un momento contra el choque de las legiones; estas pasaron el Peloros, y Artoces sufrió las condiciones dictadas por el romano, además de entregar a sus hijos en calidad de rehenes.

POMPEYO EN LA CÓLQUIDA. NUEVOS COMBATES CON LOS ALBANESES

Hecho esto, Pompeyo pasó de la región del Kur al valle del Fasi por el collado de Sarapana (Charapaní), y bajó por las orillas del río; finalmente llegó al mar Negro, donde lo esperaba la escuadra de Servilio en las costas de Cólquida. Era una temeridad casi sin objeto conducir el ejército y los buques a estas costas legendarias. Las marchas que acababan de hacerse en países desconocidos, en medio de pueblos completamente hostiles, no eran nada, si se las comparaba con las que aún restaban. Primero había que conseguir franquear las extensas estepas que separan la desembocadura del Fasis de la península de Crimea, y que atraviesan naciones bárbaras tan pobres como belicosas, ya fuese por aguas inhospitalarias y no frecuentadas, ya a lo largo de una costa donde muchas veces las montañas terminan en el mar como cortadas a pico, y donde era necesario embarcarse con el fin de cruzar por mar algunos trechos. Admitiendo que esta expedición, más difícil quizá que los grandes viajes militares de Aníbal y de Alejandro, tuviese éxito, ¿qué resultado se alcanzaba al cabo de tantas fatigas y peligros? Concedo que la guerra no estaba concluida mientras viviese el viejo rey; pero ¿quién podía asegurar que la real bestia feroz, objeto de esta cacería prodigiosa, caería con seguridad en las redes? Aun cuando se debiese temer que Mitrídates volviera a entrar un día en Asia con la tea de la guerra en la mano, ¿no valía más la pena dejar de perseguirlo, ahora que la persecución no ofrecía ninguna ventaja y sí muchos peligros? En el ejército se levantaban muchas voces, y más aún en Roma, que impelían al general a marchar adelante; pero procedían o de cabezas acaloradas y locas, o de falsos amigos, deseosos de tener alejado a toda costa al poderoso procónsul y de verlo

comprometido en el fondo de Oriente en empresas interminables. Pompeyo tenía demasiada prudencia y experiencia como para comprometer su ejército y su gloria en una expedición absurda; y una insurrección de los albaneses a sus espaldas le proporcionaba en aquel momento un pretexto plausible. Así, abandonó la persecución de Mitrídates y ordenó la retirada. La escuadra recibió orden de cruzar el mar Negro y cubrir la costa norte de Asia Menor contra todo ataque del enemigo; debía cerrar el Bósforo cimeriano contra todo navegante que intentase forzar el bloqueo bajo pena de muerte. Después, retrocediendo por el camino de tierra y atravesando las regiones de la Cólquida y Armenia, Pompeyo se volvió hacia el Kur inferior, lo atravesó y acampó en las llanuras de Albania. El ejército experimentó bastantes sufrimientos al marchar con un calor sofocante en aquellos campos rasos y muchas veces sin agua. No encontró ningún enemigo; pero, al llegar a la orilla derecha del Abas (el Alasan), vio al otro lado a las hordas albanias mandadas por Cosses, hermano del rey Oroizes. Por lo menos se componían de sesenta mil infantes y doce mil caballos, incluidos aquí los contingentes de las estepas del otro lado del Cáucaso. Los albaneses, por lo demás, creían no tener que vérselas más que con la caballería romana, sin lo cual no se hubiesen atrevido a combatir. Pero Pompeyo había cubierto perfectamente su infantería con su caballería, y, cuando esta se desvaneció, se vieron de repente aparecer detrás de ella las profundas masas de las legiones. La pelea duró poco: el ejército de los bárbaros se dispersó en los bosques, que Pompeyo mandó rodear e incendiar. Entonces los albaneses pidieron la paz; y después, a ejemplo de estos pueblos más poderosos, todas las tribus entre el Kur y el mar Caspio concluyeron también su tratado con Pompeyo. Por un momento se vio a los albaneses, a los iberos y a las demás naciones que vivían al pie o en el interior del Cáucaso meridional entrar bajo la dependencia de Roma; pero en cuanto a los que habitaban entre el Fasis y el Mentis, colquidios, loanes, heniocos, llácigas y aqueos, y en cuanto a los bastarnas, colocados más lejos, por más que sus nombres figuren en la lista de los pueblos sometidos por Pompeyo, es evidente que no puede tomarse en serio esta sumisión. El Cáucaso había vuelto a ocupar su lugar en la historia universal; marcaba el límite del Imperio Romano como antes había marcado los de los imperios persa y helénico.

MITRÍDATES EN PANTICAPEA. LOS ÚLTIMOS ARMAMENTOS. INSURRECCIÓN CONTRA MITRÍDATES. SU MUERTE

Mitrídates quedó abandonado a sí mismo y a su destino. Así como en otro tiempo su abuelo, el fundador del reino del Ponto, al escapar de las huestes de Antígono había pisado fugitivo el suelo de su futuro imperio, el nieto, en contrapartida, había pasado su frontera abandonando sus conquistas y las de sus padres. Pero los destinos son

rápidos y extraordinariamente variables en Oriente, y nadie tanto como el viejo sultán de Sinope había ganado y perdido en el juego de los caprichosos dados de la fortuna. ¿Por qué al declinar su vida no había de cambiar dando nuevo vuelo a su grandeza? ¿No es el perpetuo cambio la única cosa estable? Los orientales odiaban la dominación romana hasta en el fondo de su corazón. Bueno o malo, Mitrídates no dejaba de ser a sus ojos el verdadero rey; ¿no podía sacar partido de la molición de los senatoriales en la administración de las provincias y de las discordias de los partidos políticos en Roma, siempre en fermentación y siempre expuestos a una guerra civil? ¿Acaso no podía esperar, cuando llegara la ocasión, sentarse por tercera vez sobre su trono? Con sus esperanzas y sus proyectos tan duraderos como su vida, el viejo rey, hasta que no muriese, era tan peligroso caído y desterrado como el día en que a la cabeza de cien mil hombres había comenzado la guerra para arrancar a los romanos la Hélade y la Macedonia. En el año 689, infatigable a pesar de sus años, salió de Dioscuriades y llegó venciendo mil obstáculos, tanto por mar como por tierra, al reino de Panticapea. Por solo su ascendiente y gracias a su imponente séquito, derribó del trono a Machares, su hijo rebelde, y lo forzó a darse la muerte. Después intentó entrar en relación con los romanos. Pidió que se le devolviera su reino hereditario, diciendo que estaba dispuesto a reconocer la soberanía de la República y a pagar el tributo de vasallaje. Pompeyo se negó rotundamente, pues temía que Mitrídates, apenas subiese al trono, volviera a las andadas. Era necesario que se sometiese pura y simplemente. Pero este, lejos de consentir en entregarse a manos del enemigo, aglomeró planes nuevos y más gigantescos que nunca. Reúne todos sus recursos, los últimos restos de sus tesoros y los últimos contingentes de sus Estados, y arma un ejército de treinta y seis mil hombres, esclavos en su mayor parte, que equipa y ejercita a la romana. Prepara una escuadra de guerra meditando, según dice, lanzarse primero sobre el oeste, por la Tracia, Macedonia y Panonia, y después desencadenar sobre Italia una avalancha de pueblos, arrastrando como aliados a los escitas de las estepas dálmatas y a los celtas del Danubio. El proyecto ha parecido colosal y algunos han comparado la guerra del rey del Ponto con la gran expedición de Aníbal, como si un pensamiento de ese tipo, heroico en un hombre de genio, no fuese una locura en un hombre ordinario. La invasión de Italia por parte de los orientales no era más que una ridícula amenaza, un sueño quimérico de la desesperación. La sangre fría y la prudencia del general de Roma no se equivocaron en esto; y los romanos se evitaron el correr como aventureros detrás de su adversario. ¿Para qué penetrar en las lejanas regiones de Crimea en busca de un ataque sin trascendencia de ningún género, y que, por otra parte, se estaba siempre a tiempo de rechazar al pie de los Alpes? En efecto, mientras que Pompeyo, sin preocuparse ya de las amenazas de un impotente gigante, dispone y preside la organización de los territorios conquistados, los destinos del viejo rey concluían por sí mismos en el fondo de las regiones del norte. Sus

armamentos oprimían a los pueblos e insurreccionaban a los ribereños del Bósforo, cuyas casas demolían o hacían arrebatarse, a la vez que degollaban los bueyes de labor para aprovisionarse de tendones y maderos destinados a las máquinas de guerra. Los soldados no querían aventurar una intentona desesperada sobre Italia. El rey siempre había vivido rodeado de sospechas y traiciones; no tenía el don de despertar en los suyos el amor o la fidelidad. En otro tiempo había obligado a Arquelao, su mejor general, a buscar un asilo en el campamento de los romanos. También durante las campañas de Lúculo habían tenido que abandonarlo sus oficiales más dignos de confianza: Diocles, Fénix y los mejores capitanes entre los emigrados romanos. En la actualidad, cuando ya se ha eclipsado su estrella, y cuando está enfermo y siempre irritado, sin dejarse ver más que por sus eunucos, se suceden las defecciones con más frecuencia que nunca. Castor, comandante de la plaza de Faragoria (frente a Kertsch), fue el primero que dio la señal de la insurrección; proclamó que la ciudad era libre y entregó a los romanos a los hijos del viejo sultán, que estaban allí encerrados con él.

La insurrección se propagó por todas las ciudades del Bósforo: Quersoneso (no lejos de Sebastopol), Teodosia (Kaffa) y otras más se unieron a los fanagóritas. Por lo demás, durante este tiempo Mitrídates daba rienda suelta a sus sospechas y crueldades. Por la denuncia de algunos viles eunucos, mandó crucificar a sus afiliados más íntimos: sus hijos estaban menos seguros que los demás. Uno de ellos, Farnaces, el favorito de su padre, y probablemente el que estaba destinado a sucederlo, tomó una resolución extrema y se puso a la cabeza de los insurgentes. Los esbirros mandados para apoderarse de su persona y las tropas enviadas contra él pasaron a su servicio, y todo el cuerpo de los tráfugas italianos se pasaron a sus filas. Este era quizás el núcleo más sólido de su ejército; pero nada distaba de su mente tanto como la perspectiva de una expedición a Italia. Por último, lo siguieron en su defección las demás tropas y la escuadra. Abandonado por todos, el país y los soldados, Mitrídates supo que Panticapea, su capital, había abierto las puertas a los rebeldes, y que él mismo, encerrado en su palacio, iba a ser entregado. Entonces, desde lo alto de los muros implora a su hijo que lo deje vivir y que no manche sus manos con la sangre de un padre. Pero esta súplica sonaba mal en la boca de aquel que había manchado las suyas en la sangre de su madre, y muy recientemente había derramado la de Xífares, su hijo inocente. Por otra parte, Farnaces superaba a Mitrídates en dureza y crueldad. Había ya sonado la última hora para el viejo rey, y quiso al menos morir de la forma en que había vivido: mujeres, concubinas e hijas, y entre estas las prometidas de los reyes de Egipto y de Chipre, a todas las condenó a sufrir los horrores de la muerte. Todas bebieron la copa envenenada antes que la tomase él mismo; y como el veneno no fuese suficientemente activo, presentó el cuello a un soldado celta, a Bituito, que acabó de matarlo. Así murió en el 691 Mitrídates Eupator, a los sesenta y ocho años de edad y a los cincuenta y siete de su

reinado, veintiséis años después de su primer combate contra Roma. Farnaces envió el cadáver a Pompeyo, en prueba del servicio prestado y de su lealtad de aliado; el general romano mandó que le diesen sepultura en Sinope, en las tumbas de los reyes.

La muerte de Mitrídates equivalía para la República a una gran victoria; y, como si lo hubiera sido en efecto, los correos o portadores de la nueva aparecieron con la cabeza coronada de laureles en el campamento de Jericó, donde a la sazón se hallaba el general en jefe. En la persona del rey del Ponto había bajado a la tumba uno de los más grandes enemigos de Roma, el más grande de todos los que había encontrado en los afeminados pueblos de Oriente. No se engañaba el instinto de las masas: como en otro tiempo Escipión había sido para todos no solo el vencedor de Cartago, sino también el vencedor de Aníbal, así también ante la muerte de Mitrídates desaparecían las conquistas realizadas sobre los numerosos pueblos de Oriente, incluso las realizadas sobre el gran rey de Armenia. De esta forma, cuando Pompeyo verificó su entrada solemne en Roma, lo que atrajo principalmente las miradas fueron los cuadros pintados que mostraban al viejo rey fugitivo, llevando su caballo de la brida, y los que lo mostraban tendido y entregando su alma en medio de los cadáveres de sus hijas. Sea cual fuere el juicio que se emita sobre su persona, Mitrídates fue una gran figura histórica en toda la extensión de la palabra. Esto no quiere decir que yo lo considere como un vasto genio y una naturaleza elevada; pero tuvo la imponente virtud del odio, y mantuvo este odio con honor, aunque no con fortuna, durante medio siglo de una desigual lucha contra un enemigo inmensamente superior. El lugar que le ha reservado la historia ha aumentado la importancia del hombre. Centinela avanzado de la reacción nacional del Oriente contra el Occidente, comenzó de nuevo el duelo entre los dos mundos; y, en este sentido, tanto los vencedores como los vencidos presintieron a su caída que asistían al principio y no al fin del drama.

POMPEYO EN SIRIA. ASUNTOS DE ESTE PAÍS. LOS PRÍNCIPES ÁRABES. LOS BEDUINOS DE CABALLERÍA

Entre tanto, después de que la guerra del Cáucaso terminara (año 689), Pompeyo volvió al Ponto, y entonces se rindieron los últimos castillos que aún se conservaban independientes. Luego, para arrebatar a los ladrones sus guaridas, había arrasado sus torreones y cegado todos los pozos con enormes trozos de roca. Comenzaba el estío del año 689 y marchó a Siria, donde hacía falta su presencia para arreglar algunos asuntos. Sería difícil bosquejar el cuadro del estado de cosas en este país, en el que todo marchaba hacia la disolución. En realidad, después del ataque de Lúculo contra Armenia, Magadates, sátrapa de Tigranes, había evacuado las provincias sirias (año

635); y los Tolomeos, por más que aún soñasen como sus predecesores en la anexión de las costas fenicias a su reino, habían retrocedido por miedo a Roma ante toda nueva tentativa de ocupación. Por lo demás, Roma no había regularizado aún sus títulos de posesión, más que dudosos aun para el mismo Egipto. Por último, los príncipes sirios se habían dirigido más de una vez a la República pidiendo que se les reconociese como legítimos herederos de los Lágidas. Pero como en este momento las grandes potencias estaban fuera de los acontecimientos locales, el país hubiera sufrido con el azote de una gran guerra menos de lo que sufría en realidad con las eternas e inútiles querellas entre los príncipes, los señores y las ciudades. Los verdaderos dueños del reino de los Seléucidas eran entonces los beduinos, los judíos y los nabateos. Ya sabemos que un inmenso desierto de arena se extiende inhospitalario, sin vegetación y sin agua, desde la península arábiga hasta el Éufrates y aún más allá; toca por el oeste la cadena de las montañas de Siria y su estrecha playa, y por el este va a perderse en las ricas llanuras del Tigris y del Éufrates inferior. El Sahara de Asia es la antigua y primitiva patria de los hijos de Ismael; desde el momento en que la tradición cede el puesto a la historia, encontramos allí al *bedawin* o hijo del desierto. Allí arma su tienda y aposenta sus camellos. Allí, montado sobre su ligero caballo, da alcance al enemigo de su raza y al viajero comerciante. Favorecidos por Tigranes, que los utilizaba para su política comercial, y alentados al poco tiempo por el estado de la Siria abandonada a sí misma, los hijos del desierto habían avanzado hasta la región septentrional. De esta forma, al contacto de la civilización siria habían ya adquirido los rudimentos de una vida social regular, y, políticamente hablando, desempeñaban el primer papel. Se citaba como el más importante de los emires a Abgar, jefe de la tribu árabe de los mardanos; Tigranes lo había instalado en la alta Mesopotamia, alrededor de Edela y de Carras. Después se habían establecido al oeste del Éufrates: entre Damasco y Antioquía, Sampsikeramo, emir de los árabes de Hemesa y dueño de la fuerte ciudadela de Aretusa; Aziz, jefe de otra horda errante en estas mismas regiones; Alcodonios, príncipe de los rambeos, con quien Lúculo había tenido algunas relaciones, y otros muchos. Al lado de los jefes beduinos se encontraban en todas partes atrevidos jinetes que igualaban y aun superaban a los hijos del desierto en el noble oficio de salteadores de caminos: tal era Tolomeo, hijo de Menneos, quizás el más poderoso de todos aquellos caballeros bandidos, y uno de los hombres más ricos de su tiempo. Lo obedecía la región de los itireos (hoy de los drusos), mandaba en la llanura de Masías, al norte, con las ciudades de Heliópolis (Baalbek) y de Calcis, y tenía a sueldo ocho mil caballeros. Además, otros jefes eran Dionisios y Ciniras, poseedores de las ciudades marítimas de Trípoli (Tarabluz) y Biblos (cerca de Beirut), y por último el judío Silas, señor de la fortaleza de Lisias, no lejos de Apamea, sobre el Oronte.

LOS JUDÍOS. LOS FARISEOS

En cambio, en el sur parecía que el pueblo judío estaba en vías de consolidación política. Valientes y piadosos defensores del antiguo culto nacional amenazado por los reyes de Siria con un helenismo nivelador, los hasmoneos, o macabeos (los martillos), habían llegado al principado hereditario, e insensiblemente a los honores reales (volumen III, libro cuarto, pág. 63); después se habían convertido en conquistadores, y los grandes sacerdotes reyes habían redondeado sus dominios al norte, al sur y al este. Cuando murió el belicoso Alejandro Jannai (año 675), el reino judío había absorbido todo el país de los filisteos hasta la frontera egipcia por el sur. Al sudeste confinaba con el reino de los nabateos de Petra, mermado por las conquistas de Jannai en la orilla derecha del Jordán y del mar Muerto; por el norte abrazaba Samaria y la Decápolis hasta el mar de Genesaret, y, si la muerte no se lo hubiese impedido, habría atacado también al príncipe hasmoneo, Tolemaida (San Juan de Acre), y empujado a los itireos fuera de la línea que habían invadido. La costa pertenecía también a los judíos desde el monte Carmelo hasta Rinocorura; comprendía la importante plaza de Gaza, Abscalon aún quedaba libre y la Judea, separada hacía tiempo del mar, era en la actualidad uno de los lugares de asilo de la piratería. Cuando la intervención de Lúculo alejó de repente la tempestad que procedía de Armenia y que amenazaba ya a los judíos, los príncipes hasmoneos no habrían dejado de llevar aún más lejos sus armas, si las disensiones intestinas no hubiesen destruido en su germen el poder prometido al nuevo y ambicioso Estado. El sentimiento de la independencia religiosa y el de la nacionalidad habían producido el imperio de los macabeos mientras duró su enérgica alianza; pero bien pronto se desunieron y se armaron uno contra otro. La nueva secta judía, fundada en tiempo de los macabeos y denominada el fariseísmo, dejaba a un lado el gobierno temporal y tendía solo a constituir una comunidad judaica, formada por todos los ortodoxos existentes en todas las regiones, aun en las que obedeciesen a diversos señores. Su sistema ostensible se encontraba en el impuesto del templo de Jerusalén, pagado por la piedad de cada judío, en las escuelas religiosas y en los tribunales sacerdotales. Finalmente, tenía por cabeza el gran consistorio hierosolimitano, constituido desde los primeros tiempos de los macabeos y comparable, en cuanto a su competencia, al colegio de los pontífices de Roma.

LOS SADUCEOS. LOS NABATEOS

Contra la ortodoxia, que iba petrificándose todos los días en la nulidad de su pensamiento teológico y de su penoso ceremonial, se alzó la oposición de los

saduceos. Estos innovadores combatían el fariseísmo desde el punto de vista del dogma: no querían obedecer más que a los libros sagrados y solo concedían autoridad, pero no canonicidad, a los poderes de los escribas doctores, los dueños de la tradición canónica, según los fariseos^[2]. Se combatían en el terreno político cuando en lugar de la esperanza fatalista en el brazo fuerte y seguro del dios Sabaot, invitaban al pueblo a servirse de las armas de este mundo, a fortificar en el interior y en el exterior el reino de David gloriosamente restaurado por los macabeos. Pero los ortodoxos tenían su punto de apoyo en el sacerdocio y en las masas, y luchaban contra los malvados herejes con ese odio irreconciliable, absoluto, propio de los devotos que caminan a la conquista de los bienes de este mundo. Los hombres de la ciencia nueva preferían por el contrario la inteligencia, y se habían modificado por el contacto con el helenismo. Se apoyaban en el ejército, en el que servían en gran número los psidios y los cilicios, y en los reyes de Judea, hombres hábiles que hacían frente al poder espiritual, como mil años después lo harían los *Hohenstauffen* contra el pontificado. Gannai había puesto su mano fuerte sobre los sacerdotes; pero después de él, durante el reinado de sus dos hijos (año 685 y sigs.), estalló una guerra civil y fratricida en la que los fariseos, ligados contra el enérgico Aristóbulo, se esforzaron en conseguir su objeto a nombre del piadoso e indolente Hircan II. Esta cuestión acabó con el engrandecimiento de Judea, y proporcionó además a los extranjeros una ocasión para intervenir y para apoderarse de la supremacía en la Siria meridional. Los nabateos fueron los primeros que aparecieron. Con frecuencia se confunde a este pueblo notable con los árabes nómadas, sus vecinos al este; pero pertenecían a la rama aramea más que a los descendientes directos de Ismael. La tribu aramea, como la llaman los orientales, o la tribu siria de los nabateos, debió tener en la región de Babilonia su patria primitiva, y en tiempos remotos debió enviar con un objeto comercial una colonia al extremo norte del golfo arábigo. Allí, en la península del Sinaí, entre los golfos de Suez y de Aila, y en el país de Petra, fue donde creció la nación nueva. Ellos eran los que hacían el comercio entre el Mediterráneo y la India. La gran vía de sus caravanas, que iba desde Gaza hasta la desembocadura del Éufrates en el golfo Pérsico, pasaba por Petra, su capital. Los espléndidos palacios y los vastos hipogeos, más que una tradición casi olvidada, todavía en nuestros días atestiguan la grandeza de una civilización antiquísima. Según la costumbre de todo partido sacerdotal, el fariseo no creyó comprar muy cara su victoria a costa de la independencia y de la integridad de la patria. Así fue que llamó en su auxilio contra Aristóbulo a Aretas, rey nabateo, y que le prometió la restitución de todos los países que Jannai le había arrebatado. Aretas se dirigió inmediatamente hacia Judea con un ejército de cincuenta mil hombres, y, reforzado después por el contingente de los filisteos, llegó a sitiar a Aristóbulo en Jerusalén.

LAS CIUDADES SIRIAS

Mientras la violencia y la discordia reinaban de uno a otro extremo de Siria, no podían dejar de sufrir las grandes ciudades como Antioquía, Seleucia y Damasco, cuyos habitantes veían paralizado su comercio tanto por mar como por tierra. Las gentes de Biblos y de Berito (Beirut) no podían defender sus campos ni sus buques de los itireos, quienes desde lo alto de los castillos en la montaña, o desde las escarpadas costas, sembraban a lo lejos el espanto. Por último, los de Damasco se entregaban a los reyes nabateos o judíos para librarse de las incursiones de los itireos y de Tolomeo, hijo de Menneo. En Antioquía, Sampsiceramo y Aziz se mezclaban en las cuestiones intestinas del pueblo; y faltó poco para que la gran ciudad griega viniese a ser residencia de un emir árabe. La situación recuerda los tristes interregnos de la Edad Media en Alemania, cuando Nuremberg y Ausburgo, al no tener el derecho ni la justicia del rey de los romanos para que las protegiesen, se abrigaban, aisladas, detrás de sus murallas. Los comerciantes de las ciudades de Siria esperaban con impaciencia un brazo fuerte que les devolviese la paz y la seguridad del comercio.

ÚLTIMOS SELÉUCIDAS

Esto no sucedía por falta de reyes legítimos, pues había dos o tres por lo menos. Lúculo había instalado en Comagena, en el extremo septentrional de Siria, a un Seléucida llamado Antíoco. Además, después de la partida de los armenios, Antíoco el Asiático, cuyas pretensiones al trono habían sido admitidas tanto por Lúculo como por el Senado, entró un día en Antioquía e hizo que lo proclamasen rey. Pero he aquí que de repente surgió un tercer candidato llamado Filipo, de la casa de Seleuco. La población de la capital, tan variable y caprichosa como los alejandrinos, formó un partido en pro y otro en contra, y al mismo tiempo los emires vecinos se mezclaron en esta cuestión de familia, herencia perpetua del trono de Seleuco. ¿Podía haber a los ojos de los súbditos en la legitimidad del príncipe otra cosa que burla o disgusto? Los llamados reyes de derecho eran menos poderosos en el país que los pequeños príncipes y los jefes de bandidos.

ANEXIÓN DE LA SIRIA. PACIFICACIÓN MILITAR DE ESTA REGIÓN

Para poner orden en este caos no se necesitaban ni las concepciones del genio, ni desplegar un gran poder: bastaba ver claro en los intereses de Roma y de sus

súbditos, y, presentándose por sí mismas las instituciones necesarias, ponerlas en vigor y mantenerlas con todas sus consecuencias. Durante bastante tiempo el Senado había prostituido su política al servicio de la legitimidad: en la actualidad, el general elevado al poder por la oposición debía inspirarse con ideas diferentes de la idea dinástica. Solo había que hacer una cosa: impedir que el reino de Siria, en medio de las luchas de los pretendientes y de las codicias de sus vecinos, se sustrajese un día a la clientela de la República. La marcha estaba trazada para enviar allí a un sátrapa italiano, que recogiese con mano enérgica las riendas que los príncipes de la casa reinante habían dejado caer por sus propias faltas, antes que por las calamidades de los tiempos. Pompeyo no vaciló un momento. Antíoco el Asiático le había escrito pidiendo que lo reconociese a título de dinasta hereditario. He aquí la respuesta de Pompeyo: «Jamás repondré yo sobre el trono a un rey que no sabe ni reinar ni defender su reino, aunque sus súbditos llegasen a reclamarlo, y mucho menos cuando sus votos le son decididamente contrarios». Esta carta del procónsul romano significaba el licenciamiento definitivo de la casa de los Seléucidas, a la que había pertenecido la corona por espacio de doscientos cincuenta años. Al poco tiempo Antíoco perdió la vida en una emboscada tendida por Sampsiceramo, de quien él no era más que un cliente en Antioquía. Después de él, la historia no vuelve a hablar de estas sombras de reyes, ni de sus pretensiones. Mas para introducir en Siria el nuevo gobierno de la República y para reorganizar asuntos tan embrollados, era necesario ir a la cabeza de un ejército y asustar o abatir con ayuda de las legiones a todos aquellos perturbadores de la paz pública, que aumentaban por todas partes gracias a una anarquía de cuatro años. Ya durante las campañas del Ponto y del Cáucaso, Pompeyo había dirigido sus miradas a aquella parte y enviado a su lugarteniente con un cuerpo de ejército a donde se necesitaba. En el año 689 había marchado hacia el Tigris Aulo Gabinio, el tribuno del pueblo que había propuesto que se mandase a Pompeyo a Oriente; y después, atravesando la Mesopotamia, había entrado en Siria para terminar las diferencias entre los judíos. Lelio y Metelo habían ocupado a su vez Damasco, que estaba amenazada por el enemigo. Al poco tiempo apareció en Judea otro lugarteniente de Pompeyo, Marco Escauro; la discordia había reproducido allí el incendio que solo su presencia bastó para extinguir. Mientras Pompeyo guerreaba en el Cáucaso, Lucio Afranio, comandante del cuerpo de Armenia, se había trasladado de la Gordiana (el Kurdistán septentrional) a la alta Mesopotamia. Con el apoyo de los griegos emigrados en Carras, que le prestaron una gran ayuda, pudo felizmente atravesar el desierto y sus peligros, y someter a los árabes de la Osroena. Finalmente, en los últimos días del año 690^[3], Pompeyo apareció entre los sirios y permaneció allí hasta el estío del año siguiente decidiendo todas las cuestiones, obrando por autoridad propia y arreglando los intereses presentes y futuros. Se había verificado allí una restauración completa del estado de cosas del tiempo del poder floreciente de

los Seléucidas: desaparecieron por completo las usurpaciones, los jefes de bandidos con sus fortalezas tuvieron que capitular, los jeques árabes volvieron a entrar en el desierto, y cada ciudad obtuvo en particular arreglos definitivos.

DERROTA DE LOS JEFES DE BANDIDOS NEGOCIACIONES Y COMBATES CON LOS JUDÍOS

Las legiones estaban dispuestas a hacer cumplir las severas disposiciones del general en jefe, y fue necesario que interviniesen muchas veces contra los atrevidos bandidos de caballería. Sila, el tiranuelo de Lisias, Dionisio de Trípoli, y Ciniras de Biblos fueron hechos prisioneros en sus castillos y condenados a muerte. Los castillos de los itireos en la montaña y en la costa fueron arrasados; Tolomeo, hijo de Menneo, compró su libertad y sus dominios mediante el pago de mil talentos. En las demás partes se ejecutaron sin resistencia las órdenes del nuevo jefe. Solo los judíos vacilaron. Según se dice, los mediadores que Pompeyo había mandado adelante, Gabinio y Escauro, corrompidos a fuerza de oro, habían dado ambos la razón a Aristóbulo en su querrela con Hircan, su hermano. Obligado por ellos a levantar el sitio de Jerusalén, el nabateo Aretas había vuelto a tomar el camino de sus Estados; pero, luego de perseguirlo, Aristóbulo lo derrotó completamente. Sin embargo, al llegar a Siria Pompeyo anuló los arreglos de sus lugartenientes, prescribió a los judíos el restablecimiento de la antigua constitución teocrática, tal como el Senado la había reconocido en el año 593 (volumen III, libro cuarto, pág. 67), y decretó la abolición del principado y el abandono de todas las conquistas de los hasmoneos. Los fariseos lo habían conseguido todo. Doscientos de ellos habían ido al encuentro del general, y habían reclamado y obtenido la supresión de los reyes, sin ventajas para la nación, pero sí para Roma. Naturalmente, cuando la República volvía a imponer en Siria el régimen del tiempo de los Seléucidas, no debía tolerar en el interior del reino la existencia de un poder conquistador, tal como lo había constituido Jannai. Aristóbulo se preguntaba qué sería mejor, si someterse a la inevitable suerte o luchar hasta el fin con las armas en la mano. A veces parecía dispuesto a ceder a Pompeyo; otras, por el contrario, llamaba al partido nacional a la guerra contra los romanos. Por último, cuando las legiones estaban acampando delante de las puertas de la ciudad, verificó su sumisión. Ahora bien, el ejército judío contaba en sus filas con un gran número de soldados fanáticos y decididos que se negaron a obedecer a su rey cautivo. Jerusalén se rindió; pero durante tres meses los exaltados estuvieron defendiendo la escarpada roca del templo y desafiando la muerte con su obstinación. Por último, mientras los sitiados festejaban con el reposo el sábado, los sitiadores dieron el asalto y, dueños del santuario, hicieron caer bajo el golpe del hacha de los lictores las cabezas de

todos aquellos defensores de la plaza, a quienes hasta entonces había perdonado la espada en aquella desesperada lucha. Así concluyó la resistencia nacional en los países nuevamente anexionados al Imperio de Roma.

NUEVA SITUACIÓN DE ROMA EN ORIENTE. GUERRA CONTRA LOS NABATEOS

Pompeyo había acabado la obra comenzada por Lúculo: la anexión de los Estados nominalmente independientes, Bitinia, Ponto y Siria, acababa la transformación del sistema impotente de las clientelas políticas, reconocido como necesario desde hacía más de cien años. En adelante, Roma iba a ejercer la soberanía inmediata sobre los grandes territorios que de ella dependían, y esta revolución se consumaba exactamente en la hora en que, con el Senado abatido, el partido heredero de los Gracos había puesto la mano sobre el timón. La República adquiría en Oriente nuevas fronteras, nuevos vecinos, nuevas amistades y enemistades. El reino de Armenia y los principados del Cáucaso entraban a su vez en el territorio inmediato de Roma; y, más lejos, igualmente sufría la clientela de Italia el reino del Bósforo cimeriano, resto insignificante de las vastas conquistas de Mitrídates Eupator, regido hoy por Farnaces, su hijo y su asesino. Solo la ciudad de Fanagoria, cuyo comandante Castor había sido el primero en dar la señal de la insurrección contra el rey del Ponto, permaneció independiente. Respecto de los nabateos, la victoria había sido menos decisiva. Obedeciendo las instrucciones de los romanos, Aretas, su rey, había evacuado el territorio judío; pero quedó en su poder Damasco, y ningún soldado de la República había entrado todavía en territorio nabateo. Ya fuese que también por este lado Pompeyo alimentase un pensamiento de conquista, o que quisiese mostrar a este nuevo vecino colocado en la región arábiga que en adelante las águilas romanas dominaban la región del Oronte y del Jordán, y que habían pasado ya los tiempos en que todo el mundo podía impunemente talar la Siria como una tierra sin dueño, dirigió una expedición sobre Petra en el año 691. Pero durante la marcha se insurreccionaron los judíos; dejó entonces el mando de la expedición a Marco Escauro, quien lo sucedió en la empresa intentada contra la ciudad nabatea, perdida en el fondo de los desiertos^[4]. Muy pronto, este se vio a su vez obligado a volver atrás sin haber hecho nada, contentándose con pelear en el desierto a la orilla izquierda del Jordán, donde tenía el apoyo de los judíos. Sus triunfos no tuvieron tampoco ninguna importancia. Por último, Antipater, el Idumeo, hábil ministro de Judea, supo persuadir a Aretas de que comprase al legado romano a fuerza de oro para que le dejase la posesión de todas sus conquistas, incluso Damasco. Así se concluyó la paz: las medallas de Escauro representan al rey nabateo con un camello

de la brida y ofreciendo de rodillas la rama de olivo al general romano.

LUCHA CON LOS PARTOS

Si la ocupación de Siria le creaba a la República tantas relaciones nuevas con innumerables pueblos, armenios, iberos, nabateos, etc., le creaba también una vecindad más seria, la del reino de los partos. La diplomacia romana se había mostrado benévola con Fraates cuando los Estados pónico y armenio estaban aún en pie y eran poderosos; Lúculo y aun el mismo Pompeyo habían reconocido sin dificultad a este rey la indisputable posesión del país más allá del Éufrates. Con todo, Roma no dejaba de ser una amenaza para los Arsácidas. En vano Fraates procuraba olvidar sus faltas, pues oía constantemente resonar a su oído estas palabras proféticas de Mitrídates: la alianza del parto con los occidentales, preparando la ruina de los imperios y de los pueblos de su raza, prepara también la suya. Los romanos y los partos unidos habían abatido la Armenia; pero, una vez que se había conseguido esto, Roma, fiel a su antigua política, iba a cambiar de conducta y a favorecer al enemigo humillado, a expensas de su poderoso cómplice. Así se explican las extrañas deferencias de Pompeyo hacia el viejo Tigranes. Por el contrario, su hijo, el adicto y el yerno del rey de los partos, fue el pretexto de una injuria directa. Por orden del procónsul fue detenido con todos los suyos, y no se lo puso en libertad aun cuando Fraates interpuso su valimiento cerca del general, que era su amigo, a favor de su propia hija y del esposo de esta. Esto no es todo: Fraates, lo mismo que Tigranes, tenían sus pretensiones sobre la Gordiana. Ante esto, Pompeyo la mandó ocupar por los soldados romanos en interés de Tigranes, expulsó del país a los partos que se hallaban allí establecidos, y los persiguió hasta Arbelas, en la Adiabena, sin prestar oídos a las observaciones de la corte de Ctesifon. Pero lo más grave era que parecía que no querían respetar la línea del Éufrates, reconocida por los tratados. Para ir de Armenia a Siria, las legiones romanas atravesaban todos los días la Mesopotamia. Abgar, el emir árabe de la Osroena, fue recibido entre los clientes de Roma con ventajosas condiciones, y la plaza de Orusos, en la alta Mesopotamia, entre Nisibis y el Tigris, y aproximadamente a unas cincuenta millas (alemanas) al este de los vados del Éufrates en Comagena, fue proclamada límite oriental del imperio de la República. En realidad este era el límite del imperio inmediato, porque los romanos habían dado a la Armenia, con la Gordiana, la parte mayor y más fértil de la Mesopotamia septentrional. Así pues, ya no es el Éufrates, sino el gran desierto siromesopotamio el que separa a los romanos de los partos, y esto quizá solo por algún tiempo. A los embajadores de estos últimos, que vinieron a exigir la observancia del tratado de fronteras, tratado puramente verbal, Pompeyo respondió

con un equívoco: «El Imperio de Roma se extiende hasta donde su derecho». El comentario de esta respuesta se halló bien pronto en el incalificable modo de obrar del procónsul respecto de los sátrapas de Media y de la más lejana provincia de Elimais (en el actual Luristán)^[5]. Los gobernadores de esta última región montañosa, belicosa y lejana, siempre habían tendido a hacerse independientes del gran rey; por tanto, al recibir el homenaje que le ofrecía ahora el dinasta local, Pompeyo cometía una ofensa injustificada y amenazadora. Otro síntoma no menos grave era que los romanos, que hasta entonces no habían negado al monarca de los partos su título oficial de «rey de los reyes», no lo llamasen hoy más que rey. También en esto, la amenaza para el porvenir era mayor que la herida que se había inferido a la etiqueta. Parecía que Roma, heredera de los Seléucidas, quería aprovechar la ocasión favorable para volver a los antiguos tiempos en que el Turán y el Irán habían obedecido las órdenes de Antíoco, a los tiempos en que aún no había nacido el Imperio parto, o no era más que una simple satrapía. Por consiguiente, a la corte de Ctesifon no le faltaban motivos para comenzar la guerra, que pareció que iba a declarar contra Roma, cuando el rey parto la declaró a la Armenia en el año 690 por una cuestión de fronteras. Pero a Fraates le faltó el valor, y al ver al tan temido general acampado a dos pasos de su reino, y a la cabeza de un poderoso ejército, retrocedió ante una ruptura abierta. Pompeyo envió entonces a sus comisionados para arreglar amistosamente las diferencias entre la Partia y la Armenia. Fraates se resignó y sufrió el forzoso arbitraje de Roma, cuya sentencia restituyó la Gordiana y la Mesopotamia del Norte a la Armenia. Al poco tiempo de esto, su hija, con su hijo y su esposo, adornaban el triunfo del *imperator* romano. También los partos temblaban ante el gran poder de Roma, y si a diferencia de los pónticos y de los armenios no les había hecho sentir el peso de sus armas, es porque ellos no se habían atrevido a descender a la arena.

ORGANIZACIÓN DE LAS PROVINCIAS

Al procónsul le faltaba arreglar los asuntos interiores del país nuevamente conquistado por la República, y borrar, si era posible, las huellas de una desastrosa guerra de trece años. Le tocó también a Pompeyo la honra de acabar la obra de organización comenzada por Lúculo y por la comisión que le había agregado el Senado, y bosquejada en Creta por Metelo. Abrazando antes la de Asia, la Misia, Lidia, Caria y Licia, se convertía de provincia fronteriza en simple provincia interior, y se creaba la nueva provincia de Bitinia y Ponto, formada por todo el antiguo Imperio de Nicomedes y por la mitad occidental del antiguo Estado pónico, hasta el Alix y aún más allá. La de Cilicia, que era más antigua, fue aumentada en relación

con su título; después de su reorganización abrazaba la Panfilia y la Isauria. Por último venían las provincias de Siria y de Creta. Esto no quiere decir, en lo más mínimo, que estas inmensas conquistas pudiesen ser consideradas como posesiones territoriales en el actual sentido de la palabra. La administración, en su conjunto y en su forma, continuó siendo lo que era antes, poco más o menos: la República se contentó con ocupar el lugar del antiguo monarca. Después, como antes, los países de Asia compusieron un conjunto abigarrado de distritos fiscales, de territorios de ciudades autónomas de hecho y de derecho, de principados y de reinos laicos o sacerdotales, más o menos dueños del gobierno local interior. Todos estaban también colocados en condiciones más o menos dulces o severas, dependiendo de Roma y de sus procónsules, como antes lo habían estado del gran rey y de sus sátrapas.

REYES VASALLOS: DE CAPADOCIA, DE COMAGENA

En el primer rango de los dinastas vasallos se encontraba, al menos por su título, el rey de Capadocia. Lúculo había redondeado sus Estados dándole la investidura del país de Mitelene hasta el Éufrates. Después de Lúculo, Pompeyo anexionó a la Capadocia cierto número de distritos cilicios por la frontera del oeste, desde Cartabala hasta Derbe, no lejos de Iconion. Por el oriente unió toda la Sofena, situada en la orilla izquierda del Éufrates, frente a la Mitelene, y destinada antes al príncipe de Armenia, Tigranes el Joven. Estos arreglos ponían en manos del rey vasallo los pasos más importantes del Éufrates. En cuanto al pequeño país de Comagena, entre Siria y Capadocia, permaneció en manos del Seléucida Antíoco, del que ya hemos hecho mención anteriormente^[6]. Se unió a su reino la importante plaza de Seleucia (cerca de Biradgik), que dominaba también más al sur los pasos del Éufrates y los distritos inmediatos sobre la orilla izquierda. De este modo, el río, sus vados principales y bastantes territorios al este del valle habían caído en manos de dos dinastas absolutamente dependientes.

GALACIA

En Asia Menor también tenía el favor de Roma un nuevo monarca, Deyotaro, vecino de los reyes de Capadocia y Comagena, pero más poderoso que ellos. Tetrarca del pueblo galo de los tolistoboyos, establecidos cerca de Pesinunte, llamado por Lúculo y después por Pompeyo para que marchase detrás de las legiones con los demás clientes de Roma, Deyotaro se había distinguido en las guerras por su fidelidad y su valor, a diferencia de los afeminados soldados de Oriente. En consecuencia, los

generales romanos habían agregado a su patrimonio de Galacia y a sus dominios en la rica región situada entre Amisos y la desembocadura del Halis, por un lado la mitad oriental del reino del Ponto, incluidas las ciudades de Farnacia y Trapezus, y por otro la Armenia pónica, hasta los confines de la Cólquida y de la Gran Armenia. Una vez hecho rey de la Armenia Menor, se extendió aún más y se apoderó del país de los trocmos y de Galacia, de la que había arrojado a la mayor parte de sus tetrarcas. El insignificante vasallo de otros tiempos era hoy uno de los más poderosos monarcas de Oriente, y Roma podía confiarle con toda seguridad la custodia de sus fronteras por esta región.

PRÍNCIPES Y SEÑORES. PRÍNCIPES SACERDOTES

Venían después los vasallos menores, tales como los numerosos tetrarcas de Galacia. Uno de ellos, Bogodiotaro, príncipe trocmo, aliado fuerte y activo de los romanos en la guerra contra Mitrídates, había recibido de Pompeyo la ciudad antes fronteriza de Mitridation. Lo seguían Atalo, príncipe de Paflagonia, que había colocado su casa sobre el antiguo trono de los Pileménides; Aristarco y algunos pequeños dinastas de la Cólquida; Tarcondimotos, que dominaba en los desfiladeros del Amanus en Cilicia; Tolomeo, hijo de Menneo, siempre dueño de Calcis en el Líbano, y el rey nabateo Aretas, dueño de Damasco. Por último, estaban los emires árabes en los países de ambos lados del Éufrates: Abgar en la Osroena, a quien los romanos se esforzaban por todos los medios para atraerlo a sus intereses a fin de convertirlo en un centinela avanzado contra los partos; Sampsiceramo en Hemesa, y Alcaudonios el Rambeano, también emir en Bostra. Mencionemos, además, a los jefes espirituales a quienes los pueblos y países en Oriente obedecían con frecuencia como a potentados temporales. En esta tierra prometida del fanatismo, los romanos se guardaron muy bien de tocar su arraigada autoridad, como se guardaron también de tocar los tesoros de los templos. Algunos de ellos eran el gran sacerdote de la diosa Madre en Pesinunte y los dos grandes sacerdotes de la diosa Má en la Comana capadocia (sobre el alto Saros), y en la ciudad pónica de Comana. En el lugar de su residencia, estos jefes solo cedían al rey en poder. Incluso se cuenta que, en tiempos posteriores, cada uno de ellos poseía grandes dominios con derechos de justicia y seis mil esclavos. Pompeyo dio el gran sacerdocio de la ciudad pónica a Arquelaos, hijo del general del mismo nombre que, luego de huir de Mitrídates, se había unido hacía tiempo a los romanos. En el distrito capadocio de la Morimena (sobre el Halis), particularmente en Venasa, se encontraba también el gran pontífice de Júpiter, cuyas rentas ascendían a quince talentos anuales. No olvidemos al «arcipreste y señor» de la Cilicia traquea, donde Teucros, hijo de Ajax, había edificado a Júpiter un templo, cuyo sacerdocio

habían conservado hereditariamente sus descendientes; pero tampoco al «arcipreste y señor del pueblo de los judíos». A él, después de haber arrasado los muros de su ciudad, los castillos reales y los castillos tesoros del país, Pompeyo le había dado el poder sobre su nación, pero con la severa advertencia de permanecer en paz y abstenerse de toda tentativa conquistadora.

LAS CIUDADES. SE FAVORECE EL PROGRESO DE LAS CIUDADES LIBRES

Al lado de los dinastas temporales y espirituales, había también ciudades asiáticas asociadas a veces en grandes federaciones, y disfrutando de una independencia relativa. Citemos la liga de las veintitrés ciudades licias, liga bien ordenada y que se mantuvo constantemente extraña a la piratería. Respecto de las demás ciudades aisladas, de las que había muchas, en cuanto obtuvieron sus cartas de franquicia cayeron directamente bajo la mano de los pretores y legados italianos. Los romanos no desconocían que al convertirse en los representantes del helenismo en Oriente, y al tomar a su cargo la misión de hacer respetar y de extender los límites del Imperio de Alejandro, su primer deber era favorecer el progreso de las ciudades. En efecto, estos fueron por todas partes los agentes y órganos natos de la civilización; pero en Asia, y más particularmente en las regiones donde se manifestaba en toda su fuerza el antagonismo entre los orientales y los occidentales, la sociedad fundada sobre la base de la ciudad helenoitaliana era el más enérgico adversario de la jerarquía feudal, militar y despótica de los países del este. Por poco que Lúculo y Pompeyo hubiesen pensado en nivelar todo el Oriente, o por inclinado que fuese este último general a censurar en las cuestiones de detalle, o a variar los arreglos de su predecesor, ambos tenían este pensamiento: era necesario a toda costa mostrarse favorable a las ciudades de Asia Menor y de Siria. Cicica, ilustrada por su enérgica defensa durante la última guerra, el escollo donde se había estrellado el primer esfuerzo de Mitrídates; Cicica, repito, había recibido de Lúculo una considerable extensión de territorio. La Heráclea pónica, que también se había resistido enérgicamente, aunque a los romanos, había visto que le restituían su puerto y sus tierras; y el Senado había censurado severamente el bárbaro tratamiento inferido por Cotta a sus desgraciados habitantes. Lúculo se había quejado sinceramente de que la suerte no le hubiese permitido preservar Sinope y Misos de las devastaciones de la soldadesca pónica y de las cometidas por sus mismas guarniciones; pero por lo menos hizo todo lo posible para reparar el mal: ensanchó sus territorios, los repobló con nuevos emigrantes de raza griega y con los antiguos habitantes, que a instancia suya volvieron en tropel a sus amados hogares, y veló por la reconstrucción de los edificios destruidos. El mismo

espíritu guió a Pompeyo, quien pudo obrar en una escala más amplia. Vencedor de los piratas, en lugar de condenar a morir en cruz a sus veinte mil cautivos, como habían hecho sus predecesores, los estableció en las ciudades despobladas de la Cilicia llana, en Malos, Adana, Epifanía, y en Soli sobre todo, que desde entonces tomó el nombre de Pompeyópolis. También envió algunos a Dimea, en Acaya, y hasta a Tarento. Establecer a los piratas como colonos era objeto de censura a los ojos de un gran número de romanos^[7], pues parecía que los ladrones eran recompensados por sus crímenes. Reflexionando un poco, sin embargo, se justifica con buenas razones políticas y morales la conducta de Pompeyo. En las condiciones sociales de aquel tiempo, la piratería no era lo mismo que el bandolerismo ordinario, y convenía aplicar a los cautivos las leyes menos acerbadas del derecho de la guerra. Hemos dicho en otra parte que el Ponto casi no tenía ciudades; un siglo más tarde, tampoco se encontraban en la mayor parte de los distritos de Capadocia. Solo algunos castillos, colocados en lo alto de las montañas, servían de abrigo en tiempo de guerra a los agricultores de la llanura; y puede afirmarse que sucedía exactamente lo mismo en toda el Asia Menor oriental, excepto en las pocas colonias griegas diseminadas en la costa. En todas estas regiones, incluso en los establecimientos cilicios, Pompeyo fundó cerca de cuarenta ciudades nuevas, muchas de las cuales llegaron a adquirir un alto grado de prosperidad. Entre las más importantes en el antiguo Imperio pónico citemos a Nicópolis (la ciudad de la victoria), erigida en el sitio en que Mitrídates había sufrido su última y decisiva derrota (pág. 130), que fue el más bello y duradero de los trofeos del ilustre capitán. También debemos mencionar a Megalópolis, que tomó el nombre de su fundador y está situada en los confines de Capadocia y la pequeña Armenia (más tarde se llamó Sebastella y hoy Siwas); a Ziela, donde los romanos habían sufrido un descalabro, pues la población se había reunido alrededor de un templo de Anaitis con su gran sacerdote, y a la que Pompeyo dio una constitución y una carta de ciudad. Otras ciudades son Dióspolis, antes Cabira y más tarde Neocesárea (hoy Niksar), también sobre un campo de batalla de las guerras pónicas; Magnópolis o Pompeyópolis, la antigua Eupatoria restaurada en la confluencia del Licus y del Iris, que había sido construida por Mitrídates, y después arrasada a causa de su defección; y Neópolis, antes Fazemon, entre Amasea y el Halis. En su mayor parte estas ciudades no recibieron colonos procedentes de afuera; no se hizo más que destruir las aldeas de los alrededores y reunir a sus habitantes en el nuevo recinto. Solo en Nicópolis Pompeyo dejó a sus inválidos y a los veteranos que prefirieron crearse allí una patria, a esperar su establecimiento prometido para más tarde en Italia. A una señal del poderoso procónsul se levantaron también en otros puntos nuevas ciudades, hogares de la civilización griega. Una tercera Pompeyópolis señaló en Paflagonia el lugar en que el ejército de Mitrídates había conseguido en el año 666 una gran victoria sobre los bitinios. En Capadocia, que había sufrido más que ninguna otra

región, se restablecieron y fueron erigidas en ciudades Mazaca y otras siete localidades. En Cilicia y en Celesiria surgieron otras veinte poblaciones, y en los distritos evacuados por los judíos, a la voz del procónsul salió de entre sus ruinas Gadara y fue fundada Seleucis. Todos estos establecimientos absorbieron necesariamente la mayor parte de las tierras disponibles del dominio público en Asia; pero en Creta, donde el procónsul no hizo nada, o hizo muy poco, se aumentaron considerablemente estos dominios. Al mismo tiempo que creaba ciudades nuevas, Pompeyo reorganizaba las antiguas y les daba mayor impulso. En todas partes destruyó los abusos inveterados y las usurpaciones: sus edictos, cuidadosamente redactados y especiales para cada provincia, arreglaron el sistema de las municipalidades. Además, dotó de nuevos privilegios a las ciudades principales. De este modo es como otorgó su autonomía a Antioquía, sobre el Oronte, que en realidad era la capital del Asia romana, y que estaba casi al nivel de la egipcia Alejandría o de la Seleucia del reino de los partos, esa Bagdad de los antiguos. También la recibieron la vecina de Antioquía, la Seleucia pierienna, que fue recompensada por su gran defensa contra Tigranes; Gaza y todas las ciudades arrancadas a la dominación judía; y por último Mitelene, en el Asia occidental y Fanagoria en el mar Negro.

RESULTADOS GENERALES

De este modo se completaba el edificio del Imperio Romano en Asia. Este, con sus reyes feudatarios y sus vasallos, con sus sacerdotes príncipes y toda la serie de sus ciudades libres o semiindependientes, hace recordar rasgo por rasgo al Sacro Imperio germánico. Por lo demás, no hay nada notable en esa construcción, desde el punto de vista de las dificultades vencidas o de la perfección del sistema; nada maravilloso, a pesar de todas las palabras altisonantes que los aristócratas prodigaron en Roma a Lúculo, y las masas, a Pompeyo. En cuanto a este último, hizo celebrar y celebró él mismo su gloria tanto, que, en realidad, se lo pudo creer más vano de lo que era en efecto. Cuando los mitelenos le erigían una estatua a él, el salvador y el segundo fundador de su ciudad, al héroe que por mar y tierra había dado fin a las guerras desencadenadas en el mundo, tal homenaje tributado al destructor de los piratas y al conquistador de los reinos orientales no pudo parecer excesivo. Pero los romanos fueron mucho más lejos que los griegos. Las inscripciones triunfales de Pompeyo enumeraban doce millones de hombres subyugados por él y 1538 ciudades y castillos conquistados (aquí reemplazaban la calidad con la cantidad); extendían el campo de sus victorias del mar Meótico al mar Caspio, y de este al mar Rojo, que ninguno de sus soldados había visto. Si no llegó a jactarse de ello, dejó creer a la muchedumbre que con la incorporación de Siria, hazaña igualmente sin peligro y sin gloria, el

Imperio de Roma abrazaba todo el Oriente hasta los confines de la Bactriana y de la India. Hasta este punto exageraban los relatos la extensión de sus conquistas. El servilismo democrático, rival de la adulación cortesana, no pudo hacer frente a estos groseros arrebatos del vértigo. No fueron bastante para él las pompas de un cortejo triunfal (los días 28 y 29 de septiembre del año 693), que recorría las calles de Roma el día en que «Pompeyo el Grande» cumplía los cuarenta y seis años, exponiendo al público las innumerables joyas, las insignias de la corona del Ponto y los hijos de los tres monarcas más poderosos de Asia: de Mitrídates, de Tigranes y de Fraates. El *imperator*, vencedor de veintidós reyes, recibió a su vez honores verdaderamente regios en recompensa de sus altos hechos: le fueron otorgadas vitaliciamente la corona de oro y las insignias de la magistratura suprema. Las medallas acuñadas con el nombre suyo representan el globo terrestre rodeado del triple laurel de los tres mundos, y encima está la misma corona de oro, votada por sus conciudadanos al héroe triunfador de las guerras de África, de España y de Asia. Homenajes pueriles, y que chocaban contra innumerables protestas. En las clases altas de Roma no dejaba de decirse que era a Lúculo a quien correspondía en justicia el honor de la conquista de Oriente; que Pompeyo solo había ido a Asia a suplantarle y a colocar sobre su frente laureles ya cogidos por otro. Por ambas partes había falsedad y exageración. Quien había ido a Asia a reemplazar a Lúculo era Glabrio y no Pompeyo. En cuanto a las conquistas del primero, por más que luchó con bravura, hay que confesar que todas estaban perdidas cuando Pompeyo se encargó del mando, y que Roma no poseía ni una pulgada de terreno en el Ponto. Más justa y fina era la burla de los ciudadanos de Roma, cuando al dirigirse al poderoso vencedor del mundo le daban los nombres de los grandes Estados conquistados por él; cuando lo saludaban con los títulos de «vencedor de Salem», emir árabe (Arabarches), o de «Sampsiceramo romano». Nosotros, que podemos juzgar sin prevención aquellas cosas, creemos que, sin haber sido héroes ni fundadores de imperios en sus campañas de Asia y en la organización de los países vencidos, Lúculo y Pompeyo se portaron como generales y políticos sagaces y enérgicos. Lúculo fue un buen capitán y tuvo confianza en sí mismo hasta rayar en la temeridad; Pompeyo desplegó un verdadero golpe de vista militar, y una moderación rara y prudente. Nunca hubo un general que teniendo en sus manos tales fuerzas, y una libertad de acción tan absoluta, haya mostrado tanta sabiduría. Por todas partes se le presentaban las más brillantes perspectivas, ya fuera que penetrase en el Bósforo cimeriano, o marchase hacia el mar Rojo. Se le ofrecía la ocasión de declarar la guerra a los partos; las provincias insurrectas de Egipto lo invitaban a arrojar del trono a Tolomeo, a quien Roma no había reconocido; y a través de este último acto podía poner completamente en ejecución el testamento de Alejandro de Macedonia. Sin embargo no fue a Panticapea, ni a Petra, ni a Ctesifon ni a Alejandría, ni quiso recoger más que los frutos colocados, en cierto modo, en sus

manos. Sus batallas por mar y tierra solo las empeñaba cuando tenía una gran superioridad sobre el enemigo. ¿Era acaso su moderación deferencia a las instrucciones procedentes de Roma, como él decía? ¿Obedecía a la prudente convicción de que era necesario fijar un límite a las conquistas de la República, puesta en peligro por su extensión ilimitada? De haber sido así, la historia lo hubiera glorificado por ello y colocado sobre los más hábiles capitanes. Pero conocemos al hombre, y su moderación no es para nosotros más que incertidumbre en las decisiones y falta de iniciativa. Cosa singular: en las circunstancias actuales, Roma sacó más ventajas de las faltas de su carácter que de las cualidades contrarias entre sus predecesores. Por lo demás, Lúculo y Pompeyo habían cometido graves faltas. Lúculo encontró el pronto castigo: sus imprudencias le hicieron perder todas las ventajas de sus victorias; en cuanto a Pompeyo, dejó caer sobre sus sucesores la pesada carga de su falsa política. Respecto de los partos, podía tomar dos partidos: o hacerles la guerra, si se encontraba con fuerzas necesarias para ello, o concluir la paz, proclamando como definitiva la frontera del Éufrates. Pero era demasiado pusilánime para llevar más lejos sus armas, y demasiado vanidoso para entrar en tratos, y entonces prefirió usar la perfidia. En efecto, cometió las más abusivas usurpaciones, y al hacer imposibles las relaciones amistosas que deseaba la corte de Ctesifon, en las que hubiera entrado con gusto, permitió al mismo tiempo al enemigo, a quien exasperaba, elegir a su gusto la hora de la ruptura y de las represalias. El proconsulado de Asia valió a Lúculo una fortuna de príncipe. A su vez Pompeyo, como premio por la nueva organización de las provincias, recibió gruesas sumas de dinero o créditos aún más considerables del rey de Capadocia, de la opulenta ciudad de Antioquía y de otros príncipes y ciudades.

Todo esto olía a exacciones; pero la exacción había pasado a ser un tributo usual, y, sin vender directamente su concurso en las cuestiones importantes, ambos generales hicieron que lo pagaran todos aquellos cuyo interés coincidía con el de Roma. En suma, teniendo en cuenta el estado social de aquel tiempo, su administración fue, en términos relativos, digna de elogios. En primer lugar tuvieron en cuenta el bien de la República; después, el de las provincias. Lo mismo para los señores que para los súbditos, era una gran fortuna la transformación de los países clientes en países sometidos, el mejor deslinde de las fronteras de Oriente, y el establecimiento en Asia de un gobierno que tuviese unidad y fuerza. En cuanto a Roma, sus rentas ganaron en una proporción incalculable. Los nuevos impuestos directos, pagados antes por todos los príncipes y sacerdotes, y por todas las ciudades, salvo las pocas que estaban libres de ellos, muy pronto doblaron las antiguas rentas de la República. En realidad, el Asia estaba muy agobiada. En dinero acuñado y en joyas, Pompeyo hizo ingresar en las arcas del Tesoro más de doscientos millones de sestercios, y distribuyó a sus oficiales y a sus soldados cerca de cuatrocientos

millones. Agréguese a estas cifras las enormes sumas sacadas por Lúculo, las exacciones no oficiales hechas por los legionarios y los perjuicios de la guerra, y podrá formarse una idea del estado financiero del país. Sin duda las contribuciones impuestas por la República sobre el Asia no agravaban los rigores fiscales de las administraciones locales anteriores en su cantidad o en la forma de recaudarlas. Sin embargo, tenían de desastroso para los territorios orientales el hecho de que su producto iba por completo al extranjero (de hecho solo volvía a Asia una porción insignificante), y la certeza de que el impuesto era siempre el robo organizado de los súbditos en beneficio de la ciudad soberana, tanto en las nuevas provincias como en las antiguas. No lo imputemos tanto a la falta de los generales, como a los partidos políticos de Roma con los que había forzosamente que contar. A Lúculo le costó caro el haber luchado vigorosamente contra los excesos usurarios de los capitalistas romanos; el odio de estos fue la causa principal de su caída. Lúculo y Pompeyo querían formalmente la restauración y la prosperidad de los países conquistados, como lo prueban sus esfuerzos con todos aquellos que no tenían las manos ligadas por las necesidades de partido. Así se ve en el asunto de la reorganización de las ciudades asiáticas, por ejemplo. Por más que durante muchos siglos las ruinas de tal o cual aldea traerán a la memoria los tiempos de la gran guerra, Sinope contará desde Lúculo su nueva era de resurrección y florecimiento; y, en el interior del Ponto, casi todas las ciudades importantes tributarán a Pompeyo, su fundador, un culto de reconocimiento. Con todos sus vicios y sus lagunas, la obra de Lúculo y de Pompeyo no deja de ser una obra laudable e inteligente; y, más allá de los males que fuesen anexos al régimen por ellos inaugurado, debió ser bienvenido para estos pueblos de Asia, tantas veces azotados, pues al menos les traía la paz interior y exterior que hacía tantos siglos venían pidiendo con gritos de dolor.

ORIENTE DESPUÉS DE LA PARTIDA DE POMPEYO

En efecto, en Oriente hubo paz hasta el día en que los señores de Roma, coaligados en triunvirato, volvieron a tomar con una energía mayor, aunque para su desgracia, el pensamiento tímidamente iniciado por Pompeyo de agregar los países de más allá del Éufrates a las fronteras del Imperio. Hubo paz hasta el día en que la guerra civil renació y arrastró a las provincias del este, como a todas las demás, en su fatal torbellino. En este intervalo la historia no puede relatar los continuos combates de los pretores de Cilicia con los montañeses del Amanus, ni los de los pretores de Siria con las hordas del desierto, ni las colisiones, no siempre afortunadas, de las tropas romanas con los beduinos. Pero, por el contrario, no puede dejar de hacer mención de la tenaz resistencia de la nación judía: unas veces es Alejandro, hijo del rey

desposeído Aristóbulo, y otras es este mismo rey, que no tardó en escapar de su prisión, quienes dan al procónsul Aulo Gabinio (de 697 a 700) asuntos que atender. Tres veces resucitaron la insurrección, y, sin el auxilio de Roma, el gran sacerdote Hircan, instituido por ella, hubiera sido impotente para sostenerse. No era simplemente una idea política la que impulsaba a los orientales a rebelarse contra el aguijón: más que esto, una repugnancia invencible les hacía resistir ese yugo antinatural. La última y más peligrosa de estas insurrecciones estalló en el momento mismo en que el ejército de ocupación abandonaba la Siria con motivo de la crisis de Egipto, y comenzó con el asesinato de todos los romanos residentes en la Palestina. Costó mil trabajos al procónsul salvar a los pocos italianos que pudieron escapar a la muerte, y que se habían refugiado en el monte Garizin, donde los tenían bloqueados los insurrectos. Para reducirlos, tuvo que librar sangrientos combates y sitiar muchas ciudades. Después de este acontecimiento, la monarquía sacerdotal fue suprimida; y la Judea fue dividida, tal como lo había sido antes Macedonia, en cinco circunscripciones independientes, cada una gobernada por un consejo soberano elegido entre la aristocracia local. Samaria y las demás capitales destruidas tiempo atrás por los judíos volvieron a levantarse y sirvieron de contrapeso a Jerusalén, a la que se le impuso, por último, un pesado tributo semejante al que pagaban los demás súbditos de Siria.

EGIPTO. INCORPORACIÓN DE CHIPRE

Echemos una ojeada a Egipto y a la isla de Chipre, su anexo, y la última de las grandes conquistas de los Lágidas que aún no habían perdido. De todo el Oriente helénico, solo Egipto había conservado su independencia, nominalmente al menos. Así como en otro tiempo los persas no visitaron el Egipto sino hasta última hora, cuando ya ocupaban toda la región oriental del Mediterráneo, así también los poderosos conquistadores occidentales de Oriente no se dieron prisa para incorporar a su Imperio esta fecunda tierra que no se parece a ninguna otra. Ya en otro lugar hemos indicado la razón de esto. No es porque hubiese que temer una resistencia cualquiera, ni porque hubiesen faltado motivos u ocasión para ello. Egipto era tan débil como Siria. Ya en el año 663 había tocado a Roma por derecho hereditario. En la corte, los guardias del rey eran dueños absolutos: hacían y deshacían ministros a su antojo, y muchas veces hasta disponían de la corona; se apoderaban de todo lo que les agradaba y tenían al monarca sitiado en su palacio cuando les negaba un aumento de sueldo. Detestados en el país, o mejor dicho, en Alejandría, porque el país significaba poco con su población de siervos de la gleba, tenían contra sí a todo un partido que deseaba la incorporación de Egipto a la dominación romana, y trabajaba por

conseguirlo. Pero si los reyes egipcios no podían pensar en una lucha armada contra la República, en cambio el oro que derramaban a manos llenas los protegía de la amenaza de una anexión. Ya sabemos que bajo el régimen de descentralización comunista y despótica que prevalecía en Egipto, las rentas de la corona de Alejandría casi igualaban a las del fisco romano, aun después de las donaciones con que recientemente lo había enriquecido Pompeyo. Por otra parte, los celos de la oligarquía romana siempre se habían sublevado con solo el pensamiento de confiar a un solo ciudadano una misión de conquista o de administración de las orillas del Nilo. Por lo tanto, los dueños de hecho de Egipto y de Chipre habían conseguido conservar la corona que vacilaba sobre sus cabezas a fuerza de corromper a los miembros influyentes del Senado, y el Senado entonces les había dado el título de reyes a fuerza de dinero. Aún estaban lejos del fin. Para satisfacer el derecho público hubiera sido necesario un voto formal del pueblo; pero como hasta entonces permanecían a merced del capricho del primer agitador democrático que se presentase, los Tolomeos habían necesitado también librar a este partido batallas de corrupción, que como era más poderoso, se vendía a un precio más alto. El éxito no fue el mismo para ambos países. En el año 696 el pueblo ordenó, o mejor dicho, los jefes de la democracia romana dispusieron la incorporación de la isla de Chipre, tomando por pretexto los auxilios prestados por sus habitantes a la piratería. Marco Catón fue encargado por sus adversarios políticos de la ejecución del plebiscito, y desembarcó en la isla sin ejército; no lo necesitaba, por cierto. El rey se envenenó, los habitantes se sometieron a su inevitable suerte sin hacer la más leve resistencia y fueron colocados bajo la autoridad del pretor de Cilicia. Al mismo tiempo, la República se apoderó de un inmenso tesoro de siete mil talentos, sobre los que el avaro monarca no había querido poner mano para distribuir un poco de aquel metal corruptor, cosa que seguramente lo hubiera salvado. De esta forma, su oro vino perfectamente a las entonces cajas vacías del *Erarium*.

**TOLOMEO ES RECONOCIDO EN EGIPTO, ARROJADO DESPUÉS POR
SUS SÚBDITOS
Y RESTABLECIDO POR GABINIO. GUARNICIÓN ROMANA EN
ALEJANDRÍA**

Más feliz fue su hermano, el monarca de Egipto. Obtuvo un plebiscito, que pagó con seis mil talentos a los nuevos señores que dominaban en Roma, y el reconocimiento de su título (año 695). Pero el pueblo, mal dispuesto desde hacía muchos años contra este «buen flautista (Auletes) y mal rey», exasperado por otra parte a consecuencia de la pérdida de Chipre, y agobiado por los impuestos siempre en aumento e

insoportables después de la transacción hecha con Roma (año 696), lo arrojó del trono. Tolomeo volvió la vista hacia quienes le habían vendido sus derechos, como en el caso de evicción. Estos, llenos de escrúpulos, consideraron que era cuestión de probidad comercial el restituir al rey en su trono; pero no estuvieron de acuerdo cuando se trató de la elección del mandatario. En efecto, ¿a quién dar el mando importante de un ejército de ocupación en Egipto y el magnífico regalo que el rey destinaba a su salvador? No pudo arreglarse el asunto hasta las conferencias de Luca y la consolidación del triunvirato, y después de la promesa hecha por Tolomeo de ingresar en el Tesoro diez mil talentos. Inmediatamente el procónsul de Siria, Aulo Gabinio, recibió la orden de los triunviros de hacer lo necesario para reinstalarlo en sus Estados. Pero en este intervalo el pueblo alejandrino había coronado a Berenica, hija mayor del rey expulsado, que se había casado con uno de los príncipes sacerdotales del Asia romana, con Arquelao, gran sacerdote de Má, en Comana. Para ir a sentarse en el trono de los Lágidas, este había abandonado un puesto seguro e importante. En vano intentó ganar a los hombres omnipotentes en Roma. Después tomó la resolución desesperada de disputarles su nuevo reino con las armas en la mano. Gabinio no tenía poder expreso para hacer la guerra a Egipto, pero de los señores de la República había recibido la orden de obrar, y aprovechó también algunos pretextos: que los egipcios favorecían la piratería y que Arquelao construía una escuadra. De repente apareció en la frontera (año 699), y atravesó felizmente los arenosos desiertos que separan Gaza de Perusa, en los que habían fracasado tantas invasiones; éxito principal que debía a los rápidos y hábiles movimientos de Marco Antonio, jefe de la caballería. La plaza fronteriza de Pelusa se rindió con toda su guarnición judía, sin intentar siquiera defenderse. Más adelante los romanos encontraron a los egipcios, los derrotaron (también aquí se distinguió Marco Antonio), y por primera vez las águilas romanas aparecieron en las orillas del Nilo. Gabinio encontró la escuadra y el ejército de Arquelao ordenados y dispuestos a dar la batalla última y decisiva; quedó de nuevo vencedor y Arquelao sucumbió en la pelea con gran número de los suyos. La capital se rindió y cesó toda resistencia. El desgraciado reino fue de nuevo entregado a su tirano legítimo. Sin la intervención generosa de Antonio, ya en Pelusa Tolomeo habría celebrado su restauración con suplicios en masa. En la actualidad le dejan rienda suelta, y cuelga y corta cabezas; en efecto, la primera que subió al cadalso fue su hija, que era una víctima inocente. Pero, cuando fue necesario pagar la recompensa convenida con los triunviros, los esfuerzos del rey se estrellaron contra lo imposible. El país no tenía con qué satisfacer tan enorme suma, ni siquiera echando mano del último óbolo del pobre. El pueblo, sin embargo, permaneció tranquilo, pues con este objeto había quedado en Alejandría una guarnición de infantería romana con caballería de germanos y de galos. Las tropas de la República habían arrojado a los pretorianos indígenas, pero

desgraciadamente se condujeron igual que ellos. La hegemonía de Roma en Egipto se transformó desde este día en una ocupación militar indirecta. En cuanto a la monarquía nominal que allí continuó, constituía para el país una doble opresión más que un privilegio.

V

CONFLICTOS DE LOS PARTIDOS DURANTE LA AUSENCIA DE POMPEYO DERROTA

DE LA ARISTOCRACIA. CATÓN

Con la Ley Gabinia habían cambiado los papeles entre los partidos. Ahora que el elegido de la democracia tenía el poder de la espada, su facción, o el grupo que pasaba por tal, tenía también la omnipotencia en Roma. La nobleza se mantenía aún compacta como en el pasado; y de la máquina de los comicios no salían más que cónsules «designados ya desde que estaban en mantillas», según la expresión de los demócratas. Los mismos señores de Roma no sabían dirigir las votaciones, ni destruir la influencia de las antiguas familias. Pero, en el momento en que se verificó la completa exclusión de los «hombres nuevos», el consulado se eclipsó a su vez ante el astro creciente del poder militar extraordinario. La aristocracia sintió la herida, aun cuando no la confesaba, y desesperó de su salvación. Al lado de Quinto Catulo, que permaneció en su ingrato puesto luchando con una honrosa constancia, y fue hasta la muerte (año 694) el campeón de una causa vencida, no se encuentra ya en las filas de los nobles un solo optimata que ponga algún valor y alguna firmeza al servicio de los intereses aristocráticos. Se vio entonces a los hombres más hábiles y más célebres del partido abdicar realmente, me refiero por ejemplo a Quinto Metelo Pío y a Lucio Lúculo; y aún más, en cuanto lo pudieron hacer con decencia, se retiraron a sus quintas y olvidaron el *Forum* y la curia en medio de sus jardines y al lado de sus bibliotecas, sus pajareras y sus viveros. La generación más joven de la aristocracia se precipitó naturalmente por este mismo camino: completamente entregada al lujo y a los placeres literarios, desaparece o se prosterna ante el sol naciente. No hubo más que una excepción, Marco Porcio Catón (nacido en el año 659).

Hombre de recta voluntad y de una abnegación poco común, es una de las apariciones más romancescas y más extrañas de aquel siglo fértil en figuras bizarras. Sumamente leal y constante en extremo, serio en sus pensamientos y en sus actos, amante de su patria y adicto a la constitución legada por los antepasados, con una inteligencia pesada y lenta, y sin pasiones, hubiera podido ser un buen tesorero del Estado. Desgraciadamente se hizo «esclavo de la frase»; y ya porque obedeciese a la retórica del Pórtico, a sus abstracciones estériles, a sus dogmas infecundos entonces en gran boga en los círculos de la alta sociedad, o porque imitase el ejemplo de su bisabuelo y se creyera verdaderamente llamado a emprender de nuevo su tarea, la cuestión es que se puso a recorrer las calles de la gran ciudad pecadora echándola de

ciudadano modelo y de espejo de virtud. Como Catón el Mayor, se opuso a las costumbres del siglo: marchaba a pie en lugar de ir a caballo, prestaba sin interés, no admitía condecoraciones militares y creía resucitar los buenos tiempos antiguos cuando se presentaba sin túnica a la manera del rey Rómulo. Fue una singular caricatura de su abuelo, del viejo rústico a quien el odio y la cólera llegaron a convertir en orador, que supo manejar igualmente la espada y el arado, y que hería siempre con acierto con su tosco buen sentido, original y sano por estrecho que fuese. El joven Catón, en cambio, filósofo docto y frío, cuyos labios destilaban axiomas escolásticos, estaba siempre sentado con un libro en la mano, no conocía la guerra ni oficio alguno, y viajaba por las nubes de la sabiduría contemplativa. De este modo, sin embargo, fue como obtuvo influencia moral, y con ella influencia política. En estos tiempos de miseria y cobardía, su valor y sus virtudes negativas se impusieron a la muchedumbre. Formó a su vez escuela; y muchos, ajustándose a este ejemplar vivo, lo imitaron hasta la saciedad. Por estos mismos medios influyó en la política. Era el único conservador que tenía un nombre y en quien, a falta de penetración y de talento, podía apelarse al honor y al valor. Dispuesto siempre a sacrificar su persona, fuese o no necesario, pronto llegó a ser reconocido jefe de los optimates, aun cuando ni su edad, ni su rango, ni su capacidad justificaban semejante elección. Las circunstancias no exigían más que la resistencia tenaz de un solo hombre, y allí estaba Catón, que fijaba el triunfo. En las cuestiones de detalle y en las cuestiones de hacienda, era activo y útil: no faltaba a una sola sesión del Senado. Su cuestura fue célebre: mientras vivió, examinó detenidamente el presupuesto de los gastos públicos y luchó siempre contra los arrendatarios del fisco. Por lo demás, carecía de las dotes de hombre de Estado y era impotente para desarrollar un fin político, o comprender y sobreponerse a la situación; no tenía más táctica que la de hacer frente a todo el que rompía o parecía romper con el catecismo tradicional de las costumbres y de las ideas oligárquicas; y, en consecuencia, hirió tantas veces a los suyos como a los enemigos, verdadero don Quijote del partido. En suma, mostró en toda su conducta y en todos sus actos que, si aún existía en Roma una aristocracia, la fe política aristocrática no era ya más que una quimera.

AGITACIÓN DEMOCRÁTICA

Al continuar el combate contra un enemigo en tierra, era ya insignificante el honor de la victoria. Sin embargo, los demócratas no dejaron de continuar sus ataques. A la manera de los escuderos o criados de un ejército que se arrojan sobre un campamento tomado por asalto, así las masas populares se precipitaron sobre los despojos de la nobleza; y, al menos en la superficie, la agitación política levantó las espumosas olas

del torrente. La multitud siguió a sus jefes con mucha más facilidad, puesto que la tenían muy contenta. Cayo César, entre otros, desplegó en los fuegos del año 689 un fausto donde brillaba por todas partes la plata maciza. Las jaulas de las fieras eran también de plata. Las prodigalidades fastuosas del edil superaron toda medida, y tanto más cuanto que lo que gastaba César eran productos de un empréstito. La nobleza fue asaltada por mil partes a la vez. Como los abusos del régimen aristocrático proporcionaban amplia materia, los magistrados y abogados liberales, o de color liberal, como Cayo Cornelio, Aulo Gabinio, Marco Cicerón y otros, continuaron descorriendo el velo de los repugnantes y vergonzosos vicios del régimen oligárquico, y propusieron leyes que completaron la derrota. Se decretó que en el porvenir el Senado recibiría a los embajadores extranjeros en días determinados^[1], con la intención de poner término al uso de las audiencias abusivas. La acción en justicia fue declarada inadmisibile para los préstamos hechos en Roma a estos mismos embajadores. Este era un medio violento, pero el único posible para poner coto a las corrupciones que estaban a la orden del día en el Senado (año 687). Por otra ley se restringieron los derechos del Senado en materia de dispensas legales^[2] (año 687). Si un romano de alto rango tenía asuntos privados que lo llamaban a las provincias, generalmente no iba sino revestido por el Senado de un carácter público (*legatio libera*). Semejante privilegio era un mal que quiso repararse (año 691). Se agravaron además las penas en que se incurría por la compra de los votos y la intriga electoral (años 687 y 691)^[3]. En esto, los excesos superaban toda medida, sobre todo por parte de los antiguos senadores que, borrados desde tiempo atrás de las listas (pág. 106), intentaban entrar de nuevo en la curia para obtener su reelección para las funciones públicas. Por último, una disposición legal expresa confirmó la regla, hasta entonces tradicional, que obligaba a los pretores a arreglar sus fallos a las disposiciones de edicto publicado por ellos, según costumbre, a su entrada en el cargo (año 687)^[4].

PAÍSES TRANSPADANOS

No paró aquí todo; se quiso completar la obra de la restauración democrática y realizar los grandes principios de los Gracos en cada una de las partes de la constitución. Recordaremos que Sila había abolido la ley de Gneo Domicio sobre la elección sacerdotal; pues bien, fue restablecida en el año 691 por un plebiscito del tribuno Tito Labieno. Se hablaba con frecuencia de la anona y se hacía ver cuán lejos se estaba sobre este asunto de los buenos tiempos de las Leyes Sempronianas; sin embargo, olvidaban intencionadamente el cambio de los tiempos, el mal estado de las rentas públicas y el gran aumento de los ciudadanos romanos, circunstancias todas

que imposibilitaban el regreso en toda su pureza de la antigua institución. Al mismo tiempo, se mantenía la agitación en los países entre los Alpes y el Po, que deseaban colocarse al nivel del resto de Italia. Ya en el 686 Cayo César había hecho un viaje y se había detenido en todas las ciudades; y en el 689 Marco Craso, entonces censor, había intentado inscribir en las listas cívicas a todos los transpadanos en su totalidad; pero la oposición de su colega lo había detenido. Igualmente, con los censores que siguieron se reprodujo la misma tentativa. Así como otras veces los Gracos y los Flaccos se habían convertido en patronos de los latinos, así también en la actualidad los jefes de la democracia tomaron a su cargo el interesarse por la Galia transpadana; de hecho, le costó caro a Cayo Pisón (cónsul en el año 687) haber atacado a uno de los clientes de César y de Craso.

LOS EMANCIPADOS

Por el contrario, estos últimos no quisieron de ninguna manera levantar su voz a favor de los emancipados y solicitar para ellos la igualdad política. Cuando el tribuno Cayo Manilio hizo votar en una asamblea del pueblo poco numerosa (31 de diciembre del año 687) la renovación de la Ley Sulpicia, que les confería el derecho de sufragio, los agitadores lo desautorizaron; y, ya desde el día siguiente de su adopción, la moción estaba casada por el Senado. Asimismo, en el 689, un plebiscito expulsó de Roma a todos los extranjeros que no poseyesen la ciudadanía ni el derecho latino (ley *Papia*, de *peregrinis*). De lo cual se desprende que los sucesores de los Gracos no estaban libres tampoco de las inconsecuencias de su doctrina política: por una parte hacían entrar a los excluidos en las filas de los privilegiados, y por otra les mantenían a estos sus privilegios. César y sus amigos mostraban a los transpadanos la perspectiva de la ciudadanía romana; pero no querían hacer nada por los emancipados. Arrojándolos a la inferioridad política, ahogaban bárbaramente la concurrencia industrial y comercial que el genio de los griegos y de los orientales hacía dentro de Italia para los italianos.

PROCESO CONTRA RABIRIO

Fue este otro síntoma característico. La democracia quiso volver también a la antigua jurisdicción de los comicios en materia criminal (*judicia publica*). Sin suprimirla en absoluto, Sila la había reemplazado de hecho por las comisiones de asesinato y de alta traición (volumen III, libro cuarto, pág. 143); y nadie podía formalmente pensar en el restablecimiento de un sistema de procedimiento anticuado y además condenado por sus propios vicios prácticos, mucho antes del dictador. Sin embargo, reclamando

la soberanía del pueblo y la consagración de la autoridad de los ciudadanos en las causas criminales, al menos en principio, se le ocurrió al tribuno Tito Labieno acusar en el año 661 a un anciano que, treinta y ocho años atrás, había matado al tribuno Lucio Saturnino, o al menos así se creía. Se lo hizo comparecer ante la alta justicia, a quien, según la leyenda, el rey Tulo había entregado en otro tiempo al joven Horacio, asesino de su hermana. El acusado era un tal Rabirio. En realidad, este no había sido el que había dado el golpe mortal a Saturnino, pero había andado vendiendo su cabeza alrededor de la mesa de los aristócratas. Además, sus sangrientas crueldades le habían creado mala fama entre los grandes propietarios de Apulia. Ni su acusador, ni los sabios que los sostenían tenían interés en que aquel miserable muriese en la cruz. Así es que se dejó que el Senado dulcificase algo en la forma el título de la acusación, sin hacerle gran oposición, y, cuando al poco tiempo los comicios se reunieron para juzgarlo, fueron disueltos con un pretexto cualquiera, y se dejó el proceso en tal estado; pero al menos se había afirmado y sostenido el doble *paladium* de la libertad romana: la apelación al pueblo y la inviolabilidad del tribunado. La democracia restableció, por decirlo así, sus franquicias judiciales.

ATAQUES CONTRA LAS PERSONAS

En cuanto tuvo tiempo y ocasión para ello, la reacción democrática se desencadenó aún más apasionadamente en todas las cuestiones en que jugaban las personas. Porque se lo impedía su prudencia, no osó solicitar o apoyar la restitución de los bienes confiscados por Sila a sus antiguos propietarios: esto hubiera sido hacer la guerra a sus propios aliados y entrar en lucha con los intereses materiales; y semejante lucha es raro que una simple tendencia política se vea obligada a empeñarla. Además, al volver sobre la cuestión de los bienes confiscados se ponía a la orden del día la del llamamiento de los emigrados, en extremo inoportuna. Por el contrario, se hicieron grandes esfuerzos para devolver sus derechos políticos a los hijos de los proscritos. Al mismo tiempo, los principales senadores se veían incesantemente perseguidos y atacados en sus personas. Cayo Menio procesó en el 688 a Marco Lúculo, y se hizo esperar por espacio de tres años a las puertas de la ciudad a su ilustre hermano antes de concederle los honores del triunfo (del 688 al 691). Quinto Rex y Quinto Metelo, el conquistador de Creta, sufrieron un insulto parecido, y también hizo gran ruido otro asunto.

Uno de los jefes del partido, el más joven, Cayo César, osó disputar en el año 691 las funciones de gran pontífice a los dos hombres más importantes de la nobleza, a Quinto Catulo y a Publio Servilio, el vencedor de Isaurio. El pueblo consagró sus pretensiones y le otorgó el nombramiento. Los herederos de Sila, sobre todo su hijo

Fausto, estaban constantemente amenazados; se les reclamaban las sumas que el regente debió malversar en perjuicio del Tesoro. Se hablaba nada menos que de resucitar los procesos iniciados por los demócratas, apoyándose en la Ley Varia, procedimiento suspendido desde el año 664. En cuanto a los hombres comprendidos entre los acusadores del tiempo de Sila, como es natural eran acusados diariamente. Si se ve a Marco Catón, que era entonces cuestor, ser el primero en volverse contra ellos y, en su mal entendida honradez, reclamar la entrega de los salarios de sangre como un bien mal adquirido y perteneciente al Estado, no hay que admirarse de ver al año siguiente a César, en su cualidad de presidente del tribunal criminal, no tener para nada en cuenta la ordenanza de Sila que declaraba irresponsable al asesino de un proscrito, y denunciar ante los jurados y condenar muchas veces a los más famosos seguidores del dictador: Lucio Catilina, Lucio Belieno y Lucio Luscio.

REHABILITACIONES DE SATURNINO Y DE MARIO

Llegó por fin el día en que de nuevo podían pronunciarse en alta voz los nombres de los héroes y de los mártires de la causa, y celebrar su memoria. No dejaron de hacerlo los demócratas. Acabamos de decir cómo fue rehabilitado Saturnino por el proceso contra su pretendido asesino. El recuerdo de Mario era más conmovedor y hacía latir los corazones: el sobrino de aquel hombre que en otro tiempo había salvado la Italia, invadida por un diluvio de bárbaros, era el jefe actual del partido. Cuando en el año 686, y a pesar de la prohibición del edicto, César presentó un día en pleno *Forum*, en los funerales de la viuda de Mario, el busto venerado del vencedor de Verceil, la muchedumbre estalló en grandes transportes de alegría. Tres años después aparecieron colocados una mañana en el Capitolio, con incrustaciones de oro y en el mismo lugar donde los había puesto Mario, los trofeos que Sila había mandado destruir. Los veteranos y los inválidos de las guerras de África y Cimbria acudieron inmediatamente, apiñándose y vertiendo lágrimas alrededor de la imagen de un jefe tan querido. Este fue para las masas un día de verdadero júbilo, y el Senado no se atrevió a derribar estas insignias proscritas, que una mano atrevida había osado colocar, incluso menospreciando las leyes.

INSIGNIFICANCIA DE LOS RESULTADOS

Sin embargo, toda esta agitación, todas estas quejas y todo este ruido no tenían más que una insignificante importancia, juzgadas como hombres de Estado. La oligarquía estaba vencida y la democracia se había apoderado del timón. Una vez en tierra el

enemigo, todos, grandes y pequeños, se aproximaban a él y le daban su puntapié. Los demócratas volvían a apoderarse de su terreno y volvían a levantar sus altares y sus dogmas; los doctrinarios del partido habían restablecido completamente los privilegios populares y llevaban su principio hasta el ridículo, de la misma forma en que lo habían hecho en su situación los legitimistas. Todo esto es muy natural y además importa poco, pero ¿qué podía resultar de esta agitación sin objeto? Ponía de manifiesto el embarazo de dos agitadores que buscaban en vano por dónde cogerse, porque no tenían en frente más que cuestiones vacías o puramente secundarias.

COLISIÓN PRÓXIMA ENTRE LOS DEMÓCRATAS Y POMPEYO. PROYECTO DE ESTABLECIMIENTO DE UNA DICTADURA MILITAR DEMOCRÁTICA

La democracia había triunfado en su lucha contra los aristócratas; sin embargo, no había vencido por sí sola, y tenía que pasar todavía por la prueba del fuego. Le quedaba por arreglar una cuenta, no con su enemigo, sino con su más poderoso aliado, con el hombre que les había dado la victoria, con el que había recibido de ella, pues no se había atrevido a negárselo, un poder político y militar hasta entonces desconocido. En este momento, el general en jefe de los ejércitos y escuadras de Oriente estaba ocupado en hacer y deshacer reyes; nadie, sino él, podía decir el tiempo que permanecería lejos de Roma y la hora en que declarararía terminadas las guerras que había entablado. La época de su regreso y la decisión última dependían de su voluntad, lo mismo que todo lo demás. Durante este tiempo, los partidos esperaban inmóviles. En cuanto a los optimates, no temían mucho su regreso: podían ganarlo todo y no tenían nada que perder en la ruptura visiblemente próxima de Pompeyo y de la democracia. Los demócratas esperaban ansiosos y, queriendo evitar la explosión inminente, disponían sus contraminas durante el tiempo que les dejaba aún libre la ausencia del procónsul. Se avistaron con Craso, a quien no le quedaba otro medio que una estrecha alianza con ellos, si quería combatir a un rival aborrecido y envidiado. Ya en tiempo de la primera coalición César y Craso habían permanecido unidos como los más débiles; en la actualidad, su interés común y un común peligro aumentaron su intimidad. Por consiguiente, el hombre más opulento y el más entrampado de Roma firmaron un estrecho pacto afectando llamar a Pompeyo la cabeza y el orgullo de su partido, y diciendo que no tenían que combatir más que a los aristócratas, mientras que en silencio se armaban contra el ausente. A los ojos del historiador, sus esfuerzos para librarse de la dictadura militar inminente son mucho más significativos que la bulliciosa agitación promovida contra la nobleza, máscara hábil con que cubren sus designios. Es verdad que se movían como velados por una

nube, y que ni las tradiciones, ni las fuentes permiten ver más que algunos pálidos reflejos: la época posterior, lo mismo que la que vamos historiando, tenía sólidas razones para dejar en las tinieblas aquellos acontecimientos. En conjunto, son claros y evidentes el objeto, las tendencias y la marcha de los acontecimientos. Al poder militar solo podía hacer frente una segunda dictadura militar. Por lo tanto, los demócratas quisieron apoderarse del poder, como lo habían hecho Mario y Cina; quisieron dar a uno de sus jefes la conquista de Egipto, la regencia de España o cualquier otro mando ordinario o extraordinario, para tener en este nuevo general y en su ejército un contrapeso que oponer a Pompeyo y sus legiones. Sin embargo, para conseguirlo necesitaban una revolución dirigida en apariencia contra el gobierno nominal, pero en realidad dirigida contra Pompeyo, contra el monarca designado^[5]. Todos trabajaron con ardor en esta revolución, y, desde el día en que se votaron las leyes Gabinia y Manilia hasta el regreso de Pompeyo (de 688 a 692), fue permanente en Roma la conspiración. La capital era presa de la fiebre: la cólera sorda de los hombres de dinero, la suspensión de pagos, la infinidad de bancarrotas, todos estos signos precursores de la tempestad anunciaban el nuevo camino que habían emprendido los partidos. Como el complot democrático iba a buscar a Pompeyo por encima de la cabeza del Senado, traía forzosamente consigo la reconciliación de ambos. Pero, al querer oponer a la dictadura pompeyana la de uno de sus favoritos, los demócratas se arrojaban en realidad en brazos del poder militar; así, para arrojar al demonio, se llamaba a Belcebú: los principios no eran ya en sus manos más que una cuestión de personas.

ALIANZA DE LOS DEMÓCRATAS CON LOS ANARQUISTAS. CATILINA

Esta revolución, así preparada por los agitadores del partido, y la destrucción del régimen actual tenían por preliminar necesario la explosión en Roma de la insurrección de los conjurados. Triste es decirlo, pero la materia inflamable estaba hacinada en todas partes, tanto en las capas sociales más altas como en las más bajas. Inútil fue reproducir el cuadro del proletariado libre o esclavo. Ya se había dejado oír aquella grave sentencia de que «solo el pobre puede representar al pobre»; ya se había abierto su camino la máxima de que las masas pobres podían constituirse en poder independiente, lo mismo que la rica oligarquía, y de que podían dejar de sufrir la tiranía y convertirse a su vez en tirano. Estas peligrosas opiniones hallaban eco hasta entre la juventud de las clases altas, que, al mismo tiempo que disipaba sus fortunas, había matado las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu. En esta muchedumbre elegante, de cabellera perfumada, que gastaba barba y mangas plegadas de última moda, aficionada al baile y a la cítara, que vaciaba copas desde la

mañana hasta la noche, había un espantoso abismo de corrupción moral y social, de desesperación bien o mal disimulada, y de proyectos hijos del delirio y del aturdimiento. Se suspiraba por la vuelta de la era de las proscipciones, de las confiscaciones y de la anulación de las deudas. Entre ellos se encontraban hombres, muchos de los cuales eran nobles y de gran disposición, que solo esperaban una señal para precipitarse como ladrones sobre la sociedad civil y recobrar por el pillaje las riquezas devoradas en las orgías. Nunca falta jefe a los ladrones que se constituyen en cuadrilla; y estos tuvieron inmediatamente sus capitanes. Se distinguían entre todos por lo elevado de su nacimiento y por su condición: un ex pretor, Lucio Catilina, y un cuestor, Gneo Pisón. Estos habían cortado tras de sí los puentes: de tanto talento como depravación, dominaban completamente a sus cómplices. Catilina, principalmente, fue uno de los más malvados en este siglo fecundo en maldades. Los hechos de su juventud pertenecen a los tribunales más que a la historia: todo su exterior, su rostro pálido, su mirada extraviada, su andar entre perezoso y precipitado, revelaban un siniestro pasado. Poseía en alto grado las cualidades de jefe de cuadrilla: sufría de igual forma la abundancia que las privaciones; tenía valor, conocimiento de los hombres, la energía del crimen y era maestro en la horrible enseñanza del vicio, que impele a los débiles a caer en él, y después de su caída los impele al crimen. Con tales elementos, a hombres que tenían dinero e influencia les era fácil urdir un complot contra el actual orden de cosas. Catilina, Pisón y sus secuaces se prestaban gustosos a secundar toda combinación que ofreciese en perspectiva las proscipciones y la abolición de las deudas. Por otra parte, Catilina aborrecía la aristocracia, que no había apoyado su candidatura para el consulado por considerarlo corrompido y peligroso. Satélite de Sila, antes había perseguido a los proscritos a la cabeza de sus galos y había dado muerte con sus propias manos a un anciano que era cuñado suyo. Pasando ahora al otro campo, estaba dispuesto a hacer otro tanto con sus antiguos amigos. Se concluyó un pacto secreto. Entraban en él más de cuatrocientos conjurados, con numerosos afiliados en todas las regiones y en todas las ciudades de Italia. No hay que decir que al escribir en la bandera de la insurrección la idea capital de su programa, esto es, la supresión de las deudas, sus filas se verían engrosadas con una multitud de reclutas suministrados por una juventud completamente depravada.

FRACASO DEL PRIMER COMLOT

Los relatos de aquel tiempo afirman que, en diciembre del año 688, los jefes de la conjuración creyeron que había llegado el momento de que esta estallase. Los dos cónsules elegidos para el año 689, Cornelio Sila y Publio Antonio Peto, acababan de ser condenados, en justicia, por el crimen de corrupción electoral, pues, conforme a

los términos de la ley, habían incurrido en la nulidad de su elección. Ambos entraron en la conspiración: los conjurados decidieron que estos hombres ocuparían de buen grado o por la fuerza las sillas consulares, lo cual equivalía para los demócratas a apoderarse del poder supremo. Por consiguiente, el día 1 de enero del año 689, día en que los nuevos cónsules habían de inaugurar su magistratura, debían asaltar la curia con las armas en la mano, asesinar a los cónsules salientes y a todos los demás personajes designados para la hecatombe, y proclamar a Sila y a Peto, después de que el pueblo anulara la sentencia que los condenaba. Craso debía ser elevado a la dictadura y César sería jefe de la caballería, sin duda con la misión de crear una fuerza militar imponente, mientras Pompeyo estaba lejos peleando en el Cáucaso. Capitanes y soldados, todos estaban comprados, todos tenían la consigna. En el día prefijado, apostado Catilina en un lugar inmediato a la curia, solo esperaba la señal que César le había de transmitir inmediatamente luego de que Craso hiciese cierto movimiento. Esperó en vano: Craso no asistió a la sesión donde debía decidirse todo y abortó la insurrección proyectada. Se pactó un nuevo plan de asesinato en escala más vasta para el 5 de febrero, y tampoco pudo ejecutarse. Se dice que Catilina dio la señal antes de que hubiesen llegado todos los bandidos que habían de realizar los asesinatos. El complot ya se transparentaba, pero el gobierno no osaba atacar a los conjurados frente a frente, y se contentó con dar a los cónsules guardias personales y con oponer al ejército revolucionario bandas pagadas por el Estado. Se intentó alejar a Pisón, y se presentó una moción para enviarlo en calidad de cuestor con poderes pretorianos a la España citerior. Craso apoyó este nombramiento, esperando ganar de este modo para la insurrección una provincia importante y un utilísimo apoyo. Se presentaron otras proposiciones aún más enérgicas, pero fracasaron ante la oposición de los tribunos.

Tal es el relato tradicional que ha llegado hasta nosotros, que evidentemente reproduce la versión que circulaba entre los hombres del gobierno. ¿Es verdadero y merece crédito hasta en sus detalles? No es posible decidirlo por falta de medios de comprobación. El testimonio de los adversarios políticos de Craso y César sobre la cuestión capital de su participación en el complot, sin duda, es una prueba insuficiente. Sin embargo, no puede negarse que en aquel tiempo se encuentra una concordancia exacta entre sus actos ostensibles y los manejos secretos que les imputan los aristócratas. ¿Consiste quizás esto en que Craso no obraba ya como revolucionario cuando ese año, siendo censor, intentó inscribir en las listas cívicas a los transpadanos? ¿Qué pensar de él cuando se lo ve dispuesto a inscribir a Chipre y a Egipto en los registros del dominio del pueblo romano^[6]? ¿Y no fue a instigación de César que muchos tribunos, en este mismo tiempo (de 689 a 690), llegaron a pedir al pueblo que lo enviase a Egipto para restablecer en el trono al rey Tolomeo, arrojado por los alejandrinos? Estos manejos tienen un patente parentesco con las acusaciones

de partido noble. No afirmo nada como cosa cierta, pero tengo por verosímil que había inteligencias entre Craso y César, que durante la ausencia de Pompeyo pretendían apoderarse de la dictadura militar, y que el Egipto debía servir de pedestal a esta dictadura democrática. Por lo demás, también pienso que la insurrección abortada del año 689 debía tender a la realización de estos proyectos, y, finalmente, que Catilina y Pisón no eran más que instrumentos de César y de Craso.

SE REANUDA LA CONSPIRACIÓN

El complot se detuvo por algún tiempo. Las elecciones para el año 690 se verificaron sin que Craso ni César renovasen su tentativa de apoderarse del consulado; pero su abstención obedecería sin duda a la candidatura de Lucio César, pariente del jefe de los demócratas, hombre débil y que se movía al antojo de César. Entre tanto, las noticias llegadas de Oriente precipitaron los acontecimientos. Ya Pompeyo había reorganizado por completo el Asia Menor y la Armenia. Los estrategas de la democracia habían demostrado que no podía considerarse como terminada la guerra del Ponto hasta haberse apoderado de Mitrídates; que era necesario perseguirlo alrededor del mar Negro, pero cuidándose de comprometerse en caso de penetrar más hacia el interior de Siria. Pero Pompeyo, sordo a todas estas advertencias, había abandonado la Armenia en la primavera del año 690 y había penetrado en la Siria. Como habían elegido por cuartel general el Egipto, los demócratas no tenían un momento que perder: nada era más fácil para Pompeyo que llegar al Nilo antes que César. La conspiración del año 688 permanecía en pie, aun después de las medidas flojas tomadas para reprimirla, y volvió a agitarse en las elecciones consulares para el año 691. Los papeles debían ser sin duda los mismos, y el plan no había cambiado en lo más mínimo. Los agitadores se mantuvieron a retaguardia lo mismo que la primera vez. Los candidatos eran el mismo Catilina y Cayo Antonio, el hijo más joven del orador del mismo nombre, y hermano del oficial que había vuelto de Creta con tan mala fama. Se sabía que podía contarse con Catilina. En cuanto a Antonio, silano como aquel en un principio, acusado también ante los tribunales por los demócratas y expulsado del Senado (pág. 99), carecía de energía y de importancia, no tenía cualidades de mando y estaba agobiado de deudas e insolvente. En estas circunstancias se hizo de buena gana el más humilde servidor del partido, contando con la promesa de su elección para el consulado y todas las ventajas inherentes a esta magistratura. Mediante estos dos hombres, los jefes de la conjuración creían poder hacerse dueños del poder y detener como rehenes a los hijos de Pompeyo que habían permanecido en la capital; después se armarían contra el procónsul en Italia y en las provincias. A la primera nueva de haber dado el golpe en Roma, el propretor Pisón

debía levantar en la España citerior la bandera de la insurrección. Si no era posible comunicarse por mar con él, por ser Pompeyo dueño del Mediterráneo, se contaba con el concurso de los transpadanos, esos antiguos clientes de la democracia, por entonces en fermentación violenta, y que serían naturalmente recompensados con el derecho de ciudadanía romana. Se contaba además con otras tribus de galos^[7]. La conspiración extendía sus hilos hasta la Mauritania. Uno de los conjurados, Publio Sicio de Nuceria, un gran negociante a quien el mal estado de sus negocios obligaba a permanecer lejos de Italia, había reunido en este país y en España un ejército de perdidos. De hecho, se había convertido en jefe de partidas y recorría el África occidental, donde su comercio le había proporcionado algunas relaciones.

ELECCIÓN DE LOS CÓNSULES. ES ELEGIDO CICERÓN EN LUGAR DE CATILINA

En las elecciones consulares fue donde el partido desplegó todas sus fuerzas. Craso y César prodigaron el dinero, suyo o prestado, pusieron en movimiento a todos sus amigos y se esforzaron por sacar triunfante las candidaturas de Antonio y de Catilina. Los compañeros de este, por su parte, hicieron lo imposible para llevar al timón de la República a aquel que les prometía todo: los cargos públicos y los sacerdocios, los palacios y las quintas de los aristócratas, la abolición de las deudas, sobre todo, pues no dudaban de que cumpliría lo prometido. La aristocracia estaba en gran apuro, pues no podía poner candidatos propios. Presentarlos equivalía a jugarse la cabeza. En otro tiempo el peligro hubiera atraído a los ciudadanos; pero en la actualidad la ambición callaba ante el temor. Los nobles recurrieron al expediente de los débiles y quisieron combatir la elección por medio de una nueva ley contra la venalidad de los votos. La ley fracasó por la intercesión de un tribuno. Fatigados de luchar, reunieron y dieron todos sus votos a un ciudadano que, si bien no les agradaba, era hombre que no podía hacerles daño. Este candidato era Marco Tulio Cicerón, bien conocido por nadar siempre entre dos aguas^[8], coqueteando ya con los demócratas, ya con Pompeyo. Aunque de lejos, echaba tiernas miradas a la aristocracia y ponía su talento de abogado al servicio de todo acusado de alguna importancia, sin distinción de partido ni de persona (¿no había tenido un día por cliente al mismo Catilina?). En el fondo no pertenecía a ningún partido, o lo que es lo mismo, era siempre fiel al partido de los intereses materiales, que tenía vara alta en los pretorios y concedía sus favores al artista de la palabra, al hombre espiritual^[9]. En Roma, y también fuera de Roma, sus muchas relaciones le daban grandes probabilidades frente al desgraciado candidato de los demócratas: lo votaban los pompeyanos y la nobleza, aunque esta quizá de mal humor. En consecuencia, fue elegido por una gran mayoría. Los dos candidatos

democráticos obtuvieron un número de votos casi igual; pero Antonio obtuvo algunos más que su compañero, gracias a su familia. Los acontecimientos se declaraban contra Catilina y libraban a Roma de la amenaza de un segundo Cina. Algún tiempo antes Pisón había sido asesinado en España por su escolta de indígenas, a instigación, según se dijo, de Pompeyo, su enemigo político y personal. Solamente con el cónsul Antonio era imposible emprender nada. Aun antes de su entrada común en el cargo, Cicerón supo romper el débil lazo que unía a su colega al complot. Al renunciar a su derecho de sortear las provincias consulares en favor de él, le permitió que eligiese para sí el rico y productivo gobierno de Macedonia, con lo que conseguiría pagar sus deudas. De este modo fracasó por segunda vez el golpe preparado por la táctica de los conjurados.

NUEVOS PROYECTOS DE LOS CONJURADOS. MOCIÓN AGRARIA DE SERVILIO RULO

Durante este tiempo, los acontecimientos marchaban en Oriente y se acumulaba allí una tempestad amenazadora para la democracia. La reorganización de la Siria se verificaba con pasmosa rapidez. De hecho, ya habían salido de Egipto numerosos enviados solicitando la intervención de Pompeyo y la incorporación del país a los dominios de Roma. Todos los días se esperaba la noticia de que el procónsul había ido en persona a tomar posesión del valle del Nilo. Sin duda por esta razón es que César había intentado que directamente el pueblo romano lo enviase allí, con la misión de prestar auxilio al rey egipcio contra sus súbditos sublevados. Sin embargo, también él fracasó ante la repugnancia de todos, grandes y pequeños, a todo lo que tendiese a obrar en contra del interés de Pompeyo. Este iba a llegar muy pronto, y con él la probable catástrofe; ahora bien, por muchas veces que se hubiera roto la cuerda, era necesario ponerla otra vez tirante. En la ciudad había una fermentación sorda: los agitadores tenían frecuentes conferencias que indicaban alguna nueva trama. De repente se desenmascararon el 10 de diciembre del año 690, día de la entrada en el cargo de los tribunos del pueblo. Uno de estos, Publio Servilio Rulo, propuso una ley agraria que debía colocar a los jefes del partido en una situación tan elevada como en la que las leyes Gabinia y Manilia habían colocado a Pompeyo. El objeto aparente de la rogación era el siguiente: fundar en Italia colonias cuyo territorio no fuese adquirido por vía de expropiación. Todos los derechos privados quedarían garantizados, y las recientes ocupaciones ilegítimas recibirían el título de plena propiedad. Solo el territorio arrendado en Campania debía ser dividido en parcelas y colonizado; mientras que para el resto de las asignaciones la República compraría las tierras necesarias en la forma prescrita por el derecho común. Pero para estas

compras era necesario dinero, que debía conseguirse vendiendo sucesivamente todos los dominios públicos que aún quedaban en Italia. Primeramente todos los terrenos comunales extraitálicos, es decir, las antiguas posesiones de la *mensa real* en Macedonia, en el Quersoneso de Tracia, en Bitinia, en el Ponto y en la Cirenaica, y luego los territorios de las ciudades completamente incorporadas por derecho de guerra en España, África, Sicilia, Grecia y Cilicia. También se vendería todo lo que el Estado había adquirido en bienes muebles e inmuebles después del año 666, y que aún estuviese disponible. Esta moción tenía por principales objetivos a Chipre y Egipto. Todas las ciudades sujetas, a excepción de las de derecho latino y algunas otras libres, serían recargadas con diezmos y pesados tributos, con este mismo fin. Por último, y siempre para atender a estas compras, se pondría en garantía el producto de las contribuciones impuestas a las nuevas provincias a partir del año 692, y el de todo el botín que no estuviese legalmente empleado. En este artículo Rulo incluía todas las fuentes de impuesto abiertas en Oriente por las victorias de Pompeyo y todos los fondos públicos que habían quedado en sus manos o en las de los herederos de Sila. Para la ejecución de este proyecto se nombrarían decenviros con jurisdicción e *imperium* especial, los cuales permanecerían en el cargo durante cinco años y tendrían a sus órdenes a doscientos oficiales tomados del orden ecuestre. No podrían ser nombrados decenviros más que los candidatos que se presentasen personalmente; y por último, en las elecciones sacerdotales, de las treinta y cinco tribus no votarían más que diecisiete, designadas por la suerte. Sin necesidad de gran penetración, se comprende que el futuro colegio decenviral era la copia del gran mando de Pompeyo, pero con un color menos exclusivamente militar y más democrático. En este sentido, necesitaba el poder jurisdiccional, pues tenía que decidir la cuestión de Egipto, entre otras, pero también el poder militar, pues debía armarse contra Pompeyo. Por lo demás, al excluir la candidatura de los ausentes, se excluía la del gran general; y con la disminución del número de las tribus votantes, sacadas a la suerte y manejadas diestramente, se ponía la elección en manos de la democracia.

Tal era la tentativa de Rulo, pero fracasó por completo. La muchedumbre veía que era más cómodo recibir a la sombra, bajo los pórticos de Roma, la anona sacada de los almacenes públicos, que ir a labrar la tierra y hacerla fecunda con el sudor de su frente, y, por tanto, acogió fríamente la rogación. En seguida comprendió que Pompeyo nunca aceptaría un plebiscito que lo perjudicara a todas luces, y que era quizá peligroso entregarse a un partido extremo que jugaba en tales ofertas el todo por el todo. Con los ánimos en esta situación, no le fue difícil al gobierno hacer que fracasara la moción. Cicerón, el nuevo cónsul, aprovechó la ocasión e hizo valer su talento oratorio, y penetró a través de las puertas abiertas; los demás tribunos no tuvieron necesidad de intervenir, pues el autor del proyecto lo retiró (1 de enero del

año 691). En esta tercera campaña, la democracia no había ganado otra cosa que el haber aprendido a sus expensas una lección: por amor o por miedo, las masas estaban con Pompeyo, y toda moción que le fuese hostil seguramente sucumbiría de la misma forma que las anteriores.

ARMAMENTOS ANÁRQUICOS EN ETRURIA

Fatigado de sus estériles candidaturas y del aborto de tantas conjuraciones, Catilina resolvió precipitar bruscamente los acontecimientos y marchar directamente a su fin. Durante el estío tomó todas sus medidas para comenzar la guerra civil. Fésula, plaza fuerte situada en medio de Etruria, plagada de hombres arruinados y de conspiradores, y que había sido quince años atrás el foco de la sublevación de Lépido, debía ser también ahora el cuartel general de la insurrección. Se enviaron allí grandes sumas de dinero, gracias a la asistencia de muchas damas nobles de Roma afiliadas al complot, y se acumularon en ella soldados y armas. El mando fue encargado provisionalmente a un antiguo oficial de Sila, Cayo Manio, valiente y sordo a todo escrúpulo de conciencia, y soldado de fortuna si los hubo. Iguales preparativos se hicieron en otros puntos de la península. Los transpadanos, sobreexcitados, parecían no esperar más que la señal. En el Brutium, en la costa oriental de Italia, en Capua y en todos los lugares donde se habían aglomerado rebaños de esclavos, parecía que iba a desencadenarse de repente una rebelión análoga a la de Espartaco. En la misma Roma se tramaba evidentemente alguna cosa. Al ver la arrogancia provocadora de los deudores cuando comparecían ante el pretor urbano, demandados en justicia, se recordaban con pavor las escenas que habían precedido al asesinato de Aselion (volumen III, libro cuarto, pág. 265). Se apoderó entonces de los capitalistas un pánico terrible: hubo necesidad de prohibir enérgicamente la exportación del oro y de la plata, y de ejercer una gran vigilancia en los principales puertos. Los conjurados habían prometido que en las próximas elecciones para el año 692, en las que se presentaba otra vez Catilina, asesinarían sin ningún miramiento al cónsul que dirigiese la votación y a todo competidor que los incomodase, y que conseguirían a toda costa el nombramiento de Catilina, aunque para ello fuera necesario traer a Roma las bandas reunidas en Fésula y en otros puntos, y vencer violentamente la resistencia.

NUEVO FRACASO DE LA CANDIDATURA DE CATILINA

Cicerón tenía agentes secretos, hombres y mujeres, que lo tenían al corriente por

momentos de todas las intenciones y movimientos de los conjurados. El día designado para la elección (20 de octubre), los denunció en pleno Senado en presencia del principal autor de la conspiración. Catilina no lo negó, sino que respondió con altanería: «Si el voto del pueblo me es favorable, muy pronto daré al gran partido de la República, que carece de cabeza, un jefe que destruirá la pequeña y débil facción con sus jefes enfermizos». Sin embargo, como no había prueba de flagrante delito, el Senado no pudo hacer más que sancionar de antemano y en la forma usual las medidas extraordinarias dictadas a los magistrados por las circunstancias (21 de octubre). Iba a empeñarse la lucha electoral, verdadera batalla más que elección. Cicerón, por su parte, se había creado una fuerza armada de jóvenes pertenecientes al orden comercial; y cuando llegó el 28 de octubre, día señalado para la votación, aquella fuerza guarnecía el campo de Marte y lo ocupaba militarmente. En consecuencia, los conjurados no pudieron asesinar al cónsul, ni cambiar el éxito de la votación.

ESTALLA LA INSURRECCIÓN EN ETRURIA. MEDIDAS REPRESIVAS. LOS CONJURADOS EN ROMA CATILINA EN ETRURIA

Pero ya había estallado la guerra civil. El 27 de octubre Cayo Manlio levantó sus águilas (llevaba una del tiempo de Mario y otra de la guerra contra los cimbrios), llamando así al ejército insurrecto y convocando a los bandidos de la montaña y a los campesinos. En sus proclamas, fiel a las tradiciones del partido popular, reclamaba la abolición de las agobiadoras deudas y la modificación de los procedimientos. Cuando el crédito superaba la fortuna del deudor, la ley llevaba consigo, lo mismo que en otro tiempo, la pérdida de la libertad. Parecía que el vil populacho de Roma, constituyéndose en heredero legítimo de los antiguos plebeyos, y al colocarse tumultuosamente en línea de batalla bajo las gloriosas águilas de las guerras cimbricas, quería manchar a la vez el presente y el pasado de la República. Sin embargo, nada resultó de este alzamiento; y, como en los otros puntos no tenía la conjuración los jefes que necesitaba, las cosas quedaron reducidas a la vana acumulación de armas, y a preparativos y reuniones secretas. Para la República esto fue una suerte inesperada. A pesar de estar ante una guerra civil inminente, anunciada abiertamente desde hacía mucho tiempo, ya fuese por indecisión de los gobernantes o por pesadez de la mohosa máquina del poder, el hecho es que no se había tomado ninguna disposición militar. Finalmente se decidió obrar: las milicias fueron llamadas a las armas y se enviaron oficiales superiores a todos los puntos importantes de Italia, con el objeto de que exterminasen la insurrección naciente. De Roma fueron arrojados los gladiadores esclavos, y se establecieron muchas partidas volantes para impedir los incendios que

se temían. Catilina se encontraba muy comprometido. Tenía proyectado que en el día de las elecciones se verificaría la explosión a la vez en Roma y en Etruria. Pero el hecho de que hubiera abortado en la ciudad y estallado en la provincia ponía a su persona en gran peligro, al mismo tiempo que comprometía el éxito de toda la empresa. No le era posible permanecer en Roma después de que sus cómplices de Fésula se habían levantado en armas; y, sin embargo, no solo necesitaba decidir a una acción pronta a los conjurados de la capital, sino también ponerlos en movimiento antes de su partida. Los conocía bastante bien como para esperar que obrasen por sí mismos. Los principales conjurados eran Publio Léntulo Sura, cónsul en el 683, expulsado más tarde del Senado y que aspiraba de nuevo a entrar en él, para lo cual había vuelto a ser pretor, y los dos antiguos pretores Publio Autronio y Lucio Casio, hombres todos incapaces. Léntulo no era más que un aristócrata de lenguaje ampuloso y de grandes pretensiones, tardo para comprender e indeciso para obrar. Autronio se distinguía solo por sus poderosos pulmones y su voz atronadora. En cuanto a Lucio Casio, nadie sabía cómo un personaje tan simple y obtuso se había mezclado en la conspiración. Catilina tenía otros cómplices más vigorosos, un senador joven, Cayo Cetego, y los dos caballeros Lucio Estatilio y Publio Gabinio Capitón; pero no se atrevía a ponerlos al frente de sus bandas, pues hasta en sus filas tenía todavía influencia la jerarquía tradicional. Los mismos anarquistas no hubieran creído poder vencer, si no iban conducidos por un consular, o al menos por un pretor. Ahora bien, por más apremiante que fuese el llamamiento hecho por el ejército de la insurrección, y por peligroso que fuese para él permanecer por más tiempo en Roma cuando la insurrección ya había estallado, resolvió no partir todavía. Acostumbrado a imponerse a fuerza de audacia a sus cobardes adversarios, continuó dejándose ver en pleno *Forum* y en el Senado; y aún más, oponía la amenaza a la amenaza: «Procúrese no conducirme al último extremo —exclamaba—, una vez prendida la casa, habrá que extinguir el fuego bajo las ruinas». De hecho, nadie, fuese magistrado o simple ciudadano, osaba apoderarse del peligroso conspirador. Poco importaba que fuese acusado de violencias por algún joven noble; ¿acaso no se resolvería la catástrofe mucho antes de que se sustanciase el proceso? Pero sus proyectos abortarían siempre, porque los agentes del poder habían entrado en masa entre sus cómplices y habían revelado sucesivamente todos los detalles del complot. Un día los conjurados se presentaron delante de la fortaleza de Preneste esperando apoderarse de ella por un golpe de mano; sin embargo, se estrellaron contra una guarnición reforzada y vigilante. No tuvieron mejor éxito las demás tentativas. A pesar de su temeridad y de su audacia, Catilina vio que su partida no podía diferirse mucho. Antes, en una última reunión nocturna (del 6 al 7 de noviembre), los conjurados decidieron a instancias suyas asesinar a Cicerón, que era el cónsul que dirigía toda la contrainteligencia; y, para no ser vendidos, la ejecución debía verificarse en el acto. En la mañana del 7 de

noviembre los asesinos elegidos llegaron a llamar a su puerta, pero hallaron la guardia reforzada y fueron despedidos. Los espías del Senado también ahora les habían tomado la delantera. Al día siguiente, Cicerón convocó a los senadores. Catilina osó presentarse y balbuceó algunas palabras de defensa en respuesta a las invectivas del cónsul, que reveló al Senado todos los preparativos revolucionarios de los días precedentes; pero no lo quisieron oír y todos los bancos inmediatos al que él ocupaba quedaron desocupados. Abandonó en seguida la sesión y marchó a Etruria, tal como había anunciado, lo cual hubiera hecho antes sin la porción de incidentes ocurridos en Roma. Allí se proclamó cónsul y se puso en expectativa, dispuesto a caer con los insurrectos sobre la ciudad a la primera nueva de que hubiese estallado la insurrección esperada. El Senado había acusado de alta traición a Catilina y a Manlio, los dos jefes, y a todos aquellos que, en un plazo determinado, no hubiesen depuesto las armas. Además, había llamado nuevas milicias. Pero el ejército dirigido contra Catilina estaba bajo las órdenes del cónsul Cayo Antonio, notoriamente comprometido en la conspiración. ¿Marcharía este personaje contra los insurrectos o, por el contrario, iría a engrosar sus filas con sus tropas? Todo marchaba al azar. Parece que se había querido erigir en un segundo Lépido. Como quiera que fuese, en Roma no se hizo nada o se hizo muy poco contra los agitadores que Catilina había dejado detrás de sí. Todo el mundo los señalaba con el dedo: se sabía que el complot no había sido abandonado, e incluso que él mismo había arreglado antes de su partida los detalles de la ejecución. Un tribuno debía dar la señal al convocar los comicios; después, en la noche siguiente, Cetego se encargaría de matar a Cicerón, y Gabinio y Estatilio prenderían fuego en doce puntos a la vez. Al llegar Catilina con su gente simultáneamente, se restablecerían inmediatamente las comunicaciones entre ellos. Si Cetego había previsto todo lo necesario, si Léntulo, que se había convertido en jefe del ejército y de los conspiradores de Roma en ausencia de Catilina, se había decidido al ataque inmediato, aún podía salir bien la empresa. Pero todos estos hombres eran incapaces y aún más cobardes que sus adversarios, y pasaron los días y las semanas sin hacer nada.

PRUEBAS OBTENIDAS Y ARRESTO DE LOS PRINCIPALES CONJURADOS

Finalmente el Senado se dispuso a tomar medidas decisivas. Lento y minucioso como siempre, y ocultando bajo la apariencia de proyectos de grandes concepciones o lejanas perspectivas la ineptitud que deja pasar la hora oportuna de la crisis y de la acción, Léntulo había reanudado sus inteligencias con los diputados de los galos alobroges, que por entonces estaban en Roma, esforzándose por comprometer en el

complot a estos representantes de una nación desorganizada (entrampados también hasta los ojos). Incluso se había llegado, cuando estos abandonaron la ciudad, a enviar con ellos algunos afiliados y darles cartas para los de afuera. Los alobroges partieron; pero en la noche del 2 al 3 de diciembre fueron detenidos no lejos de las puertas, y todas las cartas y papeles fueron cogidos. Entonces se vio que los enviados galos se habían convertido en espías de la República, y solo habían entrado en la conspiración para obtener de ella las pruebas tan deseadas por el cónsul para entregar a sus jefes. Llegada la mañana, Cicerón decretó auto de prisión contra los principales: Léntulo, Cetego, Gabinio y Estatilio fueron detenidos, mientras que otros se escaparon. Estaba probada, pues, la culpabilidad de todos. Inmediatamente después del arresto de los primeros, se presentaron al Senado las cartas interceptadas. No era posible desconocer los sellos ni la letra; se interrogó a los procesados y a los testigos, y se confirmaron todos los cargos, las armas aglomeradas en las casas y las amenazas proferidas en todas partes. Se había adquirido y comprobado jurídicamente el cuerpo del delito: Cicerón cuidó de que circularan por el público los más importantes procesos verbales. La irritación contra los conjurados era universal. Los oligarcas hubieran querido sacar ventajas de las revelaciones que tenían entre sus manos y exigir estrecha cuenta a la democracia, y principalmente a César; pero divididos como estaban entre sí, no habrían podido conseguir sus fines como en los tiempos de los dos Gracos y de Saturnino, cuando para ellos no había mucha distancia entre querer y poder. Por otra parte, los incendios convenidos entre los conjurados habían sublevado a la multitud. Para el mercader, para todo hombre que prestase culto a los intereses materiales, la guerra entre el deudor y el acreedor degeneraba naturalmente en un duelo a muerte. Toda la juventud del partido se apiñaba alrededor del Senado, rugiendo y exasperada, y amenazando, espada en mano, a los cómplices declarados o encubiertos de Catilina. La conjuración estaba en este momento paralizada: si aún quedaban libres algunos de sus agitadores, todo el estado mayor, todos los encargados de la ejecución de los planes estaban presos o habían huido. El ejército reunido en Fésula no podía ya hacer nada, al no estar apoyado por una insurrección en Roma.

DELIBERACIONES EN EL SENADO. EJECUCIÓN DE LOS PARTIDARIOS DE CATILINA

En toda República regular, cuando ha terminado la crisis política, todo lo que resta es cuestión del ejército y de los tribunales. Pero el desarreglo del gobierno en Roma era tal que no se sentía con fuerzas para tener en los calabozos a dos o tres hombres de la nobleza. Ya comenzaban a agitarse los esclavos, los emancipados de Léntulo y de sus cómplices, detenidos como él. Según se decía, todo se preparaba para arrancarlos por

medio de la violencia de las casas donde estaban detenidos con guardias de vista. Durante las agitaciones anárquicas de los últimos años, habían surgido en la ciudad verdaderos empresarios destajistas de desórdenes y motines. Catilina, advertido de lo que pasaba, estaba en las puertas de la ciudad y podía en cada momento intentar con sus bandas un golpe de mano. Es imposible decir lo que había de cierto en estos rumores; pero había fundamento para temerlo todo, principalmente cuando, conforme a la ley constitucional, los cónsules no tenían en su poder ni tropas ni policía suficiente. Roma pertenecía en realidad a la primera banda que cayese sobre ella. Se decía en voz alta que, para impedir las tentativas a favor de los prisioneros, convenía condenarlos a muerte sin forma de proceso. Pero, al hacer esto, se violaba la ley. Conforme a los términos del antiguo y sacrosanto derecho de apelación al pueblo, para sentenciar a pena capital a un ciudadano debía reunirse la asamblea popular. Ningún magistrado podía suplirla en este oficio; y, después del establecimiento de los tribunales del jurado, habían caído en desuso los juicios públicos y no se había oído pronunciar la pena de muerte. Por tanto, Cicerón hubiera preferido resistir las terribles sugerencias de la opinión. Por escéptico que fuese en cuanto al derecho, como abogado no ignoraba las ventajas que trae consigo el renombre de liberalismo, mientras que el derramamiento de sangre lo conduciría a la eterna ruptura con la democracia. Pero todo lo que lo rodeaba, y hasta su mujer (quien pertenecía al buen mundo), lo obligaba a coronar con un acto atrevido los servicios que acababa de hacer a la patria. Entonces el cónsul, teniendo gran cuidado de no parecer débil (esto es propio de los pusilánimes), y temblando en el fondo ante la terrible tarea que se imponía, convocó al Senado; en su perplejidad, lo dejó decidir sobre la vida o la muerte de los cuatro prisioneros^[10]. ¡Conducta verdaderamente inconsecuente! El Senado tenía menos poderes legales de jurisdicción que el magistrado supremo, y la responsabilidad legal del acto pertenecía completamente al cónsul. Pero ¿desde cuándo la cobardía conoce la lógica? César echó el resto para salvar a los culpables; y su discurso lleno de amenazas disfrazadas y de alusiones a la inevitable y próxima venganza de la democracia hizo una profunda impresión en todos los espíritus. Ya todos los consulares y la gran mayoría habían opinado por la ejecución inmediata. Sin embargo, he aquí que parece que la mayor parte de ellos, y Cicerón entre ellos, querían volver a las antiguas formas legales. Pero allí estaba Catón, el del espíritu estrecho y arisco, tachando de complicidad a todo aquel que sostuviese un parecer más humano. Entonces mostró a sus colegas que estaba dispuesto el motín para librar a los cautivos; llenó aquellas almas asustadas y vacilantes de un mayor terror, y, por último, les arrancó la resolución favorable a sus deseos. La ejecución del senadoconsulto correspondía a quien lo había puesto a deliberación. En la noche del 5 de diciembre, a una hora avanzada, sacaron a los culpables de las casas donde se los custodiaba. Atravesaron el *Forum*, que aún llenaba la multitud, y fueron colocados en

la prisión en la que antes se encerraba a los criminales condenados a muerte. Era un sombrío calabozo subterráneo, al pie del Capitolio, que antes había sido pozo o taza de una fuente (el *tulianum*). El cónsul en persona condujo a Léntulo, y los pretores, a los demás: todos iban con buena escolta y nadie intentó librarlos. Nadie sabía lo que se iba a hacer con ellos: si acaso serían colocados simplemente en un lugar seguro, o si eran llevados al suplicio. En la puerta de la prisión fueron entregados a los triunviros que tenían a su cargo las ejecuciones capitales, y, en cuanto se los bajó a los calabozos, fueron inmediatamente degollados a la luz de las antorchas.

De pie cerca de la puerta, el cónsul había esperado el fin del drama siniestro. Al poco tiempo volvió a atravesar el *Forum* y dirigió a la muchedumbre muda y ansiosa, con su voz clara y bien conocida, esta simple expresión: «Han vivido» (*vixerunt*). El pueblo circuló por las calles hasta medianoche aclamando a Cicerón, a quien se creía deudor de la salvación de sus casas y de sus bienes. El Senado ordenó publicar una acción de gracias; y los principales de la nobleza, Catón y Quinto Catulo, saludaron con el nombre de «Padre de la Patria» al autor de la sentencia ejecutada en el *tulianum*, honor tributado por primera vez a un ciudadano. De cualquier modo, este fue un acto cruel, y tanto más cuanto que el pueblo lo estimaba grande y meritorio. Nunca gobierno alguno se mostró menos a la altura de su misión que la República romana en esta noche fatal en la que la mayoría del poder, y con el asentimiento público, votó a sangre fría y dispuso sin proceso de la vida de presos políticos, culpables sin duda de actos punibles, pero que hasta entonces no habían incurrido en la pena capital; en esta noche en la que fueron asesinados a toda prisa porque no osaban confiarlos a la prisión, ya que la policía regular era impotente. La tragedia tiene casi siempre en la historia su lado cómico, y aquí el rasgo que hay que notar es que la crueldad más tiránica se verifica a través de la mano del más inconsecuente y timorato de los hombres de Estado que tuvo Roma: es ver al «primer cónsul popular» que tuvo la República, en cierto modo elegido para atacar el derecho de apelación, el *paladium* de las antiguas libertades romanas.

LA INSURRECCIÓN ES VENCIDA EN ETRURIA

Una vez que la conspiración había sido reprimida en la ciudad aun antes de haber estallado, faltaba solo vencer la insurrección de Etruria. Catilina había encontrado allí reunidos a unos dos mil hombres, aproximadamente; pero esta cifra se quintuplicó al poco tiempo con los reclutas que llegaban en tropel: ya tenía casi dos legiones completas, de las que solo una cuarta parte estaba suficientemente armada. Se internó en la montaña para evitar el choque con las tropas de Antonio, pues prefería concluir la organización de su pequeño ejército y esperar la explosión de la insurrección en

Roma. En estos intermedios se supo el fracaso de los sucesos, e inmediatamente se desbandaron sus tropas. Los menos comprometidos volvieron a sus casas, pero el resto, gente más determinada o impelida por la desesperación, intentó franquear los Apeninos y huir a la Galia. Cuando llegaron al pie de la montaña, no lejos de Pistoia, se encontraron cogidos, por decirlo así, entre dos fuegos. Delante estaba apostada la división de Quinto Metelo, que había acudido de Ravena y de Ariminum, y defendía las vertientes septentrionales; atrás estaban las legiones de Antonio, a quien sus oficiales habían decidido a marchar y a hacer la campaña en medio del invierno. La batalla entre los soldados de la República y los insurrectos se empeñó en el fondo de un valle estrecho, dominado por altas rocas. En cuanto al cónsul, no quiso ser el ejecutor de la venganza pública contra su antiguo aliado, y, con un pretexto cualquiera, resignó el mando aquel día en Marco Petreyo, viejo capitán encanecido en el ejercicio de las armas. El terreno no ofrecía ventajas al mayor número. Catilina, lo mismo que Petreyo, colocó a vanguardia a sus hombres más seguros: nadie daba ni recibía cuartel. El combate duró mucho tiempo, y por ambas partes cayeron un gran número de valientes. En el momento de venir a las manos, Catilina había mandado retirar su caballo y los de todos sus oficiales; y en este día mostró que la naturaleza lo había hecho para un destino poco común, pues sabía mandar como general y combatir como soldado. Por último, Petreyo rompió con su guardia el centro enemigo, al que dispersó, y se volvió a la vez contra las dos alas: su movimiento decidió la victoria. Los cadáveres de los soldados de Catilina cubrían el suelo en número de tres mil, perfectamente colocados en su línea de combate. Respecto de su jefe y los demás oficiales, se habían arrojado sobre los romanos cuando lo vieron todo perdido, buscando y encontrando allí la muerte (a principios del año 692). Antonio, victorioso a pesar suyo, recibió del Senado el título de *imperator*, título afrentoso en realidad. Nuevas funciones de acción de gracias atestiguaron que todos, gobernantes y gobernados, se habían acostumbrado ya a la guerra civil.

CRASO Y CÉSAR. SU POSICIÓN RESPECTO DE LOS ANARQUISTAS

La conspiración anárquica había sido ahogada en torrentes de sangre tanto en Roma como en el resto de Italia; de ella no quedaban más restos que los procesos criminales que diezmaron en Roma y en las ciudades etruscas a los afiliados de la facción destruida, y que aumentaron las numerosas cuadrillas de ladrones. En el año 694, por ejemplo, fue necesaria la fuerza militar para destruir en las inmediaciones de Thurium una partida formada con los restos de las hordas de Espartaco y del ejército de Catilina. Pero importa hacer constar que el golpe dado a los anarquistas que maquinaban el incendio de la ciudad, o combatían en Pistoria (Pistoia), no solo los

había alcanzado a ellos, sino que también había herido al partido democrático. Por más que el hecho no estuviese jurídicamente probado, sobre todo en lo que concierne a Craso y a César, a los ojos de la historia no es menos cierto que este partido había entrado en las maquinaciones de la víspera, al igual que en las del año 688. Del hecho de que Catulo y los principales senadores hubiesen tratado a César de cómplice, y de que él mismo hubiera hablado en el Senado en contra del asesinato judicial premeditado por la oligarquía, no se deduce en manera alguna su manifiesta complicidad. Embrollo de partido jamás es prueba; sin embargo, vienen otras circunstancias a pesar en la balanza. Testimonios explícitos e incontestables muestran a César y a Craso en el primer rango entre los pretores de la candidatura consular de Catilina. Cuando en el año 690 César ordenó comparecer ante su tribunal a los agentes de Sila, los condenó a todos excepto a Catilina, que era el más infame. El 3 de diciembre, cuando Cicerón hacía sus revelaciones y manifestaba al Senado los nombres de los conjurados, no hizo mención de estos dos personajes. Sin embargo, es seguro que los delatores, además de los que fueron sometidos al interrogatorio, habían hablado también de «muchos inocentes» que el cónsul juzgó conveniente borrar de su lista de acusados. Más tarde, al cabo de muchos años, cuando ya no había las mismas razones para ocultar la verdad, no vaciló en colocar a César entre los conjurados. Asimismo, había una acusación indirecta, pero clara, al darles a César y a Craso, en su calidad de senadores, a dos de los cuatro conjurados detenidos el día 3 de diciembre para que los guardasen, si bien fueron los menos peligrosos, Estatilio y Gabinio. Si los dejaban escapar, se condenaban a sí mismos ante la opinión pública; reteniéndolos prisioneros, se separaban de sus cómplices y se comprometían a los ojos de la facción. Un incidente que ocurrió en el Senado muestra lo embarazoso de su situación. Léntulo acababa de ser arrestado con sus consortes. Un agente de la conspiración enviado a Catilina por parte de Craso fue arrestado en el camino y conducido ante el Senado; allí, bajo la promesa de impunidad, hizo una confesión circunstanciada. Cuando llegó a la parte más delicada y ya estaba por nombrar a Craso como el dador de la comisión, los senadores lo interrumpieron, y, a propuesta de Cicerón, se anuló toda la acusación, sin querer llevar más lejos sus indagaciones. Después, a pesar de la amnistía prometida, encerraron al mensajero en una prisión hasta que se retractase y declarara quién lo había incitado a semejante impostura. Es claro que todo se sabía; testigo de esto es aquel Sicinio que, invitado a habérselas con Craso, no se cuidó de «coger el toro por los cuernos». La mayoría de los senadores, y entre ellos Cicerón, no querían que las revelaciones pasasen de cierto límite. Fuera de la curia no se tenían tantos miramientos; los jóvenes llamados a las armas contra los incendiarios le tenían más ganas a César que a todos los demás. El 5 de diciembre, a su salida del Senado, lo rodearon y le pusieron en el pecho las puntas de sus espadas; faltó poco para que perdiese entonces la vida, en el mismo lugar donde caerá dieciséis

años después bajo los golpes de otros asesinos. A partir de este día, no volvió a presentarse en la curia. Concluyamos: siguiendo y estudiando la marcha de toda la conspiración, no es posible desechar la sospecha de que detrás de Catilina había hombres de mucha valía. Fuertes con la falta de pruebas jurídicas completas, y con la tibieza o la cobardía de un Senado que medio ignoraba el estado de las cosas, y que estaba siempre dispuesto a aprovechar la ocasión para no hacer nada, estos hombres habían impedido que el magistrado obrase con vigor, y habían proporcionado al jefe de los insurrectos los medios de una libre partida. Así, cuando se declaró la guerra y se envió un ejército contra los rebeldes, se hizo todo lo posible para que se convirtiese en ejército auxiliar de la rebelión. Por último, como si el suceso del complot no fuese suficiente para mostrarnos que los hilos de la trama estaban en manos más diestras que las de Léntulo y Catilina, no podemos pasar en silencio la conducta ulterior de César. Mucho tiempo después, cuando se encuentre en la cima del poder, lo veremos mantener estrecha alianza con los pocos partidarios de Catilina que aún vivían, como Publio Sicio, que era jefe de partida en Mauritania. Además, sus leyes sobre el crédito y las deudas llevaron el sello de la templanza que se pedía en las proclamas de Manlio. He aquí muchos indicios y muy claros; por otra parte, aunque estos faltasen, se ve claramente que la democracia, agobiada y abatida ante el poder militar que había crecido a su lado y que era ahora más amenazador que nunca, debía ir a buscar su salvación en las maquinaciones subterráneas, incluso en la alianza con la anarquía. Se había llegado a un estado de cosas muy parecido al de los tiempos de Cina. Mientras Pompeyo dominaba en Oriente, como antes Sila, Craso y César se esforzaban en crear en Italia una fuerza para oponerle, pero decididos a servirse de ella mejor que los otros, si esto era posible. ¿Era necesario para conseguir este fin pasar por el terrorismo y la anarquía? Pues Catilina era su hombre. Naturalmente, y por decencia, ellos permanecían en segunda fila, dejando el papel más feo a manos más sucias, pero contando con apoderarse más tarde del terreno político conquistado. La empresa fracasó y todos los conspiradores nobles ocultaron por cuantos medios estuvieron a su alcance su juego de la víspera. Por último, cuando muchos años después el conspirador de hoy será a su vez objeto de maquinaciones, se procurará hacer más denso el velo que cubre estos años sombríos de la vida del gran hombre; hasta tendrá apologistas que escribirán libros para él^[11].

COMPLETO ABATIMIENTO DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO

Entre tanto, hacía ya cinco años que Pompeyo estaba en Oriente a la cabeza del ejército y de la escuadra; hacía cinco años que la democracia conspiraba en Roma para derribarlo, pero su fracaso era suficiente para desanimarla. Después de

indecibles esfuerzos, no había adelantado nada; lejos de esto, había perdido mucho moral y materialmente. Ya la coalición del año 683 había traído sus sinsabores para los verdaderos demócratas, por más que en esta ocasión la democracia había pactado solo con dos de los principales dirigentes del otro partido y les había impuesto su programa. En la actualidad se había aliado con una banda de asesinos y de tramposos, tránsfugas casi todos del campo de la aristocracia, y había tenido que aceptar su plan de operaciones, siquiera fuese por poco tiempo, con el terrorismo de los tristes días de Cina. Inmediatamente se enajenó el partido de los intereses materiales, ese elemento tan importante de la coalición del año 683; cuando se vio perdido, se arrojó en los brazos de los optimates y de todos los que quisieran y pudieran defenderlo de la anarquía. Por poco hostil que se mostrase la multitud de las calles al motín, no le gustaba que le quemaran las casas en que se albergaba y por tanto se mostró tibia. Circunstancia notable: en este mismo año (691) se había restablecido por completo, mediante un senadoconsulto y a propuesta de Catón, la anona semproniana. La alianza de los jefes de los demócratas con la anarquía había separado de ellos la masa de los ciudadanos de Roma, y la oligarquía intentó, con cierto éxito momentáneo, ensanchar el cisma y atraer el pueblo a su causa. Finalmente iba a volver Pompeyo, medio advertido y medio irritado por todas estas maquinaciones. Después de todo lo que había pasado, después de que en realidad los demócratas habían roto los lazos que los unían con él, no podían exigirle que no hiriese con su espada a aquel poder que él había elevado tan alto, por más que se elevase a sí mismo al propio tiempo. De este modo se había deshonrado y debilitado la causa de la democracia; descubierta por completo, sin dirección y sin energía, sucumbía bajo el ridículo. Mientras no hubo más tarea que humillar al medio muerto régimen oligárquico, o agitarse en frívolos manejos, fue grande y fuerte; pero cayó por tierra en el momento en que quiso conseguir el objeto político tan codiciado. Sus relaciones con Pompeyo eran falsas: por un lado acumulaba alabanzas y homenajes, y por otro urdía contra él intrigas sobre intrigas, que desaparecían una tras otra y se deshacían como burbujas de jabón. El capitán general de mar y tierra, lejos de defenderse, aparentaba desconocer estos manejos; y sus victorias sobre los demócratas recuerdan a Hércules aplastando con su maza a los pigmeos. Un día intentaron atizar el incendio de la guerra civil, pero no lo consiguieron. Si la facción anárquica hubiese desplegado más vigor, indudablemente la democracia pura habría tomado a sueldo sus bandas; pero lo cierto es que no hubiera sabido conducirlos ni salvarlos, ni morir con ellos. De este modo fue que la vieja oligarquía, este cuerpo medio muerto pero reanimado con las masas procedentes del otro campo, al encontrar con Pompeyo el terreno de un interés manifiestamente común, había recobrado fuerzas, rechazado la tentativa revolucionaria y conseguido su última victoria. Durante este tiempo, Mitrídates ya había muerto y se había terminado la organización de Asia Menor y de Siria. En Italia

se esperaba para cualquier momento el regreso del procónsul. Estaba próxima, pues, la hora decisiva. Sin embargo, entre el *imperator* que volvía radiante de gloria y más poderoso que nunca, y la democracia abatida, debilitada y casi disuelta, ¿qué partido habían de tomar sus jefes? Craso comenzó a preparar el embarco de su familia y sus riquezas para ir a buscar un asilo en Oriente; el mismo César, esa naturaleza llena de energía y de soluciones, parece que tuvo la partida por perdida. Este mismo año se presentó candidato al gran pontificado: cuando salió de su casa la mañana de la elección se le oyó exclamar que, si no triunfaba, no volvería a pasar aquellos umbrales.

VI

REGRESO DE POMPEYO COALICIÓN DE LOS PRETENDIENTES

POMPEYO EN ORIENTE

Cuando Pompeyo volvió sus miradas hacia su patria, una vez cumplida su misión en Oriente, vio que por segunda vez estaba en su mano la diadema. Hacía mucho tiempo que la marcha de la República la conducía a la catástrofe: era evidente para todo espectador imparcial, y se había anunciado muchas veces, que el día en que cayese la aristocracia vendría necesariamente la monarquía. El Senado estaba expirando, atacado a la vez por la oposición liberal y por la dictadura de las armas; y al comenzar el nuevo orden de cosas, solo se trataba de la consagración de personas nuevas, de nombres y de formas. Exactamente indicados en el movimiento semidemocrático y semimilitar, en los cinco últimos años los acontecimientos habían acabado el antiguo trabajo de la transformación política. En Asia, en esas provincias que se obstinaban en ver un rey en todo reorganizador procedente de Roma, y que lo veneraban de la misma forma que a un sucesor de Alejandro y trataban como príncipes a sus emancipados predilectos, Pompeyo había asentado los fundamentos de su prepotencia: ejército, tesoro, aureola de gloria, todo lo que necesitaba el futuro monarca de Roma lo había encontrado allí el general. Incluso las maquinaciones anárquicas de la capital, duplicadas por la guerra civil, hacían sentir cruelmente a todo el que conocía los negocios públicos, o prestaba siquiera culto a los intereses materiales, cuán expuesto quedaba el Estado a la tiranía cruel y ridícula de los caballeros de industria de la política, a un régimen sin autoridad y sin fuerza armada para cumplir sus inmediatas órdenes, en una palabra, al régimen senatorial. Por tanto, se veía también cuán inevitable era entonces la revolución constitucional que supiese asociar la espada al poder civil. Sin esto, no podía subsistir la sociedad. Mientras que en Oriente se había constituido el poder, en Italia se levantaba el trono: según todas las apariencias, el año 692 iba a ser el último de la República y el primero de la monarquía.

LOS ADVERSARIOS DEL FUTURO MONARCA

Sin embargo, era necesario luchar en todas partes antes de conseguir el fin. Una constitución que contaba ya con cinco siglos de antigüedad había convertido la

pequeña y oscura ciudad de las orillas del Tíber en una capital magnífica y prodigiosa. Las raíces de esta constitución habían penetrado hasta una profundidad desconocida, y no podía decirse hasta qué capas sociales tendría que profundizar la tentativa revolucionaria. En la liza abierta a los competidores, Pompeyo se había adelantado a todos, aunque no los había vencido por completo. Debía prever la coalición de todos los elementos hostiles a su nuevo poder: iba a tener en frente a Quinto Catulo y Marco Catón, al lado de Marco Craso, Cayo César y Tito Labieno. Como quiera que fuese, por más que la lucha fuese inevitable y seria, no podía empeñarse bajo mejores auspicios. ¿Acaso no era completamente verosímil que, con la reciente impresión provocada por la insurrección de Catilina, todo el partido del justo medio se colocara al lado de un poder que prometiese orden y seguridad, siquiera fuese a expensas de las libertades públicas? ¿O que la masa de los capitalistas, cuidadosos únicamente de sus intereses materiales, y una parte de la aristocracia, políticamente desorganizada y sin esperanza para sí misma, aceptaran de buen grado toda transacción oportuna que les garantizara a través del príncipe la riqueza, el rango y la influencia? Por último, rendida bajo el peso de los recientes golpes, una fracción de la demagogia se acomodaría con un jefe militar, elevado hasta el trono, en cuanto pudiese conseguir la realización de una parte de sus deseos. Por lo demás, cualquiera que fuese el estado de los partidos en general, todo iba a depender de la actitud que estos mismos adoptasen en Italia, tanto respecto de las legiones victoriosas como de Pompeyo. Al volver Sila a Roma, veinte años atrás, después de haber estipulado con Mitrídates una paz que él juzgaba necesaria, se vio frente a una inmensa fracción liberal que estaba armándose desde hacía mucho tiempo, y que incluía a los aristócratas moderados, a los especuladores de opiniones avanzadas y a los anarquistas. Sin embargo, con sus cinco legiones solas había sabido verificar una restauración contraria al curso natural de las cosas. Mucho menos difícil era la tarea para Pompeyo, pues volvía después de haber cumplido a conciencia las diversas misiones que se le habían encargado. No podía temer ninguna oposición seria a no ser del lado de los partidos extremos, impotentes aisladamente, y que, aun en el caso de que se unieran, no resultaría de esto más que una coalición de facciones que se harían una guerra encarnizada, o que por lo menos estarían separadas por un abismo. Esta oposición no tenía armas, ejército ni cabeza; no tenía ninguna organización en Italia, ni apoyo alguno en las provincias, y tenía que buscar todavía su general. ¿Dónde hallar en sus filas a un capitán de renombre, a un oficial lo bastante osado como para llamar a los ciudadanos a las armas contra Pompeyo? Además, no se olvide que hacía ya sesenta años que el volcán de la revolución estaba arrojando lava y llamas. Se había agotado su foco e iba a extinguirse. Era más que dudoso que hoy se consiguiera sublevar a los itálicos por una causa y por determinados intereses que otras veces, en manos de Cina y de Carbón, habían sido una palanca poderosa. Si Pompeyo ponía

empeño en ello, se asistiría pronto a un cambio de régimen que la marcha de la política señalaba como un acontecimiento natural y, en cierto modo, necesario.

MISIÓN DE NEPOTE EN ROMA

Pompeyo había elegido una ocasión oportuna cuando había hecho que lo mandaran a Oriente, y parecía querer seguir su camino. En el otoño del año 691, Quinto Metelo Nepote salió del campamento del procónsul y vino a Roma a solicitar el tribunado, diciendo en voz alta que, una vez nombrado, prepararía la candidatura de su general para el consulado del año 693, y que después haría que le encomendasen por un plebiscito expreso el mando de la guerra contra Catilina. La agitación era grande en Roma. No podía dudarse de que Nepote obraba por instrucciones directas o indirectas de su general. Al querer Pompeyo entrar en Italia a la cabeza de sus legiones de Asia revestido del *imperium*, y ejerciendo el poder supremo en lo civil y en lo militar, daba manifiestamente un paso más en el camino hacia el trono. El envío de Nepote era el anuncio oficial de la monarquía.

POMPEYO FRENTE A LOS PARTIDOS

¿Qué conducta iban a seguir los dos grandes partidos políticos en semejantes circunstancias? De esto dependía su posición en el porvenir y la suerte del pueblo romano. Por otra parte, la acogida que encontrasen en Nepote dependería de las relaciones que hubiese entre los partidos y Pompeyo, relaciones de una naturaleza enteramente particular. Al partir para Oriente, Pompeyo era el general de la democracia. Por más que tuviese muchos motivos de disgusto contra César y sus amigos, aún no habían roto por completo. Creo probable que al estar lejos de los lugares, con su atención fija en otros cuidados, y no siendo muy hábil en los asuntos políticos, hasta ese momento Pompeyo no había medido en toda su extensión las tramas urdidas contra él por los demócratas. Quizás, en fin, desde lo alto de su soberbia de cortos alcances, quería ignorar los trabajos que se hacían para minarle el terreno. Agréguese a esto que la democracia prodigaba a cada momento al gran héroe testimonios exteriores de admiración y respeto: adulación irresistible para un hombre de carácter, que la víspera misma, en el año 691, había sido colmado de honores e insignias gloriosas espontáneamente y mediante un plebiscito. Pero, aunque no hubiese mediado todo esto, aún estaba en su interés bien entendido continuar siendo amigo del partido popular. Entre la democracia y la monarquía hay cierta estrecha afinidad; y, en el momento en que el general quisiera apoderarse de la corona,

necesitaría erigirse en campeón de las libertades. Luego concurrían motivos personales y políticos que permitían mantener la alianza entre Pompeyo y los jefes de la democracia. Por otra parte, no se había hecho nada para colmar el abismo que, desde su entrada en el campo democrático, lo separaba de los silanos, sus antiguos amigos. Sus querellas con Metelo y con Lúculo habían sublevado a sus respectivas pandillas, a la vez numerosas e influyentes. La oposición mezquina del Senado, tanto más irritante cuanto que se dirigía a un hombre en el que todo eran pequeñeces, lo había seguido en todo el curso de sus campañas. Pompeyo sufría cruelmente porque el Senado no había hecho nada para honrar dignamente en él al hombre de genio extraordinario o, mejor dicho, para recompensarlo extraordinariamente. Tampoco olvidemos que la aristocracia se enorgullecía con su victoria de la víspera; que la democracia se sentía humillada, y que mientras la primera tenía por guía a Catón, el más testarudo de los hombres, la democracia obedecía a César, el hombre más astuto que se ha conocido para dirigir una intriga.

RUPTURA DE POMPEYO Y DE LA ARISTOCRACIA

En esto se estaba cuando llegó a Roma el enviado de Pompeyo. La aristocracia no solo vio una declaración de guerra contra el orden establecido en las proposiciones del portador, sino que las recibió abiertamente como tales y no disimuló sus inquietudes ni su mal humor. Con el fin expreso de combatirlas, Marco Catón se hizo elegir tribuno del pueblo con Nepote, y rechazó brutalmente los esfuerzos de Pompeyo, que quería atraerlo. Nepote entonces se mostró, como puede suponerse, poco dispuesto a guardar miramientos a los aristócratas y se separó del lado de sus adversarios, tanto más fácilmente en la medida en que estos, dóciles como siempre, aceptaron lo que no podían impedir, y antes de ver cómo se los arrebatava por las armas, le concedieron amigablemente el generalato de Italia y el consulado. Muy pronto se manifestó una cordial inteligencia. Estando de acuerdo Nepote con los demócratas (diciembre del año 691), censuró las ejecuciones recientes votadas por el Senado y los asesinatos judiciales atentatorios contra la ley constitucional. Lo mismo pensaba Pompeyo, su señor y maestro; Pompeyo, quien a la extensa apología que le envió Cicerón solo respondió con un silencio significativo. En este mismo tiempo César comenzaba su pretura, pedía a Catulo cuentas de las sumas malversadas con motivo de la reconstrucción del templo Capitolino, y además confiaba su terminación a Pompeyo. Este primer acto era un golpe de partido. Catulo había estado dirigiendo estos trabajos desde hacía ya dieciséis años y parecía querer perpetuarse en este cargo durante toda su vida. Pero apoyándose en abusos cometidos en el ejercicio de un mandato público y único que protegía la importancia del personaje oficial, César

entabló una acusación completamente fundada, al mismo tiempo que muy popular. Se sugería a Pompeyo la ambición de borrar el nombre de Catulo de aquellos muros, el más noble monumento de la más noble ciudad del mundo, e inscribir el suyo en su lugar. Esto era una cosa en extremo codiciada y que en nada perjudicaba la democracia, pues, si bien los honores que se le concedían eran excesivos, también eran vanos. Por último, se lo indisponía con la aristocracia, que no toleraría en manera alguna la humillación de su mejor capitán.

Nepote presentó ante el pueblo las mociones concebidas en interés de su general; pero el día de la votación opusieron su veto Catón y su amigo y colega Quinto Minucio. Nepote no hizo caso y continuó su lectura; se produjo entonces una verdadera pelea. Catón y Minucio se arrojaron sobre su colega y lo obligaron a detenerse; pero en seguida acudió una porción de gente armada que lo libró y arrojó a los aristócratas del *Forum*. Catón y Minucio volvieron entonces a la carga acompañados también de hombres con armas, y quedaron dueños del campo de batalla. Alentado por esta victoria de sus partidarios sobre la facción contraria, el Senado suspendió de sus cargos al tribuno Nepote y al pretor César (este había apoyado la moción con todas sus fuerzas), y hasta se propuso su destitución. Sin embargo Catón se opuso a tal medida, no tanto por anticonstitucional, sino más bien por inoportuna. Por otra parte, sin preocuparse César de la suspensión pronunciada, continuaba ejerciendo su cargo a la espera de que el Senado emplease la fuerza contra él. En el momento en que las masas supieron lo que pasaba, se aglomeraron delante de su casa y le ofrecieron sus servicios. Solo dependía de él comenzar inmediatamente la lucha en las calles o, por lo menos, sostener las proposiciones de Nepote y hacer que se diese a Pompeyo el mando militar de Italia que tanto deseaba. Pero como nada de esto favorecía sus planes, invitó a los grupos a que se disolviesen, después de lo cual el Senado retiró su sentencia. En cuanto a Nepote, había abandonado Roma luego de que hubiera sido suspendido en su cargo y, tras embarcarse para Asia, fue a dar cuenta a Pompeyo de los tristes resultados de su embajada.

REGRESO DE POMPEYO

Las cosas marchaban a medida del deseo del general de Asia. Si el camino del trono pasaba necesariamente por la guerra civil, la incurable tontería de Catón suministraba los mejores pretextos para comenzarla. Después de la ilegal condena de los partidarios de Catilina, y después de las inauditas violencias cometidas contra un tribuno del pueblo, contra un Metelo Nepote, podía desenvainar la espada contra la aristocracia y erigirse en defensor del derecho de apelación al pueblo y de la

inviolabilidad del tribunado, esos dos escudos de las libertades de la República romana. Al mismo tiempo, como amigo de la causa del orden, podía marchar contra las bandas de los partidarios de Catilina. Parecía imposible que no aprovecharse la ocasión, o que por segunda vez fuese con los ojos abiertos a arrojarse en la red en que lo habían cogido en el año 684, cuando licenciaron su ejército, y de la que lo había sacado al fin la Ley Gabinia. Pues bien, cuando no tenía que hacer más que coger la corona real y colocarla en su cabeza, pues la codiciaba con toda su alma, le faltaron el valor y la fuerza en el momento oportuno. Hombre ordinario en todo, excepto en sus ambiciones, soñaba por encima de la ley; pero a condición de que su sueño se realizase sin salirse él del terreno legal. Ya sus vacilaciones, aún estando en Asia, hacían presentir su conducta. Si él hubiera querido, nada más fácil que entrar en enero del año 692 con una escuadra y un ejército en el puerto de Brindisi, y recibir allí a Nepote. Sin embargo se mantuvo en Asia durante todo el invierno: retraso funesto y del que se aprovechó la aristocracia. Lo utilizó hasta donde pudo, precipitó la guerra contra Catilina y destruyó sus bandas; y, ahora, ¿a qué razones podría apelar para mantener en pie de guerra las legiones al volver a Italia? Un hombre de tal carácter, que no tenía fe en sí mismo ni en su estrella, y que su vida pública iba completamente unida al formalismo legal, necesitaba para obrar un pretexto casi más que un derecho, y entonces la destrucción de Catilina le hubiera servido a las mil maravillas. Además, Pompeyo contaba con que sus soldados, aun licenciados, permanecerían en cierto modo bajo su mando; y, en caso de necesidad, sabría poner un nuevo ejército en campaña antes que cualquier otro jefe de partido. Le parecía que la democracia prosternada no esperaba más que su señal para obedecerle, y que para deshacerse de un Senado intratable no necesitaba emplear la espada. Estas razones que tenían algo de verdaderas, con otras muchas del mismo género, debían parecer plausibles a quien buscaba un pretexto para engañarse a sí mismo. En último caso, se sobrepuso además su naturaleza tímida. Era de esos hombres que son capaces de un crimen, pero que no osan aparecer insubordinados; y por otra parte, no era más que un soldado, en el buen y mal sentido de la palabra. A los espíritus grandes la ley se impone como una necesidad moral; para los espíritus medianos no es más que la regla tradicional y cotidiana. Por esto es por lo que la disciplina militar, que convierte la ley en hábito, más que en cualquier otra cosa, liga a los indecisos con un lazo mágico. ¿Cuántas veces no hemos visto al soldado premeditar la insubordinación contra su jefe, y a la vez entrar por sí mismo sumiso en las filas y obedecer la voz de mando? Este sentimiento experimentaron Lafayette y Dumouriez cuando vacilaron a última hora en hacer traición, y por eso fue que no consiguieron el triunfo. Tampoco supo Pompeyo sustraerse a él.

Como quiera que fuese, en el otoño del año 692 se hizo a la vela para Italia. Mientras que en Roma todo se preparaba para recibir al nuevo monarca, he aquí que

llega la nueva de que el general, apenas desembarcado en Brindisi, había licenciado sus legiones y se había puesto en camino para la capital seguido solo de algunos hombres. Si hay dicha en poder ceñir sin trabajo una corona, es necesario confesar que el destino nunca hizo tanto por un mortal como había hecho en esta ocasión por Pompeyo; pero a quien no tiene valor, en vano prodigan los dioses sus dones y sus favores.

NUEVA ANULACIÓN DE POMPEYO

Los partidos respiraron. Pompeyo abdicaba por segunda vez y sus contrincantes, libres, podían volver a entrar en la liza, donde, cosa singular, él mismo iba a mostrarse de nuevo. Se lo volvió a ver en Roma en enero del año 693. Su posición era falsa y vacilante entre los partidos, hasta el punto de que por irrisión se lo llamaba Gneo Cicerón. Había tenido la habilidad de malquistarse con todos. Los anarquistas veían en él un adversario, los demócratas un amigo incómodo, Marco Craso un rival, la clase rica un protector dudoso y los aristócratas un enemigo declarado^[1]. Era más que nunca omnipotente: su clientela militar se extendía por toda Italia. Su influencia en las provincias, sobre todo en las del este, su renombre de capitán y sus inmensas riquezas le daban una importancia que nadie podía igualar. Sin embargo, en lugar del entusiasmo que esperaba, solo halló una recepción fría, que fue aún mayor considerando sus exigencias. Tal como había anunciado por boca de Nepote, reclamaba para sí un segundo consulado, la confirmación de todo lo hecho por él en Oriente, y, por último, el cumplimiento de las promesas que había hecho a sus soldados, a saber, las asignaciones de tierras. A todo esto el Senado contestó con una oposición sistemática, fomentada principalmente por los rencores personales de Lúculo y de Metelo el Crético, por la antigua rivalidad de Craso y por los absurdos escrúpulos de Catón. Se le negó secamente el segundo consulado. Estando ya en camino, el Senado le había negado su primera pretensión a la elección consular para el año 693 hasta que llegase a la ciudad; menos podía esperar que le dispensasen del cumplimiento de la Ley Silana, que prohibía las segundas candidaturas. Por lo que a la organización provincial respecta, deseaba pura y simplemente una aprobación general; Lúculo hizo decidir que se deliberaría y votaría especialmente sobre cada una de las medidas adoptadas. Esto era abrir el campo a una infinidad de cuestiones y prepararle mil derrotas. El Senado ratificó en conjunto la promesa de asignaciones para los soldados del ejército de Asia, pero extendió el beneficio a las legiones cretenses de Metelo. Lo peor fue que, como las cajas de la República estaban vacías, y los senadores no querían echar mano para tales generosidades a los dominios disponibles, no se llevó a cabo inmediatamente la ejecución. Pompeyo desesperó de

no vencer jamás la tenaz y maligna oposición de la curia, y se volvió hacia el pueblo. Pero también aquí fracasó. Sin marchar abiertamente contra él, los jefes del partido democrático tenían otros asuntos en que pensar y en que exponer sus intereses, y se mantuvieron a la expectativa. En cuanto a sus instrumentos y a sus hechuras, como los cónsules Marco Papio Pisón, elegido para el año 693, y Lucio Afranio para el año 694, que debían su nombramiento a su influencia o a su dinero, fueron tan torpes como inútiles. Por último, cuando un día un tribuno del pueblo propuso la moción no apoyada por los demócratas y combatida públicamente por los aristócratas, solo reunió una escasa minoría de votos (a principios del año 694). Entre tanto, Pompeyo la echaba de demagogo, pero sin habilidad y sin éxito: perdía en consideración sin conseguir sus fines. Pompeyo se había suicidado. Uno de sus adversarios pintaba en una sola frase su situación política: «Pompeyo —exclama— no ha cuidado más que de guardar silenciosamente su pobre toga bordada» (la toga triunfal). No le quedaba más recurso que irritarse.

ELEVACIÓN DE CÉSAR

Se presentó entonces otra combinación. El jefe de los demócratas había sabido obrar y aprovechar los días de calma política que siguieron a la llegada del hasta entonces omnipotente general. En los momentos en que este abandonaba el Asia, la importancia de César no superaba en mucho la que tenía Catilina la víspera: no era más que el jefe de una facción que degeneraba en un club de conspiradores; no era más que un hombre agobiado por las deudas. Al salir de la pretura fue promovido al gobierno de la España ulterior. Gracias a su nueva posición pudo pagar a sus acreedores, y preparar los fundamentos de su gloria y de su influencia militar. Lo había ayudado su antiguo amigo y aliado Craso, esperando hallar en él contra Pompeyo el punto de apoyo que había perdido en la persona de Pisón. Tanto fue así que, incluso antes de que partiese para su provincia, lo había descargado de sus más pesadas deudas. Por último, durante su corta permanencia en España, César trabajó enérgicamente en su futura fortuna. En el año 694 volvió con sus cofres bien preparados y fue saludado *imperator*, con bastantes títulos como para aspirar a los honores del triunfo. Solicitaba además el consulado para el año siguiente; pero como el Senado le prohibiese presentar su candidatura estando ausente, renunció al triunfo sin vacilar. Hacía muchos años que la democracia luchaba por elevar a uno de los suyos a la función suprema: de aquí a apoderarse del poder militar no había más que un paso. Hacía también muchos años que los hombres ilustrados de todos los partidos comprendían que no era dado a la agitación civil terminar la lucha, y que solo la espada podía arreglarlo todo. Por otra parte, aunque la coalición de los demócratas y

de los principales jefes del ejército hubiese puesto término a la supremacía del Senado, no podría haber nunca más que una salida, la subordinación completa del elemento popular al militar. Si el partido quería dominar, necesitaba no aliarse con generales pertenecientes al otro campo, y por consiguiente hostiles a él, sino hacer generales a sus propios jefes. Las tentativas abortadas de Catilina no habían tenido otro objeto; tampoco habían sido más afortunadas las que se habían hecho para buscar una posición militar en España o en Egipto. Por último, en la actualidad se ofrecía la ocasión de asegurar el consulado por medios pacíficos y constitucionales al hombre más notable del partido; de fundar, propiamente hablando, la dinastía democrática; y también de emanciparse de Pompeyo, aliado equívoco y peligroso.

SEGUNDA COALICIÓN ENTRE POMPEYO, CÉSAR Y CRASO

Pero cuanto más importaba al partido entrar en este camino (que era la única salida, aunque no la mejor) con serias probabilidades de éxito, tanto más había que esperar de la encarnizada resistencia de sus adversarios. ¿Qué enemigos tenía delante de sí? Esta era toda la cuestión. Abandonada a sus fuerzas, la aristocracia no era temible, pero en la caída de Catilina se había visto lo que aún podía hacer, desde el momento en que tenía el apoyo más o menos declarado del partido de los intereses materiales y de los partidarios de Pompeyo. Había derrotado muchas veces la candidatura de Catilina y podía asegurarse que intentaba hacer lo mismo con la de César. En este sentido, por más que triunfara, aún no estaba ganada la partida. Necesitaba por lo menos muchos años de un mando activo ejercido sin obstáculo fuera de Italia para crearse una buena posición militar; pero, durante estos tiempos preparatorios, la nobleza recurría a todos los medios para contrarrestar sus planes. ¿Qué hacer, pues, para aislar la aristocracia tal como se había hecho en los años 683 y 684? Se ofrecía naturalmente una idea: la de una nueva alianza sólidamente fundada en el interés de todos entre los demócratas y su aliado Craso, por una parte, y Pompeyo con la alta banca, por otra. Mas, para Pompeyo, semejante alianza era un suicidio. Su ascendiente político consistía en que era el único de los jefes de partido que disponía, hasta cierto punto, de las legiones incluso después de licenciadas. La democracia tendía a quitarle la preponderancia y a crearle un rival, al elevar a su jefe a su misma altura. Por lo tanto, nunca podía prestarse a la combinación, y mucho menos cuando se tratase de elevar al generalato a César, quien siendo un simple agitador del pueblo le había suscitado tantos obstáculos, y que había dado en España recientes pruebas de su gran capacidad militar. Y, sin embargo, al ser el objeto constante de la oposición del Senado, y colocado en frente de la multitud a quien era indiferente, Pompeyo se veía en la situación más difícil y humillante, sobre todo respecto de sus antiguos

soldados. Dado su carácter, sacarlo de aquel estado era seguramente ganarlo para la coalición. En cuanto al llamado partido de los caballeros, se lo encontraba siempre dondequiera que estuviera el poder; por tanto, era natural que no se hiciese esperar mucho tiempo apenas se verificase la nueva alianza entre Pompeyo y la democracia. Agréguese a esto que los rigores de Catón contra los publicanos, loables por otra parte, habían separado nuevamente del Senado a las clases ricas.

REVOLUCIÓN EN LA FORTUNA DE CÉSAR

Así, pues, se verificó en el estío del año 694 la coalición que aseguraba a César el consulado para el año siguiente y en seguida el proconsulado. Pompeyo obtendría la ratificación de sus arreglos en Oriente y la realización de las asignaciones de tierras prometidas al ejército de Asia. Los caballeros se comprometían a dar a César, mediante el voto popular, lo que a él le había negado el Senado. Por último, Craso, el inevitable Craso, tomaba parte en la alianza sin provecho especial por una adhesión que, de cualquier modo, no podía negar. De esta forma, los mismos elementos, y casi las mismas personas que habían pactado en el año 683, volvían a pactar en el año 694; pero ¡qué diferencia en la posición respectiva de los aliados! Antes, la democracia no era más que un partido político, y los aliados estaban cada cual al frente de su ejército victorioso. Ahora, tienen por jefe a un hombre coronado por la victoria, aclamado también *imperator*, y que abriga en su cerebro los más vastos proyectos de conquista. Por el contrario, los aliados no son más que generales sin ejército. Antes, la democracia se había impuesto en la cuestión de principios, pero a costa de las funciones supremas que encomendaba a los aliados; en la actualidad era ya más práctica, guardaba para sí misma los poderes civiles y militares, y no hacía a los generales sino concesiones secundarias. Cosa notable: Pompeyo quiso ser cónsul por segunda vez y no se tomó en cuenta su deseo. Si tiempo atrás la democracia se había entregado a sus aliados, ahora los aliados dependen de la democracia. Todas las situaciones han cambiado por completo, y por ende la democracia misma. Desde el día en que nació había comprendido que llevaba en su seno el germen de la monarquía. Sin embargo, el ideal de la constitución entrevisto por los hombres más capaces del partido era una imagen más o menos distinta: era siempre la República puramente civil, el sistema político a la manera de Pericles, donde el poder del príncipe debía tener su base en el pueblo, de quien sería la más noble y perfecta representación, y que a su vez lo reconocería en sus más nobles y completos elementos como el depositario de toda su confianza. Ahora bien, todo lo que puede alcanzar el ideal en tales casos es obrar sobre la realidad, sin llegar a ser jamás la realidad misma. Ni el poder popular puro, tal como Cayo Graco lo había poseído un

momento, ni la democracia armada insuficientemente por Cina habían podido sostenerse ni asentarse de un modo duradero en el seno de la República romana. Muy pronto el ejército, esa máquina de combate que obedece a un general, y no a un partido, y con él la tiranía brutal de los *condottieri*, después de haber entrado en escena al servicio de la restauración, se sobrepusieron a todas las situaciones. El mismo César se convenció de ello en cuanto entró en la vida práctica; tomó su decisión y maduró en el fondo de su pensamiento el terrible proyecto de hacer de la máquina del ejército el instrumento de sus ideas políticas. Una vez convertido en jefe supremo, este afortunado oficial procedería a la reconstrucción del Estado. Tales eran ya sus miras cuando en el año 683 había concluido con los generales del otro partido un pacto de alianza que, si bien les imponía el programa democrático, había de conducir al borde del abismo a César y a los demócratas. Tales fueron sus miras cuando once años después quiso hacerse a su vez *condottiero*. En ambas ocasiones mostró una especie de sencillez: tuvo plena fe en la posibilidad de fundar un Estado libre, pero no con el poder de una espada extraña, sino con el de la suya propia. Confianza engañosa, pues al tomar a su servicio el espíritu del mal, se hace, quiéralo o no, su esclava. Pero no son los hombres más grandes los que se engañan menos. Si después de veinte siglos todavía nos inclinamos respetuosos ante el pensamiento y la obra de César, no es ciertamente porque haya ambicionado y conseguido la corona: la empresa no valdría más de lo que vale la corona misma, muy poca cosa. Nos inclinamos porque ha llevado en sí hasta el fin el poderoso ideal de un gobierno libre con un príncipe a la cabeza, porque ha conservado en el trono este mismo pensamiento y no ha caído en el defecto común a todos los reyes.

CÉSAR CÓNsul

Aliados los partidos, hicieron que triunfase sin trabajo su candidatura al consulado para el año 695. En cuanto a la aristocracia, y a pesar de sus prácticas escandalosas aun en este tiempo de corrupción profunda, que incluían comprar los votos y poner, para pagarlos, a contribución a todo el orden noble, no consiguió más que dar a César, en la persona de Marco Bíbulo, un colega tenido por un conservador enérgico, cuando en realidad no era más que un testarudo.

LEY AGRARIA DE CÉSAR

Al entrar César en el cargo, quiso satisfacer inmediatamente los deseos de sus asociados. La exigencia más importante era, sin duda, la relativa a las asignaciones de

tierras para los veteranos del ejército de Asia. Se redactó un proyecto de ley muy semejante en el fondo al proyecto de Pompeyo, desechado en el año precedente. Las asignaciones solo debían hacerse en el dominio itálico, es decir, casi exclusivamente en el territorio de Capua. Solo después, en caso de insuficiencia, se haría sobre otros terrenos situados en la península, que debían adquirirse con fondos procedentes de las nuevas provincias orientales, conforme al valor que tuviesen en las listas de los censores. Por lo demás, notémoslo bien, no se atacaba ningún derecho adquirido de propiedad o de posesión a título hereditario. Las parcelas eran de una extensión insignificante y los beneficiarios de la ley debían ser ciudadanos pobres. Siendo peligroso el principio, la ley callaba sobre el derecho conferido a los veteranos de venir a participar de estas distribuciones; pero, como estaba en el espíritu de la ley y se había practicado en todo tiempo, los comisarios repartidores debían favorecer muy especialmente a los viejos soldados y a los arrendatarios temporales de los terrenos. Estos comisarios eran en total veinte, y César había declarado que no quería ser elegido.

OPOSICIÓN DE LA ARISTOCRACIA

Era difícil que las oposiciones luchasen contra la rogación. Se negaría lo evidente al sostener que, después del establecimiento de las provincias del Ponto y de Siria, el Tesoro no podía renunciar a las rentas de Campania. En efecto, se hubiera sido culpable de mantener fuera del comercio a uno de los más bellos cantones de Italia, y el más propio para el cultivo en pequeño. Además, cuando toda la península había obtenido ya el derecho de ciudadanía, ¿no era injusto y ridículo negar a Capua los derechos municipales? El proyecto de César daba hábilmente a la idea democrática un sello de moderación, de honradez y de solidez laudables; pero se iba a parar principalmente al restablecimiento de la colonia de Capua, fundada en tiempo de Mario y suprimida por Sila. César guardó en esto todas las formas. Por lo demás, como su ley agraria y su moción tendían a la ratificación global de todas las ordenanzas pompeyanas en Oriente y de la petición de los publicanos a la rebaja de la tercera parte de los arrendamientos, lo sometió todo a la autorización senatorial, y declaró que estaba dispuesto a aceptar y discutir las enmiendas que se propusiesen. El Senado no podía comprender la locura cometida al rechazar las exigencias de Pompeyo y obligar a los caballeros a que se echasen en brazos de su adversario. Quizá los nobles tuviesen conciencia secreta de estos errores, y por esto sucedería que, en su despecho, gritaran muy alto; tanto que su cólera formaba un triste contraste con la calma y la prudencia de César. Sin discutirla siquiera, rechazaron la ley agraria, y ni siquiera aceptaron la moción sobre el gobierno de Pompeyo en Asia. En

cuanto a la petición de los publicanos, Catón hizo cuanto pudo para enterrarla parlamentariamente por los malos medios de las oposiciones romanas, hablando sin cesar hasta el término legal de la sesión. César amenazó con arrestar al intratable orador, pero la medida fue rechazada; así fue que llevó entonces todas sus mociones ante los comicios. Sin alejarse mucho de la verdad, pudo probar allí que el Senado había desechado desdeñosamente las proposiciones más justas y necesarias solo porque procedían del cónsul popular. Añadió que los aristócratas se habían puesto de acuerdo para desecharlas definitivamente en el *Forum*, y conjuró al pueblo, al mismo Pompeyo y a sus veteranos a que viniesen en su ayuda contra la astucia y la violencia. Estas no eran palabras vanas. La aristocracia, con Bíbulo y Catón a su cabeza, siendo Bíbulo un espíritu débil y tenaz, y Catón, el hombre de los principios pero inflexible hasta la locura, había tomado su partido de luchar incluso por medio de la violencia. Pompeyo, a quien César invitaba a hablar y a tomar un partido en el debate pendiente, declaró sin rodeos, cosa contraria a todos sus precedentes, que, si alguno osaba tirar de la espada, él desnudaría también la suya y saldría a la calle con el escudo al brazo. Este mismo lenguaje usó Craso. Los veteranos de Pompeyo, interesados más que nadie en la votación, recibieron aviso de reunirse en el *Forum* el día de los comicios y de llevar las armas debajo de los vestidos.

VOTACIÓN DE LA LEY AGRARIA. RESISTENCIA PASIVA DE LOS ARISTÓCRATAS. CÉSAR ES NOMBRADO PROCÓNsul EN LAS DOS GALIAS

Entre tanto, la nobleza lo intentaba todo para hacer que fracasasen las rogaciones. César quería atraerse al pueblo, y Bíbulo se puso a observar el cielo; medio político bien conocido para detener las deliberaciones. Pero César, sin preocuparse del estado del cielo, continuaba en la tierra y obraba con diligencia. Se le opuso la intervención tribunicia, pero no hizo caso de ella. Entonces Bíbulo y Catón se lanzaron a la tribuna arengando a las masas, con la intención de promover un motín. César entonces mandó a sus lictores a que los arrojasen del *Forum*, cuidando, sin embargo, de que no les hiciesen ningún daño. ¿No era él el más interesado en que esta comedia no fuese más lejos? A pesar de los ardidés y de los arrebatos de los nobles, el pueblo votó la ley agraria, la ratificación de las medidas tomadas en Asia y la reducción de los tributos de los publicanos, y fueron elegidos e instalados los diez comisarios con Pompeyo y Craso a la cabeza. Como punto final de tantos esfuerzos, la aristocracia, culpable de una oposición ciega y rencorosa, solo consiguió contribuir a que se estrechase más el lazo de la coalición, y a agotar en cuestiones indiferentes la energía que le hará falta muy pronto en gravísimas circunstancias. Por su parte, los héroes del

día se congratulaban mutuamente por sus altos hechos: ¡qué valor tan grande y patriótico había mostrado Bíbulo, exclamando que moriría antes que ceder, y Catón continuando su discurso cuando ya estaba en poder de los lictores! Después de todo, hubo que sufrir la fatalidad del momento. Bíbulo se encerró en su casa por el resto del año, e hizo saber por medio de carteles que se consagraría piadosamente durante los días de los comicios a la observación de los fenómenos celestes. Los senadores admiraban a aquel gran hombre que, semejante al antiguo Fabio de Ennio «salvaba la ciudad contemporizando», y lo imitaron. La mayor parte de ellos, y Catón inclusive, no volvieron al Senado y se mantuvieron encerrados entre cuatro paredes, lamentándose con su cónsul de las cosas de aquí abajo, a pesar de todos los pronósticos de su astronomía política. Para el público, la actitud pasiva de Bíbulo y la aristocracia parecía una verdadera abdicación, y la coalición se regocijó mucho de que se la dejase hacer sin necesidad de luchar. El más importante de sus actos fue sin duda el arreglo, cuyo objeto era César. Se sabe que, constitucionalmente hablando, pertenecía al Senado arreglar los poderes para el segundo año de cargo consular (el proconsulado), y esto antes de la decisión de los futuros cónsules. Los senadores, en la previsión del triunfo de la candidatura de César para el año 695, habían designado a los procónsules del año 696 dos provincias enteramente insignificantes, donde no pudieran ejecutar nada a no ser trabajos de caminos u otras cosas secundarias. Los coaligados no podían conformarse con esto; por tanto, se había convenido entre ellos que César tendría un mando extraordinario, conferido por plebiscito, a la manera de las leyes Gabinia y Manilia. Pero como el cónsul había dicho públicamente que no presentaría ninguna rogación que fuese en su propio interés, fue Vatinius, un tribuno del pueblo, quien tomó la iniciativa en los comicios: estos se prestaron a todo lo que se exigió de ellos. En consecuencia, César obtuvo el proconsulado de la Galia cisalpina, con el mando de tres legiones que se hallaban allí bajo las órdenes de Lucio Afranio. Estas legiones estaban aguerridas ya en las luchas que había que sostener constantemente en las fronteras, y sus lugartenientes gozaban, como antes los de Pompeyo, del rango y la consideración de propretores. Por último, se le prorrogó su función por cinco años, el término más largo que se había concebido jamás a los poderes militares según la regla usual muy limitada en cuanto al tiempo. Los transpadanos eran los que formaban el núcleo de su gobierno. Desde hacía muchos años codiciaban la ciudadanía romana y eran los clientes naturales del partido democrático, y especialmente de César (pág. 168). Su provincia llegaba por el sur hasta el Arno y el Rubicón, comprendiendo Luca y Rávena. Además, César recibió la provincia de Narbona con la legión que había allí de guarnición; en este caso el Senado apoyó la moción expresa de Pompeyo, a fin de que el pueblo no votase esta unión extraordinaria de poderes en manos de su favorito. Los conjurados habían, pues, conseguido cuanto deseaban. Como la ley no permitía que hubiese un ejército

permanente en la propia Italia, se seguía que, al disponer por espacio de cinco años de las legiones de la Italia del Norte y de la Galia, se mandaba en toda la península, incluso en Roma. Ahora bien, el que es dueño por cinco años es dueño vitalicio. No hay que decir que los nuevos regentes de Roma no escatimaron a las masas, a las que les convenía tener contentas, ni los juegos ni las fiestas de toda especie, y que además le suministraron recursos siempre que la ocasión se presentaba. El rey de Egipto, por ejemplo, obtuvo solo mediante dinero el plebiscito que lo reconocía como soberano legítimo, y lo mismo sucedió con las franquicias o privilegios comprados también por otras ciudades o dinastas.

MEDIDAS DE SEGURIDAD TOMADAS POR LOS COALIGADOS

En cuanto a la duración, los arreglos hechos parecían bastante sólidos. El consulado del año siguiente estaba confiado a manos seguras. El público había señalado de antemano a Craso y a Pompeyo para este cargo. Los regentes prefirieron elegir a dos de sus subordinados adictos a toda prueba: Aulo Gabinio, el mejor de los lugartenientes de Pompeyo, y Lucio Pisón, personaje menos importante pero suegro de César. Pompeyo prometió vigilar personalmente a Italia. Colocado a la cabeza de los repartidores, procedió a la ejecución de la ley agraria e instaló en las parcelas, en las inmediaciones de Capua, a veinte mil ciudadanos, la mayor parte veteranos de su ejército. Las legiones de César, en el norte de la península, eran para él un poderoso apoyo contra las oposiciones en Roma. No podía esperarse por entonces que los jefes aliados viniesen a una ruptura. Las leyes consulares de César, en cuyo mantenimiento Pompeyo tenía por lo menos tanto interés como su mismo autor, eran una garantía de su alejamiento del campo de los aristócratas. Entre estos, los agitadores continuaban considerándolos como nulos, y así contribuían a estrechar cada vez más el lazo de la coalición, que no tardó en llegar a su máximo. César había sostenido leal y fielmente su palabra, sin enredos ni segunda intención; había luchado en favor de la ley agraria pedida por Pompeyo con toda su habilidad y su energía, como si se tratase de una cosa propia. Pompeyo, sensible a este comportamiento recto y sincero, se mostraba a su vez animado de buen deseo hacia un hombre que, en un momento, le había sacado del papel de solicitador que con tan poca fortuna venía desempeñando desde hacía ya tres años. Sus frecuentes y más familiares contactos con su asociado, y la amabilidad de este, hicieron lo demás: la alianza de intereses se convirtió en alianza de amistad, y a la vez se manifestó por sus efectos y por prendas cambiadas. El matrimonio de Pompeyo con la hija única de César, de veintitrés años, anunció públicamente el advenimiento del absoluto poder de la nueva fundación. Julia había heredado los atractivos de su padre y vivió en el más feliz consorcio con un esposo que tenía el

doble de edad que ella. Por su parte, los ciudadanos, ansiosos de tranquilidad y de orden después de tantos males y de tan violentas sacudidas, habían visto en sus nupcias la promesa y la garantía de un porvenir de paz y de prosperidad.

SITUACIÓN DE LA ARISTOCRACIA RETRAIMIENTO DE CATÓN Y DE CICERÓN

Mientras César y Pompeyo se unían de este modo por lazos cada vez más sólidos y estrechos, la causa de la aristocracia iba decayendo sin esperanza. Los aristócratas veían suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles: conocían perfectamente a César y no dudaban de que su brazo heriría sin vacilar, en caso de necesidad: «Estamos cogidos por todas partes —exclama uno de ellos— y no hacemos nada por sacudir la servidumbre: la muerte y el destierro, que son males mucho menores, nos parecen los mayores; no tenemos más que palabras para quejarnos del presente, pero ninguno se atreve a hablar para poner remedio». No se hacía más que lo que querían los triunviros. Pero, cualquiera que fuese la decadencia del mayor número, aún quedaban muchos de pie en el partido, y ellos se obstinaban en aguijonear a los demás. Apenas salió César del consulado, algunos de los más fogosos aristócratas, Lucio Domicio, Cayo Memio y otros, se empeñaron en pedir en pleno Senado la casación de las Leyes Julias. Acto de locura que solo podía ser provechoso a la coalición. Por toda respuesta, César sometió a la curia el examen de la legalidad de sus actos, y la curia no pudo hacer más que reconocerla. Pero en esto había una nueva advertencia para los regentes: era necesario hacer un escarmiento entre los más notables y alborotadores de sus adversarios. Exterminados estos, los restantes se callarían o gemirían en secreto, que era lo que se deseaba. En un principio se creyó que los opositores caerían en la red por una disposición expresa de la ley agraria, la cual obligaba a todos los senadores, como de costumbre, al juramento de obediencia bajo la pena de pérdida de los derechos políticos. Se creyó que, a imitación de Metelo el Numídico, se negarían a ello y partirían al destierro. Pero no dieron este gusto a los triunviros: el austero Catón juró, y con él todos los Sanchos. Se recurrió entonces a otro medio no muy honroso. Un día se imputó a los jefes de la aristocracia un complot de asesinato tramado contra Pompeyo. El destierro era el término de la acusación, pero esta fracasó por insuficiencia de sus instrumentos. El denunciante, Vettio, lo echó todo a perder a fuerza de exageraciones y de contradicciones, y el tribuno Vatinio, que era el que había puesto manos en el asunto, se vendió por sus manifiestas inteligencias con Vettio. Se salió del apuro estrangulando a este último en la prisión y abandonando el proceso. Sin embargo, se había manifestado hasta la saciedad el estado de profunda disolución en el partido aristocrático y los inmensos

terrores de los nobles: se había visto a los más grandes personajes, a Lucio Lúculo, por ejemplo, caer de rodillas delante de César y declarar en voz alta que por razón de edad se retiraba de la escena política. En estas circunstancias, pareció conveniente circunscribir el número de las víctimas a algunos personajes determinados. El primero que había que alejar era Catón, quien había opinado francamente por la anulación de las Leyes Julias, y era hombre capaz de obrar de acuerdo con lo que hablaba. No podía decirse otro tanto de Marco Cicerón, que no merecía ser temido. Sin embargo, la facción democrática, que jugaba en la coalición el principal papel, no podía amnistiar al día siguiente de su victoria al asesino judicial del 5 de diciembre del año 691, objeto de su justa censura expresada en voz alta. De querer perseguir a los autores de la fatal sentencia, no era al pusilánime cónsul a quien debían dirigirse, sino a aquella rígida facción aristocrática que le había puesto la espada en la mano con gran pesar suyo. Sin embargo, según el derecho estricto, los responsables no eran los que habían emitido este parecer, y solo el cónsul era el que debía pagar por todos. Por otra parte la moderación aconsejaba dejar quieto el Senado. Así, pues, la moción dirigida contra Cicerón consideraba como falso y supuesto el senadoconsulto en virtud del cual habían sido ejecutados los partidarios de Catilina. Los triunviros hubiesen deseado evitar todo rigor escandaloso; pero Cicerón no podía comprometerse a dar a los triunviros las prendas que ellos deseaban, que eran la de alejarse de Roma con un pretexto que ellos mismos le ofrecían, o la de callarse. Tenía especial empeño en no contradecirse; confesaba sencillamente sus angustias, pero no sabía contenerse ni ser prudente; abría la boca en el momento en que venían a sus labios una palabra oportuna o una frase maliciosa. Su pecho se henchía de orgullo al oírse alabar por todos los nobles, y, cuando perdía la cabeza, el antiguo abogado plebeyo se ponía a recitar sus cadenciosos periodos. Así, pues, se decidió atacar a Catón y a Cicerón. Se encargó de la ejecución Publio Clodio, hombre ligero y disoluto, pero hábil y audaz, y encarnizado enemigo de Cicerón desde hacía ya muchos años. Para saciar mejor su odio y poder desempeñar un papel en la demagogia durante el consulado de César, había pasado de las filas del patriciado a las de los plebeyos por vía de adopción; después había hecho que lo eligiesen tribuno del pueblo para el año 696. Para apoyar sus manejos, el nuevo procónsul permaneció en las inmediaciones de Roma, esperando el éxito del golpe preparado. Clodio siguió al pie de la letra sus instrucciones y propuso al pueblo que encargase a Catón la misión de arreglar en Bizancio los embrollados asuntos de la localidad, a fin de proceder enseguida a la incorporación del reino de Chipre a la República. Se recordará que Chipre había sido legada a Roma, lo mismo que Egipto, por el testamento de Alejandro II. Pero, a diferencia de este, no había sido rescatado, y además su rey había hecho algunas injurias personales a Clodio. En lo que respecta a Cicerón, el tribuno propuso una ley que castigara con el destierro a todo aquel que

hubiese condenado a muerte sin derecho y sin previa formación de causa a un ciudadano romano. Por estas medidas, se alejaba a Catón con el pretexto de una misión honorífica, y se deshacían de Cicerón, cuyo nombre no se declaraba, imponiéndole la pena más dura que era posible. Al mismo tiempo que se hería por su energía momentánea al conservador notoriamente cobarde, y señalado con razón entre los veletas políticos, se tenía un maligno placer al confiar, por un plebiscito expreso, al enemigo encarnizado de todas las usurpaciones populares en la alta administración una misión y un mando extraordinarios. Además se glorificaban las virtudes excepcionales de aquel hombre: parecía que era el único digno de una función tan delicada, pues solo él podía verificar, sin fraude ni robo, la entrada de los tesoros de la corona de Chipre en las arcas públicas de Roma. Ambas mociones pasaron sin resistencia. En vano la mayor parte de los senadores se presentaron en público vestidos de luto en señal de protesta contra la mancha arrojada sobre su conducta en el asunto de Catilina; en vano Cicerón pidió de rodillas que Pompeyo lo perdonase. Le fue necesario emprender el camino del destierro, aun antes de que se votase la ley que lo expulsaba de su patria (abril del año 696). Por su parte, Catón se guardó de atraer sobre sí, con una negativa inoportuna, medidas más severas; aceptó la misión que se le ofrecía y se hizo a la vela hacia Oriente. Con esto se había provisto ya a lo más apremiante, y César pudo al fin abandonar Italia y consagrarse a una obra más grande que la hasta entonces proseguida.

VII

CONQUISTA DEL OCCIDENTE. GUERRA DE LAS GALIAS

EL OCCIDENTE ROMANIZADO. IMPORTANCIA HISTÓRICA DE LAS EXPEDICIONES DE CÉSAR

Salgamos, en fin, de las monótonas y estrechas esferas del egoísmo político, que solo ha librado sus combates en la curia o en las calles de la capital. En su marcha, la historia nos conduce hacia un mundo donde se agitan otras y más importantes cuestiones que la de saber si el primer monarca de Roma se ha de llamar Gneo, Cayo o Marco. Al comenzar el relato de los acontecimientos cuyas consecuencias pesan aún sobre los destinos del mundo, séanos permitido echar una mirada a nuestro alrededor y fijar como en un cuadro los elementos y las relaciones, entre los que se colocan la conquista del territorio de la Francia actual por parte de los romanos, y sus primeros contactos con los habitantes de Alemania y de la Gran Bretaña.

En virtud de la ley que exige que todo pueblo políticamente constituido absorba un día los inmediatos que han quedado en estado de minoría social, y que toda nación civilizada asimile a las que intelectualmente están colocadas debajo de ella, o sea, en virtud de una ley universal y casi física como lo es la de la gravedad, los italianos, el único pueblo de la antigüedad que supo aliar el progreso político y la civilización moral, y esta última en una medida perfecta, aunque exteriormente, estaban llamados a sujetar a todos los Estados griegos orientales y a rechazar con sus colonos y emigrantes todas las tribus incultas del oeste: libios, iberos, celtas y germanos. Del mismo modo y con derecho análogo, Inglaterra ha avasallado en Asia una civilización hermana pero políticamente impotente; de este mismo modo ha marcado y ennoblecido en América y en Australia inmensas regiones con el sello de su nacionalidad, y prosigue marcándolas y ennobliciéndolas constantemente. La unidad italiana, condición previa de la gran misión de Roma, había sido la obra de su aristocracia; pero esta se había detenido antes de llegar a la línea, pues no veía en las conquistas extratálicas más que un mal necesario, o en todo caso posesiones tributarias del Estado, pero siempre colocadas fuera de él. El haber visto con claridad los más altos destinos de Roma y el haberlos realizado poderosamente será una gloria imperecedera de la democracia, o si se quiere, de la monarquía romana (pues ambas se confunden en una sola). Cayo Graco, el padre de la democracia, fue el primero que reconoció y quiso realizar como hombre de Estado, con claridad y fijeza de miras, todo aquello que la fuerza irresistible de las cosas había preparado, cuando el Senado,

aun a pesar suyo, echaba las bases del futuro imperio de la República, así en Oriente como en Occidente. Esto había sido comprendido intuitivamente por la emigración romana hacia las provincias, verdadera plaga de Egipto dondequiera que se fijaba, pero que en Occidente fue la iniciadora de una mejor cultura. Dos grandes pensamientos presidieron la nueva política: reunir bajo la dominación de Roma todo lo que era helénico, y colonizar todo lo que no lo era. Desde el tiempo de los Gracos se pusieron en práctica estos dos pensamientos con la incorporación del reino de Atalo y con las conquistas de Flacco al otro lado de los Alpes, pero los abandonó muy pronto la reacción victoriosa. El Estado romano continuó siendo una masa confusa de territorios, sin ocupación intensa ni límites fijos. España y las provincias grecoasiáticas estaban separadas de la metrópoli por vastos países de los que apenas dominaban los romanos la estrecha zona de las costas. Cartago y Cirene formaban una especie de islotes en las playas septentrionales de África; en tanto las vastas regiones de España que se decían sometidas no lo estaban más que de nombre. A pesar de esto, la República no hacía nada por redondearse y concentrarse; y, por último, la decadencia del sistema naval hizo que se rompiese el último lazo con los establecimientos lejanos. En cuanto pudo volver a levantar la cabeza, la democracia quiso seguir las ideas de Graco y su política exterior. Mario fue abiertamente adicto a ella; pero el timón de la República estuvo poco tiempo en manos de este partido, y todo quedó reducido a simples proyectos. Solo en el año 684, después de la caída de Sila, fue cuando se vio a los demócratas decididamente dueños del poder, y se verificó inmediatamente un gran cambio en la política. Se restableció la dominación de Roma en el Mediterráneo, que era cuestión de vida o muerte para un Estado como el romano. La anexión de los territorios pónicos y sirios aseguró por oriente la frontera del Éufrates. Al oeste y al norte, al otro lado de los Alpes, aún no se habían fijado por completo su dominación ni su territorio: allí había regiones nuevas y vírgenes que ganar para la civilización helénica, para la todavía viva influencia de la raza italiana. Se cometería más de un error, se sería culpable contra el santo y poderoso espíritu de la historia, si no se viera en las Galias más que un campo de operaciones donde César hubiera estado ejercitando sus legiones ante la expectativa de la primera guerra civil. Con el sometimiento del Occidente, no niego que César conquistaba los medios para conseguir su fin. En efecto, sus guerras transalpinas fueron el fundamento de su poder ulterior, pues es un privilegio de los grandes genios de la política que los medios sean en ellos a su vez un fin. Para que venciese su partido, César necesitaba el poder militar, pero no fue como hombre de partido como conquistó las Galias. Para Roma era una necesidad política marchar sin demora más allá de los Alpes, adelantarse a la amenaza constante de la invasión de los germanos y poner allí un dique para asegurar la paz del mundo. Sin duda este era un motivo de acción grande y glorioso, pero no fue el más grande ni decisivo de los que condujeron

a César a las Galias. Ya antes, cuando la vieja patria había llegado a ser estrecha para los romanos y había corrido el riesgo de perecer, el Senado había salvado la República extendiendo a toda Italia su política de conquistas.

En la actualidad, la patria italiana era a su vez estrecha y el Estado sufría la misma enfermedad social, enfermedad cien veces mayor si se tiene en cuenta la extensión del Imperio. Una inspiración del genio y una grandiosa esperanza fueron pues las que impulsaron a César a pasar los Alpes, el pensamiento y la esperanza de que ganaría para sus conciudadanos una nueva patria sin límites, y que además regeneraría el Estado al darle una base más amplia.

CÉSAR EN ESPAÑA

Si hemos de ser justos, es necesario colocar entre las empresas que tendían a someter el Occidente la campaña de César en la España ulterior en el año 693. Hacía ya mucho tiempo que la península obedecía a Roma; sin embargo, aun después de la expedición de Décimo Bruto contra los galaicos (volumen III, libro cuarto, pág. 25), en realidad permanecía independiente casi toda la costa occidental. Los romanos tampoco habían puesto el pie en las costas del norte; y, por último, los países sometidos estaban expuestos a las diarias incursiones que de estas regiones procedían, y que tenían en jaque la civilización romana. La expedición de César a las costas del oeste tuvo por objeto poner fin a esta situación. Luego de pasar la cadena de los montes Herminios (Sierra de la Estrella), que limita por el norte la cuenca del Tajo, había batido a los indígenas: los había obligado a establecerse en la llanura y había subyugado el país en las dos orillas del Duero. Después había llegado al extremo occidental de la península, y, auxiliado por la escuadra que había hecho venir de Gades, tomó la ciudad de Brigantium (La Coruña). Los ribereños del océano Atlántico, lusitanos y galaicos, se vieron obligados a reconocer la supremacía de Roma. Durante este tiempo el vencedor cuidaba de reducir el tributo que se pagaba a la República; organizaba los municipios en beneficio de sus intereses económicos, y así también mejoraba la condición de los súbditos. Desde el principio de su carrera militar y administrativa, el gran general y gran hombre de Estado desplegó los grandiosos talentos y los vastos designios por los que brillará más tarde en un teatro más extenso. Sin embargo, su influencia en los destinos de España fue muy efímera y pasajera: para marcar al país con un sello más durable, hubiera sido necesaria la acción larga, persistente y fuerte de un gran hombre sobre aquellos pueblos que tenían ya su nacionalidad y su naturaleza propias.

EL PAÍS DE LOS CELTAS

En el movimiento de la civilización romana estaba reservado un papel más importante al país comprendido entre los Pirineos y el Rin, el Mediterráneo y el Atlántico. Desde la era de Augusto había conservado el nombre de «tierra de los celtas», o mejor, «región de los galos», por más que, hablando con exactitud, la céltica se reduzca unas veces a límites más estrechos y otras los traspase; y que, antes de Augusto, no se haya constituido nunca en ella la unidad nacional ni la unidad política. Tampoco es fácil bosquejar claramente el cuadro de esta raza: tan heterogéneos eran los elementos cuando César penetró en este país en el año 696.

LA PROVINCIA ROMANA. INSURRECCIONES Y GUERRAS

En la parte inmediata al Mediterráneo, que comprendía casi todo el actual Languedoc, al oeste del Ródano, y por el este incluía el Delfinado y la Provenza, y cuyas regiones habían constituido una provincia romana desde hacía ya sesenta años, las armas de la República no habían reposado un momento después del huracán de la guerra cimbria. En el año 664, Cayo Celio había sostenido sangrientas luchas con los salios en las inmediaciones de *Aquæ Sextiæ*; mientras que en el año 674, cuando Cayo Flacco iba de paso para España, tuvo que sostener reñidos combates con otras tribus. En tiempo de las guerras de Sertorio, el procónsul Lucio Manlio, que había acudido en socorro de sus colegas del otro lado de los Pirineos, volvió después del descalabro de Ilerda (Lérida) y en el camino sufrió una nueva derrota por parte de los aquitanos, pueblo limítrofe de la provincia por la parte del oeste. Este desastre parece que trajo consigo una insurrección general de la provincia misma, desde los Pirineos hasta el Ródano, y quizá también desde el Ródano hasta los Alpes. Asimismo, Pompeyo tuvo que abrirse paso espada en mano por en medio de los galos, levantados en armas. En castigo a su insurrección, dio las marcas de los volscoarecómicos y de los helvios (departamentos del Gard y del Ardeche) a los fieles masaliotas. El pretoriano Manio Fonteyo fue el ejecutor de la sentencia (de 678 a 680), y restituyó la tranquilidad al país subyugando a los voconces (departamento del Droma), defendiendo Masalia de los insurrectos que la asaltaban, y librando Narbona, la capital romana, que igualmente había sido atacada. Sin embargo, la paz no podía ser duradera. Estos pueblos se hallaban en el último trance, pues participaban de las miserias de la guerra de España y sufrían mil exacciones oficiales y no oficiales, pero efectivas, de parte de los romanos. En consecuencia, la provincia estaba profundamente perturbada. También fermentaba y se agitaba el cantón de los alóbroges, que era el más lejano de Narbona, como lo prueba la «paz» restablecida en

él por Cayo Pisón en el año 681, y la actitud de los enviados alóbroges en Roma en el asunto del complot de los anarquistas (pág. 186). No tardó en estallar la insurrección general. Catugnat, jefe de los alóbroges en esta lucha desesperada, peleó sin éxito hasta que fue muerto un día cerca de Solonium, luchando gloriosamente por el propretor Cayo Pomptino.

LAS FRONTERAS DE LA PROVINCIA RELACIONES CON ROMA. PRINCIPIO DE LA CIVILIZACIÓN ROMANA EN LA GALIA

A pesar de tantos combates, aún no se habían extendido mucho las fronteras de la provincia. Los puntos extremos de las posesiones romanas al oeste y al norte eran todavía *Lugdunum* de los Convenes (*L. Convenarum*), donde Pompeyo había establecido los restos del ejército de Sertorio, Tolosa, Vienne y Ginebra. Sea como fuere, la importancia de la provincia de las Galias iba siendo cada día mayor para Roma. Un clima excelente, análogo al de los países cisalpinos; una tierra fecunda, precedida de un territorio grande y rico para el comercio, y que le abría seguras vías hasta la Bretaña; y, por último, la facilidad de las comunicaciones por mar y tierra con la metrópoli. Todo esto daba a la Galia meridional un valor económico inmenso con relación a Italia, un valor que no alcanzaron jamás otros establecimientos fundados muchos siglos antes, como los de España, por ejemplo. Por lo demás, así como los náufragos políticos de estos tiempos iban con preferencia a buscar asilo en Masalia, donde volvían a encontrar el lujo y la cultura italianos, así los emigrantes voluntarios iban cada día en mayor número a establecerse en las orillas del Ródano y del Garona. «La provincia de la Galia —dice un autor que la describe diez años antes de la llegada de César— rebosa de negociantes y de ciudadanos romanos. Ningún galo se dedica a los negocios, a no ser por intermedio de un romano; y todo óbolo que pasa de una mano a otra ha pasado antes por las del negociante de Roma.» El mismo escritor añade en otro lugar que, además de los colonos de Narbona, se encontraban en la Galia muchos agricultores y ganaderos italianos. Si embargo, no hay que olvidar que la mayor parte de las tierras poseídas por los romanos en la provincia, como recientemente la mayor parte de los dominios ingleses en la América del Norte, pertenecían a los nobles que vivían en la madre patria. Estos labradores y estos ganaderos no eran generalmente más que capataces de esclavos o emancipados. Como quiera que fuese, con tales contactos se propagaban con rapidez las costumbres y la civilización romana entre los indígenas. Para los galos la agricultura tenía pocos atractivos: sus nuevos señores los obligaron a cambiar la espada por el arado; y es probable que la resistencia de los alóbroges reconociese en parte como causa los nuevos reglamentos que se les habían impuesto. Ya en los tiempos antiguos había

penetrado el helenismo en la Galia: mejores elementos morales, el impulso dado al cultivo de la vid y del olivo, la práctica de la escultura y la fabricación de las monedas procedían de Masalia. Los romanos no ahogaron estos gérmenes procedentes de la Grecia. Lejos de perderla, Masalia adquirió por ellos mayor influencia; y después, bajo la dominación romana, se veían en los cantones galos médicos y profesores griegos pagados por el Estado. Por otra parte, en la Galia meridional el helenismo recibió de los romanos el mismo carácter que en Italia: la civilización griega pura no cedió el paso a la cultura grecolatina, que contó muy pronto con millares de discípulos. Si bien los «galos bragados», como se llamaban los pueblos transalpinos del sur (en oposición a los «galos togados» de la Italia del Norte), no estaban aún completamente modelados a la romana, se distinguían mucho de los «galos cabelludos» que habían permanecido libres en las regiones septentrionales del país de los celtas. Su rudeza y su latín bárbaro se prestaban sin duda a la burla; y todo aquel de quien se sospechaba que procedía de sangre gala era insultado con frecuencia diciéndole que sus antepasados habían llevado «bragas». Lo cierto es que con la ayuda de su mal latín, los alóbroges, procedentes del fondo de la provincia romana, sabían entrar en negociaciones con los magistrados de Italia y deponer como testigos sin necesidad de intérprete ante los tribunales de Roma. En resumen, mientras que la población céltica y liguria de estas regiones estaba en camino de desnacionalizarse; mientras que se degradaba bajo una opresión política y económica intolerable, tal como lo acreditan sus desesperadas insurrecciones, avanzaba, paralelamente a la degradación de los indígenas, la alta y fecunda civilización de la Italia contemporánea. *Aquæ Sextæ* y más aún, Narbona, eran ciudades que podían citarse al lado de Capua y de Benevento. Masalia, la ciudad bien ordenada, libre, guerrera y poderosa entre todas las ciudades griegas que estaban en la dependencia de Roma, florecía bajo su constitución estrictamente aristocrática, modelo ensalzado muchas veces en Roma hasta por los conservadores. Poseedoras de un vasto territorio, aumentado muchas veces por los romanos, y de un extenso comercio, ocupaban al lado de las ciudades latinas de la región transalpina el rango que Rhegium y Nápoles tenían al lado de Capua y de Benevento.

LA GALIA INDEPENDIENTE

Pasada la frontera romana, se presentaba un cuadro enteramente distinto. Allí, al norte de los Cevennes, la gran nación celta, aunque medio ahogada en el sur por las inmigraciones italianas, se movía inviolable en su libertad. De hecho, no es esta la primera vez que la encontramos: ya en el Tíber y en el Po, en las montañas de Castilla y de Carintia, y hasta en el fondo del Asia Menor, los italianos habían

chocado contra las avanzadas de este gran pueblo; pero al norte de los Cevennes es donde los romanos se encontraron con el núcleo principal. Al establecerse en la Europa central, los celtas se habían esparcido por los ricos valles y las alegres colinas de la Francia actual, incluso por las regiones occidentales de la Suiza y de la Alemania. Desde aquí habían ocupado toda la parte sur de Inglaterra y quizá toda la Gran Bretaña y la Irlanda^[1]. En estas regiones continentales e insulares es donde habían extendido principalmente la red vasta y espesa de sus cien pueblos. A pesar de las diversidades de lengua y de costumbres que no podían menos que existir en un territorio tan extenso, las relaciones mutuas y el sentimiento innato de la comunidad nacional enlazaban entre sí todas las tribus, desde el Ródano y el Garona hasta el Rin y el Támesis. Los celtas de España y los de la actual Austria se enlazaban también a la madre patria; pero las poderosas cordilleras de los Pirineos y de los Alpes, y los repetidos ataques en estos puntos de los romanos y de los germanos, interrumpían el comercio y los recuerdos de afinidad de razas mucho más que el estrecho brazo de mar que separaba a los galos del continente de los de la isla de Bretaña. Por desgracia no nos es dado ver a este notable pueblo recorrer sobre el terreno de su principal establecimiento los diversos escalones del progreso histórico, y tenemos que contentarnos con un simple bosquejo de su estado político y de su civilización, tales como aparecen en general en tiempo de César.

POBLACIÓN

Según los antiguos, la Galia tenía una población relativamente densa. Algunas indicaciones aisladas nos permiten concluir que en los distritos belgas podían contarse unos novecientos habitantes por cada milla cuadrada (alemana); esta es precisamente la relación que existe en nuestros días en la Livonia y el Valais. Por su parte, en los cantones helvecios la cifra se elevaba a mil cien habitantes por milla^[2]. Probablemente sería más alta en otras regiones mejor cultivadas que la Galia belga, o menos montañosas que la helvecia, entre los biturigos, los arvernos y los eduos, por ejemplo.

AGRICULTURA Y CRÍA DE GANADO

La agricultura había hecho bastantes progresos entre los galos: los contemporáneos de César se admiraban al ver abonar las tierras en las inmediaciones del Rin^[3]; y la fabricación de la cerveza (*cervesia*), usada entre los celtas desde tiempo inmemorial,

acredita que practicaron desde muy antiguo en gran escala el cultivo de los cereales. A pesar de esto, no tenían al labrador en alta estima, y hasta en el sur, que era el país más civilizado, un gallo libre hubiera creído deshonorarse poniendo mano en el arado. La cría de animales domésticos era entre ellos una ocupación más honrosa y en las regiones del norte es donde principalmente predominaba la cría de ganado. Por su parte, los grandes agricultores romanos de esta época preferían las razas de animales de los galos y también los esclavos celtas, pues eran bravos, buenos jinetes y buenos pastores^[4]. Por este mismo tiempo, la Bretaña (Armórica) era pobre en cereales. Hacia el noreste, los espesos bosques de las montañas de los Ardenas continuaban casi sin interrupción desde el Rin hasta el mar del Norte, y el pastor menapiano o trevireño conducía sus puercos medio montaraces por impenetrables encinares, a los que han sucedido las fértiles campiñas de Flandes y de Lorena. Así como en las riberas del Po los romanos habían sustituido con la producción de la lana y de los cereales la de las carnes y la bellota, así también introdujeron en las llanuras del Mosa y del Escalda la cría del ganado lanar y el cultivo de los campos. En la Bretaña no se sabía trillar el trigo; más al norte no se conocía la labor y solo se utilizaba la tierra para pastos. Al otro lado de los Cevennes no se cultivaban el olivo ni la vid, esta fuente inagotable de riqueza entre los masalotas.

LAS CIUDADES

Los galos fueron siempre amantes de la vida social, así es que en todas partes se veían aldeas abiertas. Solo el cantón helvecio contaba (en el año 696) con cuatrocientas, además de una multitud de alquerías aisladas. Tampoco faltaban ciudades cerradas. Las murallas construidas con maderas admiraban a los romanos por la excelente y hábil agrupación de su armazón de vigas y piedras entrelazadas; pero en las ciudades de los alóbroges solo se edificaba con madera. Los helvecios tenían doce ciudades, y otras tantas los susiones; por el contrario, en los distritos del norte, entre los nervianos, por ejemplo, aunque se encontraban algunas, debemos decir que en caso de guerra los habitantes se atrincheraban en las marismas y en los bosques más que detrás de los muros. Al otro lado del Támesis, los bosques servían más para la defensa que las ciudades, y los hombres y los rebaños buscaban en ellos su asilo.

RELACIONES INTERIORES

Al mismo tiempo que la vida civil hacía progresos relativamente considerables, iba

creciendo el comercio por mar y tierra. Por todas partes se hallaban caminos y puentes. La navegación fluvial, cómoda para todos en el Ródano, el Garona, el Loira y el Sena, era importante y productiva. Florecía también el movimiento marítimo, que debía ser aún más notable; según todas las apariencias, los galos fueron los primeros navegantes que surcaron con regularidad el océano Atlántico; eran también buenos constructores de naves y excelentes pilotos. Los pueblos que navegaban en el Mediterráneo usaban solo el remo, de acuerdo con lo que exigían estos parajes. De hecho, las escuadras de guerra de los fenicios, los griegos y los romanos se componían siempre de galeras de remos donde solo se usaba de la vela en ocasiones y de un modo accesorio; solo en las épocas progresivas de la civilización antigua marchaban a la vela los buques de comercio^[5]. Al contrario, mientras que los galos del canal construían en tiempos de César, y aún mucho después, una especie de embarcación portátil de cuero, que parece no haber sido más que una frágil canoa de remos; los santones, los pictos, y sobre todo los vénetos de la costa occidental tenían grandes navíos sin remos, pesados y anchos, provistos de velas de cuero con sus anclas de hierro, que usaban para su comercio con la isla de Bretaña, o para el combate. Aquí es donde encontramos la navegación en pleno océano, y donde el remo ha desaparecido ya por completo ante el velamen. Cosa extraña: el mundo antiguo no supo utilizar este adelanto, y solo en la era más reciente de la civilización universal es cuando ha sido dado sacar de él poco a poco inconmensurables resultados.

COMERCIO. INDUSTRIA. LAS MINAS

Las relaciones regulares establecidas entre las costas de la Galia y la Bretaña nos explican suficientemente los estrechos lazos políticos que unían a los habitantes de ambas orillas del canal, donde también florecían el comercio marítimo y la pesca. Los celtas de la Bretaña armoricana iban a buscar a la isla el estaño extraído de las minas de Cornuailles, y lo transportaban por las vías terrestres o por los ríos a Narbona y a Masalia. Se refiere que algunas tribus inmediatas a la desembocadura del Rin vivían de pescados y de huevos de ave aún en la época de César; pero lo cierto es que en estas regiones la pesca y la recolección de huevos se hacía en gran escala, tal como sucede todavía en nuestros días. Considerando en su conjunto las indicaciones aisladas y raras que han llegado hasta nosotros acerca del comercio de las Galias, sabemos con seguridad que las rentas de las aduanas de los puertos fluviales y marítimos desempeñaban un papel considerable en el presupuesto de los diversos cantones, sobre todo entre los eduos y los vénetos, y que la principal divinidad nacional era el dios protector de los caminos y del comercio, y el inventor de los

oficios. Efectivamente, la industria tenía en la Galia bastante extensión. César ensalza la habilidad manufacturera de los galos, su talento para imitar los modelos y para trabajar conforme a las indicaciones que se les suministraban. Sin embargo, en la mayor parte de los ramos de la industria no habían superado las prácticas usuales: los romanos fueron los que vivificaron la fabricación de las telas de lino y de lana, tan floreciente después en las Galias central y septentrional. No hay más excepción, hasta donde nosotros alcanzamos, que la preparación de los metales. Los utensilios de bronce que se encuentran en los *tumuli*, notables muchas veces por el trabajo técnico y la flexibilidad persistente todavía en nuestros días, y las monedas arvernas de oro, de una singular exactitud, vienen a atestiguar la habilidad de los obreros para trabajar el cobre y el oro. En este sentido, puede creerse a los antiguos cuando dicen que los biturigos enseñaron a los romanos el secreto del estañado, y los habitantes de Alisa, el del plateado. Estos dos procedimientos sin duda ya eran empleados en tiempo de la independencia de los galos; y, en cuanto al primero, se enlazaba naturalmente al comercio del estaño que antes hemos mencionado. Con la industria ejercida sobre los metales se vinculaba el arte de extraerlos. Las galerías de las minas de la cuenca del Loira habían sido dirigidas con gran inteligencia, y los mineros desempeñaban un papel importante hasta en los sitios. Entre los romanos de aquel tiempo era corriente pensar que existían en la Galia los países más auríferos del mundo, opinión exagerada sin duda, y contradicha a la vez por el exacto conocimiento del suelo y los hallazgos verificados en las tumbas célticas. En ellas el oro es mucho más raro que en los *tumuli* abiertos en otros lugares, que son las verdaderas regiones de este metal precioso. En este renombre dado a la Galia hay que ver la consecuencia de los relatos, sin duda exagerados, de los viajeros griegos y de los soldados romanos, ensalzando a sus compatriotas las magnificencias de los reyes arvernos y los tesoros del templo de Tolosa. Con todo, estas afirmaciones no eran cuentos fantásticos. Es probable que en aquellos tiempos de atraso, y bajo el régimen de la esclavitud, los lechos y las orillas de los torrentes que bajaban de los Pirineos o de los Alpes ofreciesen a los lavadores y rebuscadores, entonces numerosos, un terreno mejor y más productivo que en la actualidad, que no recompensa el trabajo, que hoy tiene ya su valor propio. Por otra parte, es posible que las relaciones comerciales de la Galia, como sucede en los pueblos semicivilizados, hubieran favorecido la acumulación de un capital muerto o de metales preciosos.

EL ARTE Y LA CIENCIA

Las artes plásticas se hallaban allí en un estado rudimentario, cosa que admira al lado de la singular habilidad de los galos para trabajar los metales. Amaban

apasionadamente los adornos abigarrados, de brillantes colores, pero al parecer carecían del exacto sentimiento de la belleza. De ello se tenía una prueba, aún más palpable, en sus monedas de figuras ya sumamente sencillas, ya bizarras, de líneas siempre extravagantes y las más de las veces toscas en extremo. No hay quizás ejemplo de otro país en que, durante todo un siglo, sus monedas, fabricadas con cierta habilidad técnica y desfigurándolos cada vez más, reproduzcan solo dos o tres tipos copiados de los griegos. En cambio la poesía, muy estimada entre los galos, se unía con vínculos estrechos a las instituciones nacionales, tanto religiosas como políticas: los poetas piadosos, los poetas cortesanos y los mendicantes florecían a competencia (volumen III, libro cuarto, pág. 452). Por lo demás, las ciencias naturales y la filosofía, aunque envueltas en el lenguaje y las formas de la teología local, no estaban abandonadas, y los sistemas humanitarios del helenismo hallaban buena acogida por dondequiera que se producían. La escritura estaba muy generalizada, por lo menos entre los sacerdotes. En la época de César y en la Galia independiente, en particular entre los helvecios, estaba en uso el alfabeto griego. Pero, en los países inmediatos del sur, las diarias relaciones con los galos, ya romanizados, habían conquistado la preponderancia para el alfabeto latino; es por esto que hallamos los caracteres latinos en las medallas arvernas contemporáneas.

ESTADO POLÍTICO. LA TRIBU. PROGRESO DE LA CABALLERÍA. DECADENCIA DE LA ANTIGUA CONSTITUCIÓN DE LAS TRIBUS. SUPRESIÓN DE LA MONARQUÍA

Desde el punto de vista de la política, la civilización de los galos ofrece a nuestros ojos fenómenos notables. Como en todas partes, la constitución política tenía entre ellos su base en la tribu, con su jefe o príncipe, su consejo de ancianos y su asamblea de hombres libres y armados; sin embargo, es notable que la Galia nunca se haya elevado sobre esta forma primitiva. Entre los griegos y los romanos sustituyó pronto a la tribu la unidad política del recinto amurallado de la ciudad. En cuanto se encontraban encerrados en las mismas murallas dos grupos de familias, se verificaba inmediatamente la fusión; el pueblo asignaba a una parte de los ciudadanos un nuevo recinto, y se formaba enseguida una ciudad nueva sin lazos con la metrópoli, a no ser por la piedad o cuando más por la clientela. Entre los celtas, por el contrario, el pueblo fue en todo tiempo la tribu: a esta la regían el consejo y el príncipe, pero nunca tal o cual ciudad; y la asamblea general del cantón era quien decidía en última instancia. La ciudad no tiene, igual que en Oriente, más que una importancia mercantil o estratégica, pero nunca política. Así, pues, las ciudades de los galos, aun las que estaban amuralladas y eran más considerables, como Ginebra y Vienne, no

eran más que aldeas a los ojos de los romanos. En la época de César aún se mantenía la constitución primitiva, casi sin cambios, entre los celtas insulares y en los cantones septentrionales del continente. La asamblea general era la suprema autoridad: en todas las cuestiones graves decidía por sí misma y obligaba al príncipe; por su parte, la asamblea de la tribu era numerosa (en algunas contaba hasta seiscientos miembros), aunque parece que no desempeñó nunca más que un papel análogo al del Senado con los reyes de Roma. En cambio, en los cantones más meridionales se había verificado una gran revolución una o dos generaciones antes de César (este vio todavía vivos a los hijos de los últimos reyes). Las grandes tribus, o por lo menos los arvernos, los ednos, los secuaneses y los helvecios habían suprimido la monarquía, y el poder entre ellos había pasado a manos de la nobleza. Como carecían del régimen de las ciudades y de las asociaciones urbanas, según acabamos de decir, se seguía de aquí, como el reverso de la medalla, que los caballeros que estaban en el polo opuesto del progreso político dominaban absolutamente en las tribus celtas. Según todas las apariencias, esta aristocracia de los galos se componía de una alta nobleza integrada quizás en su mayor parte por los miembros de las familias reales o sus descendientes; vemos, sin embargo, que en ciertas tribus pertenecían a la misma raza los jefes de las facciones hostiles entre sí. Estas grandes familias concentraban en sus manos la preponderancia económica, militar y política; monopolizaban los arrendamientos de las regalías del Estado y obligaban a contraer deudas a los simples hombres libres, agobiados por el impuesto. Deudores de hecho y dependientes de derecho, les duraba muy poco su libertad. Los nobles se habían conquistado una clientela, o mejor dicho, el privilegio de agregarse cierto número de escuderos montados y asalariados (se los denominaba *ambactas*)^[6]. Con su pequeño ejército formaban un Estado dentro del Estado; desafiaban la autoridad legítima, estaban exentos del contingente local y hollaban la constitución. Cuando en una tribu, algunas de las cuales solían contar con ochenta mil hombres capaces de tomar las armas, se veía venir a la asamblea a un hombre seguido de diez mil escuderos, sin contar sus clientes y deudores, podía verse en él seguramente un dinasta independiente más que un simple miembro de la comunidad. Agréguese a esto que en el interior de la tribu las principales familias estaban estrechamente ligadas entre sí por medio de matrimonios o por pactos recíprocos, y que ningún poder era bastante fuerte como para ponerse frente a ellos. Así, pues, no había autoridad central que mantuviese la paz pública, y por todas partes reinaba el derecho de la fuerza. El cliente no podía ayudar más que al señor, y este tenía que vengar necesariamente, por deber o por interés, la injuria hecha a los suyos. Como el Estado no sabía proteger a los hombres libres, estos iban a ampararse al lado del poderoso. La asamblea del pueblo había perdido todo su valor político, y el príncipe, a quien incumbía la represión de los excesos de la nobleza, caía vencido por esta entre los galos, así como otras veces entre los latinos. En lugar del rey había

surgido el «justiciero» (*Vergobret*), nombrado por un año, como el cónsul de Roma. Allí donde aún subsistía la antigua tribu en sus principales elementos, el consejo del cantón dirigía los negocios; pero la aristocracia atraía hacia sí el gobierno. En esta situación, las tribus estaban en fermentación permanente, como el Lacio durante los siglos inmediatos a la expulsión de los reyes. Por una parte, los caballeros se unían en una liga separada, hostil al poder central de la tribu; por otra, el pueblo no cesaba de reclamar una restauración monárquica. Con frecuencia se vio a algún noble que sobresalía en su casta abordar la empresa ensayada antes en Roma por Espurio Casio: apoyarse sobre el ejército de sus clientes con la pretensión de destruir el poder de sus iguales, y querer reconquistar en provecho propio la corona y los derechos de los reyes.

TENDENCIAS HACIA LA UNIDAD NACIONAL

Este era el mal incurable que sufrían las tribus, y, sin embargo, el sentimiento de la unidad se manifestaba fuerte en el seno del pueblo, y tendía de mil maneras a ir tomando cuerpo. En el momento mismo en que la coalición de los nobles galos contra las asociaciones de las tribus preparaba la ruina del antiguo orden de cosas, se despertaba y alimentaba la idea de la cohesión nacional. Los ataques procedentes del exterior y las sucesivas disminuciones del territorio común, a raíz de las guerras con los pueblos vecinos, contribuían también a este mismo resultado. Así como los helenos luchando con los persas, y los itálicos luchando con los celtas, así también los galos transalpinos, combatiendo contra Roma, habían adquirido por primera vez la conciencia del poder y de la energía defensora de la unidad nacional. En medio de las rivalidades de las tribus y del tumulto de las luchas feudales se dejaban oír otras voces que reclamaban la independencia de la nación, siquiera fuese a costa de la independencia individual de los diversos cantones de la Galia, o del soberbio aislamiento de los caballeros. Las guerras de César atestiguan cuán popular era la resistencia contra el extranjero. El partido de los patriotas se sostuvo contra César, como los patriotas alemanes se sostuvieron contra Napoleón: entre otras pruebas de su fuerza, de su extensión y organización citaremos la telegrafía ingeniosa de que se servían para la rápida transmisión de las noticias.

UNIÓN RELIGIOSA. LOS DRUIDAS

Pero general y poderosa como era, la idea nacional de los galos no hubiera podido alcanzarse en medio de una división política excesiva, si al mismo tiempo no

hubiesen obedecido durante muchos años a la centralización religiosa y teológica. Los sacerdotes galos, o la cofradía de los druidas, abrazaba seguramente en su lazo nacional y religioso las islas británicas y toda la Galia, y quizá también otros países célticos. Tenía su jefe propio elegido por los sacerdotes; tenía sus escuelas donde se perpetuaba una tradición antiquísima, y también sus privilegios, la inmunidad del impuesto y del servicio militar; sus concilios anuales, que se reunían cerca de Chartres, en el «centro del país céltico». Finalmente, tenía su iglesia de creyentes; en ellos la piedad supersticiosa y la ciega obediencia hacia el sacerdocio no cederían en nada a las de los actuales irlandeses. Compréndese que la corporación de los druidas intentara apoderarse del gobierno temporal, y que en parte lo consiguiera. Allí donde se había establecido la monarquía anual del *Vergobret*, dirigía las votaciones en caso de interregno. Afectó el derecho, y no sin éxito, de poner el veto religioso a los individuos y a todas las comunidades, y, por consiguiente, de excluirlas de la sociedad civil. Además supo incautarse del derecho de entender en los negocios civiles más importantes, en las cuestiones de deslindes y de herencias. Al parecer, fundándose en este derecho de intervención, y en la costumbre que designaba preferentemente a los culpables como víctimas en los sacrificios humanos, había conquistado y aun aumentado su jurisdicción teocrática en materias criminales. Hizo una gran concurrencia a la justicia de los reyes y del *Vergobret*, y, por último, llegó hasta decidir acerca de la paz y de la guerra. La Galia no estaba ya lejos de las formas de un Estado teocrático, con sus papas y concilios, con sus inmunidades, sus excomuniones y sus tribunales espirituales. Solo que, a diferencia del Estado teocrático moderno, la constitución drúidica, lejos de meterse en asuntos exteriores, permaneció siendo profundamente nacional^[7].

FALTA DE CENTRALIZACIÓN POLÍTICA. LIGA DE LAS TRIBUS, LIGA BELGA. LAS TRIBUS MARÍTIMAS. LIGAS DE LA GALIA CENTRAL. SU CARÁCTER

Sea como fuere, y por más que se hubiese despertado entre las razas célticas el vivo sentimiento de su mutua dependencia, no supieron conseguir la centralización política, como no les fue dado encontrarla a los itálicos en la ciudad romana, o a los helenos y germanos en las monarquías macedonia y franca. La cofradía sacerdotal y la nobleza, que desde cierta perspectiva eran la representación y el lazo nacional, fueron esclavas de sus intereses exclusivos de casta e incapaces de fundar la unidad; por otra parte, eran demasiado poderosas para permitir que las constituyesen un rey y una tribu. Y no es porque faltasen los gérmenes: la constitución central de las tribus

abría el camino y bajaba por la pendiente del sistema de la hegemonía. Un cantón poderoso obligaba a los más débiles a subordinársele, y, a partir de esta fecha, los representaba en el exterior y estipulaba por ellos en los tratados. Entre tanto, la tribu cliente estaba obligada a seguir a la otra en sus guerras, y muchas veces hasta le pagaba tributo. De este modo es como habían surgido muchas ligas diferentes; por lo demás, no había ninguna tribu directora para toda la Galia, ni ninguna asociación común a toda la nación. Ya hemos dicho (volumen III, libro cuarto, págs. 174-175) que los romanos habían encontrado, en los primeros tiempos de sus conquistas en la Galia transalpina, en el norte a la confederación britobelga, sometida a los sucesiones, y en el sur a la confederación de los arvernos, con la que rivalizaban los eduos, apoyados en una más débil clientela. En tiempos de César, vemos en el noreste, entre el Sena y el Rin, a los belgas unidos en una liga análoga, pero que no se extiende hasta la Gran Bretaña. Al lado de estos permanecen asociados los galos de la Normandía y de la actual Bretaña; estas, si se quiere, eran tribus marítimas. En la propia Galia, o Galia central, dos partidos luchaban por la hegemonía: por una parte estaban los eduos y por otra los secuaneses; debilitados por sus guerras con los romanos, habían ya cedido el puesto a los arvernos. Estas diversas ligas eran independientes unas de otras: los Estados jefe del centro no habían conquistado la clientela en el noreste, y por la parte del noroeste tampoco habían avanzado mucho. Pero las asociaciones de las tribus, por más que diesen alguna satisfacción al sentimiento nacional unitario, eran insuficientes en todos los puntos. Flotaban, sin cohesión sólida, entre la alianza y la hegemonía; los intereses comunes no tenían más que una representación insuficiente en la dieta federal en tiempo de paz, y, en tiempo de guerra, en el jefe del ejército. Solo la liga de los belgas estaba constituida con alguna solidez. Allí el movimiento nacional, del cual había salido en otro tiempo la afortunada resistencia opuesta a los cimbrios (volumen III, libro cuarto, pág. 194), había dado sus frutos. En resumen, las contiendas por la hegemonía abrían en cada liga un cisma que el tiempo no borraba, sino que, por el contrario, iba aumentando. Después de la victoria de un pretendiente, el vencido continuaba viviendo, y por más que estuviese bajo clientela, le estaba permitido volver a comenzar algún día el combate. La lucha no era solo entre los cantones más poderosos, sino que se producía en cada tribu, en cada aldea, y aun en cada casa; nadie tenía en cuenta otra cosa que sus intereses personales. Así como en Grecia la gran lucha entre Esparta y Atenas no era la que había arruinado el país, sino las guerras intestinas entre las facciones lacedemonias y atenienses en cada ciudad, y en Atenas en primer término; así también la rivalidad entre los arvernos y los eduos dio un golpe de muerte a la Galia, repitiéndose en pequeño y hasta el infinito en el seno de la nación céltica.

SISTEMA MILITAR

El estado social y político del país se reproducía necesariamente en su sistema militar. El alma principal era la de caballería: a su lado, entre los belgas, y principalmente entre los insulares de la Gran Bretaña, se encontraban los antiguos y nacionales carros de combate muy numerosos y perfeccionados. En los vigorosos escuadrones y en las apiñadas filas de carros, se veía a la nobleza y sus escuderos: era propio de los caballeros amar los caballos y los perros, montar animales buenos de raza extranjera y de gran precio. Se sabe del ardor y el modo de combatir de estos nobles: en cuanto se hacía el llamamiento, todo el que tenía un caballo lo montaba, aunque fuese un anciano agobiado por los años. Cuando llegaba el momento del combate contra el enemigo, a quien generalmente despreciaban, juraban todos, uno por uno, no volver a su casa mientras su escuadrón no hubiese atravesado las filas de sus contrarios dos veces por lo menos. Sus mercenarios eran verdaderos lansquenetes, sin moralidad y sin sentimientos, y despreciaban su propia vida tanto como la de los demás. Se han hecho muchos relatos subidos de color, y casi rayando en la anécdota, sobre aquellos banquetes galos en los que se ejercitaban en la esgrima, y que degeneraban siempre en duelos a muerte. En ellos, según un uso que incluso superaba las luchas de gladiadores en Roma, se vendían para el combate singular a precio de oro, o por algunos barriles de vino, y se aprestaban a morir tendidos sobre su escudo y a la vista de la muchedumbre.

LA INFANTERÍA

Después de los caballeros venía la infantería. En el fondo eran siempre aquellas mismas bandas guerreras con quienes los romanos se las habían visto en Italia y en España. Como arma defensiva, llevaban casi siempre un ancho escudo; y en vez de espada usaban para el ataque la lanza como arma principal. En donde se unían muchas tribus para la guerra, se acampaba y combatía tribu contra tribu. Los contingentes no tenían ninguna organización militar; tampoco tenían táctica alguna ni hacían de las masas divisiones y subdivisiones regulares. Llevaban los bagajes del ejército en extensas filas de carros; y en lugar del campamento atrincherado construido todas las noches por las legiones de Rama, lo suplían con un medio pobre: formar un recinto con los mismos carros (*Wagerburg*, material rodante). Ciertos pueblos, y entre otros los nervianos, eran muy ensalzados por su excelente infantería. Sin embargo es notable que no tuviesen caballería, de donde se deduce que no eran de raza céltica, sino que tal vez fuesen procedentes de alguna emigración germánica. En resumen, en aquel tiempo la infantería de los galos parecía solo una muchedumbre

tumultuosa sin valor militar y poco manejable, sobre todo en el sur, donde con la rudeza de las costumbres había desaparecido también la bravura. «Los galos —dice César— no se atreven a mirar frente a frente a un germano.» Por lo demás, cosa que atestigua la cobardía y la inutilidad de la infantería celta, en cuanto el general romano tuvo ocasión de conocerla en su primera campaña, no la colocó nunca al lado de las legiones.

RESUMEN DEL CUADRO DE LA CIVILIZACIÓN DE LOS GALOS

En el conjunto, no pueden ser confirmados los progresos reales de la civilización de los galos de las regiones transalpinas en el momento de la llegada de César, sobre todo si se la compara con la condición de los galos que la historia nos ha presentado establecidos en las orillas del Po siglo y medio antes. En esa época, la fuerza principal de sus ejércitos consistía en la *Landwehr*, excelente en su género (volumen I, libro segundo, pág. 274); pero en la actualidad, la caballería había sustituido a la infantería. Antes los galos habitaban en aldeas abiertas; ahora se rodean de buenas murallas. Las excavaciones de los *tumuli* no han descubierto en la Lombardía más que objetos muy inferiores a los de la Galia del Norte, particularmente utensilios de cobre y de vidriado. El signo y la medida exacta de la civilización de un país es quizás el estado de la fortuna de un pueblo; y, si bien se había manifestado durante el período de las guerras de los galos en la región Lombarda, tanto más viva se muestra durante la lucha contra César. Sin embargo, según todas las apariencias, cuando este general llegó a la Galia, la cultura en este pueblo había alcanzado todo el apogeo al que podía aspirar, e incluso comenzaba ya la decadencia. Por último, en tiempo de César, la civilización de los transalpinos nos ofrece, por poco que nos sea conocida, una multitud de aspectos estimables e interesantes. En muchos aspectos se enlazaba a la era moderna, más que a la helenorromana: por el uso de los buques de vela, por su caballería, por sus instituciones religiosas y sus esfuerzos, aun cuando sean imperfectos, para constituir el Estado, no formado sobre la ciudad, sino sobre la raza, y para elevar la nacionalidad a su más alto poderío. Desgraciadamente, por el hecho de encontrar a los galos en el punto culminante de su progreso, vemos mejor los vacíos de sus dotes morales, o lo que es lo mismo, de su capacidad para la cultura. No supieron crear arte ni Estado, y llegaron solamente a fundar una especie de teología y una nobleza propias. Ya no existía su bravura sencilla y primitiva, y en cuanto al valor militar engendrado por las altas ideas morales, o por las sabias instituciones, tal como surgía en los países de una civilización avanzada, se había refugiado en las filas de los caballeros, ya semiextinguido. La barbarie estaba en realidad vencida: ya habían pasado los tiempos en que los galos servían el bocado mejor y más sabroso al

convidado más valiente; en que los demás convidados a quienes ofendía tal preferencia disputaban su honor en un combate singular; en que los más adictos de un jefe que moría se arrojaban a la pira donde se verificaba la incineración del cadáver. Pero aún duraban los sacrificios humanos; y si bien no estaba ya en uso la tortura contra el hombre libre, estaba autorizada contra los esclavos y contra la mujer libre. Este hecho ilumina con una triste luz la condición en que se hallaba el sexo débil en las Galias, aun en la época de su civilización más avanzada. Resumamos: los galos habían perdido las rudas ventajas de los pueblos primitivos, pero no habían conquistado los privilegios reservados a los pueblos en los que la idea moral ha penetrado y domina todos los espíritus.

RELACIONES EXTERIORES. CELTAS E IBEROS

Tales eran los galos en el interior. Nos resta darlos a conocer en sus relaciones exteriores o con sus vecinos, y mostrar el papel que desempeñaban en esta época en esa gran liza abierta a todas las naciones. Durar y defenderse es en todas las cosas más difícil que vencer. Por la parte de los Pirineos, la paz reinaba entre las tribus desde hacía mucho tiempo: habían transcurrido ya siglos desde que los galos habían rechazado y desposeído en parte a los iberos o a la población vasca primitiva. Los valles de la cadena, las montañas del Bearn y de la Gascuña, y las estepas de la costa, al sur del Garona, pertenecían a los aquitanos, agregación de pequeños pueblos de origen ibérico, mal unidos entre sí y sin recursos en el exterior. Solo las bocas del Garona, con el importante puerto de Burdigala (Burdeos), estaban en poder de la población celta de los biturigoviviscos.

CELTAS Y ROMANOS

Mucho más importantes fueron los contactos entre la nación celta y el pueblo romano por un lado, y los germanos por otro. No repetiremos aquí lo que hemos dicho anteriormente acerca del modo como los romanos, avanzando siempre, rechazaron lentamente a los galos. Ocuparon la zona de las costas desde los Alpes hasta los Pirineos, y así separaron a los celtas de la Italia, de la España y del mar Mediterráneo. Hacía ya muchos siglos que había preparado este gran resultado la fundación de la ciudadela focense en la desembocadura del Ródano. Hagamos notar una vez más que los galos no han cedido solo al ascendiente de las armas romanas, sino que se han doblegado también ante la civilización latina, que tenía como auxiliares los elementos fecundos traídos a esta nueva tierra por los trabajadores griegos. Como sucede con

frecuencia, el comercio y las relaciones internacionales hicieron tanto como la conquista, pues iban abriendo el camino. Como hombre del norte, el galo gustaba de las bebidas fuertes: como escita, bebía los buenos vinos hasta la embriaguez. Ante esto existía el disgusto de los sobrios habitantes del sur, a los que, sin embargo, al ver estas cosas no les repugnaba sacar de ellas provecho. El comercio de vinos se convirtió muy pronto en rica mina de oro para el mercader italiano, y a veces le sucedió cambiar un cántaro de vino por un esclavo. También se colocaban con gran ventaja en las Galias otros artículos de lujo, como los caballos italianos, por ejemplo. Ya se veía también al ciudadano romano comprar tierras más allá de la frontera: desde el año 673 se hace mención de los dominios romanos situados en el cantón de los segusiavos (cerca de Lyon). En consecuencia, ya no era desconocida la lengua latina en la Galia independiente, y particularmente entre los arvernos, desde mucho antes de los tiempos de la conquista; pero solo algunos tenían de ella una ligera tintura, y aún se necesitaba intérprete para conversar con los notables del pueblo aliado de los eduos. En resumen: así como los *squatters* y los traficantes de aguardiente han abierto la ruta a los inmigrantes en la América del Norte, los mercaderes de vinos y los propietarios romanos atrajeron a los invasores de las Galias. Esto no había pasado desapercibido para los galos: testigo es la prohibición vigente en uno de sus pueblos más enérgicos, en el de los nervianos, que, imitando a algunas hordas germánicas, cerró su territorio al comercio con los romanos.

GALOS Y GERMANOS. LOS CELTAS PIERDEN LA ORILLA DERECHA DEL RIN. TRIBUS GERMÁNICAS DE LA ORILLA IZQUIERDA

Mientras los galos afluían a las playas del Mediterráneo, otra raza, procedente también de la cuna de los pueblos orientales, salía de las costas del Báltico y del mar del Norte, y venía, más joven, más ruda y más fuerte, a conquistarse un puesto entre los otros pueblos, sus hermanos mayores. Ya las tribus llegadas del Rin, usipetos, tencteros, sigambros (sicambros) y ubianos, se dejaban dominar por la civilización, o por lo menos abandonaban poco a poco sus costumbres caprichosamente nómadas. Sin embargo, todas las indicaciones de las fuentes nos muestran que en el interior había ido desapareciendo lentamente la agricultura, y que las hordas germánicas no se fijaban ya en el suelo. Cosa notable, apenas si entre sus vecinos occidentales se conocía una sola de las tribus del centro por su nombre patronímico. Se las colocaba a todas bajo la denominación común de suevos, esto es, «los errantes», o de marcomanos, es decir, «hombres de *landwehr*»^[8]. Repito que estas denominaciones no pertenecían en tiempo de César a naciones distintas, por más que lo hayan creído

así los romanos, y aunque más tarde hayan tomado este carácter. Cuando la gran nación se puso en movimiento, los celtas fueron los primeros que recibieron el choque. Sin embargo, las luchas entre los germanos y los galos por la posesión de las tierras al este del Rin están completamente fuera del alcance de nuestras miradas. Lo único que nos es dado averiguar es que, a fines del siglo VII de Roma, todos los países de la orilla derecha del Rin habían sido conquistados por los celtas. Los boyos, asentados tiempo atrás, según parece, en lo que hoy son la Baviera y la Bohemia (volumen III, libro cuarto, pág. 180), andaban ya errantes y sin patria. Incluso la Selva Negra, que los helvecios habían también ocupado, si bien aún no había caído por completo bajo el poder de las tribus germanas limítrofes, estaba convertida en frontera talada y era disputada diariamente. Sin duda ya se había convertido en lo que indica el nombre de «desierto helvecio», que le dieron más tarde. Se sabe la bárbara estrategia de los germanos: para librarse de toda sorpresa por parte del enemigo, talaban la región que los separaba en una extensión de muchas leguas; y parece que aquí la practicaron en gran escala. Pronto no los contuvo ni siquiera la barrera del Rin. Cincuenta años antes habían pasado como un torrente devastador los cimbrios y los teutones, cuyo núcleo principal lo formaban las hordas germánicas, por la Panonia, Italia, las Galias y España. Esto no había sido más que un poderoso reconocimiento; pero, al oeste del río y en su curso inferior, se veían ya establecidos algunos pueblos germánicos: llegados como conquistadores, trataban a los galos, sus vecinos, como pueblo sujeto, exigiéndoles rehenes y tributo. Esto hacían los aduatucos, restos rezagados del ejército de los cimbrios y convertidos en una tribu poderosa. Otra multitud de tribus fue más tarde comprendida bajo la denominación de tongrios, y habitaban en las orillas del Mosa, en el país de Lieja. En pos de estos venían los treverinos (en las inmediaciones de Treveris), y los nervianos (en el Hainaut): las dos tribus más grandes y poderosas de todas. Serias autoridades los enlazan al gran tronco germánico. Nosotros nos guardaremos de resolver definitivamente esta cuestión de los orígenes, pero haremos notar con Tácito que más tarde se tuvo entre estos dos últimos pueblos como un honor el descender de sangre germánica, y no de la menos estimada de los galos. Como quiera que fuese, nos parece que las poblaciones de los países del Escalda, el Mosa y el Mosela están muy impregnadas de elementos germánicos, y en contacto con las influencias procedentes del otro lado del Rin. Puede ser que los establecimientos germanos fuesen todavía raros, pero no carecían de importancia, porque, en medio del caos sombrío en que se agitaban entonces las hordas alemanas de la orilla derecha, las vemos siguiendo la huella de las avanzadas que habían pasado el río, y a su vez dispuestas a pasarlo en masa. Amenazados así por ambos lados por el extranjero, y destrozados entre sí en el interior, los desgraciados celtas no podían reponerse y conquistar su independencia con sus solas fuerzas. Su historia no había sido hasta entonces otra cosa más que

división y ruina. No contaban con batallas como las de Maratón y Salamina, las de Aricia y de los campos Raúdicos: en sus años más viriles ni siquiera habían intentado destruir Masalia; ¿cómo, pues, al declinar su vida habían de defenderse de sus terribles invasores?

**POLÍTICA DE LOS ROMANOS RESPECTO DE LA INVASIÓN
GERMÁNICA.
ARIOVISTO EN EL RIN MEDIO. ESTACIONAMIENTO DE LOS
ROMANOS**

Como los galos no podían luchar solos contra los germanos, para Roma era de un interés capital vigilar atentamente los incidentes de la lucha entre ambos pueblos. Por más que no se comprometiese directamente en los sucesos, no dejaba de sentir las graves consecuencias que entrañaban. No hay que decir que la situación interior de las Galias se reflejaba en el exterior a cada momento. Así como en Grecia el partido lacedemonio se había aliado con los persas contra Atenas, así también los romanos, que se encontraron a su primer descenso al otro lado de los Alpes con los arvernos, que eran entonces el pueblo más poderoso de los celtas del sur, habían tomado su punto de apoyo en los eduos, que disputaban a la otra tribu la hegemonía de las Galias. Así, con la ayuda de estos «nuevos hermanos del pueblo romano», no solo habían sometido a los alóbroges y a la mayor parte del territorio inmediato arverno, sino que también, y pesando con toda su influencia, habían puesto en manos de sus aliados la dirección de la Galia independiente. Sea como fuere, mientras los griegos no tenían que acudir al peligro más que por un lado, los galos se veían atacados por dos enemigos, ante lo cual les pareció el expediente más sencillo pedir ayuda al uno contra el otro. De esta forma, una de las facciones estaba con los romanos y la otra se alió con los germanos. A este último partido se sentían arrastrados los belgas principalmente: su vecindad y la mezcla de sus razas los aproximaban a los transrenanos. Como eran más rudos y menos civilizados que los demás galos, sus compatriotas alóbroges o helvecios les eran casi más extraños que las hordas de los suevos. Entre los galos del sur, entre los secuaneses, por ejemplo, cuya gran tribu (no lejos de Besansón) estaba al frente del partido hostil a Roma, también se creía tener un motivo justo para llamar a los germanos ante la amenaza de las armas de la República. La administración romana estaba en decadencia: la revolución italiana se anunciaba por signos precursores que no pasaban desapercibidos ni siquiera a los ojos de los galos, y parecía llegada la ocasión propicia para rechazar la influencia de Roma y humillar a los eduos, sus clientes. Como en el año 683 había estallado la ruptura en la región del Saona que separaba ambos territorios, Ariovisto, un jefe

germano, pasó el Rin con mil quinientos hombres armados. Era el *condottiero* de los secuaneses. La guerra se prolongó durante muchos años con diversas vicisitudes; pero no terminó bien para los eduos. Al fin, Eporedorix, su jefe, levantó en masa su clientela y marchó contra los germanos. Ahora tenía una gran superioridad numérica; pero, como el enemigo se obstinaba en rehusar el combate, se mantuvo a cubierto detrás de las marismas y de los bosques. Después, fatigadas un día de tanto esperar, las tribus de los galos comenzaron a disolverse y a abandonar el ejército. Inmediatamente aparecieron los germanos en campo raso, y Ariovisto consiguió una fácil victoria cerca de Admagetóbriga (hacia Pontarlier), donde quedaron tendidos en el campo de batalla la flor de los caballeros eduos. Abatidos estos, tuvieron que sufrir las condiciones del vencedor. Para hacer la paz fue necesario que abdicasen su hegemonía y entrasen con todos sus partidarios en la clientela de los secuaneses, y prometiesen un tributo a los germanos, o mejor dicho, a Ariovisto. Además, debían dar en calidad de rehenes a los hijos de los principales nobles, y comprometerse bajo juramento a no reclamarlos jamás y a no solicitar la intervención de los romanos. Este tratado se concluyó, según parece, hacia el año 693^[9]. Todo incitaba a los romanos a obrar, tanto su honor como su interés. Divitiac, un noble eduo, jefe del partido romano en su tribu, y desterrado por los suyos por esta sola causa, había venido en persona a Roma a pedir que la República fuese en ayuda de su patria. Además, la insurrección de los alóbroges, vecinos de los secuaneses, insurrección que coincidía sin duda con estos acontecimientos, hubiera debido ser para aquella una seria advertencia. Se dio orden a los pretores de la Galia para que fuesen en auxilio de los eduos, y se habló de enviar los cónsules y los ejércitos consulares al otro lado de los Alpes; pero el resultado de todas estas palabras vanas fue que el Senado, a quien competía la decisión en estos graves asuntos, no hizo casi nada. Una vez dominada la insurrección de los alóbroges, no volvió a pensarse en los eduos; antes por el contrario, en el año 695, se vio el nombre de Ariovisto inscrito en las listas de los reyes amigos de Roma^[10].

ARIOVISTO FUNDA UN REINO GERMÁNICO EN LA GALIA

El jefe guerrero vio en todo esto una renuncia pura y simple de la República a todos los territorios galos que no había jamás ocupado, y, tomando posiciones en el país conquistado, se dedicó a fundar un imperio germano en medio del país galo. Hizo allí asiento con las numerosas hordas que lo habían seguido, y llamó a otras más numerosas que acudieron a su voz desde el fondo de Germania. Cuando llegó el año 696, habían pasado ya el Rin ciento veinte mil germanos. Esto era un éxodo poderoso de la nación que se extendía a torrentes por esta ancha presa abierta hacia las bellas

regiones de Occidente. Durante todo este tiempo, el rey prosiguió su establecimiento, fundamento de su futura dominación en la orilla izquierda del río. Es imposible determinar la importancia de las colonias germánicas creadas por él: se extendían hasta muy lejos, aunque menos que sus proyectos de conquista. En cuanto a los galos, no los consideró más que como una nación sujeta en masa, cuyas diversas tribus no tenían para él una existencia distinta. Aún hay más: hasta los secuaneses, de quienes él había sido un *condottiero* mercenario, y a quienes debía el haber pasado el Rin, se vieron obligados a entregar a los germanos, de la misma forma que los enemigos a quienes habían dominado, la tercera parte de su territorio. Sin duda se trata aquí de la Alsacia alta, habitada más tarde por los triboccos, y donde se estableció con su ejército. Como si esto no fuese bastante, cuando llegaron en pos de él los harudos, exigió la entrega de otra tercera parte. Parece que quería hacer en las Galias el papel de un Filipo de Macedonia; y se condujo como señor tanto respecto de los galos del partido germánico, como de los del partido de Roma.

LOS GERMANOS EN EL RIN INFERIOR Y EN EL SUPERIOR. PREPARATIVOS DE UNA INVASIÓN HELVECIA A LA GALIA

El poderoso jefe era un vecino peligroso para Roma. Él solo bastaba para excitar las más vivas inquietudes; pero era mucho más grave el peligro para todo aquel que comprendía que el movimiento de la conquista arrastraría detrás de sí a otros invasores. Fatigados por las incesantes rapiñas de las insolentes bandas de los suevos, los usipetas y los téncteros de la orilla derecha habían abandonado sus antiguas moradas el año que precedió a la llegada de César a la Galia (695), buscado un asilo en la desembocadura del río. Cuando se encontraron allí con los menapianos acantonados en la orilla derecha, les arrebataron aquella porción de su territorio: era de prever que quisieran también establecerse en la orilla occidental. Otras hordas de suevos se reunían cerca de Colonia y de Mayenza, y amenazaban invadir el territorio de la tribu de los trevireños. Por último, la tribu más oriental de los celtas, la de la poblada y belicosa Helvecia, se veía atacada todos los días por incursiones cada vez más peligrosas, sobrecargada por sus colonos arrojados de sus campiñas al norte del río y amenazada de un completo aislamiento con el resto de la Galia por el establecimiento de Ariovisto en el país de los secuaneses. En estas circunstancias, en su desesperación se resolvió a ceder el puesto a los germanos, y fue a buscar en el oeste un espacio más vasto y tierras más fértiles, aspirando tal vez, al mismo tiempo, a conquistar la supremacía en las Galias. Ya en la época de la invasión cimbria esta ambición había impelido a algunas de sus tribus; recuérdese si no, la tentativa de división. También los roracos (países de Basilea y de Alsacia) estaban expuestos a los

ataques de los germanos, y los restos de los boyos, expulsados de su patria hacía ya mucho tiempo, andaban errantes por todas partes sin encontrar un asilo. Por su parte, algunos otros pequeños pueblos hicieron causa común con los helvecios. Desde el año 693 aparecieron sus avanzadas al otro lado del Jura y hasta en la Provenza. La avalancha era inminente; detrás de ella iban a precipitarse inevitablemente las hordas germanas, y a esparcirse en la importante región entre los lagos de Costanza y de Ginebra. Los pueblos germánicos estaban en movimiento desde las fuentes del Rin hasta el océano Atlántico, y se mostraban en toda la línea del gran río. ¿Había sonado la hora de una invasión de los bárbaros, semejante a la de los francos y alemanes que destruirá un día el vacilante Imperio de los Césares? ¿Va a acumularse acaso sobre las Galias la tormenta que cinco siglos después caerá sobre Roma?

CÉSAR EN LA GALIA. SU EJÉRCITO

En tales circunstancias fue que Cayo César, gobernador nombrado recientemente, descendió a la Galia narbonense (en la primavera del año 696). El senadoconsulto había agregado esta provincia a la originaria, la cisalpina, con la Istria y la Dalmacia. Respecto de su cargo, conferido primero por cinco años (hasta fines del año 700), y prorrogado después por otros cinco (hasta fines del 705), tenía derecho a llevar consigo a seis lugartenientes con rango de propretores^[11]. Además, por lo menos según él, estaba autorizado para completar los cuadros de sus legiones y hasta para formar otras nuevas con los muchos ciudadanos que poblaban su circunscripción cisalpina. El ejército, a cuya cabeza se puso en las dos provincias, comprendía la infantería regular de cuatro legiones aguerridas: la séptima, la octava, la novena y la décima; a lo sumo veinticuatro mil hombres, a los que se agregaban, como de costumbre, los contingentes de los súbditos locales. En cuanto a la caballería y las tropas ligeras, llevaban algunos escuadrones españoles y númidas, y arqueros y honderos de Creta o de las Baleares. En su estado mayor, formado por la flor de la democracia, entre un gran número de brillantes nulidades se veían algunos oficiales capaces, por ejemplo Publio Craso, hijo de su antiguo asociado político, y Tito Labieno, su fiel auxiliar en las campañas populares del *Forum*, y que lo seguía hoy a los campos de batalla. Por lo demás, iba sin instrucciones precisas y dejaba a las circunstancias guiar su valor y su inteligencia, y, a su pericia, que reparase el mal que había causado la incuria del Senado al no haber cerrado el paso a la invasión de los germanos.

CÉSAR RECHAZA A LOS HELVECIOS

En este momento comenzaba la invasión helvecia tiempo atrás preparada, cuyo lazo íntimo con la invasión germánica hemos mostrado anteriormente. A fin de no dejar sus cabañas vacías para que las utilizaran los germanos, y para cortarse ellos mismos la retirada, los helvecios habían quemado sus ciudades y aldeas. Cargando en las extensas líneas de sus carros a sus mujeres, a sus hijos y sus mejores muebles, llegaron a Lemano, a la altura de Ginebra (Ginebra), donde se habían citado con sus compañeros de emigración para el 28 de marzo^[12] del año 696. Según ellos, reunían un contingente de trescientos sesenta y ocho mil individuos, una cuarta parte de los cuales eran hombres capaces de llevar las armas. El monte Jura que va desde el Rin hasta el Ródano forma una barrera casi continua entre la Helvecia y los países de Occidente. Sus estrechos desfiladeros eran muy difíciles de atravesar, por lo que se prestaban a la defensa. Así, pues, los jefes de los helvecios habían dado la vuelta por el sur, a fin de penetrar en el oeste por el punto en que el Ródano rompe las montañas y se abre el camino entre las crestas jurásicas del sudoeste, las más difíciles de la cadena, y los Alpes de Saboya, a la altura del fuerte de Ecluse. Flanqueando el río más a la derecha había rocas y precipios enormes, y no quedaba más que un sendero estrecho que podía cerrarse en un momento. Nada más fácil para los secuaneses, dueños de esta orilla, que impedir el paso. Los helvecios se decidieron a seguir por la izquierda que pertenecía a los alóbroges hasta más arriba del paso del río; contaban con pasarlo de nuevo más abajo, por donde entra ya en la llanura, y dirigirse desde allí hacia los cantones del oeste. El país de los santones (*saintonge*), no lejos de las costas del Atlántico, era el lugar elegido por ellos para su futura morada. Pero al pasar a la orilla izquierda habían entrado en territorio romano; y César, que por otra parte no veía con gusto su establecimiento en la Galia occidental, estaba decidido a cerrarles el paso. Por desgracia, de sus cuatro legiones tres estaban muy distantes por el lado de Aquilea; y, aunque hubiese mandado precipitadamente las milicias de la provincia transalpina, parecía imposible hacer frente con este puñado de hombres al inmenso torrente de pueblos que desembocaban en el Ródano, y cerrarles el desfiladero a la salida del Lemano, más abajo de Ginebra, en un espacio de más de cuatro leguas. Sin embargo, quiso ganar tiempo. El enemigo creía efectuar en paz la travesía del país y de los pueblos alóbroges. Se negoció, pues, y César se aprovechó de un respiro de quince días para romper el puente de Ginebra y cerrar la orilla izquierda con una línea fortificada de cerca de cuatro millas (alemanas) de longitud.

LOS HELVECIOS EN LA GALIA. GUERRA CON LOS HELVECIOS

Este fue el primer ensayo de esas cadenas de reductos, unidos por muros y fosos, que los romanos aplicaron después en proporciones colosales a la defensa del Imperio. En

vano los helvecios intentaron pasar el río por diferentes puntos, ya a nado, ya con canoas. En todas partes fueron rechazados por los romanos atrincherados, y tuvieron que renunciar a pasar a la orilla izquierda. Entonces se pusieron de acuerdo con la facción de los galos hostil a los romanos, que esperaba hallar en ellos un poderoso refuerzo. El eduo Dumnorix, hermano de Divitiac, estaba en su tribu a la cabeza del partido nacional, como Divitiac al frente del partido del extranjero, y facilitó a los helvecios el paso por el país de los secuaneses. Los romanos no tenían ningún derecho a impedirlo; pero la invasión helvecia en la Galia era para ellos un suceso de capital interés, pues se trataba de una cosa muy diferente del respeto a sus fronteras. Solo podían ponerse a salvo sus intereses imitando a los grandes lugartenientes del Senado y al mismo Mario. No era suficiente limitarse a la modesta defensa de su frontera: era necesario atravesarla audazmente a la cabeza de un poderoso ejército. César, por otra parte, no era el general del Senado, sino el de la República, y no vaciló. Había venido desde Ginebra hasta Italia y conducía a marchas forzadas las tres legiones que tenía acantonadas y otras dos recientemente reclutadas. No tardó en verificar su unión con el cuerpo de ejército que había dejado apostado junto a Ginebra, y pasó el Ródano a la cabeza de todas sus tropas. Ante su aparición inesperada en las fronteras de los eduos, la facción romana subió naturalmente al poder; y ese feliz incidente aseguró los víveres al ejército invasor. Los helvecios pasaban en estos momentos el Saona, y tras abandonar el país de los secuaneses penetraban en el de los eduos. Una de sus tribus, los tigorinos, permaneció aún sobre la orilla izquierda. César cayó sobre ellos, los sorprendió y los destruyó por completo. Pero el grueso de la caravana se había establecido ya en la otra orilla. El romano los persiguió y pasó el río en veinticuatro horas, en una operación en la que los helvecios habían empleado veinte días y aún no habían terminado. A la vista del ejército romano colocado a su espalda, aquellos se vieron obligados a cambiar de dirección; cesaron de caminar hacia el oeste y volvieron hacia el norte. Sin duda creían que César no se atrevería a seguirlos hasta el centro de las Galias, y que, una vez abandonados a sí mismos, les sería fácil volver a seguir su dirección. Durante quince días los siguieron las legiones a muy corta distancia pisándoles los talones, por decirlo así, y acechando la ocasión de atacarlos y destruirlos. Pero la ocasión no se presentó: por lenta y penosa que fuese su marcha, los helvecios supieron guardarse; tenían víveres en abundancia y sus espías los mantenían al tanto de lo que pasaba en el campamento romano. Las legiones, por el contrario, comenzaban ya a sufrir: carecían de lo necesario, sobre todo cuando los helvecios se apartaron de las orillas del Saona, pues en adelante les faltaron los convoyes que recibían por este río. La escasez era indudablemente causada por los eduos, quienes habían prometido provisiones a César; pero, como dentro de su territorio todavía se movían los dos ejércitos, no era posible dejar de sospechar de su mala fe. Por último, a pesar de ser

numerosa (contaba por lo menos con cuatro mil caballos), la caballería romana no le inspiraba confianza. Nos daremos cuenta de ello al saber que estaba formada casi toda por los contingentes galos, eduos en su mayor parte, mandados por Dumnorix, el enemigo notorio de Roma. César los consideraba como rehenes más que como soldados. Creía que se habían dejado vencer a propósito en un encuentro reciente con la caballería menos fuerte de los helvecios, y que por ellos el enemigo sabía todo lo que pasaba en el campamento romano. Por tanto, la situación tenía sus peligros. Ya se veía bien a las claras la poderosa influencia que ejercía el partido de los galos patriotas, incluso entre los eduos, aliados oficiales de Roma, no obstante los grandes intereses que los unían a la República. ¿Cuánto más se había de sentir esta influencia cuando se penetrase audazmente en el corazón de un país en completa efervescencia y se careciese de todas las comunicaciones, aun de las más necesarias? Los ejércitos pasaron a corta distancia de Bibracta (cerca de Antina), la capital edua. César quiso apoderarse por la fuerza de este puesto importante, antes de pensar en pasar adelante. Quizás hasta pensaba fortificarse en ella y hacer allí un alto en su persecución. Se apartó, pues, un poco de su camino; pero los helvecios vieron un principio de huida en su movimiento hacia la ciudad y lo atacaron.

BATALLA DE BIBRACTA. LOS HELVECIOS ENVIADOS DE NUEVO A SU PAÍS

César no deseaba otra cosa. Ambos ejércitos se colocaron en orden de batalla en dos cadenas de colinas paralelas. Los galos fueron los primeros en comenzar el combate: rechazaron y dispersaron en la llanura la caballería romana enviada a su encuentro, y después se precipitaron contra las legiones colocadas en la pendiente de los cerros; pero fueron rechazados por los veteranos de César. Pero cuando los romanos descendieron a la llanura, persiguiendo su ventaja, los galos efectuaron un nuevo movimiento ofensivo, al mismo tiempo que un cuerpo que tenían a retaguardia se arrojó sobre el flanco de las legiones. César opuso al enemigo por esta parte las reservas de sus columnas de ataque; los separó del grueso de su ejército y los arrojó sobre sus carros y bagajes; allí fue completamente exterminado. Por último, cedieron las masas de las hordas helvecias, sin quedarles más retirada que la ruta del este, dirección completamente opuesta a la seguida en un principio. En este día fue cuando fracasó el plan de la emigración, en busca de nueva morada en las costas del Atlántico. La jornada fue sangrienta hasta para el vencedor. César, que desconfiaba de sus oficiales, y no sin razón, había mandado retirar los caballos desde el momento en que comenzó el combate, para demostrar mejor a los suyos que no había que volver un solo pie atrás. Y en verdad, si los romanos hubiesen perdido la batalla, su

ejército habría perecido por completo. Cansadas como estaban, las legiones no pudieron perseguir activamente a los vencidos; pero como César había manifestado que todo el que prestase auxilio a los helvecios sería tratado como enemigo del pueblo romano, por dondequiera que estos pasaron, y sobre todo entre los lingones, se les negaron asistencia y víveres. Así, pues, perdieron todos sus bagajes, y embarazados al fin en su marcha por aquella muchedumbre inerme que llevaban consigo, tuvieron que rendirse a discreción. César no los trató con dureza. Para los boyos, que no tenían patria, ordenó que los eduos les asignasen moradas en su propio territorio. Al establecer en medio de la tribu más poderosa de las Galias a estos enemigos, vencidos la víspera, hicieron a Roma casi todos los servicios de una colonia. Los restos de los helvecios y de los roracos, una tercera parte aproximadamente de la población viril que salió de Helvecia, fueron mandados por César a su país, donde, colocados bajo la soberanía de Roma, tuvieron la misión de defender la frontera del Rin superior contra las agresiones de los germanos. Roma solo se apoderó del extremo sudoeste del territorio helvecio; allí transformó más tarde en fortaleza fronteriza la antigua ciudad celta de Noviodunum (*Nyon*), situada en las bellas riberas del Lemán, y recibió el nombre de *colonia Juliaequestris*.

CÉSAR Y ARIOVISTO. NEGOCIACIONES

De este modo se había contenido la invasión alemana en el alto Rin, y se había humillado al mismo tiempo la facción gala hostil a los romanos. Pero en el Rin medio, que los germanos habían pasado hacía ya algunos años, el poder creciente de Ariovisto rivalizaba con la influencia romana en las Galias. Por lo tanto, había que venir a las manos, y naturalmente se presentó el pretexto para la ruptura. El yugo que Ariovisto imponía a los galos, o aquel con que los amenazaba, no podía menos que parecerles muy pesado comparado con la supremacía romana; y, en cuanto a la pequeña facción que se obstinaba en su odio contra Roma, permanecía muda. Los romanos provocaron una gran dieta de tribus de la Galia media, que finalmente decidió que en nombre de la nación se invitase a César a venir en su ayuda contra los germanos. César se los prometió. Por orden suya los eduos suspendieron el tributo que se habían comprometido a pagar a Ariovisto, y le pidieron sus rehenes. Furioso este por la ruptura, atacó a los clientes de Roma, y al hacerlo suministró a César el motivo deseado para una intervención directa. César reivindicó también los rehenes, exigió que Ariovisto prometiera mantener la paz con los eduos, y se comprometiera, sobre todo, a no llamar a los germanos del otro lado del Rin. El jefe bárbaro le respondió con altivez y como su igual en poder y en derecho: «Que las leyes de la guerra lo han hecho dueño de la Galia septentrional, lo mismo que han dado el sur a

los romanos. Él no impide que estos exijan tributo a los alóbroges, y, por consiguiente, que no estorben los romanos que él se lo haga pagar a sus súbditos». Después, en comunicaciones muy secretas, y haciendo ver que estaba completamente al corriente de los asuntos interiores de la República, habló de las incitaciones que les hacían algunos romanos: «Queriendo que acabase con César; pero que, por su parte, si César consiente en abandonarle el norte de las Galias, él lo ayudará, por el contrario, a hacerse dueño del poder en Italia. Las disensiones de los galos le han abierto las puertas de la Galia y espera que las disensiones de Italia le permitan consolidar sus recientes conquistas». Hacía muchos siglos que Roma no oía semejante lenguaje, proclamando el derecho de igualdad, y la independencia absoluta y altanera de un general que la trataba de potencia a potencia. En suma, se negó a comparecer cuando el general romano lo citó a venir personalmente, según la forma usada con los príncipes clientes.

CÉSAR ATACA A ARIOVISTO

No era posible vacilar, y César marchó en seguida contra el rey. Pero he aquí que de repente se apoderó el pánico de sus soldados y de sus oficiales, los primeros, ante la idea de venir a las manos con aquellas terribles bandas germánicas que hacía catorce años que no dormían debajo de techado. Hasta en su campamento César vio señales de indisciplina y desmoralización de los ejércitos romanos: eran inminentes la desertión y la insurrección. Por su parte declaró que, si era necesario, iría a buscar al enemigo con la décima legión solamente. Finalmente la arrebató con un llamamiento al honor y arrastró a los demás detrás de sus águilas por el sentimiento de una emulación belicosa: su aliento y su energía se trasladaron al pecho de sus soldados. Sin darles tiempo de volver sobre sí, los condujo a marchas forzadas, y adelantándose a Ariovisto, ocupó Vesontio (Besansón), capital de los secuaneses. Se verificó una entrevista entre los dos jefes a petición del germano, que parece no tenía más objeto que una tentativa criminal contra la persona de César. Solo las armas podían decidir entre los dos dominadores de las Galias. Sin embargo, no se vino inmediatamente a las manos: ambos ejércitos permanecieron acampados en el país de Mulhouse (alta Alsacia), a poca distancia uno de otro, y a una milla del Rin. Pero Ariovisto, con sus fuerzas muy superiores, consiguió desfilar por delante de los romanos, y, tras colocarse a sus espaldas, les cortó las provisiones^[13].

DERROTA DE ARIOVISTO

Para desembarazarse, César quiso dar la batalla, pero el germano la rehusó. Entonces el general de la República, a pesar de su inferioridad numérica (era el único medio que le quedaba), intentó a su vez la operación que le había salido bien al enemigo. Para restablecer sus comunicaciones hizo pasar por delante de este dos legiones que fueron a tomar posiciones más allá del campamento germano, mientras él permaneció en el suyo con las otras cuatro legiones. Cuando Ariovisto vio a su enemigo dividido, marchó a atacar el primer cuerpo, pero fue rechazado. Animado por este triunfo, marchó al combate todo el ejército romano: los germanos se colocaron en una larga línea de batalla en la que cada tribu formaba una división, y colocando tras de sí los bagajes y las mujeres para hacer la huida imposible. El ala derecha del ejército de César, mandada por él mismo, rompió las líneas del enemigo; en tanto en el ala izquierda los germanos obtuvieron igual éxito. Se hallaban pues en igualdad de circunstancias; pero la práctica prudente de las reservas, tan fatal para los bárbaros, aseguró también ahora la victoria a los romanos. Publio Craso lanzó la tercera línea en auxilio del ala que se replegaba, y así restableció el combate. La batalla estaba ganada y se persiguió al enemigo hasta el Rin: algunos, y entre ellos el rey, consiguieron refugiarse en la otra orilla.

LA EMIGRACIÓN GERMÁNICA DE LA ORILLA IZQUIERDA

De este modo saludaba la República, después de una brillante victoria, al gran río germano, que veían por primera vez los soldados de Italia. En una sola batalla había conquistado Roma la línea del Rin: la suerte de los emigrantes germánicos de la orilla izquierda estaba en manos de César; podía aniquilarlos, pero no hizo nada. Los pueblos galos inmediatos, secuaneses, leucos y mediomatricos, no eran lo bastante fuertes para defenderse, pero tampoco bastante seguros para Roma: los germanos prometían ser fuertes defensores de la frontera y mejores súbditos, separados como estaban de los galos por su nacionalidad, y de sus compatriotas por su interés en conservar sus nuevas moradas. ¿Acaso podían hacer otra cosa desde su aislamiento, que adherirse estrechamente al poder central de Roma? Según su regla invariable, César prefirió el enemigo vencido al amigo dudoso. Así, dejó a los germanos establecidos por Ariovisto al oeste del Rin, donde tenían su asiento los trivocos cerca de Estrasburgo, los nemetas en el país de Espira y los bacgiones en el de Worms, y les encargó la defensa de la frontera del Rin contra sus compatriotas del este^[14]. En cuanto a los suevos, que en el Rin medio amenazaban el país de Tréveris, en cuanto supieron del desastre de Ariovisto, retrocedieron inmediatamente al interior de Alemania; pero al pasar recibieron rudos ataques de las poblaciones vecinas.

LA FRONTERA DEL RIN

Esta primera campaña tuvo inconmensurables consecuencias que se han dejado sentir por espacio de diez siglos. El Rin va a ser la frontera del Imperio Romano por la parte de Germania. En la Galia, donde la nación no sabía gobernarse ni manejar los destinos, Roma no había dominado más que en la costa del sur, mientras que en el norte los germanos intentaban establecerse desde hacía algunos años. Pero la reciente guerra había decidido que toda la Galia, no solo una parte de ella, cayese bajo la supremacía de Roma, y viniese a ser frontera política la frontera natural del gran río. En otros mejores tiempos, el Senado no había descansado hasta no haber llevado el dominio de la República hasta las fronteras naturales de Italia, hasta los Alpes, el mar Mediterráneo y las islas vecinas. Ampliado ahora el Imperio, necesitaba también desde el punto de vista militar una extensión análoga; pero el gobierno de entonces lo dejaba todo al acaso; se inquietaba poco por la defensa de las fronteras y cuidaba solo de no tener él que defenderlas. Todos comprendían que, en adelante, se necesitarían otro genio y otro brazo para dirigir los destinos de Roma.

CONQUISTA DE LA GALIA

Así, pues, estaban ya echados los cimientos del edificio y contruidos sus primeros muros; pero aún faltaba mucho para concluirlo: faltaba que los galos reconociesen la dominación de Roma, y que la frontera del Rin fuese establecida y aceptada por las tribus germánicas. Toda la Galia central, desde la provincia romana hasta Chartres y Tréveris, se sometió sin dificultad: en el Rin alto y medio no había por entonces nada que temer de los bárbaros de la otra orilla. En el norte, las tribus de la Armórica (Bretaña y Normandía) y las de la confederación de los belgas, que era aún más poderosa, no habían sentido los golpes asestados en el centro y no querían en manera alguna inclinarse ante el vencedor de Ariovisto. Ya hemos dicho anteriormente que entre los belgas y los germanos del otro lado del Rin existían estrechas afinidades, y que, en las bocas del río, las tribus germánicas se disponían a pasarlo.

CAMPAÑA CONTRA LOS BELGAS COMBATES SOBRE EL AISNE SUMISIÓN DE LAS TRIBUS OCCIDENTALES

Comenzaba la primavera del año 697 y César marchó sin tardanza hacia el país belga con todo su ejército, engrosado y elevado a ocho legiones. La liga de los belgas conservaba el recuerdo de la intrépida y eficaz resistencia que había opuesto

cincuenta años atrás a la invasión de su territorio por los cimbrios, y estaba enardecida por las frases de numerosos patriotas fugitivos de la Galia central. Por lo tanto envió su primer ejército, en número de trescientos mil hombres, según se dice, conducido por Galba, rey de los suesiones, a la frontera del sur; allí debían esperar a César. Solo una tribu poderosa, la de los remes (Reims), al ver en la llegada de los romanos la ocasión de la supremacía de los suesiones, se disponía a desempeñar en el norte el papel de los eduos en la Galia central. Casi al mismo tiempo entraron en su territorio los romanos y los belgas. César no quiso presentar la batalla a un enemigo seis veces más numeroso; se situó al norte del Aisne (no lejos de Pontavert, entre Reims y Laon) y tomó posiciones en una meseta inatacable. Allí, rodeado de fosos y reductos por un lado, y del río y las marismas por otro, se limitó a rechazar las tentativas de los belgas, empeñados en pasar el río y cortarle las comunicaciones. Si César había contado con ver a la inmensa coalición disolverse pronto y derrumbarse por su propio peso, los acontecimientos vinieron a justificar sus previsiones. Galba, el rey de los suesiones, era un hombre leal y universalmente estimado; pero era una tarea muy superior a sus fuerzas la de gobernar un ejército de trescientos mil hombres frente al enemigo. Los galos no pudieron continuar por más tiempo: las provisiones disminuían, y el descontento y la desunión aumentaban en el campamento de los coaligados. Los bellovacos, sobre todo rivales de los suesiones en poder, irritados porque no tenían la hegemonía de la liga, no quisieron continuar, principalmente cuando supieron que los eduos, aliados de la República, se disponían a invadir su territorio. Por consiguiente, convinieron en separarse y en volver cada cual a su país; solo por salvar las apariencias se dijo que todos acudirían en masa en auxilio de cualquiera que fuese atacado: estipulación imposible de ejecutar y que no podía excusar tal desbandada. Esto fue un verdadero desastre, y hace recordar otra derrota que se verificó casi en los mismos lugares en 1792. Como la retirada del ejército prusiano, después de su marcha sobre la Champagne, la retirada de los coaligados equivalía a una derrota, y tanto más decisiva, considerando que se había sufrido sin pelear. Marchando sin orden ni método, los contingentes belgas fueron vigorosamente perseguidos por César. Fue la huida de un ejército derrotado, y los romanos destruyeron todos los cuerpos o divisiones que quedaron rezagados. Mas no pararon aquí las consecuencias de la victoria. A medida que César ponía los pies en los cantones belgas del oeste, estos se tenían por perdidos uno a continuación del otro. Tanto los suesiones, tan poderosos la víspera, como los bellovacos, sus rivales, y los ambianos (los de Amiens) se sometieron sin intentar defenderse. Las ciudades abrían sus puertas a la vista de las extrañas máquinas de sitio de los romanos, a la vista de aquellas torres movibles que superaban la altura de los muros; los que no quisieron entregarse huyeron al otro lado del mar, a la Gran Bretaña.

BATALLA EN EL PAÍS DE LOS NERVIANOS

No sucedió lo mismo en los cantones del este, donde se mostró más enérgico el sentimiento nacional. Los viromanduos, los atrebates y, sobre todo, los nervianos, que con su numerosa clientela eran casi tan poderosos como los susiones y los bellovacos, pero muy superiores por su bravura y exaltación patriótica, concluyeron entre sí una segunda y más estrecha alianza, y reunieron sus contingentes en el alto Sambra. Los espías celtas los ponían al corriente de todos los movimientos del ejército romano. Por otro lado, su conocimiento exacto del terreno, los altos setos que cortaban el país e impedían el paso a los batidores que intentaban frecuentes correrías, todo les facilitaba la tarea de ocultar a los romanos la mayor parte de sus movimientos. Por fin llegaron estos sobre el Sambra, no lejos de Bavay; y allí las legiones creyeron su deber levantar su campamento en un punto escarpado de la orilla izquierda, mientras que la caballería y la infantería ligera recorrían como exploradores el lado opuesto. De repente, se precipitaron sobre ella desde las alturas las masas enemigas y las rechazaron hasta el valle. Lo cruzaron inmediatamente, y, desafiando heroicamente la muerte, llegaron como el rayo a la otra meseta. Apenas si las legiones, ocupadas en los atrincheramientos, tuvieron tiempo de cambiar el azadón por la espada. Los soldados, la mayor parte de ellos con la cabeza desnuda, combatían dondequiera que se encontraban, pero sin orden, sin plan y sin mando que los guiara. Ante este ataque repentino, en aquel terreno cortado por setos, los diversos cuerpos no tenían unión ni apoyo. En lugar de una batalla, se libran una multitud de combates aislados. Labieno venció con el ala izquierda a los atrebates, y los persiguió hasta pasar el río. En el centro fueron también rechazados los viromanduos, pendiente abajo. Pero el ala derecha, que mandaba César en persona, fue atacada por fuerzas superiores de los nervianos, que arrollaron fácilmente a los romanos. Transportada por su triunfo la división del centro, les dejó libre su puesto, y así los galos penetraron en el campamento medio construido. Aglomeradas en una masa confusa, atacadas de frente y por los flancos, privadas ya de sus más bravos soldados y de sus mejores oficiales, las dos legiones del procónsul corrieron riesgo de ser divididas y hechas pedazos. Los hombres del séquito y los aliados galos ven que emprenden la huida por todos lados; cuerpos enteros de caballería celta, el de los treverinos, por ejemplo, se salvan a rienda suelta y abandonan el campo de batalla para esparcir la nueva, agradable para ellos, de la derrota del procónsul. El momento era crítico. Fue entonces cuando César cogió un escudo y se colocó en la primera línea de combate: su ejemplo y su voz todavía omnipotente estimulan y animan a los más vacilantes, que hacen frente al enemigo. Las dos legiones, ayudándose mutuamente, no tardaron en abrirse paso y reunirse; por último, llegaron socorros tanto de la meseta superior, por donde apareció la retaguardia romana que marchaba con los bagajes, como del

otro lado del río. Desde allí, Labieno, que había llegado hasta el campamento de los belgas y se había apoderado de él, había visto al fin el peligro en que se hallaba el ala derecha y enviado inmediatamente la décima legión en auxilio de su general. La fortuna cambió por completo: separados de los suyos y atacados por todas partes a la vez, los nervianos lucharon con la misma bravura que en los momentos en que se creían vencedores: de pie sobre los amontonados cadáveres de sus compañeros, se dejaron acuchillar hasta el último. Según ellos, de seiscientos que eran sus senadores, solo tres sobrevivieron.

SUMISIÓN DE LOS BELGAS

Al día siguiente de este desastre, reconocieron la supremacía de Roma los nervianos, los atrebates y los viromanduos. Sin embargo, los aduatucos, que se habían puesto en marcha demasiado tarde para tomar parte en la batalla del Sambra, se concentraron en su plaza más fuerte (en la colina de Faliza, a orillas del Mosa, no lejos de Huy); finalmente no pudieron sostenerse y se sometieron. Pero, en la noche que siguió a la capitulación, se arrojaron por sorpresa sobre el campamento romano y fueron rechazados: su perfidia atrajo sobre ellos los más terribles rigores. Toda su clientela, compuesta por los eburones de entre el Rin y el Mosa, y otros pequeños pueblos, fue inmediatamente sometida: en cuanto a ellos, fueron reducidos todos a la esclavitud y vendidos a pública subasta en beneficio del Tesoro. Le tocó a este último resto de los cimbrios la misma suerte que habían tenido anteriormente los mismos cimbrios. Respecto de las tribus que se sometían, César se contentó con imponerles un desarme general y la entrega de rehenes. En adelante se concedió a los remes la hegemonía en Bélgica, así como habían obtenido los eduos la de la Galia central. Pero en esta, por odio a los mismos eduos, muchas tribus se colocaron bajo la clientela de los remes. Solo algunos cantones marítimos lejanos, los de los morinos (Artois), los de los menapianos (Flandes y Brabante), y los países entre el Escalda y el Rin, poblados en gran parte por germanos, permanecían intactos ante la invasión romana y en posesión de la libertad heredada de los antepasados.

EXPEDICIONES CONTRA LAS TRIBUS DE LAS COSTAS. GUERRA VÉNETA. BATALLA NAVAL

Llegaba el turno a las tribus de los armoricos. Ya en el otoño del año 697, Publio Craso había sido enviado hacia esta parte al frente de una división. Consiguió primeramente la sumisión de los vénetos, quienes, al ser dueños de los puertos del

Morbihan y poseer una escuadra numerosa, ocupaban el primer rango entre todos los galos desde la perspectiva comercial y marítima, y sobre todo entre los pueblos de la costa entre el Sena y el Loira. Entregaron rehenes, pero se arrepintieron muy pronto, y durante el invierno (del 697 al 698) retuvieron a su vez prisioneros a los oficiales romanos enviados allí para recoger los víveres prometidos. Todos los armoricos siguieron su ejemplo, así como también todos los belgas de las costas que aún permanecían libres. En ciertas tribus de Normandía, cuando los hombres del gran consejo opinaron contra la insurrección, la multitud furiosa los asesinó y tomó parte con doble ardor en aquel movimiento nacional. Toda la costa, desde las bocas del Loira hasta las del Rin, se declaró en abierta insurrección contra Roma. Los patriotas más atrevidos acudían de todas partes para cooperar en la gran obra de la independencia; por lo demás, ya se contaba con una nueva insurrección de la liga de los belgas, con el auxilio de los bretones insulares y el concurso de los germanos del otro lado del Rin.

César envió hacia este río a Labieno con el encargo de tener a raya a los belgas, que estaban en completa fermentación, y de cerrar, si es que era necesario, el paso del río a los germanos. Otro de sus lugartenientes, Quinto Tiberio Sabino, fue con tres legiones a Normandía, donde se concentraban los insurrectos. Pero el núcleo de la insurrección estaba entre los vénetos, poderosos e inteligentes entre todos. Contra ellos se dirigió, pues, el ataque principal, tanto por mar como por tierra. Se reunió la escuadra de César: en ella se veían todas las embarcaciones de las tribus que habían permanecido sometidas, pero también las numerosas galeras romanas construidas a toda prisa en el Loira, y provistas de remeros procedentes de la Narbonense. La conducía el lugarteniente Décimo Bruto. César en persona entró en el país de los vénetos con el grueso de su infantería; estos se habían preparado para recibirlo, aprovechando con habilidad y decisión los recursos defensivos que proporciona la naturaleza del terreno de Bretaña y la posesión de una gran marina. El país es quebrado y pobre en cereales; casi todas sus ciudades, construidas en lo alto de rocas o promontorios, solo se comunican con la tierra firme por estrechas gargantas y largos desfiladeros. El aprovisionamiento del ejército invasor y las operaciones del ataque eran en extremo difíciles; mientras que los galos, por el contrario, llevaban en sus buques lo necesario para sus ciudadelas y, en un apuro, los ayudaban a evacuarlos con rapidez. Con frecuencia las legiones empleaban el tiempo en los sitios de algunas plazas vénetas; y, cuando vencían, veían desaparecer los frutos de la victoria arrebatados por las naves del enemigo. Finalmente apareció la escuadra romana, que había estado detenida largo tiempo por la tempestad en la desembocadura del Loira. En cuanto supo de su llegada a las costas bretonas, César quiso que diese inmediatamente la batalla de la que iba a depender el éxito de aquella campaña. Confiados en su superioridad por mar, los celtas se lanzaron inmediatamente al

encuentro de las naves de Bruto. Contaban con doscientos veinte buques de guerra, muchos más de los que habían podido reunir los romanos. Además, estos buques, con sus altos bordos, su fondo llano y sólido, y sus velas, navegaban y sostenían mejor las grandes olas del Atlántico que las galeras romanas, que eran sencillas, bajas y de quilla aguda. Ni las balistas ni los puentes de garfios podían ser arrojados sobre el combés de los vénetos, y las proas armadas de espolones de hierro eran impotentes contra la sólida borda de sus buques. Para salir del paso, los romanos habían preparado dos especies de hoces puntiagudas y cortantes colocadas en palos largos, con las cuales cortaban las cuerdas que unían las vergas a los mástiles. Al caer las vergas y las velas, el enemigo necesitaba mucho tiempo para reparar la avería, y en este intervalo el buque, privado de su velamen, no era más que un casco inerte. Si muchos romanos lo atacaban a la vez, se apoderaban fácilmente de él al abordaje. Cuando los galos vieron el efecto de esta operación, quisieron abandonar la costa, donde habían aceptado la batalla, y ganar alta mar, adonde las galeras no se atreverían a seguirlos. Pero para colmo de desgracia sobrevino una gran calma. La inmensa escuadra reunida por el esfuerzo de todas las tribus marítimas estaba completamente perdida. Los romanos la destruyeron casi toda. Los marinos de la República, obligados por la necesidad, lo mismo que dos siglos antes en Mila, inventaron un arma nueva con la que, a pesar de las más desfavorables condiciones, habían sabido conquistar la victoria en este combate, el más antiguo que menciona la historia de cuantos fueron librados en el océano Atlántico.

SUMISIÓN DE LAS TRIBUS MARÍTIMAS

Esta victoria tuvo como consecuencia inmediata la sumisión de los vénetos y toda la Bretaña armoricana. Después de tantas muestras de indulgencia con los vencidos, César juzgó que era útil un castigo ejemplar. Queriendo aterrar a los rebeldes e impedir en lo sucesivo todas estas tenaces resistencias, más que castigar la violación del derecho de gentes y el arresto de sus oficiales, hizo pasar por las armas a todo el gran consejo de los vénetos y vender como esclavos a los ciudadanos. Por su inteligencia, su patriotismo y su triste destino, este pueblo ha merecido los recuerdos y la simpatía de la historia más que ningún otro entre los galos.

Durante esta guerra naval, Sabino, enviado contra los pueblos levantados en armas en las orillas del canal (vénelos, aulercos, eburovicos, etc.), empleaba la táctica que el año anterior había asegurado a César la victoria en la campaña contra los belgas en las orillas del Aisne. Manteniéndose a la defensiva, hasta que la impaciencia y la escasez disminuyesen las filas del enemigo, supo engañarlo acerca del número y la moral de sus soldados. Pero cierto día ya no pudo contenerse, y se

arrojaron locamente contra los muros del campamento romano, donde se dejaron hacer pedazos. Sus milicias se dispersaron y se sometió todo el país hasta el Sena.

EXPEDICIONES CONTRA LOS MORINOS Y LOS MENAPIANOS

Quedaban al norte los morinos y los menapianos, que se obstinaban en no reconocer la dominación de Roma. Para obligarlos a ello apareció César en sus fronteras, pero, advertidos por los desastres de sus vecinos, no quisieron librar batalla a la entrada del país, y se internaron en los bosques, que en esta época se extendían casi sin interrupción desde los Ardenas hasta las playas del mar del Norte. Los romanos se abrieron camino con el hacha en la mano, hacinando a derecha e izquierda los árboles cortados; hicieron de ellos una especie de baluarte contra las agresiones del enemigo. Por audaz que fuese, César juzgó conveniente retroceder después de algunos días de penosas marchas. Se aproximaba también el invierno. No había dominado más que a una pequeña parte de los morinos; pero respecto de los menapianos, que eran más fuertes, ni siquiera habían tocado su territorio. El año siguiente (699), mientras el procónsul peleaba en Bretaña, envió contra ellos el grueso de su ejército. Esta expedición tampoco tuvo resultados directos y decisivos. De cualquier modo, las legiones habían conseguido la sumisión de casi toda la Galia. En realidad en el centro se habían sometido sin romper una lanza; en la campaña del año 697, César había vencido a los belgas; en la del 698, había reducido con las armas a todos los pueblos situados en las costas. Por brillantes que hubieran sido en el principio de la guerra, las esperanzas de los patriotas habían decaído por todas partes. Ni los germanos ni los bretones habían venido en su auxilio, y había bastado la presencia de Labieno en Bélgica para ahogar todo pensamiento de renovar la lucha.

COMUNICACIONES CON ITALIA POR EL VALAIS, Y CON ESPAÑA POR LA AQUITANIA

Aun cuando modelaba con la espada en la Galia occidental un nuevo territorio romano compacto, César no había descuidado los países recientemente conquistados y destinados a llenar el vacío entre Italia y España. En este sentido, quiso asegurar las comunicaciones tanto con su madre patria como con la península ibérica. Ya en el año 677 Pompeyo había unido la región transalpina con Italia mediante la construcción de la calzada del Mont-Genèvre (pág. 34); pero en la actualidad, que las Galias estaban sujetas, se necesitaba otro camino que, partiendo del Po, pasase los Alpes, no por el oeste de la cordillera, sino por el norte, y que condujera por el

camino más corto desde la región cisalpina hasta la Galia central. Los mercaderes de esta época frecuentaban el paso Gran San Bernardo, que a través del Valais conduce al lago Lemán. Para hacerse dueño de aquel, César había hecho ocupar durante el otoño del año 696 Octodurum (Martigny), por parte de Servio Galba. Los habitantes del Valais (nantuatas y veragros) no se sometieron; pero, como puede suponerse, no les sirvió de nada su resistencia, y toda su bravura no pudo hacer más que retrasar un momento su derrota^[15]. Por último, para establecer su línea de comunicaciones con España, César envió al año siguiente (698) a la Aquitania a Publio Craso, con la misión de reducir a la obediencia a las tribus ibéricas que la habitaban, misión que no carecía de dificultades. Los iberos coaligados se resistieron más que los celtas y aprovecharon mejor que estos el ejemplo y las enseñanzas de los romanos. Los transpirenaicos, y sobre todo los valerosos cántabros, enviaron sus contingentes a sus compatriotas. Además, les mandaron oficiales experimentados que se habían educado en la escuela de Sertorio, que reunieron a las milicias aquitanas, considerables por su número y su valor, y les enseñaron los principios de la táctica romana y el arte de construir los campamentos. Sin embargo, el lugarteniente de César, que era a su vez un excelente capitán, pudo triunfar sobre todas estas dificultades: necesitó muchos y muy reñidos combates, pero consiguió en todos ellos la victoria. En consecuencia, todos los pueblos entre el Garona y los Pirineos sufrieron el yugo de los nuevos señores.

NUEVAS INCURSIONES GERMÁNICAS SOBRE EL RIN. CÉSAR EN LA ORILLA DERECHA DE ESTE RÍO

Parecía que se había terminado la conquista de la Galia, y que, con pocas excepciones, César había conseguido el fin que se había propuesto, hasta donde es posible conseguirlo con la fuerza de las armas. Sin embargo, aún quedaba otra parte de la tarea emprendida. Era de suma necesidad dominar a los germanos, y que reconociesen y respetasen en todas partes la línea fronteriza del Rin. Durante el invierno del año 698 al 699, pasaron de nuevo el río por su curso inferior, a donde todavía no habían penetrado las armas romanas. Con una retirada falsa las tribus de los usípetas y de los téncteros (de cuyas tentativas de emigración al territorio menapiano hemos hecho mención anteriormente) habían burlado la vigilancia de sus enemigos, y habían pasado a la orilla izquierda en las canoas de estos últimos. Según se dice, su gran caravana se elevaba a cuatrocientas treinta mil personas, incluyendo en este número a las mujeres y los niños. Habían acampado en las llanuras de Nimega y Cleves, y amenazaban con penetrar más adelante, llamados y auxiliados por los patriotas galos. Daba mayor verosimilitud a estos rumores el hecho de que sus

escuadrones talaban toda la campiña hasta el territorio de los treverinos. César se puso en marcha con sus legiones, pero cuando llegó frente a ellos, lejos de mostrarse deseosos de empeñar una batalla con los fatigados legionarios, los recién venidos pidieron tierras que cultivarían bajo el dominio de la República. Durante las negociaciones surgió en el ánimo de César la sospecha de que los germanos solo querían ganar tiempo para dar lugar a la vuelta de sus escuadrones, que estaban merodeando. Se ignora si esta sospecha era fundada o no; lo cierto es que, a pesar de la tregua que reinaba de hecho, un día vino una banda de enemigos a chocar con la vanguardia romana. Esta experimentó algunas pérdidas, y César, irritado, se creyó dispensado de la observancia de las prescripciones del derecho de gentes. Así, cuando a la mañana siguiente llegaron a su campamento los príncipes y ancianos de las tribus pidiendo que perdonase aquel arrebató impremeditado, fueron inmediatamente arrestados, y el ejército romano se arrojó sobre aquellas masas sin jefes y desordenadas. Aquello, en vez de un combate, fue una carnicería: los que no sucumbieron al filo de la espada perecieron ahogados en el Rin. Solo se libraron los destacamentos que aún estaban lejos, que pudieron atravesar el río. Los recogieron los sicambros y les dieron un campamento de asilo, según se cree, no lejos de las orillas del Lipa, en su propio territorio. En esta ocasión, César incurrió en una justa y severa censura del Senado^[16]. Por injustificado que fuese, el hecho es que aterrorizó a los germanos, quienes permanecieron tranquilos algún tiempo. Sin embargo, no se detuvo aquí el procónsul, sino que estimó conveniente pasar el Rin al frente de sus legiones. Hasta entre los germanos pudo reanudar algunas inteligencias. En su estado de civilización rudimentaria carecían de todo espíritu de unión y de nacionalidad, y no cedían en nada a los galos en lo que respecta a su aislamiento político, por más que fuese otra la causa. Los ubienos (sobre el Sieg y el Lahn), que eran entre ellos el pueblo más avanzado, habían sido vencidos pocos años antes por una poderosa tribu sueva del interior que los había obligado a pagarle tributo. Ya en el año 697 habían pedido a César que viniese a libertarlos. El procónsul no pensó seriamente ni un momento en emprender semejante tarea, pues esto equivalía a empeñarse en una interminable serie de aventuras, pero juzgó útil, para quitar a los germanos el deseo de volver a aparecer a este lado del Rin, mostrar por lo menos las águilas romanas en la orilla oriental. Para eso tomó el pretexto de que los sicambros habían prestado auxilio a los fugitivos de los usípetas y los téncteros. Echó sobre el río un puente apoyado sobre pilotes entre Audernado y Coblenza, según se cree, y las legiones pasaron desde el país de los treverinos al de los ubienos. Muchas pequeñas tribus fueron sometidas, pero los sicambros, que eran el principal objetivo de la expedición, se retiraron al presentarse el ejército romano y penetraron en el interior con toda su clientela. La gran tribu sueva que oprimía a los ubienos, la que según todas las apariencias tomó después el nombre de chattos o cattsos, no vaciló en seguir el

ejemplo de los sicambros: evacuó la región inmediata al territorio ubieno y colocó en lugar seguro a la población inválida, mientras que se daban cita para el interior todos los hombres capaces de tomar las armas. César no tenía motivo ni deseo de recoger el guante; al pasar el río, no se había propuesto más que imponerse a los germanos, si era posible, y sobre todo a los galos y a los celtogermanos. Conseguido su objeto, se volvió a los dieciocho días luego de romper tras de sí su puente.

EXPEDICIÓN A LA ISLA DE BRETAÑA

En seguida César dirigió sus miradas a los celtas insulares. Como estos tenían estrechas relaciones con sus hermanos del continente, sobre todo con los galos de la costa, se comprende que tuviesen por lo menos simpatías por la causa de la independencia nacional. Aunque no habían prestado a los patriotas un auxilio armado, habían dado en su isla, protegida por las olas, un honroso asilo a todo el que huía de una patria donde no había seguridad. Esto era un peligro para los bretones, si es que no presente, por lo menos futuro. Aun suponiendo que no quisiese conquistar su isla, la República estaba obligada a llevar hasta allí su ofensiva, en vez de defenderse en la Galia. Debía verificar un desembarco en sus costas y mostrar a los insulares que el brazo de Roma alcanzaba también el otro lado del canal. Ya Publio Craso, el primer capitán romano que pisó el suelo de la Gran Bretaña, había ido desde las orillas del estrecho hasta las «islas del estaño», las Casitérides, islas Scilly, en el año 697. Pero, durante el estío del año 699, César pasó en persona el canal con dos legiones por el punto en que es más estrecho^[17]. Al ver la playa cubierta de masas enemigas, hizo rumbo hacia otro punto; pero los carros de guerra de los bretones corrían tanto por tierra como las galeras romanas bogaban por mar. Aun cuando los legionarios estaban protegidos por sus buques desde los cuales las máquinas de arrojar y los venablos limpiaban la costa, no pudieron arribar sino después de mil trabajos, ya marchando por mar a la vista de los bretones, ya conducidos a tierra en canoas. Con el impulso del primer terror se habían sometido los lugares y aldeas vecinas. Pero los insulares conocieron muy pronto la debilidad del invasor y la imposibilidad en que se hallaba de alejarse mucho de la costa. Se internaron en la isla y no volvieron sino para amenazar el campamento. La escuadra, que estaba anclada en una rada abierta, sufrió graves averías en la primera marejada que se presentó. Se tuvieron por muy felices con poder contener a los bárbaros mientras reparaban los buques de la mejor manera posible, y se volvieron a las costas de la Galia antes de que llegase la mala estación.

CASIVELAUM

César quedó tan poco satisfecho del resultado de este reconocimiento, emprendido ligeramente y sin bastantes medios, que en el invierno siguiente reunió una nueva escuadra de transporte que contaba con ochocientas velas. Al comenzar la primavera del año 700 se reembarcó con cinco legiones y dos mil caballos, y dirigió su rumbo hacia la costa de Kent. Ante esta poderosa armada, las hordas bretonas, reunidas como el año anterior, no se atrevieron a arriesgar un combate. César se dirigió inmediatamente al interior, y, después de algunas escaramuzas afortunadas, pasó el Estour. Pero al llegar aquí tuvo que detenerse, pues su flota, azotada por las tormentas del canal en aquellos parajes abiertos, estaba medio destruida. Se perdió un tiempo precioso en sacar las embarcaciones a la playa, a fin de proveer a las reparaciones consiguientes; en tanto que los celtas supieron aprovechar esos días. Entre estos, la defensa era dirigida por un príncipe bravo y prudente, Casivelaum, que reinaba sobre los Midleses y países inmediatos, y que era el terror de las tribus del sur del Támesis, aunque hoy era salvador y campeón nacional. Había comprendido al momento que la infantería celta no podía nada contra la de los romanos; y que la multitud informe de las milicias de la isla, tan difícil de alimentar como poco gobernable, no era más que un estorbo para la próxima lucha. La licenció y no conservó más que los carros en número de cuatro mil y los hombres necesarios para dirigirlos. En caso necesario, estos saltaban a tierra y combatían a pie, haciendo así un doble servicio, como los soldados ciudadanos de la antigua Roma. Cuando César pudo emprender de nuevo la marcha, no encontró ningún obstáculo; pero los carros iban siempre delante de las legiones o por los flancos talando la campiña, cosa fácil en un país donde no había ciudades; pero además impedían que se separase ningún destacamento e interceptaban todas las comunicaciones. Según parece, los romanos pasaron el Támesis entre Kingston y Brentford, pero no pasaron mucho más adelante. No había ninguna victoria para su general ni botín alguno para el soldado, y el único resultado obtenido fue la sumisión de los trinobantes (Essex), debida menos al temor inspirado por las armas romanas, que al odio profundo de aquel pueblo hacia Casivelaum. A cada paso que se daba aumentaba el peligro. Por orden del general bretón, los jefes del país de Kent fueron a atacar el campamento naval, y, aunque su asalto fue rechazado, para los romanos fue la señal de la retirada. Estos acababan de apoderarse de un lugar fortificado en los bosques, donde hallaron ganado en abundancia. Ese fue el único botín de esta expedición sin objeto, y lo que sirvió de honroso pretexto para volverse. Casivelaum era muy prudente como para poner en duro trance a su peligroso enemigo: por exigencia de César prometió no molestar más a los trinobantes, pagar un tributo y entregar rehenes. Sobre la entrega de las armas no hubo siquiera un solo cuestionamiento, y mucho menos surgió en los romanos la idea

de dejar guarnición en la isla; incluso la promesa de pagar un tributo en el porvenir no había sido hecha ni aceptada seriamente. César llevó consigo los rehenes a su campamento naval, y después se volvió a las Galias. Si es cierto, como parece, que llevaba intención de conquistar la isla, sus designios fracasaron ante la prudente defensiva de Casivelaum, o bien por la mala calidad de sus naves de remos, absolutamente impropias para la navegación en las aguas del mar del Norte. Respecto del tributo estipulado, jamás llegó a hacerse efectivo; pero César había querido además otra cosa. Al quitarle a los insulares la presuntuosa ilusión de su seguridad, mostrándoles a cuántos peligros se exponían al recibir en Bretaña a los tráfugas del continente, había calculado bien; pues no volveremos a ver que los bretones den motivo a semejantes reproches.

CONSPIRACIÓN PATRIÓTICA EN LAS GALIAS

Una vez rechazada la invasión germánica y sometidos los celtas continentales, parecía que todo había concluido en las Galias. Pero es casi siempre cosa más fácil vencer a una nación, que mantenerla en la obediencia una vez vencida. Al día siguiente de la conquista, y una vez que el vencedor se había apoderado de la hegemonía, se desvanecieron las rivalidades que habían sido la verdadera causa de la ruina de los galos, antes que el peso de las armas romanas. Callaron los intereses aislados, y, bajo la opresión común, la nación volvió sobre sí misma; ahora que ya era demasiado tarde se comprendía el precio infinito de aquellos bienes tan alegremente jugados y perdidos cuando se los poseía: la libertad y el sentimiento de la patria, y se los deseaba con ardor indecible. Pero ¿acaso era ya demasiado tarde? Este pueblo solo confesaba su derrota con el rubor en la frente. Se contaban por lo menos un millón de hombres en estado de llevar las armas: aun si se descartaran de su antigua gloria guerrera, ¿podrían sufrir el yugo impuesto escasamente por unos cincuenta mil romanos? La liga de la Galia central estaba abatida sin haber siquiera desenvainado la espada; y la de los belgas, dominada sin haber hecho otra cosa que pensar en la lucha. Por otra parte, la caída heroica de los nervianos y de los vénetos, la hábil y afortunada defensa de los morinos, la sabia resistencia de los bretones de Casivelaum; todas las faltas y todos los actos de valor, todas las derrotas y todos los triunfos obtenidos eran otros tantos agujones para el alma de los patriotas, que aspiraban todavía a probar fortuna, unidos todos, y con la fuerza que da la unión. La nobleza, sobre todo, se agitaba rugiendo de cólera, y parecía que a cada momento iba a estallar la insurrección general.

LA INSURRECCIÓN

Ya en su segunda expedición a la isla de Bretaña, en la primavera del año 700, César había tenido que ir en persona al país de los treverinos, pues después de la batalla del Sambra contra los nervianos, en la cual ellos se habían comprometido tanto, no habían vuelto a aparecer en las asambleas generales, y además conservaban con los germanos del otro lado del Rin relaciones más que sospechosas. En tal coyuntura, César se había contentado con llevar consigo a Bretaña a los jefes principales de los patriotas, a Indutionar entre otros, para alistarlos entre los caballeros treverinos auxiliares. Hizo todo lo posible por no ver la conspiración que se tramaba, aun cuando, bien vista la cosa, las medidas de rigor hubieran precipitado la explosión. Pero el eduo Dumnorix, que al parecer seguía también al ejército en calidad de oficial de caballería, pero que en realidad iba como rehén, se negó a embarcarse y, montando a caballo, tomó el camino hacia el interior. César se vio obligado a ordenar que persiguieran al desertor. Los escuadrones destacados en su persecución lo alcanzaron al fin, y, como hiciese armas contra ellos, tuvieron que matarlo (año 700). La muerte sangrienta del más ilustre y poderoso caballero de los cantones galos, de una tribu que permanecía casi independiente por privilegio, retumbó como el trueno por todo el país en las filas de la nobleza. Todo el que pensaba como él, y era la inmensa mayoría, veía en esta catástrofe la imagen de la suerte que lo esperaba. El patriotismo y la desesperación habían impelido a la conspiración a los jefes de la nobleza; el temor y la necesidad de defender su vida hicieron que estallase la conjuración. Durante el invierno del año 700 al 701, todo el ejército romano, o sea seis legiones, a excepción de una legión destacada en la Bretaña armoricana y de otra acantonada entre los Carnutos, había establecido sus cuarteles de invierno entre los belgas. La escasez de víveres había obligado a César a separar los diversos cuerpos más que de costumbre: se habían establecido en seis campamentos en el país de los bellovacos, ambianos, morinos, nervianos, remes y eburones. Entre estos últimos, los cuarteles establecidos más al este estaban situados no lejos de la futura ciudad de Aduatuca (Tongres). Era la guarnición más fuerte, pues constaba de una legión mandada por uno de los mejores lugartenientes de César, por Quinto Titurio Sabino. Y con ella un cierto número de destacamentos que formaban una media legión a las órdenes del valiente Lucio Arunculeyo Cotta. Un día el campamento se vio de repente atacado por los eburones, guiados por los reyes Ambiorix y Catuvolc. El ataque fue tan inesperado que no hubo tiempo de llamar a los soldados enviados fuera del campamento, y fueron hechos prisioneros por el enemigo. Por lo demás, el peligro no era grande ni inminente: tenían bastantes víveres, y el asalto que intentaban los eburones se estrellaba ante las trincheras del campamento. Pero he aquí que Ambiorix hizo saber a los lugartenientes de César^[18] «que en aquel mismo día habían sido

asaltados por los galos todos los campamentos de los romanos, y que las legiones estaban infaliblemente perdidas, a no ser que, abandonando sus puestos separados, consiguiesen reunirse. Que Sabino debía apresurarse tanto más cuanto que los germanos habían pasado el Rin y avanzaban a marchas forzadas, y, por último, que él, Ambiorix, el amigo de los romanos, les prometía libre y segura retirada hasta el campamento inmediato, que distaba solo dos jornadas». Parecía que había algo verdadero en este discurso: ¿cómo creer en un ataque aislado por parte de los eburones, pueblo insignificante y que la víspera había sido objeto de los favores de César. ¿No era cierto que las legiones estaban esparcidas, y que, en caso de un ataque, las ponía en grave peligro la dificultad de reunirse? Aisladas unas de otras, ¿no estaban expuestas a perecer bajo los golpes del innumerable ejército de los insurrectos?

Pero la prudencia y el honor ordenaban indudablemente rechazar una capitulación vergonzosa, y mantenerse firmes y fieles en su puesto. En el consejo celebrado entre los oficiales se levantaron muchas voces en este sentido, particularmente la voz influyente de Arunculeyo Cotta. Sabino, sin embargo, resolvió aceptar las condiciones ofrecidas. Al día siguiente, por la mañana, los romanos evacuaron su campamento. Aún no habían caminado una legua cuando se vieron rodeados por los eburones en el fondo de un estrecho valle: les estaba cerrada toda salida. Intentaron abrirse paso con las armas en la mano; pero los bárbaros rehusaban el combate cuerpo a cuerpo, y desde lo alto de sus inexpugnables posiciones arrojaban una horrible granizada de dardos sobre los legionarios confusamente aglomerados. Entretanto Sabino, que ha perdido la cabeza, va a buscar al lado del traidor auxilio contra la traición, y solicita una entrevista que Ambiorix le concede inmediatamente. Sin embargo, apenas Sabino llegó a su presencia, lo desarmaron a él y a todos sus oficiales, y lo asesinaron en seguida. Muerto este, los eburones se arrojaron por todos lados sobre los romanos fatigados y desanimados por completo. Sus filas se rompieron; la mayor parte pereció en este último ataque, y con ellos Cotta, que estaba ya gravemente herido. Un corto número de legionarios, que consiguieron huir y volver a entrar en el campamento abandonado, se mataron unos a otros durante la noche. La división de Sabino había sido completamente destruida.

QUINTO CICERÓN ES A SU VEZ ATACADO

El éxito había superado las esperanzas. La exaltación entre todos los patriotas fue irresistible, hasta el punto de que los romanos no podían contar con ningún pueblo de la Galia, a no ser con los eduos y los remes. La insurrección estalló en todas partes. Los eburones prosiguieron con su victoria, reforzados por el contingente de los

aduatucos, quienes aprovecharon con júbilo la ocasión de vengarse de César y del mal que les había ocasionado. Reforzados además por los menapianos, tribu poderosa y no vencida hasta ahora, entraron en el país de los nervianos. Estos se les unieron, y toda esta masa que se elevó a la cifra de sesenta mil hombres marchó contra los acantonamientos de los romanos en el país Nerviano. A los romanos los mandaba Quinto Cicerón, y sus pocas fuerzas hacían que corriese grave riesgo. Por su parte, los sitiadores, aprovechando las lecciones recibidas, abrieron fosos, construyeron un *ager*, aproximaron arrietes y torres movibles como las de los legionarios, y arrojaron, sobre el campamento y sus tiendas cubiertas de paja, balas y dardos incendiarios. Cicerón no tenía más esperanza que en César, que estaba invernando con tres de sus legiones entre los amienenses, región poco distante. Pero durante algún tiempo, prueba característica de las disposiciones hostiles de los ánimos, no llegaron a conocimiento de César ni el desastre de Sabino, ni la situación crítica en que se hallaba su lugarteniente. Por último, un caballero galo, mandado desde el campamento de Cicerón, consiguió burlar la vigilancia del enemigo y llegar hasta donde se hallaba el procónsul. Apenas recibió la terrible nueva, se lanzó en junio con dos legiones incompletas, unos siete mil hombres y cuatrocientos caballos. Por insignificante que fuese este ejército, los insurrectos levantaron el sitio al saber que se acercaba el procónsul. Ya era tiempo; apenas si le quedaba a Cicerón la décima parte de sus soldados sin heridas.

CÉSAR CONTIENE Y DOMINA LA INSURRECCIÓN

Pero César, contra quien marcharon los insurrectos, los engañó acerca del número de sus soldados como ya había hecho tantas veces, y siempre con éxito: así intentaron el asalto de su campamento en las más desfavorables condiciones y fueron derrotados. Cosa extraordinaria, y que revela perfectamente el carácter nacional: un solo combate desgraciado, o mejor dicho, la sola presencia de César en el teatro de la guerra, bastó para contener la insurrección. A pesar de la brillante victoria conseguida en un principio, y de las grandes proporciones que había tomado, se suspendió vergonzosamente la lucha. Nervianos, menapianos, aduatucos y eburones, todos se marcharon cada cual por su lado. También desaparecieron las tribus marítimas después de haber amenazado atacar a la legión que invernaba en Bretaña. Los treverinos, con su jefe Indutiomar, el principal instigador de la repentina insurrección de los eburones, clientes de su poderosa tribu, habían tomado también las armas. Al saber la nueva de la victoria de Aduatuca habían penetrado en el país de los remes y marchaban contra la legión acantonada en el país, bajo las órdenes de Labieno; pero se contuvieron de la misma forma que habían hecho todos los otros. Aunque con gran

pena, César decidió dilatar hasta la próxima primavera las medidas que debía tomar contra la insurrección: hubiera sido poco prudente exponer a los rigores del invierno en la Galia septentrional a sus tropas tan rudamente experimentadas. Además, no quería reaparecer en el país enemigo sino con fuerzas imponentes, aumentadas con las tres nuevas legiones con que iba a sustituir las quince cohortes aniquiladas en Aduatuca. Pero en este intervalo, o mejor dicho, durante esta tregua, la insurrección no cesó de propagarse por el corazón del país. En la Galia central tenía su asiento entre los carnutos y los senones, sus vecinos, los cuales habían arrojado al rey que César les había impuesto. En el norte, los treverinos no cesaban de llamar a todos los trásfugas galos y a los germanos transrenanos para que tomaran parte en la próxima guerra de la independencia. En este sentido, reunieron toda su gente y se prepararon para volver a entrar al comenzar la primavera en el territorio de los remes. Por lo demás, ya que Labieno había levantado su campamento, contaban también con poder verificar su unión con los insurrectos del Loira y del Sena. Los enviados de estos tres pueblos no asistieron a la asamblea general convocada por César en la Galia central, y no tardaron en denunciar de nuevo la guerra con un repentino ataque, tal como lo había hecho pocos meses antes una parte de ellos, cuando se arrojaron sobre los campamentos de Sabino y Cicerón. El invierno tocaba a su fin. César se puso en camino con su ejército aumentado con algunos refuerzos; el empeño de los treverinos para concentrar las tropas insurrectas debía fracasar. En los países que se agitaban, todo se calmó con la aparición de los romanos, y todos los pueblos donde la insurrección había ya estallado tuvieron que luchar aislados. Los primeros ataques de César recayeron sobre los nervianos. Después llegó su turno a los carnutos y a los senones. Los mismos menapios, que eran los únicos que aún no se habían sometido, fueron atacados por tres puntos a la vez y se vieron obligados a renunciar a esa libertad que por tanto tiempo habían defendido. La misma suerte preparaba en aquel momento Labieno a los treverinos. El primer esfuerzo de estos durante el invierno no había dado ningún resultado, pues, por una parte, los germanos establecidos en las inmediaciones se habían negado a mandarles soldados auxiliares, y, por otra, en una escaramuza con la caballería de Labieno había muerto Indutiomar, que era el alma del movimiento. A pesar de sus pérdidas, continuaron las hostilidades y poco después se presentaron con todo su ejército. Además esperaban un refuerzo de los germanos. Sus reclutadores habían hallado ahora en los belicosos pueblos del interior, y particularmente entre los cattos, mejor acogida que entre los ribereños del Rin. Labieno amagó entonces batirse en una retirada precipitada, y los treverinos se arrojaron inmediatamente sobre los romanos sin esperar la llegada de sus auxiliares, y a pesar de la desventaja de los lugares. Sin embargo, fueron completamente derrotados. Cuando llegaron los germanos, no tuvieron más remedio que volverse. Los treverinos se sometieron de buena o mala gana, y la facción romana que tenía por

jefe a Cingetorix, yerno de Indutiomar, se puso al frente de los negocios públicos. Después de los triunfos de César sobre los menapios y de los de Labieno sobre los treverinos, todo el ejército romano se concentró en el país de estos últimos. Todavía era necesario quitar a los germanos las ganas de volver, y, si era posible, dar una ruda lección a estos vecinos incómodos. César pasó por segunda vez el Rin. Sin embargo, los catts, fieles a una táctica cuya excelencia conocían, se internaron lejos de la frontera en regiones desconocidas (por la parte de *Harz*, según parece), donde se propusieron defenderse. César volvió sobre sus pasos y se contentó con establecer en el río una fuerte guarnición, que dominara los vados.

CÉSAR TOMA VENGANZA DE LOS EBURONES

A todos los pueblos cómplices de la insurrección les iba llegando su turno: les faltaba a los eburones, principales autores del crimen. César no los había echado en olvido. Desde el día en que supo del desastre de Aduatuca, se había vestido de luto y jurado no quitárselo hasta haber vengado la muerte de sus soldados pérfidamente asesinados, haciendo al enemigo una guerra leal. Los eburones se mantenían en sus chozas, paralizados e indecisos, en tanto asistían a la sumisión de todas las tribus una después de la otra. De repente, sin embargo, la caballería romana abandonó el país de los treverinos, y, atravesando los Ardenas, llegó a su territorio. Ellos no esperaban tan pronto su ataque, hasta el punto de que faltó poco para que cogieran a Ambiorix en su propia casa: los suyos se sacrificaron y él pudo ganar con mucho trabajo la selva vecina. Inmediatamente después de la caballería, invadieron el país diez legiones e incitaron a los pueblos circunvecinos a arrojarse con ellos sobre los eburones, colocados fuera de la ley, y a tomar parte en el saqueo. Muchos acudieron al llamamiento; y hasta se vio llegar del otro lado del Rin a una banda de atrevidos sicambros, para quienes todos, galos o romanos, eran una misma cosa. Un golpe de mano temerario los hizo dueños del campamento de Aduatuca casi por sorpresa. El castigo de los eburones fue terrible. Dondequiera que se ocultasen, en los bosques o en las marismas, encontraban que en todas partes los cazadores eran más numerosos que la caza. Muchos se suicidaron siguiendo el ejemplo del viejo Catuvolc, y muy pocos se libraron de la espada del enemigo o del sello de la esclavitud. Pero Ambiorix, a quien César perseguía principalmente, no cayó en sus manos y pasó el Rin, acompañado de cuatro caballeros. Después de la ejecución de los eburones, que eran los más culpables, César procedió también con los hombres de otras tribus comprometidos en la causa de la independencia nacional.

Había pasado el tiempo de la indulgencia. En virtud de la sentencia dictada por el procónsul de Roma, los lictores decapitaron a Accon, uno de los principales

caballeros carnutos (año 701): las varas y el hacha estaban a la orden del día. Así fue que cesó toda oposición y reinó la tranquilidad en todas partes. Siguiendo su costumbre, César pasó los Alpes al terminar el año: los asuntos se embrollaban cada vez más en Roma y quería observarlos más de cerca.

SEGUNDA INSURRECCIÓN. LOS CARNUTOS. LOS ARVERNOS. VERCINGETORIX

Se engañaba, sin embargo, en sus hábiles cálculos. No estaba extinguido el fuego, sino oculto bajo las cenizas. Cuando rodó la cabeza de Accon, toda la nobleza de las Galias sintió el golpe, y se abrieron perspectivas más favorables para las conspiraciones. Durante el invierno precedente, la insurrección había sucumbido solo porque había aparecido en el teatro de la guerra el mismo procónsul en persona. En la actualidad se hallaba lejos; y la guerra civil, que era inminente en Italia, lo retenía en la región cispadana. Concentrado en el alto Sena el ejército de las Galias, y separado de su temible jefe, si la insurrección estallaba en la Galia central, las legiones se hallarían inmediatamente envueltas y la inundación se extendería a la provincia romana casi desguarnecida. Todo esto ocurriría antes de que César apareciera en la región transalpina, aun suponiendo que las complicaciones de los asuntos de Italia no le impidiesen volver su vista hacia las Galias. En estas circunstancias, de todas las tribus del centro llegaban en tropel los conjurados: los carnutos, heridos en primer término por el suplicio de Accon, se ofrecieron a marchar a vanguardia. En el día fijado (en el invierno del 701 al 702), sus jefes Gutruat y Conconetodum dieron la señal de la insurrección en Genabum (Orleans); los romanos que allí se encontraban fueron muertos. En toda la extensa tierra de los celtas se notaba una efervescencia inmensa; por todas partes se agitaban los patriotas. Pero la sacudida fue irresistible cuando los arvernos se levantaron también en armas. Este pueblo había sido el principal de la Galia meridional bajo la dirección de sus reyes, y todavía era rico, civilizado y poderoso entre todos. Además, a partir de la guerra desgraciada de Bituito contra Roma y de la revolución que derribó la monarquía, este pueblo y sus gobernantes habían dado siempre a la República pruebas de una imperturbable fidelidad. En el gran consejo estaba en minoría la facción de los patriotas; en vano intentaron arrastrar a su Senado a que hiciese causa común con la insurrección. Entonces se volvieron contra el Senado mismo y contra la constitución. Esta constitución reformada había sido colocada en lugar del rey al día siguiente de dos victorias de los romanos, y probablemente por su influencia. El jefe de estos patriotas, Vercingetorix (jefe de cien jefes), era uno de esos nobles que se encontraban con frecuencia entre los celtas, casi con los mismos honores de los reyes

en la tribu y fuera de ella, rico, bravo y prudente. De repente abandonó la capital arverna, sublevó a los campesinos tan hostiles a los oligarcas impuestos al país como a los mismos romanos, y los excitó a la restauración de la antigua monarquía y a la guerra contra Roma. Las masas acudieron a restablecer el trono de Luern y de Bituito; y restablecerlo era levantar al mismo tiempo la bandera de la guerra de la independencia. Hasta entonces les había faltado unidad a los esfuerzos de la nación que, aun queriendo sacudirse el yugo extranjero, se había estrellado contra fuerzas mayores. Esta unidad la daba al fin el nuevo rey que salía de en medio de los arvernos. Entre los celtas continentales iba a desempeñar el papel de Casivelaum entre los celtas insulares; las masas entusiasmadas sentían que solo a este hombre era dado salvar la Galia.

PROPAGACIÓN DE LA INSURRECCIÓN. APARICIÓN DE CÉSAR PLAN MILITAR DE LOS INSURRECTOS

La tarea de la insurrección corrió rápidamente desde las bocas del Garona hasta las del Sena, y todos los pueblos aceptaron a Vercingetorix como jefe supremo. Algunas asambleas de tribus opusieron dificultades, pero la muchedumbre las obligó a secundar el movimiento. Estas tribus eran muy pocas, y en algunas de ellas, como entre los biturigos, la resistencia no fue quizá más que aparente. Al este del alto Loira, la insurrección encontró un terreno menos favorable. Todo dependía aquí de los eduos, que se mostraban indecisos: la facción de los patriotas todavía era entre ellos muy poderosa, pero pesaba mucho en la balanza su antiguo antagonismo contra la hegemonía arverna y perjudicaba mucho a la causa nacional. La actitud de los eduos determinaba la de los secuaneses, helvecios y todos los demás pueblos de la Galia oriental. Puede decirse que su defección hubiera sido un golpe decisivo contra Roma. Pero de repente, mientras los insurrectos trabajaban por arrastrar a todos los que vacilaban, y particularmente a estos mismos eduos, y mientras por otra parte operaban por el lado de Narbona y la amenazaban (pues uno de sus jefes, el audaz Lucter, había pasado ya las fronteras de la provincia por el lado del Tarn), he aquí que apareció el procónsul romano en la Galia transalpina, en medio del invierno y con gran sorpresa de todos, amigos y enemigos. Tomó inmediatamente las medidas de mayor urgencia para poner a cubierto la provincia, y mandó una división al país de los arvernos por los Cevennes, cubiertos a la sazón de nieve. Pero él no podía permanecer donde estaba, porque, si los eduos se pasaban a la liga de los galos, lo separaban de sus legiones acampadas en los países de Seus y de Longres. Corrió sin ruido a Vienne, desde donde atravesó el cantón eduo con una pequeña escolta de caballería, y fue a unirse a los suyos. Los insurrectos habían salido a campaña

fundados en falsas esperanzas: la paz reinaba en Italia y César estaba de nuevo a la cabeza de sus legiones. ¿Qué hacer? ¿Por dónde comenzar? Fiarlo todo a la suerte de las armas hubiera sido una locura en tales circunstancias, pues las armas habían dado ya antes su inapelable fallo. Mandar las bandas de los galos contra las legiones valía tanto como arrojar piedras contra las rocas de los Alpes: ya fuesen unidas, o unas detrás de las otras, todas las tribus serían sacrificadas. Vercingetorix renunció a atacar formalmente a los romanos y adoptó el plan de campaña con que Casivelaum había salvado a los bretones insulares. La infantería de César era invencible; pero su caballería, reclutada casi por completo entre la nobleza de los galos, se había fundido, por decirlo así, ante la insurrección. Como los nobles formaban también el núcleo de esta, iba a pertenecer a ellos la inmensa superioridad del arma. Por lo tanto podía, sin que César le opusiese serios obstáculos, talar a derecha e izquierda los países por donde hubiera de pasar el procónsul, quemar las ciudades y las aldeas, destruir los almacenes y amenazar los aprovisionamientos del enemigo. A esto dirigió Vercingetorix todos sus esfuerzos; aumentó su caballería y sus arqueros de a pie, ejercitados, según la táctica de entonces, en el combate en medio de los escuadrones. Respecto de las masas desordenadas de las milicias, que no sabían más que estorbarse recíprocamente, no las licenció, pero, en vez de conducir las contra el enemigo, les enseñó a dividirse, a marchar ordenadamente y otras maniobras. Les enseñó que el soldado no sirve solo para batirse. Tomaba las lecciones y los ejemplos del enemigo, adoptando el sistema de los campamentos, ese gran secreto de la táctica de los romanos, por el cual estos eran siempre superiores a sus adversarios, y por el que la legión, a las ventajas defensivas de la fortaleza, unía las ofensivas de un ejército de ataque^[19]. Pero si bien todos estos medios eran buenos en la isla de Bretaña, donde las ciudades eran raras, y la población era ruda y enérgica y estaba concentrada en una sola mano, eran un remedio casi intolerable para los ricos países de la orilla del Loira y sus afeminados habitantes, en completa disgregación política. Vercingetorix obtuvo al menos que no se intentase defender todas las ciudades, lo cual era su perdición. Se convino en destruirlas antes de que el enemigo se presentase delante de sus muros, si es que no podían defenderse. En cuanto a las plazas fuertes, por el contrario, debían ser defendidas por todo el ejército. En esto hizo el rey arverno cuanto podía hacer: ligó a la causa de la patria a los cobardes y flojos con su inflexible severidad, a los avaros con sus larguezas, y a los adversarios declarados con la fuerza. Usó la fuerza y la astucia, y atizó el fuego del patriotismo tanto en las clases sociales altas como en las bajas.

TERRENO DE LA GUERRA. CÉSAR DELANTE DE AVARICUM. TOMA DE ESTA CIUDAD. CÉSAR DIVIDE SU EJÉRCITO

Antes de que terminase el invierno, el galo se arrojó sobre el territorio eduo, donde César había establecido a los boyos; como estos eran los únicos aliados seguros de Roma, importaba mucho destruirlos antes de la llegada del procónsul. A esta nueva, el romano dejó sus bagajes y dos legiones en los cuarteles de invierno de Agedincum (Sens), tomó inmediatamente su partido y marchó contra la insurrección antes de la época que había fijado. Para reparar la grave desventaja de la falta de caballería y de infantería ligera, alistó a cuantos mercenarios germanos pudo; y, en vez de en sus cabalgaduras pequeñas y débiles, los montó en los magníficos caballos de Italia y de España, comprados unos, y adquiridos otros por medio de requisas entre sus oficiales. Al ponerse en marcha, incendió y entregó al saqueo la ciudad principal de los carnutos, Cenabum, que era la que había dado la señal de la defección, y después pasó el Loira y entró en el país de los biturigos. El plan de guerra del jefe de los galos sufría su primera prueba. Por orden suya fueron reducidas a cenizas más de veinte ciudades y aldeas biturigas; igual suerte esperaba a las tribus vecinas en el momento en que los batidores o los forrajeadores romanos pusieran el pie en ellas. En los proyectos de Vercingetorix entraba también destruir la rica y fuerte plaza de Avaricum (Bourges), capital de los biturigos; pero en el consejo de guerra la mayoría se compadeció de sus magistrados que pedían gracia de rodillas. Por consiguiente se decidió defenderla a todo trance, y se concentró la guerra alrededor de sus muros. Vercingetorix había colocado a su gente en un punto inaccesible en medio de las marismas vecinas, donde, aun sin hacer uso de su caballería, creía no tener nada que temer del enemigo; además, la caballería cubría e interceptaba todos los caminos. La ciudad estaba bien fortificada y tenía aseguradas sus comunicaciones con el ejército. La posición de César era difícil. En vano intentó excitar a la infantería de los galos a que le presentase la batalla: aquella no se movió de sus fuertes posiciones. Por más que sus soldados se portasen con bravura, las gentes de Avaricum rivalizaban con ellos en valor y en genio inventivo; poco faltó un día para que les quemasen todo el material de sitio. El embarazo crecía por momentos. ¿Cómo alimentar a un ejército de sesenta mil hombres en un país talado y recorrido por fuertes escuadrones de caballería? Los pocos víveres suministrados por los boyos ya se habían agotado y no llegaban los prometidos por los eduos; no había ya trigo en el campamento, y el soldado estaba reducido a la ración de carne traída de lejos. Sin embargo, por más que la ciudad estuviese heroicamente defendida, no podía sostenerse por más tiempo. Ahora bien, todavía era posible sacar de ella a las tropas con el silencio de la noche y destruirla antes de que el enemigo la ocupase. Vercingetorix hizo sus preparativos con este objeto; pero, a los gritos de las mujeres y de los niños abandonados, los romanos se pusieron en guardia: no era posible la retirada. A la mañana siguiente, día de niebla y de lluvia, los legionarios escalaron el muro y tomaron la plaza. Irritados por su tenaz resistencia, no perdonan edad ni sexo y se arrojan hambrientos sobre los víveres

aglomerados por los galos. La toma de Avaricum (en la primavera del año 702) era un primer triunfo conseguido contra la insurrección. La experiencia de los últimos años hizo creer a César que los insurrectos vencidos iban a disolverse, y que pronto no tendría más que batirlos en detalle. Apareció con todo su ejército en el país de los eduos, y esa manifestación imponente apaciguó la agitación de los patriotas, tranquilizándolos por el momento. Dividió sus tropas, e hizo que Labieno volviese a Agedincum con objeto de ponerse al frente de la división que allí había quedado. Con sus cuatro legiones debía hacer frente al movimiento en la región de los carnutos y los senones, que también esta vez habían sido los primeros en sublevarse. César se volvió con las otras seis legiones hacia el sur, con el fin de llevar la guerra a las montañas de los arvernos, donde Vercingetorix estaba, por decirlo así, en su casa.

LABIENO DELANTE DE LUTECIA

Labieno dejó Agedincum y descendió por la orilla izquierda del Sena para apoderarse de Lutecia, construida en una isla en medio del río. Establecido allí, como en un fuerte, en el corazón del país enemigo, habría de serle fácil dominar la insurrección. Pero he aquí que un poco más abajo de Melodunum (Melum) le cerró el paso el ejército galo, a las órdenes del viejo Camulogenes, que estaba atrincherado en medio de marismas impenetrables. El lugarteniente volvió atrás enseguida, pasó el Sena cerca de Melum, y llegó sin obstáculo a Lutecia por la orilla derecha. Pero Camulogenes acababa de quemarla; había roto además los puentes que la unían a la orilla meridional del río y tomado posiciones frente al romano. Este no pudo obligarlo a batirse, pero tampoco pudo atravesar el río a la vista de los insurrectos.

CÉSAR DELANTE DE GERGOVIA

Durante este tiempo, los romanos subían por el Elaver (Alier) y penetraban en la Arvernia. Vercingetorix hizo cuanto pudo para impedirles pasar a la orilla izquierda; pero el procónsul lo engañó con una astucia de guerra y a los pocos días de esto se hallaba delante de Gergovia, la capital del país^[20]. Sin embargo, cuando Vercingetorix acampaba frente a César en el Alier, sin duda ya había reunido en la plaza grandes provisiones. La ciudad ocupaba la cima de una montaña alta y escarpada. Una muralla de piedra defendía el campamento del ejército galo colocado al pie del muro de la ciudad. Aprovechando la delantera que tenía sobre los romanos, el rey galo llegó a Gergovia antes que estos, y, luego de tomar posiciones más abajo de la ciudad, esperó que atacasen sus líneas. César no podía pensar ni en un sitio

regular ni en un bloqueo riguroso, pues su ejército era insuficiente para ello. Estableció su campamento en la llanura, al pie de las alturas que ocupaba Vercingetorix, y, como el enemigo no se movió en algún tiempo, también él permaneció inactivo. Era una victoria para la insurrección haber detenido la marcha triunfal del ejército de César sobre el Alier y el Sena. La detención tuvo sus consecuencias inmediatas, casi equivalentes a una derrota. Hemos visto que los eduos se habían mostrado en un principio vacilantes; pero he aquí que amenazan pasarse al partido patriota. El cuerpo auxiliar que César había dispuesto que le enviaran a Gergovia se había pasado al partido de la insurrección, y en el mismo país eduo los galos se habían arrojado sobre los residentes romanos para robarles y matarlos. César tuvo que abandonar el sitio con las dos terceras partes de su ejército, marchar sobre la división edua, y caer sobre ella como el rayo para reducirla por lo menos a la obediencia aparente. Éxito insignificante y sumisión falsa, comprados a un precio muy caro si lo comparamos con el peligro que corrieron las dos legiones que había dejado delante de Gergovia. Aprovechando la ocasión de la partida de César, Vercingetorix se había arrojado sobre su campamento y de hecho faltó muy poco para que lo tomara por asalto. Solo la incomparable rapidez de César, que llegó a marchas forzadas, impidió que se reprodujese el desastre de Aduatuca. Los eduos daban buenas palabras, pero podía preverse que, si el bloqueo se prolongaba sin resultado, se pasarían abiertamente al enemigo y obligarían a César a levantar el sitio. Con su defección interrumpirían las comunicaciones con Labieno, y, así, él se vería aislado, distante y expuesto a grandes peligros. César quiso evitar a toda costa que las cosas llegasen a este extremo, y, por difícil y peligrosa que fuese para él su decisión, no vaciló en abandonar una expedición intentada sin fruto. Puesto que habría necesidad de hacerlo tarde o temprano, más valía verificarlo inmediatamente: lo urgente era entrar sin demora en el territorio de los eduos, e impedir a cualquier precio que tomasen parte en la insurrección. Pero semejante retirada no se avenía con su temperamento fogoso y su confianza en sí mismo: por lo tanto quiso intentar un último esfuerzo. Tal vez un éxito lo sacaría del apuro. Mientras todos los defensores de Gergovia se lanzaban hacia el lado por donde parecía que se preparaba el asalto, el procónsul aprovechó el momento oportuno para atacar por otro punto de más difícil acceso, pero que los galos habían dejado desguarnecido. En efecto, las columnas romanas pasaron el muro del campamento y ocuparon sus cuarteles más próximos. Pero ya había cundido la alarma, y, como el enemigo se encontraba a corta distancia, César no juzgó prudente intentar un segundo asalto contra el cuerpo de la plaza y ordenó tocar a retirada. Con el entusiasmo de su fácil victoria, las legiones habían avanzado mucho y no lo oyeron o no quisieron oírlo; se lanzaron como un torrente contra el muro de circunvalación, e incluso algunos soldados llegaron hasta penetrar en la ciudad. Sin embargo, allí chocaron con densas masas de enemigos que se iban

engrosando por momentos. Sucumbieron los más temerarios, se detuvieron las columnas, y en vano los centuriones y los legionarios se sacrificaron luchando heroicamente: los sitiadores fueron rechazados con bastantes pérdidas, y luego arrojados y perseguidos hasta el pie de la montaña. Los acogieron las tropas apostadas por César en la llanura, con lo cual impidieron un mayor desastre. Se había creído que se sorprendería a Gergovia, y la esperanza se había convertido en una derrota. Los heridos y los muertos eran numerosos (se dice que habían sufrido hasta setecientas bajas, entre las cuales se contaban cuarenta y seis centuriones)^[21]. Pero semejante pérdida era lo de menos en aquella derrota.

SE REANUDA LA INSURRECCIÓN. SUBLEVACIÓN DE LOS EDUOS Y DE LOS BELGAS

Coronado con la aureola de la victoria, César tenía en las Galias una preponderancia irresistible; pero su estrella iba eclipsándose. La lucha delante de Avaricum, los infructuosos esfuerzos de los romanos para obligar a Vercingetorix a aceptar la batalla, la defensa tenaz de la ciudad y su asalto debido casi a la casualidad, todos estos acontecimientos no llevaban el sello de las hazañas de las primeras guerras contra los galos. Los celtas habían ganado en la confianza en sí mismos y en sus jefes, más que perdido. Su nuevo sistema de resistencia por medio de un campamento atrincherado y protegido por una fortaleza tenía en su abono la experiencia, pues había tenido éxito en Lutecia y en Gergovia. Por último, la reciente derrota, la primera que habían causado a César, vino a completar su triunfo y fue como la señal de una segunda explosión de la insurrección. Los eduos rompieron decididamente con el procónsul y se pusieron en inteligencia con Vercingetorix. El contingente que marchaba con las legiones hizo defección, y, aprovechando la ocasión, se apoderó en Noviodunum (Nevers) de los depósitos del ejército de César, es decir, de su caja, de sus almacenes, de una multitud de caballos y de todos los rehenes que tenía allí encerrados. Al mismo tiempo, los belgas, que hasta entonces habían permanecido ajenos al movimiento, arrastrados por las nuevas que les llegaban comenzaron también a agitarse. La poderosa tribu de los bellovacos se puso al fin en marcha para colocarse a retaguardia de Labieno, ocupado en Lutecia en rechazar el ataque de los pueblos de esta región de la Galia central. Comenzaron los armamentos por todas partes, y el entusiasmo patriótico fue cundiendo y aumentando hasta el punto que los partidarios más firmes y más favorecidos de Roma se volvieron contra ella. Prueba de esto es lo que sucedió con Commio, rey de los atrebates, enriquecidos él y los suyos con los grandes privilegios que se les habían otorgado a consecuencia de sus antiguos servicios, y que había sido dotado por César de la hegemonía sobre los morinos. El

hecho es que la insurrección extendió sus hilos hasta el centro de la antigua provincia: se esperaba sublevar hasta a los mismos alóbroges, y probablemente esto no carecía de fundamento. A excepción de los remes y de los pueblos que de ellos proceden, susiones, leucos y lingones, cuyas tendencias particularistas no dan cabida al entusiasmo común, toda la raza celta se levantó por primera y última vez en favor de su libertad y de su nacionalidad, desde los Pirineos hasta el Rin. Es también cosa notable que los pueblos de raza germánica, que siempre habían estado en primera línea en las guerras anteriores, se mantuviesen hoy desviados. Por su parte, los treverinos y, según se cree, los menapianos, ocupados en luchar contra los otros germanos, no tomaron parte activa en el movimiento belicoso de los galos.

PLAN DE CÉSAR. UNIÓN DE ESTE Y DE LABIENO. BATALLA DE LUTECIA

Fue un momento solemne aquel en que César, al día siguiente de la retirada de Gergovia y del desastre del cuartel general de Noviodunum, reunió su consejo de guerra para deliberar sobre las necesidades más urgentes. Muchos opinaron por la evacuación total cruzando los Cevennes, pues según ellos convenía entrar de nuevo en la provincia, que en adelante quedaría abierta por todos lados a los insurrectos y a la que hacían falta las legiones para poder defenderse. César rechazó esta cobarde estrategia, que estaba de acuerdo quizá con las instrucciones senatoriales y los consejos de una responsabilidad timorata, pero que la situación de las cosas no justificaba. El procónsul se contentó con poner sobre las armas a las milicias de los romanos que habitaban la provincia, y encargarles guardar sus fronteras como mejor pudiesen. En cuanto a él, eligió el camino opuesto; se dirigió a marchas forzadas sobre Agedincum y ordenó a Labieno que viniese a unírsele lo antes posible. Los galos intentaron, como es natural, impedir la concentración de las legiones. Labieno podía atravesar el Marne en algunas jornadas, subir por la orilla derecha del Sena, y llegar a Agedincum donde tenía sus reservas y bagajes, pero esto hubiera sido dar por segunda vez a los galos el espectáculo de un ejército romano batiéndose en retirada. En lugar de pasar el Marne, prefirió atravesar el Sena a la vista del enemigo, que quedaría sorprendido por la estratagema, y dar la batalla en la orilla izquierda del río. La victoria coronó sus esfuerzos. Los galos perdieron mucha gente y en el campo quedó tendido el viejo Casmulogenes. Los insurrectos no eran más afortunados en otro lugar. Lejos de detener a César en el Loira, este no les había dado tiempo de reunirse; aún más, al no hallar en el río más que las milicias eduas, las había derrotado y dispersado sin trabajo. Los dos ejércitos verificaron felizmente su reunión al poco tiempo.

Por entonces, los insurrectos habían deliberado en Bibracta, cerca de Autum, capital de los eduos, sobre los intereses y la dirección de la guerra. Vercingetorix fue el alma de la asamblea. Su victoria de Gergovia había hecho de él el ídolo de la nación. Sin embargo, todavía luchaba el egoísmo separatista; así se vio a los eduos, incluso en este duelo a muerte en que se habían comprometido los galos, volver a reproducir sus antiguas pretensiones de hegemonía, y proponer en plena asamblea la sustitución del héroe arverno por uno de sus generales. Los representantes de la nación se negaron a ello, y, al mismo tiempo que confirmaban a Vercingetorix en el mando supremo, adoptaban su plan de campaña sin variarlo en lo más mínimo. Este fue siempre el sistema practicado en Avaricum y en Gergovia. La llave de las nuevas posiciones de los galos era Alexia, lugar de los mandubios (hoy Alisa, cerca de Semur); al pie de sus muros habían construido un gran campamento atrincherado. Allí acumularon inmensas provisiones para el ejército de Gergovia, cuya caballería, por orden expresa de la asamblea nacional, contaba entonces con quince mil hombres montados. César, con todas sus fuerzas concentradas en Agedincum, había tomado la dirección de Vesoncio (Besansón). Quería aproximarse a la antigua provincia amenazada por las incursiones del enemigo y defenderla de sus devastaciones. En efecto, ya habían aparecido entre los helvecios, al sur de los Cevennes, algunas bandas enemigas.

COMBATE DE CABALLERÍA. SITIO DE ALESIA. LLEGADA DEL EJÉRCITO AUXILIAR

Alesia se encontraba casi en el camino que debían seguir los romanos, y finalmente vinieron a encontrarse con la caballería de Vercingetorix, única arma con que este podía atacar. Pero, con gran admiración de todos, los escuadrones galos fueron derrotados por los del enemigo, a los que apoyaba una reserva de infantería. Vercingetorix corrió inmediatamente a encerrarse en Alesia. Por su parte César, para no renunciar absolutamente a la ofensiva, se veía obligado por tercera vez en el curso de esta misma campaña a ir con su ejército, mucho más débil en cuanto al número, a buscar el ejército de su adversario atrincherado con su numerosa caballería bajo los muros de su gran ciudadela, llena de tropas y de provisiones. Pero mientras que en otros lugares los galos solo habían tenido que habérselas con una parte de las legiones romanas, ahora se reunían delante de esta ciudad todas las huestes del César. Vercingetorix no iba a poder, como antes en Avaricum y en Gergovia, colocar la infantería bajo la protección de la plaza, mantener libres sus comunicaciones con el exterior y así interceptar con ayuda de sus veloces escuadrones los del enemigo. Desanimada ya por una primera derrota, la caballería de los galos no hacía frente a la

de los germanos de César, a la que tanto habían despreciado. La circunvalación romana encerró dentro de sus líneas las cuatro millas (alemanas) de extensión, que comprendían la fortaleza y el campamento apoyado en ella. Vercingetorix había contado solo con batirse bajo sus muros; pero no creyó nunca verse sitiado. En caso de ataque, por grandes que fueran los almacenes de víveres que había en Alesia, no podían ser suficientes para alimentar por mucho tiempo su ejército de ochenta mil hombres de infantería y quince mil caballos, además de la numerosa población de la ciudad. Inmediatamente comprendió que su plan de guerra sería ahora su ruina, a no ser que toda la nación acudiese a su llamamiento y libertase a su general, que estaba, por decirlo así, cautivo. Pasó más de un mes en el que la línea de ataque se iba estrechando cada vez más. Durante este tiempo pudo mantener a su gente; pero al fin, estando aún abierto el paso para la caballería, la lanzó toda afuera y los mandó a los principales de la nación, pidiendo que verificasen un levantamiento en masa y le enviasen un ejército auxiliar. Respecto de él, como se consideraba responsable del plan de guerra que había concebido y que ahora se volvía contra su patria, permaneció en Alesia: quería compartir con los suyos la buena o mala fortuna que les tocara. Entretanto, César se preparaba activamente para desempeñar su papel de sitiador y sitiado. Se rodeó por el exterior de una doble línea de circunvalación defensiva y se aprovisionó para mucho tiempo. Transcurrieron muchos días; en la ciudad no quedaba ya ni un saco de trigo. Los sitiados habían hecho salir de su misma ciudad a todos los habitantes incapacitados de tomar las armas, los cuales, rechazados despiadadamente por los suyos y por los romanos, morían en masa de una manera miserable entre la línea y las fortalezas. De repente y a última hora, aparecieron a gran distancia por la retaguardia de César las inmensas columnas de un numeroso ejército celta y belga: doscientos cincuenta mil infantes y ocho mil caballos venían en auxilio de Vercingetorix. Desde el canal de Bretaña hasta los Cevennes, todos los pueblos habían hecho un esfuerzo inmenso: quieren a toda costa salvar la flor de los patriotas y a su general. Solo los bellovacos respondieron que ellos sabían pelear contra los romanos, pero era en su propia frontera.

COMBATES ALREDEDOR DE ALESIA. CAPITULACIÓN. SUPPLICIO DE VERCINGETORIX

El primer asalto dado por los sitiados y el ejército auxiliar a las dobles líneas de César fracasó, aunque se renovó después de un día de reposo. Pero ahora los galos habían elegido mejor su punto de ataque y se arrojaron sobre los atrincheramientos dominados de un lado por las alturas inmediatas. Llenaron los fosos y arrojaron del *ager* a los romanos. Entonces Labieno, enviado por César, reunió precipitadamente

las cohortes que halló a su paso y se arrojó con cuatro legiones contra el enemigo. Se empeñó una lucha desesperada cuerpo a cuerpo y a la vista de César, que acudió en persona en el momento más crítico; después se precipitaron detrás de él sus caballeros y cogieron por la espalda a los galos que retrocedían en completa derrota: de este modo fue que terminó la jornada. La victoria había sido grande y decisiva para la suerte de Alesia y de toda la nación. El ejército auxiliar se desalentó por completo y se dispersó inmediatamente: cada cual volvió a su tribu. Vercingetorix hubiera podido huir y salvarse por algún medio supremo; sin embargo, prefirió declarar en pleno consejo que, como no había podido destruir la dominación extranjera, estaba dispuesto a entregarse él solo como víctima designada, e intentar atraer sobre su cabeza el rayo que amenazaba a todo su pueblo. Hizo todo tal como lo había dicho. Los oficiales galos dejaron que se dirigiese hacia el campamento del enemigo del país el general solemnemente elegido por la nación, el héroe que corría a una muerte cierta. Montado en su caballo y adornado con su brillante armadura, el rey arverno apareció ante el tribunal del procónsul; se apeó, entregó su caballo, dejó sus armas y se sentó en silencio en las gradas, a los pies de César (año 702). Cinco años más tarde era llevado en triunfo por las calles de Roma: después, citado como «traidor al pueblo romano» cuando el vencedor subía al Capitolio a dar gracias a los dioses, su cabeza rodó delante del futuro monarca. Así como en la tarde de los días sombríos suele aparecer un rayo de sol a través de las nubes, así la fortuna suele dar un gran hombre a los pueblos próximos a perecer. En los últimos momentos de la historia de los fenicios fue cuando apareció Aníbal, y Vercingetorix lo hizo en la última hora de la Galia. Ni a uno ni a otro les fue dado arrancar a su patria de la conquista extranjera; pero ambos le evitaron la vergüenza de haber muerto sin gloria. A semejanza del gran cartaginés, Vercingetorix no tuvo que combatir solo al enemigo nacional, sino que se levantó también contra él la oposición antinacional de los egoístas y de los cobardes, plaga que acompaña siempre la decadencia de la civilización. También él tiene asegurado un puesto en la historia, no tanto por sus sitios y batallas, cuanto por lo que hizo, pues dio con su persona un centro y un apoyo a toda una nación hasta entonces dividida y enervada por el aislamiento de sus pueblos. Y, sin embargo, ¿en dónde hallar un contraste más marcado que entre la calma meditada del general de los comerciantes fenicios, avanzando durante cincuenta años con la vista fija en su objetivo, prosiguiendo sus designios con la más invariable energía, y el audaz valor del príncipe de los celtas, cuyas hazañas y generoso sacrificio no duraron más que un estío? La demasiada caballeridad sienta mal al hombre, sobre todo al hombre de Estado. En el rey arverno hubo caballeridad, pero no heroísmo, al desdeñar huir de Alesia cuando toda la nación aún creía en él, y cuando él mismo valía para ella más que cien mil buenos soldados. Fue el caballero, no el héroe, el que se entregó como víctima cuando el sacrificio era

estéril, cuando la nación aceptaba su deshonra, inconsecuente y cobarde en el momento en que arrojaba su último aliento, y calificaba de alta traición hacia sus tiranos aquel terrible duelo a muerte, cuyas consecuencias han influido en los destinos del mundo. Muy diferente fue el papel de Aníbal bajo la influencia de estos mismos infortunios. Ni como hombre ni como historiador puedo separarme sin emoción de esta noble figura del rey arverno; él es como el rasgo característico de la nación celta: su hombre más grande no fue más que un valiente.

ÚLTIMOS COMBATES. LUCHA EN EL PAÍS DE LOS BITURIGOS, LOS CARNUTOS Y LOS BELLOVACOS

La caída de Alesia y la capitulación del ejército encerrado al pie de sus muros dieron un golpe terrible a la insurrección. Sin embargo, la nación había ya sufrido otras veces golpes no menos graves y de todas formas había vuelto a comenzar el combate. La pérdida irreparable era la de Vercingetorix, pues con él había nacido la unidad nacional y con él sucumbía. La insurrección no intentó siquiera continuar la lucha en gran escala, y por eso no eligió otros capitanes. Se disolvió la liga de los patriotas, y cada tribu peleó o hizo la paz por separado con los romanos. En todas partes se suspiraba después del reposo. César, por su parte, comprendió que importaba acabar a la mayor brevedad. De los diez años de su mando habían transcurrido siete, y ya sus adversarios políticos le disputaban en Roma el último año de su proconsulado; por consiguiente no podía contar más que con dos campañas. Si tenía interés y era una cuestión de honor el entregar los países nuevamente conquistados a su sucesor en un estado de orden y de paz, le quedaba muy poco tiempo para conseguir sus fines. En tales circunstancias, la indulgencia era para él una necesidad, tanto como lo era para los vencidos; debió además a su buena estrella el ver que los galos, siempre dispuestos a dividirse, y de un carácter veleidoso, le evitaban la mitad del camino. En los dos cantones más grandes del centro, en los de los eduos y los arvernos, existía todavía un numeroso partido romano. Aquí, desde el día siguiente a la capitulación de Alesia, restableció las cosas absolutamente bajo las mismas condiciones que estaban antes respecto de Roma, y dio libertad sin rescate a sus cautivos, los cuales no bajaban de veinte mil. En cuanto a los de las otras tribus, los entregó a sus legionarios victoriosos y sufrieron la más dura esclavitud. Por lo demás, al igual que los eduos y los arvernos, casi todos los demás pueblos galos se sometieron a su suerte y dejaron que se cumpliesen las inevitables sentencias del procónsul sin oponer la más leve resistencia. Sin embargo, hubo muchos que, en su loca temeridad o en su sombría desesperación, se aferraron a una causa ya perdida hasta el día en que los soldados ejecutores de la venganza romana aparecieron en sus fronteras. De este modo fue

como, durante el invierno del año 702 al 703, visitaron a los biturigos y a los carnutos algunas expediciones de legionarios. Mayor fue la resistencia que hicieron los bellovacos, que en el año anterior se habían negado a ir en socorro de Alesia. ¿Es que quisieron mostrar que, en aquella jornada decisiva, no era el valor ni el amor a la libertad lo que les había faltado? Tomaron parte en esta lucha local los atrebatos, los ambianos, los caletas y otros muchos pueblos belgas: Commio (*Commius*), el valeroso rey de los atrebatos, a quien los romanos perdonaban su defección menos que a ningún otro, y de quien poco antes Labieno había intentado deshacerse por un pérfido asesinato, llevó a los bellovacos quinientos caballeros germanos, estimados en gran manera después de la reciente campaña. El jefe de los bellovacos era Correo (*Corre us*), guerrero dotado de talento y osadía. Se le encargó la dirección suprema de la guerra; y, siguiendo el plan de Vercingetorix, peleó con éxito. César reunió contra él la mayor parte de su ejército, aunque no pudo obligarlo a comprometer su infantería, ni impedirle que ocupase frente a las legiones posiciones defensivas inexpugnables. Durante este tiempo la caballería de los bellovacos, y particularmente los auxiliares germanos de Commio, sostuvieron algunos felices encuentros e hicieron experimentar a los romanos pérdidas sensibles. Sin embargo, cuando un día Correo murió en una escaramuza contra los forrajeadores de César, concluyó toda resistencia. El vencedor impuso condiciones moderadas, y así se sometieron los bellovacos y también sus confederados. A su vez, los treverinos fueron reducidos a la obediencia por Labieno; en sus marchas y contramarchas, el ejército romano atravesó y taló de nuevo el país de los eburones, condenados por segunda vez. Tal fue el resultado de los últimos esfuerzos de la liga de los belgas.

COMBATES EN EL LOIRA

Entre tanto, algunos cantones marítimos intentaron con sus vecinos de las orillas del Loira rechazar el yugo de los romanos. Se reunieron en el bajo Loira las bandas insurrectas de los andos, carnutos y otros pueblos circunvecinos, y fueron a sitiar en Lemonum (Poitiers) al jefe de los pictos, que era adicto a los romanos. Pero estos no tardaron en llegar con algunas fuerzas. Entonces los insurrectos levantaron el sitio y quisieron poner el río entre ellos y el enemigo, pero fueron alcanzados y derrotados en el camino. Los carnutos, así como las demás tribus insurrectas, verificaron su sumisión.

En ninguna parte encontraron ya los romanos una formal resistencia, y apenas si alguna que otra partida aparece acá o allá atreviéndose a levantar la bandera de la insurrección.

SITIO DE UXELODUNUM

Después de disueltas las bandas reunidas en el Loira, el valiente Drapeto (*Drappes*) y Lucter, el fiel compañero de armas de Vercingetorix, se habían puesto al frente de los pocos hombres atrevidos que aún quedaban. Les servía de abrigo la fuerte plaza de Uxelodunum (sobre el Lot), especie de nido de águila en lo alto de una montaña. Luchando constantemente, y a fuerza de derramar sangre, habían conseguido aprovisionarse. Pero, cuando Drapeto cayó prisionero, el otro no pudo volver a entrar en la fortaleza y desapareció; después fue hecho prisionero en el país de los arvernos y entregado a César, quien mandó que lo decapitasen. Con todo, los sitiados se defendieron hasta el último extremo. En cuanto llegó César, dio orden para construir una larga galería y cortar las aguas de la única fuente de que disponía la guarnición; de esta manera cayó en manos del vencedor la última ciudadela de la nación de los galos. A fin de que sirvieran de ejemplo para todos, el romano entregó al verdugo los mártires de la causa de la libertad: les cortaron las manos y los mandaron a su país mutilados de este modo. El rey Commio sostuvo todavía la lucha con sus atrabates, y durante todo el invierno del año 703 al 704 hizo frente a los romanos en muchos puntos. Pero a César le importaba mucho concluir con la guerra de las Galias y le ofreció la paz. El rey de los galos, desconfiando con razón, se negó a venir a buscarla en persona al campamento romano. Probablemente el procónsul debió obrar del mismo modo respecto de los países del noroeste y del noreste: el acceso a estos lugares era difícil y convenía contentarse con una sumisión nominal, o con una simple tregua de hecho^[22].

SUMISIÓN DE LA GALIA

Así, pues, la Galia, o si se quiere, la región de este lado del Rin y al norte de los Pirineos, había quedado sujeta a Roma después de una guerra de ocho años. Apenas si transcurrirá uno sin que comience la guerra civil en Italia. Entonces volverán a pasar los Alpes las legiones romanas, sin dejar entre los celtas más que algunos insignificantes destacamentos compuestos muchos de ellos de reclutas. Los celtas, sin embargo, no se sublevaron contra la dominación extranjera; y mientras que César tuvo enemigos que combatir en todas las antiguas provincias, solo la región sometida la víspera continuó obediente a su vencedor. Durante esta época decisiva, tampoco los germanos renovaron sus tentativas de conquista y de inmigración con residencia fija sobre la orilla izquierda del Rin. De modo que cuando llega la gran crisis de la República, a pesar de una ocasión tan favorable, no hubo ni insurrección nacional en las Galias ni invasión por parte de los transrenanos. Si por acaso sobrevino alguna

explosión local, como la del año 708 entre los belovacos, el movimiento quedó aislado, sin ningún lazo con los trastornos interiores de Italia, y los lugartenientes de Roma los sofocaron fácilmente. Tal estado de paz, semejante al que hubo en España durante siglos, se obtuvo sin duda a costa de grandes concesiones. En las regiones lejanas y en las que se mantenía más vivo el espíritu nacional, como en Bretaña, en la orilla del Escalda y al pie de los Pirineos, Roma dejó provisionalmente a los pueblos esquivar más o menos completamente la supremacía real de la República. Sea como fuere, el edificio de las conquistas de César permaneció en pie. Al tener tiempo escaso y necesitarlo para otros trabajos más urgentes, no había podido dejar bien acabada su obra; sin embargo, esta se mantuvo durante la prueba suprema, tanto respecto de los germanos rechazados por él, como de los galos por él dominados.

SU ORGANIZACIÓN. LOS IMPUESTOS

Digamos dos palabras sobre la organización del país. En el primer momento todos los territorios conquistados por el procónsul de la Galia narbonense permanecieron unidos a la antigua provincia; pero, cuando concluyeron las funciones de César (año 710), se dividió la Galia cesariana en dos provincias nuevas, llamadas Galia propia y Galia belga. No hay que decir que las diversas tribus perdieron su independencia política y quedaron sujetas al impuesto de la República romana. Naturalmente, el sistema aplicado no podía ser el régimen asiático, erigido solo en provecho de la aristocracia de sangre o del dinero; cada tribu o cada ciudad pagaba, lo mismo que en España, una suma anual invariable y quedaba en libertad para repartirla y recaudarla. El impuesto produjo cuarenta millones de sestercios anuales, que pasaron de la Galia a las cajas del fisco romano. A cambio, Roma tomaba a su cargo la defensa de la frontera del Rin. Inútil es enumerar los inmensos tesoros acumulados antes en los templos de los dioses y en las cajas de los nobles de la Galia, que, después de la guerra, tomaron también el camino de Roma. Cuando se ve a César distribuyendo su «oro galo» por todo el Imperio, y lanzando al mercado tal cantidad que lo hizo bajar en su relación con la plata el 25%, uno puede formarse una idea de las inmensas riquezas que la guerra arrebató al pueblo subyugado.

SE CONSERVA LA ORGANIZACIÓN INTERIOR

Las instituciones generales de las diversas tribus, ya fuesen monarquías hereditarias o soberanías semioligárquicas, subsistieron después de la conquista con la misma forma que habían tenido antes. Quedó en pie el sistema de las clientelas que colocaba a

ciertos cantones bajo la dependencia de otros más poderosos, aunque decapitados, por decirlo así, a consecuencia de la pérdida de su independencia política. Manteniendo aquel estado de cosas, César quiso en un principio sacar partido en interés de Roma de las cuestiones dinásticas y feudales, y de las aspiraciones a la hegemonía que dividían los pueblos de la Galia. En este sentido, cuidó de poner en todas partes el poder en manos de los hombres afectos a la nueva dominación. Por lo demás, no se perdonó medio alguno para crear en la Galia un partido romano: a los que a él se afiliaban, se les prodigaban las recompensas en dinero o en tierras procedentes de las confiscaciones; la influencia del procónsul les abría la entrada en la asamblea y los colocaba entre las primeras dignidades. A los remes, los lingones, los eduos y demás tribus donde predominaba la facción romana, se les otorgaron las más amplias franquicias constitucionales con el nombre de «derecho de alianza» (*jus fœderis*), que llevaban consigo, además, los privilegios de la hegemonía sobre los pueblos vecinos. Respecto del culto y de los sacerdotes nacionales, parece que César les guardó en un principio las mayores consideraciones que le fueron posibles. No se encuentra bajo su proconsulado huella alguna de las medidas tomadas después por los emperadores contra los druidas. No hay nada en la guerra de las Galias que se parezca a una guerra de religión, tal como la que se hará un día en la Bretaña.

Pero aun usando de indulgencia con el vencido, aun respetando sus instituciones nacionales políticas y religiosas en cuanto eran compatibles con la soberanía de la República, César no renunciaba al pensamiento fundamental de la conquista, esto es a la introducción de la civilización romana en las Galias, sino que quiso implantarla por la persuasión y por la dulzura. No contento con dejar obrar en el norte a los poderosos elementos, a los que se debía ya la transformación casi total de la antigua provincia del sur, como verdadero hombre de Estado que era puso personalmente manos a la obra, y, con la idea de provocar un movimiento elevado, se aplicó a hacer la transformación lo más pronto y menos difícil que fuese posible. Sin hablar ahora de los galos notables admitidos en gran número en las filas del Senado, creo además que fue César quien sustituyó en el interior de las tribus el idioma céltico por el latín, a título de lengua oficial y con ciertas restricciones. También fue él quien sustituyó la moneda nacional por la moneda romana, para lo cual acuñó oro y dineros de plata pertenecientes en adelante a los magistrados de la República. Por otra parte, a los diversos pueblos les dejó la moneda fraccionaria con curso legal solo en los límites de sus fronteras, pero debían conformarse según la base y el título usados en Roma. Es verdad que causaba risa oír el grotesco latín que balbuceaban los habitantes del Sena y del Loira, según nos lo muestran algunas monedas; sin embargo, a esta jerga plagada de barbarismos estaba reservado un porvenir más grande que a la correcta lengua de la capital.

Quizá la Galia también fue deudora de César por ese sistema de instituciones

cantonales que llegará a parecerse un día a las ciudades itálicas, y donde se manifestará mejor que en los tiempos célticos primitivos la preeminencia de las capitales y de sus asambleas locales. En efecto, ¿quién podía comprender mejor que el heredero de Cayo Graco y de Mario cuán deseable hubiera sido asentar la nueva dominación de Roma y la civilización latina de las Galias, tanto desde el punto de vista político como militar, sobre el sólido fundamento de las colonias procedentes del otro lado de los Alpes? Así, estableció en Noviodunum una sección de los caballeros galos y germanos, en tanto ya había instalado a los boyos en el territorio de los eduos; hemos visto que en la campaña contra Vercingetorix los boyos le habían hecho todos los servicios que hubiera podido exigir a una colonia romana. Si no fue más lejos en este camino para llevar a feliz término sus vastos proyectos, fue porque no le estaba permitido quitar a sus soldados la espada para que empuñasen la mancera. Ya diremos oportunamente lo que hizo en este sentido en la antigua provincia, y tengo para mí que solo le faltó tiempo; de lo contrario, habría hecho lo mismo en los países recientemente conquistados.

FIN DE LA NACIONALIDAD DE LOS GALOS

Como quiera que fuese, el hecho es que estaba próxima a desaparecer la nacionalidad de los galos. Por manos de César había sido aniquilada políticamente y había comenzado su aniquilamiento nacional, que progresaba a pasos regulares. No fue esta gran catástrofe producto de la casualidad. Si muchas veces la prepara para los pueblos susceptibles de una gran cultura, aquí, hay que confesarlo, se produjo por la propia falta de los galos. En cierto modo, su ruina era históricamente necesaria, como lo prueba esta última guerra, ya sea que se estudie su marcha en su conjunto o en sus detalles. En el momento en que comenzaba la dominación extranjera no se encontró una resistencia enérgica sino entre algunas tribus aisladas, y estas, germanas o medio germanas en su mayor parte. Si después de fundada la dominación extranjera se intentó sacudir el yugo, la empresa fue completamente insensata, o era obra de algún hombre de casta noble que terminaba muy pronto con su muerte o cautiverio; me refiero por ejemplo a un Inductiomar, un Camulogeres, un Vercingetorix o un Correo. La guerra de los sitios y de partidas, esa lucha suprema y popular donde se afirma el sentimiento profundo de la nacionalidad, había tenido tristes principios y conservó hasta el fin este mismo carácter lamentable entre los galos. A cada hoja que se vuelve en el libro de su historia, se ve confirmada la expresión de uno de esos hombres, raros en los pueblos, que supieron no despreciar ciegamente a aquellos a quienes se les daba con cierta complacencia el nombre de bárbaros: «Los galos —dice— provocan animosos los peligros futuros; pero se acobardan ante los presentes». En el irresistible

torbellino de la historia, que destroza y devora sin compasión las naciones cuando no tienen la dureza del acero y su elasticidad, ¿cómo habían de poder resistir mucho tiempo los galos? Los celtas continentales sufrieron frente a los romanos, por justo decreto de Dios, la misma suerte reservada en nuestros días a sus hermanos de la isla de Irlanda en contacto con los sajones: absorbidos en el seno de un pueblo políticamente superior, recibieron de él la levadura de su futuro progreso. En el momento en que nos separamos de este pueblo notable y ponemos de relieve las líneas del boceto que nos han legado los antiguos respecto de los celtas del Sena y del Loira, ¿no puede afirmarse con verdad que está completamente representado en la figura del *paddy*, del irlandés? Como aquellos, los galos tenían horror al trabajo de los campos; eran muy inclinados a la taberna y a las pendeencias, y todo se volvía en ellos vanidad y jactancia. No hay más que recordar la historia de la espada de César que los arvernos habían colocado en uno de sus templos después de la batalla de Gergovia. Al verla allí un día el gran capitán, no hizo más que reírse y mandó que nadie la tocara. Como el *paddy*, el galo tenía un hablar redundante en metáforas e hipérbolos, y era aficionado a las alusiones y a los rodeos. De su humor voluble nacían costumbres singulares. Prueba de lo que digo es lo siguiente: si un alborotador interrumpía en público al orador, se le propinaba, como medida de policía, un tremendo latigazo en las espaldas, y salía de allí con una gran bronchera en su túnica. Por otra parte poseían el don de la poesía y de la elocuencia, y les gustaba en extremo referir las hazañas legendarias de los antiguos tiempos. Curiosos ante todo, no dejaban retirarse al mercader extranjero hasta que no contaba en medio de la calle todas las nuevas que sabía, y las que no sabía también. Eran crédulos y papanatas hasta el punto de que aun en las tribus mejor gobernadas se prohibía al viajero, bajo severas penas, comunicar a otros antes que a los magistrados locales sus narraciones aún no comprobadas. Eran piadosos como el niño que ve en el sacerdote a un padre y le pide consejo en todo. En su corazón se alimentaba juntamente con todas estas cosas el sentimiento inextinguible de la nacionalidad entre compatriotas y el extranjero; se consideraban como miembros de una sola y misma familia, y siempre estaban dispuestos a levantarse en partidas a la voz del primer jefe de nombre ilustre que llegaba. Por otra parte, absolutamente incapaces de abrigar el valor sólido, que no conoce la temeridad ni la debilidad, no sabían ni esperar la hora propicia ni aprovechar la ocasión. Tales eran los galos del siglo de César: no tenían ni poderosa organización militar, ni disciplina política; no pudieron alcanzarla ni hubieran podido tampoco soportarla. En todos los tiempos y lugares los veréis siempre los mismos: políticos, movedizos como la arena, veleidosos de sentimiento profundo, ávidos de novedades y crédulos, amables e inteligentes, pero desprovistos de genio político. Sus destinos no variaron jamás: tales como fueron en los tiempos primitivos, así son en nuestros días.

PRINCIPIOS DE SU ROMANIZACIÓN

Sin embargo, no se crea que la caída de esta poderosa nación bajo los golpes de su espada fue el principal resultado de la gigantesca empresa de César. César ha fundado más que destruido. Si con su sombra de gobierno el Senado hubiera podido durar todavía algunas generaciones, ¿quién puede dudar de que se habría adelantado cuatro siglos la irrupción de los pueblos bárbaros? Se habría adelantado la hora de la civilización italiana, cuando aún no había echado raíces en las Galias ni en el Danubio, ni en África ni en España. Solo fue dado al capitán y hombre de Estado más grande que produjo Roma reconocer en los pueblos germanos, claramente, a los enemigos natos y los iguales de los pueblos del mundo grecorromano. Inventa inmediatamente y construye con su mano poderosa todo el aparato de una defensiva nueva en el interior; cubre las fronteras con líneas de ríos y atrincheramientos artificiales. Desde estas mismas fronteras practica la colonización de las tribus bárbaras vecinas, centinelas avanzados contra las tribus más lejanas; enseña al ejército romano a reclutarse por medio de alistamientos en países extranjeros, y asegura a la civilización grecolatina el respiro que necesita para terminar la conquista del Occidente, puesto que ya había conquistado el Oriente. Los hombres ordinarios ven surgir el fruto de sus actos, mientras que la semilla arrojada por el hombre de genio germina solo a la larga. Fueron necesarios algunos siglos para llegar a comprender que no era una obra efímera la fundación del Imperio de Oriente por parte de Alejandro, y que el gran macedonio en realidad había implantado el helenismo en el fondo de Asia. Así también fueron necesarios muchos siglos para ver que, como conquistador de las Galias, César no había agregado solamente una provincia al Imperio de Roma, sino que había fundado la latinidad en Occidente. Solo la posteridad ha podido apreciar la trascendencia de sus expediciones militares a Alemania e Inglaterra, al parecer emprendidas con ligereza y sin resultado inmediato, pues abrieron a los grecorromanos un inmenso campo de naciones, cuya existencia y estado solo habían podido revelar el mercader y el navegante, mezclando en su relato un poco de verdad con una gran dosis de ficción: «Todos los días —exclama un romano (en mayo del año 688)— nos revelan las cartas y los correos procedentes de la Galia nombres de pueblos, de cantones y de países desconocidos hasta ahora». Las guerras transalpinas de César han extendido mucho el horizonte de la historia y constituyen uno de esos grandes hechos universales, iguales en importancia al reconocimiento de América, verificado por algunos soldados españoles. En adelante van a entrar en el círculo de los Estados mediterráneos todos los pueblos de la Europa central y septentrional, los ribereños del mar Báltico y del mar del Norte. Al viejo mundo se une otro mundo nuevo, que vivirá su vida y a la vez actuará sobre él. Poco faltó para que Ariovisto realizase en el año 683 lo que la fortuna reservó al godo

Teodorico. Si hubiera vencido Ariovisto, pregunto yo, ¿qué habría sido de nuestra civilización moderna? ¿Adónde habría ido a parar, siendo completamente extraños a la cultura grecorromana, casi como el indio o la Siria? Si la Hélade y la Italia han echado un puente que enlaza las magnificencias de su pasado con las soberbias construcciones del nuevo mundo histórico; si la Europa occidental lleva grabado el sello de Roma; si la Europa germánica viste clásica librea; si los nombres de Temístocles y de Escipión resuenan en nuestro oído de un modo muy diferente que los de Asoka y Sanmanasar, si Homero y Sófocles florecen en nuestro jardín poético, mientras que los Vedas y los libros de Kalidasa solo llaman la atención de los curiosos y aficionados a la botánica literaria, es a César, y solo a César, a quien se lo debemos. Y mientras que en Oriente la obra creada por su gran precursor desapareció casi por completo bajo las grandes revoluciones y trastornos de la Edad Media, el edificio cesariano ha desafiado y vencido la corriente de los siglos. La religión y los Estados han cambiado entre las razas humanas; hasta la civilización ha variado de centro. Sin embargo, el edificio del gran procónsul permanece todavía en pie y tiene, como suele decirse, el don de la eternidad.

LAS REGIONES DANUBIANAS

El cuadro de las relaciones de Roma en este siglo con las poblaciones del norte no sería completo si no volviéramos nuestras miradas hacia los países que se extienden desde las fuentes del Rin hasta el mar Negro, al otro lado de las fronteras septentrionales de Italia y de la península griega. En verdad es imposible que la antorcha de la historia ilumine el inmenso torbellino de pueblos que allí se estaban formando. Incluso si penetran en él algunos resplandores, como una débil llamarada en la profunda oscuridad de la noche, parece que contribuye a aumentar las tinieblas en vez de desterrarlas. Sin embargo, es un deber del historiador mostrar por lo menos los vacíos que tiene el libro de los anales de las naciones. Después de haber expuesto el vasto y poderoso sistema defensivo inaugurado por César, no se desdeñará en narrar en algunas líneas los esfuerzos hechos en estas regiones por algunos senadores generosos, con el fin de proteger las fronteras del Imperio.

LOS PUEBLOS ALPINOS

La Italia del Norte había quedado expuesta, como en otro tiempo, a las incursiones de los pueblos alpinos. En el año 695 vemos un gran ejército romano estacionado en Aquilea. Se concedió el triunfo a Lucio Afranio, procónsul de la Galia cisalpina, de

donde puede concluirse que acababa de verificarse una expedición a la gran cadena. Poco tiempo después, los romanos entraron en relaciones constantes con el rey de los noricos. Sin embargo, no por esto había mejorado la seguridad de Italia, como lo prueba el saqueo de la floreciente ciudad de Tergeste (Trieste), a manos de los bárbaros de los Alpes en el año 702, en el momento mismo en que la insurrección transalpina había obligado a César a desgarnecer de tropas toda la alta Italia.

ILIRIA

En cuanto a los inquietos pueblos escalonados a lo largo de las costas ilirias, daban constantemente ocupación a sus señores, los romanos. Los dálmatas, la tribu más considerable de estas regiones, acababan de aumentar su confederación mediante la anexión de sus vecinos, hasta el punto de contar ahora con ochenta ciudades en lugar de las veinte que antes poseían. Habían arrebatado a los liburnios la ciudad de Promona (no lejos de Karha), ciudad que se negaron a restituir, y que originó una cuestión con los romanos. César envió contra ellos a las milicias locales, pero las batieron, y la explosión de la guerra civil impidió castigarlos. Esto explica en parte la razón por la cual, durante la gran lucha entre César y Pompeyo, este último halló en Dalmacia un seguro punto de apoyo. Los habitantes se mantuvieron en constante inteligencia con los pompeyanos y opusieron una enérgica resistencia a los lugartenientes de su adversario.

MACEDONIA

Macedonia, con Epiro y la península helénica, ofrecía al espectador un cuadro de desolación y ruina más grande que el de ninguna otra provincia del Imperio. En Dirrachium, Tesalónica y Bizancio se encontraba todavía algún movimiento comercial, y Atenas conservaba su nombre y sus escuelas de filosofía, que atraían la corriente de los viajeros. Pero en los demás puntos de Grecia, en aquellas ciudades tan populosas en otro tiempo, y en aquellos puertos donde se agitaban las muchedumbres, en la actualidad reinaba el silencio de la tumba. Ahora bien, mientras los griegos habían dejado ya de moverse, en las inaccesibles montañas de Macedonia continuaban su antigua tradición de guerras intestinas y de *razzias* en el país vecino. Por los años 697 y 698, los agreos y los dolopes saquearon las ciudades etolias; en el año 700, los pirustas devastaron del valle del Drina la Iliria meridional. No era mejor la actitud de los pueblos locales. Los dardanios en la frontera del norte, y los tracios en la del este, finalmente se habían sometido a la dominación de la República después

de ocho años de incesantes combates (del 676 al 683). El más poderoso príncipe tracio, el señor del antiguo reino de Cotys, había entrado también bajo la clientela romana. Sin embargo, el país pacificado continuó sufriendo las incursiones procedentes del norte y del este, lo mismo que antes. El procónsul Cayo Antonio se vio un día muy apurado por los dardanos y por otras tribus inmediatas, que, al llamar en su ayuda a los terribles bastarnas de la orilla izquierda del Danubio, le hicieron sufrir una gran derrota en Istrópolis (Isterea). Más dichoso fue Cayo Octavio contra los besos y los tracios en el 694; pero llegó Marco Pisón, y los asuntos fueron de mal en peor, de lo cual no hay que admirarse: amigos o enemigos, todos compraban a fuerza de dinero el derecho de hacer su santa voluntad. Siendo él cónsul, los denteletas de Tracia (sobre el Estrimón) saquearon por todas partes la Macedonia y colocaron sus avanzadas hasta en la gran vía romana que iba de Dirrachium a Tesalónica. En esta última ciudad se esperaba un ataque a cada momento, mientras que el flamante ejército romano acantonado en la provincia parecía estar allí solo para asistir inmóvil a las devastaciones que los montañeses y los pueblos vecinos verificaban en el país de los pacientes súbditos de Roma.

EL NUEVO REINO DE LOS DACIOS

Por más que semejantes hostilidades no fueran un peligro para el poder de la República, eran, sin embargo, una vergüenza. Pero he aquí que, en este mismo tiempo, un pueblo comenzó a tomar asiento y a organizarse en Estado en las inmensas estepas de la Dacia, al otro lado del Danubio, pueblo que parece llamado a desempeñar en la historia un papel muy diferente al de los besos y los denteletas. En tiempos lejanos, entre los getas, o dacios, había salido un día al encuentro del rey un santo hombre llamado Zamolxis. En sus largos viajes por el extranjero había aprendido a conocer los caminos de los dioses y sus milagros.

Poseía a fondo la sabiduría de los sacerdotes egipcios y los secretos de los discípulos griegos de Pitágoras; ahora volvía a su país natal para concluir allí sus días, como piadoso solitario en una caverna de la «montaña sagrada».

Solo se comunicaban con él el rey y los oficiales, y de su boca recibían en todas las ocasiones importantes los oráculos y consejos útiles para el pueblo. De simple servidor del Dios supremo pasó muy pronto a ser el mismo Dios, como les sucedió a Aarón y a Moisés, a quienes el Señor de los judíos había designado para ser el «profeta» y «el Dios del profeta», respectivamente.

Aquí tuvo su origen una institución durable. A partir de esta fecha, todo rey de los getas tuvo a su lado un «hombre dios», que hablaba y revelaba al príncipe las órdenes que este transmitía al pueblo. Institución singular, donde la idea teocrática se puso al

servicio del poder absoluto del rey. Los príncipes getas hicieron, respecto de sus súbditos, el papel que los califas jugaron entre los árabes. En la época que vamos historiando, la nación de los dacios verificaba una admirable evolución religiosa y política, guiada por su rey Berebistas y por su dios de Keneos. Degradados antes por el vicio brutal de la embriaguez, sin ideas morales ni políticas, estos bárbaros se transformaron de repente bajo el impulso de un nuevo evangelio de templanza y de valor. Al frente de estas bandas «puritanas», si se me permite la expresión, tan disciplinadas como entusiastas, Berebistas había fundado en pocos años un poderoso Imperio que ocupaba ambas orillas del Danubio y penetraba por el sur hasta el país de los tracios, los ilirios y los noricos. Aún no había chocado contra los romanos y nadie podía decir lo que sucedería con este singular Estado, cuyos principios recuerdan los primeros tiempos del islam. Lo que podía afirmarse, por lo menos, es que para luchar con los dioses getas se necesitaban otros hombres que no fueran los procónsules Antonio y Pisón.

VIII

REGENCIAS DE POMPEYO Y DE CÉSAR

POMPEYO Y CÉSAR COMO REGENTES

Al día siguiente del consulado de César, Pompeyo ocupaba indudablemente, según la opinión pública, el primer lugar entre los jefes demócratas oficialmente reconocidos como dueños de la República, entre los triunviros. A Pompeyo era a quien los optimates llamaban «nuestro dictador». En vano se había prosternado Cicerón en su presencia; sobre él recaían los más acerados sarcasmos de los pasquines pegados por Bíbulo en las paredes y las más envenenadas flechas de los círculos de la oposición. No podía suceder otra cosa. A juzgar por los hechos anteriores, Pompeyo marchaba sin rival a la cabeza de todos los generales del siglo. Respecto de César, orador elocuente y hábil general de partido, lejos de haber adquirido un nombre ilustre como militar, no obstante su indisputable talento, pasaba por un hombre afeminado. Tal era el juicio que de él se tenía tiempo atrás en la ciudad: no podía esperarse razonablemente que los populares importantes llegasen más al fondo de las cosas y cambiasen repentinamente la dirección habitual de sus bajas adulaciones, ante algunas oscuras hazañas realizadas en las orillas del Tajo. En apariencia, César no desempeñaba en la coalición más que un papel de ayudante, a lo sumo bueno para llenar, por cuenta del jefe, tales o cuales misiones confiadas antes a los Flavios, a los Afranios y a mediocres por el estilo, que abortaban con frecuencia en sus manos. Cuando fue elegido procónsul, no pareció que se hubiese verificado ningún cambio. También Afranio había obtenido poco antes el proconsulado de la Galia cisalpina, sin aumentar por esto su importancia. En estos últimos tiempos se habían dado con frecuencia muchas provincias a uno solo, y se habían puesto bajo una misma mano más de cuatro legiones. ¿No se había restablecido la tranquilidad al otro lado de los Alpes? ¿No se había proclamado a Ariovisto amigo y vecino del pueblo romano? ¿Cómo había de preverse por esta parte una ruda y pesada guerra? Había gran analogía entre la situación que la Ley Vatinia le había creado a César y la formada antes a Pompeyo por las Gabinia y Manilia; pero, al comparar las circunstancias de ambos personajes, la de César quedaba muy por debajo de la de Pompeyo.

El mando de este se había extendido a casi todo el Imperio; César solamente dominaba sobre dos provincias. El uno había tenido a sus órdenes todos los soldados y todos los fondos del Estado casi sin reserva; el otro no disponía más que de algunos recursos limitados y de veinticuatro mil hombres. Pompeyo había sido él mismo quien fijara la época de su regreso; el *imperium* de César, por largo que fuese el tiempo que se le había confiado, tenía un plazo fatal. Por último, Pompeyo había

tenido a su cargo la dirección de las más importantes expediciones por mar y por tierra; en cambio César había sido enviado al norte, para vigilar a Roma desde la alta Italia y ayudar a Pompeyo a reinar allí sin obstáculos.

POMPEYO Y ROMA. LA ANARQUÍA LOS ANÁRQUICOS. CLODIO

Sea como fuere, al tomar en Roma el poder de manos de la coalición, Pompeyo intentaba una empresa muy superior a sus fuerzas. No sabía nada respecto del manejo de los negocios públicos, y para él todo estaba resumido en la palabra y las exterioridades del mando. En Roma se percibía aún el grueso oleaje, resto de las pasadas borrascas y anuncio de las futuras. Gobernar sin fuerza armada una ciudad comparable en todos los aspectos con el París del siglo XIX era cosa sumamente difícil; y para Pompeyo era menos posible que para cualquier otro la solución de tal problema. Muy pronto se llegó al punto en que todos, amigos y enemigos, hacían lo que se les antojaba. Después de la partida de César, por más que la coalición dominaba aún sobre las masas, no sucedía lo mismo en las calles de la capital. El mismo Senado no tenía más que un poder nominal y dejaba marchar las cosas por su propio impulso, que era lo único que podía y debía hacerse, ya sea porque los triunviros no hubiesen dado sus instrucciones a la fracción de los senadores sujetos a sus órdenes, o porque la oposición se mantuviese desviada a raíz de su indiferencia o sus convicciones pesimistas, o bien porque toda la clase noble tuviese plena conciencia, si es que no la convicción, de su total impotencia. Por el momento, cualquiera hubiese sido el gobierno, se habría buscado en vano en Roma un centro de resistencia, una autoridad efectiva. Se vivía como en tiempos de interregno, entre las ruinas del régimen aristocrático y los crecientes progresos del régimen militar. Por lo demás, si es cierto que se puede decir con verdad que un día le fue dado a la República romana, más que a cualquier otra en la antigüedad o en la historia moderna, la posibilidad de reunir en su sistema político los órganos y las instituciones más diversas, moviéndose en su pureza y en su regularidad primitiva, es necesario convenir también en que actualmente ofrecía el cuadro de la desorganización más funesta y de la más terrible anarquía. ¡Extraña concordancia! En el momento en que César trabajaba al otro lado de los Alpes por la inmortalidad, en la escena política de Roma se está representando una de las farsas más grotescas y desdichadas de las que hace mención la historia. En vez de gobernar, Pompeyo se hacía el enojado y permanecía quieto en un rincón de su casa. El antiguo gobierno senatorial, desposeído en sus tres cuartas partes, permanece también inerte; se dan profundos suspiros tanto en los círculos privados como en la curia. Respecto de los buenos ciudadanos, los amigos del orden y de la libertad, esperan sin duda una persona que

los guíe o aconseje, por más fatigados que estén de la deplorable marcha de los negocios. Pasivas e inútiles, no ejecutan ningún acto político; cuando pueden se alejan de la Sodoma romana. En cuanto a la muchedumbre, no ha gozado jamás de mejores días ni de más alegres jolgorios. Está en todo su apogeo la democracia con su imprescindible cortejo: capas raídas, barbas desaliñadas, largos cabellos flotantes. Para las ruinosas reuniones cotidianas era cosa corriente que los histriones del teatro ejercitasen sus sólidas gargantas^[1]. Griegos y judíos, emancipados y esclavos formaban el núcleo de los asistentes y eran los que chillaban con más fuerza en las asambleas públicas; y, cuando llegaba el acto de la votación, eran los menos entre los votantes quienes, conforme a las leyes y a la constitución, podían votar. «Dentro de poco —dice Cicerón en una de sus cartas— veremos a nuestros esclavos votar la anulación de la tasa sobre las emancipaciones.» Los verdaderos poderes de aquel tiempo eran las bandas armadas y regimentadas, verdaderos batallones de la anarquía levantados por capitanes aventureros entre los esclavos gladiadores y los pillos de toda especie. La mayor parte de sus jefes habían militado siempre en las filas de los populares; pero después de la partida de César, que era el único que sabía conducirlos e imponérseles, estaban completamente indisciplinados, y cada agitador obedecía solo a la política de su capricho. Quizá todos estos hombres hubieran luchado todavía preferentemente bajo la bandera de la libertad; pero en realidad no eran demócratas ni antidemócratas, y en su bandera (necesitaban una, cualquiera que esta fuese) inscribían unas veces el nombre del pueblo y otras el del Senado, o el de un jefe de partido. Así, pues, Clodio, por ejemplo, había sido sucesivamente campeón de la democracia soberana, luego del Senado y por último de Craso. De hecho solo variaban los colores con objeto de hacer a sus enemigos personales una guerra a muerte, ocultando sus querellas privadas tras el nombre del partido al que se habían afiliado: por ejemplo, Clodio a Cicerón, o Milón a Clodio.

Intentar hacer la historia de esta algazara política valdría tanto como querer fijar en notas musicales los gritos y el confuso ruido de una encerrona. No se encontrarían más que relatos de homicidios, asaltos de casas, incendios y otros muchos actos vandálicos consumados en la capital del mundo. Después de los silbidos y los gritos, se escupían al rostro, se pisoteaban; después de las pedradas, se echaba mano a la espada. El protagonista de las turbas callejeras era aquel Publio Clodio a quien los regentes habían destacado contra Catón y Cicerón (pág. 217). Influyente, dotado de algún talento y de energía, había llegado a ser jefe en el oficio de faccioso. Abandonado a sus inclinaciones durante su tribunado (696), había seguido una línea de conducta ultrademocrática: así, había distribuido la anona gratuitamente entre los ciudadanos y atacado el antiguo derecho de los censores de poner una nota desfavorable a los ciudadanos de malas costumbres. También había prohibido a los magistrados la *obnuntiatio* y la formalidad religiosa que ataba estrechamente la

máquina de los comicios; y, finalmente, había destruido las barreras levantadas poco antes contra el derecho de asociación de las clases bajas, que impedían la formación de bandas de botín. Con esto había restablecido los «clubes de las encrucijadas» (*collegia compitalicia*), suprimidos a un mismo tiempo, que eran un verdadero ejército del proletariado libre o servil, en cierta manera organizado militarmente en la capital, y distribuido por calles y cuarteles. Fue más lejos aún, pues proyectó una ley, cuya moción pensaba presentar durante su pretura (año 702), que quería dar los derechos políticos a todos los emancipados y a los esclavos en posesión de la libertad de hecho, al igual que a los ingenuos. Si el éxito hubiese coronado tal empresa, habría podido vanagloriarse con razón del feliz término de su obra de atrevida reforma; y cual nuevo numen de las franquicias y de la igualdad civiles, invitar a sus queridos amigos de la plebe a subir en masa al templo nuevo del Palatino, levantado y dedicado por él a la «diosa Libertad» sobre el lugar donde había existido un edificio destruido por sus incendios, para celebrar allí el advenimiento y las fiestas del *millenium* democrático. Estas tendencias radicales, naturalmente, no excluían el tráfico imprudente de los votos de los comicios. Clodio, por ejemplo, remedando a César hasta el extremo, quería también convertir los gobiernos de provincias en puestos grandes y pequeños para sus compañeros, y, así, vendía a subido precio la soberanía local a los reyes tributarios y a las ciudades sujetas.

SE INDISPONE POMPEYO CON CLODIO

Pompeyo presenciaba todo esto sin moverse; pero si él no comprendía hasta qué punto se comprometía, Clodio lo veía perfectamente. En su descaro, un día osó chocar de frente con el regente de Roma en una cuestión insignificante: por haber dado libertad a un príncipe armenio cautivo. La cuestión se enconó y tomó proporciones, poniendo de manifiesto la completa derrota del triunviro. El llamado jefe del Estado no pudo hacer para luchar contra el faccioso más que valerse de las mismas armas, pero sin saber manejarlas con la destreza de aquel. Clodio había buscado la camorra con Pompeyo por la cuestión del príncipe armenio; Pompeyo se vengó facilitando a Cicerón, que era el hombre a quien más aborrecía Clodio, la vuelta del destierro adonde había sido enviado por este. Con esto consiguió convertir a su adversario del momento en un irreconciliable enemigo. Puesto a la cabeza de sus bandas, Clodio hizo que no estuviesen seguras las calles; y a su vez el ilustre general alistó a los esclavos y los gladiadores. Fácil es prever que en cuestión de motines el demagogo había de ser más fuerte que el soldado: Pompeyo fue batido en la guerra de las calles, y los esbirros de Clodio tenían casi constantemente bloqueado a Cayo Catón en su jardín. Peripecias extrañas en el drama raro que se estaba representando:

en su odio mutuo, se vio al regente y al caballero de industria ponerse al lado del gobierno caído y demandar sus favores. Fue en parte para agradar al Senado que Pompeyo permitió que se levantase el destierro de Cicerón. Por su lado, Clodio declaró nulas y como no existentes las Leyes Julias, invocó a Marco Bíbulo y le exigió que confirmase solemnemente su inconstitucionalidad. ¿Qué resultado serio podía esperarse de este tumultuoso conflicto de bajas pasiones?

La nulidad de fin, la ridiculez y la vergüenza: he aquí lo que lo caracteriza. El mismo César, por más que fuese un gran genio, debió haber aprendido a sus expensas que la panacea democrática estaba ya gastada, y que para llegar al trono no convenía pasar por la demagogia. En el interregno actual entre la República y la monarquía, era desempeñar un pobre papel adornarse neciamente con el manto y el bastón del profeta, o traer a la escena una cierta parodia que desfiguraba los grandes pensamientos de Cayo Graco. El pretendido ejército que intentó la renovación de la agitación democrática distaba tanto de ser un partido, que en la hora de la batalla decisiva no se le reservó lugar alguno. Un error parecido sería sostener que la anarquía, al menos, podría actuar sobre las convicciones de los indiferentes y despertar en ellos la aspiración a entronizar un poder militar estable y fuerte. Recordemos que la mayor parte de los ciudadanos que habían permanecido neutrales estaban fuera de Roma, y que los alborotos no los perjudicaban directamente. Además, todos los hombres cuya opinión bien hubiera podido retroceder ante semejantes motivos, después de haber experimentado la conspiración de Catilina, se habían convertido de antemano a la doctrina de la autoridad. Sin embargo, los cobardes políticos temían ante todo la terrible crisis, inseparable de la catástrofe final, y sufrían preferentemente la perpetua anarquía de Roma, anarquía que por lo demás permanecía en la superficie. En efecto, esta no tenía más consecuencias que crear a Pompeyo una posición casi insostenible, cada día más expuesto a los ataques de los clodianos, que iban impulsándolo, de buen grado o por la fuerza, hacia el camino en que vamos a seguirlo.

POMPEYO FRENTE AL VENCEDOR DE LAS GALIAS

Por poco dispuesto que el regente estuviese a tomar la iniciativa, ya fuese por falta de carácter o de inteligencia, llegó un día en que tuvo que salir de su letargo. ¿Qué otra cosa había de suceder cuando las cosas habían cambiado completamente, tanto respecto de Clodio como respecto de César? Los embarazos y las afrentas que le había causado el primero habían despertado al fin el odio y la cólera en su perezosa naturaleza. Pero la alteración era mucho más seria en lo tocante a César. Mientras que el triunviro que había permanecido en Roma decaía completamente en el terreno

reservado a su actividad, el otro había sabido sacar del lote de sus atribuciones un partido prodigioso que superaba todas las esperanzas y todos los temores. Sin pedir previamente autorización, había duplicado su ejército por las levadas verificadas en la provincia meridional de las Galias, poblada en gran parte de ciudadanos. Después, en vez de limitarse a la custodia de la Italia del Norte y a vigilar a Roma, había pasado los Alpes y ahogado en su germen una nueva invasión cimbrica; y aún más, en solo dos años había llevado las victoriosas armas romanas hasta el Rin y el canal de Bretaña. Ante semejantes hazañas caía por su base la táctica ordinaria de los aristócratas. No era ya posible ignorarlas ni desvirtuarlas. Este hombre afeminado a quien antes se desdeñaba era hoy el dios del ejército, el héroe famoso coronado por la victoria. Sus frescos laureles arrojaban a la oscuridad las marchitas hojas de los de Pompeyo; y ya en el año 697, al terminar una gloriosa campaña, el Senado le había concedido honores públicos tales como no los había ordenado jamás, ni siquiera para el mismo Pompeyo. Al lado de su antiguo ayudante político ahora ocupaba el segundo rango, el rango que César había ocupado al día siguiente de las leyes Gabinia y Manilia.

César era el héroe del día: tenía en su mano el más poderoso de los ejércitos romanos. Pompeyo no era más que un general de antiguo renombre. Pero aún no podía temerse el conflicto entre el yerno y el suegro, pues las relaciones eran buenas en apariencia. Sin embargo, ¿no había terminado toda alianza política en el momento en que la balanza de las fuerzas se cargaba hacia una de las partes interesadas? La cuestión con Clodio no era más que un embarazo; la nueva y gran importancia de César era un peligro serio. Al ir al ejército, César y los suyos habían tomado precauciones respecto de Pompeyo, y este, a su vez, se veía obligado a recurrir a los mismos medios: necesitaba un apoyo militar contra César. Así, pues, saliendo de su nulidad oficial, reclamó una misión extraordinaria, cualquiera que fuese, donde pudiera disponer de un poder igual o superior al del procónsul de las Galias, a fin de poder llegar a colocarse a su nivel, si es que no más alto. Su posición actual y la táctica a la que iba a recurrir no eran más que repetir punto por punto lo que César había hecho mientras él guerreaba contra Mitrídates. Pero para obtener un mando análogo al del procónsul y llegar a pesar tanto como este adversario más fuerte, que por fortuna permanecía alejado, Pompeyo necesitaba de la antigua máquina del gobierno. Dos años antes estaba todo a su disposición. Por entonces los regentes mandaban tanto en los comicios, que estaban en manos de los agitadores demagógicos, como en el Senado, a quien había aterrado la energía de César. Como la coalición lo había dejado en Roma a título de representante y jefe reconocido, Pompeyo lo hubiese obtenido todo en esa época, así del Senado como del pueblo, aun cuando sus mociones hubiesen ido en contra de los intereses de César. Su torpeza respecto de Clodio le había hecho perder el imperio de las calles, y en adelante le era

imposible contar con el consentimiento de los comicios populares. No iban tan mal las cosas para él en el Senado; pero podía dudarse de que, luego de haber dejado flotar las riendas por tanto tiempo, su antiguo ascendiente pudiese fácilmente influir sobre la mayoría e imponerle que votase lo que convenía a sus proyectos.

LA OPOSICIÓN REPUBLICANA EN EL PÚBLICO. TENTATIVAS DE LOS REGENTES PARA REMEDIAR ESTO. EL SENADO RECOBRA SU INFLUENCIA

En este intervalo se habían modificado notablemente las situaciones del Senado y de la nobleza. La coalición del año 694 había producido sus frutos, por más que aún no estuviesen maduros. El alejamiento de Catón, el destierro de Cicerón, quien con su infalible tacto daba a la opinión pública a sus verdaderos autores, por más cuidado que pusiesen los triunviros en aparecer extraños a él y en mostrarse compungidos, y además el matrimonio de Pompeyo con la hija de César y otros muchos sucesos tienen una significación triste pero evidente: la aparición de la monarquía con sus órdenes de destierro y sus alianzas de familia. En cuanto al público, por más que estuviese alejado de los sucesos, veía también con inquietud cómo se fijaban los jalones que conducían al futuro régimen. Desde el día en que se vio que César no aspiraba solo a una reforma constitucional, y que esto era una cuestión de vida o muerte para la República, gran número de ciudadanos honrados, afiliados hasta entonces al partido popular y adictos a César, se pasaron inmediatamente al campo opuesto. No fue ya solo en los salones o en las quintas de la nobleza, antes dueña del poder, donde se oyó murmurar contra los «tres dinastas» y contra el «monstruo de tres cabezas». La muchedumbre acudía presurosa a oír los discursos consulares de César y permanecía muda sin dar la señal más leve de consentimiento. Nadie aplaudía cuando el cónsul demócrata entraba en el teatro. Si uno de los sostenedores de los triunviros aparecía en la calle, era recibido a silbidos; y los espectadores, aun los que estaban sentados, aplaudían toda frase antimonárquica, toda alusión que se hiciese en la escena contra Pompeyo. Cuando Cicerón tuvo que abandonar Roma, gran número de ciudadanos (se dice que llegaron a veinte mil, pertenecientes la mayor parte a la clase media) imitaron al Senado y se vistieron de luto. «En la actualidad —dice un escritor contemporáneo—^[2] nada es tan popular como el odio a los populares.» Pero los regentes hicieron comprender que si los caballeros les hacían oposición podían perder sus puestos en el teatro, y que la plebe, a su vez, perdería su parte en la anona. La malevolencia guardó un prudente silencio, pero el espíritu público continuó siendo lo que era. Entonces se puso en juego con más éxito que antes la palanca de los intereses materiales. César derramó torrentes de oro. Los ricos

en apariencia, pero con la bolsa medio vacía, las mujeres influyentes que necesitaban mucho dinero, la entrampada juventud noble, los comerciantes y banqueros que llevaban mal sus negocios, todos corrieron a las Galias para beber en la fuente, o llamaron a la puerta de los agentes de César en Roma. Aquí y allí, todo hombre de honradas apariencias —César descartaba a los perdidos y callejeros— estaba seguro de obtener una buena acogida. Agréguese a esto las enormes construcciones llevadas a cabo en Roma de su bolsillo particular, donde hallaban trabajo infinidad de necesitados, desde el consular hasta el simple bracero, y las inmensas profusiones consagradas a los juegos públicos. Esto mismo hacía Pompeyo, aunque en menor escala: a él es a quien Roma debió su primer teatro edificado de piedra, cuya apertura se celebró con inusitada magnificencia. Se comprende que estas generosidades corruptoras reconciasen hasta cierto punto a muchos miembros de la oposición con el nuevo orden de cosas. Sin embargo, no hay ni que decir que el núcleo de aquella no se dejaba seducir por tales medios. Cada día mostraba más a las claras cuán profundas raíces habían echado en el seno del pueblo las instituciones republicanas, y cuán poco atraídos hacia la monarquía se sentían principalmente los hombres que vivían alejados de la agitación de los partidos y las ciudades del interior. Si Roma hubiese conocido el sistema representativo, el descontento del pueblo habría hallado en las elecciones un medio natural de manifestarse y hasta de fortalecerse; pero, en el estado al que habían llegado las cosas, a los constitucionales no les quedaba más recurso que ligarse con el Senado, que aun en su decadencia continuaba siendo a sus ojos el representante y defensor nato de la legalidad republicana. De repente, este cuerpo, que estaba humillado hasta la tierra, vio que llegaba en su auxilio un ejército más fuerte e incomparablemente más fiel que el del día en que, por el hecho de su gran poder, había podido exterminar a los Gracos, o cuando había restaurado el antiguo régimen, protegido por la espada de Sila. La aristocracia comprendió sus ventajas y se puso inmediatamente en movimiento. Fue entonces cuando Marco Tulio Cicerón obtuvo permiso para volver a Roma. Prometió marchar con el grupo de los dóciles en la curia, guardarse de toda veleidad oposicionista, y hasta trabajar con todas sus fuerzas en interés de los triunviros. Al llamarlo, Pompeyo no había querido más que hacer a la oligarquía una concesión temporal, vengarse de Clodio y atraer a su causa, si es que era posible, en la persona del elocuente consular un instrumento amaestrado ya por tantas pruebas. Pero, así como su destierro había sido una manifestación contra el Senado, su regreso sirvió también de pretexto para hacer demostraciones republicanas. Protegidos contra los clodianos por la facción de Tito Annio Milón, los dos cónsules presentaron al pueblo de la manera más solemne la moción del llamamiento previamente autorizada por un senadoconsulto expreso. El Senado había invitado a todos los ciudadanos amigos de la constitución a que no faltasen a la votación. Y, efectivamente, el día fijado para esta (4 de agosto del año

697), se reunieron en los comicios una multitud de ciudadanos notables, muchos de los cuales venían de las provincias. El viaje del consular, desde Brundisium hasta Roma, no fue más que una serie de manifestaciones análogas. En esta ocasión se selló públicamente el pacto de la nueva alianza entre el Senado y los conservadores: se pasó revista, por decirlo así, y su excelente actitud contribuyó mucho a que la aristocracia levantase la cabeza, admirada de semejante cambio de fortuna. Pompeyo asistía derrotado a este desafío de la opinión. Su pasada inmovilidad, y lo indigno y lo ridículo de su actual posición respecto de Clodio habían dado el golpe de gracia al crédito de la coalición. La fracción que en el Senado se mantenía fiel a aquella, desmoralizada por tantas torpezas cometidas, fatigada y desprovista de consejo, no podía impedir a los republicanos y a los aristócratas, unidos ahora, que adquiriesen en todas partes una gran supremacía. En este momento (697) todavía hubiesen podido jugar con destreza la partida, pues esta no era desesperada. Tenían en el pueblo el firme apoyo que les había faltado hacía un siglo: tener fe en él y en ellos mismos era el medio más corto y honroso para llegar al fin. ¿Por qué no atacar de frente a los triunviros? ¿Por qué, si había algún noble de valor, no se ponía a la cabeza de los senadores? ¿Por qué no anular las medidas excepcionales y violentas de los triunviros, y no llamar a las armas a todos los republicanos de Italia contra la facción de los tiranos? Quizá todavía era posible restablecer al Senado en su antigua soberanía. Los republicanos corrían quizá gran riesgo; pero ¿quién sabe? ¿No era ahora la audacia, como acontece muchas veces, sinónimo de sabiduría? Por desgracia, la aristocracia carecía de energía, y apenas si era capaz de una decisión fuerte, a la vez que sencilla. Aún quedaba otro camino al alcance de los constitucionales, tal vez más seguro dados su carácter y costumbres. Pensaron en separar a los dos triunviros principales y, aprovechándose de la división que iban a producir, apoderarse por sí mismos del timón de la República. Cuando César se había impuesto a Pompeyo, obligándolo a ambicionar nuevos poderes, se había enfriado la intimidad entre los dos hombres que dominaban en el Senado. Si Pompeyo conseguía el objeto codiciado, de un modo o de otro debían venir muy pronto una ruptura y una lucha abiertas. Si Pompeyo entraba solo en campaña, su derrota era segura, pero con su caída no ganaba nada el partido constitucional, pues en vez de obedecer a dos señores pasaría a someterse a uno solo. Pero si los nobles sabían usar contra César los medios que hasta entonces les habían asegurado la victoria y entraban en alianza con su rival más débil, con lo cual dispondrían de un capitán como Pompeyo y de un ejército sólido de constitucionales, podían esperar el triunfo. Después, al tener que habérselas nada más que con Pompeyo y su notoria incapacidad política, podrían concluir con él pronto y fácilmente.

POMPEYO SOLICITA UN NUEVO MANDO. LA CUESTIÓN DE LOS CEREALES. EXPEDICIÓN A EGIPTO

Por consiguiente, las cosas volvían a unir a Pompeyo y el partido republicano, y se aprestaban a una inteligencia: ¿se verificaría esta? ¿Cuáles serían en adelante las relaciones entre los dos triunviros y la aristocracia, relaciones confusas y en extremo indecisas en aquel momento? Esto es lo que iba a decidir la moción presentada al Senado por Pompeyo en el otoño del año 697, en la que se solicitaba formalmente un mando extraordinario. En un principio, por exigencia suya se tomaron las medidas que once años antes habían contribuido a fundar su poder: creía remediar la carestía del pan, que había subido en Roma de una manera desconsoladora y de la misma forma que antes de la Ley Gabinia. No es posible decir si los precios habían subido por efecto de ciertos manejos; en este sentido Clodio acusaba ya a Pompeyo, ya a Cicerón, y estos a su vez le devolvían la acusación. La piratería siempre activa, la pobreza del Tesoro y la negligencia o desorden administrativo en la vigilancia de los aprovisionamientos eran más que suficientes para producir la escasez en aquella gran capital, sin necesidad de acaparadores que obrasen con miras políticas, pues la ciudad subsistía casi exclusivamente con las importaciones de ultramar. El plan de Pompeyo era el siguiente: que el Senado le diese la administración de los cereales en toda la extensión del Imperio, y, por consiguiente, el derecho ilimitado de disponer de las cajas del Estado. Al mismo tiempo, según lo que solicitaba, tendría un ejército y una escuadra, y su mando, igualmente extendido sobre todas las regiones pertenecientes a la República, en cada provincia estaría por sobre el *imperium* del procónsul o del pretor local. En suma, no aspiraba nada menos que a una nueva edición, corregida y aumentada, de la Ley Gabinia, con la perspectiva de la dirección de la guerra que entonces amenazaba en Egipto (pág. 162), y que se enlazaba, como antes la guerra contra Mitrídates, con una expedición contra los piratas. Cualesquiera que fuesen los progresos que la oposición hubiese hecho contra los nuevos dinastas durante estos últimos años, hay que convenir en que, cuando se abrió la discusión de esta moción (septiembre del año 697), la mayoría del Senado estaba todavía bajo la influencia del terror imprimido por César. En principio admitió dócilmente la moción y esto ocurrió por una proposición del mismo Cicerón, quien en esta primera ocasión debía dar, y en efecto dio, una prueba de la sumisión que le había enseñado el destierro. Pero, cuando se llegó a la discusión por artículos, el proyecto primitivo salido de manos del tribuno del pueblo, Cayo Mesio, sufrió modificaciones esenciales. Pompeyo no tenía ni la libre disposición de los fondos del Tesoro, ni un ejército y una escuadra, ni el *imperium* sobre los comandantes provinciales. En realidad no se hizo más que entregarle sumas considerables para el aprovisionamiento de Roma. Se le dieron quince lugartenientes y el pleno poder en todo el Imperio proconsular en materia de

administración de cereales; esto sí durante los cinco años siguientes. Tal era el tenor del plebiscito propuesto y sometido a la votación de los comicios. Estas enmiendas al proyecto primitivo casi equivalían a rechazarlo, y se explican por causas diversas y numerosas. El nombre de César pesaba mucho en las deliberaciones; aunque estaba ausente e internado en las Galias, los tímidos retrocedían ante la idea de colocar a Pompeyo, no a su lado, sino por encima de él. Craso, a su vez, el enemigo hereditario de Pompeyo, lo perseguía con una sorda oposición; más tarde él mismo no dejó de acusarlo, sinceramente o no, del fracaso de la moción. Únanse a esto la antipatía de la facción republicana en el Senado contra toda medida que aumentase, siquiera fuese de nombre, los poderes de los triunviros, y, por último, pero fundamentalmente, la incapacidad personal de Pompeyo que, aun después de llegada la hora de la acción, no pudo decidirse a obrar. Según su costumbre, prefirió ocultarse detrás del incógnito y lanzar por delante a sus amigos encargados de revelar su pensamiento, mientras él, como siempre, afectaba modestia y aparentaba contentarse aun con menos, si menos se le daba. Como es natural, se le cogió la palabra. Como quiera que fuese, era una suerte encontrar al fin algo que hacer, y sobre todo tener un pretexto honroso para abandonar Roma. Pompeyo consiguió inmediatamente hacer que llegase trigo en abundancia y barato, aunque las provincias se resintieron con ello gravemente. Sin embargo, no había alcanzado su principal objeto, y el título proconsular que tenía derecho a usar en todas las provincias no era más que un nombre vano, mientras que el procónsul no tuviese soldados. Así, pues, no tardó en presentar al Senado una moción según la cual debía reinstalarse en su trono al rey de Egipto, expulsado por una insurrección, aunque fuera por la fuerza. Pero, cuanto más patente se hacía que necesitaba del Senado y que no podía nada sin él, menos tratables los senadores se le mostraban. Se descubrió primero en los libros sibilinos un oráculo que prohibía, como cosa impía, todo envío de tropas romanas a Egipto; y así, poseído el Senado de un santo error, votó inmediatamente por unanimidad contra toda intervención armada. En cuanto a Pompeyo, tan grande era su humildad que hubiera aceptado la misión, aun usando medios pacíficos; pero jugó a escondidas como siempre, y mientras hacía hablar en favor suyo a sus amigos, él habló y votó por otro senador. El Senado rechazó naturalmente su proposición: sería un crimen exponer una cabeza tan preciosa para la patria. Por último, después de todos estos largos debates se decidió (en enero del año 698) que Roma no intervendría en aquella cuestión.

TENTATIVA DE RESTAURACIÓN ARISTOCRÁTICA

Todas estas repulsas de parte del Senado, repulsas que Pompeyo sufrió y, lo que es peor, sin represalias, para el público eran victorias para los republicanos y derrotas

para el triunvirato, sin importar el lugar de donde procediesen. La oposición republicana iba engrosando por momentos; ya en las elecciones del año 698 habían obtenido el triunfo solo en parte los dinastas. Si por un lado habían podido pasar Publio Vatinio y Cayo Alfio, candidatos cesarianos para la pretura, el pueblo en cambio había elegido a dos partidarios decididos del antiguo régimen: Gneo Léntulo Marcelino y Gneo Domicio Calvino. Uno había sido nombrado cónsul y el otro pretor. Para el año 699 se presentó candidato al consulado Lucio Domicio Ahenobarbo: a causa de su influencia en Roma y de su colosal fortuna, era difícil impedir su elección, pero no podía dudarse de que sus actos fuesen los de una oposición declarada. Así, pues, los comicios se revelaban con pleno consentimiento del Senado. El cielo mismo daba a conocer que, en medio de las querellas de los altos órdenes, corrían peligro de caer en manos de un señor el poder militar y las arcas del Tesoro, y que también corría peligro la libertad. Hasta los dioses mostraban claramente con el dedo la moción de Cayo Mesio.

ATAQUE CONTRA LAS LEYES JULIAS

Pero, abandonando el cielo, los demócratas volvieron pronto a la tierra. Siempre habían sostenido la nulidad de las leyes consulares de César, tanto la relativa al territorio de Capua como todas las demás. Por otra parte, desde el mes de diciembre del año 697 habían pedido con urgencia en pleno Senado su casación por un vicio de forma. El 6 de abril del año 698, el consular Cicerón propuso solemnemente que se pusiese a la orden del día, en el 15 de mayo, el decreto de distribución de las tierras de Campania. Esto equivalía a declarar la guerra. La moción procedía de uno de los hombres que solo muestran sus colores cuando creen que pueden hacerlo con toda seguridad. Es evidente que la aristocracia juzgaba que había llegado el momento oportuno de empezar la batalla, no solo contra César, con la ayuda de Pompeyo, sino contra la tiranía, cualquiera que esta fuese y de donde quiera que viniese. Era fácil prever lo que iba a sobrevenir. Domicio hablaba en voz alta y decía que estaba dispuesto a pedir al pueblo que llamase inmediatamente al vencedor de las Galias. La restauración aristocrática trabajaba con todas sus fuerzas: al atacar la colonia de Capua, la nobleza arrojaba el guante.

CONFERENCIA DE LOS TRIUNVIROS EN LUCA

César recibía diariamente noticia circunstanciada de todo lo que sucedía en Roma. Hasta donde se lo permitían sus ocupaciones militares, seguía con la vista el curso de

los acontecimientos desde el fondo de la provincia del sur, pero evitaba cuidadosamente mezclarse en ellos en lo más mínimo. Mas he aquí que se declara la guerra, no solo a su colega sino a él mismo. Había llegado la hora de obrar y obró con gran diligencia. Casualmente no lo cogía lejos: los aristócratas habían cometido la imprudencia de no esperar que cruzase los Alpes. A principios de abril del año 698, Craso salió de Roma y fue al encuentro de su colega más poderoso para convenir en la medida en que su interés lo aconsejaba: lo halló en Rávena. De allí marcharon ambos a Luca y allí se les reunió Pompeyo, quien también había abandonado Roma pocos días después que Craso (11 de abril), diciendo que iba a apresurar las remesas del trigo de Cerdeña y de África. Asistieron a la cita sus principales partidarios, Metelo Nepote, procónsul de la España citerior; Apio Claudio, propretor en Cerdeña, y otros muchos. Se contaban más de ciento veinte lictores y asistieron más de doscientos senadores a estas famosas conferencias, en las que la monarquía oponía un nuevo Senado a la asamblea de los padres conscriptos de la República. Desde todos los puntos de vista, pertenecía a César la suprema decisión. Aprovechándose de su influencia predominante, restableció y fortificó la regencia común de los triunviros sobre las nuevas bases de una más equitativa distribución de poderes. Dio a sus colegas las provincias más importantes militarmente hablando, que quedaban libres fuera de las dos Galias: Pompeyo obtuvo ambas Españas y Craso la Siria. En virtud de un plebiscito expreso, debían obtener por cinco años (de 700 a 704 inclusive) la administración militar y financiera de aquellas. En lo que a él mismo concernía, César propuso una prorrogación de su mando que expiraba en el año 700: ahora debería continuar hasta fines del 705, le sería lícito elevar a diez sus legiones y las tropas que levantase por autoridad propia deberían ser pagadas por el Tesoro. Para el año siguiente (669), Pompeyo y Craso debían asegurarse un segundo consulado, antes de su partida a sus respectivas provincias. Por su parte, César se reservaba también su segunda elección al terminar su proconsulado, en el año 706, cuando hubiese transcurrido el intervalo de diez años exigido por la ley entre la investidura de dos magistraturas supremas. Como Craso y Pompeyo tenían necesidad de soldados para reinar como señores en la capital, y como no se podía hacer que volviesen de la Galia transalpina las legiones destinadas en un principio a la custodia de Roma, se convino en que utilizarían para sus necesidades las nuevas legiones que levantasen con destino a España y a Siria, y que no las retirarían de Italia hasta que les conviniese personalmente. Arreglados así los puntos principales, no se necesitó una deliberación larga respecto de la táctica que debía seguirse frente a la oposición en Roma, la determinación de candidaturas para el año siguiente y otros detalles secundarios. Gracias a su inmutable genio de conciliación, César supo allanar con su facilidad ordinaria las disidencias personales que a cada paso surgían, y, de buen grado o por la fuerza, trajo a un mismo camino a todos los elementos contrarios. Se

restableció la inteligencia entre Pompeyo y Craso como entre buenos colegas, al menos en apariencia. Aún hay más, hasta Clodio prometió permanecer tranquilo y no inquietar a Pompeyo. Hazaña admirable de aquel encantador irresistible.

MIRAS DE CÉSAR

Todo demuestra que este arreglo de las grandes cuestiones pendientes no fue un simple compromiso entre hombres igualmente poderosos, que luchaban con armas iguales. En Luca, Pompeyo estaba en la posición de un fugitivo caído del poder que viene a solicitar el auxilio de su rival. Ya lo rechazase César declarando disuelta la coalición, o lo acogiese y dejase viva su alianza en las condiciones en que estaba, en ambos casos, políticamente hablando, Pompeyo se hallaba perdido. Si entonces no rompía con César, se convertía en un impotente cliente de su asociado. Pero si por el contrario se separaba de él, cosa que no era entonces verosímil, y entraba en una nueva coalición con la aristocracia, tal pacto, forzado y concluido a última hora, no tendría nada que pudiese asustar a César y determinarlo a hacer tan grandes concesiones a favor de Pompeyo, con el objetivo de impedir que se consumase. En cuanto a una rivalidad formal de Craso contra César, era absolutamente imposible. Por consiguiente, ¿qué motivos habían impulsado a César a descender, sin necesidad, de la altura desde donde dominaba a Pompeyo? ¿Por qué hoy le concede de buen grado el segundo consulado, que le había negado rotundamente en 694 al concluir la primera coalición? Ese consulado que desde entonces Pompeyo había perseguido en vano por todos los medios imaginables, sin el concurso de César, y aun a pesar suyo, con el designio manifiesto de hacer de él un arma contra su asociado. No es fácil responder esta cuestión. Bien sé que no era solo Pompeyo el que ganaba poniéndose a la cabeza de un ejército, pues lo mismo hacía Craso, su antiguo enemigo y antiguo aliado de César. El poder dado nuevamente a aquel servía, sin duda alguna, de contrapeso al poder militar puesto en manos de su futuro colega en el consulado. Pero, incluso entonces, César perdía mucho en el mero hecho de que su rival iba a cambiar su actual nulidad por un mando de importancia. Quizás el procónsul de las Galias no se considerase todavía bastante dueño de sus soldados como para lanzarse sin temor en una empresa contra las autoridades regulares del país. De estallar la guerra civil, le sería necesario conducir su ejército al otro lado de los Alpes, que era precisamente lo que él no quería ni debía hacer. Pero, se llegase o no a la guerra civil, tenía delante de sí a los aristócratas de Roma, antes que al mismo Pompeyo. Parece que su principal interés era no romper con él, justamente para no dar ánimo a la oposición con semejante ruptura. Pero ¿por qué concederle tanto? Quizá César obedeció a motivos enteramente personales; quizá recordó el día en que Pompeyo, al

retirarse repentinamente, lo había salvado cuando se hallaba desacreditado y sin fuerzas delante de él, aun cuando lo hubiera hecho más por cobardía que por un arranque de generosidad. Además, ¿quién sabe si se propondría complacer a su querida hija, esposa amante de Pompeyo? En el alma de César había muchos otros sentimientos al lado de las preocupaciones del político. En todo caso, lo que lo decidió fue el estado de las Galias. Digan lo que quieran sus biógrafos, la Galia no era a sus ojos una conquista del momento y a propósito para valerle la corona, sino que en esta vasta empresa iba también envuelta la seguridad exterior de Roma, su reorganización interior y, en una palabra, todo el porvenir de la patria. Para terminar su conquista antes de ser reemplazado, y para no tocar antes de tiempo la embrollada complicación de los asuntos de Italia, abandonó sin vacilar su inmensa ventaja sobre sus rivales y dio a Pompeyo la fuerza necesaria para batir al Senado y a sus adherentes. Si no hubiera llevado otra mira que la de hacerse rey lo más pronto posible, César habría cometido seguramente en Luca una falta muy grave. Pero, en esta alma rara, la ambición no se limitaba a la humilde adquisición de un trono, siquiera fuese el del Imperio Romano. Se había impuesto dos tareas inmensas que debía cumplir a la vez: en el interior, dotar a Italia de un sistema político mejor; en el exterior, conquistar y asegurar para la civilización italiana un terreno virgen y nuevo. Sus proyectos fueron naturalmente contrariados muchas veces; y, si bien su expedición a las Galias le abría el camino hacia el trono, no dejaba de detener su marcha. ¡Cuántas amarguras se preparaba retrasando la revolución italiana hasta el año 706, cuando hubiera podido hacerla en el 698! No importa: general u hombre de Estado, César era muy audaz: tenía gran fe en sí mismo y despreciaba a sus adversarios, apoyándolos algunas veces más de lo que exigía la prudencia.

SUMISIÓN DE LA ARISTOCRACIA

Para la aristocracia había sonado el momento de defender su última intriga y mantener con valor la guerra que había declarado con tanta bravura. Pero no hay un espectáculo más lamentable que el de la cobardía, que no tiene otro medio de salvación que el obrar con vigor. Nada habían previsto todos estos hombres. A ninguno de ellos se le había ocurrido que, de un modo o de otro, César habría de oponer ardid contra ardid, y sobre todo que, si Pompeyo y Craso se unían a él, harían una alianza más estrecha que nunca. La ceguera del partido raya en lo increíble, y, sin embargo, uno puede darse cuenta de ella al pasar revista al ejército de la oposición constitucional en el Senado.

Es verdad que Catón estaba aún fuera de Roma^[3], y que el hombre más influyente del Senado era Marco Bíbulo, el héroe de la resistencia pasiva y el más testarudo de

todos los consulares. Solo habrían tomado las armas para entregarlas cuando el enemigo amenazase tocar el puño de su espada. En cuanto se tuvo la nueva de la conferencia de Luca, desapareció todo pensamiento de oposición seria. La masa de los tímidos, o mejor dicho, la inmensa mayoría de los senadores, se prosternó bajo el yugo que en mala hora habían intentado sacudir. No se volvió a respirar sobre el debate a la orden del día, esto es, sobre la validez de las Leyes Julias. Si César ha levantado nuevas legiones por su autoridad propia, allí hay un senadoconsulto que decide que el Tesoro pagará los gastos y el sueldo. Asimismo, en el momento de la repartición de las provincias consulares a fines de mayo del 698, la mayoría rechazó la moción que quitaba al triunviro las dos Galias, o por lo menos una. El cuerpo senatorial hacía público propósito de enmienda. Los senadores se presentaban en secreto unos después de otros, asombrados de su temeridad de la víspera; pedían la paz y prometían una obediencia absoluta. Marco Cicerón se adelantó a todos, arrepintiéndose demasiado tarde de haber faltado a su palabra, y calificando su reciente conducta con vivos epítetos, que, lejos de ser aduladores, estaban chorreando sangre^[4]. Como puede juzgarse, los triunviros se mostraron complacientes y otorgaron a todos su perdón: no había entre ellos uno solo que valiese la pena de hacer una excepción. Si se quiere juzgar el repentino cambio de tono que se verificó en los círculos aristocráticos ante la nueva del convenio de Luca, pueden verse y compararse, sin perder el tiempo, los folletos de Cicerón publicados la víspera e inmediatamente después, aquellos en los que canta su retractación y da público testimonio de su arrepentimiento y de sus buenas intenciones futuras^[5].

ESTABLECIMIENTO DEL NUEVO RÉGIMEN MONÁRQUICO

De este modo, los triunviros eran dueños de reconstituir a su antojo todo el sistema itálico y de ponerlo a actuar con más fuerza que antes. En adelante, Roma e Italia tendrán su guarnición con uno de los regentes por jefe, si no sobre las armas, asignada al menos. De las tropas levantadas por Craso y Pompeyo con destino a Siria y España, las primeras marcharon a Oriente; pero Pompeyo dejó sus dos provincias españolas bajo la custodia de sus lugartenientes, al frente de los soldados que en ellas se encontraban. En cuanto a los oficiales y soldados de las legiones nuevamente reclutadas, y en apariencia con destino a España, las retuvo en Italia, donde él también permaneció, aunque dispuestas a marchar en caso necesario. Sin embargo, la resistencia sorda de la opinión pública iba creciendo a medida que se manifestaba más claramente el pensamiento del triunvirato. ¿No se trabajaba a las claras para suprimir la constitución antigua de Roma y para reemplazar suavemente el sistema actual de gobierno y de administración por las formas de la monarquía? Pero era

necesario obedecer, y se obedeció. Ante todo, las cuestiones más importantes, todas las que interesaban al ejército o a las relaciones exteriores, se resolvían en adelante sin consultar al Senado, a través de un plebiscito o por orden de los regentes. Las estipulaciones de Luca fueron ejecutadas. Craso y Pompeyo hicieron aprobar por voto directo de los comicios la prorrogación del mando militar de César en las Galias. Lo mismo hacía el tribuno del pueblo Cayo Trebonio respecto de las provincias de Siria y de España; por último, otros gobiernos, los más importantes en otro tiempo, fueron entregados asimismo por plebiscito. César ya había mostrado que los triunviros no necesitaban autorización de los antiguos poderes del Estado para aumentar sus ejércitos; tampoco encuentran escrúpulo en tomar los unos los soldados de los otros. Hemos visto a Pompeyo prestar los suyos a César para pelear en las Galias, y veremos a Craso, al ir a la guerra contra los partos, recibir de César, su colega, un cuerpo de legionarios auxiliares. Por otra parte, según la constitución, los transpadanos no tenían más que el derecho latino; pero, durante su proconsulado, César los trató como si gozasen del derecho de plena ciudadanía^[6]. Hacía tiempo que una comisión senatorial organizaba los territorios conquistados, sin embargo César no obedecía más que a su libre albedrío en los inmensos países galos por él sometidos. Así, por ejemplo, fundó colonias de ciudadanos sin tener para ello previos poderes, y estableció en *Novum Comum* a cinco mil colonos. Otros acontecimientos significativos son: Pisón pelea en Tracia; Gabinio, en Egipto, y Craso marcha contra los partos, todo sin previo acuerdo del Senado, sin darle siquiera cuenta, según la antigua costumbre. En este sentido, se conceden o se toman triunfos y honores militares sin solicitarlos del alto cuerpo. Y no se crea que hay aquí una mera negligencia en las formas, lo cual sería tanto menos explicable, cuanto que en casi ningún caso había que temer la oposición más insignificante. Por el contrario, se obra con la deliberada intención de excluirlo de todo lo que se refiere al ejército y a la alta administración; se tiende a que no intervenga en las cuestiones financieras ni en los asuntos interiores. Los adversarios de los triunviros no se engañaron en esto, y, hasta donde pudieron, protestaron a fuerza de senadoconsultos y de acusaciones criminales contra tales intrusiones. Pero, al mismo tiempo que arrojaban al Senado al último puesto, hacían funcionar perfectamente la máquina de los comicios populares, que les ofrecían menos peligros. Ya habían puesto gran cuidado en que los tiranos callejeros no pusiesen ningún obstáculo a su paso. Sin embargo, les ocurrió más de una vez tener que prescindir de todas estas vanas formalidades y erigirse sin rodeos en autócratas.

EL SENADO ANTE LA MONARQUÍA. CICERÓN Y LA MAYORÍA

El Senado estaba abatido y tuvo que resignarse. Marco Cicerón continuó siendo el jefe de la mayoría, pues tenía a su favor ser abogado de talento y saber hallar la expresión y el motivo de todo. En esto es en lo que se manifiesta más a las claras la ironía cesariana. Este hombre, ayer instrumento elegido para las demostraciones aristocráticas contra los triunviros, era hoy el que llevaba la voz del servilismo. A tal precio se le perdonaban sus efímeras veleidades de insurrección, aunque tomando seguridades para su sumisión completa. Su hermano había tenido que ir con César en calidad de oficial al ejército de las Galias, o más bien de rehén, y Pompeyo le había impuesto a él mismo una lugartenencia: medio fácil y honroso de desterrarlo de Roma en el momento que conviniese. Si bien es verdad que Clodio tenía orden de dejarlo en paz, César no quería deshacerse de Clodio por cariño a Cicerón, ni de Cicerón en interés de Clodio. El ilustre salvador de la patria, por un lado, y el campeón de la libertad, no menos grande que él, por otro, se hacían una competencia de camarilla en el cuartel general de *Somarobriua*. ¡Qué cuadro, si Roma hubiese tenido un Aristófanes! Por lo demás, no contentos con tener suspendidas sobre la cabeza de Cicerón las varas con que ya lo habían sacudido fuertemente, se lo ligaba también con doradas cadenas. Cuando César acudía a sacarlo de sus apuros le hacía grandes préstamos «sin interés» y le daba en Roma comisiones muy lucrativas, tales como la intendencia de las construcciones en que se gastaban sumas enormes. ¡Cuán bellas arengas senatoriales y cuántos bellos discursos, inmortales si hubiesen visto la luz pública, debieron aniquilarse ante el fantasma de la gente de negocios de César, dispuesto a levantarse al fin de la sesión con su letra de cambio en la mano! Y cuánto debió prometer el gran orador «que no se preocupará ya más del derecho y del honor, y ¡que no cuidará de otra cosa que de conciliarse el favor de los fuertes!». Bien considerado, se lo empleó en el oficio para que presentara mejores disposiciones: como abogado se le confía el desdichado papel de defender a sus más encarnizados enemigos, y como senador se lo convierte en el órgano ordinario de los dinastas. Así, presenta mociones «¡que apoyan los demás, cuando él votaría en contra!». Por último, *leader* reconocido y oficial de la sumisa mayoría, reconquistó de este modo su importancia política. Lo mismo se hizo con el resto del rebaño; el temor, las caricias o el oro los corrompieron a casi todos: todo el cuerpo senatorial se entregó a discreción a los triunviros.

CATÓN Y LA MINORÍA

Quedaba una fracción hostil que conservaba sus colores y que había permanecido inaccesible al temor y a la seducción. Los triunviros sabían muy bien que las medidas de rigor, como las tomadas poco antes contra Catón y Cicerón, perjudicaban más que

lo que favorecían, y que era mejor sufrir una oposición incómoda, que hacer de los opositores los mártires de la causa republicana. En consecuencia, permitieron también a Catón volver (a fines del año 698), pero este reanudó inmediatamente la guerra en el Senado y en el *Forum*, muchas veces con peligro de su vida: guerra honrosa, sin duda, pero ridícula. Los triunviros toleraron que combatiese delante del pueblo las mociones de Tebonio, tanto y tan bien, que se llegó a las manos. Toleraron, además, que atacase en el Senado al procónsul César, con motivo de la matanza de los usipetas y de los tencteros, y hasta que pidiese que fuera entregado a los bárbaros. El día en que el Senado hizo que cargase sobre el Tesoro el sueldo de las legiones cesarianas, Marco Favonio, el «Sancho» de Catón, pudo lanzarse impunemente a la puerta de la curia y decir a voces a los transeúntes que la patria estaba en peligro. En otra ocasión, cuando Pompeyo se había atado una tira de lienzo en una pierna que tenía mala, este mismo loco osó decir en su trivial lenguaje que no había hecho más que colocar la diadema fuera de su lugar. Otro día, cuando la muchedumbre estaba aplaudiendo al consular Lucio Marcelino, exclamó: «Usad, usad de ese derecho de proclamar vuestro pensamiento, puesto que todavía os lo permiten». Por último, cuando Craso partió hacia su provincia de Siria, Cayo Ateyo Capitón, tribuno del pueblo, lo encomendó públicamente a los dioses infernales, según la fórmula de las imprecaciones religiosas. Después de todo, estas no eran más que vanas demostraciones de impotencia; pero, por insignificante que fuese el partido, tenía su importancia en cuanto alimentaba y proporcionaba salida a la levadura de la oposición republicana, y en cuanto arrastraba muchas veces a tomar medidas hostiles contra los triunviros a la mayoría de los senadores, que en el fondo estaba animada de un mismo espíritu. Esta no podía menos que ceder en ciertas ocasiones y en asuntos de poco interés a la necesidad de dar salida a sus rencores; y a la manera de los serviles descontentos, que se consideran impotentes contra los fuertes, saciaba su furor sobre el enemigo más raquíctico. En cuanto se presentaba el momento oportuno, echaba la zancadilla a los instrumentos del triunvirato. Así es como Gabinio vio que le negaron un día las rogaciones que reclamaba (año 698), y, en otra ocasión, Pisón fue llamado de su provincia. Así es también como los senadores visten y conservan el luto hasta la salida del cargo de Marcelino, cónsul constitucional, cuando un tribuno del pueblo, Cayo Catón, puso obstáculos a las elecciones para el año 699. Hasta el mismo Cicerón, que tan humilde se manifiesta delante de los triunviros, osó publicar contra el suegro de César un folleto a la vez venenoso y de un gusto detestable. Ahora bien, todas estas veleidades opositoras de la mayoría senatorial y la estéril resistencia de la minoría no hacían más que mostrar más claramente que, si antes el poder había pasado de manos del pueblo a manos del Senado, hoy lo había verificado de las del Senado a las de los triunviros. La curia no es ya más que el consejo de Estado de una monarquía y el receptáculo de todos los elementos antimonárquicos. «¡No hay ningún

hombre importante fuera de los triunviros!», exclaman los partidarios del gobierno caído, y agregan: «Tenemos señores omnipotentes y que procuran lo que nadie ignora: toda la República está transformada y obedece a estos señores; nuestra generación no presenciara un cambio de fortuna. En suma, no se vive ya en República, sino bajo el régimen del poder absoluto».

PERSISTE LA OPOSICIÓN EN LAS ELECCIONES

Sin embargo, por más que en la gobernación del Estado los triunviros no atendiesen otra ley que la de su voluntad, quedaba aún en el dominio de la política un terreno en cierto modo reservado, muy fácil de defender y muy difícil de conquistar: me refiero a las elecciones periódicas y a los tribunales. Por más que estos últimos no procedían directamente de la política, no dejaron de sufrir la influencia del espíritu que predominaba en la constitución; el hecho es patente por sí mismo. En cuanto a las elecciones de los magistrados, procedían del poder gobernante, desde cualquier punto de vista que se las considere y hasta conforme a los términos de la ley. Sin embargo, como en aquellos tiempos el poder estaba en manos de magistrados excepcionales, o de hombres sin un título regular, como los altos funcionarios exigidos por la constitución, no ejercían acción sensible sobre la máquina del gobierno. Desde el momento en que pertenecían a la oposición antimonárquica, se los vio descender poco a poco al papel de simples pantallas, calificándose a sí mismos los más enérgicos con el nombre de «nulidades impotentes»; incluso hasta su elección no servía más que como una demostración. Por tanto, en las elecciones y en los procesos criminales era donde los constitucionales, arrojados de todas las grandes posiciones del campo de batalla, intentaban todavía continuar la lucha. También aquí hicieron los triunviros todos los esfuerzos posibles para salir vencedores. En lo que respecta a las magistraturas, habían formado en Luca sus listas de candidaturas para los años siguientes de común acuerdo: todos los medios eran buenos para hacerlas triunfar. En un principio, durante la agitación electoral esparcieron el oro a manos llenas. Todos los años llegaban en tropel a Roma los soldados de Pompeyo y de César con licencias temporales, y tomaban parte en la votación. César se mantenía en la alta Italia, todo lo cerca de Roma que le era posible, y desde allí vigilaba y conducía el movimiento. Sin embargo, los triunviros no pudieron conseguir su fin sino muy imperfectamente. Los cónsules nombrados para el año 699 fueron efectivamente Pompeyo y Craso, conforme se había estipulado en Luca. La oposición vio derrotado a Lucio Domicio Ahenobarbo, su único candidato, y que luchó hasta el fin. Pero para triunfar había sido necesario usar públicamente la violencia y, entre otros graves excesos, fue herido Catón. En las siguientes elecciones consulares, para el año 700, triunfó Domicio a

pesar de todos los ardides de los triunviros, y Catón fue elegido pretor. El año anterior, en cambio, había sido despojado de su derecho por Vatinius, cliente de César, con gran descontento de la masa de los ciudadanos. En las elecciones para el año 701, la oposición demostró respecto de los candidatos de César y de Pompeyo corrupciones tan escandalosas que los triunviros, sobre quienes recaía el escándalo, abandonaron al fin sus hechuras. Estas derrotas repetidas y sensibles en los comicios electorales podían explicarse en parte por el fraccionamiento de un mecanismo descompuesto, por los azares posibles de prever del movimiento electoral, por los trabajos y las conquistas de la oposición en las clases medias, y por el juego de intereses privados que venían a cobrar en sentidos diversos, muchas veces en contra de los intereses de partido. Sin embargo, se encuentra en otra parte su causa principal. En esta época las elecciones estaban en poder de los diversos clubs donde se agrupaba la aristocracia: en estos, la corrupción, organizada en sistema, disponía de recursos inmensos y de todo un ejército colocado en línea de batalla. Así, pues, esta aristocracia, que tenía en el Senado su representación legal, podía triunfar todavía en las elecciones. Es que, mientras en el Senado cedía disimulando su despecho, en las luchas electorales obraba y votaba en secreto, y hacía frente a los triunviros en los días en que se daban las cuentas. Aun prescindiendo de las elecciones para el año 700, las leyes contra las cábalas de los clubistas, leyes que Craso hizo confirmar por el pueblo durante su consulado en el 699 (*Lex licenia; de Sodalitiis*), muestran muy a las claras cuánto pesaba aún la influencia del partido noble.

LA OPOSICIÓN EN LOS TRIBUNALES

No eran menores las dificultades que suscitaban a los triunviros los tribunales jurados. En la forma en que entonces estaban organizados, tenían la preponderancia la clase media al lado de la nobleza senatorial. En el año 699 una nueva ley, votada a propuesta de Pompeyo, elevó a una tasa muy alta el censo para jurado. La cosa es digna de tenerse en cuenta. En efecto, el espíritu de oposición se concentraba en la clase media; y en los tribunales, lo mismo que en todas partes, se mostraba la alta banca mucho más flexible. No obstante, el partido republicano todavía tenía puesto allá su pie; si bien no osaba atacar la persona misma de los jefes, perseguía a sus principales agentes con sus infatigables acusaciones políticas. Esta guerra de procesos era tanto más viva puesto que, según la costumbre antigua, la acusación se verificaba por parte de los senadores jóvenes. Naturalmente estos tenían más pasión republicana, talento más vigoroso y audacia más agresiva que los hombres de edad madura de su casta. Sin embargo, los tribunales no eran del todo libres, y, en cuanto los triunviros fruncían el entrecejo, nadie osaba desobedecer. El adversario contra

quien la oposición se mostraba más encarnizada era Vatinió. Era casi proverbial su odio furioso hacia este familiar de César que, a pesar de ser el más insignificante de todos, era no obstante el más temerario. Pero habló el señor y se paralizaron todos los procesos que se le habían formado. Ahora bien, cuando la acusación tenía por órganos a Cayo Licinio Calvo o a Cayo Asinio Polión, armados con la espada de su poderosa dialéctica y con el látigo de su ironía, no dejaba de tocar a la meta si bien no siempre triunfaba. Por último, el partido pudo conseguir algunos triunfos, pero los que sucumbieron eran, en su mayor parte, oscuros subalternos. Sin embargo, un día se atacó a uno de los más poderosos, y por ende más odiados, satélites de Pompeyo. Me refiero al consular Gabinio. La aristocracia veía en él un enemigo irreconciliable y no le perdonaba su ley referida al mando de la expedición contra los piratas, ni su falta de miramientos para el Senado durante su proconsulado de Siria (véase el cap. iv). También le tenían ganas los rentistas porque en Siria había osado defender los intereses de los provinciales; y, por último, también Craso le guardaba rencor por su lentitud al entregarle su provincia. Contra tantos enemigos no le quedaba más apoyo que Pompeyo, y este tenía muchas razones para defender a toda costa al más capaz, al más atrevido y fiel de sus lugartenientes. Pero en esta ocasión, igual que en todas, no sabía servirse de su poder y patrocinar a sus clientes, como César patrocinaba a los suyos. Los jueces declararon a Gabinio culpable de concusión, y lo condenaron al destierro (a fines del año 700). Así, pues, en las elecciones y en los tribunales de justicia muchas veces eran derrotados los triunviros. Los elementos influyentes escapaban a la corrupción y al miedo mejor que los órganos directos del gobierno y de la administración. En las elecciones, sobre todo, los triunviros tenían que habérselas con la constante resistencia de una oligarquía exclusiva, concentrada en sus camarillas de las que no era fácil apoderarse por más que se las hubiera arrojado del poder, y que en definitiva era más difícil de quebrantar, puesto que obraba de un modo más oculto. En los tribunales del jurado, principalmente, tenían que habérselas con la malevolencia de las clases medias hacia el nuevo régimen monárquico, odio que traía consigo mil dificultades y que no les era posible destruir. De aquí esa serie de derrotas sufridas en ambos terrenos. Pero, lo repito, las victorias electorales de la oposición solo tenían la importancia de una demostración, pues los triunviros tenían y aplicaban medios para anular a todo funcionario que no les agradase. Por el contrario, los veredictos hostiles les asestaban golpes sensibles, pues les quitaban sus más útiles auxiliares. En resumen, no podían ni desembarazarse de las elecciones y de los jurados, ni dominarlos suficientemente. Por oprimida que estuviese, la oposición todavía se sostenía en su campo.

LA OPOSICIÓN EN LA LITERATURA

Había otro refugio de donde había que renunciar a desalojarla, y en el que se defendía con tanto más ardor cuanto que ya había sido completamente arrojada de sus diversas posiciones puramente políticas. Me refiero a la literatura. Las manifestaciones ante los pretores habían comenzado a ser en realidad, y ante todo, literarias; los discursos de los abogados se publicaban y circulaban en hojas sueltas, y trataban de los acontecimientos del día. Más rápidos y acerados dardos eran los lanzados por los poetas. La juventud ilustrada de la alta aristocracia y, quizá con más energía que esta, los jóvenes literatos pertenecientes a la clase media de las ciudades del interior, todos hacían una ruda guerra de sátiras y de epigramas a porfía y con éxito. En primera fila combatían juntos Cayo Licinio Calvo, noble e hijo de senador (de 672 a 706), temido por sus discursos, sus sátiras y sus agudos versos, y otros dos ciudadanos de Cremona y de Verona, Marco Furio Vibaculo y Quinto Valerio Catulo, cuyos epigramas mordaces y elegantes corrían por toda Italia rápidos como las flechas. En suma, toda obra literaria revestía en estos años un marcado sello de oposición.

La cólera y el desprecio se dan en ellos la mano contra el «Gran César, *imperator* único; contra el amable suegro y el amable yerno, que arruinan el universo por dar a sus innobles favoritos una ocasión de recorrer las calles de Roma adornados con los despojos del celta de cabellos largos, de preparar festines y darse una vida de príncipes con el botín traído de las lejanas islas de Occidente, o para convertirse en rivales de amor, derramando el oro a manos llenas, robando así sus amantes a los honrados jóvenes de Roma». En las poesías de Catulo y en los demás restos de la literatura de aquel tiempo, se halla el primer acento de estos odios vigorosos, personales y políticos. En ellos se nota la agonía de la pasión republicana deleitándose, hasta en sus últimos furores, en la desesperación que se desborda, y hablando todavía, más o menos poderosamente, el lenguaje de los Aristófanes y de los Demóstenes. Al menos el más inteligente de los triunviros reconocía que, aun cuando la oposición de los literatos no fuera despreciable, no había que pensar en destruirla por la fuerza, así que prefirió, en cuanto estaba a su alcance, intentar atraerse los principales. Cicerón era el primero que debía a su renombre la mayor parte de las benévolas atenciones que César le prodigaba. En otra ocasión, aprovechando la amistad que lo unía al padre de Catulo, el procónsul de las Galias no desdeñó recurrir a su mediación para hacer las paces con el hijo. Se vio, pues, al poderoso *imperator* olvidar los sarcasmos y las injurias directas, y colmar al joven poeta de las más pomposas distinciones. Espíritu original, si los hubo, quiso seguir hasta en su propio terreno a los literatos, sus enemigos. Así publicó, a título de defensa indirecta contra sus multiplicados ataques, el relato detallado de la guerra de las Galias, afectando una simpática sencillez en la forma y exponiendo a la consideración de todos los motivos necesarios y la legalidad constitucional de sus operaciones militares. Pero, por más que se haga o intente lo que quiera, la libertad, y

solo ella, es la que forma a los poetas y sus brillantes creaciones; solo la libertad es la que inflama las imaginaciones vivas y ricas. Ella es, en fin, la que anima con su último soplo de vida a las pobres caricaturas de los libelistas. Por consiguiente, todos los elementos literarios y todas las inspiraciones eran y permanecían antimonárquicas; y, si fue dado a César ensayarse en el cerrado campo de las letras sin fracasar, es porque también tenía ante sus ojos el sueño grandioso de una sociedad libre, ese sueño cuyo cumplimiento no podía confiar a sus adversarios ni a sus partidarios. Resumamos: en el dominio de las letras, los republicanos eran dueños tan absolutos como los triunviros en la política práctica y corriente^[7].

SE DECIDEN NUEVAS MEDIDAS EXCEPCIONALES

Sin embargo, se hacía necesario emplear el rigor contra esta oposición, que, por más que fuese impotente, era atrevida y molesta. La condenación de Gabinio dio la señal, según parece. Los triunviros convinieron en constituir una dictadura temporal que les permitiese toda clase de medidas colectivas contra las elecciones y los tribunales. Como Pompeyo tenía entonces la alta inspección de los asuntos de Roma y de Italia, le correspondía la ejecución del plan proyectado y así fue que lo puso en obra con su lentitud indecisa e inactiva y su chocante mutismo, por más que tuviese intención y poder para dictar la ley. Ya a fines del año 700 se había aludido por otros en el Senado a la próxima dictadura. ¿No tenían los triunviros el pretexto perfecto que oponer? ¿No estaba la capital llena de clubes y de banderías que pesaban sobre las elecciones y los jurados por la corrupción y la más deplorable violencia, y que tenían organizado un motín permanente? Tales excesos parecían justificar las medidas excepcionales de los coaligados. Pero, por otra parte, mientras el futuro dictador en apariencia rehusaba una expresa petición de poderes, la servil mayoría rehusaba también ofrecérsela. Llegó la agitación sin par de las elecciones consulares para el año 701, en las que se cometieron los más tristes excesos. Retrasada durante todo un año de lo que marcaba el término legal, la votación no pudo verificarse hasta julio de 701, después de siete meses de interregno. Pompeyo tenía al fin la tan deseada ocasión de pronunciarse en el seno de la curia sobre la oportunidad de la dictadura, único medio de cortar el nudo, ya que no podía desatarse. Tampoco ahora dejó escapar la palabra decisiva. Quizá se habría callado todavía por mucho tiempo, si en las elecciones consulares para el año 702 no hubieran tenido los candidatos triunvirales, Quinto Metelo Escipión y Publio Plaucio Hipseo, ambos sus parientes y completamente adictos, la concurrencia de Tito Anio Milón, uno de los más ardientes agitadores de la oposición. Milón estaba dotado de valor físico y era bastante listo como para urdir una intriga, y lo era aún más para contraer deudas. Audaz por

naturaleza y por educación, se había conquistado un nombre entre los caballeros de industria de la política del día. Después de Clodio, era el hombre más reputado del oficio y entre ellos había, por consiguiente, una rivalidad y un odio a muerte. Como los triunviros habían comprado a este Aquiles callejero, hacía el papel de ultrademócrata aunque con permiso expreso. El Héctor del otro campo se convirtió inmediatamente en el campeón de la aristocracia.

ASESINATO DE CLODIO. ANARQUÍA. POMPEYO DICTADOR

La oposición republicana actual estaba dispuesta a aliarse con el mismo Catilina, si acaso resucitaba y se dirigía a ella. Por lo tanto, proclamó a Milón como su héroe en todos los alborotos del *Forum*; y, en realidad, los pocos éxitos conseguidos en el campo de batalla solo los debió a Milón y a su banda de gladiadores sabiamente organizados. Fue entonces cuando Catón y los suyos pusieron manos a la obra, y propusieron la candidatura de este hombre. El mismo Cicerón no podía menos que hablar en pro del contrario de su enemigo, en pro de aquel que había tomado su defensa durante muchos años. Como por otra parte Milón no perdonaba el oro ni las fechorías para asegurar su elección, parecía asegurado su triunfo. Su nombramiento no habría sido solamente una derrota nueva y sensible, sino también un grave peligro para los triunviros. ¿Cómo había de creerse que el astuto y atrevido partidario, una vez promovido a cónsul, fuera a dejarse anular fácilmente, a la manera de Domicio y otros personajes de la oposición honrada? Entre tanto, sucedió que Aquiles y Héctor se encontraron por casualidad fuera de la ciudad, en la vía Apia: se empeñó la batalla entre sus bandas, y Clodio, herido de un sablazo en la espalda, se refugió en una casa vecina. Todo esto se verificó sin la orden de Milón; pero las cosas habían llegado a este punto y la tormenta ya había estallado, le pareció más provechoso y menos peligroso consumir el crimen que perpetrarlo a medias. Por consiguiente, expidió a sus gentes, quienes sacaron a Clodio fuera de la casa y lo asesinaron (13 de enero del año 702). Inmediatamente los demás agitadores del partido, los tribunos del pueblo Tito Munacio Planco, Quinto Pompeyo Rufo y Cayo Salustio Crispo, aprovecharon la excelente ocasión que se les ofrecía y quisieron rechazar la candidatura hostil de Milón, en provecho de sus patronos, y elevar finalmente a Pompeyo a la dictadura. El pueblo bajo, esclavos y emancipados, al perder a Clodio, perdieron un protector y un emancipador futuro. Nada más fácil que suscitar el motín que se necesitaba. Se expuso solemnemente en la tribuna de las arengas el cadáver ensangrentado; se pronunciaron vehementes discursos de circunstancias y se verificó inmediatamente la explosión. Se eligió la misma curia, la ciudadela de la pérfida aristocracia, como pira para el salvador del pueblo: la muchedumbre condujo allí el cadáver y prendió fuego

al edificio.

Después, las masas corrieron hacia la casa de Milón y la sitiaron; pero los habitantes rechazaron a flechazos a los sitiadores. Desde allí se dirigieron a casa de Pompeyo y de los candidatos amigos, saludando a uno como dictador y a los otros como cónsules. Por último, fueron a casa del interrey Marco Lépido, a quien pertenecía la dirección de las elecciones. Como según los términos de la ley este se negó a volver a abrirlas en aquel momento, que es lo que exigía la muchedumbre, esta lo tuvo sitiado durante cinco días. Los autores del escándalo habían traspasado su objeto. Sea como fuere, finalmente su señor y maestro se decidió y aprovechó el feliz accidente del asesinato de Clodio no solo para rechazar a Milón, sino también para hacerse dictador. Sin embargo, no quería tener su título proveniente de una banda de amotinados, así que necesitaba la designación del Senado. Reunió tropas con el pretexto de contener la anarquía que se había hecho omnipotente e intolerable en Roma. Mientras que antes pedía, ahora ordenó, y el Senado cedió inmediatamente. Solo a propuesta de Catón y de Bíbulo se recurrió a un subterfugio: así, el 25 del mes intercalar (que correspondía a este año del 702) el procónsul Pompeyo, conservando sus demás cargos, fue nombrado no dictador, sino «cónsul sin colega». Subterfugio miserable que daba otro nombre a la cosa a costa de una doble y esencial contradicción^[8]. Sin embargo, se había retrocedido ante la denominación usual, la cual decía cuanto podía decir. De este mismo modo en tiempos anteriores se había visto a la nobleza expirante no conceder a los plebeyos más que el poder consular, en vez de abrirles el consulado.

CAMBIOS EN EL ORDEN DE LAS MAGISTRATURAS Y EN LOS JURADOS

Una vez en posesión legal del poder supremo, Pompeyo puso manos a la obra y obró con vigor contra el partido republicano que dominaba en los clubes y en los jurados. Reforzó la disciplina electoral en dos ocasiones, con una ley especial y con otra contra la candidatura; esta última tenía efecto retroactivo respecto de todas las infracciones cometidas desde el año 684, agravando las penas anteriores. Conforme a una medida aún más importante, se determinó que las provincias, ese departamento que era la más extensa y remuneratoria de las funciones públicas, en adelante no serían dadas a los cónsules y a los pretores a la inmediata terminación de sus cargos, sino después de un intervalo de cinco años. No hay que decir que la nueva organización no se pondría en vigor hasta dentro de cuatro años; y que hasta entonces se proveerían todos los gobiernos por senadoconsultos. Todo se ponía en manos del hombre y de la facción a quien obedecía el Senado mismo. Las comisiones de los

jueces jurados continuaron siendo lo que eran, aunque se dictaron ciertas restricciones al derecho de acusación, y, lo que era quizá más grave, no se dejó ya campo libre a la palabra en los tribunales de justicia. Así, el número de abogados en cada causa y el tiempo que podían durar sus discursos estaban limitados por un máximo fijo. Insensiblemente había prevalecido el uso de traer en apoyo del acusado, a falta de testigos sobre el hecho, otros que lo fuesen acerca de su buen nombre (*laudatores*). En adelante, se suprimió esta mala práctica, y el Senado, obediente siempre, decretó en seguida a una señal de Pompeyo que la patria había estado en peligro por el drama sangriento de la vía Apia. Asimismo, por una ley extraordinaria se instituyó una comisión especial con el fin de proceder contra todos los crímenes referentes a este asunto: los miembros de esta comisión debían ser nombrados por Pompeyo. Por último, se intentó dar una seria eficacia a la censura y purgar de una porción de gentes indignas el cuerpo de los ciudadanos, abandonado hoy al desorden y a la corrupción.

Todas estas medidas eran votadas bajo la presión del sable. Una vez que el Senado declaró que la patria estaba en peligro, Pompeyo llamó a las armas a todos los contingentes itálicos y les hizo prestar juramento de homenaje absoluto, amenazando con emplear la fuerza al primer movimiento que intentara la oposición. Durante el proceso contra los asesinos de Clodio, llegó incluso a apostar soldados alrededor de los tribunales de los jueces, cosa inaudita e insólita.

SUMISIÓN DE LOS REPUBLICANOS

Como entre los serviles de la mayoría senatorial no se encontrara ninguno que se sintiese con valor o autoridad suficientes para osar presentarse como candidato a un cargo semejante, abortó la resurrección de la censura. Los jueces jurados condenaron a Milón (8 de abril del año 702), y no produjo resultado la tentativa de candidatura consular de Catón para el año 703. La reforma del procedimiento dio a la oposición del folleto y del discurso un golpe del que no pudo levantarse más; expulsada la hasta entonces temible elocuencia judicial del dominio de la política, revistió a su vez el arnés monárquico. Sin embargo, el espíritu de oposición no había dejado de vivir en los corazones de la gran mayoría de los ciudadanos, ni de manifestarse en las cosas de la vida pública. Para esto no bastaban las medidas restrictivas en las elecciones, en la justicia y en la literatura, sino que hubiera sido necesario aniquilarlo todo. Digámoslo de una vez: dada la nueva situación, es decir, siendo dictador, Pompeyo halló todavía, a fuerza de torpeza y de falta de buen sentido, el medio de proporcionar a los republicanos muchos triunfos que debieron llegarle a lo vivo. Naturalmente, cuando los regentes dictaban medidas de fuerza con tendencia aristocrática con el

objeto de fortificar su dominación, no omitían nunca la coletilla oficial del orden y de la paz pública. Según ellos, todo ciudadano estaba interesado y debía auxiliarlos, a no ser que quisiese fomentar la anarquía. Pero Pompeyo fue demasiado lejos en la representación de una ficción tan transparente. Al formar la comisión especial que debía emitir su informe contra el motín último, en lugar de recurrir a hombres que fuesen en su mano instrumentos seguros, eligió los más ilustres personajes de todos los partidos, y a Catón el primero de todos. Se aplicó con todo el peso de su influencia a mantener el orden material en el pretorio, con lo cual en adelante hizo imposibles las escenas tumultuosas de sus amigos y de sus adversarios, que eran el ordinario apéndice de la justicia de estos tiempos. A esta imparcialidad afectada respondieron inmediatamente las materias judiciales. Si los jueces no osaron absolver a Milón, lo hicieron en cambio respecto de la mayor parte de los acusados de la facción republicana, en tanto al mismo tiempo era segura la condena de todo el que en aquel motín había estado de parte de Clodio, o lo que es lo mismo, de parte de los triunviros. Entre las víctimas había un gran número de familiares de César y del mismo Pompeyo, su propio candidato al consulado, Hipseo, y los tribunos del pueblo Planco y Rufo, que se habían puesto por él a la cabeza del motín. Como el dictador quería aparecer siempre imparcial, no impidió su condena. Primera falta desde el punto de vista de su interés. Cometió además una segunda, ya fuese que violase personalmente y sin necesidad a favor de sus amigos las leyes que él mismo había promulgado la víspera (se lo vio asistir al proceso de Planco como testigo de su buena conducta, *laudator*), ya que cubriese con su protección a ciertos acosados muy cercanos a él (a Metelo Escipión, por ejemplo) y los salvase del veredicto de los jueces. Como siempre, quería simultáneamente las cosas más contrarias: intentaba cumplir los deberes del gobernante que no tiene más que un peso y una medida para todos, y continuaba siendo el jefe de un partido: así es que no consiguió ni una cosa ni otra. Mientras que la opinión continuaba viendo en él, y con razón, un déspota; para sus adherentes no era más que un capitán que no sabe ni quiere proteger a sus soldados.

Por tanto la oposición todavía se movía y, gracias principalmente a las faltas de Pompeyo, conseguía alguna que otra victoria que le daba valor. Pero no por esto los triunviros habían dejado de conseguir casi por completo el fin que se habían propuesto al erigir la dictadura: habían cogido las riendas más cortas, el partido republicano humillado cedía el puesto a la aristocracia y el pueblo comenzaba a acostumbrarse a ello. Un día en que Pompeyo se levantó después de una grave enfermedad, se celebró su alivio en toda Italia con fiestas y regocijos obligados, como se hace en tales ocasiones en todos los pueblos regidos por instituciones monárquicas. Los regentes se mostraban satisfechos; al llegar el 1 de agosto del año 702, Pompeyo resignó la dictadura y compartió el poder consular con Metelo Escipión, su cliente.

IX

MUERTE DE CRASO. RUPTURA ENTRE LOS DOS REGENTES

CRASO EN SIRIA

Aunque sin mérito personal para ello, hacía mucho tiempo que se contaba a Marco Craso como uno de los miembros del «cancerbero de las tres cabezas», y servía de contrapeso a los dos soberanos reales, a César y a Pompeyo. Mejor dicho, en la balanza estaba al lado del primero contra el segundo. Nada era seguramente menos honroso que el papel del colega supernumerario; pero Craso se cuidaba poco del honor y jamás le sacrificó los intereses materiales. Ante todo, era comerciante y dejaba que comerciasen con él. Al no poder obtener más, tomó lo poco que se le ofrecía. Corroído por la ambición y descontento de su fortuna, que lo había colocado tan cerca y en realidad tan lejos del poder, olvidaba sus rencores sumergiéndose en los mares de oro acumulados a su alrededor. La conferencia de Luca no dejó de cambiar su posición. Incluso al hacer tan enormes concesiones a Pompeyo, César no descuidó todo lo que se relacionaba con su engrandecimiento personal, y, al dar a Craso en la provincia de Siria la ocasión que se reservaba para sí mismo en las Galias, lo precipitó en una guerra contra los partos. ¿Será que estas nuevas perspectivas no hicieron más que sobreexcitar la avaricia, que había llegado a formar en el sexagenario triunviro una segunda naturaleza, tanto más insaciable cuanto atesoraba más millones? ¿O despertaron además en su envejecido corazón el fuego insano de sus ambiciones, por tanto tiempo y con tanto trabajo reprimidas? No es fácil adivinarlo. Sea como fuere, Craso desembarcó en Siria a principios del año 70 (54 a.C.), y no esperó para partir a que terminase su consulado. En su febril impaciencia, se escatima los momentos y quiere ganar el tiempo perdido: desea unir los tesoros del Oriente a los del Occidente. Rápido como César e infatigable como Pompeyo, deseaba ir a conquistar el poder y la gloria militar.

SE RESUELVE LA EXPEDICIÓN CONTRA LOS PARTOS

Ya se había inaugurado la campaña contra los partos. Hemos manifestado en otro lugar la desleal conducta de Pompeyo, quien, violando la frontera del Éufrates y la letra de los tratados, había separado del reino parto varias provincias para agregarlas a la Armenia, a la sazón aliada de Roma. En aquel Estado reinaba Phraates, a quien

un día dieron muerte sus dos hijos, Mitrídates y Orodes. Luego subió al trono el primero de ellos y declaró al instante (hacia el año 698) la guerra al monarca de Armenia, Artavasdes, hijo de Tigranes, quien había muerto poco tiempo antes^[1], lo cual equivalía a declararla a la República. De esta forma, cuando el activo y esforzado procónsul de Siria, Gabinio, hubo sofocado la sublevación de los judíos, acometió la empresa de atravesar el Éufrates al frente de sus legiones. Pero había estallado una revolución en la Partia, y los principales del reino, dirigidos por el gran visir, genio joven y enérgico, habían ya destronado a Mitrídates y elevado al trono a su hermano Orodes. Esto fue causa de que el monarca derribado se declarase a favor de los romanos y se pasase al partido de Gabinio. Todo hacía augurar un feliz resultado a la empresa del procónsul, cuando de improviso recibió orden de ir con su ejército a reponer al rey de Egipto en su trono de Alejandría. Le era forzoso obedecer; pero, con la esperanza de un pronto regreso, dio encargo de comenzar las hostilidades al príncipe desposeído que solicitaba su auxilio. Así lo hizo Mitrídates: Babilonia y Seleucia se declararon a su favor. El visir recobró esta última ciudad tomándola en persona por asalto, y siendo él el primero en escalar las murallas. En Babilonia y sitiado por hambre, Mitrídates se rindió a discreción y fue condenado a muerte por orden de su hermano. Para los romanos este descalabro era una sensible pérdida; sin embargo, la agitación continuaba en la Partia y la guerra con la Armenia no había terminado aún. Así fue que Gabinio, después de llevar a feliz término la expedición al Egipto, se disponía a aprovechar aquella favorable ocasión para reanudar sobre el Éufrates sus interrumpidas operaciones. Pero en ese momento llegó a Siria Craso, quien, al propio tiempo que lo reemplazaba en el mando, se apoderó de sus planes y quiso ejecutarlos. En sus ambiciosos proyectos no tenía en cuenta las dificultades de la marcha y menos aún la fuerza defensiva del enemigo; llevado por su loca confianza, no hablaba de otra cosa que de someter a la Partia bajo sus armas, viendo ya en perspectiva las conquistas de la Bactriana y de la India.

LOS ROMANOS PASAN EL ÉUFRATES

El nuevo Alejandro tampoco se apresuraba. Antes de lanzarse a aquella gran empresa, se consagró a otros asuntos igualmente importantes y en extremo provechosos. Por su orden fueron despojados de sus tesoros el templo de Derceto, en Hierápolis Bambica; el de Jehová, en Jerusalén, y otros muchos santuarios de Siria. Todos los pueblos tributarios tenían que facilitar su contingente o, a cambio de este servicio, gruesas sumas de oro. En la primera campaña se limitó a hacer un gran reconocimiento del país de la Mesopotamia: atravesó el Éufrates, derrotó al sátrapa parto en Ichnae (cerca de Belik, al norte de Rakkah); ocupó las plazas inmediatas,

entre otras la importante Niceforion, y, luego de dejar en ellas suficiente guarnición, penetró en la Siria. Craso vacilaba sobre el camino que había de seguir: ¿debería dar la vuelta por la Armenia, o sería preferible marchar sobre la Partia por el camino recto, atravesando el desierto de Mesopotamia? Al parecer, el rodeo por Armenia era lo más seguro, puesto que era un país montañoso, y sus poblaciones, aliadas de Roma. Se presentó en el campamento el mismo rey Artavasdes para recomendar este plan de operaciones; pero, después de hecho el reconocimiento, durante la buena estación se decidió a emprender la marcha por la Mesopotamia. Las numerosas y florecientes ciudades griegas o semigriegas, situadas a lo largo del Éufrates y del Tigris, Seleucia sobre todo, odiaban la dominación de los partos. Por lo demás, igual que lo verificado en el año 689 entre los ciudadanos de Carras, todos los hebreos domiciliados en las localidades donde se presentaban los romanos estaban dispuestos a auxiliarlos; no deseaban otra cosa que sacudir el yugo extranjero y se manifestaban prontos a recibirlos como a sus libertadores y casi como a compatriotas. Además, el jeque árabe Abgar, señor del desierto de Edesa y Carras, y del camino que de ordinario se seguía desde el Éufrates hasta el Tigris, se había presentado también en el campamento ofreciendo a Craso su decidida cooperación. En cuanto a los partos, hasta entonces no habían hecho preparativo alguno. Las legiones pasaron nuevamente el Éufrates (no lejos de Biradjik). Aquí también se les ofrecían dos caminos que conducían al Tigris: o bien podían seguir el curso del Éufrates hasta la altura de Seleucia, sitio donde solo una distancia de pocas millas separa los dos ríos, o atravesar el gran desierto caminando en línea recta en dirección al Tigris. De seguir el primer itinerario, llegaban directamente a Ctesifon, capital de los partos, situada en frente de Seleucia, sobre la ribera izquierda de este río. Muchos y muy importantes oficiales opinaron en los consejos de guerra de Craso que se siguiera esta ruta. El cuestor Cayo Casio, sobre todos, insistió en las dificultades de intentar una marcha por el desierto, aduciendo los detallados informes que las guarniciones romanas de la ribera izquierda del río habían dado acerca de los preparativos que el enemigo hacía a la sazón. Por otra parte, Abgar desmentía todas aquellas noticias. Según él, el parto solo se ocupaba en evacuar sus provincias occidentales; había ya recogido sus tesoros y puesto en camino para refugiarse entre los hircanios y los escitas; por lo tanto, si no se forzaba la marcha por el camino más corto, no se le podría dar caza. En esta dirección al menos se alcanzaría la retaguardia del gran ejército, mandado por Silaces y por el visir, se la destruiría y se recogería un inmenso botín. Finalmente se decidió seguir las indicaciones de estos beduinos amigos, y el ejército romano, compuesto de siete legiones, cuatro mil jinetes y otros cuatro mil entre honderos y arqueros, dejó las orillas del Éufrates y se internó en las inhospitalarias llanuras de la Mesopotamia del Norte.

MARCHA A TRAVÉS DEL DESIERTO

Pero no se divisaba el ejército contrario por ninguna parte, y solo el hambre y la sed eran los terribles enemigos contra quienes tenían que luchar en aquel inmenso desierto. Al final, después de muchos días de una penosa marcha, vieron a los primeros jinetes partos en las orillas del Balissos (el Belik), primer río que los romanos tenían que pasar. Con la velocidad del rayo, Abgar se dirigió contra ellos al frente de sus árabes, y los escuadrones partos desaparecieron al otro lado del río y se internaron mucho, perseguidos por el caudillo árabe y por los suyos. Su regreso era esperado con impaciencia, pensando todos que traería noticias. El triunviro creía apoderarse ya de aquel enemigo que rehusaba un encuentro, y su hijo Publio ardía en deseos de venir con él a las manos. El valor y las heroicas hazañas del joven capitán le habían dado un nombre distinguido en las Galias a las órdenes de César, quien lo había enviado con un cuerpo de caballería gala a alistarse en la expedición a la Partia. Sin embargo, de parte del enemigo no se envió embajada alguna, y Craso decidió seguir adelante a pesar de todo. Dada la señal de marcha, fue atravesado el Balissos, y el ejército, después de un ligero e insuficiente descanso hacia el mediodía, se precipitó en su marcha sin dar lugar al reposo. De repente resuenan alrededor de los romanos los timbales de los partos; por todas partes se veían ondear sus estandartes de seda bordados de oro y brillar al reflejo de los rayos del sol del mediodía las armaduras y cascos de hierro. Abgar con sus beduinos estaba al lado del visir.

SISTEMAS DE GUERRA DE LOS ROMANOS Y LOS PARTOS

Demasiado tarde los romanos comprendieron la emboscada en que habían caído. El visir había visto con ojo perspicaz el peligro y los medios de conjurarlo. Como la infantería de los orientales era impotente contra la de línea de los romanos, se había desembarazado de ella, y luego de confiarle al rey Orodes el mando de aquellas fuerzas, que eran inútiles en un verdadero campo de batalla, lo había enviado con ellas a la Armenia. De este modo cortaba la marcha a los diez mil jinetes auxiliares prometidos por Artavasdes a Craso. La falta de estos auxilios fue para el general romano un mal irreparable; además, el visir, que tenía que habérselas con la táctica romana, sin igual en el mundo, le opuso otra enteramente distinta. Su ejército era todo caballería, y por vanguardia tenía pesados escuadrones armados de largas lanzas, hombres y caballos protegidos por corazas y mallas de acero, golas de cuero y otros resguardos análogos, en tanto el grueso del ejército lo formaban flecheros montados. Los romanos, por el contrario, carecían casi por completo de estas armas especiales, y al ser inferiores en tropas de este género, por el número y por la destreza en manejar

dichas armas, nada podían hacer con sus infantes. Por excelentes que los legionarios fuesen en las luchas cuerpo a cuerpo o en los combates a corta distancia, arrojando el pesado *pilum* o esgrimiendo la espada en la pelea, ¿cómo habrían de romper estas inmensas líneas de caballería y venir con ellas a las manos? Y aunque pudieran acercarse al enemigo, ¿no se estrellarían contra la muralla de hierro de aquellos lanceros a caballo, que eran tan buenos o mejores soldados que ellos? Frente a los partos, armados de esta suerte, toda la desventaja estaba de parte de las legiones. En los medios estratégicos, como no tenían caballería, no disponían de sus comunicaciones, y en los medios de combate, al no venirse a la lucha cuerpo a cuerpo, el arma de largo tiro triunfaba necesariamente sobre la de corto alcance. Incluso el orden de formación de los romanos, basado en su sistema táctico, aumentaba aún más el peligro y hacía mayor la desventaja. Mientras más compactas eran las columnas, más irresistible era también su choque en los combates ordinarios. En esta ocasión, sin embargo, cuando el parto las acometía, sus innumerables flechas caían entre sus filas haciendo blanco seguro. En circunstancias normales, si se hubiera tratado de defender una plaza o de operar sobre un terreno quebrado, los numerosos escuadrones de los partos habrían sido impotentes contra la pesada infantería romana. Pero, en medio del desierto de Mesopotamia, la táctica del parto era irresistible para un ejército que flotaba como un barco perdido en alta mar, después de largas y numerosas marchas, sin encontrar ni un obstáculo ni una posición sólida. A favor de las circunstancias, podía emplearse esta táctica en la sencillez de su concepción primera y en toda su potencia efectiva. En suma, todo contribuía a asegurar la ventaja del jinete asiático sobre el legionario romano. En tanto la pesada infantería de Roma avanzaba trabajosamente en aquellos arenales y estepas, sufriendo el hambre y la sed por un camino que no estaba trazado y en el que apenas había a largos trechos algunas fuentes, que además era difícil encontrar; el jinete parto, acostumbrado desde niño a estar montado sobre la silla de su rápido corcel o de su camello, y a pasar su vida, por decirlo así, familiarizado con el país y sus dificultades, a las que por necesidad sabía vencer, volaba por aquellas inmensas llanuras. Por lo demás, tampoco caía la benéfica lluvia que viniera a atenuar el calor de las abrasadas arenas, o a aflojar las cuerdas y las correas de los arcos y de las hondas del enemigo; y así, con frecuencia, era imposible construir campamentos en aquellas profundas y movibles arenas, abrir fosos y levantar trincheras. No concibo situación militar más apurada que aquella, en la que de una parte estaban todas las ventajas, y de la otra, todos los inconvenientes.

Pero si se pretende descubrir el origen de esta nueva táctica de los partos, la primera que fue empleada en su verdadero terreno y venció a las armas romanas, no se obtendrán sino simples conjeturas. En todo tiempo el Oriente tuvo sus jinetes armados de lanzas y de arcos, los cuales formaron el núcleo de los ejércitos de Ciro y

de Darío; sin embargo, tenían una importancia secundaria, servían principalmente para cubrir aquella inútil infantería de la que hemos hablado. Los mismos partos no habían abandonado la antigua organización, y podría citar algunos de sus ejércitos en los que la caballería componía tan solo una sexta parte del total de los soldados. En la campaña contra Craso, por el contrario, por primera vez hallamos a la caballería completamente sola, y la nueva aplicación hecha de esta arma infunde en ella un gran valor. La experiencia de la fuerza irresistible de la infantería legionaria parece haber enseñado a cada uno de los adversarios de Roma, a un mismo tiempo y en las más diversas regiones, una innovación que fue eficaz en todas partes: desde esta época se opusieron la caballería y las armas de largo tiro a aquellos infantes preparados para el combate cuerpo a cuerpo. En la Britania, esta estrategia fue en extremo útil a Casivelaum; en las Galias, empleada por Vercingetorix, tuvo en parte buen éxito, y el mismo Mitrídates Eupator pretendió también emplearla. Pero al visir de Orodes le estaba reservado hacer una más completa aplicación, al formar su tropa de línea con la caballería pesada y utilizar el arco como segura y efectiva arma de tiro. Por lo demás, esta era el arma nacional del Oriente, admirablemente manejada, especialmente por los contingentes de los países persas, que hallaban en las condiciones de su suelo y de su pueblo todo lo que necesitaban para la completa realización de esta idea nueva. Allí serán vencidas por vez primera el arma de corto alcance y la compacta formación de los romanos, por el arma de tiro largo y el sistema de desplegar las fuerzas, ensayado por Surena; allí, por último, se prepara la revolución militar que acabará después con el uso de las armas de fuego.

BATALLA DE CARRAS

El encuentro tuvo lugar en mitad del desierto, un poco al norte de Ichnae, a seis millas aproximadamente al sur de Carras (Harran). Los arqueros de Craso que iban a vanguardia fueron inmediatamente rechazados por los innumerables de los partos, cuyas armas, de mucha más tensión que las de los romanos, arrojaban las flechas infinitamente más lejos. Algunos inteligentes oficiales habían propuesto que se marchase hacia el enemigo desplegando las filas cuanto fuera posible; pero, en vez de esto, el ejército, que se formó en un completo cuadro que presentaba doce cohortes por cada lado, fue al punto deshecho. Cubiertos por una nube de dardos, que hacían blanco seguro aunque fueran arrojados sin puntería, los legionarios sucumbían sin poder defenderse. En un principio, se creyó que las municiones de los enemigos se consumirían en breve: ¡vana esperanza!; detrás del ejército iba un inmenso número de camellos cargados. Mientras tanto, los escuadrones partos iban desplegándose cada vez más y las legiones romanas iban a ser muy pronto sitiadas, cuando Publio Craso,

con una división escogida de caballería de arqueros y de infantería, se precipitó contra el enemigo, el cual suspendió su movimiento concéntrico y retrocedió vivamente perseguido por el brioso capitán. Pero, de pronto, cuando el grueso del ejército romano se había perdido de vista, hizo frente la caballería pesada de los partos. De todos lados se dirigen a rienda suelta innumerables escuadrones de arqueros contra Publio, que ve caer a los suyos unos después de otros, sin que puedan ni atacar ni defenderse. Desesperado, se precipita con su caballería ligera, no acorazada, contra el enemigo, pero se estrella contra los lanceros montados y cubiertos de hierro. En vano sus galos hicieron prodigios de valor; en vano, despreciando la muerte, cogen y doblan las lanzas enemigas, o intentan herir tirándose del caballo: todo fue inútil, todo aquel valor fue malogrado. En su retirada, los restos del escuadrón, y entre ellos su caudillo, herido en el brazo con que sostenía la espada, se apoderaron de una pequeña eminencia, donde todavía sirvieron de blanco a las terribles flechas. Los griegos mesopotamios, que conocían el país, suplicaron a Publio Craso que montase con ellos a caballo, pues intentaban salvar su vida por un supremo esfuerzo. Pero aquel se negó a desligar su suerte de la de tantos bravos a quienes su temeridad había conducido a morir, y ordenó a su escudero que le diese muerte. La mayor parte de sus oficiales imitaron su ejemplo, y, de seis mil hombres aproximadamente que componían la división, apenas quinientos cayeron con vida en poder de los partos: ninguno se salvó de aquel combate. Mientras tanto, el enemigo había dado algún respiro al grueso del ejército romano, que no dejó de aprovecharlo. Pero aún no se habían recibido noticias del cuerpo de Publio, y la inquietud siguió a aquella aparente calma. Queriendo saber a qué atenerse, el ejército se dirigió hacia el campo de batalla; allí Craso vio acercarse al enemigo, que traía clavada en una pica la cabeza de su hijo. Los legionarios comienzan entonces un combate parecido a la reciente lucha, combate furioso y sangriento como ella, y como ella también sin esperanza. Imposible romper la línea de los lanceros acorazados; imposible llegar a los flecheros. Solo la noche puso fin a la matanza. Si los partos hubieran vivaqueado sobre el terreno, habría perecido hasta el último soldado romano; pero el enemigo no sabía combatir sino a caballo, y por temor de una sorpresa no acampaba jamás frente a su adversario. Los partos dijeron en tono de burla que dejaban a Craso «una noche para llorar la muerte de su hijo», y se retiraron luego con la intención de volver al siguiente día para acabar la matanza y recoger del suelo los sangrientos trofeos. Los romanos se guardaron de esperarlos. Como Craso había perdido la razón, sus lugartenientes Casio y Octavio levantaron el campamento con presteza y sigilo; dejaron sobre el terreno a los heridos y dispersos, y, con las restantes tropas que podían emprender la marcha, se dirigieron hacia Carras, donde contaban con ponerse al abrigo detrás de las murallas de la plaza. Cuando al día siguiente volvieron los partos, se entretuvieron en perseguir a los soldados dispersos

del combate de la víspera; todos fueron matados o capturados. Por otra parte, como la guarnición y los habitantes de Carras habían tenido a tiempo conocimiento de la catástrofe por los fugitivos, salieron al encuentro de Craso. Sin ese recurso y sin el tiempo perdido por los partos, los restos del ejército habrían sido quizá completamente destruidos.

LOS ROMANOS SALEN DE CARRAS. DESASTRE DE SINNACA

Las tropas enemigas no podían pensar en dar el asalto a la plaza; pero muy pronto los romanos salieron de ella, ya fuera por hambre o por vituperable precipitación del triunviro, a quien sus soldados habían querido, aunque en vano, separar del mando para confiárselo a Casio. Así fue que emprendieron el camino de las montañas de Armenia; marchando de noche y acampando de día, Octavio logró al fin ocupar con cinco mil hombres la fuerte posición de Sinnaca, puerto de salvación para el ejército, ubicada a una jornada de las primeras alturas. Allí, aun con peligro de su vida, libró a su general, que había sido extraviado por los guías y que estaba a punto de caer en poder del enemigo. Entre tanto, el visir se acercó al campamento ofreciendo paz y amistad a los romanos en nombre del rey, y proponiendo una entrevista con Craso. El ejército, desmoralizado, pidió a su general que aceptase el ofrecimiento de Surena, y hasta lo obligó a ello. El visir recibió al consular y a su Estado mayor con todos los honores de costumbre, e hizo de nuevo la proposición de un pacto de alianza. Pero al propio tiempo les recordó, como amarga reconvención, la mala suerte de los tratados que habían celebrado otras veces con Lúculo y con Pompeyo sobre la frontera del Éufrates, y les exigió que firmasen al punto un documento. Entonces los partos arreglaron una tienda de campaña ricamente adornada, presente que su rey quería hacer al general romano, y los criados del visir rodearon todos a Craso para ayudarlo a colocarse en la silla. Pero los lugartenientes del general romano vieron con entera evidencia que el designio de Surena no era otro que apoderarse de la persona de aquel, y entonces Octavio, que estaba desarmado, desenvainó la espada de uno de los partos y mató a un esclavo del visir. Se originaron entonces los naturales tumulto y confusión: todos los oficiales romanos fueron sacrificados, y el viejo Craso, siguiendo el ejemplo de uno de sus antepasados, no quiso caer vivo en poder del enemigo ni servirle de trofeo, así que buscó y encontró la muerte en aquel tumulto. Por último, los legionarios que habían quedado en el campo fueron capturados o dispersos. De esta suerte terminó el 9 de julio del año 701, en Sinnaca, el desastre comenzado en la jornada de Carras: fecha terrible que recuerda los combates del Alia, de Cannas y de Arausio. Ya no existía el ejército del Éufrates. Solo pudieron escapar Cayo Casio, separado del grueso del ejército durante la retirada de Carras, y varios

pelotones dispersos. Algunos fugitivos aislados pudieron también sustraerse a la persecución de los partos y de los beduinos, retirándose a la Siria. De los cuarenta mil legionarios, o más, que habían atravesado el Éufrates, no se salvaron más que la cuarta parte: la mitad pereció y cerca de diez mil prisioneros fueron conducidos por los vencedores a las extremidades del Oriente, al oasis de Merw, donde vivieron como esclavos, sujetos a servir en el ejército según la ley de los partos. Por primera vez desde que las legiones seguían las águilas romanas, estas habían caído, casi al mismo tiempo y en el mismo año, en poder del extranjero vencedor. En Occidente se habían apoderado de ellas los germanos, y los partos en la región del Oriente. Ningún historiador nos ha dicho cuál fue la impresión que en Asia produjo la derrota de Craso; pero debió ser profunda y duradera. En esta época el rey Orodes celebraba las bodas de su hijo Pacoro con la hermana del monarca armenio, su nuevo aliado, y en medio de aquellas fiestas recibió la noticia de la victoria y la cabeza de Craso que el visir le enviaba, según la tradición oriental. Se habían dejado ya las mesas del festín; y una de aquellas compañías de cómicos ambulantes que se dirigían hasta las últimas regiones del Asia, llevando consigo la poesía y la música griegas, de las que a la sazón había tantas, estaba representando ante la corte reunida las *Bacantes* de Eurípides. En el pasaje del drama en que Agave entra en la escena trayendo del Citeron la cabeza de su hijo Penteo, a quien había destrozado en un arranque de furor dionisiaco, el actor que representaba el papel presentó a los espectadores el despojo sangriento del triunviro, y, en medio de los frenéticos aplausos de aquel público de bárbaros semihelenizados, recitó la famosa estrofa del poeta: «Traemos de la montaña la fresca rama cortada; la caza ha sido buena». Por primera vez desde la era de los Aqueménidas, el Occidente era vencido por el Oriente. ¡Y qué profundo sentido en estas fiestas, en las que el Asia toma del mundo occidental una de sus más espléndidas creaciones; en las que la tragedia griega se convierte en una parodia ridícula y sangrienta en manos de aquellos degenerados hijos! En este aspecto, la sociedad romana y el genio de la Grecia corren parejas y se acomodan al régimen tiránico de los sultanes.

CONSECUENCIAS DE LA DERROTA

La derrota de Craso, terrible en sí, parecía que debía tener todavía más terribles consecuencias. Los fundamentos del poder romano en el Asia debían sufrir un hondo quebranto. No era suficiente ver a los partos dominar en lo sucesivo sobre toda la margen izquierda del Éufrates, y a la Armenia, separada de la alianza romana antes de la derrota del triunviro, unirse estrechamente al vencedor. Tampoco era bastante ver a los fieles ciudadanos de Carras sometidos por los partos al yugo de un nuevo señor

(Andromacos, uno de aquellos pérfidos guías que habían engañado a los romanos), expiando duramente sus afecciones occidentales. Por el contrario, los partos se prepararon sin demora para atravesar la frontera del río, pues, unidos a los árabes y a los armenios, pretendían nada menos que arrojar de la Siria a los romanos. Así como los helenos del lado de allá del Éufrates habían esperado su libertad de los romanos, de la misma manera los judíos y otros pueblos orientales esperaban con impaciencia a los partos. Para Roma, donde estaba próxima a estallar la guerra civil, era un gran peligro el ataque que la amenazaba en aquella parte del Asia y en aquel momento solemne. Pero, afortunadamente para la República, no eran los mismos los generales de ambos ejércitos. El sultán Orodes debía mucho al heroico visir que le había colocado la corona en la cabeza y arrojado del suelo de la patria al extranjero invasor, pero el pago que le dio fue entregarlo al verdugo. En su lugar, nombró para el mando del ejército de invasión en Siria a su hijo Pacoro, joven inexperto, a quien otro jefe, Osaces, asistía con sus consejos y sus conocimientos militares.

LOS PARTOS SON RECHAZADOS

Entre los romanos se encargó del mundo interior de la provincia el cuestor de Craso, Cayo Casio, hombre valeroso y prudente al mismo tiempo. Los partos, como antes había hecho Craso, retardaron el ataque, y durante los años 701 y 702 no enviaron al otro lado del Éufrates sino cuerpos de merodeadores que eran rechazados sin esfuerzo, y de cuya lentitud se aprovechó Casio para reorganizar como pudo el ejército. Con el auxilio de Herodes Antipater, amigo fiel de los romanos, sometió a la obediencia a los judíos, a quienes el saqueo de su templo hecho por Craso había movido a recurrir a las armas. En Roma habían tenido sobrado tiempo para enviar nuevas tropas a la defensa de la frontera, pero se descuidó el hacerlo a raíz de las convulsiones de la revolución que comenzaba. De esta forma, cuando en el año 703 el gran ejército parto se presentó en la frontera del Éufrates, Casio no podía oponerle más que las dos débiles legiones formadas con los restos del ejército de Craso. Naturalmente, no pudo impedir el paso del río ni proteger la provincia, y los partos se extendieron por toda la Siria haciendo temblar a toda Asia occidental; pero, como no conocían el arte de sitiar las plazas, vinieron a estrellarse contra los muros de Antioquía, donde Casio se había refugiado con los suyos. De esa plaza se retiraron sin haber conseguido nada, y en su retirada cayeron en una emboscada que el romano les había preparado sobre el Oronte. A consecuencia de esto, quedaron muy mal parados por la infantería legionaria y dejaron entre los muertos al general Osaces. Era evidente para todos, amigos y enemigos, que, en las circunstancias ordinarias del terreno y del mando, el soldado parto no valía más que los otros soldados orientales.

A pesar de esto, no abandonó la ofensiva, y, en el invierno del año 703 al 704, Pacoro vino a acampar a la Cirrética, sobre la orilla izquierda. El nuevo procónsul de Siria, Marco Bíbulo, tan mal general como incapaz hombre de Estado, no supo hacer otra cosa que encerrarse en sus fortalezas. Por todas partes se esperaba que se abriera la campaña del año 704 con más actividad que nunca; pero, de improviso, Pacoro, en vez de atacar a los romanos, se volvió contra su propio padre, para lo cual entró en negociaciones con los mismos romanos. Y si bien es cierto que no se había borrado la mancha que cayera sobre las armas romanas, y que estaba lejos de reaparecer su autoridad en Oriente, las invasiones partas cesaron y se mantuvo la frontera del Éufrates.

IMPRESIÓN PRODUCIDA EN ROMA POR LA DERROTA DE CARRAS

Mientras tanto, el volcán revolucionario producía en Roma terribles convulsiones y, ¡síntoma deplorable de aquellos tiempos de decadencia!, las inmensas catástrofes de Carras y de Sinnaca preocupaban y daban mucho menos que hablar a los políticos del día, que aquella miserable empresa de la vía Apia, donde unos dos meses después de la muerte de Craso había perecido Clodio, el jefe de las facciones. Con todo, lo comprendo y lo disculpo. Presentida desde hacía mucho tiempo como inevitable, y con frecuencia anunciada como próxima, era inminente a todas horas la ruptura entre los otros dos triunviros. Como el barco de la leyenda griega, el bajel de la República se hallaba entre dos escollos, alternativamente a flor de agua; de un momento a otro se esperaba verlo estrellarse. En cuanto a sus tripulantes, sobrecogidos de un terrible pánico, tenían toda su atención puesta en los más leves movimientos que se sentían a su lado, sin atreverse a dirigir sus miradas a lo lejos, ni a derecha ni a izquierda.

SE ENTIBIA LA CONCORDIA ENTRE LOS DOS TRIUNVIROS. DICTADURA DE POMPEYO. GUERRA INSIDIOSA QUE ESTE HACE A CÉSAR

Se recordará que en las conferencias celebradas en Luca, en abril del 698, César había hecho grandes concesiones a Pompeyo con objeto de restablecer entre ambos el equilibrio. Para llegar a un acuerdo, tampoco habían olvidado las condiciones exteriores de la duración del mando, si es que puede llegarse a una división del poder real, que por su esencia es indivisible. Por el momento se planteaba otra cuestión: ¿estaban decididos los dos árbitros de Roma a marchar de acuerdo, en el presente al menos, y a reconocerse mutuamente, y sin reserva, sus derechos a un poder igual?

Con respecto a César ya lo hemos dicho: al poner a Pompeyo sobre el mismo pedestal que él, ganaba el tiempo necesario para la conquista de las Galias; pero, en cuanto a Pompeyo, dudo que jamás pensara seriamente, ni por un momento siquiera, en aceptar un colega. Era de esos hombres de baja y liviana condición, ante quienes es peligroso dar pruebas de generosidad. De hecho, al buscar la ocasión de suplantar a un rival, que su mezquina ambición había aceptado con disgusto, creía obedecer a la voz de la prudencia; y en su alma vulgar solo aspiraba a devolverle a César en represalias las humillaciones que le había hecho sufrir la misma condescendencia de su colega. Sin embargo, como conservaba las inclinaciones de su natural torpe y perezoso, no había podido acostumbrarse a la idea de tener a César por enemigo, y es evidente que tardó mucho en decidirse por completo a una ruptura. La opinión pública no se equivocó en esto. Acostumbrada a leer en los pensamientos y en las intenciones de Pompeyo, mejor que él mismo, hacía remontar la ruptura de la alianza entre el suegro y el yerno a la fecha de la muerte de la hermosa Julia, arrebatada a la vida en la flor de la edad, durante el otoño del año 700, muerte que fue muy luego seguida por la de su único hijo. En vano quiso César reanudar el parentesco de afinidad al que había puesto fin la muerte; en vano pidió para esposa a la única hija de Pompeyo y propuso a su vez, para mujer de este, a su parienta más cercana, Octavia, nieta de su hermana. Pompeyo dio su hija Pompeya a su prometido, Fausto Sila, hijo del dictador, y él se casó con la hija de Quinto Metelo Escipión. Esta conducta indicaba bien claramente que quería romper las relaciones de familia, y él fue quien esquivó la alianza. Todos esperaban una ruptura política inmediata, y, sin embargo, se engañaron. Exteriormente, y en los asuntos públicos, los triunviros conservaban su buena inteligencia, para lo cual tenían sus razones. César no quería la ruptura antes de terminar la conquista de las Galias, y Pompeyo, que iba a ser investido de la dignidad dictatorial, deseaba primero tener en sus manos todos los poderes y toda la Italia. En esta ocasión (cosa singular, y, sin embargo, fácil de comprender), los dos triunviros se prestaron todavía mutuo apoyo. En el invierno del año 700, después del desastre de Aduatuca, Pompeyo prestó a César una de sus legiones, que habían sido licenciadas; y César, a su vez, prestó su consentimiento y su apoyo moral a Pompeyo en todas las medidas represivas que este tomó contra la oposición republicana recalcitrante. A principios del año 702, Pompeyo logró su objetivo y fue cónsul único; su influencia en la ciudad oscurecía la del procónsul de las Galias, y todas las milicias italianas habían prestado juramento en sus manos y en su nombre. Entonces creyó llegado el momento de romper sin dilación, y se decidió a ello sin más vacilaciones. Al verlo castigar duramente y sin compasión a los antiguos adictos del partido democrático, comprometido en la intentona de la vía Apia, habría podido decirse, en rigor, que aquella conducta era inspirada por un sentimiento de torpe saña. Ahora bien, con la nueva ley contra la intriga, que se retrotraía al año 684,

y que comprendía en sus previsiones incluso aquellos actos impertinentes que se imputaron a César con ocasión de su candidatura consular, muchos cesarianos habían visto ya en ello el signo de un pensamiento hostil. Quizás en el fondo no hubiera nada todavía; pero llegó el momento en que, lejos de hacer lo que la situación exigía y muchos reclamaban, Pompeyo ya no quiso asociarse en el consulado con este mismo César, en otro tiempo su suegro. En cambio, prefirió colocar a su lado, en la silla curul, a su nuevo suegro Escipión, simple figura decorativa a quien manejaba a su talante. Entonces habría sido menester cerrar los ojos a la evidencia para no ver el giro que tomaban los asuntos. Y después, al mismo tiempo que hacía que se prorrogase por cinco años (hasta el 709) su proconsulado de las Españas, donde, por una autorización especial, disponía plenamente del Tesoro para pagar a sus tropas; estuvo lejos de pedir para César otra prórroga igual y las mismas atribuciones financieras. A la sazón, se promulgaron leyes que reorganizaban la investidura de los altos cargos; y esas leyes, tras la apariencia de una medida general, no tendían a otra cosa que a separar a César del mando de las Galias antes de que expirara el plazo convenido. Eran medidas concebidas todas manifiestamente para hundir a César, minándole su posición. Ninguna ocasión era más propicia que esta. César, al conceder en Luca a Pompeyo tan amplios poderes, se había dicho que, en caso de que llegara la ruptura, tendría a su lado a Craso y el ejército de Siria, echando todo el peso de su poder en la misma balanza. Craso abrigaba contra Pompeyo un sentimiento de odio profundo desde el tiempo de Sila, y casi en la misma época se había hecho amigo personal y político de César, quien sabía que, como aquel no podía aspirar a ser el rey de Roma, se contentaría con ser el vencedor del nuevo monarca. Por consiguiente, César podía contar decididamente con Craso y estar seguro de que no se pasaría al campo enemigo. No hay que decir que la catástrofe del mes de junio del año 701, en la que quedaron sepultados el ejército de Siria y su jefe, había sido para César un terrible golpe. Algunos meses más tarde, cuando el levantamiento nacional de las Galias parecía por completo sofocado, estallaba con más fuerza en toda la región. Fue entonces que el triunviro se encontró por primera vez frente a él a un adversario de genio, a Vercingetorix, rey de la Arvernia. La fortuna se había declarado de nuevo a favor de Pompeyo: sublevada toda la Galia, muerto Craso, quedaba solo él como dictador en Roma y dueño absoluto del Senado. ¿Qué habría sucedido si, en vez de maquinar de lejos una tenebrosa intriga, hubiera hecho pura y simplemente que el pueblo y el Senado llamasen a César? Pero Pompeyo no supo nunca aprovecharse de las circunstancias: quería la ruptura y hacía ver mal encubiertos sus propósitos. Desde el año 702 sus actos eran decisivos; desde la primavera del 703 su lenguaje era explícito, y, sin embargo, no llevó a cabo la ruptura y dejó el tiempo correr, sin aprovecharlo.

LAS ANTIGUAS ENSEÑAS Y LOS PRETENDIENTES. CÉSAR Y LA DEMOCRACIA

Mas a pesar de estas vacilaciones, se acercaba la crisis, empujada incesantemente por la corriente de los sucesos. La guerra próxima a estallar no era la lucha entre la República y la monarquía, que había sido resuelta ya hacía algunos años, sino simplemente era el combate entre César y Pompeyo. Ahora bien, a ninguno de los dos contendientes convenía declararlo así, porque esto habría sido arrojar a las filas enemigas a todos aquellos ciudadanos que deseaban la continuación de la República y que creían posible su existencia. Los antiguos gritos de combate de los Gracos, de Druso, de Cina y de Sila, por vulgares y vacíos que fuesen, eran buenos todavía para los dos generales que iban a disputarse el imperio supremo. Y si, a la sazón, tanto Pompeyo como César se proclamaban oficialmente campeones del partido popular, era evidente que el segundo llevaba en su bandera la divisa del pueblo y del progreso democrático, mientras que la de Pompeyo era: aristocracia y constitución legítima. César no podía elegir: originaria y tradicionalmente demócrata, entendía que la monarquía solo se diferenciaba en su forma exterior del régimen popular imaginado por los Gracos, pero no en su esencia. Además, era un político demasiado profundo y de muy alto sentido para ocultar sus opiniones, y a ningún precio habría combatido bajo otra bandera que la suya. A decir verdad, poco provecho había de darle aquel grito de guerra, y solo llevaba la ventaja de no llamar a la monarquía por su nombre, aquel nombre aborrecido y maldito que había consternado a la muchedumbre de las gentes tibias, y aun a sus mismos partidarios. Después de los ridículos y vergonzosos excesos de la campaña de Clodio, la bandera democrática y la idea de los Gracos no atraían ya considerables fuerzas. En efecto, fuera de los transpadanos era muy difícil encontrar en esta época un solo círculo, una sola fracción de alguna importancia, al que hubiera podido mover a la pelea el antiguo grito de combate.

LA ARISTOCRACIA Y POMPEYO

En cuanto a Pompeyo, no era dudoso el lugar que le correspondía en la contienda, aun en el supuesto de que todas las circunstancias no lo señalaran como el verdadero general de la República legítima. Miembro de la antigua aristocracia, solo una casualidad o los motivos más egoístas podrían haberlo hecho abandonar su campo para pasarse al de los demócratas. Volver entonces a la tradición de Sila era para él, indudablemente, no solo mostrarse consecuente, sino obedecer a su interés real. Mientras que el grito de combate de los demócratas no encontraba eco en ninguna parte, el de los conservadores era en extremo poderoso: había sido lanzado por el

hombre de la situación y pertenecían al partido constitucional la mayoría de los ciudadanos, o por lo menos, su núcleo más escogido. Fuertes por el número y por la autoridad moral, quizá fuesen llamados a intervenir poderosa y decisivamente en la lucha de los pretendientes. Solo les faltaba un jefe. Marco Catón, su mejor caudillo, cumplía sus deberes de capitán a la manera que él los entendía, exponiendo diariamente su vida, tal vez sin esperanza de éxito. Es necesario estimar su escrupulosa rigidez, pues, de quedarse en el último de los puestos de peligro, alabaremos al soldado pero no al general. El partido del gobierno destronado, que disponía de una poderosa reserva salida, por decirlo así, del suelo del interior de Italia, no supo ni organizarla ni conducirla al campo de batalla. De hecho, cuando todo dependía de la dirección de los asuntos militares, había siempre razones de sobra para permanecer en aquella situación. Pero cuando en lugar de Catón, que no era general ni hombre de partido, apareció en la política y en la guerra un personaje tan importante como Pompeyo, que levantó la bandera constitucional, al instante acudieron en masa los municipios itálicos, los cuales no querían batirse por la soberanía de Pompeyo, pero estaban dispuestos a ayudarlo para combatir las pretensiones de César. Agréguese a esto otra consideración de no menor importancia. Aun cuando Pompeyo había tomado su resolución, no sabía cómo conducirse para ejecutarla, y, aunque hábil para provocar la guerra, vacilaba en el momento de declararla. A los catonianos, por el contrario, por incapaces que fueran militarmente hablando, se los encontraba animados y dispuestos para la prosecución de la empresa cuando se trataba de pronunciar la sentencia contra la monarquía. Pompeyo habría querido permanecer extraño a los sucesos y, fiel a su costumbre, hablaba de su próxima partida para la provincia de España, o de un viaje al Asia y de una expedición al Éufrates. En realidad deseaba que el gobierno legítimo, el Senado, anunciase la ruptura con César, le declarase la guerra y lo nombrara a él su general. Entonces, cediendo al público deseo, se convertiría en defensor legal de la constitución contra los designios revolucionarios de una demagogia monárquica, se dirigiría como hombre honrado y mantenedor del orden contra los desenfundados anarquistas, y como general nombrado por la curia contra el *imperator* de los revolucionarios. De esta suerte salvaría a la patria por segunda vez. Por este medio, la alianza con los conservadores proporcionaría a sus partidarios personales el auxilio de un segundo ejército, y a él, el recurso de un fundado manifiesto de guerra. Sin duda eran ventajas considerables, pero que había de pagar caras al tener que unirse a sus adversarios que, después de todo, habían de oponerse a sus designios. Entre las innumerables dificultades de una coalición de tal especie, había una que se había presentado desde el principio y que era la más seria de todas: el cónsul se resignaba a no tener poder sobre la elección del tiempo ni del plan de la empresa, y cuando quisiera dar a César la batalla, es decir en el momento decisivo, se ponía a merced de

los azares de la suerte, pues se sometía a los caprichos de una corporación aristocrática.

LOS REPUBLICANOS

Así se presentaba en la escena política la oposición republicana. Después de haber estado durante largo tiempo desempeñando el papel de simple espectador, apenas con bastante libertad para silbar la pieza, la contienda inminente de los triunviros la llamaba a escena, y los primeros que se presentaron en ella fueron los partidarios de Catón, aquellos hombres que en todo tiempo y lugar aspiraban a combatir por la República contra la monarquía, y que se hallaban tanto más decididos, cuanto que de esta manera la cuestión quedaba resuelta antes. El deplorable fracaso de la tentativa del año 698 les había dado a conocer que por sí solos no podrían ni suscitar, ni dirigir la guerra. Todos sabían que en el seno mismo del Senado, con raras excepciones, la monarquía encontraba una fuerte oposición; pero conocían al mismo tiempo que la mayoría estaba dispuesta a no concurrir a la restauración del régimen oligárquico mientras siguieran corriendo riesgo. Para ello se presentaba hoy una ocasión propicia. En vista de los dos señores de Roma, de un lado y del otro, y de aquella mayoría enervada, ávida de paz ante todo y a cualquier precio, que rechazaba un golpe de fuerza y se negaba a romper abiertamente con uno de los dos triunviros, el partido catoniano no tenía más que un medio de llegar a la restauración del antiguo régimen: este medio era la coalición con el menos peligroso de los dos. Y, si Pompeyo se hacía el campeón de la constitución oligárquica y se prestaba a pelear por ella contra César, la oposición republicana podía y hasta tenía el deber de reconocerlo como su general, y de arrancar una declaración de guerra a la mayoría luego de aliarse con él. Ninguno se hacía la ilusión de que Pompeyo fuese sincero en su nueva fe constitucional. Pero, como el triunviro no había terminado jamás la obra que empezaba, se decía que no debía haber madurado, como César, un plan pura y ciertamente deliberado, y que con el advenimiento de la nueva monarquía no intentaría, como primera obra, concluir con los viejos instrumentos oligárquicos y arrojarlos fuera del gobierno. Por lo menos, la guerra iba a formar un ejército de capitanes animados de la fe republicana; y, una vez vencido César, se tendría motivo para destruir no solo al segundo de los dos triunviros, sino a la monarquía misma, sorprendida en flagrante delito. Así pues, por desesperada que fuese la causa de los oligarcas, la alianza que Pompeyo les ofrecía era para ellos la mejor de todas las soluciones.

SU ALIANZA CON POMPEYO

La alianza con los catonianos se hizo muy pronto. Ya durante la dictadura de Pompeyo, ambos partidos se habían acercado mucho el uno al otro. La actitud de Pompeyo en el asunto de Milón; su negativa clara y terminante a aceptar la dictadura otorgada por el pueblo, declarando que no la recibiría sino por el voto del Senado; su inexorable severidad contra todo linaje de perturbadores; las singulares distinciones que había otorgado a Catón y a sus parciales; toda su conducta, en fin, parecía calculada para atraerse a los conservadores, al mismo tiempo que era depresiva para César. Del otro lado, Catón y sus amigos, en vez de mostrarse rigoristas como de ordinario, y combatir la proposición de dictadura, la habían hecho suya mediante una enmienda insignificante en la fórmula. Así, había sido de manos de Catón y de Bíbulo de quien recibió el triunviro su consulado «sin colega». Si desde el principio del año 702 había existido esta secreta inteligencia entre el partido constitucional y Pompeyo, la alianza fue definitiva y formal cuando en las elecciones consulares del 703 se vio que eran nombrados, no ya el mismo Catón, sino uno de sus más decididos partidarios, Marco Claudio Marcelo, y, con él, otro miembro poco importante de la mayoría senatorial. No era Marcelo un fogoso defensor de su partido, ni tampoco un hombre de genio; pero firme e inflexible en sus convicciones aristocráticas, desde el momento en que convenía hacer la guerra a César era el más a propósito para declararla. En las actuales circunstancias había de sorprender una elección de tal tipo, hecha a raíz de las medidas represivas dictadas contra la oposición republicana, y era imposible no descubrir en estos hechos la connivencia, o por lo menos la tolerancia del triunviro, a la sazón árbitro de Roma. Como siempre, Pompeyo iba con lentitud y turbación, pero iba, por fin, recta y seguramente a la ruptura.

RESISTENCIA PASIVA DE CÉSAR

Sin embargo, no entraba en los designios de César llegar a una extrema hostilidad con Pompeyo. Ciertamente es que no quería dividir con nadie, y por largo tiempo, el poder soberano, y todavía menos con un colega tan inferior a él. Sin duda, su intención había sido siempre apoderarse del poder supremo, después de someter las Galias, aunque para ello hubiera tenido necesidad de conquistarlo por la fuerza de las armas. Pero, en César, el hombre de Estado dominaba al guerrero. Harto sabía que, al pretender regularizar el sistema político con el auxilio de la fuerza armada, se corría el riesgo de introducir en él profundas perturbaciones, por lo común de irremediables consecuencias. Por tanto, y de ser posible, prefería resolver todas aquellas complicaciones por las vías pacíficas, o al menos, sin una abierta guerra civil. Y si esta no podía evitarse, en último término deseaba no verse obligado a desenvainar la espada en el momento mismo en que el levantamiento de Vercingetorix en la Galia lo

ponía al borde de perder las ventajas de sus anteriores campañas (lo había tenido constantemente ocupado desde el invierno del 701 al 702, hasta el del 703); y menos aún en el momento en que los constitucionales, sus enemigos por principios, se habían aliado en Italia con el otro triunviro y le habían concedido la jefatura del Estado. En consecuencia, César intentó mantenerse en buenas relaciones con Pompeyo, conservar la paz y obtener el consulado sin choque ni ruptura en el año 706, tal como se había convenido en Luca. Y una vez libre de la guerra de las Galias y conseguida legalmente la jefatura del Estado, y siendo por otra parte superior a Pompeyo en los asuntos políticos, mucho más que en los negocios militares, contaba con vencerlo un día sin gran trabajo, tanto en la curia como en el *Forum*. Quizás entonces hallaría alguna posición honorífica y sin influencia donde pudiera relegar y anular a su inoportuno, orgulloso e indeciso rival. De aquí las tentativas repetidas de César para realizar enlaces matrimoniales con la familia de Pompeyo, que al cabo, no se puede negar, habrían sido una solución, puesto que los vínculos de la sangre que unieran a los dos rivales habrían extinguido sus enconados odios. Entonces la oposición republicana hubiera quedado sin jefe, probablemente hubiera dejado de agitarse, y la paz se habría conservado. Pero si no llegaban a un acuerdo, y a pesar de los esfuerzos de César había que decidir la contienda por medio de las armas, al ser él cónsul en Roma y disponer de una mayoría complaciente en el Senado, mediante ella pondría obstáculos a la coalición de los pompeyanos y los republicanos, y así por lo menos la haría ilusoria. Al estallar la guerra hallaría allí muchos más recursos y ventajas que en la situación presente, ya que al ser procónsul en las Galias necesitaba entrar en campaña a la vez contra el Senado y contra su general. Es verdad que para que este plan se realizase era menester que Pompeyo se mostrase propicio y dejase que César, según lo pactado en Luca, ocupase en el año 706 la silla curul. Pero, aunque sus proposiciones fuesen desechadas, al triunviro le convenía ser condescendiente hasta el fin y manifestar su condescendencia con sus actos. De esta manera ganaba tiempo para terminar su expedición de las Galias y hacía recaer en sus adversarios la odiosidad de la ruptura de la guerra civil, cosa que era en extremo importante para la mayoría senatorial, para el partido que solo tenía en cuenta los intereses materiales, y aun para sus propios soldados. En estas consideraciones se inspiró su conducta; sin embargo, hizo aprestos militares y los nuevos reclutamientos del invierno del 702 al 703 elevaron a once el número de sus legiones, incluyendo en ellas las dos que Pompeyo le había prestado. Al mismo tiempo, daba su consentimiento expreso y público a las medidas tomadas por el dictador para el restablecimiento del orden en la capital, y rechazaba, como otras tantas calumnias, los avisos de sus más decididos amigos. Felicítándose de ganar tiempo para la próxima catástrofe, cerraba los ojos a todo aquello que no podía ver y toleraba todo lo que podía ser tolerado. Eso sí, mantenía obstinadamente una sola y decisiva exigencia,

legal desde todo punto de vista y según los términos del derecho público de Roma: la de obtener el segundo consulado para el año 706 cuando al final del 705 terminase su proconsulado de las Galias, de acuerdo con el pacto formal del año 698.

PREPARATIVOS DE ATAQUE CONTRA CÉSAR. SE TRATA DE IMPEDIR SU CANDIDATURA CONSULAR

En este terreno se planteó la lucha diplomática. Si César, obligado y contra su voluntad, deponía el *imperium* proconsular antes del último día del año 705, o se retardaba la investidura de su segundo consulado hasta después del 1º de enero del 706, tendría dificultades. Si volvía como simple particular y dejaba pasar algún intervalo entre su antiguo y su nuevo cargo, quedaría así expuesto a una acusación criminal (se sabe que, según los términos del derecho público de Roma, esta no podía ser entablada sino contra el ciudadano no magistrado), que era lo que intentaba Catón, quien estaba dispuesto a hacerlo comparecer en juicio. Como tampoco se podía fiar de la protección de Pompeyo, la opinión pública auguraba al conquistador de las Galias la suerte de Milón. Para conseguir este fin, sus adversarios usaron un expediente muy sencillo. Según la ley electoral vigente, todo candidato al consulado estaba obligado antes de los comicios, es decir, seis meses antes de entrar en el ejercicio de sus funciones, a presentarse personalmente ante el magistrado director de la elección y a solicitar la inscripción de su nombre en la lista oficial de las candidaturas. En las conferencias de Luca se había convenido implícitamente que se exceptuase a César de una medida de pura fórmula, de la cual habían sido dispensados muchas veces los candidatos; pero como aquel tácito acuerdo no había sido confirmado por decreto alguno, y a la sazón Pompeyo disponía de la máquina legislativa, César se hallaba a merced de su rival. Sin embargo, ocurrió una cosa incomprensible: Pompeyo renunció voluntariamente a estas ventajas, que constituían su fuerza, y en el curso de su dictadura dio su consentimiento a una ley tribunicia que confirió a César la dispensa necesaria. Ahora bien, cuando poco tiempo después se promulgó el nuevo reglamento orgánico, se hicieron necesarias y obligatorias la comparecencia personal y la inscripción de los candidatos sin excepción alguna, y no se hizo mención de los ciudadanos que habían sido exceptuados por los plebiscitos anteriores. Por consiguiente, aun cuando el privilegio votado a favor de César se hallaba en toda fórmula de derecho, fue derogado por la ley general más reciente. El procónsul protestó, y, a petición suya, se intercaló en el texto una disposición especial que reparaba la omisión; pero dicha medida no fue sometida a la aprobación del pueblo, y, claro está, no fue otra cosa que una mera interpolación introducida fuera de tiempo en la ley promulgada. Por lo tanto, adolecía del vicio de nulidad. Así, pues,

cuando Pompeyo tenía ya de su parte todas las ventajas, prefirió cederlas para recobrarlas más tarde, encerrándose en una vituperable ilegalidad.

SE PRETENDE LIMITAR EL TIEMPO DE SU PROCONSULADO

Exigir la asistencia de César como candidato era, en verdad, trabajar indirectamente para acortar su proconsulado. A este fin tendían, de una manera directa y clara, las otras medidas legislativas adoptadas al mismo tiempo en materia de cargos. Los diez años de funciones asegurados a César por la ley que el mismo Pompeyo y Craso propusieron (en 699) corrían desde el 1º de marzo del año 695 hasta el último día de febrero del 705, según el cálculo hasta entonces admitido. Como también, según la antigua práctica, todo procónsul o propretor entraba de derecho en la función de su cargo provincial inmediatamente después del año de su consulado o pretura, es claro que el sucesor de César debería ser designado por los magistrados de Roma del año 705 y no por los del año 704, y que no podía inaugurar sus funciones sino a partir del 1º de enero del 706. Por consiguiente, César tenía razón al continuar su gobierno durante los diez últimos meses del año 705. Ciertamente no por virtud de la Ley Pompeya Licinia, sino por efecto de la antigua disposición, según la cual el funcionario, al cumplir su tiempo de mandato, conservaba el *imperium* efectivo hasta la llegada de su sucesor. Pero el nuevo reglamento del año 702 ya no confería el cargo de las provincias a los cónsules y pretores salientes, sino que, por el contrario, solo concedía el derecho de ser elegidos a los magistrados que llevaran por lo menos cinco años sin ejercer funciones. De esta forma ponía un intervalo entre la magistratura civil y el gobierno de las provincias, que antes se sucedían sin interrupción el uno a la otra. En lo sucesivo, las funciones terminaban cuando expiraba el plazo legal, y nada impedía que se enviaran a las provincias los nuevos magistrados. En todo esto se veía que Pompeyo obedecía a su desdichado carácter, y disimulaba y vacilaba en la intriga, revistiéndola singularmente de los artificios del formalismo constitucional, según los catonianos. Mucho tiempo antes los enemigos de César habían preparado las armas que habían de emplear contra él, y adicionaban al cuerpo del derecho público todas aquellas disposiciones que algún día debieran hacerse valer, ya fuese que se enviara un inmediato sucesor a César, o se le quisiera obligar a deponer el *imperium* al terminar la prórroga fijada por la ley que el mismo Pompeyo había hecho, prórroga que expiraba el 1 de marzo de 705, o bien se prefiriese invalidar pura y simplemente las tablillas de votos que se hubieran dado a su favor para el consulado del año 706. Contra este juego César no podía hacer nada actualmente; se calló y dejó correr los acontecimientos.

DEBATES SOBRE EL LLAMAMIENTO DE CÉSAR

Los constitucionales marchaban a paso de tortuga, pero marchaban. Según los términos de la ley, el Senado había de arreglar las provincias para el año 705. Este arreglo debía hacerse a principios del año 703 en lo tocante a los proconsulados, y a principios del 704 en lo relativo a las propreturas; de manera que la deliberación sobre las provincias proconsulares era la primera ocasión propicia que se presentaba para plantear la cuestión del nombramiento de los dos gobernadores nuevos que habían de mandarse a las Galias. Al mismo tiempo, era la oportunidad de que estallara la guerra entre los constitucionales, que reconocían por jefe a Pompeyo, y los parciales y mandatarios de César. Así, pues, se vio al cónsul Marco Marcelo presentar una proposición para que las dos provincias reunidas por entonces bajo la autoridad de César fueran adjudicadas desde el 1 de marzo de 703 a dos consulares, cuyo nombramiento fuera para el año 705. Esto era abrir la válvula por la que debían salir el torrente de enojos y rencores, harto tiempo contenidos; y, en el curso de los debates sobre aquella proposición, los catonianos descubrieron todos sus propósitos y recursos. Para ellos era evidente que el privilegio concedido a César de poder presentarse candidato consular aunque estuviera ausente había sido derogado por los plebiscitos posteriores; y aun cuando el privilegio, añadían, esté escrito en la ley, no ha sido legítimamente intercalado en ella. En su opinión, el Senado solo tenía una cosa que hacer: ordenar al procónsul, toda vez que la conquista de las Galias ya se había terminado, que licenciase sin demora el ejército que actualmente no era necesario. Por lo demás, declaraban que todos los actos de César, tales como la concesión de los derechos de ciudad y las fundaciones de colonias en la alta Italia, eran desde todo punto de vista ilegales y nulos en derecho. Y, uniendo los actos a las palabras, el cónsul Marcelo maltrató a un príncipe notable, miembro de la curia de la colonia cesariana de Como (*Novum Comum*). Este declaró que su ciudad, aun admitiendo que no tuviese los derechos romanos, gozaba al menos de los del Lacio (*jus latinum*), y, por lo tanto, podía aspirar al *jus civitatis*. Sin embargo, se lo hizo azotar, pena que no estaba autorizada contra los ciudadanos. Los partidarios de César, y entre ellos, el más importante, Cayo Vibio Pansa (aunque hijo de un ciudadano proscrito por Sila, se había creado una distinguida posición política luego de haber servido como oficial en el ejército de César y era entonces tribuno del pueblo), sostenían a su vez que la situación de las Galias y la justicia misma exigían no llamar al procónsul antes de expirar el tiempo de su mando, y que convendría dejarlo aún en su gobierno pero nombrándolo cónsul de todas maneras. Para esto debieron citar el ejemplo de Pompeyo, que pocos años antes tenía el título de cónsul y el proconsulado de las Españas, y que aun hoy mismo, sin contar su importante cargo de superintendente de las provisiones de Roma, acumulaba en su persona el gobierno de

España y el de la Italia. Señalaron, además, que incluso había alistado en esta península a todos los hombres aptos para el servicio de las armas, sin que hasta el presente se les hubiera desligado de su juramento.

Como se ve, empezaban a manifestarse los agravios; pero no por ello seguía con más rapidez el proceso. La mayoría del Senado, viendo que se acercaba la ruptura, prolongaba durante meses enteros las sesiones sin llegar a votar, y las grandes vacilaciones de Pompeyo hicieron todavía perder algunos otros. Al fin rompió el silencio, y aunque como siempre usó las reticencias y no dio género alguno de garantías, se puso de parte de los constitucionales en contra de su antiguo aliado. A los cesarianos que pedían la acumulación de cargos en la persona del procónsul les contestó con una lacónica y terminante negativa: «Esto equivaldría a permitir que mi hijo me amenazara con el palo», exclamaba con una grosera dureza de lenguaje. Por consiguiente, se manifestaba partidario de la proposición de Marcelo, al menos en tanto esta se oponía a que César recibiese la investidura del consulado inmediatamente después de terminar su función proconsular. Pero al mismo tiempo dejaba entrever, aunque sin soltar prendas, que quizá se le concediera a César presentar su candidatura en las elecciones para el año 706 y se lo dispensara de comparecencia personal; incluso en rigor podría ser mantenido en su poder provincial hasta el 13 de noviembre de 705. Poco después, este eterno indeciso consintió en que se aplazaran hasta el último día de febrero de 704 los nombramientos de procónsules. Este aplazamiento era reclamado por los parciales de César, fundándose sin duda en una disposición de la Ley Pompeya Licinia, que impedía que se plantease esta cuestión en el Senado antes de comenzar el último año proconsular de César. Así fue que el 29 de septiembre de 703 se resolvió aplazar para el 1º de marzo de 704 los nombramientos proconsulares de las Galias; pero, con respecto al ejército de César, se pretendió disolverlo inmediatamente. Como antes se había hecho con Lúculo por medio de un plebiscito, se decidió que los veteranos pidiesen al Senado sus licencias. Los agentes de César, en tanto pudieron hacerlo por los medios constitucionales, anularon los senadoconsultos valiéndose del veto tribunicio. Pero Pompeyo empleó esta vez un lenguaje más terminante: según él, «los magistrados tenían la obligación de obedecer incondicionalmente, sin que nada pudiera ser obstáculo para ello, ni el veto ni otra solemnidad formal alguna». El partido oligárquico, cuyo órgano fue en lo sucesivo, tampoco disimulaba sus intenciones. Después de la victoria pretendía nada menos que reformar la constitución en el sentido de su interés, y desterrar de ella, sin consideración, todo lo que tuviera cierto sabor de libertad popular. Para comenzar, en la guerra dirigida contra César no se consultó el voto de los comicios. La coalición se había hecho y declarado entre Pompeyo y los llamados constitucionales; y, pronunciada de antemano la sentencia contra César, solo se demoraba el día de la ejecución. En tales circunstancias, se verificaron las elecciones con gran desventaja

de su parte.

CÉSAR TOMA SUS MEDIDAS

Durante todas estas intrigas y preparativos de guerra, César había logrado finalmente sofocar las insurrecciones de las Galias, y reinaba ya en todo el país conquistado la más completa calma. En el verano del año 703, con el aparente pretexto de la defensa de las fronteras, pero en rigor para demostrar que sus legiones no le eran ya necesarias al otro lado de los Alpes, había mandado a una de ellas a la Italia del Norte. Si alguna vez pudo hacerse la ilusión de llegar a un acomodamiento, ahora se desvanecía por completo, pues se veía fatalmente conducido a desenvainar la espada contra sus conciudadanos. Sin embargo, deseando vivamente conservar por algún tiempo todavía su ejército en la Galia apenas sosegada, contemporizó lo mejor que pudo; sabía que la mayoría del Senado estaba animada de un vivísimo deseo de conservar la paz, y por eso abrigaba la esperanza de detenerla en la vía de las hostilidades a la que la precipitaba Pompeyo, aun a pesar suyo. Ningún sacrificio le era costoso para evitar la ruptura que el gobierno de Roma procuraba. Cuando, a instigación de Pompeyo, el Senado (en la primavera del 704) invitó a este y a su rival a que cada uno entregara una legión para continuar la guerra contra los partos, y cuando, en virtud de esta decisión, Pompeyo a su vez le reclamó la legión que le había cedido muchos años antes para mandarla también a Siria, César accedió al punto a esta doble exigencia, pues era imposible discutir la oportunidad del senadoconsulto, ni el derecho en cuya virtud obraba Pompeyo. Por otra parte, a César le importaba poco tener algunos soldados más o menos; mientras que sí tenía gran cuidado de mantenerse dentro de los límites de la legalidad y de las estrictas fórmulas de la constitución republicana. Las dos legiones partieron sin demora y fueron a ponerse a disposición del gobierno, que, en vez de mandarlas al Éufrates, las retuvo en Capua a las órdenes de Pompeyo. De esta forma se le ofreció al público una ocasión más para comparar los esfuerzos hechos por César para impedir la ruptura, con la perfidia de sus adversarios y sus preparativos cada día más belicosos.

CURIÓN

El procónsul tenía, fundamentalmente, su vista fija en lo que pasaba en el Senado. Primeramente había conseguido ganar a uno de los cónsules de aquel año, a Lucio Emilio Paulo, y al tribuno de la plebe, Cayo Curión, uno de los muchos genios perversos de la época. Nadie aventajaba a Curión en la elegancia de sus maneras, en

su fácil y seductor talento, en su espíritu de hábil intriga y en esa fuerza de acción que en las naturalezas enérgicas, pero desarregladas, se manifiesta repentinamente en poderosos arranques al cabo de largas horas de ociosidad. Nadie lo aventajaba tampoco en locas prodigalidades, en habilidad para contraer deudas (las suyas no eran calculadas en menos de sesenta millones de sestercios) y, para decirlo de una vez, en corrupción al intentar vender a César sus servicios, que este había rechazado. Pero la habilidad de que dio pruebas al atacarlo decidió al procónsul a comprarlo: grande era el precio, mas la adquisición bien lo valía. Durante los primeros meses de su tribunado, Curión había figurado como republicano independiente, tronando a la vez contra César y contra Pompeyo. De esa suerte se había conquistado una posición aparentemente imparcial, de la cual supo aprovecharse con una habilidad rara.

DEBATES SOBRE LOS LLAMAMIENTOS DE CÉSAR Y DE POMPEYO. SE VERIFICAN ESTOS LLAMAMIENTOS

Cuando en marzo del año 704 se puso sobre el tapete la cuestión del gobierno de las Galias para el año siguiente, Curión asintió plenamente al senadoconsulto en proyecto, pero al mismo tiempo pidió que se declarase también aplicable a Pompeyo y a los mandos extraordinarios que este ejercía. Esta proposición suya fue un rayo de luz para la muchedumbre y para el vulgo de los políticos. Curión sostuvo que no se podía entrar en la senda constitucional sino aboliendo todos los poderes excepcionales; que Pompeyo, procónsul en virtud de un simple senadoconsulto, podía rechazar mucho menos que César la obediencia al Senado. Agregó además que llamar a uno de los dos generales, y dejar al otro en la plenitud de sus funciones, era agravar el peligro para la República. Su palabra encontró eco en la curia y fuera de ella al añadir que suspendería por su veto constitucional cualquier medida que se refiriera exclusivamente a César. Este, por su parte, aceptó plenamente la proposición del tribuno, y declaró que, si el Senado lo mandaba, estaba pronto a deponer el *imperium* y sus poderes de gobernador provincial en cualquier momento, a condición de que hiciera lo mismo Pompeyo. Al hacer esto no comprometía nada, pues Pompeyo dejaba de ser temible al abandonar el gobierno de la Italia y de España. Por esta razón, el rival de César no podía menos que oponer a la proposición una negativa: «Que César comience —decía—, y yo seguiré su ejemplo». Esta supuesta evasiva produjo muchos descontentos, tanto más cuanto que en ella no se precisaba la época en que había de abdicar sus funciones. Así quedaron las cosas durante muchos meses. Pompeyo y los catonianos veían a la mayoría vacilante y desconfiada, y no se atrevieron a pedir que se votara la proposición de Curión. En cuanto a César, empleó el verano en consolidar la paz en los países que había conquistado, y en pasar una

gran revista a sus tropas en Nemetocena. Había recorrido como en triunfo toda la provincia italiana que le era adicta, y en el otoño siguiente se estableció en Rávena, sobre la frontera meridional de aquella provincia. Como ya no era posible aplazar por más tiempo la proposición de Curión, el debate sobre ella quedó abierto, y el partido de Pompeyo y los catonianos sufrieron una completa derrota. Por una mayoría de trescientos setenta votos contra veintidós, el Senado acordó invitar inmediatamente a los procónsules de las Galias y de España a abdicar sus poderes. Esto causó un gran contento entre los bravos ciudadanos de Roma, en cuanto tuvieron noticia del acto heroico y salvador de Curión. El senadoconsulto fue ejecutado, y Pompeyo y César quedaron obligados a obedecer; pero mientras este se manifestaba pronto a cumplirlo, aquel se negó rotundamente. El cónsul que había presidido el Senado, Cayo Marcelo, pariente de Marco Marcelo y, como él, miembro del partido catoniano, había reprochado amargamente a la mayoría su servilismo. En efecto, era duro ser derrotado así en el propio campo por la falange de los senadores indecisos; pero ¿cómo vencer con un jefe como Pompeyo, que en vez de hablar a los senadores precisa y claramente y dictarles sus órdenes, fundadas en su larga experiencia, había ido por segunda vez a recibir las lecciones de un profesor de retórica para que le enseñara a pulimentar su elocuencia, con el fin de luchar con el brillante y vigoroso talento de Curión?

ES DECLARADA LA GUERRA

Derrotada en pleno Senado, la coalición quedó muy maltrecha. En vano los catonianos habían acometido la empresa de provocar el rompimiento y de comprometer en él a la curia, pues ellos y todos sus propósitos fueron a estrellarse contra aquella imbécil mayoría. En sus conferencias con Pompeyo, este lanzaba las más amargas censuras contra sus jefes de fila, e insistía con energía y con razón sobre los peligros de una paz fingida. Pero, si se trataba de que él por su parte cortase el nudo con un golpe de audacia, bien sabían los catonianos que no podían confiar en un hombre de tal carácter. Es más, sabían que los dejaría abandonados en su empresa, si ellos no la llevaban por sí solos a su término, como lo habían ofrecido. Poco antes, los campeones de la constitución y del régimen senatorial no habían visto más que un vano formalismo en los derechos políticos de los ciudadanos y de los tribunos del pueblo. Hoy, en cambio, se ven en la necesidad de no tener más respeto a los senadoconsultos legalmente votados. ¿Habían de ser estos los que a pesar suyo salvaran al gobierno legítimo, cuando no pudieron salvarlo por su voluntad? El acontecimiento no era una novedad ni un efecto del azar; y, ya antes de Catón y los suyos, Sila y Lúculo habían hecho lo que iba a hacer ahora Marcelo, tomando una

enérgica resolución a despecho del gobierno y sin escuchar otra voz que la que ellos estimaban ser la de su justo interés. Como se ve, la máquina constitucional estaba demasiado gastada. Igual que lo que había sucedido con los comicios durante muchos siglos, el Senado marchaba en el presente como una rueda rota, salida de su eje.

En octubre del año 704 corría el rumor de que César había llamado a la parte de acá de los Alpes a cuatro legiones de la Galia transalpina, y que las tenía acampadas en Plasencia. Aun cuando hubiera sido verdad, este movimiento era perfectamente legal y estaba dentro de las atribuciones del procónsul. En vano Curión demostró en pleno Senado la falsedad de la noticia; en vano la mayoría rechazó la proposición del cónsul Cayo Marcelo que pedía que se diera a Pompeyo orden de salir contra su rival. Lo que ocurrió fue que Marcelo fue a buscarlo acompañado de los dos cónsules catonianos elegidos para el año 705, y, estando los tres de acuerdo y arrogándose un poder soberano, invitaron al general a ponerse sin demora al frente de las dos legiones de Capua y a llamar a las armas a toda la población de Italia que estuviera en disposición de empuñarlas. No puede concebirse mayor ilegalidad en la forma de arrogarse la facultad de declarar la guerra; pero aquel no era tiempo de pararse en formalismos. Por lo tanto, comenzaron los preparativos y aprestos militares, y, para activarlos por sí mismos, Pompeyo salió de Roma en diciembre del año 704.

ULTIMÁTUM DE CÉSAR. ÚLTIMOS DEBATES EN EL SENADO

Finalmente, César había conseguido que sus adversarios tomaran la iniciativa y que recayera sobre ellos la responsabilidad de la guerra civil. Al mantenerse con resolución en el terreno legal, había obligado a Pompeyo a inaugurar las hostilidades, y ahora lo hacía ya no como el mandatario del gobierno legítimo, sino como el general de una minoría abiertamente revolucionaria que se imponía a la mayoría por el terror. Tal resultado no dejaba de ofrecer su gravedad, aunque no porque el instinto de las masas se engañara o pudiera engañarse en este punto. En la lucha que se aproximaba lo que se ventilaba era una cosa muy diferente a una cuestión de formalidad legal; sin embargo, una vez declarada la guerra, a César le convenía comenzar las hostilidades lo más pronto que le fuera posible. Sus enemigos apenas habían comenzado a hacer sus aprestos militares y la misma capital estaba indefensa. En diez o doce días podía reunirse allí un ejército tres veces más numeroso que las tropas cesarianas de la alta Italia. Ahora bien, a César no le era imposible apoderarse por sorpresa de Roma, ocupar también la propia Italia en una marcha rápida de invierno, y privar al enemigo de sus mejores recursos antes de que pudiera aprovecharlos. Curión, siempre previsor y enérgico, había acudido a Rávena, al lado de César, al momento que salió del tribunado (el 10 de diciembre de 704). Allí le dio

cuenta de su situación, aunque esto no era necesario para convencerlo de que retardar más las operaciones perjudicaba su causa. Para no dar lugar a las acusaciones de sus adversarios, no había querido llamar sus tropas a Rávena. Entonces ahora lo primero que tuvo que hacer fue dar a su ejército la orden de atravesar a marchas forzadas la Galia transalpina y esperar luego en Rávena la legión que estaba estacionada más cerca de él. Entre tanto, mandó su ultimátum a Roma. En este documento no pedía grandes ventajas, antes bien comprometía más a sus adversarios ante los ojos de la opinión al dar pruebas de una extremada condescendencia. Quizás, al verlo así, vacilante, sus enemigos pusieran menos diligencia en los aprestos militares. En él, César abandonaba sus anteriores exigencias con respecto a Pompeyo; ofrecía dejar el gobierno de las Galias en la época que el Senado señalase y licenciar ocho de sus diez legiones. Se manifestaba satisfecho si se le dejaba el mando de la provincia cisalpina y de la Iliria con una sola legión, o de la transalpina con dos, y esto, ya no hasta la toma de posesión del consulado, sino solamente hasta el fin de las elecciones para el año 706. Así, por este convenio, se conformaba con las proposiciones que el partido senatorial y el mismo Pompeyo habían declarado suficientes al comenzar las negociaciones. Por último, manifestó que, una vez hecha su elección, estaba dispuesto a esperar en la vida privada la posesión de su nuevo cargo. ¿Era sincero al hacer estas peregrinas concesiones? ¿Contaría con mejorar su causa al manifestar tanta generosidad con Pompeyo? ¿Tendría la confianza de que los pompeyanos habían adelantado ya mucho, como para no ver en estos nuevos ofrecimientos la evidente prueba de que él mismo consideraba su causa totalmente perdida? Nada podríamos afirmar de cierto acerca de estos puntos. Según todas las apariencias, César más bien cometía la falta de arriesgarse en una temeraria empresa, que la más grave de prometer sin ánimo de cumplir lo prometido. En mi opinión, si por rara casualidad sus proposiciones hubieran sido aceptadas, habría cumplido su palabra. Curión, portador de aquellas, se atrevió a penetrar en el antro del león. En tres días recorrió el camino de Rávena a Roma, y en el momento mismo en que los nuevos cónsules, Lucio Léntulo y Cayo Marcelo el Joven, convocaban el Senado por primera vez (1 de enero de 705), él se presentaba ante la asamblea, llevando la misiva escrita por el procónsul de las Galias. Los dos tribunos del pueblo pidieron su lectura inmediata. Uno de ellos era Marco Antonio, uno de los héroes de la crónica escandalosa de la ciudad, amigo y camarada de Curión, y que había vuelto de los ejércitos de Egipto y de las Galias con reputación de excelente oficial de caballería. El otro era Quinto Casio, antiguo cuestor de Pompeyo; durante la ausencia de Curión, ambos representaban en Roma los intereses de César. Estos pusieron en grave apuro a los cónsules, y su proposición triunfó sobre todas las resistencias. Las palabras terminantes y severas de César causaron honda impresión: armado de la irresistible fuerza de la verdad, hacía ver la guerra civil inminente, el deseo de paz que animaba

a todos los ciudadanos y el excesivo orgullo de Pompeyo. Contrastaba con esto su propia condescendencia y el acuerdo que todavía proponía, tan moderado, que no había podido menos que sorprender a sus mismos partidarios. Por última vez, lo declaraba sin ambages, tendía la mano a sus adversarios. A pesar de los soldados de Pompeyo que ya llegaban en gran número, y a pesar también del temor que ellos inspiraban, la intención de la mayoría no era dudosa. Sin embargo, no se le permitió manifestarse. En vano César pidió una vez más que los dos procónsules fueran obligados a abdicar juntamente sus poderes; en vano, en su ultimátum, entraba en una nueva vía de proposiciones. En vano también Marco Celio Rufo y Marco Calidio manifestaron que convendría que Pompeyo saliera inmediatamente para la provincia de España; los cónsules que presidían la sesión se negaron, en cuanto de ellos dependía, a que se pusieran a votación estas proposiciones. Uno de los más enérgicos del partido, que estaba menos obcecado que los otros y que confiaba menos en los auxilios militares de los que se disponía, propuso que se prorrogase el debate y que se esperase el momento en el que todas las milicias de Italia, armadas y reunidas, pudieran defender el Senado. Sin embargo, tampoco esta proposición logró ser votada. Pompeyo declaró a través de Quinto Escipión, su órgano habitual, que había llegado para él el día de tomar por su cuenta la causa del partido, y que si se aplazaba aquella empresa lo abandonaría todo. El cónsul Léntulo manifestó a su vez, sin género alguno de reservas, que no se trataba ya de esperar la resolución del Senado; que, si este persistía en su servilismo, Pompeyo estaba resuelto a obrar y a seguir adelante con su empresa, acompañado de sus poderosos amigos. Finalmente, la mayoría obedeció bajo la impresión del miedo, y resolvió que en un día determinado y próximo César entregase el mando de la provincia transalpina a Lucio Domicio Ahenobarbo, el de la cisalpina a Marco Servilio Noniano, y que licenciase su ejército so pena de incurrir en el delito de alta traición. Los tribunos amigos de César interpusieron su veto, y en la misma curia, según ellos cuentan, se vieron amenazados por las espadas de los soldados pompeyanos. Finalmente tuvieron que huir de Roma disfrazados de esclavos para salvar sus vidas. El Senado, dócil en extremo, calificó de tentativa revolucionaria su oposición estrictamente constitucional, declaró que la patria estaba en peligro, llamó a las armas a todos los ciudadanos según las fórmulas acostumbradas, y confió su dirección a los magistrados de la República que se habían mantenido fieles a la causa pompeyana.

CÉSAR ENTRA EN ITALIA

La medida estaba ya colmada. Cuando César supo por boca de los tribunos que se refugiaron en su campamento la acogida que habían obtenido en Roma sus últimas

proposiciones, no vaciló más. Reunió a los soldados de la decimotercia legión, recientemente llegados a Rávena de sus acantonamientos de Tergisto (Trieste), y los puso al corriente de todo lo que pasaba. En este momento decisivo y terrible de su vida, de la vida del mundo puede decirse, no es ya solamente el gran conocedor del corazón humano el que se nos ofrece; no es ya el hombre que ejerce un poderoso dominio sobre las almas, o el preclaro genio cuya elocuencia despide rayos de luz. Tampoco es solamente el jefe del ejército liberal con sus gentes, ni el capitán victorioso que sabe hablar en su lenguaje a los soldados llamados por él al campo de batalla, y que, arrebatados por el entusiasmo cada día mayor que les inspira, han seguido sus estandartes durante ocho años. Ahora es el hombre de Estado el que habla, enérgico y consecuente consigo mismo; es el representante de las libertades populares durante veintinueve años, tanto en la buena suerte como en la mala. Por la causa abrazada afrontó el puñal de los asesinos y el odio de la aristocracia; la espada del germano y las olas del mar grande, sin retroceder jamás y sin vacilar nunca. Este es el que poco antes destruyó la constitución de Sila, el que abatió el régimen senatorial y el que, tomando por su cuenta la democracia, hasta entonces desarmada y sin defensa, le ha conquistado su escudo y sus armas en los combates al otro lado de los Alpes. Por su parte, aquel público al cual se dirigía no era tampoco el público de Clodio, ahogado desde hacía mucho tiempo bajo las cenizas de su antiguo entusiasmo republicano, sino hombres jóvenes de las milicias de las ciudades y aldeas de la alta Italia. Acababan de abrir su inteligencia a la pura y poderosa idea de las libertades civiles, y estaban dispuestos a luchar y aun a morir en defensa de su nueva fe. Ellos y su patria les debían a César y a la revolución por él inaugurada el derecho de ciudadanía romana que tantas veces les había sido negado por los gobernantes de la capital. Sabían además que, si César era derrotado, ellos volverían a caer bajo el régimen duro y opresor en el que antes vivían. Los hechos servían de fundamento a este temor: ¿qué fue la oligarquía para los transpadanos sino una serie de inauditas crueldades? A tal auditorio, tal orador. César, después de exponer los hechos, dice: «¿Qué recompensa prepara la nobleza romana al ejército victorioso y a su jefe por la conquista de las Galias? Despreciados los comicios y hallándose el Senado bajo la impresión del terror, a todos se nos impone el deber sagrado de defender con las armas en la mano esa institución del tribunado, preciosa garantía arrancada a los nobles por la fuerza hace más de quinientos años, por los antepasados del actual pueblo de Roma; debemos fidelidad al juramento hecho por esos mismos antepasados, en su nombre y en el de sus descendientes, de sostener todos, hasta el último y hasta la muerte, la magistratura por ellos fundada. En cuanto a mí, jefe y general del partido democrático, si los he llamado ahora a las armas, es porque he agotado todos los recursos pacíficos, habiendo ido hasta el extremo límite de las concesiones. Los soldados salidos del pueblo me seguirán en esta última lucha,

inevitable y decisiva, contra aquella nobleza tan odiada como despreciable, tan pérfida como incapaz, tan incorregible como ridícula». No hubo un solo oficial, no hubo un solo soldado que no se sintiera arrastrado por las palabras de su jefe. Se dio la orden de enarbolar los estandartes, y César, al frente de la vanguardia de su ejército, pasó el Rubicón, pequeño río que separaba la provincia a su mando de la propia Italia, y que el procónsul de la Galia no podía atravesar sin violar la ley. Después de nueve años de ausencia, pisó el suelo de la patria, y la suerte quedó echada.

X

BRINDISI, ILERDA, FARSALIA Y THAPSUS PODER DE LOS DOS RIVALES

Así, pues, las armas iban a decidir cuál de los dos autócratas, poco antes asociados, sería en adelante el árbitro de los destinos de Roma. En este momento en que va a comenzar la guerra, conviene que veamos cómo se estableció entre ellos el equilibrio de las fuerzas.

CÉSAR ES SOBERANO EN SU PARTIDO. LABIENO

El poder de César tenía su fundamento, ante todo, en el dominio que ejercía sobre su partido. Pura concentración de las ideas monárquicas y democráticas, su imperio era algo más que la obra de una coalición formada por el acaso, y que el acaso podía también destruir. Tenía sus raíces en lo más profundo de la democracia no representativa, y en él ambas ideas encontraban su más alta y acabada expresión. Tanto en la política interior como en los asuntos de la guerra, César lo resolvía todo por sí y sin apelación; y cualquiera que fuese la estima en que tuviera a tal o cual instrumento, útil ciertamente, siempre era un instrumento del que disponía. Marchaba al frente de su partido sin colega ni rival, y sin tener a su lado más que ayudantes de campo militares y civiles juntamente; ellos, salidos casi todos de las filas del ejército y educados en la escuela del soldado, obedecían sin preguntar ni la razón ni el objeto de una orden. Así, en el momento decisivo en que estalló la guerra civil, todos, oficiales y soldados, se presentaron pasivamente sometidos. En realidad, todos menos uno, cosa que demuestra el dominio de César sobre sus soldados, pues el único que opuso resistencia era precisamente el primero de sus lugartenientes. Tito Labieno había compartido con él las duras fatigas de los tiempos de la conjuración de Catilina y las inmarcesibles glorias de la conquista de las Galias. Por lo general, había ejercido mandos independientes y tenido a sus órdenes la mitad del ejército; y, como era indisputadamente el más antiguo, el más hábil y, hasta entonces, el más fiel de los auxiliares del procónsul, era también el más distinguido y considerado. En el año 704, César le había confiado el mando de la provincia cisalpina, ya fuera porque quisiera confiar sus puestos avanzados a las manos más expertas y seguras, o que creyera valerse de los servicios de su lugarteniente para su candidatura consular. Sin embargo, Labieno entró en inteligencia con el partido contrario, y, cuando se dio principio a las hostilidades, en vez de unirse al cuartel general de César, se pasó al de Pompeyo, de forma tal que durante toda la guerra peleó con inaudito encarnizamiento

contra su antiguo general y amigo. Escasas noticias tenemos sobre el carácter de este hombre y sobre su defección; pero al menos resulta de aquí para nosotros la convicción de que César no podía contar con sus generales como con sus simples capitanes. Según todas las apariencias, Labieno, como muchos otros, unía el mérito militar a la incapacidad completa como hombre de Estado. De hecho, nos recuerda a aquellos mariscales de los que tanto abunda la epopeya napoleónica, y de quienes nos suministra un ejemplo tragicómico. Cuando por desgracia tales hombres toman parte en la política, de buen grado o por la fuerza, se apodera de ellos el vértigo y los arrastra. Sin duda, Labieno se había creído llamado a la par de César para representar también el papel de jefe del partido democrático, pero, al verse rechazado, se había arrojado en brazos de la facción enemiga. Fue entonces cuando se vieron los graves inconvenientes del sistema de César. Como sus lugartenientes estaban en posición de absoluta independencia los unos respecto de los otros, no dejó que se elevara alguno que pudiera aspirar a un mando separado; pero, como era de prever, al encenderse y desarrollarse la guerra actual en todas las provincias, y en toda la extensión del vasto Imperio Romano, había de tener gran necesidad de hombres que lo ayudaran en su empresa. Sin embargo, me atrevo a decir que estos inconvenientes tenían una completa compensación en una primera e inmediata ventaja, que César consiguió a ese precio: esa ventaja era la unidad en la suprema dirección de las operaciones militares.

EL EJÉRCITO DE CÉSAR

Esta unidad de mando se manifestaba en toda su fuerza por la misma eficacia de los instrumentos empleados. En primer término se presentaba el ejército: constaba todavía de nueve legiones de infantería (cincuenta mil hombres o más), en las que todos habían tenido enfrente al enemigo, y cuyas dos terceras partes habían hecho toda la campaña de las Galias. La caballería se componía de soldados llegados de la Germania y de Noricum, probados y amaestrados en las luchas contra Vercingetorix. Una guerra de ocho años sostenida en medio de mil vicisitudes contra la nación de los celtas, que si bien era inferior a los italianos desde el punto de vista militar era seguramente belicosa, había proporcionado al procónsul la ocasión de dar a sus tropas la organización que solo él era capaz de llevar a cabo. Todo servicio útil supone en el soldado vigor físico: César, al hacer los reclutamientos, exigía ante todo fuerza y agilidad corporales, pues, para este propósito, la bondad y la moralidad solo eran consideradas por él como condiciones secundarias. Un ejército no es más que una máquina inteligente, cuyas condiciones esenciales para funcionar bien son la facilidad y la rapidez de sus movimientos. Siempre dispuestos a levantar el campamento en

cualquier ocasión, corriendo más que marchando, los soldados de César alcanzaron la perfección desde este punto de vista. Si había quizá quien los igualase, no había quien los aventajase; y, como era natural, el valor era la virtud que entre ellos recibía más alto galardón. César poseía maravillosamente el arte de inspirar a sus soldados el espíritu de disciplina y el ardor de la rivalidad militar. Para los mismos que quedaban rezagados, los grados y las recompensas otorgadas a tal soldado aislado, o a tal sección de legión, constituían la necesaria jerarquía de los valientes. Los acostumbraba a no temer nada, y, cuando podía hacerlo sin grave peligro, les ocultaba la inminencia del ataque o del combate y los ponía de pronto enfrente del enemigo. A la par que valor, exigía obediencia: el soldado obraba según la orden de su jefe, sin saber por qué ni cómo, y se le imponían muchas fatigas inútiles, tan solo para que se acostumbrase a la dura escuela de la sumisión ciega y pasiva. La disciplina era rigurosa, pero no insoportable. César, inflexible ante el enemigo, daba rienda suelta a sus gentes en las demás ocasiones, y sobre todo después de la victoria. Entonces le permitía a todo buen soldado que usara perfumes, armas brillantes y otras cosas parecidas; y si se cometía cualquier brutalidad, incluso una violencia más grave, César se hacía el desentendido siempre que la cosa no afectara el servicio militar. Así, toleraba los excesos de los desenfrenados placeres y hasta los excesos criminales, sin prestar oídos a las quejas de las provincias que de ellos habían sido víctimas. En cambio, jamás obtenían su clemencia las sediciones, ya fuesen sus promovedores soldados aislados, o fuese un cuerpo entero el culpable. Ahora bien, para un verdadero soldado no basta ser activo, valiente y sumiso; es menester que lo sea voluntaria y libremente, si se me permite decirlo así, y no es dado sino al genio imprimir un poderoso y vivo movimiento a esta máquina animada que dirige por las esperanzas y, ante todo, por la conciencia que ella tiene de su misma utilidad. Para exigir valor a sus gentes, es fuerza que el capitán haya enfrentado con ellos los peligros; y en cuanto a esto, ¿no había César desenvainado más de una vez la espada? ¿No había combatido a la par de los más bravos? En cuanto a fatigas y a incesante actividad, de nadie exigía tantas como él soportaba y revelaba, ni mucho menos; y, además, ponía cuidado en que la victoria, siempre e inmediatamente útil al general, ofreciese al soldado gran cosecha de esperanzas y de lucros. Como en otra parte hemos dicho, sabía también inspirar a los suyos el entusiasmo democrático, si es que en aquellos tiempos prosaicos podía despertarse todavía un entusiasmo cualquiera. Así, a las milicias transpadanas les mostraba la región donde habían nacido, diciéndoles que estaba llamada un día a gozar de la igualdad civil con los demás países de la propia Italia. Dicho está que no faltaban tampoco recompensas materiales a sus tropas, tanto particulares, otorgadas a raíz de un esclarecido hecho de armas, como otras más generales concedidas a los buenos y experimentados soldados. En suma, los oficiales estaban dotados, los legionarios recibían recompensas, y ante su

vista se ofrecía la perspectiva de larguezas con profusión para después de la victoria. Pero, en lo que César no tenía igual como general en jefe, era en el arte de infundir en todas las ruedas de su inmensa máquina guerrera, tanto en las más delicadas como en las más insignificantes, la conciencia de su verdadera función. El hombre ordinario está destinado a obedecer y sufrir, y no se rebela contra su destino cuando se siente bajo el dominio de su señor; por esto, la mirada de águila del general, atenta a todas partes y a todas horas fija, dominaba el ejército. Imparcial y justo en el castigo y en la recompensa, mostraba también a la actividad de cada uno los mejores medios que debía seguir para conseguir el interés común. Jamás exigió el estéril sacrificio, ni derramó inútilmente la sangre del más débil de sus soldados; a cambio, les pedía una adhesión sin reservas y hasta la muerte si era necesario. Aunque sin descubrir todos los medios y el móvil de sus designios, no le desagradaba que hubiera entre sus gentes algo así como un presentimiento de la situación política y militar; allí todos lo saludaban como general y como hombre de Estado, y su ideal lo era también para todos. César no los trataba como iguales, sino como hombres que tenían derecho a la verdad y que eran capaces de entenderlo; por eso debían confiar en las seguridades y promesas de su jefe, sin temor de ser engañados y sin cuidarse de los rumores que circulaban. Los trataba como antiguos camaradas de campaña y de victorias, y quizá no hubiera uno solo a quien no conociese por su nombre, o que de una u otra manera no estuviese ligado a él por algún lazo personal. En medio de todos estos buenos camaradas, César andaba plenamente confiado; conversaba y se regocijaba con ellos y les daba pruebas de aquella cortés y alegre familiaridad, propia de su genio. Si ellos estaban obligados a obedecerlo, a cambio él tenía que devolverles servicio por servicio; debía vengar sus muertes o los agravios que sufrieran, puesto que esa era su deuda más sagrada. Quizá no haya existido jamás en el mundo un ejército que fuera, tan completamente como este, lo que es menester que sea todo ejército: un instrumento a propósito para su fin, en el que todo concurre voluntariamente a disposición de un jefe, que pone en él su propia fuerza y sus medios de acción. En realidad, las legiones de César eran y se sentían tan fuertes como el enemigo con quien tenían que habérselas, diez veces mayor que ellas en número. También hay que considerar que en los buenos días de la táctica romana, en los que el combate cuerpo a cuerpo y con la espada tenía una principal importancia, los legionarios ejercitados en él aventajaban a los reclutas mucho más de lo que sucede en la táctica moderna^[1]. Y cuando ya su bravura les daba una incuestionable ventaja sobre cualquier adversario, su inquebrantable fidelidad para con César los colocaba, en concepto del enemigo mismo, a una altura a la que el otro no podía llegar. Por último, un hecho inaudito en la historia fue cuando César los exhortó a que lo siguieran por la senda de la guerra civil: ningún soldado ni oficial romano lo abandonó, excepto Labieno, del que ya hemos hablado. Con esto las esperanzas de sus enemigos quedaron

desvanecidas, pues contaban con la deserción en masa de las huestes del procónsul, de la misma forma que quedaron también burlados cuando poco antes pretendieron disolver su ejército, a ejemplo de lo que habían hecho con el de Lúculo. El mismo Labieno llegó al campamento de Pompeyo sin un solo legionario, y sin llevar detrás de él más que una escolta de jinetes celtas y germanos. Como si los soldados de César quisieran hacer ver que en la guerra civil se hallaban tan interesados como su propio general, decidieron entregarle hasta el fin de la campaña el sueldo doble que les había ofrecido al comenzar las hostilidades, y también subvenir a sus expensas las necesidades de los más pobres. De esta forma, cada oficial de tropa se encargó de sostener a un jinete de estos.

PAÍSES QUE DOMINABA CÉSAR. LA ALTA ITALIA, LA PROPIA ITALIA Y LAS PROVINCIAS

César disponía de todo lo que, en primer término, necesitaba: tenía el poder absoluto, militar y político, y un ejército seguro y excelente para pelear. Sin embargo, su poder no se extendía más que a un reducido territorio. Su principal punto de apoyo consistía en la alta Italia, la más poblada de todas las regiones de la península, y que además estaba consagrada a la causa democrática como a la suya propia. Si se quiere de ello una prueba, véase el heroísmo de aquel puñado de reclutas de Opitergium (Oderzo en el Trevisan), que al ser sorprendidos al principio de la guerra en una débil balsa en las aguas de Iliria, y quedar rodeados por todas partes por las galeras enemigas, resistieron todo el día hasta la puesta del sol y sufrieron una nube de dardos sin rendirse, hasta que al entrar la noche se dieron muerte los que no habían sido pasados por las flechas. De una población de ese tipo podía esperarse todo; y aun cuando ya había facilitado a César los medios para duplicar su ejército, cuando estalló la guerra civil y se ordenaron las levadas en gran escala, envió soldados en crecido número. En la propia Italia, por el contrario, la influencia de César fue mucho menor que la de sus adversarios. Y aunque por sus hábiles manejos hiciera prevaricar a los catonianos, aunque supiera defender su buen derecho y ganar las conciencias de todos los que solo deseaban un pretexto, los unos para mantenerse neutrales (como hizo la mayoría senatorial), y los otros para abrazar su causa (como hicieron sus legiones y los transpadanos), la mayor parte de los ciudadanos romanos le fueron hostiles. Desde el mismo día en que se dirigió contra Roma, y a pesar de todas sus invocaciones a la forma legal, no vieron en él más que un demócrata usurpador. Para ellos, Pompeyo y Catón eran los verdaderos defensores de la República y de la ley. ¿Qué podían esperar del partido de César? ¿Acaso el sobrino de Mario, el yerno de Cina, el antiguo asociado de Catilina no iba a renovar los horrores de la época del primero y a

abrir las saturnales de la anarquía que poco antes había inaugurado el último? Por otra parte, estas perspectivas le atrajeron un gran número de aliados: los desterrados políticos acudieron a él en tropel, las gentes de mal vivir lo saludaban como su libertador, y, a la noticia de su marcha, estaban en gran agitación las últimas capas de la plebe en Roma y fuera de ella. Ahora bien, todos estos nuevos amigos eran más peligrosos que los verdaderos enemigos. Las provincias y los Estados tributarios obedecían mucho menos que la Italia a la influencia de César. Si bien la Galia transalpina hasta el Rin y el Canal estaba toda bajo sus órdenes, y los colonos de Narbona y los otros ciudadanos que allí se hallaban establecidos le eran adictos en forma absoluta, harto sabía que, por otra parte, en esta misma provincia de Narbona los constitucionales tenían también numerosos partidarios, y que, en la próxima guerra civil, sus recientes conquistas serían para él una carga en vez de una ventaja. En consecuencia, hartas razones tenía para no reclamar infantería a los galos y para no servirse de su caballería sino con parsimonia. Por lo demás, no había omitido nada para obtener el apoyo de los Estados vecinos o independientes. De hecho, los había obligado de mil maneras: haciendo riquísimos presentes a los príncipes, erigiendo en las ciudades grandiosos monumentos, o, por último, facilitándoles recursos en hombres y en dinero, según las necesidades de cada uno. Y, a pesar de todo esto, la utilidad de estas medidas distaba mucho de responder a los esfuerzos hechos. En realidad César no había podido entablar relaciones provechosas más que con algunos jefes establecidos sobre el Rin y el Danubio, por ejemplo con Voccio, rey de la Norica, cuya caballería había venido a ponerse a sueldo.

LA COALICIÓN

César entraba en campaña como simple procónsul de las Galias, y tenía por únicos medios de acción lugartenientes hábiles, un ejército fiel y una provincia adicta. Por el contrario, de Pompeyo podía decirse al comenzar la guerra que en realidad era el jefe de toda la República, y que tenía a su disposición todos los recursos de gobierno en el inmenso Imperio de Roma. No obstante, por grande que pareciera su situación militar y política, era menos clara y sólida que la de su rival. La unidad de dirección, ventaja suprema que la misma fuerza de los acontecimientos daba a César, no podía existir en manera alguna en la coalición; y Pompeyo, demasiado buen soldado como para hacerse ilusiones sobre este punto capital, se esforzó desde un principio por imponer en todas partes su autoridad. Así, se hizo nombrar único generalísimo de mar y tierra con los más ilimitados poderes; aunque, ciertamente, estos eran nominales. En realidad no podía prescindir del Senado ni negarle la influencia preponderante en la política; y tampoco podía oponerse en las operaciones de la guerra a injerencias

doblemente enojosas, ya que los senadores escogían el momento y la ocasión de ella. Por un lado, estaba el recuerdo de aquella lucha de veinte años entre él y los constitucionales, lucha en la cual ambas partes habían peleado con encarnizamiento; y, por otro, la profunda convicción en el ánimo de todos, y por todos mal disimulada, de que al día siguiente de la victoria vendría como primer acto la ruptura entre los vencedores. Además, estaba el desprecio recíproco y hartamente merecido con que se miraban los unos a los otros; la molesta muchedumbre de hombres ilustrados e importantes en las filas del partido aristocrático, y, del otro lado, la incurable inferioridad intelectual y moral del mayor número. Todo esto producía en las filas pompeyanas un conjunto de elementos antipáticos y refractarios que estorbaban la acción común, a la vez que contrastaban lastimosamente con la concordia y la poderosa concentración que reinaban en el otro campo.

PAÍSES QUE PERTENECÍAN A LA COALICIÓN. JUBA, REY DE NUMIDIA

Por consiguiente, en el campo pompeyano se sufrían en grado muy alto todos los inconvenientes de que adolecen las coaliciones formadas entre poderes enemigos, y, sin embargo, la anticesariana no dejaba de ser en extremo poderosa. Dueña indisputable de los mares, poseía también todos los puertos, todos los barcos y todo el material naval. Por otra parte, las dos Españas, dotación militar de Pompeyo, con el mismo título que las Galias lo eran de César, se le mostraban fieles y adictas, y estaban mandadas por lugartenientes hábiles y de confianza. Además, en todas las demás provincias, exceptuadas las dos Galias, las preturas y propreturas habían sido confiadas en el curso de los últimos años a jefes también de confianza, gracias a hechuras de Pompeyo o de la minoría senatorial. Y, en cuanto a los Estados tributarios, todos abrazaron con energía el partido contra César. Los más importantes príncipes y las grandes ciudades, en contacto frecuente con Pompeyo en los periodos anteriores de su activa carrera, estaban ligados a él por vínculos personales y estrechos. Compañero de armas de los reyes de Numidia y de la Mauritania, durante las guerras de Mario había repuesto en su trono al primero de ellos; mientras que en el curso de las guerras contra Mitrídates había restablecido a los reyes del Bósforo, de Armenia, de Capadocia y a una multitud de otros principillos espirituales y temporales, y también había creado un reino gálata para Deyotaro. Por último, uno de sus generales había llevado hacía poco y por orden suya la guerra al Egipto, y allí había restaurado el Imperio de los Lágidas. Hasta la ciudad de Marsella, ubicada en la misma provincia de César, y a quien estaba obligada por muchos favores que de él había recibido, también había obtenido de Pompeyo durante la guerra sertoriana

considerables aumentos de territorio. En ella era muy poderosa la oligarquía, que se hallaba naturalmente unida a la romana por mil estrechos vínculos. Y, como si ya no bastaran contra César tantas alianzas y lazos personales, aquella aureola de victoria conseguida por Pompeyo en los tres continentes era una aureola que oscurecía la gloria del conquistador de las Galias. Pero además ¿no era el nombre de este el de un heredero de Cayo Graco, conocido hasta en las más apartadas regiones por la audacia de sus ideas y de sus proyectos sociales, que consideraba necesaria la reunión de los Estados libres a Roma, y que sostenía la utilidad de la colonización en las provincias? Entre los monarcas independientes, ninguno se veía tan amenazado como Juba, rey de los númidas, que anteriormente, mientras vivía su padre Hiempsal, había tenido gravísimas diferencias con César. Cayo Curión, por otra parte, ese mismo Curión que ahora ocupaba el primer puesto entre los lugartenientes del procónsul, no mucho tiempo atrás había propuesto al pueblo la anexión pura y simple del reino africano. Y, si un día se veía tomar parte en la lucha a los pueblos y príncipes vecinos, el único rey que era a la sazón poderoso, el de los partos, acababa de firmar un tratado de alianza con el partido oligárquico; de hecho, Bíbulo y Pacoros se hallaban negociándolo en la frontera. César, por el contrario, era demasiado grande y demasiado romano como para entrar jamás en tratos con los vencedores de Craso, su amigo y su colega, llevado por un interés de partido.

ITALIA HOSTIL A CÉSAR

Ya hemos dicho que en Italia se le manifestaba hostil la gran mayoría de los ciudadanos. Al frente de la oposición primero estaban los aristócratas y luego la gente acaudalada, no menos prevenida contra el procónsul, puesto que con las reformas completas que César había proyectado no podrían conservar sus tribunales jurados asequibles a la pasión de partido, ni el monopolio que ejercían en las exacciones financieras. La causa democrática tampoco contaba partidarios entre los pequeños capitalistas, ni entre los propietarios de fundos, ni, en general, entre las clases que tenían algo que perder. Estas clases sociales, a decir verdad, no se cuidaban de otra cosa que de poner sus intereses a buen recaudo o de hacer la recolección de las semillas y de las mieses.

EL EJÉRCITO DE POMPEYO

El ejército que Pompeyo iba a mandar se componía principalmente de las tropas de España, siete legiones acostumbradas a la guerra y fuertes en todos los aspectos, pero

además podría agregar a ellas diversos cuerpos estacionados entonces en Siria, en Asia, en Macedonia, en África, en Sicilia y en otras partes, si bien eran flojos por lo general y se hallaban a gran distancia. En Italia todavía no tenía a sus órdenes, y dispuestas a entrar en batalla, más que a las dos legiones que poco antes había reclamado a César, cuyo efectivo no excedía los siete mil hombres y su fidelidad era algún tanto sospechosa. Estas dos legiones alistadas en la Galia cisalpina habían servido durante largo tiempo a las órdenes de César, pero luego habían sido víctimas de una pérfida intriga que las había hecho pasar de uno a otro cuerpo. Ahora no ocultaban su enojo, y se agitaban ante el recuerdo de su antiguo general, que en el momento de separarse de ellas había pagado con generosidad su deuda y distribuido a los soldados las recompensas que les tenía ofrecidas para el día del triunfo. Las legiones de España podían fácilmente llegar a Italia para la primavera, ya por tierra, atravesando la Galia, ya por mar. Antes de esto, nada más fácil que llamar a las armas a los hombres de las tres legiones del alistamiento del año 699, que estaban para licenciarse, y a los de los reclutamientos de Italia del año 702, que ya habían prestado juramento. De esta forma, sin contar las seis legiones de España y los cuerpos repartidos en las otras provincias, Pompeyo podía disponer desde el principio, y solo en Italia, de una fuerza total de diez legiones, o sea, de sesenta mil soldados aproximadamente^[2]. Ciertamente no exageraba al decir que no tenía más que golpear con el pie el suelo de Italia, para que al punto brotaran de él jinetes e infantes. Convengo en que necesitaba un plazo, por corto que fuera, para movilizar a toda su gente. Sin embargo, por todas partes se trabajaba ya con actividad, ya fuera completando los antiguos cuadros o llamando los nuevos alistamientos decretados por el Senado el día de la ruptura. Inmediatamente después del voto del senadoconsulto, que había dado la señal de la guerra civil (7 de enero del año 705) en mitad del invierno, los hombres más importantes de la aristocracia habían salido en todas direcciones para activar los reclutamientos y las remesas de armas. Se sentía en extremo la falta de caballería, que por lo general se sacaba de las provincias, y especialmente de los contingentes celtas; así que, como era necesario a todo trance formar un primer núcleo, se valieron para ello de trescientos gladiadores que César tenía en las escuelas de esgrima de Capua. Pero la medida excitó un descontento tan grande que Pompeyo tuvo que licenciarlos y poner en su lugar a trescientos esclavos pastores de las campiñas de Apulia. Como de ordinario había escasez de dinero en el Tesoro, para proveer a esta necesidad se apoderaron de todo el numerario que había en las cajas de la ciudad y de los tesoros de los templos de las municipalidades.

CÉSAR TOMA LA OFENSIVA

En estas circunstancias comenzó la guerra en los primeros días de enero del año 705. César no tenía a sus órdenes más que a una sola división de cinco mil infantes y trescientos caballos, pronta a entrar en campaña, y con ella se hallaba en Rávena, aproximadamente a cincuenta millas (equivalentes a ochenta leguas alemanas) de Roma por la gran calzada pública. Pompeyo tenía dos reducidas legiones acantonadas en Luceria (siete mil hombres de infantería y un escuadrón de caballería), a las órdenes de Apio Claudio, más o menos a igual distancia de la capital y también en la dirección de la Gran Vía. Las demás tropas de César (y no hablo aquí de los contingentes y de los nuevos reclutas que se estaban organizando) todavía acampaban: una mitad sobre el Saona y el Loira, y la otra mitad en el territorio de la Bélgica. Por el contrario, las reservas italianas de Pompeyo acudían ya de todas partes a los puntos donde debían concentrarse. Mucho antes de que los jefes de columna de las legiones transalpinas pudieran llegar a la península, debía estar en campaña un ejército numeroso dispuesto a recibirlos. Parecía una locura tomar la ofensiva con un ejército apenas igual a las bandas catilinas, sin ningún apoyo ni reservas en este primer momento, y atacar a dos legiones superiores en fuerza, cuyas filas se engrosaban día tras día, y que se hallaban mandadas por un entendido general. Sería locura, pero una locura semejante a la de Aníbal. Si César retardaba las operaciones y dejaba entrar la primavera, el ejército pompeyano de España invadiría la Galia transalpina, los italianos se arrojarían sobre la cisalpina, y Pompeyo, tenido por un táctico tan hábil como César pero siendo un general más experimentado que él, se convertiría seguramente en un formidable enemigo al tomar la campaña regulares proporciones. Por el contrario, como se hallaba acostumbrado a proceder lentamente y sin riesgo en las operaciones, y contaba siempre con la superioridad numérica, el general de la oligarquía habría de quedar desconcertado ante un ataque imprevisto. La legión decimotercera había probado su valor a las órdenes de César, rechazando los ataques de los galos y soportando sin quejarse los rigores de una expedición llevada a cabo en pleno mes de enero en el territorio de los bellovacos. Los soldados de Pompeyo, por su parte, antiguos cesarianos o reclutas todavía no ejercitados y apenas reunidos y organizados, no se resistirían en esta guerra si estallaba de pronto y los exponía a las penalidades de una campaña de invierno.

MARCHA SOBRE ITALIA. ROMA ES EVACUADA.

COMBATES EN EL PICENUM. ATAQUE Y RENDICIÓN DE CORFINIUM

Mientras tanto, César se había puesto en marcha^[3]. Dos caminos conducían entonces de la Romanía al sur: uno, la vía Emilia Casia, que atravesaba el Apenino y se dirigía a Roma por Arretium; el otro, la Pompilia Flaminia, que partía de Rávena, se

prolongaba a lo largo de la costa hasta Fanum y allí se dividía en dos ramales: uno se dirigía hacia Roma por el oeste, por la garganta de Furlo, y otro hacia el sur, hacia Ancona y la Apulia. Marco Antonio se dirigió por el primer camino a Arretium y César avanzó por el segundo. En ninguna parte hallaron resistencia, ni podían encontrarla tampoco, porque los nobles que se habían convertido en reclutadores oficiales no eran hombres de guerra, los reclutas no eran soldados y las ciudades no se cuidaban de otra cosa que de evitar que les pusieran sitio. Cuando Curión se presentó con mil quinientos hombres delante de Iguvium, donde el pretor Quinto Minucio Termo había reunido a unos dos mil hombres del nuevo contingente de la Umbría, general y soldados emprendieron la retirada a la primera noticia de la llegada del enemigo. De hecho, en todas partes sucedía con poca diferencia lo mismo. A su propia elección, César podía o dirigirse a Roma, de la cual su caballería estaba a veintiocho millas, en Arretium, o marchar contra las legiones pompeyanas acampadas en Luceria. Tomó el segundo partido. En Roma fue grande la consternación de sus adversarios: todavía se hallaba allí Pompeyo cuando se supo la marcha de César, y al principio quiso defender la capital. Sin embargo, al haber tenido noticias del movimiento del procónsul hacia el Picenum y de las primeras ventajas que alcanzara por aquella parte, abandonó toda idea de resistencia y dispuso la evacuación de Roma. El pánico, que se había apoderado de la buena sociedad romana, se acrecentó por los mil falsos rumores que circulaban: se decía que la caballería de César estaba ya a las puertas de la ciudad; y por otra parte, como se había amenazado a los senadores que intentasen permanecer en Roma con tratarlos como cómplices de la rebelión, salieron todos en masa. Los mismos cónsules, consternados, solo pensaron en poner a salvo sus tesoros. Así, pues, cuando Pompeyo los invitó a que fueran a reunirse con él, diciéndoles que todavía tenían tiempo para ello, le contestaron que estimaban más conveniente que fuese él primero a ocupar el Picenum. La misma confusión reinaba en los consejos. El 23 de enero se celebró una reunión en Teanum Sidicinum, a la cual asistieron los dos cónsules y Labieno. En ella se trataron, en primer término, las nuevas proposiciones de arreglo hechas por César, quien se manifestaba todavía dispuesto a licenciar inmediatamente sus tropas, a entregar el mando de sus provincias a los sucesores designados y a entrar él solo en Roma para presentarse como candidato al consulado, según las reglas constitucionales. Esto era a condición de que Pompeyo, a su vez, saliese sin dilación para España y que se procediera al desarme en Italia. A esta demanda se contestó que era menester que César primero se retirase a su provincia, y que recién entonces se procedería al desarme y a votar la salida de Pompeyo para España en la justa y debida forma de un senadoconsulto deliberado en Roma. Quizás este lenguaje no fuera un grosero engaño, pero, al aceptar en estos términos las proposiciones de César, en realidad se las rechazaban. César había solicitado una entrevista con Pompeyo, que este rechazó

y debía rechazar, para no excitar de nuevo las ya hartas desconfianzas del partido constitucional, ante la perspectiva de una alianza entre los dos triunviros. En los consejos celebrados en Teanum, el plan de la guerra se dispuso de la manera siguiente: Pompeyo tomaría el mando de las tropas de Luceria, en las cuales cifraban toda su esperanza los coaligados, a pesar de su poca solidez. Desde Luceria se dirigiría al Picenum, su patria y la de Labieno, y llamaría a las armas a su población, tal como había hecho treinta y seis años antes. Luego, poniéndose a la cabeza de las fieles cohortes picentinas y de los valientes soldados recobrados de César, iría, si le era posible, a cortar el paso al enemigo. Pero ¿podría sostenerse el Picenum hasta que llegara Pompeyo en su defensa? Todo consistía en esta dificultad. Ya César, luego de reunir los diversos cuerpos de su ejército, y siguiendo el camino de la costa, había pasado Ancona y entrado en el corazón del país. En todas partes se estaba sobre las armas. Auximum (Osimo), primera plaza que se encuentra bajando del norte, se hallaba defendida por Publio Accio Varo con una considerable guarnición compuesta de reclutas; sin embargo, el Senado municipal les notificó que tenían que abandonarla aun antes de que César estuviera a la vista. Un puñado de cesarianos de la vanguardia los persiguieron y alcanzaron cerca de la ciudad, y en un instante los pusieron en completa dispersión: esta era la primera vez que venían a las manos ambos ejércitos contendientes. Poco tiempo después Cayo Lucilio Hirro evacuó Camerinum, donde tenían tres mil hombres, y Publio Léntulo Spinther abandonó Asculum, que ocupaba con cinco mil soldados. Las milicias, en su mayor parte adictas a Pompeyo, dejaban sus casas y sus campos sin exhalar una queja, y seguían a su caudillo más allá de la frontera. Pero ya el país estaba perdido para la causa constitucional cuando se presentó en él el oficial enviado por Pompeyo con encargo de dirigir provisionalmente la defensa. Este enviado, Lucio Bíbulo Rufo, oscuro senador aunque buen militar, no pudo hacer otra cosa que reunir diligentemente a los seis u ocho mil reclutas, conducidos por los inútiles capitanes que los habían levantado, y encerrarlos en la fortaleza más próxima, que era Corfinium y estaba situada en el centro de los reclutamientos de Alba y del país de los marsos y pelignios. Allí se habían reunido los alistados en número de unos quince mil hombres y formaban el contingente de las más enérgicas y belicosas poblaciones de Italia, núcleo excelente para el ejército constitucional en vías de organización. Cuando Bíbulo llegó a aquella plaza, César distaba aún de ella algunas jornadas; por lo tanto, nada más fácil, de haber querido obedecer las instrucciones de Pompeyo, que salir de la plaza e ir a unirse, con los picentinos que huían delante de César, al cuerpo de ejército principal de la Apulia. El mando de Corfinium lo tenía Lucio Domicio, uno de los más obstinados e intransigentes aristócratas, designado sucesor de César en el proconsulado de la provincia transalpina. Domicio, lejos de obedecer las órdenes recibidas, impidió al mismo Bíbulo que condujese sus tropas al sur; además,

persuadido de que Pompeyo solo vacilaba por obstinación y de que acudiría de buena o mala voluntad a salvarla, apenas tomó algunas disposiciones para sostener el sitio, pero no introdujo dentro de los muros de la plaza las pequeñas guarniciones diseminadas en las ciudades limítrofes. Pompeyo, sin embargo, no acudió; y harta razón tuvo para ello. Con sus dos legiones, por cierto no muy adictas a su persona y a su causa, podía muy bien esperar y sostener a las milicias picentinas; pero no le era dado avanzar y presentar la batalla a César. Al cabo de algunos días, el 14 de febrero, se presentó en el Picenum; se le habían incorporado la duodécima legión y la decimotercera, frente a Corfinium, ambas llegadas del otro lado de los Alpes. Además, había distribuido en tres nuevas legiones a los prisioneros, los soldados pompeyanos que voluntariamente se habían pasado a su campo y los reclutados en todo el país. De esta forma, el ejército que reunió delante de Corfinium era de cuarenta mil soldados, la mitad de ellos veteranos. Mientras Domicio contó con el apoyo de Pompeyo, dejó que se defendiera la plaza; pero, desahuciado por los despachos que recibía, no quiso sostenerse por más tiempo en su perdido puesto, aun cuando su resistencia habría sido de gran provecho para el partido. Tampoco pensó en capitular, sino que, luego de anunciar a sus soldados la próxima llegada de un ejército de refuerzo, se disponía a fugarse aquella misma noche con algunos nobles, oficiales suyos: indigno proyecto que tampoco supo realizar, porque lo acusaron su aspecto y su turbación. En su ejército, unos se amotinaron, y los reclutas marsos, que no querían creer en la indignidad de su general, tomaron las armas contra los amotinados. Pero luego, convencidos de la verdad de aquella acusación, se sublevó toda la guarnición, prendió a sus jefes y los entregó a César, a la vez que se entregaba ella misma y entregaba también la ciudad (el 20 de febrero). Por aquel tiempo se rindieron tres mil soldados acantonados en Alba, y lo mismo hicieron mil quinientos reclutas en Terracina cuando se presentaron los primeros jinetes de César. Ya poco antes había tenido que capitular en Sulmo un tercer cuerpo de tres mil quinientos hombres.

POMPEYO EN BRINDISI. LOS POMPEYANOS SE EMBARCAN PARA GRECIA

Dueño César del Picenum, Pompeyo consideraba perdida la Italia. A partir de entonces no pensó ya sostenerse en ella, y solo deseó demorar su embarque para salvar el mayor número de tropas que le fuera posible. Por lo tanto, se dirigió con lentitud hacia Brundisium, el más cercano puerto de mar. Por fin allí se encontraron las dos legiones de Luceria, los reclutas alistados con antelación en la Apulia, país que, como se sabe, estaba escasamente poblado, y los reunidos en la Campania por

los cónsules y sus delegados, que fueron al instante mandados a la costa. Allí se hallaban también en gran número los fugitivos de Roma y los más notables senadores, acompañados de sus familias. Se verificó el embarque; pero como no había suficientes embarcaciones para transportar de una vez todas aquellas tropas, que ascendían a unos veinticinco mil hombres, fue necesario dividir el ejército. El cuerpo más numeroso partió el 4 de marzo, y con el otro más reducido (de diez mil hombres aproximadamente), Pompeyo esperó el regreso de su escuadra; pero aunque desease continuar en Brindisi con la expectativa de una ulterior tentativa sobre Italia, harto sabía que no le sería posible sostenerse largo tiempo frente a César. Este llegó delante de la plaza, y al punto comenzó el sitio tratando ante todo de cerrar la boca del puerto por medio de diques y puentes flotantes, a fin de impedir la entrada a la escuadra republicana. Pero Pompeyo había armado con gran diligencia todos los buques mercantes que tuvo a la mano y logró mantener sus comunicaciones hasta la llegada de las galeras. Aun cuando la vigilancia de los sitiadores fue grande, y a pesar de la mala disposición de los habitantes de la ciudad, Pompeyo sacó con suma habilidad todas sus tropas, hasta el último soldado, y las trasladó a Grecia, fuera del alcance de César (el 17 de marzo). Como este no tenía escuadra, no pudo atacar la plaza ni perseguir a los pompeyanos.

De esta suerte, después de dos meses de campaña y sin librar siquiera una sola batalla importante, César había perseguido y aniquilado un ejército de diez legiones, del cual apenas la mitad había escapado precipitadamente a través de los mares. Toda la península itálica, comprendida la capital, el Tesoro y las inmensas provisiones reunidas en todas partes habían caído en poder del vencedor. Así, los vencidos tenían razón al deplorar «la asombrosa rapidez, la vigilancia y el vigor del monstruo».

RESULTADOS MILITAR Y FINANCIERO DE LA CONQUISTA DE ITALIA

De cualquier manera, y a pesar de que la evacuación de Italia era una gran ventaja, César no dejaba de hallarse en un grandísimo embarazo. Desde el punto de vista militar, iban a faltarle considerables medios de acción para luchar con su rival. Desde la primavera del año 705, su ejército, reforzado por una multitud de contingentes levantados en masa de todas partes, contaba con un gran número de nuevas legiones sobre las nueve antiguas que lo formaban. Sin embargo, ahora le era forzoso dejar en Italia una poderosa guarnición y tomar medidas inmediatas para impedir el bloqueo, que no tardaría en establecer Pompeyo, dueño absoluto de los mares, pues debía evitarle a Roma el hambre, que sería la consecuencia obligada de tal bloqueo. Todas eran gravísimas complicaciones que venían a hacer más difícil la empresa militar de César. Respecto de la hacienda, tuvo suerte de que cayera en su poder el Tesoro; pero

las principales fuentes de ingresos se le habían segado, toda vez que los tributos del Oriente iban a pasar a manos del enemigo. Por grandes que fueran las sumas de las que se había apoderado César, las necesidades del ejército, cada vez mayores, y las provisiones necesarias para la hambrienta población de Roma las agotaron en breve. En consecuencia, se vio obligado a recurrir al crédito particular, y, como este no bastó para cubrir las atenciones, tuvo que apelar al único recurso que le quedaba: el sistema fatal de las confiscaciones en masa.

RESULTADO POLÍTICO. TEMORES DE ANARQUÍA. SON DISIPADOS POR CÉSAR

Desde el punto de vista político, César encontraba al dominar la Italia dificultades todavía más graves, nacidas del estado mismo de las cosas. Grande era la inquietud que sentían los propietarios en todas partes, pues, consideraban que había llegado la hora de un completo trastorno anárquico. Amigos y enemigos veían en César a un segundo Catilina, pues, como Pompeyo, creían o afectaban creer que su rival había sido arrastrado a la guerra civil por la imposibilidad de pagar sus deudas; creencia que era a todas luces absurda. En realidad, los antecedentes de César eran bien poco tranquilizadores, y había motivo para alarmarse mucho más al considerar la gente que lo seguía y de la que se rodeaba. Gentes de mala reputación y de peores costumbres, libertinos declarados como los Quinto Hortensios, los Cayo Curiones, los Marco Antonios, hijo este último del catilinario Léntulo, que había sido ejecutado anteriormente por orden de Cicerón. Ocupaban los primeros puestos a su lado, a la vez que los cargos de mayor confianza eran confiados a hombres agobiados desde hacía mucho tiempo por deudas que no pensaban pagar. Por lo demás, se veía a los lugartenientes del procónsul no solo sosteniendo bailarinas —cosa en verdad muy frecuente en aquella época—, sino también presentándose en público acompañados de cortesanas. Ante tales hechos, no debemos extrañarnos de que los ciudadanos graves, ajenos al movimiento de los partidos políticos, presagiasen amnistías a favor de los más famosos criminales, a la sazón desterrados de Roma, y temiesen que se rasgaran los libros de créditos y se llevaran a cabo proscripciones, confiscaciones y asesinatos, así como el saqueo de la ciudad por parte de la soldadesca gala desenfrenada. Pero, en este punto, el «monstruo» dio un mentís a sus amigos y a sus enemigos. Lo primero que hizo al pisar la primera ciudad de la Italia, Ariminum, fue prohibir al simple soldado que se presentase con armas dentro de los muros de la plaza, y protegió contra todo linaje de excesos todas las ciudades, cualquiera hubiese sido su conducta, tanto si se habían presentado hostiles o le habían dispensado una benévola acogida. Cuando la guarnición sublevada de Corfinium le entregó la plaza

por la tarde, quiso, a pesar de las tradiciones militares, diferir la ocupación para la mañana siguiente, pues temía exponer a los habitantes a la cólera de sus soldados y a los azares de una entrada nocturna. En cuanto a los prisioneros que hacía a sus enemigos, si eran simples soldados, los consideraba ajenos a la cuestión política y los incorporaba a sus tropas, los confundía con ellas; y, si eran oficiales, después de perdonarlos, los dejaba en libertad sin distinción de personas y sin exigirles ninguna promesa; además les devolvía todo aquello que reclamaban como suyo, sin tener para nada en cuenta la justicia o injusticia de la demanda. Así se portó con Lucio Domicio, y al mismo Labieno le permitió restituirse al campo enemigo con sus riquezas y equipajes. A pesar de la falta de recursos que sentía, jamás se apoderó de los bienes de sus adversarios ausentes o presentes, y antes que enajenar los de los propietarios, poniendo en vigor las contribuciones territoriales legítimamente debidas, aunque es cierto que ya habían caído en desuso, prefirió exigir empréstitos a sus propios amigos. En su opinión, vencer al enemigo no constituía más que la mitad, e incluso menos de la mitad de su empresa, y, según manifestaba, no podría imprimir a su obra el sello de la duración sino perdonando a los vencidos. Por esta razón se lo vio durante su marcha de Rávena a Brindisi renovar continuamente la demanda de una conferencia con Pompeyo y las proposiciones para un arreglo aceptable.

AMENAZAS DE LOS EMIGRADOS. LAS GENTES DE ORDEN SON GANADAS POR CÉSAR

Pero, así como antes la aristocracia se había negado a todo acomodamiento, después de su inesperada y vergonzosa emigración, ciega de cólera, llegaba hasta el delirio, y las amenazas de venganza proferidas por el vencido contrastaban notablemente con la actitud conciliadora del vencedor. La correspondencia cambiada diariamente entre los emigrados y sus amigos que permanecían en Italia no hablaba de otra cosa que de las confiscaciones y proscripciones futuras, y de la purificación del Senado y del Estado. La restauración de Sila, comparada con los proyectos anunciados, era cosa baladí y de poca cuenta; ante tales anuncios, la gente moderada del partido sentía un gran terror. Tanta insensatez al lado de tamaña impotencia, y, por el contrario, tanta prudencia y moderación de parte del más fuerte, no tardaron en producir sus resultados. Las gentes que anteponían el interés material al político se arrojaron en los brazos de César; en las ciudades del interior se ensalzaba hasta las nubes «la lealtad, la clemencia y la sabiduría» del vencedor; y sus mismos adversarios reconocían de buen grado que tal homenaje era merecido. Por su parte, la alta banca, los publicanos y los jueces del orden ecuestre, después del desastroso descalabro del partido constitucional en Italia, no se inclinaban ya en manera alguna a confiar por

más tiempo la suerte de su causa a tan inhábiles caudillos. Los ocultos capitales reaparecían de nuevo; «los ricos volvían a entregarse al cotidiano trabajo de sus registros de cambio». En el Senado, la gran mayoría, en cuanto al número al menos, porque a decir verdad no había en él sino muy pocos senadores importantes y de influencia, permaneció en Italia; y muchos en la misma Roma acomodándose al gobierno cesariano, a pesar de las órdenes de Pompeyo y de los cónsules. César había acertado al mostrarse en extremo indulgente, pues el terror y las zozobras de las clases propietarias se calmaron bien pronto y ya no amenazaba el desorden, lo cual era una ventaja de trascendentales consecuencias para el porvenir. En efecto, evitar la anarquía y los no menos peligrosos terrores que la expectativa de ella engendraba era la condición primera y necesaria para la reorganización del Estado.

DESPECHO DE LOS ANARQUISTAS CONTRA CÉSAR. EL PARTIDO REPUBLICANO EN ITALIA

Pero, por lo pronto, la clemencia de César le hacía más daño que si hubiera reproducido los horrores de los tiempos de Cina y de Sila, puesto que sus enemigos no se tornaban amigos, y sus amigos se le declaraban hostiles. Todos los catilinarios murmuraban porque no se les permitía matar ni robar; todas aquellas gentes de mal vivir, aquellos desesperados aventureros, hombres de talento con frecuencia, harto hacían prever peligrosos excesos. En cuanto a los republicanos de todos matices, el perdón del vencedor no fue suficiente como para que se convirtieran ni apaciguaran, porque, según el credo del partido catoniano, el deber hacia la patria desligaba de todos los otros deberes. Si César os ha hecho merced de la libertad o la vida, decían, no por eso dejáis de tener derecho sobre ellas, y estáis obligados a tomar de nuevo las armas, o por lo menos a conspirar contra él. Ciertas fracciones más moderadas del partido constitucional, aunque estaban dispuestas a recibir la paz y la protección del nuevo monarca, no por eso dejaban de maldecir a ese mismo monarca y a la monarquía desde el fondo de su alma. A medida que se manifestaba más claramente el nuevo régimen político, los sentimientos republicanos iban afirmándose más y más en la conciencia de la gran mayoría de los ciudadanos, tanto en los de la capital, que se agitaban más en la vida política, como en los de las restantes ciudades y en los de las campiñas de Italia. De tal suerte, los constitucionales de Roma podían decir con razón a sus amigos desterrados que todas las clases y todos los individuos de la península eran decididamente pompeyanos. Esta mala disposición de los ánimos se agravaba todavía más por la presión moral que los hombres decididos e importantes del partido que se hallaba en la emigración ejercían sobre las muchedumbres y sobre los tibios. Por consiguiente, el hombre honrado sentía remordimientos al no

abandonar la Italia, y los semiaristócratas se creían rebajados hasta el punto de confundirse con la plebe si no tomaban el camino del destierro, como los Domicios y Metelos, o si continuaban en el Senado juntamente con los instrumentos de César.

RESISTENCIA PASIVA DEL SENADO. ORGANIZACIÓN PROVISIONAL DE LA ADMINISTRACIÓN EN ROMA

Esta oposición pasiva en un principio se acentuó más por la indulgencia del procónsul; como este no quería inaugurar el régimen del terror, sus encubiertos enemigos se declararon sin peligro alguno en abierta hostilidad. De eso tuvo bien pronto una prueba en el mismo Senado. César había comenzado la lucha queriendo libertar a aquel cuerpo, al que sus opresores manejaban por el terror. Así, una vez alcanzado el fin que se proponía, quiso obtener un *bill* de indemnidad y, al mismo tiempo, que se votara la continuación de la guerra. Cuando se presentó delante de las puertas de Roma a fines de marzo, consecuente con este propósito, los tribunos del pueblo, sus parciales, convocaron para el 1 de abril la curia. Bastante numerosa fue la reunión, pero en ella faltaban los más notables senadores que no habían emigrado y también se hacían ver las ausencias de Marco Cicerón, antiguo jefe de la servil mayoría, y del suegro del mismo César, Lucio Pisón. Pero, peor aún, los senadores presentes no se mostraron dispuestos a votar las proposiciones que se habían sometido a la deliberación del Senado. A la demanda de plenos poderes para continuar la guerra, uno de los dos consulares que asistieron a la sesión, un hombre cuya vida entera había sido una serie ininterrumpida de sobresaltos y que no deseaba otra cosa que una tranquila muerte en su lecho, Servio Sulpicio Rufo, propuso que César merecería el bien de la patria si abandonaba su propósito de llevar la guerra a la Grecia y a España. César, entonces, propuso a su vez que el Senado fuese el intermediario de las proposiciones de paz que hacía a Pompeyo, a lo cual no se hizo ninguna objeción. Pero, como las amenazas de los emigrados a todos aquellos que permanecían neutrales los tenían aterrorizados, no se encontró persona alguna que quisiera servir de parlamentario. La aristocracia sentía gran repugnancia al ayudar a César a levantar su trono, y la asamblea soberana mostraba la misma inercia de aquel día, aún no muy lejano, en que gracias a esa misma inercia el triunviro había podido hacer absolutamente ilusorio el nombramiento de Pompeyo para la dignidad de generalísimo de la guerra civil. Cabe señalar que él sufrió igual suerte cuando a su vez pidió que se le concediese el mismo título. Por lo demás, otros obstáculos también se le presentaban: al querer por lo menos regularizar su situación, aspiraba a la dictadura; pero ¿cómo conseguirla? Según los términos de la constitución, solo podía obtener la investidura de ella uno de los dos cónsules. César intentó comprar a

Léntulo, cuya ruinoso fortuna permitía suponer que tal medio sería eficaz para ganarlo; pero la tentativa fue infructuosa. Más tarde, el tribuno del pueblo Lucio Metelo protestó contra los actos del omnipotente procónsul e intentó defender con su persona las cajas del Tesoro, de las cuales habían venido a apoderarse violentamente los partidarios de César. Sin embargo, como este no podía detenerse ante ninguna inviolabilidad, realizó su propósito a despecho del tribuno y procedió con suma prudencia. Salvo en este caso, se abstuvo siempre de apelar a los medios de fuerza. Habló al Senado el lenguaje que hasta época muy reciente usaban los constitucionales: «Que hubiera querido no separarse de la legalidad y reorganizar el Estado con el concurso de los altos poderes públicos; pero, toda vez que se le negaba el apoyo, sabría bastarse a sí mismo». Después, sin cuidarse más del Senado ni de las formas republicanas, encargó la administración provincial de Roma a su pretor Marco Emilio Lépidio, en calidad de prefecto urbano, y dispuso todo lo necesario para el gobierno de las provincias que le estaban sometidas y para la continuación de la guerra. En medio del tumulto de esta gigantesca lucha, y a pesar de las seductoras promesas de infinitas liberalidades, la muchedumbre en Roma se sentía embargada por una impresión indefinible y profunda al contemplar por primera vez en la ciudad libre a un ciudadano dándose aires de monarca, y rompiendo con las manos de sus soldados las puertas sagradas del Tesoro. Mas ya habían pasado aquellos tiempos en que los sucesos obedecían a los sentimientos e impresiones de las masas, y ahora no importaban nada las preocupaciones de los espíritus. Se precipitaba, pues, la crisis.

LOS POMPEYANOS EN ESPAÑA

Sin perder tiempo, César reanudó las operaciones militares, y, como debía sus primeros triunfos al haber tomado la ofensiva, se propuso continuar este sistema. La situación de su adversario era singular. Una vez que el primer plan de Pompeyo había quedado deshecho por el súbito ataque dirigido desde el Rubicón, plan que consistía en coger a César entre dos fuegos, por la Galia y por la Italia, el general de los oligarcas había pensado al principio dirigirse a España, donde disponía de grandes fuerzas. El ejército pompeyano constaba allí de siete legiones, formadas de veteranos en su mayor parte, cuyos soldados y oficiales se habían endurecido durante largos años en los combates contra los montañeses de la Lusitania. Entre los generales, Marco Varrón solo era ilustre por su erudición y fidelidad, pero Lucio Afranio se había distinguido en Oriente y en los Alpes, y Marco Petreyo, el vencedor de Catilina, era un buen capitán de experimentada bravura. En la provincia ulterior, el recuerdo de su pretura había dado a César muchos partidarios; pero en la citerior, que era mucho más importante, las poblaciones sentían respeto y reconocimiento hacia el

famoso general que veinte años antes, en las guerras sertorianas, había mandado en el Ebro y reorganizado el país cuando se terminó la campaña. Después de sus reveses en Italia, lo mejor que podía hacer Pompeyo era evidentemente trasladarse a este punto con los restos de su ejército, para marchar en seguida contra César al frente de todas sus tropas. Para su desgracia, se había detenido demasiado en la Apulia con la esperanza de salvar a sus gentes encerradas en Corfinium, y, en vez de llegar a los puertos de la Campania, había necesitado ganar el de Brindisi y embarcarse en él. Pero siendo, como era, dueño del mar y de la Sicilia, ¿por qué no volver a su plan primitivo? Su resolución es para nosotros un misterio. ¿Sería que la aristocracia constitucional, pusilánime y siempre recelosa, no tenía confianza en las legiones de España y en las poblaciones locales? Como quiera que fuese, Pompeyo continuó en Oriente y dejó a César en libertad de ir a atacarlo a la Grecia, donde el ejército se reorganizaba bajo el mando personal de su generalísimo, o de trasladarse a España al encuentro del ejército de sus lugartenientes, dispuesto para el combate. César se decidió por el último partido. Apenas terminó la campaña de Italia, tomó sus medidas, y, por su orden, se concentraron en el bajo Rin nueve de sus mejores legiones, seis mil jinetes escogidos y reclutados algunos en las tribus galas y otros entre mercenarios germanos, con un poderoso núcleo de arqueros iberos y ligures.

MASALIA SE DECLARA CONTRA CÉSAR

Pero sus enemigos tampoco se habían descuidado en aquella parte. El procónsul designado a la sazón para sucederlo en el gobierno de la provincia transalpina, Lucio Domicio, capturado en Corfinium y puesto en libertad, como ya hemos visto, había salido al punto para su destino con toda su gente y con Lucio Bíbulo Rufo, el confidente de Pompeyo. Una vez que llegaron a Masalia, tal diligencia se dieron en sus trabajos, que lograron que la ciudad se pronunciara a favor de Pompeyo y se opusiera al paso de los soldados de César. Varrón guarnecía la provincia ulterior con dos de las legiones españolas, en las que menos confianza se tenía, y las cinco restantes, mandadas por Afranio y Petreyo, y reforzadas con cuarenta mil infantes del país, mitad celtiberos y mitad lusitanos, más otras milicias ligeras y cinco mil hombres de caballería local, se dirigieron hacia los Pirineos con el objeto de cortar el paso a los soldados de César, según las instrucciones de Pompeyo comunicadas por Bíbulo.

CÉSAR OCUPA LOS PIRINEOS POSICIÓN DEL ENEMIGO EN ILERDA. ES CORTADO CÉSAR RESTABLECIMIENTO DE LAS COMUNICACIONES

César ya se encontraba en las Galias, y a su vez se había detenido delante de Masalia, que fue atacada. Había puesto en movimiento a la mayor parte de su ejército del Rin y hecho desfilar seis de sus legiones y su caballería por la Gran Vía romana, por Narbona y Rosas, de tal manera que por fortuna se adelantaron al enemigo. Así, cuando Afranio y Petreyo llegaron a los Pirineos, estos ya se hallaban ocupados por los cesarianos. Los generales de Pompeyo encontraron perdida toda la línea y tomaron entonces posiciones en Ilerda (Lérida), entre las montañas al norte y el Ebro al sur. Ilerda está a cuatro millas del río sobre la ribera derecha del Sicoris (Segre), uno de sus afluentes, el cual era atravesado por la vía mediante un puente, no lejos de la ciudad. Por el sur, las colinas que se prolongan a lo largo de la margen izquierda del Ebro venían a terminar cerca de los muros de la plaza, mientras que al norte y a los dos lados del Sicoris se extendía una espaciosa llanura, en cuyo centro había una meseta: sobre ella se elevaba Ilerda. Aquella era una posición excelente para un ejército que quisiera dejarse sitiar; pero, como habían llegado muy tarde a los Pirineos y perdido su línea, era menester hacer en el otro lado del Ebro la verdadera defensa de España. Y como entre la ciudad y el río no había ninguna fortaleza que les sirviese de amparo, ni puente sobre el mismo río, la retirada desde la posición provisional de Ilerda a la principal línea de defensa distaba mucho de estar asegurada. Los cesarianos se situaron más arriba de la plaza, en el delta formado por el Sicoris y el Cinga (Cinca), que más abajo se le une; pero la lucha no se formalizó hasta después de la llegada de César al campamento, el 23 de junio. Sin embargo, delante de la ciudad hubo muchos encuentros, en los cuales pelearon con gran valor y encarnizamiento ambos ejércitos y en los que fue muy variada la fortuna de las armas. Los cesarianos no pudieron situarse entre Ilerda y los pompeyanos, ni hacerse dueños del puente de piedra. Por otra parte, habían establecido sus comunicaciones con la Galia tan solo por otros dos puentes provisionales que habían echado sobre el Sicoris, cuatro o cinco millas más arriba, por ser muy ancho el río en las inmediaciones de la ciudad. Pero, una vez que el caudal de sus aguas aumentó por el deshielo de la nieve, aquellos puentes colgantes fueron arrastrados, y entonces fueron necesarias embarcaciones para pasar el caudaloso río. Sin poder intentar reparar las obras, César y su ejército estaban encerrados en el ángulo formado por el Sicoris y el Cinga; no dominaba ya la margen izquierda ni el camino que lo ponía en comunicación con las Galias y con la Italia. De esas posiciones ahora disponían los pompeyanos, y en ellas no podían ser atacados, pues tenían para pasar el Sicoris el puente de Ilerda o el recurso de los cueros, a la manera de los lusitanos. La época de

la cosecha se acercaba; pero ya se habían consumido todos los frutos de las anteriores y todavía no se había hecho la recolección de la nueva. En el corto espacio que mediaba entre los dos ríos, todo había sido talado y destruido, y comenzaba a sentirse el hambre en el campamento a tal punto que la medida de trigo se vendía hasta a trescientos denarios. Se declararon graves epidemias en el ejército; y durante este tiempo los convoyes tuvieron que detenerse en la ribera izquierda. Lo mismo ocurrió con todas las municiones, hombres, jinetes auxiliares y arqueros enviados de las Galias, oficiales y soldados que volvían a ingresar en el ejército después de haber expirado sus licencias, o forrajeadores que regresaban al campamento (eran entre todos unos seis mil). En esas circunstancias, fueron atacados por los pompeyanos con fuerzas muy superiores, quienes les causaron considerables pérdidas y los rechazaron a la montaña, mientras que los soldados de César, desde la otra orilla, presenciaban inmóviles este desigual combate. Los pompeyanos cortaron al ejército todas sus comunicaciones; mientras que en Italia, por entonces, al no recibir noticias de lo que pasaba en España, circulaban los más alarmantes rumores, que, después de todo, no distaban mucho de estar acordes con la realidad de la situación. Si los soldados de Pompeyo hubieran continuado con actividad sus operaciones, no habrían tardado mucho en capturar todo aquel ejército, aprisionado en la orilla izquierda y sin poder más que ofrecer resistencia, o por lo menos lo habrían rechazado a las Galias. De todas maneras se hallaban por completo en posesión de ambas riberas, y podían impedir que tropa alguna pasase el río sin ser vista. Pero también esta vez los pompeyanos dieron pruebas de gran negligencia: habían rechazado con pérdidas los convoyes y los auxiliares, mas no los destruyeron ni arrojaron por completo al otro lado de los Pirineos; se cuidaron tan solo de separarlos del río, pero dejaron de vigilar el paso de este. De pronto César varía su plan: hizo construir en el campamento lanchas portátiles que tenían el fondo de madera ligera y los costados de tejido de mimbre cubiertos de cuero, parecidas a las embarcaciones de los bretones del canal o a las que usaron más tarde los sajones. Luego, cuando estuvieron construidas, mandó trasladarlas en carros al mismo punto donde antes estaban situados los puentes. Al fin ganó la otra orilla sobre estos débiles barcos, y, tras coger desprevenidos a sus enemigos, reconstruyó los puentes sin gran trabajo. De esta forma restableció al punto las comunicaciones con el norte, y al fin llegaron al campamento los convoyes esperados con tanta impaciencia. Un feliz pensamiento había salvado al ejército del inmenso peligro que lo amenazaba, y con su caballería, mucho más ligera que la del enemigo, sometió toda la región de la ribera izquierda del Sicoris. Desde este momento se le pasaron las más importantes ciudades españolas entre los Pirineos y el Ebro: Osca, Tarraco, Dertosa y muchas más, incluso del otro lado del río.

RETIRADA DE LOS POMPEYANOS. CÉSAR LOS PERSIGUE. ES OCUPADO EL CAMINO DEL EBRO

Perseguidos por los escuadrones volantes de César y abandonados por las ciudades vecinas, los pompeyanos se hallaban a su vez en una situación apurada. Ya se habían decidido a emprender la retirada, y, como querían hacerse fuertes al otro lado del Ebro, empezaron a construir un puente de barcas sobre este río, más abajo de la confluencia del Sicoris. César quería cortarles la retirada y encerrarlos en Ilerda; pero mientras el enemigo poseyera el puente de la ciudad, y él no tuviese a su disposición en aquel punto ni puente ni medio alguno de vadear el río, le era imposible repartir su ejército entre las dos riberas, y, por lo tanto, atacar la plaza. Entonces sus soldados se dedicaron a trabajar día y noche para abrir canales de derivación, por cuyo medio se hiciera bajar el nivel de las aguas, a fin de facilitar el paso de su infantería. Sin embargo, los pompeyanos terminaron sus preparativos sobre el Ebro antes que César pudiera bloquear Ilerda, y cuando sus lanchas, echadas al agua, llegaron al río recorriendo todo el Sicoris, las canalizaciones hechas por los cesarianos no eran suficientes todavía como para que la infantería pudiera vadearlo. Solo la caballería lo pasó, y así logró al menos picar la retaguardia del enemigo, molestarlo en su marcha y causarle algunas bajas. Las legiones de César estuvieron observando la marcha de las columnas pompeyanas desde medianoche, y, cuando llegó el día, todos aquellos veteranos soldados, con su infalible instinto militar, se dieron cuenta exacta del movimiento de retirada del ejército español y de la alta importancia estratégica de este movimiento. En lo sucesivo, les sería forzoso seguir a los pompeyanos a través de lejanos países, impenetrables y poblados de tribus hostiles. Por consiguiente, luego de solicitar inmediatamente el permiso de su general, bajaron al río, y, aunque el agua les llegaba a la cintura, lo atravesaron sin accidente alguno desagradable. Todavía era tiempo. Dejar a los pompeyanos atravesar la estrecha llanura que separa Ilerda de la cadena de montañas por entre las cuales el Ebro corre hacia el mar, y permitir que se internasen en los montes, era tanto como dejarlos escapar. Ningún obstáculo les impedía por entonces poner el río entre ellos y las tropas de César. A pesar de los esfuerzos de la caballería, que los molestaba sin cesar y les hacía retardar su marcha, solo se encontraban ya a una milla de los primeros estribos. Pero aquella larga marcha emprendida después de la medianoche los había rendido; ya no podían continuarla por más tiempo y plantaron su campamento, renunciando de esta manera a ganar en aquel mismo día las montañas. César los alcanzó al fin y acampó en frente de ellos al anochecer. Los pompeyanos, que al principio tenían la intención de ponerse en marcha durante la noche, no se movieron, pues temían el ataque de la terrible caballería en la oscuridad. A la mañana siguiente todavía estaban allí los dos ejércitos inmóviles y ocupados solamente en reconocer el terreno. Por fin, en la

mañana del día tercero la infantería de César se puso en movimiento, cambió su posición por una marcha de flanco hacia la montaña, lejos de todos los senderos, y, adelantándose al enemigo, fue a cortarle el paso. Solo entonces se dieron cuenta los lugartenientes de Pompeyo de esta singular maniobra, que les pareció al principio una simple retirada hacia Ilerda. Al punto abandonaron el campamento y los bagajes, y se dirigieron a marcha doble hacia la Gran Vía con intención de llegar a las últimas crestas antes que César. Era ya demasiado tarde; cuando llegaron a ellas vieron que el enemigo ocupaba ya la vía romana con numerosas tropas. Entonces intentaron abrirse paso por otro lado, y se dirigieron por las ásperas laderas inmediatas al río; pero también en ellas los detuvo la caballería, al rodear y destruir las avanzadas lusitanas. El combate no podía ser dudoso entre los cesarianos y el ejército de Pompeyo, completamente desmoralizado, y que tenía detrás de sí a la caballería y delante a toda la infantería del procónsul. Por lo demás, aunque se habían presentado muchas ocasiones de empeñar la batalla, César contuvo con mucho trabajo el impaciente ardor de sus soldados, en extremo confiados en la victoria, pues no tenía necesidad de darla. Por una sola maniobra había quedado comprometido por completo el ejército de Pompeyo; y César, que no quería derramar inútilmente la sangre de sus soldados, ni avivar los odios entre ambos ejércitos, evitó venir a las manos. Desde el día siguiente, en el lugar mismo en que acababa de ser interceptado el camino del Ebro, los soldados de uno y otro campo empezaron a fraternizar y a hablar de capitulación. Los pompeyanos ya habían conseguido de César que aceptara sus proposiciones, especialmente el perdón de las vidas de sus oficiales, cuando se presentó Petreyo con su escolta, formada de esclavos y españoles, y se arrojó sobre sus hombres que parlamentaban, y mandó matar a todos los cesarianos que cayeron en su poder. Sin embargo, no por esto César dejó de restituir al campamento de aquel a los pompeyanos que estaban en el suyo, pues esperaba todavía un resultado favorable. Estos aún conservaban en Ilerda una guarnición y vastos almacenes, y, aunque pensaron volver a la plaza, no lo pudieron efectuar por tener enfrente al enemigo y hallarse separados de ella por el río. Ni siquiera pudieron aproximarse, pues, como la caballería de Pompeyo había perdido sus antiguos bríos, fue necesario cubrirla con la infantería, y por eso las legiones iban a retaguardia. Por último, era imposible proporcionarse agua y forraje, y ya se habían visto obligados a matar las acémilas por no tener con qué alimentarlas.

CAPITULAN LOS POMPEYANOS. RENDICIÓN DE LA ESPAÑA ULTERIOR

Todo este ejército, que estaba en confuso haz, se vio por fin envuelto: atrás tenía el

Sicoris y delante las tropas de César, que abrían fosos y construían trincheras; además, si intentaba atravesar el río, se encontraría frente a la caballería y a la infantería ligera de César, que se habían adelantado y dominaban la ribera opuesta. El valor y la fidelidad de los pompeyanos no pudieron retardar más la inevitable capitulación, que se verificó el 2 de agosto del año 705. César respetó la vida y la libertad de los oficiales y soldados, les dejó las provisiones que les quedaban e incluso les devolvió el botín que les había hecho, a la vez que prometía a los suyos indemnizarlos con iguales cantidades. Y mientras que en Italia la única fuerza reglamentada eran los reclutas prisioneros, quiso honrar a los veteranos de Pompeyo y así les ofreció que ninguno sería obligado a servir en su ejército; solo les exigió que depusieran las armas y volviesen a sus hogares. En virtud de esta disposición fueron licenciados sobre el campo de batalla todos los soldados naturales de España, que constituían aproximadamente la tercera parte del ejército, en tanto el licenciamiento de los italianos se verificó en la frontera de las Galias transalpina y cisalpina.

Disuelto el ejército pompeyano, toda la España citerior quedaba en poder del vencedor. La ulterior, por otra parte, estaba gobernada por Varrón en nombre de Pompeyo. Cuando este lugarteniente tuvo conocimiento del desastre de Ilerda, creyó que el mejor partido era retirarse a Gades y a su isla, y se puso allí a salvo con las considerables sumas que había sacado de los templos de los dioses o confiscado a los cesarianos notables, con la poderosa escuadra que había formado y con las dos legiones que tenía a sus órdenes. Pero, al primer anuncio de la llegada de César, las principales ciudades de esta provincia, que le eran adictas desde mucho antes, se pronunciaron arrojando las guarniciones pompeyanas o arrastrándolas en su defección. Esto sucedió en Corduba, en Carmo (Carmona) y en la misma Gades. También se amotinó una de las dos legiones de Varrón; esta se dirigió a Hispalis (Sevilla), y allí se entregó a César al mismo tiempo que la ciudad. Por último, como Itálica le había cerrado sus puertas, Varrón también se vio obligado a capitular.

SITIO DE MASALIA. CAPITULACIÓN DE ESTA CIUDAD

Casi al mismo tiempo se sometía Masalia. Atacados los masalios, habían sostenido el sitio con heroica energía, luchando contra César también por mar. Allí podía decirse que estaban en su elemento, y podían esperar poderosos recursos enviados por Pompeyo, que era, sin disputa, dueño del Mediterráneo. Pero el lugarteniente de César, el hábil Décimo Bruto, el mismo que había combatido contra los vénetos y alcanzado en el océano la primera victoria naval de Roma, supo reunir o construir con presteza una escuadra. En vano el enemigo hizo prodigios de valor, y en vano Domicio embarcó en sus naves a los mercenarios álbios, a sueldo de Masalia, y a sus

propios esclavos pastores. Los soldados de marina, escogidos en las legiones cesarianas, dieron pronta cuenta de la escuadra más numerosa de los sitiados, echándola a pique o capturándola casi en su totalidad. Pero al poco tiempo llegó de Oriente una escuadrilla pompeyana mandada por Lucio Nasidio, que se apostó en la Sicilia y la Cerdeña. Cuando de ello tuvieron noticias los masalotas, comenzaron de nuevo sus armamentos y se unieron a las naves de Nasidio, y con ellas fueron al encuentro de la escuadra de César. El combate tuvo lugar frente a Tauroeis (la Ciotat, al este de Marsella). Si los pompeyanos se hubieran batido con tanto ardor como mostraron los masalotas en la lucha, quizá la jornada habría tenido otro resultado; pero la escuadra de Nasidio emprendió la fuga y dejó la victoria a Bruto. Los restos de los pompeyanos fueron a refugiarse en las aguas de España. Los sitiados estaban completamente bloqueados por mar; y por la parte de tierra, por donde dirigía el ataque Cayo Trebonio, la defensa continuaba con tenacidad y energía. Sin embargo, a pesar de las frecuentes salidas de los mercenarios álbios y del utilísimo empleo de las máquinas balísticas acumuladas en inmenso número dentro de la ciudad, los sitiadores se acercaron a las murallas y una de las torres se derrumbó. Los masalotas se declararon prontos a cesar en su resistencia; pero, como no querían entregarse sino al mismo César, le pidieron a su lugarteniente que suspendiera los trabajos hasta que aquel estuviese de vuelta. Trebonio otorgó la tregua solicitada, puesto que César le había dado orden expresa de perdonar la ciudad en cuanto fuera posible; pero los masalotas se aprovecharon de esta tregua para efectuar una pérfida salida y quemar la mitad de las obras romanas, cuya custodia estaba descuidada. Con esto, las hostilidades comenzaron con más actividad y encarnizamiento que antes. Trebonio restableció con una rapidez sorprendente sus torres y empalizadas destruidas, y de nuevo los masalotas se vieron completamente envueltos. Mientras esto sucedía, César, después de someter a la España, se presentó ante los muros de la plaza, que ya estaba reducida al último extremo por las constantes embestidas del ejército sitiador, por el hambre y por las enfermedades. Por segunda vez, y ahora con mejor fe, Masalia pidió capitular. Domicio, que tenía que reprocharse el haber correspondido con una traición al perdón que el vencedor le había concedido, se embarcó en una lancha, y se deslizó por entre la escuadra romana para buscar en otra parte un tercer campo de batalla donde dar rienda suelta a su irreconciliable odio. Los soldados cesarianos, que habían jurado pasar a cuchillo a toda la población viril de la ciudad perjura, pedían a gritos y tumultuosamente la señal del saqueo. Pero su general, fiel a la misión que se había impuesto de promover en Occidente la civilización helenoitalica, no quiso acceder a los deseos de sus gentes ni reproducir en un nuevo teatro los excesos de la destrucción de Corinto. De todas las ciudades libres y poderosas por mar que antiguamente había fundado el pueblo navegante de la Jonia, Masalia, la colonia más alejada de la metrópoli, había sido tal vez la última en

conservar puras y vivas las costumbres y las instituciones de los helenos marítimos, y había sido también la última que combatió por mar. Ahora entrega al vencedor sus arsenales, sus armas y sus naves, y pierde una parte de su territorio y de sus privilegios y franquicias. César, sin embargo, le dejó su libertad y su nacionalidad, y, aunque reducida a una escasa importancia, continuó siendo como antes el centro de la cultura griega en estas apartadas regiones de las Galias, destinadas por la providencia para el cumplimiento de otros fines en la historia.

EXPEDICIONES DE CÉSAR A LAS PROVINCIAS PRODUCTORAS DE TRIGO

Mientras que en el oeste, y después de graves vicisitudes, se decidía la guerra a favor de César con la sumisión de las Españas y de Masalia, hecho que significaba que caía en su poder hasta el último soldado del principal ejército de Pompeyo, también le era propicia la suerte de las armas en el otro campo, allí donde, después de conquistada la Italia, había creído conveniente tomar la ofensiva.

OCUPACIÓN DE LA CERDEÑA Y DE LA SICILIA

Ya hemos dicho que los pompeyanos querían bloquear la Italia y que tenían todos los medios para verificarlo. Eran dueños del mar, y en todas partes, en Gales, en Utica, en Messina y sobre todo en Oriente, trabajaban con ardor para aumentar sus escuadras. Poseían todas las provincias de donde la capital podía sacar sus subsistencias; tenían en Cerdeña y en Córcega a Marco Cotta, y en Sicilia, a Marco Catón. El África obedecía a Accio Varo, que se había constituido allí en general en jefe, y a su aliado Juba, rey de la Numidia. Para César era de absoluta necesidad ir al encuentro del enemigo y arrancar de su poder las provincias productoras de trigo. En este sentido, Quinto Valerio marchó a Cerdeña con una legión y obligó al jefe pompeyano a abandonar la isla. Pero no era empresa tan fácil apoderarse de Sicilia y del África; César confió esta misión al joven y esforzado Cayo Curión, con la asistencia de Caninio Rebilo, lugarteniente hábil y experimentado. La Sicilia fue ocupada sin resistencia. A decir verdad, Catón no tenía ejército, y, como no era hombre de armas, salió de la isla; pero antes aconsejó a los sicilianos, según su leal parecer, que no se comprometieran inútilmente en una resistencia imposible. Curión dejó en la isla, cuya posesión importaba a la seguridad de Roma, la mitad de sus tropas, se embarcó con las restantes (dos legiones y quinientos jinetes), e hizo rumbo hacia el África.

CURIÓN DESEMBARCA EN ÁFRICA. QUEDA VENCEDOR DELANTE DE UTICA. ES DERROTADO POR JUBA CERCA DEL BAGRADAS. MUERTE DE CURIÓN

Además del ejército de Juba, numeroso y bastante sólido en su género, se encontraba allí Varo con dos legiones compuestas de ciudadanos romanos establecidos en el país. Este había equipado una pequeña escuadra de diez velas, pero Curión disponía de fuerzas superiores. Su desembarco se verificó sin dificultad entre Adrumeto, custodiada por una legión y las naves enemigas, y Utica, donde se hallaba Varo con otra legión. Curión se dirigió contra él y estableció su campamento no lejos de la ciudad, en el mismo punto donde siglo y medio atrás había establecido sus primeros cuarteles de invierno en África el primer Escipión. César, obligado por su propio interés a conservar sus mejores tropas para la guerra en España, había formado su ejército de Sicilia y de África en gran parte con los antiguos legionarios del enemigo, especialmente con los capturados en Corfinium. Los oficiales pompeyanos de África, quienes en su gran mayoría habían mandado sobre esos mismos legionarios en esa misma plaza, emplearon a su vez todos los medios para hacer que los soldados que tenían enfrente volvieran a su primer juramento. Pero César no se había engañado en la elección de su lugarteniente. Tan hábil en dirigir un ejército y en conducir una escuadra, como en conquistar el ascendiente y la confianza de sus soldados, Curión los aprovisionaba abundantemente, y, así, los combates que empeñó tuvieron todos un feliz éxito. Varo creía que en la primera ocasión, en el primer encuentro que tuviera con el enemigo, los nuevos soldados de César se pasarían a sus antiguas banderas. Movido sobre todo por este pensamiento, se decidió a dar la batalla; pero sus esperanzas quedaron defraudadas. A las entusiastas palabras de su joven general, la caballería de Curión se precipitó sobre la del enemigo, y la puso en completa fuga. Además, y a la vista de los dos ejércitos combatientes, Curión acuchilló a la infantería ligera que la acompañaba. Rápidamente las legiones cesarianas, alentadas por aquella victoria y por el ejemplo que el mismo Curión les daba, se lanzaron al profundo y difícil valle que las separaba del principal cuerpo de ejército de Varo. Los pompeyanos no esperaron el ataque, y, tras refugiarse vergonzosamente en su campamento, lo evacuaron al llegar la noche. La victoria fue completa, y entonces Curión se creyó en el deber de atacar Utica. Sin embargo, como se le había anunciado que venía a defenderla Juba con todas sus fuerzas, resolvió levantar el sitio, al igual que Escipión a la llegada de Sifax, y retirarse a las posiciones ocupadas en otro tiempo por el Africano, a fin de esperar en ellas tranquilamente los refuerzos que venían de Sicilia. Cuando estaba ocupado en estos proyectos, le fue comunicada otra nueva: se le dijo que Juba había sido atacado por los príncipes, sus vecinos, y, en

consecuencia, se había visto obligado a volverse con el grueso de su ejército. De esta forma, no mandaba en auxilio de Utica más que un pequeño cuerpo a las órdenes de Saburra. Siendo Curión fogoso por naturaleza, no había tomado sin pena la resolución de permanecer en la inmovilidad. Así fue que, al saber la buena nueva, resolvió echarse sobre Saburra antes que hubiera tenido tiempo de ponerse en comunicación con los defensores de la plaza. Su caballería salió por la tarde y sorprendió a las tropas del númera, que se hallaban descansando en las márgenes del Bagradas, y causó en ellas mucho estrago. A la noticia de este suceso, Curión precipitó la marcha de su infantería para terminar la derrota comenzada, y, cuando llegaron al lugar donde las tropas númeras se encontraban, las hallaron peleando penosamente en los últimos estribos que descienden hasta el río. Los legionarios se dirigieron contra ellas y las dispersaron en la llanura; pero en este momento cambió la suerte del combate: Saburra no estaba solo y sin reservas como se había creído, sino que a menos de una milla detrás de él se encontraba todo el ejército reunido. Ya acudía la flor de la infantería de Juba; ya se presentaban sobre el campo de batalla dos mil jinetes galos y españoles que venían en auxilio de la vanguardia africana. Por último, el mismo rey se precipitó con el grueso de su ejército y con dieciséis elefantes. Después de una larga noche de marcha y de la empeñada lucha de la mañana, no le quedaban a Curión más que doscientos jinetes romanos que, como sus infantes, sucumbían bajo el peso de la fatiga y del cansancio. En esta llanura, adonde los romanos se habían dejado conducir, las bandas enemigas se vieron engrosadas cada vez más, hasta que los rodearon por todos lados. En vano Curión intentó venir con ellas a las manos; pues la caballería ligera de los libios rehusaba el combate cuando una cohorte se aproximaba a ella, y, cuando esta retrocedía, emprendía su persecución. En vano los soldados de César pretendieron ganar las alturas; pues la caballería de Juba se les había adelantado y ahora les cerraba el paso. Todo estaba perdido: la infantería de Curión se dejó matar hasta el último soldado, y solo algunos jinetes lograron salvarse. Curión habría podido escapar fácilmente, pero no quiso presentarse ante su general sin el ejército que le había confiado y murió con la espada en la mano. En cuanto a la guarnición dejada en el campamento delante de Utica y la tripulación de la escuadra, que habrían podido sin gran esfuerzo volver a Sicilia, se rindieron a Varo al día siguiente, aterrorizados por la sangrienta catástrofe del Bagradas (en agosto o septiembre de 705).

Así terminó la expedición enviada por César a Sicilia y al África. El objeto principal estaba conseguido: al ocupar simultáneamente la Sicilia y la Cerdeña, se había atendido a las más urgentes necesidades de la capital. Por otra parte, y aunque había fracasado la expedición de África, es forzoso decir que los vencedores no sacaron una grande y decisiva ventaja, ni era tampoco una pérdida irreparable para César la de aquellas dos legiones poco firmes, que antes había conquistado en

Corfinium. Pero para él y para la misma Roma era una inmensa desgracia la prematura muerte de Curión. El general había tenido sus motivos al elegir para un mando independiente e importante a este joven, nuevo en el oficio de las armas, y que no se había hecho famoso aún, a no ser por los escándalos de su vida privada. En Curión había algo del genio de César: como este, había apurado la copa de los placeres; y como él también, había sido hombre de Estado sin pasar antes por el oficio de capitán; la política había sido su primera maestra, la que lo hizo empuñar la espada. Lo mismo que en César, su elocuencia no conocía los periodos redondeados y hablaba siempre como un hombre a quien inspira un alto pensamiento; lo mismo que él, hacía la guerra con atrevimiento y rapidez, desdeñando los medios vulgares. Finalmente era, como César, un dechado de fina cortesía, con cierto sello de ligereza a veces, en extremo amable, de bondadoso corazón y siempre liberal. Es muy cierto, como su general lo declara, que el arrebató de la juventud y del valor lo hicieron temerario: no quiso solicitar perdón para una falta que era seguramente perdonable, y corrió a la muerte por un exceso de altivez. ¿Acaso no se encuentran también en la vida de César muchos rasgos de una imprudencia igual, y de un igual orgullo? Es de lamentar que esta naturaleza exuberante y poderosa no tuviera tiempo de manifestarse en toda su tranquila majestad, y que la fortuna no reservara a Curión para los tiempos que se acercaban, tiempos en extremo pobres en grandes hombres, y en los cuales solo imperaba fatalmente el régimen de las mediocridades.

PLAN DE CAMPAÑA DE POMPEYO PARA EL AÑO 705. DERROTA DE LA ESCUADRA Y DEL EJÉRCITO DE ILIRIA

No se puede saber sino por conjeturas la influencia que los acontecimientos de la guerra del año 705 ejercieron sobre los planes de Pompeyo, y sobre todo el destino que este reservaba a sus grandes cuerpos de ejército del oeste, después de la pérdida de Italia. En Ilerda había corrido el rumor de que iba a llamar al ejército de España para que se reuniera con él por la vía de tierra, por el África y la Mauritania; rumor aventurado, en verdad, y que no tenía fundamento alguno. Lo que me parece más verosímil es que, incluso después de haber perdido la Italia, persistía en su primitivo proyecto de atacar a César por dos partes a la vez, en las Galias cisalpina y transalpina, y para eso preparaba un gran movimiento concéntrico desde España y desde Macedonia. Es de suponer que las legiones españolas tendrían la misión de mantenerse a la defensiva en la línea de los Pirineos hasta el momento en que el ejército de Macedonia, que se estaba formando, se hallase en disposición de ponerse en marcha, y entonces debían moverse los dos y reunirse o en el Rin, o en el Po, según las circunstancias. Al mismo tiempo la escuadra intentaría recobrar la propia

Italia. Parece que César había previsto este plan, y, en consecuencia, lo primero que hizo fue tomar sus precauciones en la península. La gobernaba en calidad de propretor uno de sus mejores lugartenientes, el tribuno del pueblo Marco Antonio. Los puertos del sudeste, Sipuntum, Brundisium y Tarento, en cuyos puntos se temía un desembarco, tenían una guarnición de tres legiones. En las aguas tirrenas reunía naves Quinto Hortensio, hijo degenerado del famoso orador de su nombre, y en el Adriático, Publio Dolabela formaba una segunda escuadra, cuyas naves todas, útiles para la defensa de Italia, debían servir también para conducir a Grecia las legiones del procónsul, según este tenía proyectado. Si Pompeyo intentaba penetrar en Italia por la vía terrestre, Marco Licinio Craso, hijo mayor del antiguo colega de César, estaba situado en la provincia cisalpina con un cuerpo de ejército, y Cayo Antonio^[4], segundo hermano de Marco, ocupaba con sus tropas la Iliria. Sin embargo, pasaban los días sin que atacara Pompeyo, hasta que tuvo lugar el primer encuentro en Iliria en el rigor del verano. El lugarteniente de César, C. Antonio, se mantenía con sus dos legiones en la isla de Curicta (Veglia, en el golfo de Quarnero), y Publio Dolabela cruzaba con su escuadra el estrecho brazo de mar que separa Curicta de la tierra firme. Las escuadras pompeyanas en estos mares, la de Grecia, mandada por Marco Octavio, y la de Iliria, que mandaba Lucio Escribonio, cayeron a la sazón sobre Dolabela, destruyeron todas sus naves y encerraron a Antonio en su isla. Era menester salvar a Antonio a toda costa, y en consecuencia Basilo y Salustio acudieron de la Italia con un grueso ejército, mientras Hortensio hacía rumbo en la misma dirección con la escuadra del Tirreno. Pero como los almirantes enemigos tenían muchas más fuerzas, las legiones de Antonio quedaron abandonadas a su suerte. Los víveres faltaban en la plaza, los soldados descontentos se amotinaron, y, a excepción de algunos pelotones que lograron ganar la tierra firme en balsas, se rindió a discreción la guarnición entera, fuerte todavía de quince cohortes, cuyas tropas fueron transportadas a Macedonia en las naves de libio y luego fueron incorporadas al ejército de Pompeyo. En cuanto a Octavio, continuó en aquellos lugares para completar la sumisión de la Iliria, a la sazón desguarnecida de tropas. Por un lado los dálmatas, que constantemente habían estado en lucha con César desde el tiempo de su proconsulado de las Galias, y por otro los insulares de la poderosa ciudad de Issa (Lissa), y muchos otros pueblos, se pasaron al partido de Pompeyo. No quedaron fieles a César más que las ciudades de Salona (Spalato) y Lissos (Alessio): los habitantes de la primera sostuvieron con gran valor el sitio, y, reducidos al último extremo, hicieron una salida afortunada. Octavio, rechazado, levantó el campo y se fue a invernar a Dirrachium.

RESULTADOS GENERALES DE LA CAMPAÑA

Ahora bien, por importantes que fueran los triunfos alcanzados por la escuadra pompeyana en Italia, no influyeron de una manera poderosa en la marcha de las operaciones, e incluso pierden toda su importancia si se considera que en todo este año de 705, tan fecundo en grandes acontecimientos, fueron los únicos hechos militares llevados a cabo por las fuerzas de mar y tierra que estaban a las órdenes inmediatas de Pompeyo. Del Oriente, del sitio donde todo se reunía contra César, el general en jefe, el Senado, un segundo ejército poderoso, numerosas escuadras, grandes provisiones militares y enormes recursos financieros, ningún recurso vino al Occidente, ni siquiera en el momento mismo en que se sentía mayor necesidad de los auxilios que de allí podían mandarles. Pero, sin que tratemos nosotros de justificar a Pompeyo, esta funesta inacción de sus ejércitos de tierra se explica por la falta de concentración de las fuerzas militares, que todavía se hallaban diseminadas por toda la mitad oriental del Imperio. Y también por el mismo sistema de Pompeyo, que no quiso jamás ponerse en movimiento mientras no tuviera una inmensa superioridad numérica, por su indecisión y acostumbrada lentitud, y por las mismas disensiones que existían entre los coaligados. La escuadra, que era sin disputa dueña del Mediterráneo, no hizo nada para detener los acontecimientos, nada para defender la España, nada o casi nada para auxiliar a la leal Masalia, a la Cerdeña, a la Sicilia y al África. Esa misma escuadra, aun sin intentar la reconquista de la Italia, habría podido muy fácilmente cortarle los víveres. Imposible es asegurar, por más que se tenga de ello una convicción fundada, si la confusión y el desorden habían llegado a su colmo en el campo pompeyano. Pero al menos juzguemos la situación por los resultados de la campaña. César había tomado la ofensiva en España, en Sicilia y en África en forma simultánea: en el primer teatro había vencido por completo, y en las demás partes sus triunfos fueron acompañados de cierta desgracia. Sin embargo, al apoderarse de la Sicilia, había destruido el objeto principal del plan de Pompeyo, que era privar de víveres a Italia; y, al destruir el ejército constitucional de España, había hecho imposible su gran movimiento combinado. En Italia, por último, quedaban casi intactos los preparativos de defensa. A pesar de las sensibles pérdidas de sus ejércitos en África y en la Iliria, al final del primer año de la guerra, César tenía decisivamente ganada la campaña. Y aunque en Oriente los constitucionales no habían hecho ningún esfuerzo serio para detener en el Oeste la marcha triunfante de César, al menos pretendían, aprovechándose de una tregua vergonzosamente alcanzada, afirmarse en sus posiciones militares y políticas en cuanto les fuera posible.

SE ORGANIZAN LOS CONSTITUCIONALES EN MACEDONIA. LA EMIGRACIÓN. LOS TIBIOS. LOS ULTRAS

Macedonia era el gran receptáculo de todos los enemigos de César: a ella llegaron Pompeyo y los emigrados de Brindisi. Allí se refugiaron también todos los fugitivos que venían del oeste: Marco Catón, de Sicilia; Lucio Domicio, de Masalia, y de España, sobre todo, una muchedumbre de excelentes oficiales y soldados del ejército disuelto, con sus antiguos generales Afranio y Varrón a la cabeza. En Italia era no solo cuestión de honor, sino también de moda, la emigración de la aristocracia, que recibió nuevo impulso cuando se tuvieron noticias de las dificultades que se ofrecían a César delante de Ilerda. De esta forma, los tibios y los políticos, que hasta entonces habían estado indecisos, fueron uniéndose poco a poco a los pompeyanos. Hasta el mismo Cicerón terminó por convencerse de que, para cumplir plenamente sus deberes de buen ciudadano, no bastaba escribir cualquier precioso «tratado sobre la concordia». El Senado de los fugitivos se había establecido en Tesalónica; allí la Roma oficial tenía sus estados generales interinos, y contaba aproximadamente con doscientos miembros, la mayor parte ancianos venerables por sus años y casi todos consulares. Sin embargo, siempre resultará que eran solo emigrados; y, por otra parte, aquel Areópago romano, que hacía alarde de todas las altas pretensiones de la buena sociedad de la capital, repugnaba como ella de la acción, y no se echaban de menos en aquel cuadro, ni las reminiscencias inoportunas, ni las recriminaciones más impropias todavía, ni la corrupción y fatuidad políticas, ni tampoco las miserias financieras. Y era lo de menos que, en aquel momento solemne en que se desplomaba el viejo edificio constitucional, los emigrados tomasen a su cargo salvar ante todo las antiguas y desacreditadas prácticas, ya que, para colmo del ridículo, un día se dieron prudentemente la denominación de «los trescientos», tocados de un cierto escrúpulo de conciencia y al no atreverse a tomar el nombre de «Senado» fuera del sagrado recinto de Roma. Más tarde instituyeron los largos procedimientos del derecho público, pero estaban turbados, sin saber cómo ni dónde decretarían una ley curial, que no podía hacerse sino en el Capitolio. Pero el mayor mal estaba en la indiferencia de los tibios y en las estúpidas cóleras de los ultras. En efecto, era imposible hacer que los primeros se moviesen, o simplemente que callaran. Cuando se les exigía algún servicio en nombre del interés común, al instante, con su espíritu de inconsecuencia, que es cualidad propia de las gentes apocadas, encontraban un pretexto para demorar el cumplimiento de lo que se les exigía, y entonces o no lo ejecutaban, o lo hacían contra su voluntad. Naturalmente estos hombres, con su mejor saber, acudiendo siempre demasiado tarde y con su genio supremo para la inacción, eran a cada momento una calamidad para las gentes de acción. Censurarlos todo, tanto los asuntos baladíes como los de más alta importancia, mofarse y deplorarlo todo, desanimar o enervar a las masas por su propio abatimiento o desesperada actitud, tal era su obra.

La exaltación de los ultras corría a la par de la atonía de los indiferentes.

Declaraban abiertamente que, antes de hablar de paz, era menester que se les presentara la cabeza de César. Así, las tentativas de acomodamiento hechas por este hasta el momento actual habían sido rechazadas sin examinarlas, y, por otra parte, siempre habían aprovechado la ocasión para atentar pérfidamente contra la vida de los emisarios del procónsul. Se comprende bien que estuvieran expuestas a las iras de los ultras las personas y haciendas de los cesarianos declarados; pero que sufrieran la misma suerte los que habían permanecido más o menos neutrales es cosa que no se explica y que sin embargo sucedió. Lucio Domicio, el héroe de Corfinium, presentó seriamente en pleno consejo de guerra la siguiente proposición: «Los senadores que combaten en las legiones de Pompeyo harán que sean juzgados todos los que permanezcan neutrales, y los que, habiendo emigrado, no se han incorporado al ejército. Estos hombres serán, según los casos, o absueltos o condenados, ya a pagar una multa, ya a muerte, con la confiscación de sus bienes». Otro se levantó un día delante de Pompeyo para acusar a Lucio Afranio, que se había hecho culpable del delito de corrupción y de traición al haber defendido mal a la España del ejército de César. En estos republicanos de pura raza, la idea política revestía el carácter de un dogma religioso; y contra las gentes indiferentes del partido, y contra el mismo Pompeyo, abrigaban aún más encono que contra sus declarados adversarios, odiándolos con aquel estúpido rencor que es propio de los fanáticos ultraortodoxos. En aquellas eternas discusiones, que dividían en grupos hostiles el Senado y el ejército de los emigrados, ellos eran a la vez los instigadores y los culpables. Y no se limitaban al dicho, sino que unían la práctica a la teoría. Así, Marco Bíbulo, Tito Labieno y los de su fracción sacrificaban en masa a todos los oficiales y soldados de César que caían en su poder, aun cuando se comprende bien que estas crueldades no eran muy a propósito para entibiar la energía de los cesarianos. Si cuando César estaba fuera de Italia la oposición constitucional no levantó allí jamás su bandera, aunque tenía en la península grandes fuerzas el elemento contrarrevolucionario, fue, según declaran los más previsores enemigos de César, a causa de la profunda y general inquietud que suscitaban aquellos republicanos extremos, dispuestos a dar rienda suelta a sus furores al día siguiente de una restauración. En vista de tales extravíos, los hombres juiciosos del partido pompeyano estaban completamente desesperados. Pompeyo, que tenía un gran valor personal, perdonaba a los prisioneros cuando se atrevía y podía hacerlo; pero siendo naturalmente pusilánime, y hallándose en una falsa situación, no sabía proceder como general en jefe, y así impedir o castigar tales desmanes. Solo un hombre, Marco Catón, dio pruebas de mayor energía combatiendo aquellas abominaciones. Él, al menos, entraba en el campamento con la serenidad de sus costumbres, y, gracias a sus esfuerzos, el Senado de Tesalónica prohibió con un decreto terminante el saqueo de las ciudades sometidas, y que se diese muerte a los ciudadanos fuera de la lucha. De la misma forma pensaba el

valiente Marco Marcelo; aunque es verdad que ellos mejor que nadie sabían que los partidos exagerados llegan hasta el último extremo en la pretendida misión salvadora que se arrojan, a pesar de todos los senadoconsultos del mundo. Y si en el momento mismo en que la prudencia aconsejaba la moderación no se contenía el furor de los ultras, ¿podría esperarse después de la victoria otra cosa que un régimen del terror, uno que nunca hubieran podido igualar las dictaduras de Mario y de Sila? He aquí por qué decía Catón que el triunfo de los suyos le asustaba más que su derrota.

PREPARATIVOS MILITARES

La dirección de los preparativos militares en Macedonia correspondía al general en jefe. La situación de Pompeyo, difícil por sí misma y rodeada de obstáculos, no había hecho más que empeorar después de los desastrosos acontecimientos del año 705, cuya responsabilidad le atribuía sin razón el partido, pues el mal éxito de muchos combates se debía indudablemente a la ineptitud y la falta de prestigio de muchos de los generales de Léntulo y de Domicio, entre otros. Desde el día en que Pompeyo tomó en persona el mando del ejército, lo dirigió con habilidad y con valor. Al menos había salvado de una total ruina a fuerzas considerables, y era mostrarse injusto con él reprocharle que no fuera igual a César, en quien todos reconocían un genio superior. De cualquier manera que fuese, solo se juzgaba por los resultados. Con la fe puesta en Pompeyo, antes los constitucionales habían roto con César, y ahora hacían recaer sobre el hombre de su elección las deplorables consecuencias de la ruptura, no porque tratasen de dar a otro el mando (pues en los demás generales solo habían encontrado una incapacidad notoria), sino porque ya habían perdido la confianza en el general en jefe. A los dolores de las derrotas sufridas, venían a agregarse los funestos efectos de la emigración. Entre los fugitivos que llegaban al campamento se contaban muchos excelentes soldados, muchos oficiales expertos, especialmente los del antiguo ejército de España. Sin embargo, era reducido el número de los que acudían para servir y batirse, y en realidad desaparecían como perdidos en la enorme y asombrosa multitud de los generales de salón, que se decían *proconsules* e *imperatores* con el mismo derecho que Pompeyo, y de los elegantes de la buena sociedad romana, quienes, de mejor o peor grado, se veían lanzados a la vida militar activa. Estos habían llevado al campamento las costumbres de la capital, en extremo impertinentes en el ejército. Sus tiendas de campaña se convertían en preciosos gabinetes jardín, con el suelo cubierto de fresco césped y las paredes adornadas de hiedra, y la vajilla de plata cubría sus mesas, en las que desde que amanecía estaban circulando las copas. ¡Qué contraste entre estos guerreros perfumados y los rudos veteranos que se alimentaban con un pan grosero que habría dado asco a sus

adversarios, cuando, a falta de pan, no se sostenían sino con raíces, y juraban comer antes la corteza de los árboles, que ceder un palmo de terreno! Obligado ya a guardar toda suerte de consideraciones a los otros magistrados, sus colegas, y a toda una corporación que no le era muy adicta, Pompeyo se sentía con los brazos atados. Su situación fue más grave aún cuando los vio reunirse hasta en su propio pretorio para discutir y derramar en largas sesiones el fuerte veneno que la emigración fomenta. No creo que haya necesidad de añadir que él no tenía ni la suficiente elevación de inteligencia, ni el suficiente valor para superar estos obstáculos. Como siempre, procedía con lentitud, con embarazo y con un cierto temor; y lejos de solicitar el auxilio de Catón, hombre que gozaba sin duda de una alta autoridad moral, y cuyo concurso hubiera tenido asegurado si lo hubiera solicitado, lo tuvo postergado por envidia y desconfianza. Así, prefirió a Bíbulo, incapaz desde todo punto de vista, para el mando en jefe de la escuadra. De esta suerte, en todo lo que a la política se refiere, sus faltas fueron tantas como sus actos. Sus faltas están conformes con su genio; y, bajo su dirección, las cosas, que no iban ya por buen camino, marcharon de mal en peor. Sin embargo, en otros asuntos dio pruebas de un laudable celo, y cuando se trató de la organización de las fuerzas militares diseminadas, pero numerosas, se mostró a la altura de su misión.

LAS LEGIONES POMPEYANAS. LA CABALLERÍA

El núcleo de su ejército consistía en las tropas que había llevado de Italia, que habían sido aumentadas con los soldados de César capturados en Iliria y con los romanos que residían en Grecia, y componían ahora cinco legiones. Además, se les habían unido otras tres del Oriente, las dos de Siria formadas con los restos del ejército de Craso, y una tercera que comprendía las dos reducidas legiones estacionadas en Cilicia, cuyos cuadros habían sido reorganizados. Ningún inconveniente había para convocar estos cuerpos, puesto que entonces estaban los pompeyanos en buena inteligencia con los partos. Incluso podrían haber llegado a una formal alianza con ellos si Pompeyo no se hubiera negado, tal vez contra su voluntad, a satisfacer su exigencia, que era la devolución de la provincia de Siria, incorporada antes por él al Imperio. César, por su parte, quiso enviar a Siria a dos de sus legiones para reponer al príncipe Aristóbulo, a quien había encontrado prisionero en Roma, y también para sublevar de nuevo a los judíos. Sin embargo, diversas causas, entre ellas la muerte de Aristóbulo, hicieron que su proyecto fracasara. Creta y Macedonia suministraron un cierto número de soldados veteranos establecidos en estos países, con los cuales se formó una legión. Por otro lado, los romanos del Asia Menor compusieron otras dos. A estas once legiones pompeyanas se unieron dos mil voluntarios, restos de las

antiguas tropas de España o procedentes de otras partes, y, por último, los contingentes de los pueblos vasallos. Pompeyo, como César, no había estimado conveniente pedir a estos infantería, y solamente confió la custodia de las costas a las milicias epirotas, etolias y tracias. Aparte de estas, se agregaron al ejército como tropas ligeras auxiliares tres mil flecheros griegos y asiáticos, y mil doscientos honderos. En cuanto a la caballería, a excepción de la aristocrática juventud romana, que era una especie de guardia noble más numerosa que fuerte, y de los esclavos pastores de la Apulia, que Pompeyo había hecho jinetes, estaba formada exclusivamente por los contingentes de los pueblos súbditos o aliados de Roma. Su núcleo eran las bandas celtas; unas, sacadas de la guarnición de Alejandría; y otras, suministradas por la mayor parte de los príncipes gálatas y el rey Deyotaro, quien a pesar de su avanzada edad había venido en persona mandándolas. A estas fuerzas se agregaron otros cuerpos: la excelente caballería ligera de la Tracia (parte de ella llevada por los príncipes Rádala y Rhaskyposis, y otra parte reclutada por el mismo Pompeyo en la provincia de Macedonia); el contingente ecuestre de la Capadocia; los arqueros montados enviados por Antíoco, rey de Comagena; una división de armenios del lado de acá del Éufrates, mandada por Taxilo; otra también de armenios de la parte de allá del mismo río, a las órdenes de Megabates, y, por último, un escuadrón de númidas del rey Juba. Entre todos formaban un total de siete mil jinetes.

LA ESCUADRA

La escuadra era también muy numerosa. En ella se veían las naves romanas ya llevadas de Brindisi, o que llegaron más tarde; las de los reyes de Egipto; las de los príncipes de la Cólquida; las del príncipe de Cilicia, Tarchondimotos; las de las ciudades de Tiro, Rodas, Atenas y Corfú, y principalmente las de todas las ciudades marítimas griegas y asiáticas. Entre todas componían un total de quinientas velas, siendo naves romanas la quinta parte. En Dirrachium había almacenadas considerables provisiones en armas, municiones y víveres, y las cajas del ejército estaban llenas. Los pompeyanos eran dueños de las principales fuentes de los ingresos públicos: se aprovechaban de las riquezas de los príncipes aliados y de los más ilustres senadores y publicanos, y disponían de las haciendas de todos los ciudadanos romanos que residían en Oriente. En África, Egipto, Macedonia, Grecia, Siria y en el Asia occidental, en todas partes, en fin, hasta donde se extendían la autoridad del gobierno legítimo de Roma y el tan ponderado crédito de Pompeyo sobre los reyes y los pueblos aliados, la República constitucional lo ponía todo a contribución para su defensa. No había ninguna exageración cuando se decía en Italia que Pompeyo armaba contra la Roma de César a los getas, a los de la Cólquida y a

los armenios, o cuando se le daba en el campamento el título de «rey de reyes». En resumen, mandaba un ejército de siete mil caballos, once legiones, de las cuales cinco eran muy aguerridas, y una escuadra de quinientas naves. Como el soldado se hallaba bien pagado, bien tratado, merced a su solicitud, y con la promesa de infinitas dádivas en caso de triunfar, su espíritu era generalmente bueno, y hasta excelente en muchos casos entre los más valerosos cuerpos. Sin embargo, una gran parte del ejército se componía tan solo de reclutas que se estaban organizando e instruyendo, y, por mucha actividad que se desplegara en esta organización e instrucción, sería una obra larga. En suma, aquella era una masa confusa tal vez, pero imponente en su conjunto.

LOS POMPEYANOS REUNIDOS EN LA COSTA DE EPIRO

Pompeyo se proponía que la escuadra y el ejército se mantuvieran reunidos durante todo el invierno del año 705 al 706 a lo largo de la costa, y en las aguas del Epiro. Ya su almirante Bíbulo se había apoderado de su nueva estación de Corfú con ciento diez naves, pero el ejército de tierra, que durante el verano había acampado en Berrhœa sobre el Haliacmon, quedaba aún detrás, marchando muy lentamente por la gran vía que va de Tesalónica a la costa occidental y a Dirrachium, sus futuros cuarteles. Las dos legiones que Metelo Escipión traía de Siria invernanaban en Pérgamo, en el Asia Menor, esperando que llegase la primavera; allí obraban según su voluntad, sin obedecer ninguna orden. En el primer momento los puertos del Epiro no tenían para su defensa, aparte de la escuadra, más que las milicias locales y algunos soldados reclutados hechos en los países vecinos.

CÉSAR MARCHA CONTRA POMPEYO Y ARRIBA A EPIRO. PRIMERAS VENTAJAS

Así se explica cómo César, que había tenido que hacer en este intervalo la guerra en España, llegó todavía a tiempo para tomar la ofensiva. Este, al menos, no perdía un momento; desde hacía tiempo había preparado sus transportes y reunido en Brindisi buques de guerra, y, cuando capitularon Masalia y el ejército de España, dirigió a dicho puerto sus mejores tropas, de las cuales ya podía disponer. César exigió a sus soldados inauditos esfuerzos; así es que las fatigas, más que los combates, habían mermado ya sus filas. Una de sus más veteranas legiones, la novena, al pasar por Placencia se había entregado al pillaje, peligroso sistema para levantar el espíritu de sus tropas. Solo por su presencia de ánimo, su energía y su autoridad, César pudo reprimir aquel mal gravísimo y en adelante ya no se le opuso ningún obstáculo a su

marcha. Pero, así como en marzo del año anterior no había podido emprender la persecución de Pompeyo, de la misma manera el corto número de sus naves paralizaba ahora la proyectada expedición. Las embarcaciones que había mandado armar en los arsenales de las Galias, de Sicilia y de Italia no estaban todavía dispuestas, o no habían llegado a Brindisi. La escuadra del Adriático había quedado deshecha el año anterior en las aguas de Curicta, y solo tenía a su disposición doce buques de guerra y algunos de transporte, apenas suficientes para trasladar a Grecia la tercera parte de su ejército, que constaba entonces de doce legiones y diez mil caballos. El enemigo, con sus numerosas escuadras, era dueño del Adriático y de todos los puertos e islas de la costa oriental. Es extraño que, ante tal situación de cosas, César, en vez de emprender la ruta del mar, no tomara el camino de tierra por la Iliria, evitando de este modo los peligros que lo amenazaban de parte del almirante enemigo. Además, para sus tropas, que en su mayor parte venían de las Galias, el camino habría sido más corto que el rodeo por Brindisi, pues si bien es cierto que la Iliria era un país en extremo áspero y estéril, muchos ejércitos lo atravesaron poco después. Este no debe de haber parecido un obstáculo invencible al conquistador de las Galias. Entiendo que César, sin duda, debió temer que, mientras él avanzara a duras penas dando la vuelta al Adriático, Pompeyo se dirigiese con todas sus fuerzas a través del mar; de tal suerte que, cambiándose los papeles, ocupase la Italia en tanto él se internaba en Macedonia. Pero ¿podía esperarse de Pompeyo, el hombre pesado por excelencia, que ejecutase un movimiento tan rápido y llevase a cabo tal golpe de audacia? Quizá cuando César tomó su resolución había esperado poder reunir a tiempo una escuadra respetable; quizá tampoco conociese el verdadero estado de las cosas sino hasta su vuelta de España, cuando era ya demasiado tarde para modificar su plan. Quizás, en fin (y aun pudiera decirse, teniendo en cuenta su genio fogoso y activo, que esto es lo más probable), se dejase llevar esta vez por la irresistible tentación que se le ofrecía de arrojarse súbita y hasta temerariamente, y contrariar así los planes de Pompeyo si lograba ocupar de improviso la costa del Epiro, sitio adonde el enemigo trataría de trasladarse en masa dentro de poco. Sea como fuere, el 4 de enero del año 706 se hizo a la vela César con seis legiones^[5], muy mermadas por las excesivas fatigas y por las enfermedades, y seiscientos caballos. Dirigió su rumbo hacia la costa de Epiro, y su expedición era tan temeraria como el imprudente desembarco en Bretaña. Lanzado así a la suerte, los primeros resultados de su empresa fueron felices y desembarcó al pie de los montes Acroceranios (o de la Quimera), en la rada poco frecuentada de Paleassa (hoy Paljassa). Los pompeyanos habían visto pasar la flotilla desde Oricum (bahía de Aulona), donde tenían anclados dieciocho buques, y también desde Corfú, principal apostadero de la escuadra. Pero los de Oricum se creyeron muy débiles para el ataque, y en Corfú no se hallaban dispuestos para hacerse a la vela. La primera expedición se efectuó sin

entorpecimiento alguno, y sus tropas lograron desembarcar. Al tiempo en que las naves zarpaban para ir a una nueva expedición, César atravesó por la tarde los montes Acroceranios. Al principio fueron tan favorables los resultados de aquella empresa, como grande la sorpresa del enemigo. En ninguna parte hicieron resistencia las milicias de los epirotas: las importantes plazas marítimas de Oricum (Eriko), de Apolonia y de otras ciudades de la costa se sometieron, y Dirrachium (Durazzo), la principal plaza de armas de los pompeyanos, llena de toda clase de municiones, corrió los mayores peligros con su reducida guarnición.

CÉSAR INCOMUNICADO CON ITALIA

Pero la continuación de la campaña no respondió a sus importantísimos comienzos. Bíbulo, culpable de negligencia en los primeros momentos, redobló sus esfuerzos y reparó en parte sus faltas. Luego de capturar unos treinta transportes que volvían a Brindisi, los hizo quemar con sus tripulaciones, equipos y armamentos. Después de esto ejerció en toda la costa, desde la isla Sasón (Saseno) hasta Corfú, la más exquisita vigilancia, a pesar de los rigores de la estación y de la dificultad del abastecimiento de los cruceros, a los cuales había que llevarles de Corfú hasta la leña y el agua. Muerto al poco tiempo el almirante a consecuencia de las fatigas sufridas, su sucesor, Libón, estableció el bloqueo del puerto de Brindisi hasta que finalmente la escasez de agua lo hizo abandonar el islote que se halla a la entrada de dicho puerto, y en el cual se había apostado. A los oficiales de César les era imposible llevarle el segundo cuerpo de ejército, y él tampoco había podido apoderarse de Dirrachium. Los parlamentarios que envió a Pompeyo le dieron a conocer a este los preparativos de su rival y su próxima marcha a la costa de Epiro, de forma tal que, acudiendo a marchas forzadas, pudo entrar a tiempo en la importante plaza de armas. La situación de César era crítica; aunque se había extendido por el Epiro cuanto se lo permitían sus escasas fuerzas, no eran fáciles ni estaban aseguradas sus subsistencias. Por el contrario, los pompeyanos, en posesión de los almacenes de Dirrachium y dueños del mar, tenían de todo en abundancia. Y, por otra parte, ¿cómo presentar la batalla con unos veinte mil hombres, a lo sumo, a un ejército que lo duplicaba en número? César debió tener a gran dicha el habérselas con un enemigo tan metódico como Pompeyo. Este, en vez de venir a las manos sin perder tiempo, había establecido sus cuarteles de invierno en la ribera derecha del Apsos, entre Dirrachium y Apolonia. Allí, teniendo a César enfrente, en la orilla izquierda, esperaba la primavera confiado en destruirlo entonces con el peso irresistible de sus fuerzas, aumentadas con las legiones que le llegaban de Pérgamo. Así pasaban los meses, y si lograba alcanzar la primavera, si recibía los poderosos refuerzos que esperaba y recobraba la libre disposición de su

escuadra sin que hubiera variado la situación de César, la destrucción de este sería inevitable, encerrado como se hallaba en las montañas del Epiro, entre los innumerables buques del enemigo y su poderoso ejército de tierra. El invierno tocaba ya a su fin, y no había otra esperanza para César que los transportes. Ahora bien, ¿cómo podrían intentar, sin que fuera una temeridad insensata, romper las líneas del bloqueo acudiendo a la fuerza o valiéndose del ardid? Y, sin embargo, después del inaudito atrevimiento del primer desembarco, era necesario intentar un nuevo golpe de audacia. César conocía mejor que nadie su desesperada situación; y se dice que un día, impaciente por la tardanza de su escuadra, quiso atravesar el mar él solo en una barca de pescadores para ir en busca de su gente a Brindisi; empresa insensata, de la cual hubo de desistir por no encontrar un marinero que se prestase a conducirlo.

ANTONIO LLEGA A EPIRO. REUNIÓN DE LAS FUERZAS CESARIANAS

De cualquier manera, no era necesaria su presencia en Italia, puesto que el fiel lugarteniente que en ella había dejado, Marco Antonio, no vaciló un solo instante en ir a auxiliar y a salvar a su jefe a toda costa. Por segunda vez salieron del puerto de Brindisi los transportes; conducían cuatro legiones y ochocientos caballos y por una feliz casualidad, mientras huían de un fuerte viento del sur, pasaron por delante de las galeras de Libón. Pero, al mismo tiempo que este viento protegía a la escuadra, le impedía arribar a la costa de Apolonia, que era la orden que tenía; y así, pasando por delante de los campamentos de César y de Pompeyo, se dirigió al norte de Dirrachium, a Lissos, cuyos habitantes por fortuna eran todavía adictos a César. A la altura de la rada de Dirrachium se lanzaron en su persecución las galeras rodias a fuerza de remos, y así fue que Antonio apenas tuvo tiempo de entrar en el puerto de Lissos, cuando se presentó a la vista de la plaza la escuadra enemiga. Sin embargo, como el viento cambió súbitamente, tuvieron que volverse los cruceros, algunos de los cuales fueron a estrellarse contra las rocas de la costa. Por una afortunada combinación pudo llegar al Epiro la segunda expedición de los cesarianos. Es verdad que Antonio y César estaban a cuatro jornadas el uno del otro, y que entre ambos estaban Dirrachium y todo el ejército de Pompeyo. Pero Antonio realizó una peligrosa marcha por los desfiladeros del Graba Balkan, dio la vuelta para evitar el encuentro con las tropas y plaza enemigas, y se reunió en la ribera derecha del Apsos con César, que también marchaba a su encuentro. En vano Pompeyo había intentado impedir la reunión de los dos cuerpos enemigos y obligar a Antonio a aceptar él solo el combate. Este fue a situarse cerca de Asparagión, sobre el Genusus (Uschkomobin), torrente que corre paralelo al Apsos, entre este río y Dirrachium^[6], y allí permaneció de nuevo inmóvil. César se consideraba con bastantes fuerzas como

para librar la batalla, a la que no pudo acarrear a su adversario. En cambio supo engañarlo, y tras repetir con sus tropas, que hacían mejores marchas, la maniobra de Ilerda, se situó entre la plaza y el campamento de Pompeyo que se apoyaba en ella. La cadena del Graba Balkan, que va del Este al Oeste, termina en el Adriático formando el estrecho promontorio de Dirrachium. A tres millas al este de la ciudad, se divisa un ramal que describe una línea curva hacia el sudeste y se dirige paralelamente al mar; y entre la cadena principal y esta derivación se extiende una pequeña llanura cerrada hasta los arrecifes de la costa. En ella fue a establecer su campamento Pompeyo. Aunque había quedado incomunicado con Dirrachium por la parte de tierra, a consecuencia de la evolución practicada por César, continuaba por medio de su escuadra en constante comunicación con la plaza, de donde sacaba fácilmente y en abundancia todas las provisiones que necesitaba. En cuanto a los cesarianos, a pesar de los gruesos destacamentos que mandaban a los países que se hallaban a su espalda, y a pesar de todos los esfuerzos de su general, no les llegaban las municiones en el momento fijado, pues los encargados de los bagajes no caminaban con la diligencia que era necesaria. De aquí los apuros y sufrimientos que pasaron: en vez de trigo candeal, que era el alimento habitual de las tropas, se vieron con frecuencia obligadas a mantenerse con carne, con cebada y hasta con raíces.

**CÉSAR ENCIERRA A POMPEYO EN SU CAMPAMENTO.
SON CORTADAS LAS LÍNEAS DE CÉSAR.
ESTE ES DERROTADO POR SEGUNDA VEZ**

Como César quería triunfar sobre la obstinación pasiva de su flemático rival, ocupó todo el círculo de las alturas que rodeaban la playa donde acampaba Pompeyo. Con esto lograba anular la caballería enemiga, superior a la suya, y podía operar sin temor contra Dirrachium, obligando a dicho general a batirse y aun a embarcarse. Sin embargo, casi la mitad de las fuerzas cesarianas habían quedado ya destacadas en el interior, y era correr una aventura muy peligrosa empeñarse en mantener sitiado un ejército aproximadamente doble en número, compacto, y que se apoyaba en el mar y en una escuadra. Mas no por esto abandonaron aquella empresa los veteranos de César: a fuerza de continuos y penosos trabajos encerraron el campamento de Pompeyo en una línea de reductos de tres millas y media. A esta circunvalación añadieron, como en Aliso, líneas de trincheras exteriores para cubrirse contra la guarnición de Dirrachium y los ataques de flanco, tan fáciles para Pompeyo, gracias al auxilio de su escuadra. Varias veces intentó este romper las líneas, atacando primero un reducto y luego otro; pero no trabó una batalla general, y, lejos de evitar la circunvalación de su propio campamento, construyó a su vez delante de este cierto

número de reductos, unidos entre sí por una serie de trincheras. Ambos campos se fortificaban extendiendo sus líneas de defensa tan lejos como podían. Los trabajos, incesantemente interrumpidos por los combates parciales, adelantaban poco. Por otra parte, los cesarianos tenían que habérselas por la retaguardia con las gentes de Dirrachium, en cuya plaza César ya tenía inteligencias y esperaba apoderarse de ella, cosa que fue impedida por la escuadra enemiga. Así, pues, en todas partes se estaba siempre en armas; y un día, por cierto el más caluroso de la estación, se trabó la pelea en seis sitios a la vez. Por lo común, los soldados de César, gracias a su experimentado valor, obtenían la ventaja en estas escaramuzas; hasta se vio a una sola cohorte sostenerse en sus líneas durante muchas horas frente a cuatro legiones, que al fin tuvieron que retroceder cuando llegaron refuerzos. Por ningún lado se consiguieron ventajas decisivas; pero poco a poco los atacados pompeyanos fueron experimentando pérdidas. César, al variar el curso de los arroyos que descendían de las montañas a la llanura, los redujo al agua de las fuentes, que era escasa y mala. Aún más sintieron la escasez de forraje para las acémilas y los caballos, a cuyo abastecimiento la escuadra no podía atender suficientemente. Como los animales morían en masa, se mandó transportarlos a Dirrachium, aunque también allí sintieron la misma escasez. Pompeyo no podía diferir por más tiempo el ataque, y le era forzoso dar a todo trance un golpe atrevido para librarse de la difícil posición en que se hallaba. En aquel momento supo por unos tráfugas galos que César había omitido cerrar en la playa con una muralla transversal sus dos líneas de reductos, distantes seiscientos pies la una de la otra; y sobre esto formó su plan. Hizo atacar las líneas interiores por las legiones salidas del campamento, y las exteriores por las de la escuadra, desembarcadas expresamente en la parte de allá de las trincheras. Al mismo tiempo, un tercer cuerpo se lanzaba en el intervalo entre los reductos y atacaba por retaguardia al enemigo, ocupado en todas partes en su defensa. Las trincheras próximas a la mar fueron perdidas y la guarnición emprendió una desordenada fuga. Marco Antonio, que mandaba en el segundo reducto, se sostuvo a duras penas tras haber logrado por el momento detener el torrente enemigo; pero César tuvo considerables bajas, y la cabeza de sus líneas en la playa cayó en poder de los pompeyanos. De esta forma el bloqueo quedó roto. El procónsul ardía en deseos de aprovechar la primera ocasión que se le ofreciera para tomar la revancha. Al poco tiempo se arrojó con el grueso de su infantería sobre una legión pompeyana, imprudentemente mandada a retaguardia, que se resistió con gran bravura. La refriega tuvo lugar en un terreno escabroso, escalonado por los campamentos de diferentes cuerpos, grandes o pequeños, y cortado en todos los sentidos por trincheras y fosos. En breve se desordenan el ala derecha y la caballería de César, y, en vez de ayudar al ataque del ala izquierda, van a perderse en un estrecho barranco que se dirige desde uno de los antiguos campamentos hacia el cercano río. En estas circunstancias llega

Pompeyo al lugar de la refriega con cinco legiones y encuentra al ejército de César dividido en dos cuerpos, con una de sus alas gravemente comprometida. Al verlo con fuerzas superiores, los cesarianos, sobrecogidos de súbito pánico, se dispersan y emprenden una precipitada fuga. En esta refriega César perdió mil de sus mejores soldados, y se dio por satisfecho de haber escapado de una completa derrota. Su ejército solo debió su salvación a la excesiva prudencia de Pompeyo, que no pudo desplegar sus fuerzas en aquel terreno y que, temiendo un ardid de guerra, contuvo a sus soldados en vez de emprender la persecución del enemigo.

CONSECUENCIAS DE ESTAS DOS DERROTAS

No solamente había experimentado César sensibles pérdidas y había visto desaparecer en un momento sus líneas y sus considerables trabajos, en los cuales había empleado cuatro meses, sino que al día siguiente de librar los últimos combates se encontraba en el mismo punto de partida de la campaña. Ahora más que nunca le estaba cerrada la comunicación por mar, sobre todo después de que el hijo mayor de Pompeyo, Gneo, había sorprendido algunos buques de guerra en la rada de Oricum y los había atacado con denuedo, quemando unos y capturando otros. Y después de que, casi al mismo tiempo, había reducido a cenizas los transportes dejados en Lissos. Por lo tanto, en adelante César no podía esperar que le llegasen por mar nuevos refuerzos de Brindisi.

La numerosa caballería de Pompeyo, libre ya de toda clase de obstáculos, se extendió por los alrededores para cortar a César sus provisiones, que eran ya muy difíciles. Más que audacia había tenido César al tomar sin escuadra la ofensiva contra un enemigo que era dueño del mar; y el fracaso tenía que ser completo. En el terreno elegido se había estrellado contra invencibles obstáculos defensivos, y ya no podía pensar en dar el asalto a Dirrachium ni en presentar al ejército pompeyano una batalla decisiva. Pompeyo, por el contrario, era dueño de elegir la ocasión y el momento de arrojarle sobre su rival, acosado por el hambre. La guerra estaba en su apogeo: hasta entonces Pompeyo había obrado al parecer sin iniciativa, disponiendo su defensa según el ataque de cada día, lo cual no le desagradaba. De hecho, al hacer durar la guerra, adiestraba a sus reclutas, daba tiempo a sus reservas para que acudieran, y aseguraba y desenvolvía la gran preponderancia de su escuadra en las aguas del Adriático. Sin embargo, los descalabros de César delante de Dirrachium no tuvieron las fatales consecuencias que su rival esperaba, quizá con fundamento. Cuando se creía que los veteranos de César estaban en plena disolución, acosados por el hambre o por efecto de la insubordinación, dieron una nueva prueba de su gran energía militar. De todas maneras, tras haber sido César derrotado en el campo de batalla y en

su importante operación estratégica, parecía que no podría sostenerse donde acampaba, ni cambiar con provecho sus posiciones.

PLAN DE GUERRA DE POMPEYO. ESCIPIÓN Y CALVINO

Siendo Pompeyo el vencedor, a él tocaba ahora tomar la ofensiva, y quiso verificarlo. Tres medios se le ofrecían para sacar partido de su victoria: el primero, y el más sencillo de todos, consistía en no dejar al vencido respirar, persiguiéndolo sin tregua si levantaba sus reales. Pompeyo podía también dejar a César en Grecia con su principal ejército, y trasladarse él a Italia con el grueso del suyo, como desde hacía tiempo lo tenía dispuesto. En efecto, allí contaba con la opinión que era antimonárquica y decididamente hostil a César. Además, después de que sus mejores legionarios y su bravo y decidido lugarteniente habían salido para Grecia, los soldados que quedaban en la península no podían ser un obstáculo a la realización de los planes del partido constitucional. Pompeyo podía, finalmente, situarse en el continente helénico, atraer hacia sí las legiones de Metelo Escipión, marchar con ellas al encuentro de César y derrotarlo. César, cuando hubo conseguido unirse a su segundo cuerpo de ejército, mandó a la Tesalia y al Epiro fuertes destacamentos de tropas para ayudar al abastecimiento de sus soldados, y también envió por la vía Egnaciana dos legiones con dirección a Macedonia. Gneo Domicio Calvino, que las mandaba, llevaba orden de detener a Escipión, que venía de Tesalónica por la misma vía, y de batirlo antes que pudiera reunirse con Pompeyo. Calvino y Escipión no estaban sino a algunas millas de distancia el uno del otro cuando el último se volvió de repente hacia el sur, atravesó rápidamente el Haliacmon (Jadsché Karasu) y, tras dejar sus bagajes a Marco Favonio, entró en Tesalia. Allí se proponía destruir una legión de reclutas, que a las órdenes de Lucio Casio Longino se ocupaba a la sazón de someter aquel país a César. Pero Longino atravesó las montañas, bajó hacia Ambracia, y se arrojó sobre Gneo Calvicio Sabino y la división de la Etolia. Escipión no pudo hacer contra él otra cosa que lanzar en su persecución la caballería tracia que llevaba, para volverse después hacia atrás. Entre tanto, Calvino ya operaba contra Favonio y las reservas del Haliacmon, amenazándolas a su vez, tal como Escipión había amenazado a los cesarianos de Casio. Calvino y Escipión se encontraron finalmente frente a frente sobre el Haliacmon, y permanecieron algún tiempo acampados observándose mutuamente.

RETIRADA DE CÉSAR. MARCHA HACIA LA TESALIA

Si Pompeyo podía elegir, no le sucedía lo mismo a César, quien después de las dos derrotas sufridas se retiró hacia Apolonia. Pompeyo lo siguió paso a paso. Era empresa difícil desfilar así de Dirrachium a Apolonia por un camino dificultoso, cortado por muchos torrentes, con un ejército vencido que llevaba al vencedor a retaguardia. Sin embargo, allí iba César dirigiendo la marcha con su ordinaria habilidad, y sus infatigables infantes cansaron a Pompeyo, que se detuvo después de cuatro días de una persecución inútil. ¿Qué iba este a decidir? ¿Iba a intentar un desembarco en Italia? ¿Sería preferible internarse en el país? La primera empresa era seductora, y muchos se la aconsejaron, pero Pompeyo no quiso abandonar el cuerpo de ejército de Metelo Escipión. Además esperaba, tomando aquella dirección, encontrar y destruir a Domicio Calvino. Este, en efecto, se hallaba entonces situado en la vía Egnaciana, por debajo de Heráclea de Lyncéstides, entre Escipión y Pompeyo. César, retirado hacia Apolonia, estaba más lejos de él que el gran ejército de los constitucionales. Calvino, por otra parte, nada sabía de los acontecimientos de Dirrachium, ni del peligro que lo amenazaba. Después de los recientes descalabros, todo el país se había pasado a Pompeyo, y de todas partes eran expulsados los mensajeros de César. El ejército del primero no estaba ya más que a algunas horas de Calvino, cuando finalmente supo por las avanzadas enemigas del estado de las cosas. Al instante se dirigió hacia el sur, y así se salvó de la borrasca que lo amenazaba. Pompeyo había conseguido, al menos, librar a Escipión de una derrota. Mientras tanto, César había llegado a Apolonia sin nuevos combates. Inmediatamente después de la catástrofe de Dirrachium, tomó su partido: le convenía cambiar el terreno de la guerra y abandonar la costa para trasladarse al interior, pues, haciéndolo así, ponía fuera de juego la escuadra de Pompeyo, causa principal de los reveses que había sufrido en todas sus recientes empresas. Un solo objeto se proponía al ir a Apolonia, lugar donde tenía sus depósitos: este objeto era poner a salvo a sus heridos y pagar el sueldo a sus tropas. Una vez que el propósito fue cumplido, se puso inmediatamente en marcha para la Tesalia, y dejó guarniciones en Apolonia, en Oricum y en Lissos. Calvino también se dirigía hacia el mismo punto, y, por último, los refuerzos de Italia, que eran dos legiones mandadas por Quinto Cornificio, atravesaban a la sazón la Iliria, por la vía de tierra, e iban también a unírsele en la Tesalia con más facilidad que en el Epiro. César remontó el valle del Aoüs por tortuosos senderos, pasó los montes que sirven de límite a los dos países, y llegó al Peneo. Hacia él se había adelantado Calvino, y, al poco tiempo, los dos ejércitos, dirigiéndose por el camino más corto y menos expuesto, se reunieron en Eginión, no lejos de las mismas fuentes del río. La primera plaza tesaliana ante la cual se presentó en actitud belicosa, Gomphi, le cerró sus puertas. Al instante fue tomada por asalto y entregada al saqueo: las demás ciudades del país se rendían asustadas en cuanto las legiones se presentaban ante sus muros. Por un lado las marchas y los combates más felices, y

por otro la mayor facilidad de provisiones en el alto Peneo, si bien todavía no eran muy abundantes, hicieron olvidar al soldado poco a poco las desgraciadas jornadas de Dirrachium, y puede decirse que al principio de esta nueva campaña no sintió ya la miseria.

Así se anulaban para Pompeyo los primeros resultados de sus dos victorias. Con todo su gran ejército y con su numerosa caballería no había podido seguir a su rápido enemigo a través de las montañas. César y Calvino se habían salvado, estaban reunidos, y ocupaban con seguridad el país de la Tesalia. Quizá fuera este el momento elegido por los coaligados para embarcarse todos sin dilación con rumbo a Italia, donde podían esperar el éxito. Al efecto, una división de la escuadra se había adelantado doblando el cabo entre la península y la Sicilia. Pero en el campamento todos eran del parecer que la partida estaba ganada después de las victorias de Dirrachium, y que no había más que recoger el sazonado fruto de ella, atacando al ejército derrotado y haciéndolo prisionero. A las excitaciones y a la excesiva prudencia de otras veces, sucedió una excesiva confianza, ahora menos justificada que nunca. No tenían en cuenta que ni siquiera habían sabido perseguir al enemigo; que era menester disponerse a atacar en Tesalia a un ejército rehecho, reorganizado y abastecido, y que no podían, sino con peligro, abandonar la costa, renunciar al apoyo de la escuadra e ir a buscar al enemigo al campo de batalla por él elegido. Finalmente, se decidió venir a todo trance a las manos, y marchar lo más pronto y por el mejor camino posible al encuentro de César. Catón tenía el mando de Dirrachium con dieciocho cohortes, y el de Corfú, donde había ancladas trescientas naves. En cuanto a Pompeyo y Escipión, se reunieron en Larisa, en las llanuras del bajo Peneo; parece que el primero, desfilando por la vía Egnaciana hasta Pella y dirigiéndose después a la derecha por la gran vía del Sur, y el segundo, viniendo del Haliacmon por las gargantas del Olimpo.

BATALLA DE FARSALIA

Acampaba César más al sur, en la llanura que se extiende entre las colinas de Cinocéfalas y el monte Othris y que riegan los afluentes del Peneo, y esperaba a los pompeyanos junto a Farsalia, ciudad situada en la ribera izquierda de uno de esos ríos, el Enipeos, en cuya margen derecha vino Pompeyo a establecer su campamento en frente de su rival, al pie de los últimos estribos de Cinocéfalas^[7].

Disponía este de todo su ejército. César, por el contrario, esperaba todavía una división de cerca de dos legiones, destacadas poco antes en Etolia y en Tesalia, a las órdenes de Quinto Fufio Caleno, que a la sazón se hallaba en Grecia. Y también aguardaba las dos legiones de Cornificio que venían por tierra de la Italia, y por

entonces estaban llegando a la Iliria. El ejército de Pompeyo, que constaba de once legiones, o sea de cuarenta y siete mil hombres y de siete mil caballos, era dos veces superior al de César en infantería, y siete veces mayor en caballería. Las ocho legiones de este, diezadas por las fatigas y los combates, no podían presentar en batalla cada una más que dos mil doscientos hombres, la mitad de su contingente normal. Pompeyo, vencedor hasta entonces, con su numerosa caballería y sus almacenes llenos mantenía a sus soldados en la abundancia, mientras que los cesarianos apenas podían subsistir y no esperaban mejores recursos hasta la próxima cosecha. En la reciente campaña los pompeyanos se habían acostumbrado a la guerra, habían adquirido confianza en sus jefes, y el espíritu del soldado era excelente. Por otra parte, toda vez que se habían aventurado a ir en busca de César a Tesalia, la razón militar exigía que llegaran sin tardanza al combate decisivo, y, más todavía que la razón militar, se hacía oír en el consejo la impaciencia propia de toda emigración. Los oficiales nobles y las gentes de la buena sociedad que seguían al ejército deseaban que se trabara la batalla; en su opinión, después de los acontecimientos de Dirrachium, el triunfo de su partido era un hecho consumado. Ya se disputaban el gran pontificado que ejercía César, y se daban encargos de alquilar en Roma las casas cercanas al *Forum*, en vista de las futuras elecciones. Si Pompeyo vacilaba en dar el ataque era porque quería mandar por más tiempo a aquella turba de pretorianos y consulares, y prolongar su papel de Agamenón. Este cedió al fin a las excitaciones de sus gentes. César, que no creía que su rival viniera a las manos, había proyectado un movimiento sobre el flanco del enemigo, y se disponía a marchar sobre Scotussa; pero, cuando vio a los pompeyanos hacer sus preparativos y ofrecerle el combate en la ribera izquierda, colocó sus legiones en orden de batalla. Así, el 9 de agosto del año 706 se dio la batalla de Farsalia en el mismo sitio en que doscientos años antes había conquistado la espada de Roma el Imperio de Oriente. Pompeyo tenía apoyada su derecha en el Enipeos; César, enfrente de él, aseguraba su izquierda en el terreno cortado delante del río. Las otras dos alas enemigas se extendían en la llanura, cubierta cada una de ellas por la caballería y por las tropas ligeras. El plan de Pompeyo era sencillo y consistía en mantener su infantería a la defensiva y lanzar su caballería contra los débiles escuadrones que, mezclados con la infantería ligera, según la costumbre de los germanos, les hacían frente. Una vez que estos quedaran desordenados y dispersos, volverían para atacar por retaguardia el ala derecha de los cesarianos. Su infantería, en efecto, sostuvo con gran bravura el ataque de César: en el centro estaba indecisa la batalla. Después de una heroica pero corta resistencia, Labieno rompió las líneas de la caballería de César, luego evolucionó sobre la izquierda y se puso en disposición de volver contra la infantería. Pero César había previsto que sus jinetes no podrían sostener el combate y había colocado detrás de ellos, sobre el amenazado flanco, dos mil de sus mejores legionarios; así, cuando los

escuadrones de Pompeyo, después de derrotar y dispersar a sus adversarios, llegaron en tumulto a sus líneas, se estrellaron contra aquella muralla humana. Los legionarios marcharon sin temor contra ellos, y su ataque inesperado e inusitado los puso en desorden^[8], hasta que abandonaron el campo precipitadamente. Los cesarianos destrozaron a los flecheros, que estaban sin defensa, y precipitándose después sobre el ala izquierda enemiga, la atacaron de flanco. Al mismo tiempo César hizo marchar sobre el frente de batalla a la tercera línea, que hasta entonces había estado de reserva. En presencia de esta inesperada derrota desmayaron las mejores tropas de Pompeyo, y él antes que todos, y con esto se acrecentó el valor del enemigo. Apenas vio Pompeyo batirse en retirada su caballería, y al no tener confianza en su infantería, abandonó al punto el campo de batalla, y se refugió en su campamento sin esperar siquiera la señal del ataque general de César. Sus legiones vacilaron, y al poco tiempo cruzaron el río y se retiraron también al campamento, no sin sufrir considerables pérdidas. Se había perdido la batalla; gran número de excelentes soldados yacían en tierra, pero se había salvado el grueso del ejército. Después de su derrota delante de Dirrachium, César había corrido los mayores peligros; pero en las vicisitudes de su vida él había aprendido que, si la fortuna se niega a veces a sus favoritos, es porque quiere ser solicitada a fuerza de perseverante energía. Pompeyo solo la había conocido hasta entonces como una diosa sin inconstancias, y, desde el momento en que le fue infiel, dudó de ella y de sí mismo. En las naturalezas grandes como César, por ejemplo, la desesperación no hace más que acrecentar el esfuerzo; a los genios pusilánimes como Pompeyo, por el contrario, los abate y precipita en el abismo sin fondo de su miseria. Ya en otra ocasión, cuando mandaba el ejército contra Sertorio, Pompeyo había pensado en la desertión ante un enemigo más fuerte. De la misma manera ahora, cuando vio a sus legiones atravesar el Enipeos, arrojó las pesadas insignias de mando, montó a caballo y huyó por el camino más corto hasta el mar, donde pidió una nave. Mientras tanto, su ejército, desmoralizado y sin jefe (Escipión, su colega, revestido como él del *imperium*, solo era general en el nombre), esperaba encontrar un abrigo detrás de las trincheras de su campamento. Pero César no le dejó un instante de reposo, y, a pesar de la obstinada resistencia que hicieron los guardias tracios y romanos, fueron asaltados y puestos en desorden, y las masas compactas de pompeyanos emprendieron desordenada fuga por las alturas de Crannon y Escotussa por encima del campamento. Desde allí quisieron volver a Larisa, conservando siempre las crestas de las montañas; pero las legiones cesarianas, olvidándose del botín y del cansancio, se dirigieron a la llanura por más cómodos senderos, y al poco tiempo les cerraron el paso. Por la tarde, cuando hicieron alto los fugitivos, abrieron delante de ellos un foso, y con esto les cortaron el único arroyo que corría por aquella comarca. Así terminó la jornada de Farsalia. El ejército de Pompeyo no solo había sido derrotado, sino que estaba destruido; sobre el campo de batalla dejó quince mil

muertos o heridos, mientras que los cesarianos apenas habían perdido doscientos hombres. Además, unos veinte mil rindieron las armas a la mañana siguiente, y fueron muy pocos, entre ellos los principales oficiales, los que buscaron un asilo en las montañas. De las once águilas del enemigo, nueve cayeron en poder de César. En cuanto a este, así como antes del combate había exhortado a los suyos a que vieran en sus adversarios otros tantos conciudadanos y los perdonaran, tampoco trató a sus prisioneros como habían tratado a los suyos Bíbulo y Labieno. Sin embargo, en una cierta medida él se creyó obligado a mostrarse severo. Los simples soldados fueron afiliados en su ejército; las gentes de mejor condición sufrieron una multa y la confiscación de sus bienes, y los senadores y caballeros notables fueron, con raras excepciones, condenados a muerte. Habían pasado ya los tiempos de la indulgencia, y la guerra civil, al prolongarse, aumentaba las atrocidades a las que conducían los irreconciliables odios.

RESULTADOS POLÍTICOS DE LA BATALLA DE FARSALIA

Pasó algún tiempo antes de que se manifestaran por completo los resultados de la batalla del 9 de agosto de 706. El primero que se ofreció a la vista desde el comienzo fue el hecho de que se pasaran a César todos aquellos partidarios de Pompeyo que solo lo habían seguido por considerarlo el más fuerte. La derrota era tan decisiva que todos se arrojaron en brazos del vencedor, excepto aquellos que, por voluntad o por deber, siguieron luchando por una causa perdida. Los reyes, los pueblos y las ciudades aliadas de Pompeyo llamaron inmediatamente a sus escuadras y sus contingentes de soldados, y negaron asilo a los fugitivos del partido vencido. Esto hicieron Egipto, Cicerene, las ciudades de Siria, de Fenicia, de Cilicia y de Asia Menor, Rodas, Atenas y todo el Oriente. En el Bósforo, a la nueva del desastre de Farsalia, el rey Farnaces llevó su celo hasta el extremo. No contento con ocupar Fanagoria, ciudad que Pompeyo había declarado libre en otro tiempo, y los territorios de los príncipes de Cólquida, instalados también por el romano, se apoderó además del reino de la Armenia Menor, que Deyotaro había obtenido de la misma mano. Solo se mantuvieron consecuentes Juba y la pequeña ciudad de Megara, que fue sitiada por los cesarianos y tomada por asalto. Respecto de Juba, ya sabía tiempo atrás que César pensaba en anexionar la Numidia al Imperio. Después de la derrota de Curión, no podía esperar que le tuviesen consideraciones, y, de buen grado o por la fuerza, tuvo que permanecer en la facción pompeyana. Aparte de las ciudades clientes, el vencedor de Farsalia vio volver a él los restos del partido constitucional, todos aquellos que no estaban comprometidos por completo, y quienes, como Marco Cicerón y otros muchos, no hacían más que agitarse alrededor del *Sabbat*

aristocrático como los hechiceros novicios del *blocksberg*. Todos hicieron las paces con el nuevo señor, y este se las otorgó cortésmente y de buen grado, indulgente siempre hacia los que suplicaban, cuando los estimaba en poco. Respecto del núcleo verdadero y principal, no hubo transacción posible. La aristocracia había muerto, pero los aristócratas no podían convertirse a la monarquía. En la sociedad humana todo decae y pasa, incluso las más elevadas manifestaciones morales: la religión que un día se tuvo como una verdad incuestionable, degenera en error con el tiempo; el mejor y más perfecto edificio político se convierte en obra perversa. Pero el evangelio del pasado conserva aún sus adeptos, y si la fe en él no puede ya allanar las montañas, pues es en realidad una fe falta de vida, no por esto deja de continuar fiel a sí misma hasta la muerte. No se retira de este mundo mientras le queda en pie un sacerdote o un confesor; no desaparece hasta que una nueva raza, libre de los lazos del pasado y de su dogma, viene a reinar sobre el universo rejuvenecido. Esto sucedía a Roma. Por profundo que fuese el abismo de corrupción en que había caído el régimen aristocrático, no puede negarse que la aristocracia había fundado en otro tiempo un sistema político grandioso. El fuego sagrado por el que Roma había reconquistado Italia y vencido a Aníbal, ese fuego que ardía en el fondo de los corazones de la nobleza romana, por apagado que estuviese no se extinguiría mientras hubiera una nobleza en Roma, e impediría una sincera reconciliación entre los hombres del antiguo régimen y el nuevo monarca. Como quiera que fuese, exteriormente al menos, una gran parte de los constitucionales se acomodaron y reconocieron la monarquía cesariana, exteriormente al menos. César los perdonó y ellos se retiraron a la inacción de la vida privada, en cuanto pudieron. Por lo demás, tenían sin duda la intención de reservarse para una revolución futura. De este modo se condujeron los constitucionales menos famosos; pero vino a colocarse también entre estos prudentes un hombre enérgico, Marco Marcelo, el que había provocado la ruptura con César, y que se fue a vivir a Lesbos en un destierro voluntario. Hay que añadir también que entre los verdaderos aristócratas se sobreponía la pasión a la sangre fría, ilusión sobre los resultados posibles de la lucha y temor de la inevitable venganza del vencedor: todo los impulsaba en diversos sentidos.

CATÓN

Ninguno juzgó la situación mejor que Marco Catón. Inaccesible al temor y a la esperanza, fue el único que vio claro en las dolorosas pruebas del momento. Después de las jornadas de Ilerda y de Farsalia, había adquirido la convicción de que no era posible impedir el advenimiento de la monarquía. Bastante firme y honrado como para hacerse esta confesión llena de amargura, y para obrar en consecuencia, vaciló

en un principio y se preguntó si los constitucionales debían permanecer sobre las armas, o no. Toda vez que la causa estaba perdida, la guerra iba a costar cara a muchos, habría víctimas que no sabrían siquiera la causa de su sacrificio. Sin embargo, aún decidió luchar, no tanto con la esperanza de vencer, sino para sucumbir más pronto y más honrosamente. En la nueva lucha no quiso comprometer a nadie que quisiera sobrevivir a la muerte de la República para acomodarse a la monarquía. Mientras aquella no había estado más que amenazada, era un derecho y hasta un deber impulsar al combate, y aun obligar a ello, a los ciudadanos tibios. En la actualidad hubiera sido una locura y una crueldad exigirles que se precipitaran en el abismo con la constitución antigua. Dejó libres a aquellos de los suyos que quisieron volver a entrar en Italia; e incluso cuando uno de sus más feroces partidarios, Gneo Pompeyo, hijo, quiso condenarlos a muerte, entre otros a Cicerón, fue Catón el único que interpuso su leal autoridad.

POMPEYO

Tampoco Pompeyo quería la paz. Si hubiese estado a la altura de la posición que había ocupado, hubiera debido comprender que el que ha puesto una vez la mano en la corona no puede volver a entrar en la vida común, y que, al no haber conseguido su objeto, no hay lugar para él en la tierra. No quiere decir esto que su altivez no le permitiese pedir gracia al vencedor, quien por otra parte quizá fuese bastante magnánimo como para no rechazarlo. Lejos de esto, creo que no alcanzaba a la altura de este pensamiento. Pero ya sea que no pudiera acomodarse a la idea de entregarse a César, o que vacilase como siempre y viese poco claro en medio de sus continuas indecisiones, el hecho es que, cuando se borró la primera e inmediata impresión del desastre de Farsalia, él también quiso continuar la lucha, y para eso la llevó a otro teatro.

RESULTADOS MILITARES DISPERSIÓN DE LOS JEFES POMPEYANOS

De este modo la guerra volvió a seguir por su sangriento camino. Por más que César trabajase por apaciguar el furor de sus adversarios o disminuir su número, su moderación y su prudencia fueron completamente inútiles. Sin embargo, los jefes del partido, que en su mayoría habían asistido a la batalla de Farsalia, a pesar de que habían salido todos sanos y salvos, a excepción de Lucio Domicio Ahenobarbo, muerto en la pelea, se habían dispersado sin poder llegar a un común acuerdo sobre el plan que debía seguirse en la futura campaña. Unos habían huido por los desiertos

senderos de las montañas de Macedonia y de Iliria, y otros se habían embarcado en la escuadra. Finalmente, vinieron a reunirse en Corcira, donde Catón mandaba las reservas. Allí se celebró, bajo su presidencia, una especie de consejo de guerra al que asistieron Metelo Escipión, Tito Labieno, Lucio Afranio, Gneo Pompeyo, hijo, y otros muchos. Pero no pudieron entenderse, a causa quizá de la ausencia del general y de la cruel incertidumbre en que se estaba respecto de su suerte, o de las divisiones del partido. Cada cual se marchó por su lado: unos mirando con preferencia sus propios intereses, y otros atendiendo a los intereses de la causa. Como todos eran una especie de aristas flotantes, no sabían a cuál cogerse ni cuál se mantendría por más tiempo en la superficie de las aguas.

MACEDONIA Y GRECIA

Por lo pronto, la batalla de Farsalia le costó al partido la Macedonia y la Grecia. Es verdad que cuando Catón abandonó Dirrachium a la nueva de la catástrofe, se atrincheró en Corcira, y que, durante algún tiempo, Rutilio Lupo mantuvo el Peloponeso para los constitucionales. En un principio parece que los pompeyanos quisieron defenderse en Patrás; pero, como Caleno se dirigía hacia aquel punto, emprendieron la huida sin intentar tampoco sostenerse en Corcira.

ITALIA. ASIA. EGIPTO

Después de los sucesos de Dirrachium, las escuadras pompeyanas habían maniobrado sobre las costas de Italia y de Sicilia, no sin haber conseguido éxitos considerables contra los puertos de Brindisi, de Messina y de Vibo. En Messina había sido entregada a las llamas una escuadra armada por cuenta de César. Pero bien pronto terminaron estas ventajas, pues los mejores buques eran procedentes en gran parte de Asia Menor y de Siria, y fueron llamados por las ciudades marítimas al día siguiente del combate de Farsalia. En Asia Menor y en Siria no había soldados de ningún bando, excepto en el Bósforo. Allí, como hemos visto, estaba Farnaces sobre las armas, quien, con el pretexto de trabajar a favor de César, había ocupado diversos territorios pertenecientes al enemigo. En Egipto quedaba todavía una fuerte división formada con las tropas dejadas antes por Gabinio, soldados itálicos irregulares, y antiguos bandidos sirios y cilicios. Pero era natural, y el hecho se confirmó muy pronto por el llamamiento oficial de los buques reales, que la corte de Alejandría se cuidaba en todos los aspectos de no permanecer en el partido de los vencidos, ni de poner sus soldados al servicio de estos.

ESPAÑA. ÁFRICA

Mejor aspecto presentaban los negocios en el oeste. En España eran tan poderosas las simpatías pompeyanas, tanto en el ejército como en el seno de las poblaciones, que los cesarianos tuvieron que renunciar al desembarco que habían proyectado en la península. Si osaba presentarse allí un jefe de renombre, podía predecirse que estallarían inmediatamente la insurrección. En África, la coalición, o mejor dicho, el único hombre que dominaba en el país, el rey Juba de Numidia, no había interrumpido sus armamentos desde el otoño del año 705.

LA PIRATERÍA Y EL PILLAJE

Así, pues, al perder la batalla de Farsalia, la coalición había perdido todo el Oriente; pero aún le quedaban España y la seguridad de poder mantenerse honrosamente en África. Pedir contra los revolucionarios, contra los ciudadanos, la asistencia de un nómada, de un rey súbdito por tanto tiempo de la República, era indudablemente depresor y humillante, pero no era una traición a Roma. Y, sin embargo, en esta lucha desesperada donde no se dejaban oír las voces del derecho ni del honor, no podía decirse que al proclamarse desligados de la ley no fuera a comenzar muy pronto una guerra de forajidos. Al buscar la alianza de los vecinos independientes, ¿no iba tal vez a introducirse en las querellas intestinas de Roma el enemigo del nombre romano? ¿Y quién duda de que aquellos que no reconocían la monarquía sino en apariencia no iban a intentar después la restauración republicana, aun echando mano del puñal del asesino? La conducta más natural y la actitud más justa para los vencidos constitucionales era mantenerse alejados y no prestar homenaje al nuevo monarca. Si la montaña o el mar eran en estos tiempos las guaridas de todos los criminales, como desde hacía tantos siglos, eran también el libre asilo de las insoportables desgracias y del buen derecho oprimido. Allí todavía podían los republicanos y los partidarios de Pompeyo desafiar la monarquía de César, que los rechazaba de Roma. Podían, si no hacer la guerra, hacerse piratas en gran escala, reuniéndose en masas compactas y prosiguiendo un fin mejor determinado. Después del llamamiento de las escuadras orientales, su escuadra era todavía bastante fuerte. De César, por el contrario, puede decirse que no tenía buques. Amigándose con los dálmatas sublevados contra César por su propia cuenta, y dueños de los mares y de las más importantes plazas marítimas, los coaligados podían, si querían, hacer con ventaja la guerra por mar y sobre todo la guerra a corso. Ya otras veces, en tiempo de Sila, la terrible persecución de los demócratas había conducido a la insurrección de Sertorio, que, si bien en un principio no había sido más que una especie de tumulto de

piratas y bandidos, muy pronto se había convertido en una terrible guerra. Así también, si en las filas de la aristocracia catoniana y entre los adictos de Pompeyo sobrevivían aún el fuego y la energía, como en otros tiempos entre los restos del ejército democrático de Mario, si algún día se encontraba por acaso un verdadero «rey del mar», ¿qué tenía de extraño que en estos mares no dominados por César llegase a levantarse una República libre, igual en poder a la nueva monarquía?

Desde todos estos puntos de vista hay que censurar severamente el funesto pensamiento de ir a buscar para una guerra entre romanos el concurso de un vecino, de un príncipe independiente, y llamarlo en ayuda de la contrarrevolución. Las leyes y la conciencia deben ser y son más severas para el tráfuga que para el pirata. La victoriosa cuadrilla de bandidos vuelve más fácilmente a la República libre y bien ordenada, que la turba de emigrantes que marchan bajo las banderas del enemigo del país. Además, parecía poco probable que los vencidos pudiesen hacer que la restauración entrase por semejante puerta. No había más que un imperio en el que hubieran podido apoyarse, el Imperio de los partos; pero era dudoso que estos quisiesen abrazar su causa para ir contra César.

Con todo, aún no habían llegado los tiempos a propósito para las conspiraciones republicanas.

CÉSAR SIGUE A POMPEYO AL EGIPTO

Mientras se hallaban dispersos y como entregados a los azares del destino, los restos de la facción vencida, y los que todavía querían probar la suerte de las armas, no encontraban ni lugar ni medios. César, siempre rápido en la resolución y en la acción, lo abandonaba todo para lanzarse en persecución de Pompeyo, único de sus adversarios que le merecía el concepto de capitán. Hacerlo prisionero habría sido quizá poner fuera de acción de un solo golpe la mitad más temible del partido pompeyano. Pasó el Helesponto con algunas tropas, y, navegando en su ligera embarcación, cayó en medio de una escuadra pompeyana destinada al mar Negro. Esta, presa de estupor al recibir la nueva de la victoria de Farsalia, fue capturada; y, tras haber tomado con presteza las disposiciones necesarias, se dirigió con precipitación hacia el Oriente en persecución del fugitivo. Después de escapar de los campos de Farsalia, Pompeyo había arribado a Lesbos para llevarse a su mujer y a su segundo hijo, Sexto; luego ganó la Cilicia, costó el Asia Menor y se dirigió a Chipre. Nada más fácil que ir a reunirse con sus partidarios en Corfú o en África; sin embargo, fuera por rencor contra los aristócratas, sus aliados, o por previsión, o por temor de la acogida que le dispensarían sus partidarios después de su derrota y vergonzosa huida, prefirió continuar su rumbo y demandar la protección del rey de

los partos, en vez de la de Catón. Mientras negociaba con los publicanos y mercaderes de Chipre pidiéndoles oro y esclavos, de los cuales ya había armado a dos mil, se le anunció que Antíoco se había entregado a César. El camino de la Partia se le había cerrado; cambió entonces de plan e hizo rumbo hacia el Egipto. Soldados veteranos que le eran adictos llenaban aquí los cuadros del ejército: la posición, los recursos del país, todo, en fin, le ayudará a ganar tiempo y a reorganizar sus huestes para emprender de nuevo la guerra.

MUERTE DE POMPEYO

Muerto Tolomeo Auletes (en mayo del año 703), Cleopatra, su hija de dieciséis años, y su otro hijo, Tolomeo Dionisio, que contaba diez años, reyes juntamente y esposos por la voluntad de su padre, habían subido al trono de Alejandría. Pero bien pronto el hermano, o mejor dicho, Pothino, tutor de este, expulsó del reino a la hermana, la cual se había refugiado en Siria y se preparaba a entrar de nuevo en sus Estados hereditarios con las armas en la mano. A la sazón Tolomeo y Pothino se hallaban en Pelusa con todo el ejército egipcio, guardando la frontera del este. Pompeyo vino a anclar delante del promontorio Casius, y pidió al rey permiso para saltar en tierra. Hacía tiempo que en la corte de Tolomeo se conocía la derrota de Farsalia, por lo cual se quiso en un principio contestar con una negativa. Pero Theodotos, mayordomo del rey, hizo observar que Pompeyo tenía numerosas inteligencias en el ejército, y que no dejaría de promover en él la revolución. ¿No era más seguro y más ventajoso respecto de César aprovechar la ocasión y deshacerse del fugitivo? Tales y tan poderosas razones no podían sino producir su efecto en políticos que pertenecían al mundo griego de entonces. Al punto se embarcó Aquilas, el capitán de las tropas reales, en un bote con algunos antiguos soldados de Pompeyo; atracó a la embarcación de este, lo invitó a presentarse ante el rey, y, como estaban sobre las hondonadas de la costa, le rogó que pasase a bordo de su canoa. Apenas Pompeyo hubo puesto el pie en ella, cuando un tribuno militar, Lucio Septimio, lo hirió por la espalda delante de su mujer y de su hijo, que de pie sobre el puente del buque presenciaban aquel asesinato sin poder hacer nada, ni para salvar a la víctima, ni para vengar su muerte (28 de septiembre de 706). Trece años antes y en el mismo día, Pompeyo, vencedor de Mitrídates, hacía su entrada triunfal en Roma. Aquel hombre, que durante treinta años había llevado el sobrenombre de Grande, y que había sido el árbitro de los destinos del mundo, vino a morir miserablemente sobre las desiertas lagunas de un promontorio inhospitalario, asesinado por uno de sus veteranos. General de mediana capacidad, de talento vulgar y de escaso valor, la suerte, ese demonio pérfido, lo había colmado de sus constantes favores durante treinta años. Empresas tan fáciles

como brillantes, laureles plantados por otros y por él solo recogidos, todo le había sido dado, todo, hasta el poder supremo, puesto en realidad en sus manos únicamente para suministrar el más escandaloso ejemplo de falsa grandeza que registra en sus páginas la historia. De cuantos desairados papeles el hombre puede representar, ¿cuál es, en efecto, más triste que el de parecer y no ser? ¡Tal es la ley de las monarquías! ¡Apenas si al cabo de mil años se levanta en el seno de un pueblo un hombre que quiera llamarse rey y que sepa reinar! ¡Vicio fatal, ineluctable del trono! Y, si es cierto que nadie como Pompeyo ha ofrecido este marcado contraste entre la vana apariencia y la realidad, no podemos dejar de considerar, cuando paramos nuestra atención en este personaje, que en él empieza verdaderamente la serie de los monarcas de Roma.

CÉSAR EN EGIPTO

Siguiendo siempre la pista al vencido, César entraba en la rada de Alejandría cuando el crimen ya se había cometido. Cuando el asesino subió a bordo de su embarcación y le presentó la cabeza de Pompeyo, que había sido antes su yerno, y por mucho tiempo su asociado en el poder, y a quien venía a coger vivo en Egipto, volvió el rostro bajo el peso de una profunda emoción. El puñal de un asesino no permite decir qué conducta hubiera observado él a su vez. Sin embargo, suponiendo que los sentimientos humanitarios innatos a su gran alma hubieran sido ahogados en este caso por la ambición y no lo hubiesen obligado a respetar la vida de su antiguo amigo, su propio interés le habría aconsejado no reducirlo a la impotencia de una manera que no fuera entregándolo al hacha del verdugo. Por espacio de veinte años Pompeyo había sido, sin oposición, señor absoluto de Roma; y la soberanía, cuando ha echado tan profundas raíces, no muere con el soberano. Muerto Pompeyo, quedaban los pompeyanos unidos y compactos. Al frente tenían a dos jefes, Gneo y Sexto, jóvenes ambos, ambos activos, dotado el segundo de un talento real, que reemplazaban con ventaja a su padre, incapaz y ya gastado. A la monarquía hereditaria recientemente creada se habían adherido las excrescencias parásitas de los pretendientes hereditarios. Por lo tanto, bien puede afirmarse que César era más lo que perdía que lo que ganaba con esto.

CÉSAR REORGANIZA EL EGIPTO

César no tenía ya nada que hacer en Egipto. En este sentido, romanos y naturales esperaban verlo hacerse a la vela, dirigirse hacia la provincia del África, que le

quedaba por someter, y emprender luego la obra inmensa de reorganización, que era como el legado de su victoria. Pero él, fiel a su propia tradición, quería evacuar sin dilación y por sí mismo todas las cuestiones pendientes, cualquiera que fuese el punto del gigantesco Imperio romano donde se encontrara. Por otra parte, convencido de que no debía temer ninguna resistencia, ni de la guarnición romana ni de la corte de Egipto, y apremiado por la necesidad de dinero, desembarcó en Alejandría con las dos legiones que lo acompañaban, las cuales no contaban más que con tres mil doscientos hombres y ochocientos caballos galos y germanos. Acuartelado en la ciudadela real, mandó que le entregasen las cantidades que necesitaba y se puso a arreglar el asunto de la sucesión al trono egipcio sin prestar oídos a impertinentes consejos. Según Pothino, César, cuya atención solicitaban muchos y altísimos intereses, no debía desatenderlos por pequeñas bagatelas. En lo tocante a los pueblos de Egipto, se mostró equitativo a la par que indulgente con ellos; pero, como habían prestado auxilios a Pompeyo, era justo imponerles una contribución de guerra. Como el país se hallaba agotado, César lo perdonó y saldó los atrasos que debían por el tratado del año 695, de cuya cantidad solo habían pagado la mitad, no reclamando más que diez mil denarios. Al hermano y a la hermana, que se disputaban el trono, les ordenó que pusieran término a las hostilidades y les impuso su arbitraje. Así, les mandó que se presentaran ante él para que les diera su resolución después de que hubiera escuchado a cada parte. Obedecida por ambos la orden, por el joven rey que se hallaba a la sazón en su alcázar, y por Cleopatra, que no tardó en presentarse, César, con el testamento de Auletes en la mano, adjudicó la corona a los dos esposos, hermano y hermana. Hizo más: anuló por su propia voluntad la anexión poco antes consumada del reino de Chipre, y lo dio a los dos segundos hijos del rey difunto, Arsinoe y Tolomeo el Joven, a título de *secundo genitura*.

INSURRECCIÓN DE ALEJANDRÍA. ENTRADA DE CÉSAR

Mientras esto sucedía, se estaba formando una sorda tempestad. Alejandría era una de las capitales del mundo muy poco inferior en población a Roma, pero infinitamente superior por el movimiento comercial, por el genio industrial y por el progreso de las ciencias y de las artes. En el seno del pueblo, el sentimiento nacional era vivo y se dejaba arrastrar, a falta de espíritu político, por calenturientas empresas, de tal suerte que suscitaban a cada momento, como los parisienses de nuestros días, locas sediciones en las calles. Figúrese cuál sería la cólera de este pueblo al ver que un general romano la echaba de potentado en el palacio de los Lágidas, y juzgaba a los reyes desde lo alto de su pretorio. Descontentos como estaban por la suma relativa a la antigua deuda egipcia que se les había hecho pagar perentoriamente, y por aquella

intervención del romano en un asunto real, cuya sentencia favorable a Cleopatra en efecto fue cumplida, pues se le adjudicó la parte del reino que de derecho le correspondía, Pothino y su regio pupilo mandaron con gran ostentación a la Casa de la Moneda los tesoros de los templos y la vajilla del palacio para fundirlos. Con esto se hirió la piadosa superstición de los egipcios. La magnificencia de la corte alejandrina tenía gran fama en el mundo, y el pueblo la consideraba como una riqueza propia. Por lo tanto, se enfureció cuando vio los santuarios despojados de sus joyas y, en vez de la riquísima vajilla de oro, una de madera en la mesa de sus reyes. El mismo ejército de ocupación, medio desnaturalizado por su larga permanencia en Egipto y por los numerosos matrimonios contraídos entre los soldados romanos y las jóvenes del país, y que contaba en sus filas con un gran número de veteranos de Pompeyo y de trófugas italianos, antiguos criminales o esclavos, murmuraba contra César, cuyas órdenes habían paralizado su acción en las fronteras de Siria, y también contra aquel puñado de orgullosos legionarios. La aglomeración de la inmensa muchedumbre cuando César saltaba en tierra, y cuando las hachas romanas entraban en el palacio de los reyes, y, por otra parte, los numerosos asesinatos perpetrados en las personas de los legionarios en medio de las calles de la ciudad, le dieron a conocer muy a las claras el extremo peligro en que se encontraba con su pequeño ejército en medio de las irritadas masas. Soplando a la sazón viento del Norte, le habría sido muy difícil volver a bordo, y la señal de reembarcarse se habría convertido inmediatamente en señal de la insurrección. Por otra parte, abandonar el campo sin haber terminado su empresa no era propio del general romano, y tomó el partido de pedir refuerzos al Asia, guardando hasta su llegada la apariencia de la más completa seguridad. Jamás César, estando en campaña, había llevado una vida tan agradable como la que pasó durante su residencia en Alejandría. Cuando la bella y astuta reina, hermosa sobre todo encarecimiento, prodigaba a su juez sus mañosas seducciones, César aparentaba olvidarse de sus grandes deberes para no pensar más que en sus triunfos amorosos. Este era el agradable prólogo de un sombrío drama. De pronto, conducido por Aquilas y, según se descubrió más tarde, mandado por orden secreta del rey y de su tutor, entró en Alejandría el ejército romano de ocupación. Cuando los alejandrinos se apercibieron de que aquellas tropas venían a combatir contra César, al instante hicieron causa común con ellas. Entonces el procónsul, con aquella presencia de espíritu que casi rayaba en temeridad, reunió a sus esparcidas gentes sin perder un instante, se apoderó del joven rey y de sus ministros, y se hizo fuerte en el castillo y en el cercano teatro. Como no pudo poner bajo seguro a la escuadra egipcia estacionada en el gran puerto que estaba delante de dicho teatro, la prendió fuego y mandó algunas embarcaciones a ocupar la isla de Pharos y la torre del faro que dominaba la rada. Por este medio consiguió un lugar, estrecho, sí, pero seguro, por donde fácilmente podría recibir víveres y refuerzos. Al mismo tiempo que hacía esto,

daba orden a sus lugartenientes en el Asia Menor de mandarle lo más pronto posible barcos y soldados, para lo cual se hicieron levadas en los pueblos tributarios de Roma más cercanos: sirios y nabateos, cretenses y rodios. Mientras tanto la insurrección se había extendido sin obstáculo por todo el Egipto; y los sublevados, que obedecían a la princesa Arsinoe y al eunuco Ganimedes, su confidente, se habían apoderado ya de la mayor parte de la ciudad. Peleaban en las calles sin que César hubiera podido abrirse paso, ni aun llegar hasta las aguas dulces del Mareotis, detrás de la plaza, donde habría querido abreviar, y que forrajeara su caballería. Los alejandrinos, por su parte, no supieron ni vencer a los sitiados ni asediarlos. Es verdad que hicieron entrar el agua del mar en los canales del Nilo que surtían el cuartel de César, pero este había mandado abrir pozos en la arena de las márgenes del río y encontró allí agua potable. Viendo que era inexpugnable por tierra, los sitiadores pensaron destruir su flotilla y cortarle la comunicación por mar, por donde recibía los víveres. La isla de Pharos y el muelle que la unía a la tierra firme dividían el puerto en dos mitades, la del este y la del oeste, que se comunicaban entre sí por dos arcos abiertos a través del dique. César era dueño de la isla y del puerto del este, mientras que los alejandrinos ocupaban el del oeste y el muelle. Pero como el enemigo no tenía escuadra, los barcos de aquel entraban y salían libremente. Los alejandrinos, después de haber intentado inútilmente arrojar brulotes desde el puerto del oeste a la ensenada oriental, reunieron todos los restos que encontraron en el arsenal y botaron al mar una pequeña escuadra con la pretensión de atacar las embarcaciones de César, justo en el momento en que estas aparecían trayendo a remolque transportes y una legión del Asia Menor. Pero tuvieron que habérselas con los excelentes marinos de Rodas, y fueron derrotados. Poco tiempo después se apoderaron de la isla de Pharos y consiguieron cortar a las grandes embarcaciones el canal estrecho y lleno de rocas del puerto oriental^[9]. A su vuelta, la escuadra de César debió estacionarse en plena rada. Las comunicaciones de los sitiados con el mar se sostenían muy difícilmente: atacados diariamente por las fuerzas marítimas crecientes del enemigo, sus barcos no podían ni rehusar el combate, aunque era desigual pues desde la toma de la isla tenían cerrado el puerto interior, ni salir a alta mar. Si abandonaban la rada, exponían a César a un completo bloqueo por la parte del mar. En vano los intrépidos legionarios, ayudados por los hábiles marinos de Rodas, consiguen la victoria en cotidianos combates; los alejandrinos, infatigables, se encarnizan y renuevan o aumentan sus armamentos. César tenía que aceptar el combate cuantas veces ellos lo atacaran, y, a la primera derrota que sufriera, inmediatamente quedaría cercado. Por lo demás, su pérdida sería casi segura si no recobraba la isla a toda costa. En efecto, un doble ataque con los pequeños barcos por el lado del puerto, y con las grandes embarcaciones por la parte del mar, le rindió la isla y con ella toda la parte inferior del muelle. Por orden suya sus soldados se detuvieron en el segundo puente, cuyo paso quiso cortar por una

muralla con escarpa vuelta hacia la ciudad. Pero en lo más recio del combate, y sobre los mismos trabajos, habiendo los romanos abandonado el punto donde el muelle se unía con la isla, un cuerpo de tropas egipcio llegó allí súbitamente, acometió por la espalda a los legionarios y a los marinos, los puso en desorden y los precipitó en masa a la mar. Muchos de ellos se salvaron en los barcos, pero la mayor parte perecieron ahogados, de tal suerte que esta jornada costó cuatrocientos soldados y más de cuatrocientos marineros. Compartiendo César la suerte de los suyos, se refugió en su nave, que se fue a pique bajo el peso de los fugitivos; pero el general se salvó alcanzando a nado otra embarcación. Sea como fuere, y a pesar de las pérdidas sufridas, se habían reconquistado la isla y el muelle hasta el primer puente por la parte de la tierra firme. Podía decirse que se había asegurado la retirada.

LLEGA DEL ASIA MENOR EL EJÉRCITO AUXILIAR. BATALLA DEL NILO. ES SOFOCADA LA INSURRECCIÓN EN ALEJANDRÍA

Al fin se anunciaron los tan esperados auxilios. Mitrídates de Pérgamo, hábil capitán educado en la escuela de Mitrídates Eupator, de quien se preciaba ser hijo natural, llegaba de Siria por tierra con su ejército, compuesto de gentes de todas las naciones: itirios, del príncipe del Líbano; beduinos, de Janblico, hijos de Sampsikerano; judíos, conducidos por el ministro Antipater, y, por último, el mayor número lo componían los contingentes de los pequeños principados y de las ciudades de Cilicia y de Siria. Mitrídates se presentó delante de Pelusa y se apoderó de ella afortunadamente el mismo día; después se remontó por encima del punto donde se dividen las aguas del Nilo, por el camino de Menfis, pues quería huir de las regiones cortadas y difíciles del Delta. Allí sus tropas auxiliares encontraron adictos entre los judíos establecidos en la comarca. A su vez los egipcios, llevando al frente a su joven rey Tolomeo, que César les había devuelto un día con la esperanza de que fuera un instrumento de conciliación, habían también remontado el Nilo con un ejército, y se presentaron frente a Mitrídates en la ribera derecha del río. Lo esperaron más abajo de Menfis, en el sitio denominado Campo Judío (*Vicus Judæorum*), entre Onión y Heliópolis (Matarieh); pero tuvieron que habérselas con un enérgico perito en la estrategia y en la castrametación romanas, y perdieron la batalla. A consecuencia de esto, Mitrídates entró en Menfis atravesando el río. Al mismo tiempo, César, advertido de la proximidad de su aliado, embarcó una parte de sus fuerzas, ganó la punta del lago Mareótico, al oeste de Alejandría, y, tras haberle dado la vuelta y llegado después al río, marchó al encuentro del ejército de reserva del alto Nilo. Verificada la unión sin que el enemigo hubiera intentado impedirlo, César entró en el delta, adonde se había

retirado el rey, dispersó en el primer encuentro a la vanguardia de este, a pesar de que se hallaba parapetada en un profundo canal, e inmediatamente dio el asalto al campamento real. Este se hallaba al pie de una altura cerca del Nilo, del cual lo separaban una estrecha calzada y pantanos casi infranqueables. Los legionarios atacaron de frente y de flanco a lo largo de la calzada, mientras una división se dirigía a la altura y la coronó de improviso. La victoria fue completa; el campamento fue tomado, y los que no murieron al filo de la espada, se ahogaron en el Nilo al buscar su salvación en la escuadra real. Allí murió también el joven rey, que salió huyendo en una canoa llena de soldados y desapareció en las aguas de su río natal. Terminado el combate, César, al frente de su caballería, se dirigió a Alejandría y la tomó por la espalda, por la parte de la que eran dueños los egipcios. La población lo recibió toda enlutada, de rodillas, llevando consigo sus ídolos e implorando la paz. En cuanto a los suyos, al verlo regresar vencedor por otro camino, lo recibieron con transportes de indecible entusiasmo. Él tenía en sus manos la suerte de la ciudad que se había atrevido a contrarrestar los designios del señor del mundo, y lo había puesto en un peligro muy grande; pero siempre hábil político, y siempre olvidando las injurias que se le hacían, trató a los alejandrinos como antes había tratado a los masalotas. Les mostró su ciudad asolada por la guerra, sus ricos graneros, su biblioteca, maravilla del mundo, y todos los demás grandes edificios destruidos cuando el incendio de la escuadra, y les aconsejó que en lo sucesivo no pensarán sino en las artes de la paz y en cicatrizar las heridas que ellos mismos se habían abierto. A los judíos establecidos en la ciudad no les concedió otros derechos y franquicias que las que gozaban ya los griegos, y en vez de aquel ejército nominalmente de ocupación, que hasta entonces había estado a las órdenes del rey de Egipto, instaló en la capital una verdadera guarnición, compuesta de dos de las legiones que acampaban en el país, y de un tercer cuerpo llamado de Siria. Este ejército tuvo su jefe independiente, cuyo nombramiento se reservó él, y escogió para este puesto de confianza a un hombre cuya condición humilde no le permitía abusar: Rufio, buen soldado, hijo de otro soldado inmune. Cleopatra reinó con su otro pequeño hermano, Tolomeo, bajo el protectorado de Roma. La princesa Arsinoe fue conducida a Italia, pues podía ser un pretexto de insurrección para los orientales amantes de la dinastía e indiferentes con el monarca. Chipre, en fin, quedó anexionada a la provincia de Cilicia.

LOS ACONTECIMIENTOS DURANTE LA PERMANENCIA EN ALEJANDRÍA

Por insignificante que en sí misma fuese la insurrección de Alejandría, y por poco que se relacione con los acontecimientos generales de la historia, había tenido su

indudable influencia al parar en su carrera al hombre que en todas las cosas era el todo, y sin el cual nada se podía ni preparar ni resolver. Desde octubre del año 706 hasta marzo del 707, César se vio obligado a abandonar todos sus proyectos para combatir al populacho de una ciudad con el auxilio de algunos judíos y beduinos. Ya se hacían sentir los efectos del gobierno personal. Se estaba en plena monarquía, y, al no estar el monarca en ninguna parte, reinaba en todos los países un espantoso desorden. Lo mismo que los pompeyanos, los cesarianos carecían en este momento de un jefe supremo; en todas partes las cosas estaban abandonadas a la casualidad o al talento de cualquier oficial subalterno.

DEFECCIÓN DE FARNACES. CALVINO DERROTADO DELANTE DE NICÓPOLIS

Al dejar el Asia Menor, César no contaba ya con ningún enemigo detrás de sí. Su lugarteniente, el enérgico Gneo Domicio Calvino, tenía orden de apoderarse de los territorios que Farnaces, sin mandato alguno, había ocupado a los aliados de Pompeyo. Este Farnaces, que era un déspota soberbio y presuntuoso, se negaba a restituir la Armenia, y fue forzoso marchar contra él. De las tres legiones formadas con los prisioneros de Farsalia que César le confió, Calvino había mandado dos al Egipto; sin embargo, cubrió rápidamente estas bajas con una legión reclutada entre los romanos domiciliados en el Ponto, y con dos más, ejercitadas a la romana, que le había prestado Deyotaro. Con ellas emprendió el camino de la Armenia; pero el ejército del rey del Bósforo, aguerrido en cien combates librados contra los pobladores de las costas del mar Negro, se manifestó más fuerte. El encuentro tuvo lugar cerca de Nicópolis, donde los reclutas que Calvino había hecho en el Ponto fueron completamente destrozados; las legiones gálatas emprendieron la fuga, y solo la antigua legión romana se mantuvo firme, no sin sufrir algunas bajas. Lejos de recobrar la pequeña Armenia, Calvino tampoco pudo impedir que Farnaces se apoderara de sus Estados hereditarios del Ponto, haciendo sentir todo el rigor de su ira y de sus crueldades de sultán a los desgraciados habitantes de Amisos (en el invierno de 706 a 707). Finalmente llegó César al Asia Menor, y le manifestó que al no enviar socorros a Pompeyo había merecido el bien de la patria, pero que tal servicio no estaba en relación con los perjuicios que a la sazón causaba al Imperio. Por lo tanto, agregó que era menester que, antes de entrar en conferencias, evacuase la provincia del Ponto y restituyese los territorios de los que se había apoderado. Farnaces contestó que estaba dispuesto a obedecer; pero, sabiendo que César tenía prisa por volver a Occidente, no hizo ademán de moverse de los sitios que ocupaba, sin duda por no conocer que César ejecutaba siempre lo que se proponía. Sin más

negociaciones, el general romano tomó la legión que había traído de Alejandría, los soldados de Calvino y los de Deyotaro, y se dirigió al campamento real de Ziela. Los soldados del Bósforo, al apercibirse de ello, atravesaron con admirable audacia un barranco profundo que defendía su frente, y, tras subir la otra ladera, se dirigieron contra los romanos.

VICTORIA DE CÉSAR EN ZIELA. ARREGLO DEL ASIA MENOR

Los legionarios se hallaban a la sazón ocupados en las obras del campamento, y hubo un momento de confusión en sus filas; pero bien pronto se reúnen los invencibles veteranos, dan el ejemplo del ataque general, y alcanzan una completa victoria (el 2 de agosto del año 707). En cinco días quedó terminada la campaña: inestimable suerte, aunque cada minuto costó muy caro. César confió la persecución del vencido, que se había refugiado en Sinope, a su hermano ilegítimo, al bravo Mitrídates de Pérgamo. Este recibió, en recompensa de los auxilios que había prestado antes en Egipto, la corona del Reino del Bósforo en sustitución de Farnaces. Los asuntos de Siria y del Asia Menor quedaron amistosamente arreglados en poco tiempo: los aliados de César se vieron espléndidamente regalados, mientras que los de Pompeyo fueron tratados con dureza u obligados a pagar enormes multas. En cuanto a Deyotaro, el más poderoso de todos los partidarios de Pompeyo, quedó reducido a su Estado hereditario, el pequeño cantón de los tolistoboyos. En la pequeña Armenia lo sucedió Ariobarzana, rey de Capadocia, y la investidura del tetrarcado de los trocmos, que también había usurpado, fue conferida al nuevo rey del Bósforo, quien era descendiente de la familia real del Ponto por línea paterna, y de una de las principales familias de Galacia por la materna.

GUERRA CONTINENTAL Y MARÍTIMA EN ILIRIA. DERROTA DE GABINIO. VICTORIA NAVAL DE VATINIO EN TARSIS

Durante la permanencia de César en Egipto, habían tenido lugar en Iliria graves acontecimientos. Hacía muchos siglos que la costa de Dalmacia era un punto peligroso para el Imperio, y ya recordarán nuestros lectores que sus habitantes, aun en el tiempo mismo del proconsulado de César, se habían declarado en abierta hostilidad. Después de la campaña de Tesalia no se encontraban en el interior más que restos, todavía armados, de la facción pompeyana. Desde un principio, Quinto Cornificio, con las legiones llegadas de Italia, había mantenido a raya a todas las

gentes, tanto a los habitantes del país como a los refugiados; y en aquella estéril y cortada región había sabido proveer al mantenimiento de sus tropas. Cuando el enérgico Marco Octavio, el vencedor de Curieta, se presentó en las aguas de Dalmacia con una escuadra pompeyana para pelear allí por mar y por tierra contra los partidarios de César, este mismo Cornificio pudo mantenerse en el país, sirviéndose de los barcos y de los puertos de los jadestinos (Zara), y aun obtener algunas ventajas en más de un combate naval. Cuando llegó el nuevo lugarteniente de César, Aulo Gabinio, que había sido llamado del destierro y que llevaba a Iliria (en el invierno de 706 a 707) quince cohortes y tres mil jinetes por camino de tierra, lejos de sujetarse al plan que tan buenos resultados había dado a su predecesor, se dirigió a la montaña con todas sus fuerzas a pesar de los rigores de la estación, pues no le agradaba a este activo y emprendedor general la guerra de detalle y de escaramuzas. La crudeza del tiempo, la dificultad de los abastecimientos y la enérgica resistencia de los dálmatas aclararon en breve sus cuadros, y le fue forzoso batirse en retirada. Pero fue alcanzado por el enemigo y derrotado ignominiosamente, y a duras penas pudo llegar a Salona con los restos de un ejército que el día antes era poderosísimo; él mismo murió al poco tiempo de esta derrota. Casi todas las ciudades de la costa se sometieron a Octavio y a su escuadra. Por otra parte, las que todavía permanecían fieles a César, Salona y Epidaurus (*Ragusa-vecchia*), bloqueadas por mar por los buques de Octavio, y estrechadas por tierra por los bárbaros, parecía que debían sucumbir y que en su capitulación entregarían los restos de las legiones que estaban dentro de los muros de la primera. En este tiempo se hallaba como jefe de los depósitos de César, en Brindisi, Publio Vatinio. A falta de buques de guerra, este reunió simples barcos mercantes, a los que armó de un espolón y tripuló con los soldados que acababan de salir de los hospitales. Merced a su energía, sacó un buen partido de esta escuadra improvisada. Dio el combate a los octavianos, que eran superiores desde todo punto de vista, a sotavento de la isla de Tauris (Tórcula, entre Lesina y Curzola), y la bravura del general y de los legionarios suplió una vez más la escasez de la flota. De esta forma, los cesarianos alcanzaron una brillante victoria. Marco Octavio abandonó los mares de Iliria y se dirigió al África (en la primavera del año 707); los dálmatas todavía pelearon durante dos años con gran tenacidad, pero la lucha ya no fue sino una guerra localizada en las montañas. Cuando César volvió del Oriente, todo peligro había desaparecido, gracias a las medidas tomadas por su lugarteniente.

SE REORGANIZA LA COALICIÓN

En África la situación era muy comprometida. Ya sabemos que, desde el comienzo de

la guerra civil, el partido constitucional se había repuesto allí completamente, y que sus fuerzas iban aumentando por grados. Hasta la batalla de Farsalia, el rey Juba había dirigido todos los negocios prácticamente solo, y había derrotado a Curión. Su veloz caballería y sus innumerables arqueros eran el nervio del ejército. El lugarteniente de Pompeyo, Accio Varo, desempeñaba cerca de él un papel muy subalterno, hasta tal punto que tuvo que entregarle los soldados de Curión que a él se habían rendido, y presenciar pasivamente la ejecución de aquellos o su deportación al interior de la Numidia. Pero todo cambió después de la batalla de Farsalia. Ningún personaje notable del partido pompeyano, si se exceptúa al mismo Pompeyo, había pensado un solo instante en refugiarse entre los partos. Ya se había renunciado a la idea de dominar los mares reuniendo todas las escuadras; y la expedición de Marco Octavio a la Iliria no era más que un acto aislado que no tenía consecuencias. En su mayor parte, los republicanos y los pompeyanos se dirigieron al África, único punto en que digna y constitucionalmente podían presentar la batalla al usurpador. Allí se fueron reuniendo poco a poco los restos del ejército disperso de Farsalia, las guarniciones de Dirrachium, de Corfú y del Peloponeso, y lo que había quedado de la escuadra de Iliria. Allí se encontraron de nuevo Metelo Escipión, uno de los dos generales en jefe; los dos hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto; Marco Catón^[10], el hombre político de los republicanos, y algunos buenos capitanes, tales como Labieno, Afranio, Petreyo, Octavio y otros. Si la emigración había perdido fuerza, el fanatismo en cambio tenía rasgos más sobresalientes. Como sucedía antes con los prisioneros hechos a César, hasta sus mismos parlamentarios sufren ahora la pena de muerte. Juba, en quien los rencores del hombre de partido se unían a su terrible crueldad de africano semibárbaro, tenía por máxima que toda ciudad sospechosa de simpatizar con César debía ser destruida y quemada, tanto los edificios como los habitantes. Y tal como decía, hacía; ejemplo de ello es el saqueo de la infortunada ciudad de Vaga, no lejos de Hadrumete. Utica, la capital de la provincia que en otros tiempos había estado tan floreciente como Cartago, y en la que desde hacía muchos años los reyes nómadas tenían puestas sus miradas, estaba amenazada de igual suerte. Pero Catón se interpuso enérgicamente y, gracias a él, no se tomaron contra ella sino algunas medidas que estaban justificadas, teniendo en cuenta los notorios sentimientos de su población para con César.

Ahora bien, ya que ni César ni ninguno de sus generales habían intentado empresa alguna en el África durante todo aquel tiempo, la coalición se reorganizaba allí política y militarmente con suma comodidad. Ante todo era necesario proveer al mando en jefe, vacante por la muerte de Pompeyo. El rey Juba habría deseado conseguir la posición predominante que tenía en el África hasta la batalla de Farsalia. No se consideraba ya como un simple cliente de Roma, sino más bien como un aliado igualmente poderoso, o quizá como un protector. Se había atrevido a acuñar denarios

romanos de plata con su nombre e insignias; sus pretensiones llegaban al punto de querer vestir solo la púrpura en el campamento, e invitaba a los generales romanos a depositar allí el *paludamentum*. Metelo Escipión reclamaba también el supremo mando: ¿no le había considerado Pompeyo en la Tesalia como su colega, aunque a decir verdad esto fuera más bien por deferencia a su suegro que por razón militar? Accio Varo lo reclamaba a su vez: tenía el gobierno de la provincia de África (gobierno usurpado, en realidad), y en ella era donde se iba a hacer la guerra. Por último, si se hubiera consultado al ejército, habría elegido al propretor Marco Catón. Y el ejército era sin duda el que tenía razón. Catón era el único hombre que tenía la abnegación, la energía y la autoridad necesarias para tal misión. Es cierto que no era un guerrero; pero ¿no era cien veces preferible que se pusiera al frente del ejército un simple ciudadano, no oficial, que se acomodara a las circunstancias y dejara obrar a los capitanes que estuvieran a sus órdenes, en vez de un general de talento no probado, como Varo, o de otro notoriamente incapaz, como Metelo Escipión? Sea como fuere, al final fue elegido este último. Y fue Catón el que más influyó en su elección, no porque él se considerase inferior para aquel puesto, ni porque su vanidad le hiciese preferir un cierto apartamiento a la dirección del *imperium*, ni porque él profesase afecto o estimara a Escipión. Por el contrario, había entre ellos una gran enemistad, y al ser este un general inhábil, en concepto de todos, solo la alianza con Pompeyo había podido arrojar sobre él algún reflejo de gloria. Un solo y único pensamiento tenía Catón: en su obstinación formalista y aunque viese perecer a la República, se ajustaba a las prescripciones del derecho antes que salvar a la patria barrenando la ley. Después de la batalla de Farsalia, cuando encontró en Corfú a Cicerón, que venía de Cilicia, y que en su calidad de procónsul se hallaba encargado del *imperium*, se ofreció a entregarle el mando de la isla y de las tropas, por razón de su título legalmente superior. Tal condescendencia había desesperado al desgraciado abogado, que maldecía mil veces los laureles alcanzados en el Amanus, a la vez que causaba profunda admiración a los pompeyanos, aun a los menos avisados. En la ocasión actual, en que la guerra ardía en todas partes, Catón obedecía a los mismos principios. Al tratarse la cuestión del generalato supremo, decidió sobre aquella dignidad como si fuera la propiedad de algún campo tusculano, y así fue nombrado Escipión, en tanto descartaba con su propia palabra la candidatura de Varo y la suya. Solo se opuso enérgicamente a la pretensión de Juba: le hizo ver que la nobleza romana no venía a él en tono suplicante, como si fuese el gran rey de los partos; que no solicitaba los auxilios de un protector; que todavía tenía fuerza, y que solo exigía el concurso de una persona. Siendo considerables las fuerzas romanas que se hallaban reunidas en África, Juba se vio obligado a bajar la voz. Ni siquiera pudo conseguir de Escipión que sus tropas fuesen pagadas de la caja de los romanos; solo se le prometió que, en caso de triunfar, se le cedería la provincia africana.

En tanto, al lado del nuevo general se veía al Senado de los trescientos, que abría sus sesiones en Utica, y completaba su mermado número haciendo entrar en su seno a los más notables y ricos caballeros. Gracias al celo de Catón, principalmente, los armamentos se hacían con la mayor celeridad que era posible. Libertos, libios y todos los hombres útiles fueron inscritos en las legiones; al poco tiempo fueron arrancados todos los brazos a la agricultura, y los campos quedaron sin cultivo. Los resultados obtenidos no dejaron de ser considerables: el ejército se componía entonces de catorce legiones de pesada infantería, dos de las cuales habían sido formadas tiempos atrás por Varo; otras ocho habían llenado sus cuadros con los fugitivos pompeyanos y con los reclutamientos hechos en la provincia; y, por último, Juba tenía cuatro legiones armadas a la romana. La caballería pesada, formada por los galogermanos que había traído Labieno, y por gentes de todas las procedencias, contaba con dieciséis mil hombres; no se comprendía aquí la caballería real equipada a la romana. Las tropas ligeras se componían de una muchedumbre inmensa de númidas, montados en caballos sin freno y armados de simples lanzas, de un cuerpo de flecheros a caballo, y de un numeroso enjambre de arqueros a pie. Juba llevaba consigo ciento veinte elefantes. Finalmente, estaba la escuadra de Varo y de Marco Octavio, que se componía de cincuenta y cinco velas. El dinero escaseaba, pero se atendió a esta necesidad mediante una contribución voluntaria que se impuso el Senado; medio tanto más eficaz, cuanto que los más ricos capitalistas del África habían sido nombrados senadores. Las municiones de todas clases y los víveres estaban almacenados en cantidades enormes en las fortalezas que eran susceptibles de una buena defensa, y al propio tiempo se los conservaba alejados de los lugares abiertos. La ausencia de César, la agitación de los espíritus en las legiones, la fermentación que se notaba en España y en Italia, todo era motivo de esperanza; contaban con una próxima victoria, pues habían olvidado ya la derrota de Farsalia. En ninguna parte tuvo tan malas consecuencias el tiempo que César había perdido en Alejandría, como en el África. Si él hubiera acudido allí inmediatamente después de la muerte de Pompeyo, se habría encontrado un ejército reducido, desorganizado y maltrecho. En esta ocasión, en cambio, era ya fuerte y tan numeroso como en los campos de Tesalia; estaba reorganizado por la energía de Catón, dirigido por jefes de renombre y dotado de un general regularmente reputado.

MOVIMIENTOS EN ESPAÑA

Parecía que una mala estrella influía desastrosamente en los asuntos de César en África. Antes de embarcarse para Egipto, había dispuesto, tanto en España como en Italia, las medidas y preparativos exigidos por las necesidades de la guerra que se

encendía de nuevo al otro lado del Mediterráneo; pero todo había salido mal. Según sus instrucciones, su lugarteniente en la provincia española del sur, Quinto Casio Longino, debía pasar al África con cuatro legiones, hacer un llamamiento a Bogud, rey de la Mauritania occidental^[11], y marchar con él sobre Numidia y el África. Sin embargo, este ejército de refuerzo contaba en sus filas con un gran número de españoles y dos legiones enteras que habían sido pompeyanas; en la provincia, las simpatías eran para Pompeyo; y además Casio, por su tiránico comportamiento, no era el hombre más a propósito para acallar a los descontentos. Así, este estado de cosas vino a parar en una rebelión. Por entonces todo el que se pronunciaba contra un lugarteniente de César levantaba la bandera de la causa contraria; y, aprovechando aquella ocasión favorable, Gneo, hijo mayor de Pompeyo, dejó el África y se trasladó a la península. La autoridad de Casio fue desconocida a un tiempo por los principales cesarianos, pero Marcelo Lepido, gobernador de la provincia del norte, intervino en aquellos asuntos y restableció la tranquilidad. Gneo Pompeyo llegó demasiado tarde, pues se había entretenido, cuando venía de camino, en hacer una vana tentativa contra la Mauritania. Cuando se presentó en España Cayo Trebonio, que había sido enviado por César a su regreso de Oriente para relevar a Casio Longino (en el otoño del año 707), no encontró sino obediencia en todas partes. Entre tanto, la sublevación de España había paralizado la expedición que se destinaba al África. Nada se había hecho para impedir la reorganización de los republicanos, y además de esto, como Bogud fue llamado con sus tropas para que fuera a la península en auxilio de Longino, no pudo contrarrestar a su vecino, el rey de Numidia.

PRONUNCIAMIENTO MILITAR EN CAMPANIA

Acontecimientos más graves surgieron todavía en la Italia meridional, donde César había concentrado las tropas que quería llevar al África. Allí se encontraron reunidas en gran parte las antiguas legiones, aquellas que en las Galias, en España y en Tesalia habían echado los cimientos del futuro trono. Pero sus victorias no habían mejorado su espíritu, y su larga ociosidad en la baja Italia había relajado en ellas la disciplina. Al exigirles esfuerzos sobrehumanos, cuyas consecuencias se echaban de ver bien claramente en sus mermadas filas, su general había echado un germen de disgusto en sus corazones de hierro; y este germen, que fue desarrollándose con la ayuda del tiempo y del reposo, debía producir la explosión de un día para el otro. Hacía más de un año que el único hombre que se les imponía se hallaba como perdido en regiones lejanas; sus propios oficiales les tenían temor, más que ser temidos, y cerraban los ojos ante los excesos y desórdenes que cometían en sus cuarteles. Cuando recibieron la orden de embarcarse para Sicilia, y pensaron que tenían que cambiar las delicias

del acantonamiento de la Italia meridional por las fatigas y las pruebas de una tercera campaña, pruebas que no debían ceder en nada a las de las guerras de España y de Tesalia, se manifestó súbitamente el descontento que hacía tiempo estaba latente en los soldados: se negaron a obedecer y exigieron las dádivas que les habían prometido. Los lugartenientes enviados por César fueron recibidos con injurias y hasta con piedras. Se les prometió aumento de recompensas, pero nada bastó para detener la sedición. Los legionarios marcharon hacia Roma, donde querían exigir de César en persona el pago de las cantidades ofrecidas; y algunos oficiales que se interpusieron a su paso y quisieron contener el motín fueron sacrificados. El peligro era grande. César situó a las puertas de la ciudad a los pocos soldados que tenía a sus órdenes, pues ante todo era necesario evitar el saqueo, y, tras presentarse después de improviso ante la enfurecida soldadesca, les preguntó qué querían. «Nuestras licencias», exclamaron. Y al punto fueron licenciados. «Aquellos de vosotros —añadió el general— a quienes corresponda el *donativum*, que yo os debía para el día de mi triunfo, y las asignaciones de tierras que os había prometido, podrán venir a reclamarlos cuando yo entre triunfante en Roma con el resto de mi ejército; pero, como es justo, vosotros no formaréis parte de mi cortejo, puesto que os he licenciado.» Los amotinados no esperaban este giro que tomaban las cosas. Convencidos de que eran necesarios a César para su expedición al África, no habían reclamado sus licencias sino para hacerse pagar a buen precio su permanencia bajo las águilas. Engañados al principio en la creencia de que sin ellos nada se podía hacer, habían sido incapaces de entrar por sí mismos en el buen camino, y de conducir con acierto las negociaciones que habían entablado mal desde el principio. Por otra parte, se sentían avergonzados como hombres en presencia del *imperator*, esclavo de su palabra aun con sus mismos legionarios, e infieles al generoso dictador, que les daba mucho más de lo que les había prometido. Estaban profundamente conmovidos como soldados ante la idea de asistir como simples espectadores a la fiesta triunfal dada en honor de sus camaradas, y también por la palabra *quirites* (ciudadanos), que César había empleado al dirigirse a ellos en lugar de la voz militar *commilitones*; aquella palabra que tan extrañamente resonaba en sus oídos, y que borraba en un momento todo su glorioso pasado guerrero. Así, volvieron a caer en el irresistible encanto de la vida de las armas. Al punto, se detuvieron mudos y balbucientes, pero inmediatamente, y todos a una voz, imploraron su indulgencia y «que les fuera permitido llamarse siempre soldados de César». Su jefe se hizo rogar, hasta que por fin los perdonó; pero impuso a los promovedores la pérdida de la tercera parte de las ventajas que les correspondían por el triunfo. La historia no registra otra estratagema tan admirable de un general, ni victoria moral más grande y completa.

CÉSAR EN ÁFRICA. COMBATE DE RUSPINA. SITUACIÓN DE CÉSAR

La sedición militar de los veteranos no dejó de tener funestas consecuencias, pues retardó considerablemente el comienzo de las operaciones para la campaña de África. Cuando César llegó a Lilibea, donde debía embarcarse el ejército, las diez legiones designadas para la expedición no estaban allí completas, ni mucho menos, y los mejores soldados tenían que hacer aún muy largas marchas. Apenas se encontraban reunidas seis legiones, de las cuales cinco eran de nueva creación, con los buques y los transportes necesarios. Con ellos se hizo César a la mar (el 25 de diciembre del año 707, según el calendario antiguo; el 8 de octubre aproximadamente, según el calendario juliano). La escuadra enemiga, temiendo los temporales del equinoccio, a la sazón reinantes, se había aproximado a la costa en la bahía de Cartago, debajo de la isla Egimur. Nada hizo esta para impedir la travesía de César a la costa africana, pero los vientos se encargaron de ello al dispersar su escuadra. Cuando el general romano arribó a la costa, no lejos de Hadrumete (Susa), no pudo reunir en la playa más que tres mil hombres, la mayor parte de ellos reclutas, y unos ciento cincuenta caballos. La ciudad estaba perfectamente defendida, y en vano intentó apoderarse de ella. Más afortunado fue después, y logró hacerse dueño de otras dos ciudades, poco separadas la una de la otra, Ruspina (Sahalil, cerca de Susa) y Leptis la Pequeña. Allí se atrincheró sin dilación; mas considerándose poco seguro, mandó embarcar su pequeña caballería en los buques, bien provistos de agua y aparejados para hacerse a la vela. En efecto, quería poder reembarcarse a cualquier hora en caso de que el enemigo viniera a atacarlo con fuerzas superiores. No tuvo necesidad de hacerlo, pues sus barcos dispersados por la borrasca llegaron a tiempo (3 de enero de 708). Desde luego le faltó el trigo a consecuencia de las disposiciones tomadas por los pompeyanos; y, para proveerse de él, se dirigió con tres legiones al interior del país. Fue atacado en medio del camino, no lejos de Ruspina, por las tropas de Labieno, que había acudido a impedir el desembarco. Este no llevaba más que caballería y arqueros, y César casi no tenía otras tropas que infantería regular. Sus legionarios se vieron de repente envueltos en una nube de flechas, de las que no se podían defender, a la vez que les resultaba imposible alcanzar al enemigo. Hasta que al fin, al desplegarse pudieron salvar sus flancos, y una audaz acometida salvó también el honor de sus armas. Sin embargo tuvieron necesidad de batirse en retirada, y, si no hubieran tenido muy cerca a Ruspina, el dardo de los mauritanos quizás habría cumplido en este campo de batalla la misma obra desastrosa que en otro tiempo había cumplido el arco de los partos delante de Carras. Aquella jornada había hecho ver a César todas las dificultades de la actual campaña. En adelante no quiso exponer más a tales combates a los legionarios bisoños, que se acobardaban en presencia de esta

táctica inusitada, y esperó a sus legiones veteranas. Mientras tanto, se ocupó de restablecer de algún modo el equilibrio, comprometido por la superioridad notable de las armas arrojadas del enemigo. Reunió en su escuadra a todos aquellos que podía utilizar en la caballería ligera o como arqueros, y luego los agregó a su ejército de tierra. Aunque fue escaso el partido que de ello sacó, obtuvo un gran resultado en los hábiles manejos que practicó para sublevar contra Juba a las hordas nómadas de los gétulos, que ocupaban las pendientes meridionales del Atlas, a la entrada del desierto de Sahara. Hasta ellos habían llegado los efectos de las luchas entre Mario y Sila. Aborrecían el nombre de Pompeyo, que por entonces les había impuesto la soberanía de los reyes nómadas, y desde luego se mostraban favorables al heredero del héroe poderoso, cuyo recuerdo había quedado vivo en aquellas comarcas desde las guerras de Yugurta. Por otra parte, los reyes de la Mauritania, Bogud de Tingis y Bocco de Yol, enemigos naturales de Juba, habían sido siempre aliados fieles de César. Y, por último, recorría las fronteras de los reinos de Juba y de Bocco, al frente de sus bandas, el último de los partidarios de Catilina, aquel Pucio Sitho de Nuceria, traficante italiano en otro tiempo, que quebró más tarde. Este, que había improvisado un día, como unos dieciocho años atrás, una facción en la Mauritania, se conquistó a favor de las revueltas de la Libia un nombre y un ejército, y ahora se unía con Bocco y caían ambos sobre el país nómada. Estos ocupaban la importante plaza de Cirta y cogieron entre dos fuegos a Juba, atacándolo a la vez los gétulos y los mauros por el sur y por el oeste. En consecuencia, Juba se vio obligado a mandar contra ellos una parte de su ejército. A pesar de esto, César no estaba seguro todavía; sus tropas se hallaban reunidas en un espacio de una milla cuadrada (tres leguas cuadradas). Si bien la escuadra podía proveer de trigo a los soldados, los caballos no tenían forraje y se sufrían en el campamento las mismas privaciones que Pompeyo había sufrido delante de Dirrachium. No obstante los esfuerzos de César, sus tropas ligeras eran muy inferiores a las del ejército pompeyano, y aun con sus mismos veteranos le era casi imposible tomar la ofensiva y penetrar en el interior del país. Escipión, en cambio, unas veces se internaba y otras abandonaba las ciudades de la costa, preparando quizás una victoria parecida a la que alcanzó el visir de Orodes contra Craso, o Juba contra Curión, o proponiéndose, por lo menos, prolongar la guerra. Al primer golpe de vista, todas las circunstancias aconsejaban que se siguiera este plan de campaña; y el mismo Catón, que era un buen estratega, lo aconsejaba. Para eso se ofrecía a pasar a Italia con un cuerpo de tropas escogidas con el fin de hacer un llamamiento a las armas a los republicanos; empresa que podía haber obtenido un buen resultado en estos tiempos de agitación y de revueltas. Pero Catón, aunque prudente y entendido, no tenía el *imperium*, y el general en jefe, Escipión, dispuso que se sostuviera la guerra en los países cercanos a la costa. Fue esta una resolución funesta, puesto que se abandonaban de esta manera las ventajas que un plan tan

seguro prometía, y se colocaba la lucha en un terreno donde se sentía una agitación peligrosa. Al mismo tiempo, el ejército comprometido contra César no se hallaba animado del mejor espíritu. La insoportable tiranía de los alistamientos militares hechos a la fuerza, las exacciones de víveres llevadas a cabo en todas partes, la destrucción de las pequeñas aldeas, y, por encima de todo esto, la idea de que ligaban su suerte a una causa extranjera y ya perdida, habían suscitado en los indígenas un sentimiento de dolor contra aquellos republicanos romanos, venidos al África para librar sus últimos desesperados combates. Aquel sentimiento se había trocado en un odio terrible cuando se los vio emplear el terror contra ciudades simplemente sospechosas de indiferencia. En cuanto pudieron hacerlo, las ciudades africanas se declararon a favor de César, y los gétulos y los libios agregados a las legiones, o que servían como auxiliares armados a la ligera, desertaron casi todos de las filas. No por esto desistió Escipión de su primitivo plan, antes al contrario, persistió en él con una obstinación propia de la falta de inteligencia. Habiendo salido de Utica con todas sus tropas, se dirigió contra las ciudades de Ruspina y de la Pequeña Leptis, ocupadas por César. Dejó considerables guarniciones al norte, en Hadrumete, y al sur, en Thapsus (sobre el cabo Ras ed Dimas); y reunido con Juba, que acudió con todas las tropas de las que pudo disponer después de haber cubierto sus fronteras, presentó varias veces la batalla al enemigo. Sin embargo, César había tomado el partido de esperar a sus veteranas legiones, y cuando estas, que fueron desembarcando las unas después de las otras, se presentaron en el campo de batalla, Escipión y Juba no estaban ya dispuestos a entrar en combate, y César no pudo obligarlos a que lo aceptaran por tener una caballería ligera muy escasa. Cerca de dos meses se pasaron en marchas y contramarchas, y en pequeñas escaramuzas en las cercanías de Ruspina y de Thapsus. Peleaban solo para descubrir algún silo (granero subterráneo oculto, costumbre del país), o para establecer alguna avanzada. La caballería ligera del enemigo obligaba a César a mantenerse en las alturas y a cubrir sus flancos de líneas de trincheras; a la larga, y en estos combates penosos y sin resultado, sus soldados bisoños se habían acostumbrado a la táctica de sus enemigos. En este nuevo capitán instructor, prudente y solícito, que con su persona daba ejemplo a los soldados, nadie, amigo o adversario, hubiera reconocido al impetuoso general de las campañas pasadas. Sin embargo, estas prudentes contemporizaciones, como su impetuosidad de otras veces, revelaban al admirable jefe, siempre igual a sí mismo.

BATALLA DE THAPSUS

Cuando se le reunieron estos últimos refuerzos, se dirigió contra Thapsus por una marcha de flanco. Hemos visto que Escipión había dejado allí una fuerte guarnición:

primera y enorme falta, que facilitaba al adversario un cómodo punto de ataque. No tardó en cometer un segundo error, no menos desastroso, al acudir en socorro de la plaza, pues vino a presentar a César la batalla tanto tiempo deseada y tan prudentemente rechazada, sobre un terreno en el que la infantería legionaria iba a recobrar su decisiva ventaja. En efecto, un día se vio a los ejércitos de Escipión y de Juba desplegarse a lo largo de la costa, en frente del campamento de César. Las dos primeras líneas estaban dispuestas a entrar en combate, mientras la tercera se ocupaba en plantar las tiendas; al mismo tiempo, la guarnición de Thapsus preparaba una salida que podía ser rechazada por la sola guardia de las trincheras de César. En cuanto a los legionarios, nada se escapaba a su gran penetración: al punto notaron la poca fijeza de los movimientos del enemigo y la mala disposición de sus divisiones; y, cuando este se hallaba todavía ocupado con los trabajos de las trincheras, obligaron a su corneta a dar la señal de ataque sin esperar la orden de su jefe. Se precipitaron sobre toda la línea enemiga, y César corrió al frente cuando vio el arranque de sus tropas. El ala derecha, que iba adelante de los otros cuerpos, espantó a los elefantes de Juba con una nube de piedras y de dardos, y estos terribles animales se volvieron hacia su propio ejército (esta fue la última batalla importante en que fueron empleados los elefantes). Las cohortes situadas a la vanguardia del ejército pompeyano quedaron destrozadas, su ala izquierda se dispersó, y toda su línea fue desordenada y desbandada. La derrota se convirtió en un inmenso desastre, tanto mayor cuanto que aún no habían terminado su nuevo campamento los vencidos, y estaba demasiado lejos el antiguo. César los fue capturando casi sin resistencia. El grueso del ejército derrotado arrojó las armas y pidió cuartel; pero los soldados de César no eran aquellos que en otro tiempo, en los alrededores de Ilerda, se habían negado a entrar en batalla antes del momento oportuno, ni aquellos otros que en Farsalia trataron con gran consideración a un enemigo sin defensa. La inveterada costumbre de las guerras civiles, los mal reprimidos odios y la reciente insurrección engendraron en Thapsus terribles consecuencias. Si la hidra contra la cual peleaban los cesarianos se levantaba cada día con nuevas fuerzas; si el ejército de César había tenido que trasladarse precipitadamente de Italia a España, de España a Macedonia, y de Macedonia al África; si la tan apetecida paz nunca llegaba, culpa era todo esto, en el sentir de los soldados, y no dejaban de tener razón, de la intempestiva indulgencia del general. El soldado se había propuesto enmendar el error de su jefe, y se mostró sordo a las súplicas de sus conciudadanos desarmados y a las órdenes de César y de sus capitanes. Cincuenta mil cadáveres yacían en los campos de Thapsus, y entre ellos un gran número de oficiales de César, a quienes sus mismos soldados habían dado muerte por ser enemigos encubiertos de la nueva monarquía. A este precio compraron su reposo los partidarios del monarca. Por su parte, el ejército vencedor no tuvo más que cincuenta muertos.

CATÓN EN UTICA. SU MUERTE

Después del desastre de Thapsus la guerra de África terminó, como año y medio antes había terminado la guerra en Oriente con la batalla de Farsalia. Catón, en su cualidad de comandante de Utica, convocó allí al Senado y expuso los medios de defensa con que contaban. Dejó a la asamblea el derecho de decidir si convenía rendirse, o si preferían pelear mientras uno solo de ellos alentara, y aconsejó a sus amigos que votaran y obraran no cada uno por sí, sino todos por cada uno. Muchos se inclinaban a tomar una resolución extrema, y se propuso decretar la manumisión de todos los esclavos. Pero Catón vio en ello un atentado ilegal a la propiedad privada, y se propuso hacer un llamamiento al patriotismo de los dueños; sin embargo, tal acto de desinterés no era del agrado de los grandes traficantes de África, que estaban en mayoría en el Senado, y se resolvió capitular. A la sazón entraron en la ciudad Fausto Sila, hijo del dictador, y Lucio Afranio, los cuales llevaban una gruesa división de caballería de los campos de Thapsus. Catón decidió entonces hacer una nueva tentativa; pero como ellos quisieran, para poder mantenerse dentro de la plaza, comenzar por el degüello de todos los habitantes inútiles para la defensa, se opuso resueltamente a ello. Prefirió dejar caer sin riesgo el último asilo de los republicanos en poder de la monarquía, a deshonar con una sangrienta hecatombe los últimos momentos de la República. En parte por el ascendiente de su autoridad, en parte también por el sacrificio generoso que había hecho de su fortuna personal, contuvo el furor de una soldadesca ya desenfrenada contra los desdichados habitantes de Utica, y facilitó los medios de evasión a los que no quisieran o no pudieran someterse a la clemencia de César. Para los que se quedasen en la ciudad, procuró una capitulación lo menos desastrosa que fuera posible; y, cuando se hubo cerciorado de que ya no podía ser útil, se retiró a su dormitorio y se atravesó el pecho con su espada.

MUERTE DE OTROS JEFES REPUBLICANOS

De los demás jefes pocos fueron los que escaparon. Los soldados de caballería que abandonaron el campo de batalla cayeron en poder de las tropas de Sittio, y ellas les dieron muerte o los hicieron prisioneros: Afranio y Fausto fueron presentados ante César; y, como este no mandaba su ejecución inmediata, los veteranos se insurreccionaron y los descuartizaron. El mismo Metelo Escipión, general en jefe, cayó con la escuadra del partido derrotado en poder de los cruceros de Sittio, y Fausto Sila se atravesó con su espada en el momento en que iban a cogerlo. Juba, a quien estos acontecimientos no habían cogido desprevenido, se propuso morir, llegado el caso, como rey; y al efecto hizo levantar en la plaza de su ciudad de Zama

una inmensa hoguera que había de consumirlo a él, sus tesoros, y a todos los habitantes. Pero estos no quisieron honrar con su muerte los funerales del Sardanápalo africano, y cuando, tras escapar de la matanza, se presentó delante de la ciudad en compañía de Marco Petreyo, encontró cerradas las puertas. Estas naturalezas depravadas por el exceso de los goces sensuales y por el orgullo necesitan, aun en la misma hora de la muerte, fiestas y orgías. Juba se retiró con su compañero a una de sus posesiones de recreo, hizo que le sirvieran un espléndido banquete, y para terminar provocó a un duelo a Petreyo. El vencedor de Catilina murió a manos del rey númera, el cual a su vez se hizo matar por un esclavo.

A pesar de todo esto, algunos personajes notables del partido pompeyano habían escapado con vida. Labieno y Sexto Pompeyo se unieron en España a Cayo, hermano mayor de este último, y, como en otro tiempo había hecho Sertorio, fueron a buscar en los mares y en las montañas de la península, la mitad sometida y la otra mitad todavía independiente, el supremo asilo ofrecido a la piratería y el latrocinio.

ARREGLO DEL ÁFRICA

Entre tanto, sin encontrar ya resistencia alguna, César ponía en orden todos los asuntos de África. Siguiendo lo que Curión había propuesto poco antes, dejó de existir el reino de Masinisa, y se agregó la región del este, o país de Sitif, al reino de la Mauritania oriental, que era gobernado por Bocco. Bogud, fiel rey de Tingis, recibió también extensos territorios que ensancharon sus Estados. Cirta (Constantina) y el país circunvecino, ocupados durante la soberanía de Juba por un príncipe llamado Masinisa, y por su hijo Arabión, fueron dados al *condottieri* Publio Sittio, que debía establecerse allí con sus bandas medio romanas^[12]. Al mismo tiempo, este distrito, con la más grande y más fértil parte del antiguo reino númera, fue unido con el nombre de Nueva África (*Africa Nova*) a la antigua provincia africana. La defensa del litoral contra las hordas nómadas del desierto, que antes Roma había confiado a un rey amigo, fue encargada ahora al nuevo monarca, con la característica de que los gastos que ocasionara quedarían a cargo del Imperio.

VICTORIA DE LA MONARQUÍA. FIN DE LA REPÚBLICA

De esta suerte, la lucha entre Pompeyo y los republicanos por una parte, y César por otra, terminó después de cuatro años con la completa victoria del dictador. Y, por cierto, no es que la monarquía haya sido fundada en los campos de Farsalia y de

Thapsus; pues en realidad existía desde el momento en que Pompeyo y César coaligados establecieron su común supremacía y transformaron por completo la antigua constitución aristocrática. Sin embargo, las jornadas sangrientas del 9 de agosto de 706 y del 6 de abril de 708 habían puesto fin a este gobierno dual, contrario a la esencia misma de la monarquía, y el nuevo monarca fundaba ahora en ellas la consagración y el reconocimiento de su poder. Todavía se han de ver surgir insurrecciones de pretendientes o conjuraciones republicanas promoviendo nuevos disturbios; se verá quizá la revolución y aun la reacción misma. Pero no volverá jamás la antigua y libre República, tal como había existido durante quinientos años; en toda la extensión del Imperio Romano se asienta ya la monarquía sobre la legitimidad del hecho consumado. Ha terminado la lucha por la constitución de Roma, y su fin fue proclamado por Marco Catón cuando en Utica se atravesó con su espada. Siendo desde hacía muchos años el primero en el combate entre todos los defensores de la República legal, perseveró en su propósito hasta el instante mismo en que ya no quedaba esperanza alguna de triunfo. En esta ocasión ya no era posible luchar. La República fundada por Marco Bruto había muerto y no se abrigaba ninguna esperanza de restablecerla: ¿qué restaba por hacer a los republicanos? Una vez que les habían arrebatado su tesoro los mismos hombres que lo custodiaban, no tenían ya ninguna misión que cumplir; y en realidad no se les puede echar en cara que volviesen a sus hogares. En la muerte de Catón hubo mayor nobleza y más alta inteligencia que en todos los demás actos de su vida. Catón no era un gran hombre; pero por miope, por malaventurado, por enojoso e inútil que fuera este personaje, con todo el énfasis de sus huecas frases, que hicieron de él en su siglo y en todos los tiempos el tipo ideal del republicanismo vacío de sentido y el héroe favorito de los que especulan con la palabra República, todavía era el único que representaba digna y valerosamente el sistema caído en la hora de la agonía. Y como ante la sincera verdad no puede prevalecer la más hábil mentira; como en la naturaleza humana todo lo grande y todo lo bello consiste, no en la prudencia, sino en el honor; es forzoso afirmar que Catón ha cumplido en la historia una misión más grande y más noble que un gran número de personajes infinitamente superiores a él por las dotes de su inteligencia. Convengo en que Catón era un loco; pero su locura realza el sentido profundo y trágico de su muerte. Porque es loco, es precisamente por lo que don Quijote es una figura trágica. ¡Qué extraña peripecia! En este teatro del mundo antiguo, donde tantos sabios y tantos grandes hombres figuraron y obraron, faltaba que un maniático viniese a decir el epílogo. Catón no había muerto en vano: como una protesta elocuente y terrible de la República contra la monarquía, el último republicano desaparecía de la escena cuando se presentaba el nuevo rey. Ante aquella protesta se desgarraban como telas de araña todas las pretendidas instituciones moderadas con las que César había rodeado su trono, y se descubría la hipócrita

mentira de aquel *schiboleth* de la reconciliación de los partidos, de aquella pretendida égida protectora de la soberanía cesariana. La cruel guerra que el espectro de la República legítima había sostenido contra la monarquía imperial desde Casio y Bruto hasta Thraseas y Tácito, y más lejos todavía, las guerras de los complots y de las bellas letras no fueron otra cosa que el legado que Catón dejó al morir a su enemigo. De Catón tomarán los republicanos de oposición su actitud de gentes de esclarecido linaje, su retórica hinchada, su austeridad ambiciosa y sus opiniones sin esperanza fielmente sostenidas hasta la muerte. Apenas había muerto, cuando, aquellos mismos que lo habían considerado frecuentemente en vida como un juguete y que lo desdeñaban, lo transfiguraron en santo, y como a tal lo honraron. El homenaje más grande de todos los que recibió fue el que le tributó involuntariamente César. Mientras que para los demás pompeyanos y republicanos no tenía el dictador sino una desdeñosa indulgencia, exceptuó de esto a Catón, a quien persiguió hasta la tumba con aquel profundo rencor que sienten de ordinario los políticos de acción contra sus adversarios que son tan peligrosos como imposibles de alcanzar.

XI

LA ANTIGUA REPÚBLICA Y LA NUEVA MONARQUÍA

CARÁCTER DE CÉSAR

Tenía apenas cincuenta y seis años el nuevo señor de Roma, Cayo Julio César (nació el 12 de julio de 652), el primero de los soberanos a quienes rindió vasallaje el antiguo mundo grecorromano, cuando la victoria de Thapsus, último de sus grandes hechos de armas, puso en sus manos el cetro y los destinos del mundo. ¡Pocos hombres han logrado ver su actividad sometida a una prueba tan grande! Pero ¿no fue por ventura Julio César el único genio creador que ha dado Roma, y el último que la antigüedad ha producido? Descendiente de una de las más antiguas y nobles familias del Lacio, cuya genealogía se remontaba a los héroes de la *Ilíada* y a los reyes romanos y alcanzaba a Venus Afrodita, diosa común a las dos naciones, había llevado en su infancia y adolescencia la vida propia de los jóvenes nobles de su tiempo. Tipo acabado del hombre a la moda, recitaba y declamaba, era literato y componía versos cuando se hallaba descansando en su cama. Era experto en todo linaje de asuntos amorosos, conocía los más nimios detalles del tocador, cuidaba con esmero de sus cabellos, de su barba y de su traje, y tenía, sobre todo, gran habilidad en el arte misterioso de levantar diarios empréstitos y de no pagarlos nunca. Pero su naturaleza, de flexible acero, pudo resistir esta vida disipada y licenciosa, conservando intactos el vigor del cuerpo y el expansivo fuego de su corazón y de su espíritu. En la esgrima, o en montar a caballo, no había ningún soldado que lo igualase. En cierta ocasión, hallándose delante de Alejandría, salvó su vida nadando sobre las encrespadas olas. Cuando estaba en campaña, hacía casi siempre las marchas durante la noche con objeto de ganar tiempo. Su increíble rapidez contrastaba con la majestuosa lentitud de los movimientos de Pompeyo, y a esa misma rapidez, que maravillaba a sus contemporáneos, debió Julio César buena parte de sus victorias. Sus cualidades de alma corrían parejas con las condiciones de su cuerpo: en sus órdenes, siempre seguras y de fácil ejecución, aun cuando fueran dadas lejos del campo de operaciones, se reflejaba su admirable golpe de vista. Su memoria era incomparable: con frecuencia se ocupaba a la vez en muchos asuntos, sin embarazo y sin tropiezo alguno. A pesar de ser hombre del gran mundo, hombre de genio y árbitro de los destinos de Roma, tuvo abierto su corazón a tiernos sentimientos. Durante toda su vida rindió un culto de cariño y veneración a su digna madre Aurelia (César, siendo muy joven, había perdido a su padre)^[1]. Fue en extremo complaciente con sus

hermanas, y muy particularmente con su hija Julia^[2], complacencia que no dejó de influir en los asuntos políticos. Con los hombres más inteligentes y de más carácter de su tiempo, fuesen de alta o de humilde condición, había anudado las mejores relaciones de una recíproca amistad: trataba a cada uno según su carácter y, lejos de caer en la pusilánime indiferencia de Pompeyo para con sus amigos, jamás abandonó a sus partidarios, quienes fueron sostenidos por él sin ningún cálculo egoísta, tanto en la próspera como en la adversa suerte. Muchos, entre ellos Aulo Hircio y Cayo Macio, le dieron aun después de su muerte noble testimonio de su adhesión. El único rasgo predominante y característico de esta maravillosa organización, cuyas cualidades estaban perfectamente equilibradas, era el desvío que mostraba hacia todo lo ideológico y fantástico. César era apasionado: sin pasión no hay genio; pero en él la pasión no tuvo una gran fuerza. En su juventud, el canto y los placeres de Baco y de Venus habían tenido una gran influencia en las facultades de su espíritu. Sin embargo, jamás se entregó por entero a estas pasiones. La literatura fue para él una ocupación seria y duradera. Así como el Aquiles de Homero había quitado el sueño a Alejandro, César consagró largas veladas al estudio de las desinencias de los sustantivos y de los verbos latinos. Escribía versos como toda la gente de su tiempo, mas sus versos eran flojos; en cambio, mostraba gran interés por las ciencias astronómicas y naturales. Alejandro, para alejar de sí los cuidados, se entregó a la bebida, y entregado a ella estuvo hasta el fin de sus días; el sobrio romano, por el contrario, abandonó esta pasión una vez superados los años de su fogosa juventud. Todos aquellos que en su adolescencia han sido afortunados en las lides amorosas conservan siempre un imperecedero recuerdo de aquellos tiempos, algo así como el reflejo de la brillante aureola con que se vieron un día coronados. Esto le aconteció a César. Las aventuras y galanteos fueron achaque suyo aun en la edad madura. En su aire conservaba una cierta fatuidad o, mejor dicho, una cierta satisfacción de las ventajas exteriores de su varonil belleza. Cubría cuidadosamente su cabeza, calva muy a pesar suyo, con la corona de laurel, sin la cual no se presentaba jamás en público. Habría dado gustoso la mayor de sus victorias por recobrar la flotante cabellera que en su juventud lo adornaba. Aunque se complacía en el trato con las mujeres, siendo ya el verdadero emperador de Roma, no las consideró sino como un mero pasatiempo, ni les dejó la más leve sombra de influencia. Se ha hablado mucho de sus amores con Cleopatra, pero lo cierto es que, si se entregó a ellos al principio, fue para ocultar el punto débil de la situación del momento. Como hombre positivo y de claro entendimiento, se ve en sus concepciones y en sus actos la fuerte y penetrante influencia de un sobrio pensamiento: su rasgo esencial era el no embriagarse nunca. De aquí que pudiera desplegar toda su energía en el momento oportuno, sin extraviarse en los recuerdos ni en las esperanzas. De aquí su fuerza de acción, reunida y desplegada cuando había de ello verdadera necesidad. De aquí su

genio, obrando en escasas ocasiones a favor del interés más pasajero. De aquí esa poderosa facultad para abrazar y dominar todo lo que la inteligencia concibe y todo lo que la voluntad quiere; esa fácil seguridad tanto en la disposición de los períodos, como en un plan de batalla; esa maravillosa serenidad que no lo abandonó nunca, ni en sus buenos ni en sus malos tiempos. Y de aquí, por último, esa completa independencia, que no se dejó jamás arrebatarse ni por un favorito, ni por una dama, ni por un amigo. Esta misma perspicacia de su espíritu no le permitía hacerse ilusiones sobre la fuerza del destino y el poder del hombre: frente a él se había levantado el velo bienhechor que nos oculta la debilidad de nuestro esfuerzo en la tierra. Por sabios que fueran sus planes, aunque hubiese previsto todas las eventualidades de una empresa, comprendía que el éxito de todas las cosas depende en gran manera del azar, y con frecuencia se lo vio comprometerse en las más arriesgadas empresas, y exponer su propia persona a los peligros con la más temeraria indiferencia. Es, pues, muy cierto que los hombres de un entendimiento superior se entregan voluntariamente a los azares de la suerte; y no ha de maravillarnos, por lo tanto, que el racionalismo de César llegase a parar en un cierto misticismo.

EL HOMBRE DE ESTADO

De tal organización había de salir necesariamente un hombre de Estado, y César lo fue, en toda la acepción de la palabra, desde su juventud. El fin que se propuso fue el más alto que se puede proponer hombre alguno: levantar en el orden político, militar, intelectual y moral a su nación del decaimiento a que había llegado, y levantar asimismo a la nacionalidad helénica, esta hermana estrechamente ligada a su patria, y que se hallaba aún más postrada que ella. Después de treinta años de experiencia, cuyas severas lecciones no podrían ser estériles para un hombre como César, modificó sus opiniones sobre el camino que debía seguir y los medios a utilizar. Se propuso el mismo fin en los días de infortunio, cuando no abrigaba ninguna esperanza en el porvenir, que en la época de su omnipotencia; en los días en que, demagogo y conspirador, penetraba en un sombrío laberinto, que en aquellos en que, compartiendo con otro el poder soberano o siendo absoluto señor de Roma, trabajaba en su obra a la luz del día y de cara al mundo. Todas las medidas que él había tomado en diversas ocasiones iban encaminadas a la realización de los vastos planes que se había propuesto. Parece, en verdad, que no pueden citarse hechos aislados llevados a cabo por él, pues ninguno fue realizado de esta forma. Con justicia se alabará en él al orador de enérgica palabra, que desdeñaba los artificios retóricos, y persuadía y arrebató al auditorio con su vivo y claro ingenio. Con justicia se admirará en él al escritor que se distingue por la inimitable sencillez de su composición, por la singular

pureza y belleza del lenguaje. Con justicia los hombres entendidos en el arte de la guerra en todos los siglos consideran a César como un gran general. Nadie mejor que él, pues abandonó los procedimientos tradicionales y rutinarios y supo inventar la estrategia que en el momento oportuno conduce a la victoria, a la que desde entonces es la verdadera victoria. ¿No inventó para cada fin los buenos medios, dotado de una seguridad que casi parecía adivinación? ¿No estaba siempre, aun después de una derrota, dispuesto a resistir, a combatir de nuevo y, como Guillermo de Orange, a no terminar la campaña sin haber derrotado al enemigo? El secreto principal de la ciencia de la guerra, aquel por el que se distingue el genio del gran capitán del talento vulgar del oficial, el rápido impulso comunicado a las grandes masas, lo ha poseído César, y lo ha utilizado con una perfección admirable. Nadie lo ha aventajado en esta cualidad: él supo encontrar el éxito de las batallas, no en la superioridad de sus fuerzas, sino en la rapidez de sus movimientos; no en los lentos preparativos, sino en la acción rápida y aun temeraria cuando conocía la insuficiencia de sus recursos.

Pero todas estas no eran más que cualidades secundarias. Llegó a ser un gran orador, un gran escritor y un insigne general, porque era un eminente hombre de Estado. El carácter militar es en Julio César de muy secundaria importancia: uno de los rasgos que más lo distinguen de Alejandro, de Aníbal y de Napoleón es el haber empezado su carrera política en la demagogia y no en el ejército. Al principio pretendió llegar a la realización de sus proyectos, como Pericles y como Cayo Graco, sin tener necesidad de hacer uso de las armas. Estuvo dieciocho años a la cabeza del partido popular, y no abandonó nunca los tortuosos senderos de las cábalas políticas, hasta que convencido, no sin pena y a la edad de cuarenta años, de la necesidad de apoyarse en los soldados, tomó finalmente el mando de un ejército. Y, aun después de esto, continuó siendo un hombre de Estado antes que general distinguido. De la misma manera Cromwell, jefe al principio de un partido de oposición, llegó a ser sucesivamente capitán y rey de la democracia inglesa. Y llegó a decirse, si es que puede haber comparación entre el rudo héroe puritano y el atildado romano, que aquel es entre todos los grandes hombres de Estado el que más se asemeja a César, tanto por las vicisitudes de su carrera, como por el fin que se proponía.

Hasta en la manera de dirigir la guerra se veía en César al general improvisado. Cuando Napoleón preparaba sus expediciones a Egipto y a Inglaterra, se manifestó en él el gran capitán formado en la escuela del oficial de artillería. Pero en César se descubría el demagogo convertido en general en jefe. ¿Qué táctico de profesión, por razones puramente políticas y no siempre absolutamente imperiosas, habría despreciado, como lo hizo César con frecuencia, y sobre todo cuando desembarcó en Epiro, las prudentes enseñanzas de la ciencia militar? Desde este punto de vista, más de una de sus empresas podrían ser censuradas; pero lo que perjudique al general, enaltecerá al hombre de Estado. La misión de este es universal por su naturaleza, y

universal era el genio de César. Por múltiples y separadas en el tiempo que fueran sus empresas, todas se dirigían a un gran fin, al que permaneció siempre fiel sin desviarse de él un punto. En el inmenso movimiento de una actividad que a todas partes se dirigía, jamás sacrificó un detalle por otro. Aunque era un consumado estratega, hizo todo lo posible, obedeciendo a consideraciones políticas, para evitar que estallara la guerra civil, y, cuando la consideró inevitable, puso de su parte para que no se ensangrentaran sus laureles. Aunque fue fundador de una monarquía militar, se opuso, con una energía sin ejemplo en la historia, a que se elevara una jerarquía de generales o un régimen de pretorianos; y, en fin, como último y principal servicio a la sociedad civil, prefirió siempre las ciencias y las artes de la paz a la ciencia militar. En su aspecto político, el carácter predominante es una perfecta y poderosa armonía. La armonía es, sin duda, la más difícil de todas las manifestaciones humanas. En la persona de Julio César todas las condiciones se reunían para producirla. Espíritu positivo y amante de la realidad, no se dejó jamás seducir por las imágenes del pasado ni por las supersticiones de la tradición. En los asuntos políticos no atendía sino a la realidad presente, a la ley motivada en la razón. De la misma suerte, en sus estudios gramaticales rechazaba la erudición histórica de la antigüedad, y no reconocía otra lengua que la usual, ni otras reglas que la uniformidad. Había nacido soberano, y ejercía sobre los corazones el mismo imperio que el viento ejerce sobre las nubes, atrayendo a sí mismo, de buen grado o por la fuerza, las más diversas naturalezas: al simple ciudadano y al rudo oficial, a las nobles damas de Roma y a las bellas princesas de Egipto y de Mauritania, al brillante jefe de caballería y al calculador banquero. Su genio organizador era maravilloso. Ningún hombre de Estado, por lo que respecta a sus alianzas, ni capitán alguno respecto de su ejército, tuvo que enfrentarse con elementos más insociables y dispares. César los supo amalgamar cuando hizo la conciliación u organizó sus legiones. Ningún soberano juzgó a sus instrumentos y medios de acción con tan penetrante mirada; nadie como él supo designar a cada uno su lugar. Él era el verdadero monarca, jamás quiso jugar al oficio de rey. Si llegó a ser señor absoluto de Roma, guardó todas las apariencias de jefe de partido. En extremo dócil y complaciente, de trato sencillez y afable, al estar por encima de todos parecía no pretender otra cosa que ser el primero entre sus iguales. Evitaba el defecto en que incurren con tanta frecuencia los caudillos: el de llevar a la política el duro tono del mando militar; y, aunque tuviese algún motivo de disgusto por alguna provocación del Senado, no quiso nunca emplear la fuerza bruta o hacer un dieciocho brumario. Era el verdadero monarca sin experimentar el vértigo de la tiranía. Quizá fue el único de los «poderosos ante el Señor» que en los asuntos más baladíes obedeció siempre a su deber de gobernante, sin guiarse jamás por sus afecciones y caprichos. Al volver la vista a su pasado, encontraba en él algunos falsos cálculos; pero no halló errores en que la pasión lo hubiera hecho incurrir, y de los

cuales tuviera que arrepentirse. Nada hay en su carrera que nos recuerde los excesos de la pasión sensual; tampoco hay la muerte de un Clitus, el incendio de Persépolis y aquellas poéticas tragedias que la historia une al nombre de su gran predecesor en Oriente^[3]. En fin, de todos los que han alcanzado el poder supremo, es quizás el único que hasta el término de su carrera conservó el sentido político de lo que era posible e imposible, y no fracasó en esta última prueba, la más difícil de todas para las naturalezas superiores: el reconocimiento del justo y natural límite en el punto culminante de los acontecimientos. Cuando una cosa era posible, la realizaba sin dejar de cumplir un bien por conseguir otro mayor que estaba fuera de su alcance. Y, cuando un mal se había cumplido y era irreparable, nunca dejó de poner los paliativos que lo atenuaran; pero, una vez pronunciado el fallo del destino, siempre se sometió a él. Una vez que Alejandro había llegado a Hipanis, se batió en retirada, y otro tanto hizo Napoleón en Moscú, ambos contrariados e irritados contra la fortuna, que ponía un límite a la ambición de sus favoritos. Sobre el Rin y sobre el Támesis retrocede César voluntariamente, y cuando sus designios lo llevan hasta el Danubio o el Éufrates, no se propone la conquista del mundo, sino que busca una frontera segura y racional para el Imperio.

Tal fue este hombre, cuyo retrato parece fácil de hacer, y del cual es en extremo difícil trazar el más ligero rasgo. Su naturaleza toda no es sino claridad y transparencia, y la tradición conserva de él recuerdos más completos y más vivos que de otros héroes de los antiguos anales. Si se lo juzga a fondo o superficialmente, el juicio será siempre el mismo: ante todo hombre que lo estudie, su figura se presenta con sus mismos caracteres esenciales, y por lo tanto nadie ha sabido todavía reproducirla en su total realidad. El secreto consiste aquí en la perfección del modelo. Humana o históricamente hablando, está colocado César en ese punto donde vienen a confundirse los grandes caracteres contrarios. Inmenso poder creador e inteligencia infinitamente penetrante, no tiene los inconvenientes de la vejez ni adolece de los defectos de la juventud. Todo en él es voluntad y acción, su alma está llena del ideal republicano, y, sin embargo, parece haber nacido para ser rey. Romano hasta el fondo de su espíritu, y al mismo tiempo llamado a conciliar en el interior y en el exterior las civilizaciones griega y romana, César es el gran hombre, el hombre completo. También le faltan, más que a ninguna otra figura importante en la historia, esos rasgos que se dicen característicos, que son las desviaciones del desarrollo natural del ser humano. Si algún detalle nos parece en él individual al primer golpe de vista, desaparece cuando se lo considera de cerca y se pierde en el tipo más vasto de la nación y de su siglo. En sus aventuras de joven, imitó a sus contemporáneos y a sus opulentos iguales: su natural, refractario a la poesía, pero enérgicamente lógico, es el natural del ciudadano romano. Como hombre, su verdadera manera de ser consistió en saber regular y medir admirablemente sus actos según el tiempo y el lugar. El

hombre, en efecto, no es un ser absoluto: vive y se mueve en conformidad con su nación, con la ley de una civilización determinada. César es completo porque supo, mejor que todos, colocarse en medio de la corriente de su siglo; y porque, mejor que todos, poseyó la actividad real y práctica del ciudadano romano, esa sólida virtud que fue propiedad de Roma. El helenismo no es en él otra cosa que la idea griega fundida y transformada en el seno de la nacionalidad itálica. Y en esto consisten la dificultad y, podría decirse, la imposibilidad de retratarlo.

El artista puede ensayar toda suerte de retratos, pero se detiene en presencia de la belleza absoluta. Lo mismo acontece al historiador: es más prudente que guarde silencio, cuando, una vez en mil años, se encuentra frente a un tipo acabado. La regla se puede expresar sin duda, pero no nos da sino una noción negativa, la de la ausencia de toda falta. Nadie sabe traducir este gran secreto de la naturaleza, la alianza íntima de la ley general y la individualidad en sus creaciones más acabadas. ¡Dichosos aquellos a quienes fuera dado contemplar de lleno la perfección, y reconocerla al resplandor del rayo de brillante luz que cubre las obras inmortales de los grandes hombres! Y, sin embargo, el tiempo ha marcado en ellas sus caracteres indelebles. El romano había observado la misma conducta que su joven y heroico predecesor en Grecia. O, mejor dicho, lo había excedido; pero en el intervalo transcurrido entre la vida de uno y otro héroe, el mundo había envejecido y su cielo oscureció. Los trabajos de César no son, como los de Alejandro, una entretenida conquista, avanzando en una extensión sin límites. A él le fue forzoso construir sobre las ruinas y con las ruinas mismas. Por vasta que fuera su empresa, era limitada, y tuvo necesidad de aceptarla, sosteniéndose en ella y asegurándola lo mejor que pudo. La musa popular no se ha equivocado en el carácter de estos dos héroes, y, prescindiendo del positivo romano, ha adornado al hijo de Filipo de Macedonia con los más bellos colores de la poesía y con el arco iris de las leyendas. En su vida política, después del transcurso de muchas centurias, las naciones se ven conducidas incesantemente a la línea que la mano de César les trazara. Si los pueblos que comparten la posesión de la tierra dan su nombre a sus más altos monarcas, ¿no puede verse en esto una lección tan profunda como humillante?

SON RECHAZADOS LOS ANTIGUOS PARTIDOS

Suponiendo que Roma pudiera salvarse del abismo de sus incurables miserias y rejuvenecerse alguna vez, ante todo sería preciso restablecer la tranquilidad en el país, y separar aquellos montones de escombros que cubrían el suelo después de las últimas catástrofes. César emprendió esta obra sobre la base de la reconciliación de los antiguos partidos, o más bien (pues no se puede hablar de paz cuando existen

antagonismos irreconciliables) hizo que ambos, la nobleza y el partido popular, abandonasen el campo donde habían librado reñidas batallas, para reunirlos a la sombra de una nueva constitución monárquica. La primera necesidad era ahogar para siempre las discordias del pasado republicano. Por una parte ordenaba que se volviesen a levantar las estatuas de Sila, que la plebe romana había destruido al tener noticia de la batalla de Farsalia, haciendo ver con esto que solo la historia tiene derecho a juzgar al hombre grande. Y por otra suspendía la ejecución de las leyes de proscripción del dictador, algunas de las cuales estaban todavía en vigor. Así abría las puertas de la patria a los últimos desterrados de las revoluciones de Cina y de Sertorio, y reintegraba a los hijos de los proscritos de Sila en el derecho de ser elegidos para los cargos de la República, derecho que antes habían perdido. De igual manera restituyó en su silla senatorial o en sus derechos de ciudadanía a los numerosos personajes que, en tiempo de las anteriores crisis, sufrieron la eliminación del censor, o sucumbieron bajo el peso de los procesos políticos, y sobre todo a las muchísimas personas que por acusaciones fueron víctimas de las leyes de proscripción del año 702. Los que sobornados por el oro fueron asesinos de los proscritos, quedaron, como era justo, con la nota de infamia; y Milón, el más desvergonzado de los *condottieri* del partido senatorial, fue excluido de la amnistía general.

DESCONTENTO DE LOS DEMÓCRATAS. CELIO Y MILÓN. DOLABELA

El arreglo de todas estas cuestiones se refería solo al pasado. Mucho más difícil era la dirección de los partidos, todavía enconados y enfrentados los unos con los otros. Por una parte, César necesitaba de los demócratas que lo seguían; por otra, estaba la aristocracia arrojada del poder. Menos aún que esta última, los demócratas no podían acomodarse a la actitud de César, después de la victoria que habían alcanzado, ni aceptar la orden que los intimaba a abandonar las posiciones tomadas. César, en suma, quería lo que había deseado Cayo Graco. Pero las miras de los cesarianos en nada se parecían a las de los partidarios de los hijos de Cornelia. Por una progresión siempre creciente, el partido popular pasaba de la reforma a la revolución, de la revolución a la anarquía, y de la anarquía a la guerra contra la propiedad. Solemnizaban los recuerdos del régimen del terror, y adornaban con flores y coronas la tumba de Catilina, como antes lo hacían con la de los Gracos. Alistándose bajo las banderas de César, esperaban de él lo que Catilina no pudo darles. Pronto se convencieron de que el ilustre romano pretendía otra cosa que ser el ejecutor testamentario del gran conspirador, y que a lo sumo procuraba que se diese a los

deudores algunas facilidades y prórrogas para el pago de sus deudas. Entonces se hicieron oír amargas recriminaciones, y el partido popular decía: «¿A qué conduce nuestra victoria, si el resultado de ella no ha sido favorable al pueblo?». Esta muchedumbre, pequeños y grandes, que se había prometido saturnales políticas y financieras, volvió después los ojos hacia el partido de Pompeyo. Durante los dos años de la ausencia de César (desde enero del año 706 al otoño del 707), se agitó y fomentó en Italia una guerra civil dentro de otra guerra civil. El pretor Marco Celio Rufo, de noble alcurnia, mal pagador de sus deudas, hombre de talento por otra parte, y de bastante cultura, era hasta entonces uno de los más celosos campeones de César. Fogoso y elocuente en el Senado y en el *Forum*, se atrevió un día a presentar al pueblo, sin el consentimiento de su jefe, una ley por la cual se daba a los deudores seis años de prórroga sin interés para el pago de sus deudas. Y, como se le hiciese oposición, propuso que no se admitiesen en juicio las demandas de préstamo y de pago de alquileres corrientes de las casas; por lo cual el Senado cesariano lo destituyó de su cargo. Sucedió esto cuando se libraba la batalla de Farsalia: parecía que la suerte favorecía a Pompeyo. Rufo, entonces, hizo alianza con Milón, el antiguo senador y antiguo cabecilla de las facciones, y ambos intentaron la contrarrevolución, consignando entre sus principios el sostenimiento de la forma republicana, la abolición de las deudas y la libertad de los esclavos. Milón había abandonado Masalia, lugar de su destierro, y llamó a las armas, en la región de Thurium, a los pompeyanos y a los esclavos pastores, mientras que Rufo, armando también a los esclavos, se disponía a tomar Capua. Pero su proyecto fue descubierto antes de que llegara a ejecución, al delatarlo los mismos capuanos. Se dirigió Quinto Pedio con una legión al territorio de Thurium, y dispersó las partidas que allí merodeaban. La muerte de los dos cabecillas puso término bien pronto a aquel escandaloso tumulto (706). Otro insensato, Publio Dolabela, tribuno de la plebe, cargado de deudas como Rufo y Milón, pero de menos inteligencia que ellos, se presentó al año siguiente (707) en escena, y puso sobre el tapete la ley sobre las deudas y sobre los alquileres, con lo cual encendió por última vez la guerra social. Le hizo frente su colega Lucio Trebelio. De ambos lados chocaron partidas armadas y pelearon y promovieron escándalos en las calles públicas, ocasión en que Marco Antonio, pretor de Italia, vino con sus soldados a poner término a aquellas contiendas. Bien pronto, César volvió de Oriente y sometió a aquella turba de insensatos. A esta necia tentativa de renovar el drama de Catilina prestó tan poca importancia, que consintió que Dolabela permaneciese en Italia y lo perdonó al poco tiempo. Contra estos miserables, para quienes nada significa la cuestión política y cuyo objetivo era la guerra a la propiedad, bastaba, como contra las hordas de malhechores, que hubiese un gobierno activo y fuerte. César era demasiado grande y demasiado sabio para preocuparse largo tiempo de los comunistas de Roma, terror y espanto de la gente pusilánime de

toda Italia. Al combatirlos, desdeñó el atractivo de una falsa popularidad para su monarquía.

MEDIDAS CONTRA LOS REPUBLICANOS Y LOS POMPEYANOS

Pero si podía abandonar, y abandonaba sin temor, la moribunda democracia a su próxima y total descomposición, necesitaba apoderarse de la antigua aristocracia, que era infinitamente más poderosa. Aun cuando reuniera contra ella todos los medios coercitivos y de combate, no lograría por eso darle el golpe de gracia, lo cual solo era obra del tiempo. Sin embargo, se preparaba y aceleraba el término fatal. Movido, por otra parte, por un sentimiento natural de conveniencia, César evitó las vanas jactancias que irritan a los partidos caídos, y no quiso los honores del triunfo por las victorias alcanzadas contra sus conciudadanos^[4]. Frecuentemente hablaba de Pompeyo, y siempre con estimación. Y cuando restauró el Senado, al levantar la estatua de su rival, que el pueblo había derribado, en el mismo sitio en que estaba antes, limitó cuanto le fue posible las medidas de rigor político. Ninguna información se hizo con motivo de las múltiples inteligencias que los constitucionales habían tenido poco antes con los cesarianos que solo lo eran de nombre. Arrojó al fuego, sin leer una línea, los montones de papeles encontrados en el cuartel general del enemigo en Farsalia y en Thapsus, y evitó para sí mismo y para el país el odioso espectáculo de los procesos políticos formados contra los personajes sospechosos de traición.

Despidió, en fin, libre e impunemente a los simples soldados pompeyanos, cuyo único delito era el haber seguido en la guerra a sus oficiales romanos o de las provincias. Solo exceptuó a los ciudadanos que se habían alistado en el ejército del rey de Numidia, a los cuales se les confiscaron sus bienes, pena con que se castigaba la traición contra Roma. Aun a los mismos oficiales perdonó incondicionalmente, hasta el fin de la guerra de España en 705. Pero, al conocer los acontecimientos con que fue en extremo indulgente, creyó indispensable castigar a los jefes. A partir de esta fecha, decidió que cualquiera que después de la capitulación de Ilerda hubiera servido a título de oficial en las filas enemigas o tomado asiento en el antisenado había incurrido, si sobrevivió a la guerra, en la pena de la pérdida de su fortuna y de sus derechos civiles, y, de haber muerto, en la de confiscación de sus bienes en beneficio del Tesoro. Por lo demás, si uno de los amnistiados era cogido con las armas en la mano, sería castigada su traición con la pena capital. A pesar de este rigor desplegado en las leyes, apenas tuvieron ejecución, y de los muchos relapsos que había, fueron muy pocos los que sufrieron la última pena. En cuanto a los bienes confiscados a los pompeyanos muertos, fueron pagadas religiosamente las deudas que gravaban sobre las fincas, las dotes de las viudas les fueron entregadas, y César

mandó también que se diese a los hijos una parte de la herencia de sus padres. Después de esto, muchos de los condenados al destierro y a la confiscación de bienes obtuvieron gracia del vencedor. Otros, los ricos comerciantes de África, por ejemplo, que habían tomado asiento, obligados y contra su voluntad, en el Senado de Utica, se libraron del castigo mediante una multa. A los demás, sin excepción puede decirse, les eran devueltos sus bienes y libertad a poco que implorasen el perdón de César; y más de uno, como el consular Marco Marcelo (cónsul en 703), obtuvo el perdón sin haberlo solicitado. Para terminar, una amnistía general en el año 710 abrió las puertas de Roma a todos los deportados.

AMNISTÍA

A pesar de haber aceptado la amnistía, la oposición republicana no se reconcilió con César. Por todas partes se echaba de ver el descontento contra el nuevo orden de cosas. En todos lados se sentía un profundo odio contra un emperador, al cual no podían acostumbrarse. Sin embargo, no era ya ocasión de resistir abiertamente. Livianas demostraciones eran, en efecto, las de algunos tribunos hostiles que aspiraban a la corona del martirio, y que, a propósito del título ofrecido al dictador, se enconaban contra aquellos que lo habían llamado rey. Pero el republicanismo vivía en los espíritus en estado de decidida oposición con sus ardides y agitaciones secretas. Nadie se movía cuando el emperador se presentaba en público. Abundaban los carteles y pasquines llenos de mordaces y cáusticas sátiras contra la nueva monarquía. Si un comediante se permitía una alusión republicana, era saludado con atronadores aplausos. El elogio de Catón era el tema obligado de los autores de folletos, y los escritos de estos encontraban lectores tanto más benévolo, cuanto mayor era la licencia que se permitían. En esta ocasión, todavía combatía César a los republicanos con sus propias armas: a los panegíricos del héroe contestaban él y sus confidentes con escritos anticatonianos, y se veía a los escritores de oposición y cesarianos luchar sobre la memoria del ciudadano muerto en Utica, como en otro tiempo griegos y troyanos peleaban sobre el cadáver de Patroclo. Bien se comprende que en este combate, en que el partido republicano estaba juzgado, la victoria sería de César. ¿Qué le tocaba hacer sino atemorizar a los literatos?

ACTITUD DE CÉSAR FRENTE A LOS PARTIDOS

Los más conocidos y temibles, Nigidio Figulo y Aulo Cecina, obtuvieron más difícilmente que los otros el beneficio de regresar a Italia, y aquellos a quienes se

toleró que permaneciesen en ella, fueron sometidos a una verdadera censura, tanto más cruel cuanto la medida de la pena era puramente arbitraria^[5]. Ya daremos cuenta más ampliamente, y desde otro punto de vista, del movimiento y del encono de los antiguos partidos políticos contra el gobierno. Es suficiente ahora con decir que en toda la extensión del Imperio se levantaban a cada momento pretendientes e insurrecciones republicanas; que los focos de la guerra civil, alimentados unas veces por los pompeyanos y otras por los republicanos, las volvían a encender en diferentes lugares, y que en Roma había una permanente conspiración contra la vida del emperador. César despreció las conspiraciones y no quiso jamás rodearse de una guardia adicta a su persona: se contentaba las más de las veces con denunciarlas por un aviso público, cuando lograba descubrirlas. Pero, por temerario o indiferente que se mostrase en aquellas cosas que a su seguridad personal se referían, no podía disimular los terribles peligros con que muchedumbre de descontentos amenazaban, no tan solo su propia vida, sino también su obra de reconstitución social. Sordo a las advertencias y excitaciones de sus amigos, no hacía caso del odio irreconciliable de aquellos a quienes había perdonado. Con la energía de una admirable calma, persistía en perdonar siempre a sus adversarios, cuyo número aumentaba diariamente. Pero esto no era en él ni la caballerisca magnanimidad de un altivo carácter, ni la complacencia de una naturaleza débil. El hombre político había calculado sabiamente que los partidos vencidos se absorben más pronto en el Estado y son menos peligrosos, si se sigue con ellos una política de tolerancia, que si se trata de destruirlos por la proscripción, o alejarlos por los destierros. Para realizar su gran designio, a César le era forzoso recurrir al partido constitucional, que no solo contenía a la aristocracia, sino también a todos los elementos liberales y nacionales que habían sobrevivido entre los ciudadanos de Italia. Al querer rejuvenecer un Estado viejo, tenía necesidad de todos los talentos, de todos los hombres que se distinguieran por su educación, por el nombre de su familia y por la consideración que hubieran alcanzado. Y por esto decía que perdonar a sus adversarios es el más bello florón de la victoria. Se deshizo, por consiguiente, de los jefes más caracterizados, mientras que a los hombres de segunda y tercera fila y a todos los jóvenes concedía un absoluto perdón. Sin embargo, no les permitió que se encerrasen en la reserva de una oposición pasiva y, de buen grado o por la fuerza, les hizo tomar parte en los asuntos del nuevo gobierno, sin rehusarles los honores ni las magistraturas.

Como les sucediera a Enrique IV y a Guillermo de Orange, las grandes dificultades eran para él las del día siguiente. Tal es la experiencia que se impone a todo revolucionario victorioso, si después de su triunfo no quiere quedar como Cina y Sila, simple jefe de una fracción; o si, como César, Enrique IV y Guillermo de Orange, aspira, al abandonar el programa necesariamente exclusivo de una opinión,

fundar su edificio sobre el interés común de la sociedad, junto a todos los partidos, tanto el suyo como el de los vencidos, para unirse contra el nuevo señor que pretende imponerse. Y, mientras más grande es su propósito y más puras sus intenciones, mayor es la saña con que lo combaten. Los constitucionales y los pompeyanos tributaban a César fingido homenaje, abrigaban en su pecho una ira implacable y maldecían a la monarquía, o por lo menos, a la dinastía nueva. Cuando, humillados y desacreditados, los demócratas comprendieron que el fin de César no era el que ellos se proponían, se declararon en abierta rebelión contra él. Hasta sus mismos partidarios murmuraban al ver que creaba, no una dictadura, sino un gobierno monárquico exactamente igual a todas las otras monarquías, y que su parte de botín iba disminuyendo por la amnistía concedida a los vencidos. La organización cesariana disgustó a todos desde el momento en que fue dada para amigos y adversarios. La persona de César estaba ahora en mayor peligro que antes de haber alcanzado la victoria. Pero lo que perdía él en popularidad, lo ganaba el nuevo régimen que había dado al Estado. Al aniquilar los partidos, al dispersar a sus hombres y atraer hacia sí a todos los personajes de talento y de ilustre cuna, a los cuales confería los empleos públicos, sin tener en cuenta sus antecedentes políticos, utilizaba todas las fuerzas vivas del Imperio para su gran obra de reconstitución. Todos los ciudadanos, cualquiera que fuese su color político, eran obligados a prestarle ayuda, para así conducir a la nación por una suave pendiente, hasta colocarla en la situación que había preparado. Él sabía muy bien que la fusión deseada, a la sazón, no se había verificado sino superficialmente; que los antiguos partidos estaban unidos mucho menos por su adhesión al nuevo orden de cosas que por sus odios. Sabía también que una vez unidos, siquiera sea superficialmente, los antagonismos se debilitan, y que un gran político no hace en este punto otra cosa que adelantarse al tiempo. Solo este puede extinguir estos rencores a medida que desaparece la generación que los ha alimentado. Jamás intentó César buscar a los hombres que lo odiaban o meditaban asesinarlo. Era el verdadero hombre de Estado, que se consagra al servicio de un pueblo sin pretender ninguna recompensa, ni siquiera la de la estimación pública. Renunciaba a las alabanzas que pudieran tributarle sus contemporáneos con tal de alcanzar el veredicto de la historia, y solo quería ser el salvador y regenerador de la nación romana.

SU OBRA

Vamos ahora a dar detallada cuenta de este cambio de la antigua sociedad romana a un nuevo Estado y constitución, y consignemos ante todo que César venía, no a comenzar, sino a consumir la revolución. El plan de la nueva ciudad, concebido por

Cayo Graco, había sido continuado con más o menos fortuna por sus partidarios y sucesores, que no se desviaron jamás un punto de la obra del ilustre tribuno.

Nacido para ser jefe de un partido popular, y siéndolo también por derecho de herencia, César había mantenido su bandera muy alta durante treinta años, sin cambiar y sin ocultar jamás sus colores y, después de ser rey, continuó siendo demócrata. Al tomar posesión de la herencia de su partido, la aceptó toda entera, a excepción, entiéndase bien, de los salvajes arrebatos de los Catilinas y de los Clodios. Abrigó un profundo odio a la causa de la aristocracia, a todos los verdaderos aristócratas, y conservó inmutable la divisa y el pensamiento de la democracia romana, cuyos principios fundamentales eran mejorar la suerte de los deudores, la colonización transmarina, la nivelación insensible de las condiciones jurídicas de todas las clases en el Estado, y el poder ejecutivo independiente de la supremacía del Senado.

Fundada sobre estas bases, la monarquía de César, lejos de ser contraria a los principios democráticos es, sin duda, y no tengo inconveniente en repetirlo, la perfección y el término de la democracia, y no tiene nada en común con el despotismo oriental ejercido en nombre del derecho divino. Es la misma monarquía que Cayo Graco quiso fundar, la misma que fundaron Pericles y Cromwel. Es, por decirlo así, la nación representada por su más alto y más absoluto mandatario. En esto no fue una novedad el primer pensamiento de la obra de César, pero sí lo fue la realización de este pensamiento, que es en definitiva lo esencial. También lo fue la grandeza de la ejecución, grandeza que habría sorprendido al admirable obrero, si él hubiera sido testigo de su obra. Grandeza ante la que se inclinan todos los que la han contemplado en su radiante esplendor o en el espejo de los anales del mundo, cualesquiera que hayan sido la época y la escuela política a que pertenecieran. En presencia de las maravillas de la naturaleza y de la historia, una emoción profunda embarga a todos los hombres, a cada uno según la medida de su inteligencia, y todavía más profunda es la emoción causada por la contemplación de este gran espectáculo, que será admirado mientras nos dé de él la historia un testimonio evidente.

Esta es la ocasión para que reivindicemos con energía el privilegio que el historiador se arroga débilmente. Es la hora de protestar contra ese método, usado entre escritores ligeros y pérfidos, que se sirven de la alabanza y del vituperio como de una frase de estilo usual y común, y que en el caso presente, fuera de situaciones determinadas, se vuelve hacia César la sentencia pronunciada contra lo que se llama cesarismo. Es cierto que la historia de los siglos pasados es la lección de los tiempos presentes, pero conviene precaverse contra los errores comunes. Al registrar los anales antiguos, ¿se puede, por ventura, encontrar en ellos los acontecimientos actuales? ¿Acaso puede el médico político recoger allí síntomas específicos para su

diagnóstico y su terapéutica del siglo presente? No. La historia no es instructiva sino en un sentido. Al estudiar las civilizaciones de otras épocas, analiza las condiciones orgánicas de la civilización misma y muestra las fuerzas fundamentales semejantes en todas sus partes y en su conjunto siempre diverso. Lejos de preconizar la imitación vacía de pensamiento, nos conduce e incita a obras nuevas e independientes. En este sentido, la historia de César y del cesarismo romano, gracias a la grandeza no superada de su genio organizador y por la necesidad misma de la obra, ha venido a ser una crítica de la aristocracia moderna, la más amarga crítica que puede escribir historiador alguno. En virtud de esta misma ley de la naturaleza, que hace que el más débil organismo sea inconmensurablemente superior a la máquina más artística, la constitución política más imperfecta, desde el momento en que deja un poco de juego a la libre decisión de la mayoría de los ciudadanos, se hace también infinitamente superior al más humano y original absolutismo. La constitución es susceptible de progreso, y por consiguiente vive. El absolutismo es lo que es; si progresa, muere. Esta ley natural se ha manifestado también en la monarquía absoluta de Roma. Mientras estuvo bajo el primer impulso del genio que la había creado, y fuera de todo estrecho contacto con las naciones extranjeras, el nuevo régimen subsistió allí, más que en ningún otro Estado, en toda su pureza y en su primera autonomía. Pero, como se verá en los siguientes libros, y como Gibbon ha demostrado hace tiempo, muerto César, el organismo del Imperio no se mantuvo unido sino por la fuerza. Su engrandecimiento era puramente mecánico (permítaseme la frase), mientras que por dentro todo se descomponía y perecía. Y si al principio del régimen autocrático, y sobre todo en el pensamiento del dictador, podía formarse la ilusión y alimentarse la esperanza de que se armonizara el libre desenvolvimiento del pueblo con el poder absoluto, aun bajo el gobierno de los mejores emperadores de la casa Julia, no se pudo probar, sino muy tarde y difícilmente, hasta qué punto era posible juntar en un mismo vaso agua y fuego.

La obra de César era necesaria y saludable, no porque ella fuera suficiente para desarrollar el bienestar nacional, sino porque en el seno del sistema antiguo, basado en la esclavitud totalmente incompatible con el principio de una representación constitucional republicana, en el seno de una ciudad que tenía sus leyes, con las cuales se había escudado durante quinientos años, y que habían caído en el vicio de un absolutismo oligárquico, la monarquía militar absoluta había llegado a ser la solución indispensable y lógica, y el menor de los males que podían sobrevenir. Llegará un día en que la aristocracia esclavista de Virginia y de Carolina avance en este camino como lo hizo el patriciado romano de los tiempos de Sila, y entonces surgirá allí el cesarismo, una vez más legitimado por la historia^[6].

Al inaugurarlo en otra parte y en opuestas condiciones sociales, no resultaría sino parodia y usurpación. ¿Acaso rehusará la historia tributar al verdadero César el honor

que se le debe, porque su fallo, en vista de los falsos Césares, pudiera inducir a error a los ignorantes y proporcionar a los malvados una ocasión de falsedad y engaño? La historia es como la Biblia: no puede admitir, sino para los insensatos, contrasentidos y citas ridículas; y por otra parte sufre las interpretaciones que le dan, dejando en su punto lo bueno y lo verdadero.

LA NUEVA MONARQUÍA. SU TÍTULO

Sea como fuere, la dignidad del nuevo jefe del Estado revestía por fuera una forma extraña. A su vuelta de España, en 705, César había sido investido de la dictadura provisional. Después de la batalla de Farsalia, y a partir del otoño de 706, había recobrado aquella dignidad por tiempo indeterminado. Después de la batalla de Thapsus, le fue concedida como cargo anual, durante por diez años, desde el 1º de enero de 709. Y por último, en 710 fue nombrado dictador perpetuo^[7]. Además, en 708, se lo ve investido de la censura por tres años con el nuevo título de inspector de costumbres (*praefectus morum*). Más tarde, en 710, le fue conferida esta dignidad también de por vida. En 706 se lo nombró cónsul con las atribuciones ordinarias del consulado, pero su candidatura fue la principal causa de que estallara la guerra civil. Más tarde se le concedió el consulado por cinco años, después por diez, y una vez ejerció él solo esta magistratura (709). De la misma suerte, sin tomar el nombre de tribuno del pueblo, asumió vitaliciamente en su persona un poder igual al tribunicio en el año 706. Muy pronto ocupó el primer puesto, y votó el primero en el Senado, y por último recibió en 708 el título de *imperator* perpetuo. Por lo que hacía a la suprema dirección del culto, no tuvo necesidad de que le fuese conferida puesto que ya era gran pontífice. En cambio, se hizo nombrar por el segundo gran colegio de sacerdotes, y fue augur.

Como si este raro conjunto de honores civiles y sacerdotales no le bastaran, un gran número de leyes y de senadoconsultos diferentes le concedieron el derecho a decidir sobre la paz y la guerra sin rogación al Senado ni al pueblo. Igualmente le concedieron la libre disposición de los ejércitos y del Tesoro, el nombramiento de los pretores de las provincias, la presentación con efecto obligatorio para una parte de las magistraturas urbanas, la dirección de las elecciones en los comicios por centurias, los nombramientos para el patriciado y, en fin, toda una serie de atribuciones extraordinarias de igual índole. Esto sin contar con los honores más huecos, las condecoraciones, el título de padre de la patria, o que su nombre fuera conferido al mes de su natalicio, al mes de julio (*julius*), como todavía lo llamamos, y muchas otras manifestaciones del delirio de los cortesanos que se degradaron desde un principio hasta llegar a la ridícula deificación. Por un visible compromiso entre las

genuflexiones de los cortesanos y las repugnancias de los republicanos antiguos a aceptar el verdadero título de la monarquía de César, se intentó una especie de división nominal de los poderes ilimitados del monarca, tan ilógica como difusa. ¿Será que el poder absoluto no se presta por su naturaleza a la clasificación de atribuciones? Creer que César quiso ocultar su reinado de hecho bajo el velo de sus magistraturas antiguas y nuevas, y de sus funciones extraordinarias, es dejarse llevar por conjeturas más inocentes que hábiles. Para las gentes instruidas no hay necesidad de pruebas. Bien saben que al apoderarse César del poder supremo, no por algunos años o a título de dignidad personal temporal o perpetua, como Sila había tenido la regencia, quería nada menos que instituir en el Estado un órgano permanente, una dignidad hereditaria. Al mismo tiempo saben que, de acuerdo al pensamiento de César, a la nueva institución debía dársele un nombre sencillo y adecuado, porque, si en política es una falta crear nombres vacíos, no lo es menos el retener sin el nombre la esencia y la plenitud del poder.

Pero ¿qué fórmula, qué título había escogido César? Esto es, en verdad, bien difícil de decir. En la época de transición no se pueden distinguir aún las partes provisionales y permanentes de una obra. Después, la oficiosidad de los clientes va aumentando los títulos del nuevo señor y, por muchos que ya tenga, lo agobia el peso de los votos de confianza y de las leyes honoríficas.

El poder tribunicio se acomodaba menos que otro al rango propio del nuevo regente. Constitucionalmente hablando, el tribuno de la plebe no había ejercido nunca el mando, y no hacía otra cosa que intervenir en las funciones del magistrado que lo ejercía. Tampoco cuadraba a la nueva monarquía el revestirse del poder consular porque ¿qué era esta sino el consulado mismo ejercido por una sola persona? César tenía decidido empeño en rebajar la magistratura suprema en otro tiempo a la consideración de un mero título sin importancia alguna. Cuando se apoderaba de ella no la ejercía por todo un año, ni la mayor parte del tiempo, y llegaba más tarde a abdicarla en alguno de sus subordinados. En cuanto a la dictadura, no se puede negar que, entre los numerosos cargos ejercidos por César, fue el que con más frecuencia llevaba. La dictadura le era de un uso práctico y legal en la forma, y bien se entiende que él la aceptara, porque fue siempre bajo la antigua constitución una magistratura suprema y extraordinaria en épocas de crisis también extraordinarias. Pero este cargo se acomodaba mal para dar un título a la nueva monarquía. Al haber sido excepcional en otro tiempo y después pasar a ser impopular, la dictadura se hallaba muy circunscrita para servir de expresión al actual poder.

CÉSAR IMPERATOR

Según todas las apariencias, y no podía ser de otro modo después del papel que había desempeñado en medio de los partidos políticos, no era suficiente para César la dictadura anormal de Sila. Necesitaba la dictadura absoluta de la antigua República, y por tiempo ilimitado. Al contrario, el título de *imperator* en su acepción reciente era considerado, desde todos los puntos de vista, como el más apropiado a la nueva monarquía por su novedad, y porque a su elección no se oponía ningún motivo importante. Los vasos viejos no sirven para contener el licor nuevo. El nombre de *imperator* se acomodaba a la índole de la magistratura, y como sucediera otras veces en la Ley Gabinia, aunque con menos claridad, la democracia había determinado la definición de los poderes confiados a su jefe, y formulaba a través de una expresión enérgica y completa la concentración actual del supremo mando, el *imperium*, en las manos de un regente popular, independiente en lo sucesivo del Senado. De ahí que en las medallas de César, en las de los últimos tiempos sobre todo, no aparezca el título de dictador sino como un aditamento al de emperador. De la misma manera, en la ley que dio sobre los delitos políticos (*Lex Julia majestatis*) es también el *imperator* el que habla. Pero lo cierto es que el título de emperador no se confirió solo a César, sino que él y sus descendientes directos y adoptivos fueron investidos con dicho título. Este hecho, reconocido por la posteridad, y no por los contemporáneos, ha dado lugar a que la palabra imperio vaya unida a la idea de la monarquía.

Para dar a su nueva función el bautismo democrático y religioso, César quiso reunir a ella el tribunado de la plebe y el pontificado supremo, ambos cargos hereditarios también desde entonces (aunque solo fuese proclamada la sucesión hereditaria en el pontificado). En el derecho político, el imperio se ejercía como el consulado y el proconsulado, fuera de los límites de Roma: no disponía solamente del mando militar, también le pertenecía el poder judicial, y por consiguiente el poder administrativo^[8]. Enfrente del cónsul estaba el emperador, en cierto modo equivalente a los antiguos cónsules con relación a los pretores. Aunque hubieran tenido el mismo poder, en caso de disidencia el pretor cedía al cónsul. De la misma suerte el cónsul se sometía ahora al emperador, y, para que la distinción fuese más marcada, la silla imperial colocada en el Senado entre las sillas curules de los cónsules se elevaba a cierta altura sobre estas.

RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA

En el fondo, el poder del emperador no excedía al consular y proconsular sino en que aquel no estaba limitado ni en tiempo ni en jurisdicción, y que, conferido de por vida y transmisible por herencia, se ejercía también dentro de los muros de Roma. Mientras que el cónsul se detenía ante el obstáculo de un colega con sus mismas

atribuciones, el emperador ejercía solo su jurisdicción. Con el paso del tiempo se vio en extremo limitada la primitiva magistratura suprema, y debió inclinarse ante el llamado al pueblo (*provocatio*) y ante el voto y la advertencia del Senado. Para el emperador todas las barreras se franqueaban y, digámoslo de una vez, el nuevo imperio no era otra cosa que la restauración de la antigua monarquía. ¿En qué, pues, se diferenciaban los cónsules de los reyes de Roma sino en que la jurisdicción de aquellos era limitada en tiempo y en lugar, en que compartían el poder con un colega, y en la cooperación del consejo senatorial o del pueblo, exigida por la ley en ciertos casos? No hay un solo carácter en la nueva monarquía que no lo encontremos en la antigua: concentración de los poderes supremos, militar, judicial y administrativo, en la persona del príncipe; supremacía religiosa en la ciudad; derecho a decretar, a través de decretos con fuerza de ley; el Senado rebajado a la consideración de un mero cuerpo consultivo y resucitados el patriciado y la prefectura urbana. Por último, en la constitución imperial de César, exactamente lo mismo que en la de Cromwell y en la de Napoleón, la herencia reviste una forma especial, y el monarca puede nombrarse un sucesor por adopción. Pero estas no son más que simples analogías. Para el que penetra en el fondo de las cosas, es más admirable aún la semejanza entre la monarquía de Servio Tulio y el imperio de César. Por absolutos que fueran los reyes de Roma, se hallaban al frente de un pueblo libre, y eran los protectores natos del simple plebeyo contra la nobleza. De la misma manera César no venía a establecer la libertad, sino más bien a afirmarla y a darle su complemento, para romper desde un principio el intolerable yugo de la aristocracia.

No hay, pues, que maravillarse al verlo como un aficionado a antigüedades políticas, buscando cinco siglos atrás el modelo de su nuevo Estado. Puesto que en todos los tiempos la magistratura suprema en Roma había sido el poder real limitado por una multitud de leyes especiales, debemos reconocer que la noción de dicho poder no se había borrado jamás. En diversos tiempos y circunstancias, había reaparecido de hecho con más o menos exactitud, ya en la dictadura republicana, ya en los decenviros, o, por último, en la regencia de Sila. Obedeciendo a una necesidad, lógica en cierto modo desde que se había hecho sentir la necesidad de un poder excepcional, se había instituido siempre el *imperium* ilimitado, que no era otra cosa sino el poder real, al lado del *imperium* limitado y ordinario. Otras razones aconsejaban también la vuelta a la antigua forma de gobierno. La humanidad, al considerar como un patrimonio sagrado las instituciones antiguas, tiene gran repugnancia a creer en lo nuevo. Por esto César obraba con prudencia, imitando a Servio Tulio, como más tarde Carlomagno lo imitó a él, y como después Napoleón intentó imitar a Carlomagno. No se valió de rodeos ni disimuló su intención, sino que siempre a la luz del día, y lo mismo que sus predecesores, quiso que el nuevo Estado tuviese su fórmula clara, nacional y popular. Desde los más antiguos tiempos, según

la historia convencional de Roma, se veían en el Capitolio las estatuas de siete reyes, y César mandó que se pusiese al lado la suya, que era la octava. Se presentaba en público con el traje de los antiguos reyes de Alba: su reciente ley sobre los delitos políticos se diferenciaba de la ley de Sila en el punto capital de que el emperador, al lado de los comicios y en la misma línea que ellos, obraba como la expresión viva y la personificación del pueblo. En la fórmula usada para el juramento político era invocado el genio (*genius*) del emperador con Júpiter y los dioses penates del pueblo romano. El signo exterior de la monarquía era, en todos los pueblos de la antigüedad, la inscripción del busto del monarca en las monedas. A partir del año 710, se ve la cabeza de César en las monedas romanas.

En vista de estas manifestaciones, no tendrían ningún fundamento los que censuraran a César por haber dejado al pueblo en la ignorancia de su advenimiento al poder real, toda vez que se manifestó claramente y bajo todos los aspectos, el monarca, el rey de Roma. Por otra parte es posible, aunque la cosa es poco verosímil y de poca importancia, que tuviese al principio el pensamiento de dar a su nueva dignidad, no el título de imperio sino el de reino. Mientras vivían todavía muchos de sus enemigos, y aun sus propios amigos, creyeron que aspiraba a hacerse proclamar rey de Roma, y entre sus más ardientes partidarios hubo algunos que, de diversos modos y en ocasiones diferentes, le pusieron en la mano la corona. Entre todos, Marco Antonio, siendo cónsul y cuadrándose delante de él, le ofreció la diadema en presencia del pueblo reunido (15 de febrero de 710, día de las Lupercales).

Pero él rehusó siempre estas anticipaciones. Por otra parte, sería aventurado conjeturar que esta negativa fuese fingida, porque trató con rigor a los republicanos que se aprovecharon de aquella circunstancia para hacerle la oposición. Y tampoco se ha podido comprobar que las mencionadas tentativas se hicieran por indicación suya para preparar a las muchedumbres al inusitado espectáculo de una testa coronada. Para provocar tales manifestaciones era suficiente la oficiosidad de indiscretos amigos, que se tomaban esta libertad sin estar autorizados para ello. Se puede creer también que la escena provocada por Marco Antonio solo fue autorizada o dispuesta para poner fin a las importunas murmuraciones del pueblo con una manifestación pública, con una solemne negativa que se inscribió, por orden del dictador mismo, en el calendario oficial. Sin embargo, parece más verosímil que, al estimar en su justo valor las ventajas de una fórmula corriente y admitida, y al tener también en cuenta las antipatías populares contra el nombre más que contra la cosa misma, no quiso tomar un título que estaba ligado con una antigua maldición. Rechazó el nombre de rey, que recordaba a los romanos de su tiempo a los déspotas del Oriente más que a Numa y a Servio Tulio, y con el título de emperador se apoderó del poder real.

LA NUEVA CORTE Y LA NUEVA NOBLEZA

Cualquiera que fuese el título, lo cierto es que Roma tenía un señor, y rápidamente se vio aparecer una corte con sus indispensables pompas y con su etiqueta de insulsas y frívolas magnificencias. En vez de presentarse en público con la toga consular de franjas rojas (*laticlave*), el emperador llevaba la antigua vestidura real toda de púrpura, y asistió, sin levantarse de su silla de oro, al solemne desfile de los senadores. El calendario consignaba los días de su natalicio y de sus victorias, así como las fiestas votivas consagradas a él. Cuando entraba en Roma, salían de muy lejos a recibirlo sus más importantes servidores, colocándose en dos filas, y solo acercarse a él era considerado un gran honor, hasta el punto de que los poseedores de casas en el cuartel en que el dictador vivía se enriquecieron por el subido precio de los alquileres. La muchedumbre que asistía a sus audiencias hacía tan difícil el acceso hasta el emperador, que frecuentemente tenía que conversar por escrito aun con sus más íntimos amigos. Los más notables personajes se veían obligados a hacer en su casa largas antesalas, y en todo se notaba, más de lo que él habría deseado, que no se trataba de un simple ciudadano. Apareció después en la escena una nobleza monárquica, antigua y moderna a la vez, y esto acontecía de una manera muy singular. El primer pensamiento de su institución no fue otro que la sustitución de la nobleza del rey a la de la oligarquía, al patriciado puro, rechazado en la sombra e igualado al común de los nobles. En efecto, los patricios todavía subsistían, pero sin derechos y sin privilegios reales, y, sin embargo, formaban la misma casta exclusiva. Como no habían admitido en su seno familias nuevas, su número se fue reduciendo considerablemente con el transcurso de los siglos, hasta contar con no más de quince o dieciséis gentes patricias. César, que pertenecía a una de ellas, hizo que se confiriese al emperador, por plebiscito, el derecho de crear otras nuevas familias. De esta forma se fundó, en vez de la nobleza republicana, una nobleza patricia que le era adicta, admirablemente ajustada a todas las condiciones que exige el régimen monárquico, adornada de los antiguos nombres, sometida absolutamente al soberano y falta de toda iniciativa. De este modo, y en todos sus aspectos, se iba manifestando el gobierno de César.

Con un monarca cuyo poder era de hecho ilimitado, no se podía pensar en tener una constitución escrita, y mucho menos en mantener la antigua institución republicana, que descansaba sobre la base de la cooperación legislativa del pueblo, del Senado y de los diversos magistrados. César sencillamente volvió a la tradición del tiempo de los reyes: los comicios fueron, igual que bajo el antiguo rey de Roma, y a su lado, la más alta y la última expresión de la voluntad soberana del pueblo; mientras que el Senado, vuelto a su primitiva condición, no fue más que un cuerpo consultivo del monarca. Este reunía de nuevo en su persona todos los poderes de la

magistratura y, como los reyes de la primitiva Roma, no tenía a su lado ningún funcionario independiente.

LEGISLACIÓN

En el terreno legislativo, el monarca democrático permaneció fiel a los antiguos principios del derecho público de Roma. La dirección de los negocios públicos solo pertenecía a la asamblea del pueblo en unión con el rey que la convocaba, y las constituciones, que emanaban del jefe del Estado, eran sancionadas regularmente por un plebiscito. Sin duda los comicios no alcanzaban en tiempo de César aquella amplia libertad de otras veces, ni tenían la autoridad moral y política de las antiguas votaciones de los *quirites*, cuando pronunciaban el sí o el no. La participación de los ciudadanos en la formación de las leyes, muy limitada en tiempo de la República, pero al menos viva y eficaz, no era más que una vana sombra en la práctica de las nuevas instituciones. Y no porque fuera menester emplear contra los comicios medidas restrictivas y especiales, pues la experiencia de los siglos atestigua sobradamente que, para con el soberano nominal, todos los gobiernos, oligarquía o monarquía, han sido siempre complacientes. Por la misma razón que eran la salvaguarda del principio de la soberanía popular, y al mismo tiempo una protesta viva contra el sultanismo oriental, los comicios constituían un elemento serio en el sistema y, por indirecta que fuese, su importancia era real.

ORDENANZAS

Por otra parte, resulta claramente de los hechos, y está probado por numerosos testimonios, que César fue el primero, y no alguno de sus sucesores, que puso en vigor aquella otra regla del derecho público primitivo según la cual toda orden emanada del magistrado supremo, o más bien del único magistrado, tiene fuerza absoluta mientras dura la magistratura del que la hubiese dado. Así, desde el momento mismo en que el poder legislativo pertenece solamente al rey y al pueblo reunidos, la constitución real tiene igual fuerza que la ley hasta el fin de los poderes de su autor.

EL SENADO CONVERTIDO EN CONSEJO DE ESTADO MONÁRQUICO

Aunque concediese a los comicios una parte de la soberanía, nominal al menos, el rey demócrata no se hallaba de ninguna manera dispuesto a compartir el poder con el gobierno precedente, con el cuerpo senatorial. Al contrario de lo que fue más tarde durante el gobierno de Augusto, para César no debía ser el Senado otra cosa que un consejo supremo del imperio que servía para la preparación de las leyes imperiales y para la promulgación de las más importantes ordenanzas sobre asuntos de administración, ya sea por vía de senadoconsultos, o al menos bajo el nombre del cuerpo senatorial. En efecto sucedió que se dieron algunos senadoconsultos, de los cuales no tenía noticia ninguno de los senadores, excepto aquellos a quienes se había confiado la redacción de su texto.

En cuanto a la forma, no había ninguna gran dificultad en reducir el Senado a su primitivo carácter de simple cuerpo consultivo, de cuya consideración había salido anteriormente, más bien de hecho que por virtud de una disposición de derecho; siendo necesario, por otra parte, cortar de raíz todo conato de resistencia. Así como el Areópago de Atenas había sido el foco de oposición contra Pericles, el Senado romano lo era también contra César. Principalmente por este motivo, el número de senadores que había sido hasta entonces de seiscientos a lo sumo, y cuya cantidad, por otra parte, se redujo considerablemente a consecuencia de las recientes crisis, fue pronto completado, y se elevó a la cifra de novecientos. Incluso para que esta cifra no sufriera rebaja, se aumentó de veinte a cuarenta el número de los cuestores anuales, que eran nuevos miembros que entraban cada año en el Senado^[9]. El monarca se reservó para sí el derecho de promover hornadas extraordinarias de senadores. Y, en cuanto a la provisión ordinaria, se había asegurado una influencia duradera y decisiva al imponer por ley a los colegios electorales la obligación de nombrar cuestores a los veinte primeros candidatos que llevasen recomendación suya. Por último, el jefe del Estado era dueño de conferir a cualquier individuo no elegible los honores inherentes a la cuestura o a otro cargo superior a esta, dándole así un puesto en el Senado, a través de una medida excepcional. Como era natural, la elección para las nuevas plazas que se creaban recaía en los partidarios del nuevo régimen. Las puertas de la corporación suprema se abrieron, no solo a las personas notables del orden ecuestre, sino también a simples plebeyos, a muchos individuos de dudosos antecedentes, a antiguos senadores que habían sido borrados de la lista por el censor o condenados por los tribunales, a extranjeros venidos de España o de las Galias que aprendían a hablar el latín al entrar en la curia, a oficiales subalternos, que no tenían aún el anillo de caballeros, a hijos de libertos o de gentes de oficio considerado vil, y a muchos otros de análogas condiciones.

En los círculos de la alta sociedad, para quienes esta transformación del personal senatorial era objeto de censura e indignación, no se quiso ver en la obra de César otra cosa que el premeditado desprestigio del Senado. Como si el dictador fuese

capaz de seguir una política de suicidio, decidido a no tener un consejo que lo dirigiese, y no obstante considerar como necesaria aquella institución.

De juzgar mejor al regente de Roma, debió haberse dicho que quería simplemente despojar al Senado de su carácter de representante absoluto de la nobleza oligárquica, y convertirlo de nuevo en lo que había sido en tiempo de los reyes: el gran cuerpo consultivo oficial, representante de todas las clases del Estado en sus más inteligentes elementos, en el que no se excluyera ni al hombre de humilde cuna, ni al extranjero. Como los antiguos reyes de Roma, César también admitía en su Senado a los que no eran italianos.

GOBIERNO PERSONAL DE CÉSAR

Eliminada la nobleza del poder, amenazada su existencia, y reducido el Senado a no ser sino un mero instrumento, el gobierno y la administración eran ya una autocracia pura y absoluta. El poder ejecutivo era ejercido por el monarca, y desde el primer momento el emperador decidió personalmente todos los asuntos de importancia. César supo practicar el gobierno personal de una manera tan amplia, que apenas podríamos concebirlo nosotros, simples hombres de este siglo. Este fenómeno no se explica solamente por la rapidez y la firmeza del trabajo del hombre grande, sino que tiene también su razón en una causa más general. Cuando nosotros vemos a esos grandes políticos de Roma, los Césares, los Silas o los Cayo Gracos desplegar una actividad que excede la noción que tenemos de la actividad humana, no buscamos la causa de este milagro en un empequeñecimiento de nuestra naturaleza desde aquella época, sino más bien en la revolución que se ha operado en la vida doméstica. La casa romana era una inteligente máquina donde todo se disponía en beneficio del jefe, todo, hasta las fuerzas intelectuales de sus libertos y esclavos. Al saber gobernarlos, el señor unía a su trabajo a todos aquellos que estaban a su servicio. Allí se encontraba verdaderamente el ideal de la centralización burocrática, a cuyo ideal tiende con todo su esfuerzo nuestra jerarquía administrativa, muy inferior, sin embargo, a su modelo, como el opulento capitalista dista mucho del sistema de la antigua esclavitud. César supo sacar un gran partido del instrumento que había conquistado. Si se trataba de un puesto de confianza, vemos que sistemáticamente lo confería, a menos que otras consideraciones se lo impidiesen, a sus esclavos, a sus libertos y a sus clientes de baja extracción. En suma, su obra revela todo lo que puede producir un genio como el suyo con el auxilio de tales servidores; y si uno se pregunta detalladamente cómo se han realizado estas maravillas, será imposible poner el asunto en claro. Toda burocracia tiene en común con una fábrica esto: el producto que sale de ella no pertenece a tal o cual obrero, es simplemente el producto de la

fábrica cuyo sello lleva. Lo que puede afirmarse con toda evidencia es que César no quiso jamás auxiliares que tuvieran una influencia personal sobre sus creaciones, o que poseyesen el secreto de su pensamiento. Dueño, y dueño único, trabajó sin asociados, y no empleó más que obreros.

GOBIERNO PERSONAL EN MATERIA DE HACIENDA

Por otra parte era una condición suya evitar, en cuanto le fuera posible, las negociaciones de los asuntos políticos por medio de mandatarios. Y cuando, por ejemplo, se veía obligado a recurrir a ellos durante sus frecuentes ausencias de Roma, y tenía necesidad de instituir allí un representante supremo, no quiso valerse jamás, cosa digna de notarse por cierto, de su representante legal ordinario, el prefecto urbano, y elegía su hombre de confianza, sin competencia oficial reconocida, y de ordinario daba sus poderes a su banquero, el dócil y hábil negociante fenicio Lucio Cornelio Balbo, de Gades. En cuanto a la administración, guardó siempre consigo, y ante todo, la llave del Tesoro, de la que se había apoderado el Senado a la caída de los reyes; y, una vez afirmado en el poder, no la confió ya hasta su muerte sino a servidores adictos a su persona.

Como era natural, su hacienda privada quedó separada de la del Estado, pero no por esto dejó de ejercer una alta vigilancia sobre todo el sistema financiero y monetario; así, administró la fortuna pública como él y los grandes de Roma acostumbraban gobernar la suya propia. En lo sucesivo, la recaudación de los tributos provinciales y la administración monetaria en general fueron confiados a los esclavos o a los libertos del emperador, con exclusión de las personas de dignidad senatorial. Esta medida, grave en sus consecuencias, dio lugar a que se formaran más tarde la clase importante de los procuradores y la «casa imperial».

LAS PROVINCIAS

Otra cosa muy distinta sucedía en las provincias. Económicamente dependientes de los nuevos colectores imperiales, habían llegado a ser más que nunca puros gobiernos militares, y tan solo Egipto fue confiado a los agentes directos del monarca. Los países que baña el Nilo, aislados completamente desde el punto de vista geográfico y al mismo tiempo muy centralizados en el aspecto político, ofrecían un asilo seguro para el que quisiera establecerse en ellos, como lo prueban sobradamente las numerosas tentativas de los emigrados y jefes de las facciones italianas durante las últimas crisis. Allí, un general hábil podía sustraerse para siempre al yugo de la

metrópoli y estar mejor que en ninguna otra parte. Quizá por esta razón, en vez de declarar al Egipto provincia romana, César prefirió tolerar en aquella región a los inofensivos Lágidas. De la misma forma, el mando de las legiones que estaban de guarnición fue confiado a un doméstico del emperador, lejos de entregarse a un senatorial o a un hombre del antiguo régimen, como se había hecho con las plazas de colectores de impuestos.

Al mismo tiempo, tuvo siempre buen cuidado de no confiar el mando de los soldados romanos a sus criados, como hacían los reyes del Oriente. Se estableció la regla de que las grandes provincias tuvieran por gobernadores a consulares, y las menores, a antiguos pretores. Al suprimir los cinco años de inhabilitación prescritos por la ley del año 702 se volvió a la antigua práctica: en el momento en que el magistrado provincial salía de su cargo en Roma, entraba en su gobierno. En cambio, se reservó el regente la repartición de las provincias entre los candidatos idóneos. Esta antes se hacía unas veces por un plebiscito o senadoconsulto, otras por sorteo de común acuerdo entre los titulares. César se aseguraba un personal de hechuras suyas más que suficiente para la administración de las provincias. Obligaba más de una vez a los cónsules que estaban en ejercicio a dimitir sus funciones antes de terminar el año para dar cabida a suplentes (*consules suffecti*). Elevaba de ocho a dieciséis el número de los pretores anuales. Confería al emperador la facultad de nombrar la mitad de estos pretores, como la tenía para el nombramiento de la mitad de los cuestores. Se reservaba la facultad de nombrar, si no a los cónsules, al menos a los pretores como simple título honorífico, de la misma suerte que nombraba a los cuestores supernumerarios. Y, así como tenía la facultad de nombrarlos, él solo también podía verificar su llamamiento, y se estableció formalmente que el proconsulado no durase más de dos años y que el propretor no estuviese más de uno en su provincia.

LA METRÓPOLI

En lo concerniente a la metrópoli y a la residencia imperial, César quiso confiarla, de la misma manera y por un cierto tiempo, a administradores nombrados por él. En consecuencia, resucitó la antigua organización del tiempo de los reyes y, varias veces durante sus ausencias, nombró a uno o a muchos oficiales como sus representantes directos para los asuntos de la ciudad. Esto se hacía sin rogación al pueblo y por tiempo indeterminado. Al asumir en sí todas las atribuciones administrativas, los magistrados tenían hasta el derecho de acuñar moneda en su nombre, pero no con su efigie, como se comprende fácilmente. En todo el año 707 y en los nueve primeros meses del 709 no se veían en Roma ni pretores, ni ediles curules, ni cuestores. En el

año 707 no se nombraron cónsules sino hasta fin de año, y en 709 César era cónsul único.

¿Acaso no se asemeja todo esto a un ensayo de restablecimiento del antiguo poder real hasta en la misma Roma, ensayo que solo se detenía en los límites puestos por el pasado democrático del nuevo monarca? César no dejó subsistentes, fuera del rey, otras magistraturas que las de la prefectura urbana. Cuando el monarca no estaba en la ciudad, los tribunos y ediles plebeyos tenían a su cargo velar por las franquicias populares, consulado, censura, pretura, edilidad curul y cuestura^[10]. Es cierto que poco después emprendió un nuevo camino, no se arrogó ya el título de rey, y se guardó de derribar aquellos antiguos hombres enaltecidos con la gloriosa historia de la República. Mantuvo aparentemente las atribuciones de los cónsules, pretores, ediles, tribunos y cuestores, pero su situación había cambiado por completo. El imperio llevado a la metrópoli era el pensamiento fundamental bajo la República, y los magistrados municipales de Roma eran verdaderamente magistrados del imperio. En la monarquía cesariana no sucedía esto. Los magistrados de la capital no constituyeron más que la primera municipalidad y el consulado no fue otra cosa que un título nominal, sin más significación práctica que la expectativa en que estaba de un gran gobierno provincial. Por la mano de César la ciudad de Roma sufrió la misma suerte que ella había hecho sufrir a las demás ciudades sometidas, y su soberanía se transformó en una especie de franquicia comunal en el seno del Estado.

Ya hemos dicho que se había duplicado el número de pretores y de cuestores. Otro tanto sucedió con los ediles de la plebe, a los cuales se agregaron dos de cereales (*ædiles ceriales*), destinados al abastecimiento de la ciudad. Roma siempre tuvo el derecho de nombrar estos magistrados; nombramiento que era libre para el consulado, para el tribunado y la edilidad de la plebe. Pero ya hemos indicado más arriba que, para los pretores, los ediles curules y cuestores, el emperador se reservaba el derecho de proponerlos, y este derecho lo ligaba a los electores. Ningún ataque directo sufrieron los antiguos *paladium* de las libertades populares; y si todavía tal o cual tribuno se mostraba recalcitrante, se sabía muy bien cómo proceder contra él, y aun deponerlo y borrarlo de la lista de los senadores. El emperador es su propio ministro en todas las cuestiones generales o importantes. Es jefe de la hacienda y del ejército a través de sus servidores y sus lugartenientes. Además, ha reducido los antiguos magistrados de la República a la consideración de meros oficiales municipales y, en fin, ha agregado a todos sus poderes el derecho de designar su sucesor. El régimen autocrático estaba fundado.

LA IGLESIA DEL ESTADO

En el orden religioso, por el contrario, aunque promulgó una ley explícita sobre esta parte del sistema político, César no hizo ninguna innovación esencial, excepto en un punto: adhirió el pontificado supremo y la dignidad augural a la persona del regente y, al mismo tiempo y como una consecuencia, creó un cuarto lugar en cada uno de los tres grandes colegios, y tres nuevos puestos en el cuarto, el de los epulones. La religión del Estado había servido de poderoso apoyo a la oligarquía republicana, y nada impedía que prestase igual servicio al nuevo régimen. La política religiosa conservadora del Senado pasó a los nuevos reyes de Roma. Varrón, el obstinado conservador, publicó en este tiempo sus *Antigüedades de las cosas divinas*, código religioso de la teología del Estado en Roma, y como cosa muy natural lo dedicó a César, gran pontífice. La reducida aureola que todavía brillaba alrededor del Júpiter romano recayó sobre el trono fundado recientemente; y las antiguas creencias itálicas, ya en sus últimos resplandores, servían de instrumento pasivo a un cesaropapismo tan insustancial como impotente.

JURISDICCIÓN REAL

Se restableció la antigua jurisdicción real en los asuntos de justicia. Si antes el rey era el juez supremo en materias civiles y criminales, ahora César se arrogaba el derecho de atraer hacia sí las causas capitales y privadas sin tener que suspender la sentencia porque el criminal apelase al pueblo en recurso de gracia, o mandar a los jurados la decisión sobre los litigios civiles. Él las juzga solo y las determina por sentencia, aunque esté ausente de Roma. Pero en este último caso hace que las falle un alto magistrado en la ciudad. Y de hecho lo vemos en presencia de todos, y a semejanza de los reyes de Roma, sentado en el *Forum* juzgando a los ciudadanos acusados de alta traición; o en su casa pronunciando la sentencia con respecto a los príncipes vasallos, a quienes había hecho comparecer por un crimen análogo. Parece que los ciudadanos romanos no tenían sobre los demás súbditos más que un solo privilegio: la publicidad de los debates.

Pero por mucha que fuera su imparcialidad, por mucho empeño que pusiera César en recabar para sí la función real de hacer justicia, no pudo juzgar —la naturaleza misma de las cosas así lo determinaba— sino los asuntos excepcionales y le fue forzoso dejar a los antiguos magistrados republicanos las funciones judiciales en las causas civiles y criminales ordinarias. Como en otro tiempo, los criminales comparecen ahora ante las comisiones especiales de jurados asignadas a los diferentes delitos. En lo civil, se va, como antes, ante la presencia del tribunal centunviral de las sucesiones, o también ante el juez único señalado para el caso. La presidencia de los tribunales y la tramitación de los procesos siguió correspondiendo

principalmente a los pretores en Roma, y a los gobernadores en las provincias.

SOSTENIMIENTO DE LAS ANTIGUAS JURISDICCIONES

También concebía una comisión de jurados en los delitos políticos sin que se hubiera hecho ninguna innovación en este punto. Sin embargo, en una ordenanza expresa César procuró especificar y definir los actos legalmente punibles, y, al excluir liberalmente los procesos por simples opiniones y por afección, estableció, no la pena de muerte, sino la del destierro. Ya sabemos que los individuos salidos del Senado no eran admitidos por los sectarios puros de los Gracos, pues en aquellos cargos no aceptaban más que a los caballeros. César, fiel a su sistema de pacificar los partidos, se limitó simplemente a la ley de transacción de Cayo Aurelio Cotta, con las modificaciones introducidas por la ley pompeyana de 699. De esta forma se dispensó aquella consideración a los tribunos del Tesoro (*ærararii*) salidos de las últimas capas del pueblo, y se exigió una contribución judicial de por lo menos cuatrocientos mil sestercios. Asimismo admitió conjuntamente a caballeros y senadores a las funciones de jurados, manzana de la discordia por tanto tiempo disputada.

La justicia real y republicana sostenían frecuentes competencias, pero el asunto podía ser llevado ante el tribunal del rey o ante el juez de quien dependía, según las instituciones del tiempo de la República. Como era natural, en caso de conflicto entre ambas jurisdicciones, siempre se resolvía la competencia a favor de la jurisdicción real; pero, una vez dada la sentencia por uno u otro tribunal, esta era definitiva. Sin embargo, en algunas circunstancias el nuevo monarca supo reservarse muy bien la facultad de revisión por medios no muy legales.

APELACIÓN AL MONARCA

Antes, los tribunos de la plebe, al declarar la intercesión, podían suspender o derogar los veredictos de los jurados instituidos por ellos, como cualquier otro acto de la función de los magistrados, salvo en el caso excepcional en que la ley excluía esta intervención tribunicia. Así sucedía, por ejemplo, con los tribunales jurados de los centunviros, establecidos por disposiciones recientes, y con diversas comisiones criminales de carácter especial. El emperador, en virtud de sus funciones de tribuno del pueblo, tenía entonces la facultad de anular en todo lugar y ocasión cualquier veredicto, cualquier decisión pronunciada en justicia jurada en los asuntos civiles ordinarios y privados, después de abocar hacia sí la causa por su competencia soberana.

Por este medio, además de su jurisdicción real, que sentenciaba sin apelación y concurría con las jurisdicciones ordinarias, César creaba una especie de tribunal de alzada: un procedimiento a la vez de primera y segunda instancia, absolutamente desconocido en los antiguos procedimientos y que, con el paso del tiempo, creció en importancia, y se lo verá practicar incluso en los tiempos modernos^[11].

DECADENCIA DE LA JUSTICIA ROMANA

Aunque tengamos en cuenta la más importante, la apelación de aquella suerte dispuesta, todas estas innovaciones, no queremos decir mejoras, no pusieron remedio a los abusos del sistema judicial: tanto era lo que había que corregir en él. En una sociedad en la que existe la esclavitud necesariamente se vicia el proceso criminal puesto que, de hecho o de derecho, recae en las manos de los señores. Se comprende que el romano no castigaría el delito del esclavo como un delito en sí: medía el castigo por los servicios que le prestaba o por el goce que le proporcionaba el culpable. Los esclavos criminales eran puestos en un lugar separado, poco más o menos como los bueyes reacios, y, de la misma manera que se vende a estos para el matadero, se vendía también a aquellos para la escuela de los gladiadores.

Entre los hombres libres, el proceso criminal era puramente político en su origen y había conservado este sello durante un largo periodo. Perdió su carácter exclusivamente judicial con los trastornos de los últimos tiempos y se convirtió en una lucha de partido en la que se combatía con las armas del favor, del oro y de la fuerza. Este, por otra parte, era un vicio común a todos, a los magistrados, a los jurados, a los partidos y hasta al mismo público. Nadie, sin embargo, abrió al derecho tan mortales heridas como los abogados y sus prácticas: bajo el florecimiento parásito del bello lenguaje empleado en los discursos forenses, habían sido ahogadas las nociones positivas del derecho, y ya no se encontraba en las prácticas de la jurisprudencia la línea divisoria, por lo común imperceptible para el pueblo, entre la simple opinión y la prueba. Escuchad al *causidicus* más versado en los negocios en estos tiempos: «Elegid bien vuestro acusado, exclamaba; cualquiera que sea el crimen, y lo haya o no cometido, podéis hacerle comparecer, pues seguramente será condenado». Entre los numerosos alegatos en materia criminal que de aquellos tiempos nos quedan, apenas podría citarse alguno en que el abogado se haya tomado el trabajo de determinar y definir la prevención, y de formular claramente las pruebas de cargo y de descargo^[12].

Es necesario decir que aquellos vicios afectaban también al procedimiento civil. Este sufría la influencia de las pasiones políticas que se mezclaban con todas las cosas. Por ejemplo, en la causa de Publius Quinctius (de 671 a 673) se tomaron las

decisiones más contradictorias debido a que Cina o Sila tenían alta influencia en Roma. Con intención o sin ella, no contribuyeron poco a aumentar este estado de confusión los que ejercían autoridad en los partidos, personas no juristas en la mayor parte de los casos. No obstante, por la naturaleza misma de las cosas, el espíritu de facción no invadió sino excepcionalmente los pretorios civiles, y la enredadora abogacía no pudo atropellar ni mutilar muy profundamente las sanas doctrinas del derecho. Las defensas que nos quedan, sin ser buenas ni verdaderas memorias de abogados en el sentido estricto de la palabra, no tienen tan marcado carácter de libelo como las arengas criminales, y en ellas se tiene más en cuenta la jurisprudencia. César un día consintió (y se recuerda de él este hecho) que Pompeyo amordazara a los abogados. Él mismo extremó la medida, con lo cual no ocasionaba ningún mal grave, y aun habría sido un acto provechoso si hubiera habido entonces un cuerpo de magistrados y jurados mejor escogidos, y si se hubiera puesto fin a la corrupción o al miedo de los jueces. Sin duda es difícil destruir en el espíritu de la muchedumbre el sentimiento sagrado y el respeto al derecho, pero mucho más difícil es hacerlos renacer. Aunque el legislador desarraigase cien abusos, no extirpaba el vicio fundamental, y el tiempo que todo lo cura, cuando los males son curables, no ofrecía sino un remedio dudoso.

DECADENCIA DEL EJÉRCITO

En los tiempos de César el ejército romano se hallaba casi en las mismas condiciones que el ejército cartaginés en tiempos de Aníbal. Las plazas del estado mayor eran cubiertas solamente por individuos de las clases gobernantes, y se reclutaba a los simples soldados entre los vasallos, plebeyos y provinciales. En el orden militar y económico, el general se había hecho casi independiente del poder central, y, así en la próspera como en la adversa fortuna, no podía contar más que con sus propias fuerzas y con los recursos que sacara de su provincia. La virtud cívica y el sentimiento nacional habían abandonado las águilas romanas. El espíritu de cuerpo era el único e íntimo lazo de las legiones: el ejército ya no era el brazo de la República. Al no tener ningún pensamiento propio en política, se somete dócil a la voluntad de su jefe, y en la guerra solo era una masa flotante y sin fuerza bajo el mando de sus oscuros capitanes. Pero, cuando un verdadero general se ponía al frente, al punto reaparecía aquella fuerza y tendía a una perfección que no podía alcanzar la milicia ciudadana.

En cuanto al personal de oficiales, su decadencia es completa. Los altos órdenes de senadores y caballeros iban por momentos perdiendo la afición a la carrera de las armas. Antes se disputaban los grados en el estado mayor, pero, ahora, si un simple caballero consiente en servir en el ejército, tiene asegurada su promoción al tribunado

militar. Y así es necesario descender hasta los hombres de mediana extracción para llenar los cuadros. Un ciudadano de distinguida familia entra en las legiones, se alista para pasar su tiempo en Sicilia o en cualquier otra provincia donde jamás tenga que luchar contra el enemigo, y por esto mismo será muy raro hallar en él el valor y la habilidad más vulgares. Esta es la causa por la que los contemporáneos de Pompeyo, haciendo de él un dios Marte, cayeran prosternados en una peligrosa admiración. En los días de deserción y de tumulto, el estado mayor era el primero en dar la señal, y diariamente acontecía que sus mismos soldados los hacían volver a sus filas a despecho de su vituperable molicie. César ha descrito, no sin ironía, las escenas que tuvieron lugar en su campamento la víspera de marchar contra Ariovisto: todos lo maldecían, todos lloraban, cada cual se cuidaba solo de hacer su testamento o de solicitar su licencia en el acto^[13].

Entre los legionarios no se encontraba uno solo que hubiera salido de las altas clases sociales. Por ley, todo ciudadano estaba obligado, como sucedía antes, al servicio militar. Pero el reclutamiento se hacía sin regla y de una manera en extremo inicua: se pasaba por alto a muchos ciudadanos sujetos al servicio, mientras que se retenían en las filas por treinta y más años a los que una vez habían sido afiliados.

La caballería cívica que, en realidad, no era más que una guardia noble montada, todavía conservó alguna apariencia de vida. Sin embargo, todos aquellos caballeros perfumados, todos aquellos hermosos caballos de lujo, solo figuraban en las fiestas de la capital. La milicia legionaria de a pie no era más que un conjunto de mercenarios reclutados en las más bajas capas de la población romana. En lo sucesivo, solo los vasallos formaban la caballería y las tropas ligeras, y diariamente aumentaba el número de aquellos, aun en las mismas filas de la infantería de línea. Los centuriones, que en otro tiempo fueron jefes enérgicos y decididos de las cohortes, procedentes de las ínfimas clases de los *pilani* según la antigua ordenanza, y que con el tiempo conquistaban la cepa de la vid, ahora debían su promoción solo al favor, y frecuentemente a una cantidad de dinero. No tenemos necesidad de decir que, al llegar a su colmo el desorden en las rentas del Estado, y al ser venales y fraudulentos la mayor parte de los magistrados, el sueldo del legionario era pagado irregularmente o solo se le pagaba la mitad. La consecuencia natural de este estado de cosas era diversa. Los ejércitos romanos saqueaban frecuentemente las provincias. Siempre insubordinados contra sus jefes, se dispersaban frente al enemigo: uno de estos ejércitos, el de Marco Pisón en Macedonia, considerable por su número, se disolvió por completo sin combate ni menos derrota, por el solo efecto de esta gangrena interior. Y, sin embargo, iniciados capitanes tan hábiles como Gabinio, Pompeyo y César supieron hacer de estos mismos elementos excelentes y valerosos ejércitos, modelos en más de un aspecto, pero que pertenecían a su general más que al Estado. No hablamos de la marina, cuya ruina era más completa todavía: jamás se había

nacionalizado el servicio naval entre los romanos por ser en extremo opuestos a él. Durante el régimen oligárquico pereció allí, en virtud del sistema y de la organización, todo lo que podía perecer.

REORGANIZACIÓN DE CÉSAR. MERCENARIOS EXTRANJEROS LUGARTENIENTES DE LEGIÓN

Para reorganizar las fuerzas militares de Roma, César se limitó a reanudar y estrechar el lazo de la disciplina que los generales débiles e incapaces habían dejado relajar. No creyó que el ejército tuviese necesidad de una reforma radical ni que pudiera sufrirla, y por consiguiente se encargó de él, como Aníbal se había encargado del suyo. Al establecer en su ley municipal que para ser apto para una magistratura local o para las funciones de *duunviro* o *quatuorviro*, antes de la edad de treinta años, era menester haber servido tres años como caballero, es decir con categoría de oficial, o seis en la infantería, comprendemos fácilmente que intentó con esta medida atraer al ejército a individuos de familias distinguidas. Pero también es evidente que, al extinguirse por momentos el espíritu militar en el seno de la nación, el regente consideraba imposible agregar, como otras veces, la aptitud para los honores cívicos a la condición del tiempo de servicio cumplido en su totalidad. Por esta misma razón, no probó reorganizar la antigua caballería cívica. Mejoró los reclutamientos, regularizó y acortó las licencias, mas él se contentó con la infantería de línea reclutada en las clases bajas del pueblo romano, con la caballería e infantería ligeras formadas de los contingentes de los vasallos y, ¡cosa sorprendente!, nada hizo para reorganizar la escuadra de guerra. Por una innovación sumamente grave, que no dejaba de ofrecer peligro hasta para su autor, y obligado, sin duda, por la escasez de caballería del contingente vasallo, dio al olvido la antigua tradición de Roma que prohibía los soldados mercenarios, e introdujo en sus escuadrones extranjeros a sueldo, especialmente germanos. Incluso hizo todavía otra innovación e instituyó a los lugartenientes de legión, con las facultades de los pretores (*legati legionis pro praetore*). Antes la legión era mandada por los tribunos militares de nombramiento del pueblo o del gobernador de la provincia. Estos oficiales, en número de diez, alternaban en el mando y, solo como medida transitoria y en casos extraordinarios, les daba el general un jefe único. En lo sucesivo, los comandantes de legión o lugartenientes propretorios formaron una institución permanente y regular y ya no fueron nombrados por el pretor de la provincia, al cual obedecían, sino por el supremo magistrado de Roma. Esta nueva creación en las disposiciones tomadas por César parece remontarse a propósito y a consecuencia de la Ley Gabinia. ¿A qué conducía esta introducción de un oficial superior desconocido hasta entonces en el

cuadro de la jerarquía militar? Se hacía sentir, sin duda, la necesidad de una más fuerte concentración del mando. Además, los buenos e inteligentes oficiales escaseaban mucho y al emperador le importaba, sobre todo, establecer en el mismo ejército y en la persona de los lugartenientes a quienes nombraba, un contrapeso serio al poder de los gobernadores de las provincias.

EL NUEVO GENERAL EN JEFE

Pero el cambio más importante en la nueva organización fue, sin discusión, el cargo de jefe permanente del ejército, reservado al emperador. En vez del antiguo colega de gobierno, ignorante de los asuntos de la guerra e ineficaz en todo punto, el emperador tendrá en su persona el mando de todo el ejército, y sucederá a una dirección casi enteramente nominal una jefatura suprema, real y enérgica. ¿Cómo se conduciría en presencia de los jefes militares especiales, omnipotentes en sus respectivas provincias? Sobre este punto, no tenemos ningún documento preciso. Sin embargo se pueden referir aquí, por analogía, las relaciones establecidas entre los antiguos pretores y el cónsul, o las recientes relaciones entre el cónsul y el dictador. El gobernador tenía la autoridad militar suprema en su provincia, pero a su vez el emperador siempre tuvo el derecho de recobrarla por sí mismo o por su delegado. Y en todo caso, si el *imperium* del gobernador estaba limitado a su provincia, el del emperador, parecido a la autoridad real o consular de los primitivos tiempos, no reconocía otros límites que las fronteras del Imperio. Al mismo tiempo que César se reservaba la elección directa de los lugartenientes de las legiones, es muy probable que también atrajera hacia sí la colación de los grados de tribuno militar y de centurión, por lo menos de todos aquellos cuyo nombramiento había correspondido hasta entonces al gobernador de la provincia^[14]. También debieron depender de su poder soberano la organización del reclutamiento, las licencias definitivas y la resolución de las causas criminales más graves. Reducida y definida de esta suerte la competencia de los pretores y procónsules, regularizado así el registro imperial, ya no había que temer que los ejércitos se enervaran por el vicio de una fatal negligencia ni que se convirtieran en una horda a disposición de los generales.

PLAN MILITAR DE CÉSAR. DEFENSA DE LAS FRONTERAS

Cuando César tomó el mando supremo, la situación volvió decididamente a la monarquía militar. Sin embargo, distaba mucho de querer hacer exclusivamente del ejército la base y el instrumento de su poder. Consideraba necesario el ejército

permanente en el Estado cesariano. Pero esta necesidad solo se le imponía por una razón geográfica: en efecto, ¿no era necesario rectificar las inmensas fronteras del Imperio, y asegurarlas por medio de guarniciones fijas? César había trabajado, antes y durante la guerra civil, en la pacificación de España: había establecido fuertes destacamentos en África, en los confines del gran desierto, y en el noroeste, en la línea del Rin. Se ocupó también en guarnecer los territorios del Éufrates y del Danubio. Acariciaba, ante todo, un proyecto de expedición contra los partos; quería vengar el desastre de Carras y pensaba emplear tres años en esta guerra (prudente previsión para arreglar de una vez y para siempre las cuentas de Roma con un poderoso enemigo). Premeditaba también un ataque contra el geta Boerebistas, infatigable batallador que había extendido sus conquistas sobre las dos riberas del Danubio y, en fin, pensaba proteger la Italia por la parte del noreste con los mismos medios empleados al norte de las Galias. Pero nada de esto muestra, por otra parte, que César, a imitación de Alejandro, soñase con una indefinida carrera de victorias y conquistas. Es cierto que algunos dicen que después de la guerra de los partos debía marchar contra los pueblos del mar Caspio; de allí remontarse hasta el mar Negro; y, después de recorrer su ribera septentrional, volver al Danubio, reducir a la obediencia a todos los escitas y germanos de allí hasta el océano boreal, poco apartado del Mediterráneo, según las creencias geográficas de su tiempo y, por último, regresar a Italia por las Galias^[15]. Pero yo me pregunto: ¿en qué fundamento, en qué autoridad se apoyan estos fantásticos designios? Si consideramos el Imperio Romano de César con su colosal aglomeración de elementos bárbaros casi indomables, cuya asimilación solamente exigía ya el trabajo de muchos siglos, ¿qué otra cosa hubiera resultado de tales conquistas, de suponerlas militarmente practicables, sino la repetición más evidente y funesta de la falta del héroe macedónico, la de su expedición a la India? A juzgar por la conducta de César en Bretaña y en Germania, y por los actos de los que fueron los herederos de su pensamiento político, todo conduce a creer que, por el contrario, fiel a la doctrina de Escipión Emiliano, en vez de pedir a los dioses la extensión del territorio romano, no puso empeño sino en conservarlo intacto. Si todavía pretendió conquistar fue para la mejor organización de las fronteras, y esto según la medida grandiosa de su genio. Quiso asegurarse la línea del Éufrates, ocupar al noreste, sobre la línea del Danubio, un límite hasta allí vacilante y establecer en él, en vez de una posición inútil en todo punto, una defensa completamente formal. En César no vemos, pues, al conquistador universal, como Alejandro o como Napoleón. Lo que vemos, al menos, y fuera de toda duda, es que no hizo de su ejército el primer y principal apoyo de la nueva monarquía, y no elevó el poder militar por encima del poder civil. Lejos de eso, colocó al primero dentro del segundo, o mejor dicho, lo subordinó a él cuanto le fue posible. Procuró anular aquellas veteranas y famosas legiones de galos, apoyos inestimables de un Estado

puramente militar, y las colmó de distinciones honoríficas, pues sabía muy bien que su espíritu de cuerpo no se acomodaba al régimen de las sociedades civiles, y que sus gloriosos nombres, trasladados con ellas, fueron a decorar los municipios de nueva creación. Los legionarios licenciados a quienes se les habían repartido lotes de tierra no se establecieron uno al lado del otro, como los de Sila, ni fueron organizados militarmente. Se los vio, en Italia sobre todo, establecerse aislados en sus tierras, y esparcidos por toda la península.

Solo en la Campania, donde podía disponerse de ciertas regiones del país, se encontraron inevitablemente los veteranos de César agrupados en gran número. Por difícil que fuera sostener un ejército permanente en medio de las instituciones de la vida civil, el Imperio, sin embargo, lo necesitaba. En primer término, César proveyó esta necesidad sin introducir innovación alguna en la antigua ordenanza. Esta solo exigía haber estado un determinado número de años bajo los estandartes, aunque no de un servicio continuo y no interrumpido por licenciamientos parciales. Además, y como ya hemos dicho, abreviar el tiempo de servicio daba como resultado un movimiento de frecuentes renovaciones en el personal de los soldados, transformándose en colono rural el veterano que había sido licenciado con arreglo a la ordenanza después de cumplir el tiempo de su empeño. Por último, y esto era lo más importante, el ejército estaba a gran distancia de Italia y de las grandes capitales, principal teatro de la vida civil y política. El soldado iba al lugar donde, según el pensamiento del monarca, tenía su verdadero puesto: a la guarnición de las fronteras, donde se hallaba siempre haciendo frente a los enemigos exteriores. La institución, especie de guardia perfectamente organizada y privilegiada con largueza, que se encuentra siempre en todo Estado militar, no la vemos en la monarquía de César. No ignoro que en todo ejército en campaña se forma una suerte de guardia personal del general en jefe; pero en el sistema de César la cohorte pretoriana quedaba fuera del plan, y no se componía sino de oficiales de ordenanza y de compañeros no militares del jefe, y no había en ella nada que la asemejase a una tropa especial escogida, y que pudiera suscitar envidias en los soldados de línea. César no quiso rodearse de una guardia personal durante sus guerras, y mucho menos al ocupar el trono. Aunque todos los días se hallaba rodeado de asesinos, y él lo sabía, rechazó la moción del Senado que le ofrecía una guardia noble. Cuando el estado de tranquilidad pública lo permitió, licenció la escolta española que antes lo acompañaba en la ciudad, y no conservó sino a sus lictores, cortejo tradicional del magistrado supremo de Roma. Enfrentado con la realidad, se vio obligado a abandonar una parte del programa de su partido y de su propia juventud, a saber: el establecimiento en Roma de un régimen, como el de Pericles, fundado, no en el poder del sable, sino en la exclusiva confianza del pueblo. No obstante, fue consecuente, y esto con una energía sin igual en la historia, en el pensamiento fundamental de una monarquía no militar. Y, aun cuando

este fuera un ideal imposible de realizar, César alimentaba esta ilusión, como la única que había concebido en su vida. Para este gran hombre tuvo más fuerza el impaciente deseo que la perspicacia: el sistema que él acariciaba no era solamente, por su naturaleza y necesidad, el poder personal absoluto, y no estaba condenado a desaparecer a la muerte de su fundador como las instituciones creadas por Pericles y por Cromwell. ¿Cómo creer, en efecto, que, en el seno de esta nación desorganizada, el octavo rey de Roma, a semejanza de los siete reyes antiguos, había de conseguir gobernar la ciudad con solo el auxilio de las leyes y del derecho durante todo el curso de su vida? ¿Podía admitirse, por un momento siquiera, que aquel ejército permanente, que había probado su valor en las últimas guerras, desechado todo temor y perdido la disciplina, se resignase a la obediencia pasiva en el organismo de una sociedad civil? Los que consideren con calma cómo se había perdido el respeto a la ley en todas las clases de la sociedad, altas y bajas, habrán de tener por una quimera toda esperanza de sostener un régimen estrictamente legal. La reforma militar de Mario había hecho del soldado una cosa muy diferente de un ciudadano. Por eso la insurrección de la Campania y el campo de batalla de Thapsus mostraron cómo el ejército obedecería la ley en lo sucesivo. El mismo héroe de la democracia pudo a duras penas medio refrenar los elementos que antes había desencadenado, y aunque a una señal suya se desenvainaban mil espadas, no volvían a envainarse a pesar de su orden. El destino tiene más fuerza que el genio. César quería ser el restaurador de la sociedad civil y, a despecho suyo, no fundó más que la aborrecida monarquía militar. Y, si destruyó el Estado de los aristócratas y de la alta banca, fue para reemplazarlo con el Estado de la soldadesca en el Estado. Antes, como después, la sociedad sufrió la tiranía, y fue explotada por una minoría privilegiada. Sin embargo, es una condición de los grandes genios crear algo aun en medio de sus errores. El gran hombre fracasó en sus más originales tentativas, no realizó su ideal, pero ¿qué importa? Sus tentativas llegaron a ser la mejor riqueza de la nación. Gracias al trabajo de César, el Estado militar romano se convirtió, después de muchos siglos, en un Estado político. Gracias a él, y por poco que se parecieran los emperadores romanos al inmortal fundador del Imperio, se guardaron bien de arrojar al soldado contra los ciudadanos, y lo tuvieron frente a los enemigos exteriores. También gracias a él estimaron en mucho a la nación y al ejército, para hacer de este la guardia de policía de aquella.

ADMINISTRACIÓN FINANCIERA

La hacienda romana tenía su sólido fundamento en la inmensidad misma del Imperio y en la falta de todo sistema de crédito, y era relativamente fácil regularizarla. Si

hasta entonces la República había tenido que luchar con crisis monetarias, sin embargo el mal no consistía en la insuficiencia de las rentas públicas, pues en los últimos años habían aumentado prodigiosamente. A los ingresos de los tiempos anteriores, calculados en total en doscientos millones de sestercios se agregaron ochenta y cinco millones de sestercios, ingreso anual de las nuevas provincias de Bitinia, Ponto y Siria. Este aumento de ingresos, sumado a otras rentas y recursos nuevos o más productivos como, por ejemplo, los ingresos cada día más crecientes de los impuestos suntuarios, compensaba con creces la pérdida de los arrendamientos de la Campania. No se olviden tampoco las enormes y extraordinarias entregas de dinero efectuadas antes en las cajas del Tesoro por Lúculo, Metelo, Pompeyo, Catón y muchos otros. Por lo tanto, las crisis financieras reconocían como principal causa el aumento de los gastos ordinarios y extraordinarios, así como el desorden inmenso de los negocios. Sin citar más que las provisiones distribuidas al populacho de Roma, las sumas invertidas excedían toda medida: desde el año 691, cuando Catón había aumentado su presupuesto de gastos, estos se elevaban a la cantidad de treinta millones de sestercios; y después de la supresión del censo, pagado hasta entonces por los beneficiarios, no absorbía menos de la quinta parte del presupuesto de ingresos.

El presupuesto militar también había aumentado desde que hubo que atender a las guarniciones de Cilicia, Siria y las Galias, además de las de España, Macedonia y otras provincias. En el primer capítulo de gastos extraordinarios figuraban gruesas sumas destinadas al armamento naval, y, en los cinco años apenas transcurridos después de las grandes expediciones de 687 contra los piratas, la escuadra había consumido treinta y cuatro millones de sestercios. A esto deben sumarse las inmensas sumas gastadas en los armamentos y expediciones militares. Pisón, por ejemplo, para poner en pie de guerra al ejército de Macedonia (697) había gastado dieciocho millones de sestercios de una sola vez. Pompeyo gastó veinticuatro millones de sestercios cada año en el sostenimiento y sueldo del ejército de España, y una cantidad parecida consumió César para las legiones de las Galias. Pero, por considerables que fuesen las cantidades extraídas del Tesoro, es muy probable que se habría podido atender a estos pagos si la administración económica de Roma, tan perfecta en otro tiempo, no hubiera alcanzado también la corrupción y la decadencia general de la época. Con frecuencia se suspendían los pagos en las cajas públicas solo por la negligencia de los agentes en hacer ingresar los vencimientos. Los jefes del Tesoro eran dos de los cuestores, nuevos magistrados, que eran reemplazados todos los años y que, por lo menos, estaban en una actitud pasiva. En otro tiempo, las oficinas y el personal que las servía eran tenidos en justa y alta estima por razón de su respetabilidad; pero, en esta época, ellos cometerían diariamente los abusos más escandalosos, sobre todo desde el momento en que sus cargos fueron comprados.

REFORMAS FINANCIERAS DE CÉSAR

Mas cuando los hilos del sistema financiero de Roma dejaron de estar en las manos del Senado y todos fueron a parar al gabinete de César, una nueva vida, un orden más severo y un movimiento más poderoso se manifestaron al punto en todos los órganos, en todas las ruedas de la vasta máquina. Los dos cánceres de la hacienda romana, aquellas dos instituciones de Cayo Graco, el arrendamiento de los impuestos y la anona fueron suprimidos o transformados. César no quiso, como había hecho su predecesor, tener a la nobleza en jaque por una aristocracia de la banca y por el populacho de la gran ciudad. A ambos los separó, librando al Estado de los parásitos de alta y baja clase. En este punto, insisto, lejos de imitar a Graco, sigue la misma conducta que el oligarca Sila. En materia de impuestos indirectos mantuvo, por el contrario, los arrendamientos.

SUPRESIÓN DEL ARRENDAMIENTO DE LOS IMPUESTOS DIRECTOS

Tenían estos en su favor la antigua y tradicional costumbre y, por otra parte, no se podía pasar sin ellos. La máxima constante de la administración de la hacienda, y hacia la cual César también se manifestó enteramente fiel, fue simplificar a toda costa la recaudación de los impuestos indirectos evaluados a bulto. Al contrario, los impuestos directos, así como los censos en aceite y granos de África y de Cerdeña, fueron en general considerados por él como prestaciones en especie entregadas directamente al Estado o transformadas en impuestos fijos; y, en cuanto a la percepción de las cuotas que habían de pagar las circunscripciones, quedó a cargo de la fijación de las mismas.

REFORMA DE LA ANONA

Antes de César las distribuciones de trigo en Roma eran consideradas como un derecho útil que pertenecía a la ciudad reina, y cuya prestación correspondía a los vasallos. César se propuso abolir este principio, pero no podía olvidar que, sin la anona, habrían quedado condenados a morir de hambre multitud de ciudadanos que se hallaban en la mayor miseria; por esta razón se abstuvo de hacerlo. La anona de Sempronio, renovada por Catón, concedía a todo ciudadano el derecho a un lote gratuito de cereales, y bajo este régimen el número de beneficiarios, en el último Estado, no bajaba de trescientos veinte mil. César borró de ese número a todos los

individuos acomodados o que tenían otros recursos, y pronto quedaron reducidos a ciento cincuenta mil, número máximo de lotes fijado de una vez y para siempre. Decidió que todos los años se sometiera a revisión y que se proveyeran, por la inscripción de los pretendientes más necesitados, las vacantes ocurridas por muerte o por la salida de los titulares. El privilegio político creado por los Gracos se convirtió, pues, en un socorro al pauperismo.

Inaugurado por primera vez, entraba en escena un dogma nuevo e importante que se haría un lugar en el orden moral y en la historia. Solo lentamente y por grados camina la sociedad civil hacia la solidaridad de los intereses. En la antigüedad primitiva se veía claramente que el Estado protegía a los suyos de los enemigos de afuera y de los asesinos, pero no se creyó obligado a facilitar al ciudadano indigente los medios necesarios para su subsistencia, ni a defenderlo del enemigo más implacable, el hambre. La civilización ateniense fue la primera que, en las leyes de Solón y de sus sucesores, emitió el principio de que la ciudad tiene el deber de cuidar de sus inválidos y, en general, de sus pobres. Esta regla cívica no había traspasado los estrechos límites de la sociedad ateniense hasta que César hizo de ella una institución orgánica. Y si antes era para el Estado una carga y una gran vergüenza, él la convirtió en una institución de beneficencia, de las que tantas se ven en nuestros días, donde la caridad infinita del hombre lucha cuerpo a cuerpo contra las miserias también infinitas de la humanidad.

PRESUPUESTO DE INGRESOS

No siendo suficientes estas reformas de principio, César puso su mano en la reforma de los presupuestos de ingresos y de gastos, y por orden suya se regularizaron y fijaron los ingresos ordinarios en todas partes. Numerosas ciudades, provincias enteras, ya indirectamente por el derecho de ciudad romana o latina, ya directamente en virtud de privilegios, gozaban de la inmunidad de impuestos. Citemos como ejemplos del primer caso todas las ciudades de Sicilia^[16], y del segundo, la ciudad de Ilión. También se rebajó a las ciudades, y esto fue todavía más frecuente, la cuota del impuesto. Así vemos que el Senado, a propuesta de César después de su pretura, concedió una reducción de contribuciones a todas las ciudades de la España ulterior. Al mismo tiempo la mayor parte de las ciudades de la provincia de Asia, sobre las cuales pesaban las más exorbitantes cargas, obtuvieron facilidades para el pago de su impuesto indirecto, y también se les concedió la rebaja de una tercera parte. No eran tampoco muy elevadas las cuotas y rentas nuevas, ni los tributos impuestos a los pueblos sometidos de la Iliria, y sobre todo a las ciudades galas (solo estos últimos contribuían con una suma de cuarenta millones de sestercios al año). Algunas

ciudades, como la Pequeña Leptis en África, Sulci en Cerdeña y un gran número de localidades españolas, sufrieron un recargo en castigo por la conducta que habían observado durante las últimas guerras. Las muy productivas aduanas de los puertos de Italia, que habían sido suprimidas (694) durante la crisis, fueron restablecidas por César, y su principal producto fue, con justicia, el derecho impuesto a las mercancías de lujo que venían de Oriente. A estos recursos ordinarios nuevos o restablecidos debemos sumar otros: los ingresos extraordinarios; las sumas que llegaron al vencedor después de la guerra civil; el botín recogido en las Galias; los fondos hallados en el Tesoro en Roma; los tesoros extraídos de los templos de Italia y de España; las contribuciones; las exacciones ejercidas con la forma de un empréstito o de un donativo forzoso y de expropiación a los príncipes y ciudades que dependían de la República; las multas impuestas de una manera parecida, por sentencia o simplemente por una orden a muchos ciudadanos ricos, y, sobre todo, las confiscaciones reales llevadas a cabo contra los enemigos de César después de su derrota. Todo esto eleva los ingresos a una suma enorme. Solo la multa impuesta a los grandes mercaderes africanos que habían tomado asiento en el antisenado ascendía a cien millones de sestercios. Los compradores de los bienes de Pompeyo le pagaron setenta millones de sestercios. ¡Rigores necesarios! El poder de los nobles vencidos consistía sobre todo en sus colosales fortunas, y César no podía abatirlos sino haciéndoles pagar los gastos de guerra. Pero atenuó lo odioso de la medida al hacer ingresar en el Tesoro el producto entero de las confiscaciones y, lejos de disimular, como Sila, los fraudes de sus favoritos, obligó severamente a entregar el precio de las ventas, aunque los deudores fuesen sus más fieles amigos, Marco Antonio u otros.

PRESUPUESTO DE GASTOS

La considerable reducción de la anona había tenido por consecuencia inmediata una reducción proporcional en el presupuesto de gastos. Las distribuciones de alimentos que se hacían a los pobres de la ciudad, así como las prestaciones en aceite para las termas romanas nuevamente instituidas por César, se satisfacían en adelante con los censos en especie de la Cerdeña, y principalmente del África, y por consiguiente el fisco quedó completamente ajeno a esto. Por otra parte, los gastos ordinarios del estado militar se habían elevado por el aumento del ejército permanente y por el del sueldo del legionario, que de cuatrocientos ochenta sestercios al año se elevó a novecientos sestercios. Sin duda medidas inevitables, pues antes de César la frontera estaba sin defensa, y para defenderla se necesitaba un acrecentamiento considerable de fuerzas. En cuanto al aumento de sueldo, César sabía perfectamente que por este medio encadenaba al soldado. Pero otro motivo determinó e hizo durable aquella

innovación. El sueldo de un sestercio y tres cuartos al día se había fijado en los tiempos antiguos, en la época en que la moneda tenía un valor superior, y se había podido sostener, mientras que el jornal de un obrero en Roma no había pasado de tres sestercios. Por aquel entonces, cuando el miliciano iba al ejército tenía mucha menos necesidad del sueldo que de los productos accidentales, y casi siempre ilícitos, del servicio militar. Muy difícil es formarse una idea de la cantidad a que ascendían los gastos extraordinarios que César tuvo que hacer, unas veces de grado, y otras contra su voluntad. Solamente las guerras consumieron sumas monstruosas; y quizá las promesas y las seguridades dadas en el curso de la guerra civil representaron una cantidad parecida. ¡Qué funesto ejemplo, y de qué gran trascendencia para el porvenir, aquel *donativum* de veinte mil sestercios hecho a cada simple soldado por su concurso armado; o aquellos trescientos sestercios, pagados a todo ciudadano de la plebe romana, además de la anona, por no haber tomado las armas! Pero cuando César, bajo la presión de las circunstancias, había empeñado su palabra, no escatimaba nada de lo ofrecido y se portaba como rey. Pero al empeñar su honor en obedecer el impulso diario de su generosidad, esta le costaba cara. Al ser abandonados escandalosamente los trabajos públicos durante los disturbios anteriores, consagró a ellos enormes sumas. Se calculaba que el coste de las construcciones hechas en Roma mientras duró la guerra de las Galias, y después de terminada, ascendía a ciento sesenta millones de sestercios. Sea como fuere, y a pesar de estas sumas, la administración financiera de César supo atender completa y desahogadamente a todas las justas exigencias de la situación, gracias a prudentes y enérgicas reformas y a la acción unida y regulada de la economía y la liberalidad. Desde el mes de marzo de 710, había acumulado en el Tesoro setecientos millones de sestercios, y en su tesoro privado, cien millones. Es decir, una cantidad por lo menos diez veces mayor que la que había existido jamás en las arcas públicas, aun en las épocas más florecientes de la República.

SITUACIÓN ECONÓMICA

Disolver los antiguos partidos, dar a la sociedad romana la constitución que más se adaptara a aquel momento, contar con un ejército excelente y aguerrido y una hacienda bien organizada no era ciertamente una tarea fácil, pero tampoco la más difícil de la obra de César. Para vivificar la nación itálica era menester una reorganización fundamental que alcanzara todas las partes del gran Imperio, y transformara Roma, Italia y las provincias. Procuremos bosquejar ahora el cuadro de la situación de la víspera y de la civilización nueva y más perfecta, inaugurada por el dictador.

SU CAPITAL

La pura y antigua raza latina había desaparecido de Roma, pues está en la naturaleza de las cosas que el sello nacional y municipal de toda capital se gaste con el uso, y se borre más pronto que en las ciudades secundarias. Allí se retiran las altas clases de la vida de la ciudad; pero en realidad no tienen allí su patria y se confunden en el gran Estado. Como una corriente inevitable, fluye hacia la ciudad una colonia extranjera: en ella se encuentra gente que va por sus negocios, y otra que viaja por recreo, así como también una turba cosmopolita de vagos, de hombres viciosos y criminales, o de aquellos que han perdido toda ley y todo freno. En ninguna parte como en Roma se ha realizado, según todos los aspectos, este notable fenómeno. Al haberse convertido los magistrados municipales de la ciudad en magistrados del Imperio, y la curia en una asamblea de ciudadanos de un vasto Estado, no se querían ni pequeñas asociaciones de distrito, ni ningún otro linaje de corporaciones independientes en el seno de la capital. La vida comunal cesa de pronto. Desde los más remotos confines del vasto Imperio Romano acudían a la ciudad, unos para especular, otros para hacer una vida de libertinaje y de intriga, estos, para enaltecerse en el crimen, aquellos para ocultarse a la acción de la ley. Siendo Roma capital, se engendraban necesariamente en ella estos abusos; otros, quizá más graves, aparecieron nacidos con frecuencia del azar.

EL POPULACHO. CONDUCTA DE LA OLIGARQUÍA RESPECTO DE SÍ MISMA

Ninguna gran ciudad de las que han existido en el mundo ha sido tan pobre en medios de subsistencia como Roma. Las importaciones reales y los oficios en manos de los esclavos impidieron, desde el principio, una industria libre. La esclavitud, lepra mortal de la ciudad antigua, llevaba consigo a todas partes funestas consecuencias, y en Roma el mal excedía todo lo que hasta entonces se había visto. En ninguna parte del mundo llenaban los palacios de las poderosas familias y de los opulentos advenedizos con aquellos enjambres de esclavos que se veían en la ciudad reina. En ninguna parte había aquella reunión de muchedumbres serviles, receptáculo de los pueblos de los tres continentes: los sirios, frigios y otros semihelenos se confundían con los mauros y los libios; los getas y los iberos se mezclaban con los galos y germanos, yendo siempre en aumento este oleaje de pueblos. La desmoralización, compañera inseparable de la esclavitud, y el odioso contraste entre la ley positiva y la ley moral saltaban a la vista. Todavía podía disimularse en el esclavo de campo, encadenado a la tierra como el buey al arado; pero ¿cómo concebirse cosa más vil

que el esclavo de la ciudad a medio civilizar o civilizado del todo, y que se daba una gran importancia? ¿Y qué decir de aquellos ejércitos de libertos, hombres libres de hecho o de derecho, innoble barahúnda de mendigos o de insoportables enriquecidos que, al no ser siervos ni ciudadanos, se hallaban encadenados a su patrono por todas las leyes económicas y jurídicas, y se engrían de ser hombres libres? Pululaban sobre todo los libertos. Llegaban a la ciudad y encontraban en ella mil maneras fáciles de emplearse: el pequeño comercio y los pequeños oficios estaban casi exclusivamente en sus manos. Hicieron sentir muchas veces su influencia en las elecciones y siempre estaban en los primeros puestos en los motines de las calles. Para ellos daba la señal el demagogo de entonces, y a la voz de este se cerraban sus tiendas y puestos. Lo peor era que el gobierno, lejos de luchar contra la corrupción del pueblo romano, la fomentaba cuanto podía por el interés de su política egoísta. Por una prudente ley se había prohibido que residiesen en la ciudad los condenados a muerte, y por un olvido vergonzoso no se cumplía. A la seguridad común le correspondía vigilar de cerca las asociaciones y los clubes revolucionarios, y esta vigilancia fue primero abandonada, y después se la consideró un crimen de lesa libertad. Las fiestas públicas se habían aumentado hasta el punto que solo las siete ordinarias, ferias romanas, ferias plebeyas, las de la madre de los dioses Idea, de Ceres, de Apolo, de Flora y de la Victoria, duraban todas juntas sesenta y dos días, sin contar los juegos de gladiadores y otra multitud de celebraciones extraordinarias. A aquel proletariado que vivía al día era menester darle, a todo trance, los cereales a un precio ínfimo. Pero los magistrados no habían puesto ni solicitud ni conciencia para asegurárselos, y los precios habían sufrido fabulosas fluctuaciones e incalculables quebrantos^[17]. En fin, el incentivo oficial de la anona atraía a la capital a toda la muchedumbre de proletarios que tenían el título de ciudadanos y que, si bien carecían de recursos, miraban con horror el trabajo.

ANARQUÍA Y DESORDEN MATERIAL

A mala siembra, mala cosecha. Los clubes y las fracciones, azotes de la política, y el culto de Isis y las otras supersticiones piadosas, azotes de la religión, fueron echando sus raíces en Roma. La constante carestía de los víveres, las frecuentes hambrunas y, lo peor de todo, el peligro al que se hallaba expuesta la vida de los transeúntes fueron causas para que el bandolerismo y el asesinato llegaran a ser un oficio regular, y tal vez el único oficio. Atraer a la ciudad a gente de fuera era ya preparar su muerte, y nadie se hubiera atrevido a recorrer el radio de Roma sin una escolta. Por su aspecto exterior, la ciudad era la expresión misma del desorden social y la viva sátira del sistema aristocrático: nada se había hecho para arreglar el Tíber, en el cual solo se

había construido un único puente de piedra hasta la isla. Pocos eran también los trabajos de nivelación ensayados en la ciudad de las siete colinas, y se dejaba que los escombros fueran haciendo esto de cualquier manera. Las calles, estrechas y pendientes, formaban frecuentes ángulos, y sus aceras, al cuidarse en nada su conservación, eran angostas y mal empedradas. Las casas de la gente del pueblo eran de ladrillo y de tan escasa elevación que angustiaba estar en ellas. Arquitectos sin conciencia las habían construido por cuenta de los pequeños propietarios, y, mientras estos se arruinaban, aquellos improvisaban fortunas colosales. En medio de estos grupos de miserables construcciones se levantaban, a semejanza de islas, los fastuosos palacios de los ricos que robaban el aire y el espacio a los pequeños edificios, como de igual forma sus habitantes usurpaban al modesto ciudadano su derecho y su puesto en el Estado. Al lado de estos palacios con pórticos de mármol y estatuas griegas, los templos de los dioses hacían un pobre contraste, pues ya estaban ruinosos por su antigüedad, con sus toscas imágenes, casi todas de madera. Apenas se podría encontrar algún vestigio de policía en las calles, en los paseos, en las construcciones y en los incendios: todos los años hacían estragos las inundaciones, el fuego y los hundimientos, y nadie se cuidaba de ello, a no ser algún sacerdote, a quien oficialmente se consultaba sobre el sentido y la trascendencia de la señal o del prodigio. Imagínese a Londres con la población (hasta hace poco) esclava de Nueva Orleans, con la policía de Constantinopla, con la inmovilidad industrial de la Roma moderna y con las agitaciones políticas de París en 1848, y se tendrá el más exacto cuadro de la magnífica ciudad republicana, cuya ruina deploran Cicerón y sus contemporáneos en sus plañideras cartas.

PLAN Y TRABAJOS DE CÉSAR EN ROMA

César no se lamentaba, y buscaba el remedio donde pudiera hallarse. Roma continuará siendo la capital del mundo, porque habría sido cosa impracticable, y además contraria a los planes del regente, devolverle su carácter primitivo de ciudad itálica. Así como Alejandro había encontrado para su Imperio grecooriental un centro adecuado en Alejandría, una ciudad helénica, judía, egipcia y, en suma, cosmopolita; para César, la ciudad de Roma, capital del nuevo y universal Imperio romanohelénico, punto central entre el Oriente y el Occidente, no podía quedar reducida a la consideración de simple ciudad de la península: al ser la capital de todas las naciones, se desnacionalizaba. Por lo tanto, César consintió que al lado del *Pater Jovis* se elevase el nuevo culto de las divinidades egipcias y, dentro de los muros de la ciudad reina, permitió a los judíos la libre práctica de sus ritos particulares y extranjeros. No opuso ningún dique a aquella mezcla de orientales, de hebreos y demás que afluían a Roma, pero rechazaba con frecuencia las turbas de parásitos. Como rasgo característico, en los días de fiestas populares, permitió la representación no solo de las obras latinas y griegas, sino que en el teatro se oyó hablar en todos los idiomas: fenicio, hebreo, siríaco y español.

EL PROLETARIADO COMBATIDO Y DISMINUIDO

Pero, aun aceptando con pleno conocimiento de causa las condiciones actuales de Roma capital, César trabajó bastante y con la energía que le era propia en el mejoramiento de un estado de cosas deplorable y vergonzoso. Pero por desgracia su poder alcanzaba en menor medida a las bases mismas de los vicios sociales. No podía extirpar la esclavitud con todas sus llagas, y nos preguntaríamos en vano si, con el tiempo, habría intentado restringir al menos la cifra de la población servil de Roma, como lo hizo en otras partes. Tampoco procuró crear una industria libre, a pesar de que sus inmensas obras vinieron a aliviar, en cierta medida, la miseria del proletariado, facilitándole los medios de un salario bajo pero honroso. En cambio, luchó con todas sus fuerzas para que no se extendiesen los proletarios libres, y quiso reducir su inmenso número. La anona atraía a Roma una concurrencia continua. Pero desde que se transformó en una tasa para los pobres y se limitó a un número determinado de personas, se vio disminuir considerable y constantemente la inmigración^[18]. César combatió además al proletariado libre de una manera indirecta con la ayuda de los tribunales, cuyas sentencias mermaban incesantemente su número, o con una vasta colonización transmarina. Así fue que, de los ochenta mil colonos que envió fuera de Italia en algunos años de su gobierno, un gran número

fueron tomados de las capas inferiores de la plebe romana: la mayor parte de los colonos de Corinto, por ejemplo, no eran más que libertos. Entiendo, sin embargo, que aquella no fue una medida transitoria. César, como todo hombre inteligente, estaba convencido de que el único y verdadero remedio a la miseria del proletariado consiste en un sistema bien ordenado de colonización. Siendo dueño de practicar este sistema en una medida casi infinita, dada la situación del Imperio, César tuvo el pensamiento de atender el mal de una manera durable, y abrir una salida constante a aquel oleaje de gentes que siempre se estaba renovando. Tomó sus medidas para contener en el mercado de Roma aquellas alarmantes fluctuaciones en el precio de los artículos de primera necesidad. Para ello le fueron facilitados extensos medios de acción por parte de la hacienda pública, la cual era nuevamente reglamentada y administrada con acierto. Al mismo tiempo, dos magistrados de reciente creación, los ediles de cereales, quedaron encargados especialmente de la vigilancia del servicio de importación y de la policía del mercado.

REFORMA DE LOS CLUBES. POLICÍA DE LAS CALLES. LA CONSTRUCCIÓN EN ROMA

Antes de hacerlo por medio de leyes prohibitivas, los peligros de los clubes se conjuraron por el efecto mismo de la constitución reformada. Al haber muerto la República, y con ella las elecciones y jurisdicciones republicanas, se había puesto coto a la corrupción, a las violencias electorales ejercidas ante los colegios de los jueces y, sobre todo, a las saturnales políticas de la plebe. Las asociaciones restablecidas poco antes por la Ley Clodia fueron disueltas, y las demás, cualquiera que fuese su objeto, quedaron bajo la vigilancia de la autoridad. A excepción de las corporaciones y sociedades de los primeros tiempos de Roma, de las asambleas religiosas de los judíos y de otras congregaciones especialmente exceptuadas, toda corporación permanente que tuviera sus reuniones en determinados días y sus cotizaciones periódicas en lo sucesivo debía ser autorizada, previa aprobación del emperador, por una concesión senatorial establecida en debida forma, cuando antes no se necesitaba más que una simple declaración hecha al Senado. La justicia criminal más vigilante y severa y la policía más enérgica revelan las intenciones del jefe del Estado. Las leyes, sobre todo la dirigida contra la violencia, revistieron una sanción penal más dura y abolieron aquella imprudente transacción del derecho republicano, según la cual el criminal convencido de su delito podía librarse de la pena en que hubiera incurrido, por grave que fuese, expatriándose voluntariamente. Los reglamentos, sumamente detallados, que promulgó César sobre policía urbana han sido conservados en gran parte: el que se tome el trabajo de leerlos verá en ellos

el cuidado que tuvo el gran emperador de imponer a los dueños de las casas que daban a las vías públicas la obligación de la buena conservación de las calles y del empedrado de las aceras, y ordenó que este se hiciera con piedras labradas a lo largo de la vía. También se ocupó del paso y porte de las literas, de la conducción de los carros que, dadas las condiciones de las calles romanas, no podían circular sino por la mañana y después de entrada la noche. La policía local quedó, como antes, confiada principalmente a los cuatro ediles, cada uno de los cuales, desde la época de César y quizá desde fecha anterior, estaba encargado de una circunscripción especial. César reunía el amor a edificar, propio de todo buen romano, y el talento del organizador. Durante su gobierno, las construcciones públicas en la capital y la administración de los establecimientos de utilidad comunal tomaron un vuelo repentino. Contrastaron con las deplorables obras de los últimos tiempos de la anarquía, y también superaron considerablemente los trabajos de la aristocracia romana en su más floreciente siglo. De la misma forma el genio del dictador incrementó los laudables esfuerzos de los Marcios o de los Emilios. Y no solo eclipsó a sus predecesores en la suntuosidad de los edificios y en la inmensidad de las sumas gastadas; sus monumentos públicos en Roma se distinguen entre todos por su sello exterior de gran sentido político y de utilidad general. No construyó, como sus sucesores, templos y edificios de puro lujo. Se apoderó del *Forum*, lugar de los comicios, asiento de los altos tribunales, punto de reunión de los hombres de la Bolsa, de los hombres de negocios y de todos los vagos del día, y lo desocupó de comicios y de tribunales de justicia. Señaló a los primeros los *Saepta Julia*, sobre el campo de Marte, y a los otros un nuevo sitio entre el Palatino y el Capitolio, denominado el *Forum Julium*. Movido por el mismo pensamiento, destinó a los baños públicos una prestación de tres millones de libras de aceite, entregadas en gran parte por el África, y de ahí en adelante el bañista recibió gratis en las termas la provisión necesaria para las unturas y frotaciones. Al conocerse cuál era la importancia de los baños y de los cuidados análogos en la dietética de los antiguos, se comprenderá que la medida adoptada por César respondía a las necesidades del aseo y de la higiene pública. Pero aquel no era más que un primer paso dado en la senda de las transformaciones profundas que había concebido. Ya se estaban preparando los planos de una nueva curia, de un nuevo y magnífico pórtico, de un teatro que rivalizase con el de Pompeyo, de una biblioteca pública griega y latina, a imitación de la que poco antes había sido destruida en Alejandría, y que fuese la primera en su género en Roma. Además, se proyectaba un templo para Marte que, por su riqueza y magnificencia, debía exceder a todos los conocidos hasta entonces. Incluso, y esto todavía es más original, César quiso cambiar por completo el curso inferior del Tíber, a partir del puente Molle actual. Por aquel entonces el río no bajaba más que hacia Ostia, separando el campo Vaticano del campo de Marte; pero si pasaba por detrás de este y del Janículo habría llegado por las lagunas

Pontinas al puerto de Terracina. Este gigantesco proyecto hubiera dado a la ciudad, muy limitada por aquella parte, extensos terrenos donde construir. Al dejar el Vaticano en la ribera izquierda, César establecía allí el campo de Marte y entregaba el sitio que entonces ocupaba a la construcción pública y privada. Al mismo tiempo que desecaba las lagunas Pontinas, salubrificaba toda la costa latina, y daba a Roma un buen puerto de mar del que siempre había carecido. Es cierto que había de por medio valles y montañas, pero César no retrocedía ni aun en la lucha contra la naturaleza.

Sin embargo, aunque la capital ganase en comodidad y belleza con estas nuevas reformas, perdía para siempre, ya lo hemos dicho, su antigua supremacía política. Con el tiempo, la concentración del Estado romano en Roma había llegado a ser cada día más funesta y contraria a la naturaleza de las cosas: así lo quería un dogma ligado por completo con la República, y que no podía perecer sino con ella. Por primera vez se prescindió por completo de él, salvo en algunas funciones legales. Desde ahora se equipara el régimen político de la capital con el de las demás municipalidades. Demostremoslo en breves palabras. En esto como en lo demás, al propio tiempo que ordena y reglamenta las cosas, César también se cuida de darles su nombre oficial y hace extensivas, con indudable intención, las disposiciones de su ley municipal itálica a Roma y a las demás ciudades. Se puede agregar también que Roma, aunque ciudad capital, ya no tenía la capacidad de la vida comunal, y estuvo en lo sucesivo, en cuanto a este concepto, muy por debajo de las otras municipalidades del Imperio. La Roma republicana fue un antro de gente de mal vivir, pero a la vez era una ciudad. La Roma de la monarquía, aunque allí estuvieran concentradas todas las magnificencias de los tres continentes, y por deslumbrante que estuviera de oro y mármol, ya no era más que una residencia real con su hospital de pobres, es decir, un mal necesario en el Estado.

ITALIA. ECONOMÍA RURAL

Mientras en el seno de la capital del Imperio la obra administrativa de César se reducía a la publicación de un simple reglamento de policía y a la supresión de los abusos más palpables, en Italia tenía que cumplir una misión mucho más difícil: la restauración del orden económico. Allí dos vicios principales llamaban su atención y engendraban los infinitos males que se padecían: la desaparición de la clase agrícola, y el aumento extraordinario de la población comercial. El lector conoce bien y seguramente no habrá olvidado el estado de la agricultura en Italia. Por grandes esfuerzos que se hubieran hecho para evitar la disolución de la pequeña propiedad, casi no había más que un solo rincón de Italia (si exceptuamos los valles del Apenino y los Abruzos), donde el cultivo de los campos se hiciese todavía por la mano del

labrador libre. Y, en lo tocante a la economía rural, no señalaremos otra diferencia esencial entre el régimen de Catón y el de Varrón, sino la de que en tiempos de este último los hábitos de la vida campestre llevan el sello invasor, tanto en lo bueno como en lo malo, de las costumbres de la gran ciudad romana. «En otro tiempo — dice Varrón— el granero era más grande que la habitación del señor: hoy pasa lo contrario por regla general.» En los campos de Tusculum y de Tibur, al lado de las costas de Terracina y de Baia, en los campos en que habían sembrado y recogido sus cosechas los antiguos labradores latinos o itálicos se levantan, magníficas pero improproductivas, las granjas de los grandes de Roma. Se necesita el espacio de una ciudad entera para muchas de esas granjas con sus dependencias y jardines, sus acueductos y viveros; allí se crían y domestican los peces del mar y de los ríos en agua salada y agua dulce; hay criaderos de caracoles y parques de lirones, madrigueras para liebres y conejos, reservados para ciervos, corzos y jabalíes, y departamentos para aves donde se crían hasta el pavo real y las grullas. El lujo de estas magníficas granjas enriquecía, sin embargo, a muchos trabajadores y alimentaba a un mayor número de pobres que la misma caridad con su tributo de anonas. Las pajareras y peceras de los ricos eran muy costosos caprichos. Las granjas, tanto por dentro como por fuera, tomaron tales proporciones, que hubo palomares que se apreciaron por lo menos en cien mil sestercios. Engordar los animales había pasado a la categoría de ciencia. El excremento de las aves era contado entre los productos rurales. Un solo mercader de estos animales pudo un día entregar de una vez cinco mil tordos vivos (también se los enseñaba), a tres denarios la pieza. Un pescador pudo entregar hasta dos mil morenas de una vez, y, por último, se sacaron cuarenta mil sestercios de la venta del pescado de los viveros de Lucio Lúculo, realizada después de su muerte. Es cierto que en tales ocasiones le era fácil al hombre inteligente en negocios realizar grandes ganancias empleando una cantidad relativamente pequeña. En las cercanías de Faleries se cita un pequeño criador de colmenas, propietario de un reducido jardín y de un pequeño tomillar de menos de una arpena, que le proporcionaban una renta anual en miel, por lo menos de diez mil sestercios. Se disputaba sobre quién tenía los mejores frutos: frecuentemente, en las granjas elegantes, el *fructuarium* servía de comedor con sus mesitas de mármol, y el dueño más de una vez presentaba como productos de su cosecha los frutos comprados fuera. En esta época fue cuando se plantaron los cerezos traídos del Asia Menor, y crecían en los huertos de Italia gran número de otros árboles de frutos exóticos. Las huertas, los jardines de rosas y violetas del Lacio y de la Campania eran de un gran producto, y el precioso mercado (*forum cupídinis*), cerca de la vía Sacra, donde se vendían las frutas, la miel y las coronas de flores, tenía importancia en la vida de los ciudadanos de Roma. En suma, la economía rural, tal como entonces se hallaba, dedicada a este linaje de plantaciones, había alcanzado un grado de desarrollo difícil

de superar. El valle de Rieti, los alrededores del lago Fucino, las regiones del Liris y del Volturno y toda la Italia media, presentaban en competencia los más florecientes cultivos. Allí, inteligentes propietarios ejercían, por medio de sus esclavos, ciertas industrias compatibles con el régimen rural, y construían pesadores, telares y tejares no lejos de las granjas, en los sitios que se prestaban a ello. Los cosecheros italianos, sobre todo los de vino y aceite, no satisfechos con surtir los mercados de la península, se dedicaban también a un gran tráfico de exportación de estos productos fuera de Italia. En un tratado preciso y especial de la agricultura de aquel tiempo, su autor compara Italia con un inmenso jardín. Leed en un poeta contemporáneo la amena descripción de las bellezas de su patria: no encontraréis allí más que praderas bien regadas, fértiles campiñas sembradas de trigo, pintorescos viñedos rodeados de sombrías líneas de olivos. Allí veréis su granja, joya de la comarca, agradable y amena bajo su variado aspecto, rodeada de bellísimos jardines y oculta tras una cintura de árboles frutales. Esta pintura, imagen fiel de la naturaleza que el poeta tenía a la vista, nos transporta a las más florecientes comarcas de la actual Toscana y de la tierra de labor. A decir verdad, el régimen pastoral que, por las causas aducidas precedentemente, se iba desarrollando cada día más en la Italia del Sur y del Sudeste era, desde todos los puntos de vista, un retroceso, y no participaba menos del movimiento general de la economía rural. Se proseguía con gastos enormes el mejoramiento de las razas: algunos asnos reservados para la reproducción se pagaban de sesenta mil a cien mil y hasta cuatrocientos mil sesteracios. En resumen, en una época en que todo la favorecía, tanto el progreso general intelectual como el desarrollo de los capitales, la agricultura itálica bien dirigida había alcanzado resultados mucho más brillantes que en el tiempo del antiguo régimen rural, y se desbordaba fuera de las fronteras de la península, yendo el agricultor italiano a las provincias a explotar las vastas comarcas con su rebaño nómada o a convertirlas en campos de labranza.

ECONOMÍA DE LOS CAPITALES

El sistema de los grandes capitales, fundado sobre las ruinas del pequeño cultivo, había progresado considerablemente contra todas las leyes económicas, y, como consecuencia, la riqueza dineraria había adquirido a su lado un inusitado desarrollo. El traficante italiano, rivalizando en sus esfuerzos con el judío, había invadido las provincias y los Estados vasallos, y, como era natural, rápidamente fluyeron hacia él los capitales. Después de lo dicho, bastará un solo hecho para caracterizar la situación: en el mercado de Roma el interés del dinero había bajado al seis por ciento al año, es decir, la mitad del tipo medio que había tenido en todos los pueblos

antiguos.

MALES SOCIALES. TITO POMPONIO ATICO

Las más funestas desigualdades en la distribución de las fortunas se produjeron a partir del momento en que la agricultura y la economía mercantil tuvieron por únicos fundamentos el capital y la especulación. Durante esta última época de la República, Roma construye la imagen de una sociedad compacta de millonarios y de mendigos, y tal vez ningún otro sistema mereció jamás la común acusación, de la que con tanta frecuencia se ha abusado. Nunca fue más evidente aquel carácter dominante de todo Estado esclavista: el hombre rico que vive del sudor de aquellos de quienes es dueño, y que es por necesidad y siempre una persona respetable, y el pobre que vive del trabajo de sus brazos, el cual es considerado necesariamente como persona vil en todas las relaciones de la vida pública y privada. Hay en ello como una ley fundamental que se afirma con una terrible e incontestable seguridad^[19]. Roma no tuvo clase media, en el sentido que hoy damos a esa palabra; y esto es común a toda sociedad que se funda y desarrolla con la institución de la esclavitud. Para los romanos la clase media son, no sin alguna apariencia de verdad, los ricos comerciantes, los ricos propietarios que, faltos de cultura o con cultura suficiente, saben encerrarse en su esfera y se mantienen alejados de los negocios públicos. Convengo que entre los primeros había un gran número de libertos o de advenedizos que se entregaban al vértigo y querían desempeñar el papel de hombres de buen tono, siendo muy raros los sabios y modestos. Sin embargo, citemos a un tipo célebre, cuyo nombre se consigna en todos los escritos de la época, a Tito Pomponio Atico. Enriquecido por las inmensas posesiones que tenía en Italia y en Epiro, y por un negocio de banca que iba extendiéndose por toda Italia, Grecia, Macedonia y hasta por el Asia Menor, acumuló una enorme fortuna y continuó sus especulaciones como antes. Jamás se dejó seducir por la vida pública: no fue funcionario, ni siquiera banquero del fisco. A igual distancia de los perniciosos extremos de la sórdida avaricia y del lujurioso y sensual desenfreno de la época (consagraba cien sestercios diarios al gasto de su mesa), se creó una existencia fácil y cómoda, gozaba de los placeres de la ciudad y del campo, sostenía relaciones con los sabios de Roma y Grecia, y saboreaba los goces de la literatura y del arte. Más numerosos y más sólidos eran, por el contrario, los propietarios rurales de la antigua roca. Los libros de aquel tiempo nos han conservado el retrato de Sexto Roscio, que pereció en las proscripciones del año 673. Él también era el tipo acabado del habitante de la campiña, del *pater familias rusticanus*, y su fortuna, valuada en seis millones de sestercios, consistía casi toda en sus trece posesiones. Practicaba por sí mismo y con

gran pasión la agricultura. No hacía viajes a Roma, o los hacía muy de tarde en tarde. Cuando se presentaba en la capital, sus rudas maneras contrastaban con la elegancia del senador, y su acompañamiento de groseros esclavos de labranza, con el enjambre de esclavos ciudadanos. Estos bravos campesinos y las rústicas aldeas (*municipia rusticana*) por ellos formadas conservaron la disciplina, las antiguas costumbres y la lengua noble y pura de sus padres mucho mejor que los círculos brillantes y cosmopolitas de la nobleza romana, o que la gente del comercio que tenía domicilio en todas partes y en ninguna estaba domiciliada.

La clase de los propietarios de tierras formaba el nervio de la nación: cuando el especulador ha hecho su fortuna, procura entonces ser contado entre la gente notable del país, y, si no puede llegar a ser un caballero romano, piensa en este título para su hijo. Esta clase rústica se manifiesta en toda agitación política en la que el pueblo toma parte y en todo movimiento intelectual del cual sale alguna producción literaria y se pronuncia sobre ella un veredicto. La oposición contra la monarquía saca de ella sus más medradas fuerzas, y también es ella quien excita a Varrón, Lucrecio y Catulo. Quizá nunca encontraremos imagen más viva y animada de esta sana vida de los campos que la bellísima descripción de Arpino al principio del segundo libro del *Tratado de las leyes* de Cicerón (*De Legib.*, 2, 1-3); es un pasaje encantador, un verde oasis perdido en el terrible Sahara de voluminosos escritos, por lo común insustanciales.

LOS POBRES

Sin embargo, todos estos mercaderes cultos y todos estos robustos labradores desaparecían oscurecidos por las otras dos clases que dominaban en Roma: el populacho que mendigaba, y la alta sociedad propiamente dicha. No existe ninguna estadística que nos dé a conocer las cifras relativas de la miseria y de la riqueza. Sin embargo, se recuerda el testimonio de un hombre político que vivió cincuenta años antes. Según él, en la población de Roma solo se podían contar dos mil familias que tuviesen una gran fortuna bien asegurada. Aunque desde entonces aquella población había cambiado, ¿creeremos por ello que la desproporción entre los ricos y los pobres había dejado de ser la misma? Serios indicios nos llevan a afirmar lo contrario. El creciente empobrecimiento se mostraba claramente en aquellas muchedumbres que acudían presurosas a las distribuciones de la anona y a las oficinas de los reclutadores. Y, en cuanto al aumento correspondiente de la opulencia de los ricos, un escritor contemporáneo lo atestigua expresamente cuando, al hablar de la época de Mario, declara que «entonces, un capital de dos millones de sestercios se llamaba una fortuna». Esto mismo nos prueba lo que sabemos de la riqueza de algunos hombres.

El gran propietario Lucio Domicio Ahenobarbo prometió a veinte mil soldados cuatro yugadas de tierra a cada uno, tomadas de sus propiedades. La fortuna de Pompeyo estaba valuada en setenta millones de sestercios. La del actor Esopo, en veinte millones. Marco Craso, el príncipe de los ricos, empezó su carrera con siete millones de sestercios, y a su muerte, después de haber repartido fabulosas cantidades al pueblo, todavía le quedaban ciento setenta millones de sestercios. Tanta riqueza al lado de tanta pobreza engendraba por ambos lados un mal económico y moral, muy diferente en apariencia, pero en realidad absolutamente idéntico. El hombre de las clases bajas no podía sustraerse al hambre de otra suerte que recibiendo su pan del Estado. La mendicidad, efecto y causa a la vez de su miseria, lo sumergía en la corrupción y en la holgazanería del proletariado pordiosero. En vez de ir a trabajar, el plebeyo romano se hacía papanatas del teatro, y tal era la afluencia de ellos a las tabernas y lupanares, que los demagogos procuraban ante todo interesar en sus proyectos a taberneros y rufianes. Tal era el resultado de los combates de gladiadores, síntoma y alimento de la desmoralización más desenfundada que se ha conocido en el mundo antiguo.

También es de estos tiempos una innovación abominable. Ya no es la ley del duelo o la libre voluntad del vencedor la que dispone de la vida o la muerte del vencido, sino el capricho de los espectadores, a cuya señal el vencedor perdona o mata al infeliz que yace en tierra. El oficio de gladiador está en alza cuando la libertad está en baja. Mientras que en los campos de batalla se echan de menos la intrepidez y la emulación, estas se encuentran en la arena del circo. Allí, la ley profesional obliga al gladiador a recibir el golpe mortal sin exhalar un grito y sin hacer el más ligero estremecimiento. Y hasta se ven hombres libres venderse a los empresarios como esclavos de combate, mediante un sueldo y una manutención. También los plebeyos del siglo V habían sufrido y experimentado el hambre, pero no habían traficado con su libertad, ni habían hecho de ella un oficio. Los legisladores de aquel tiempo, so pretexto de una vergonzosa práctica, tampoco habrían declarado lícito el contrato inmoral e ilegal, por el que el nuevo gladiador se obligaba «a dejarse encadenar, azotar, quemar o matar» si lo ordenaba la ley.

LUJO DE LOS RICOS. LUJO EN LA MESA

En la alta sociedad, no se presenciaban escándalos de esta índole; pero, en el fondo, aunque las cosas ocurrían de otra manera, no por eso eran mejores. El desocupado aristócrata rivalizaba en holgazanería con el proletario: el uno se acostaba en el suelo; el otro estaba hasta muy entrado el día sumergido en su colchón de plumas. La prodigalidad reinaba allí sin medida y sin gusto, e iba ostentándose en la política y en

el teatro con grave daño de ambas clases sociales. El consulado se compraba a precios enormes, y, en el estío del año 700, se vio pagar por solo una primera división de votos diez millones de sestercios. Por otra parte, el lujo exorbitante de las decoraciones del teatro ahogaba el interés artístico de la escena. Los alquileres en Roma eran por término medio cuatro veces mayores que en las otras ciudades: un día se vendió una casa en quince millones de sestercios. La casa de Marco Lépido (cónsul en 676), que era la más bella de Roma cuando murió Sila, treinta años más tarde no habría podido ponerse ni aun en el centésimo lugar entre los palacios de los ricos. Ya hemos referido el lujo que se desplegaba en las casas de campo: podría citar alguna granja, que se vendió en cuatro millones de sestercios a causa de su magnífico vivero. Un hombre de buen tono no podía tener menos de dos granjas: una, cerca de la capital, en la Sabina o sobre el monte Albano, y la otra cerca de los baños de la Campania, y necesitaba además tener un jardín a las mismas puertas de Roma. Y no eran solo las granjas. Las tumbas, que eran también verdaderos palacios, y de las cuales nos quedan algunas, atestiguan la enorme cantidad de piedra que necesitaba un rico romano para morir como hombre de buen tono. No faltaban tampoco aficionados a los perros y a los caballos: un caballo de lujo se pagaba comúnmente en veinticuatro mil sestercios. Se buscaban con interés los muebles de maderas finas, y se vendió en un millón de sestercios una mesa de ciprés de África. Había un gran refinamiento de lujo en trajes de púrpura y de gasa transparente, y se tenía un especial cuidado en arreglarse los pliegues de la toga delante del espejo. Un día, el orador Hortensio demandó a su colega por injuria, pues este le había arrugado y desordenado la toga en una apretura. También había un gran refinamiento en las joyas y en las perlas, que rápidamente reemplazaron a las antiguas alhajas de oro, en extremo más bellas y de gusto más delicado. ¿Acaso no era magnificencia propia de bárbaros el presentar, como cuando Pompeyo venció a Mitrídates, el retrato del vencedor rodeado de perlas, adornar los comedores con sofás y aparadores incrustados de plata y la cocina con utensilios del mismo metal? Ya no era suficiente para los coleccionistas de la época tener cubiletes de plata con medallones artísticamente engastados, sino que rompieron los cubiletes para incrustar los medallones en vasos de oro. El mismo lujo se desplegaba en los viajes: «Cuando el pretor va de marcha — dice Cicerón, refiriéndose a un gobernador de Sicilia—, lo que, como es natural, no se verifica en invierno, sino al principio de la primavera, y no en la primavera del calendario, sino cuando se abren las primeras rosas, hace que, a semejanza del rey de Bitinia, su litera sea conducida por ocho hombres; y allí, reclinado en blandos cojines, guarnecidos de gasa de Malta y llenos de hojas de rosa, con una corona en la frente y otra en el cuello, y una finísima almohadilla, también llena de rosas, en la nariz, se hace conducir a su posada». Y todavía este lujo excesivo no llega ni con mucho al más desenfrenado, al más grosero de todos, al de la mesa. Todo el orden

interno de las granjas, y la vida que allí se hacía, no tiene más que un objeto: el comer. En ellas hay comedor de verano y comedor de invierno y, como si esto no fuese suficiente, se come en la galería de los cuadros, en el frutero, en la pajarera, o también en un estrado elevado que hay en la conejera; y además un orfeón asalariado se presenta en traje de teatro, toca su fanfarria, y acuden al punto los gamos y jabalíes domesticados. Esto, por lo que hace a la decoración: el fondo respondía a ella. El cocinero había adquirido sus grados en gastronomía, y el jefe se hallaba muchas veces en disposición de dar lecciones a los auxiliares. Hacía tiempo que el asado clásico había cedido el puesto a los pescados de mar y a las ostras; pero ahora los pescados de agua dulce italianos son desterrados de las mesas elegantes, y los manjares delicados y los vinos de la península son tenidos en poca estima. En las fiestas populares se los da a beber a la concurrencia, además del Falerno, el Sicilia, el Lesbos y el Chios, mientras que unos treinta años antes había bastado hacer circular una vez el ánfora de vino griego en las grandes celebraciones. En la bodega de Hortensio se contaban hasta diez mil ánforas de vino extranjero. ¿Qué naturalista ha recorrido las tierras y los mares en busca de nuevas especies de animales y de plantas con el mismo celo de los artistas gastrónomos en busca de manjares delicados^[20]? Cuando los comensales se habían hartado de tantos manjares diversos, necesitaban, para no tener una indigestión, tomar algún vomitivo, cosa que no chocaba a nadie. Muy pronto fue erigido en sistema el desarreglo en todo y se extendió considerablemente: había profesores que enseñaban a la juventud elegante la teoría y la práctica del vicio. ¿A qué conduce que insistamos por más tiempo en esta monótona variedad de innobles cualidades? Y, por otra parte, tampoco los romanos dieron pruebas de originalidad en esto, limitándose solo a copiar monstruosa y groseramente el lujo del mundo oriental helénico. Plutón devora a sus hijos lo mismo que Saturno.

EL EXCESO DE DEUDAS

La concurrencia en la demanda de todos estos objetos estériles destinados a las necesidades de los grandes dio por resultado la subida inaudita de los precios. Rápidamente se disiparon las colosales fortunas de estos pródigos arrastrados por el torrente de la moda, y aquellos mismos que no hacían más que seguir por necesidad o conveniencia la corriente, también perdieron en poco tiempo su bienestar, fundado sobre un sólido patrimonio. La candidatura consular llegó a ser para las casas grandes el camino ordinario de la ruina, y lo mismo podemos decir del juego, de las locas construcciones y otros despilfarros de la vida de los placeres. Las riquezas eran propias de príncipes; pero las deudas, propias de príncipes también, las excedieron.

En 692 César tenía, deducido todo el activo, un pasivo de veinticinco millones de sestercios. Marco Antonio, a la edad de veinticuatro años, debía seis millones de sestercios y, catorce años después, cuarenta millones de sestercios. Curión debía sesenta millones de sestercios, y Milón, setenta millones de sestercios. Esta vida de disipación en el primer jefe del mundo elegante de Roma descansaba toda en el crédito. Esto lo atestigua el hecho de que un día los candidatos consulares se hicieron tal competencia en levantar empréstitos, que en Roma el interés se elevó de una sola vez del 4% al 8%. En lugar de presentar a tiempo un arreglo o una liquidación cualquiera, en virtud de la cual quedase claramente determinada su situación, el deudor ocultaba y prorrogaba hasta el último momento su insolvencia. En vez de enajenar sus bienes, y sobre todo sus bienes raíces, continuaba levantando empréstitos y dándose aires de rico, hasta el día en que la ruina se manifestaba ruidosamente, o se abría un escandaloso concurso, como el de Milón, cuyos acreedores no cobraron aproximadamente más que el 4% de sus créditos líquidos. Aquellas rápidas perturbaciones, con las que se llegaba de un salto de la riqueza a la bancarrota, aquel espíritu de vértigo erigido en sistema; todo aquello, en fin, no beneficiaba más que al astuto y frío banquero que sabía dar y negar a tiempo los créditos que se le pedían. La angustia financiera pronto llegó al extremo en que la habíamos visto en el momento más peligroso de la crisis social del siglo v. Al hallarse empeñados, los propietarios de tierras solo poseían sus fincas a título precario y nominal respecto de sus acreedores, y los deudores ordinarios llegaban a ser, literalmente hablando, los esclavos de los tenedores de títulos. Si eran de mediana condición, se presentaban de inmediato entre los libertos, pero, si eran de noble cuna, hablaban y votaban en el Senado con un signo, o conspiraban contra la propiedad, atemorizando al acreedor con terribles amenazas, y buscando el finiquito de sus cuentas en los complots y en la guerra civil. Así se explican la riqueza y el poder de un Craso; así se ven estallar, a la voz de «bórrense los registros de créditos», los tumultos de los cuales han sido héroes los Cinas, los Catilinas, los Celios y los Dolabelas. Así, un siglo antes, se había librado en el mundo helénico la idéntica batalla entre los que poseían y los que no poseían nada. Minado tan profundamente el terreno económico, se puede concebir cuán terribles eran los desórdenes que llevaba consigo la más ligera nube política o financiera. No tengo necesidad de enumerar los desastres políticos, la desaparición del capital, la repentina depreciación de la propiedad agraria, las innumerables bancarrotas y las suspensiones de pagos. Todas estas calamidades se habían sufrido durante la guerra social y la lucha contra Mitrídates, y también se sufrieron durante la guerra civil.

DESORDEN EN LAS COSTUMBRES

Ya hemos dicho que las buenas costumbres y la honrada vida de familia no eran, en todas las clases de la escala social, más que cosas despreciables. La pobreza no solo había llegado a ser el peor de los vicios y una gran vergüenza, sino que se la proclamaba por aquel entonces como el único vicio. Por dinero vendían su patria el hombre político y su libertad el ciudadano; por dinero se obtenían grados en la milicia y se conseguían los votos de los jurados; por dinero se entregaba la noble dama como la prostituta pública. Las escrituras falsas y los perjurios eran muy frecuentes, y un poeta popular llama al juramento judicial «un emplasto para ponerlo a las deudas». No se conocía el sentido de la palabra honor, y aquel que hubiera pretendido rechazar la corrupción no habría sido estimado como hombre digno, sino más bien como enemigo. La estadística criminal de todos los tiempos y de todos los países no presentará fácilmente, que yo sepa al menos, el cuadro de crímenes dobles, odiosos y contra la naturaleza, que presenta a nuestra vista el proceso de Aulo Cruencio, en el seno mismo de una de las familias notables de una pequeña aldea agrícola de Italia.

LAS AMISTADES

Mientras en el fondo de la sociedad romana iban acumulándose diariamente espesas y envenenadas capas de lodo, en la superficie solo aparecía un barniz brillante y delicado: distinguidas maneras y un concierto universal de amistades. Todo eran idas y venidas y visitas recíprocas, de modo que en las casas de los grandes al levantarse el señor todas las mañanas, era menester disponer, por este mismo o por su ayuda de cámara, el arreglo, el orden y la marcha de lo más urgente. Las personas de distinción eran generalmente admitidas en audiencia particular; a los demás se los admitía en grupos, y después, para terminar, entraban los restantes todos juntos. Cayo Graco, el primer fundador de la monarquía, como sabemos, fue el que introdujo esta costumbre. Igual que las visitas de cumplido, estuvo muy en boga el intercambio de esquelas de cortesía, y entre gentes que no tenían ni relaciones personales ni negocios estuvo de moda dirigirse «misivas amistosas» por tierra y por mar. Por el contrario, no se escribían ya cartas serias sobre asuntos reales, a menos que la carta se dirigiese a alguna corporación. De igual manera, las invitaciones a un banquete, las felicitaciones usuales de los cumpleaños y las fiestas domésticas ya no tenían nada de su carácter íntimo, y todo llegó a ser solemnidad pública. La muerte misma no se libraba de la innumerable muchedumbre de «allegados»; y, si el rico romano quería tener un fin digno, debía dejar a cada uno de ellos un recuerdo. Como sucede en ciertas regiones de nuestra sociedad de la alta banca, la vida doméstica, con sus discretas costumbres y sus familiaridades íntimas y escogidas, se había perdido

totalmente en la Roma de aquel tiempo. Aquello no era más que un tumulto de gentes de negocios, de conocimientos simples, que se intercambiaban forzadas reverencias y forzadas palabras galantes completamente insustanciales. En vez del genio vivo de la amistad, se levantaba su espectro, que era, a mi juicio, uno de los más terribles que el siglo de las preocupaciones y de la guerra civil había evocado del infierno.

LAS MUJERES

La emancipación de las mujeres ofrece otro aspecto característico de aquella harto manifiesta decadencia de la época. Hacía ya muchos años que la mujer había adquirido la libre facultad de sus bienes. En este tiempo encontramos los procuradores especiales que ponen todo su celo en el servicio de las damas ricas que viven independientes, ellos administran su fortuna, siguen sus procesos, las dominan por su práctica en los negocios y su conocimiento en la jurisprudencia, y sacan de sus aflicciones muchas propinas y muchos legados que los hacen más ricos que los corredores de Bolsa. Pero no es suficiente para la mujer el haberse librado de la tutela económica del padre o del marido. Las mimos (*mimæ*) y danzarinas, con su conocimiento de la música y otras varias artes, se ponen al mismo nivel de lo que han llegado a ser en nuestras modernas capitales; y las *prima donnas*, las *citereas* y otras, cualesquiera que sean sus nombres, se presentan en cada página del libro de la historia. A decir verdad, las artistas libres de la clase aristocrática vienen a hacer competencia y a ocasionar perjuicios a las comediantas de oficio. En las primeras casas de Roma ya no se toman en consideración los enlaces ilegales; es menester que un acontecimiento sea muy grande para que produzca escándalo, y era en extremo ridículo acudir a la justicia. Un día se cometió un escándalo sin igual: Publio Clodio, en 693, penetró en la casa del gran pontífice, donde se celebraba la fiesta de las matronas. Cincuenta años antes, por un crimen mil veces menos odioso, fueron condenados a muerte muchos culpables; pero esta vez puede decirse que no se instruyó causa, y Clodio quedó impune. Llegado el mes de abril, cuando se paralizaban en Roma los negocios, y la selecta sociedad acudía a Baia y a Puzzoli, se abría la estación de los baños. Su principal atractivo consistía en la facilidad de las relaciones lícitas o ilícitas, en los paseos en góndola o por la playa, animados por la música, el canto y los festines espléndidos. Allí las mujeres reinaban sin rival, pero bien pronto no les bastó ser soberanas en su imperio y se lanzaron a la política, se presentaron en los conciliábulos de los partidos, y con su oro y sus intrigas influyeron en el movimiento de las pandillas. Al ver a estas mujeres de Estado agitarse en el teatro de los Escipiones y Catones; al ver a aquellos hermosos jóvenes con la barba afeitada, de atiplada voz, andando a saltitos, con la gasa sobre la cabeza y el pecho,

con adornos en las bocamangas y sandalias de mujer en los pies, imitando finalmente a las rameras, nos habremos de lamentar de aquel mundo trastornado, en el que los dos sexos parecían querer cambiar sus papeles. Veamos lo que se pensaba del matrimonio, aun en los círculos aristocráticos. Uno de los mejores y más puros hombres de su tiempo, Marco Catón, no vaciló en divorciarse de su mujer por solicitud de un amigo que la quería, y, cuando después murió este amigo, la recibió de nuevo y se casó con ella por segunda vez. El celibato y las uniones estériles se hacían cada día más frecuentes en las clases altas. Antes se consideraba el matrimonio como una carga que había que sufrir en interés del Estado. Pero, en este tiempo, Catón el Joven y todos sus discípulos profesan la misma máxima considerada un siglo antes por Polibio como una de las causas de disolución de la sociedad griega: «Es deber del ciudadano conservar las grandes fortunas, y, para ello, no tener muchos hijos». ¿Qué había sido de aquellos tiempos en que llamarse *proletarius* era para todo romano un título de honor?

DESPOBLACIÓN DE ITALIA

Un estado social de esta índole había tenido por consecuencia la espantosa disminución de la raza latina. En las fértiles campiñas de Italia no se encontraban más que parásitos inmigrantes y áridos desiertos: una parte considerable de la población indígena se había marchado al extranjero. Para que pudieran sostenerse el personal de funcionarios y las guarniciones itálicas diseminadas alrededor de todo el Mediterráneo, había sido necesario sacar de la península una suma de capacidades y de brazos, que seguramente excedían las fuerzas productoras de la Italia, sin tener en cuenta que toda esta población enviada al extranjero quedaba definitivamente perdida para el pueblo romano. A medida que la República se había ensanchado y había asimilado las otras naciones al Imperio, la poderosa aristocracia había perdido cada vez más la costumbre de ver en la Italia su única patria. Gran número de los hombres reclutados o alistados en el ejército habían desaparecido en las frecuentes guerras extranjeras y en la terrible y sangrienta guerra civil. Otros, retenidos en el servicio durante largos años, y con frecuencia durante toda una generación, llegaron a ser por completo extranjeros en Roma. Las especulaciones mercantiles, lo mismo que la profesión militar, entretenían fuera de la Italia durante toda la vida, o al menos por espacio de muchos años, a los propietarios de fincas y a casi todos los comerciantes. Sobre todo estos últimos, en el curso de su carrera de viajes, habían perdido las tradiciones de la vida de ciudadanos de la ciudad madre, y hasta de la vida de familia, ya demasiado estrecha para ellos. Para reemplazarlos no quedaban en Italia más que los esclavos, los libertos proletarios, y los artesanos y mercaderes que habían venido

en gran número del Asia Menor, Siria y Egipto, quienes crecían y se multiplicaban en Roma, y más aún en las plazas marítimas de Ostia, Puzzoli y Brindisi. Pero ni siquiera se procuraba el reemplazo de los emigrados por aquel otro elemento impuro en las mayores y más importantes regiones de la península: la población se veía desaparecer de todas partes. El mal estaba indefectiblemente en las comarcas donde todos se dedicaban al pastoreo. Apulia, aquella tierra floreciente en ganados, era señalada ya por sus contemporáneos como el país más despoblado de toda Italia; la campiña de Roma se convertía por instantes en un desierto por la influencia y la reacción recíproca de la marcha de los labradores, y la infección progresiva de la atmósfera. Labici, Gabies y Bovilles, en otro tiempo preciosas aldeas, quedaron hasta tal punto desiertas, que era muy difícil encontrar en ellas los representantes necesarios para las ceremonias de las fiestas latinas. Tusculum, que siempre fue uno de los lugares más deliciosos del Lacio, ya no se componía más que de algunas familias notables establecidas en Roma, pero que conservaban en ella el derecho de ciudadanía, y contaba con menos electores que gran número de aldeas del interior. La población masculina en estado de llevar las armas, que en otro tiempo fue sostén y salvaguardia de Roma, se había reducido tanto que, al comparar los acontecimientos pasados con el estado presente, las relaciones de las guerras de los ecuos y de los volscos parecían otras tantas fábulas, y no se leían sin cierta admiración mezclada con espanto. Y aunque aquello no sucedía en todas partes, especialmente en las regiones de la Italia central y de la Campania, todavía puede decirse junto a Varrón que, «las ciudades de Italia, en otro tiempo muy pobladas, habían quedado desiertas».

ITALIA DURANTE LA OLIGARQUÍA

Ningún cuadro más triste que el que nos ofrece la península durante el gobierno de la aristocracia: entre la clase de los mendigos y la de los ricos hay, como antes, un antagonismo amenazador, sin que se haya verificado la conciliación ni hayan dado tregua a sus odios. Por el contrario, los sufrimientos recíprocos de ambas clases han enconado sus rencores. A medida que las riquezas han llegado a ser más colosales, se abría más el abismo de la miseria. En ese torbellino cambiante de la especulación y de los azares de la suerte, con frecuencia se veían precipitarse en una completa ruina a los individuos que de repente se habían elevado desde una modesta clase a las más altas posiciones. Y mientras más profunda es la separación entre las dos clases sociales, mayores son la depravación, el libertinaje y relajación de las costumbres de la familia, germen y lazo de toda nacionalidad. Ambas clases corren parejas en la ruina económica, en el vil servilismo, en la venalidad, salvo la diferencia del precio, en la criminal desmoralización y en sus apetitos de guerra a la propiedad. La riqueza

y la miseria, aliadas para el mal, arrojan a los italianos de Italia, y hacen que reine una bulliciosa turba de esclavos aquí, y un silencio de muerte allá. Cuadro aterrador, lo repito, pero que no tiene nada de excepcional. En todo Estado esclavista, tan pronto como se establece y reina el capital, como sucedió en Roma, se arruina y se destruye el mundo que salió espléndido de la mano de Dios. Mientras las ondas de los ríos revisten los colores del arco iris, las fangosas marismas toman un tinte uniforme; así la Italia de la época de Cicerón se parece a la Hélade de Polibio, o mejor, a la Cartago del tiempo de Aníbal. En ambas reinaba el capital como soberano, se destruyeron las clases medias, y, al llegar el comercio y las plantaciones a su apogeo, se cubrió con un falso barniz aquella ciudad gangrenada en sus costumbres y en sus instituciones políticas. Cualesquiera que sean las acusaciones de lesa nación y de lesa civilización que se hayan hecho en nuestros días al sistema capitalista, son poca cosa si se comparan con los crímenes de otras épocas; así como el hombre libre, por pobre que sea, está siempre muy por encima del esclavo. Cuando madure la semilla de dragón arrojada en las tierras de la América del Norte, se verá en ella una cosecha igual.

REFORMAS DE CÉSAR

En el fondo, no era posible curar las heridas económicas que mataban a Italia; y, allí donde el remedio solo era factible en parte, debía venir unido del esfuerzo del pueblo y del tiempo. No es dado al más sabio gobierno ni al más hábil médico devolver la primitiva fuerza a un sistema de circulación corrompida: cuando el mal ha atacado hasta las raíces, todo lo que se puede hacer es evitar los accidentes que podrían obstaculizar la acción bienhechora de la naturaleza. En aras de la tranquilidad, el nuevo gobierno empleó estos medios preservativos, y rápidamente desaparecieron algunas de las más peligrosas llagas del cuerpo social, tales como el aumento artificial del proletariado, la impunidad de los criminales, la venalidad de los empleos y algunas otras. Se podía hacer otra cosa mejor que no obrar mal. César no era de esos hombres, sin duda demasiado sabios, que no quieren poner diques a la mar, porque ningún dique puede desafiar las olas del equinoccio en la barra de un río. Seguramente que será mejor para un pueblo y para la economía política nacional seguir el mismo camino trazado por la naturaleza; pero en Roma el pueblo estaba fuera de ese camino, y César se vio obligado a emplear su inmensa energía personal en devolverle las tradiciones del patriotismo y de la familia, e impuso su reforma económica a fuerza de leyes y decretos.

MEDIDAS CONTRA LA EMIGRACIÓN

Era necesario, ante todo, detener el movimiento de emigración de los italianos y, para evitar las prolongadas ausencias, obligar a la clase distinguida y a los comerciantes a que trasladasen, lo más pronto posible, su residencia al suelo de la patria. César acortó la duración del servicio militar y prohibió a todos los ciudadanos del orden senatorial residir fuera de Italia, a no ser por razones de interés público, y a los demás italianos de edad núbil (de veinte a cuarenta años) les prohibió que estuviesen más de tres años consecutivos en el extranjero. Cuando estableció una colonia en Capua, en el curso de su primer consulado y movido por iguales motivos, César había tomado en consideración muy particularmente a los colonos que tenían muchos hijos. Siendo emperador, otorgó recompensas extraordinarias a los que tenían una numerosa prole, al mismo tiempo que, como juez supremo, trató el divorcio y el adulterio con un rigor que choca con todas las ideas romanas.

LEYES SUNTUARIAS

Descendió hasta los detalles de una ley suntuaria, y atacó la pródiga manía de las construcciones en sus más insensatos excesos: las construcciones sepulcrales. Limitó el uso de los vestidos de púrpura y el uso de perlas a ciertas condiciones de tiempo, edad y rango, y lo prohibió a los hombres adultos. Por último, fijó un máximo a los gastos de la mesa y prohibió ciertos lujosos platos. Pero ninguna de estas ordenanzas era nueva: lo que sí era nuevo es que ahora el censor estaba encargado de hacerlas cumplir, y tenía agentes pagados que vigilaban los mercados, y dependientes que iban a las casas de los grandes para inspeccionar su mesa y confiscar, llegado el caso, los platos servidos de contrabando. De esta enseñanza teórica y práctica de templanza impuesta por la policía del nuevo monarca a la sociedad distinguida, no había ninguna regeneración que esperar: el lujo solamente iba a ocultarse. Pero, si la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud, convenía no desdeñar aun las apariencias de decoro oficial. Después de todo, este era un paso hacia el mejoramiento de las costumbres.

LA CRISIS DE LAS DEUDAS

Las reformas intentadas al mismo tiempo en los sistemas financiero y agrícola parecían más serias y prometían mayores resultados. La crisis de dinero y las deudas

exigían, sin duda, medidas transitorias. No hago más que recordar la ley arrancada a César por un grito de justicia contra los capitales que se ocultaban. Aquella ley disponía que nadie pudiese guardar en caja, en oro o en plata, más de sesenta mil sestercios; así calmaba la cólera del irritado pueblo, a quien la usura agobiaba. En la fórmula de promulgación se decía oportunamente que solo se trataba de poner en vigor una antigua ordenanza que había caído en desuso, pero esto no era verdad. Al atestiguar esta precaución tomada por César, tenía reparo en cargar con la responsabilidad de la medida, y creo que esta no fue cumplida. Una cuestión mucho más grave era la referente a los créditos y a las deudas: el partido que se decía cesariano reclamaba violentamente la abolición pura y simple, y ya hemos visto más arriba cómo César no accedió a esto. Sin embargo, concedió a los deudores, a partir del año 705, dos importantes ventajas. Por una primera ley les perdonó los intereses atrasados y se descontaron del capital los réditos satisfechos; y, por medio de una segunda ley, el acreedor quedaba obligado a recibir en pago todos los bienes muebles e inmuebles del deudor, al tipo de su valor real antes de la guerra civil y antes de la depreciación que hubieren sufrido a consecuencia de aquella guerra. Prescripción que no era injusta en sí porque, al ser el acreedor considerado como el propietario de los bienes del deudor hasta donde alcanzase la cantidad debida, era justo que soportase su parte en la pérdida que hubieran experimentado los bienes en garantía. En cuanto a la anulación de los intereses, ya satisfechos o atrasados, la medida de hecho hacía perder al acreedor aproximadamente el 25% del capital que se le debía al tiempo de la promulgación de la ley, sin considerar los intereses. Esta medida era una satisfacción dada a las ruidosas exigencias de los demócratas, y equivalía a la abolición parcial del crédito del prestamista que, por inexorable que se hubiera mostrado al hacerse pagar las usuras, su rigor no habría justificado nunca la pérdida completa y retroactiva de su derecho al interés estipulado. Tal ley no tiene explicación posible, sino dándose exacta cuenta del punto de vista del partido democrático. Considerado esto, la prohibición del interés, arrancada a la fuerza por los plebeyos en el año 412, no había subsistido ante los esfuerzos de la nobleza, garantizada por la pretura, y árbitro de las jurisdicciones civiles. Pero, en la forma de derecho, aquella adquisición de los plebeyos era todavía ley escrita, y los demócratas del siglo VII, que se llamaban continuadores de la antigua revolución social, siempre habían afirmado que al satisfacer los intereses se pagaba una cosa indebida, y en medio de las turbulencias de la época de Mario habían conseguido poner en práctica por algún tiempo su doctrina. No es creíble que César haya participado de estas groseras ideas. Incluso, cuando comenta el incidente relativo a la liquidación de las deudas solo menciona su ordenanza, que prescribe la entrega de los bienes del deudor al acreedor para que se verificase el pago directo. Así evitaba hablar de la condonación de los intereses devengados, cuyo silencio equivale quizás a un secreto reproche. Como jefe de

partido, dependía de este, y no podía ponerse abiertamente en oposición al dogma democrático, sobre todo en la época en que se agitaba esta candente cuestión. Además, al disponerse por aquel entonces a marchar al Epiro, no era todavía el vencedor omnipotente de Farsalia. Parece que dejó hacer en vez de dar por sí mismo este golpe al derecho, a la justicia y a la propiedad, y tuvo al menos el mérito de contemporizar con las monstruosas pasiones que querían la abolición de todos los créditos. Debió tener presente este hecho que, después de todo, lo honra: los deudores estimaron totalmente ineficaces sus concesiones y se manifestaron mucho más irritados que los capitalistas, a quienes la ordenanza perjudicaba. Se los vio, como hemos referido más arriba, con Celio y Dolabela a la cabeza recurrir locamente a vías de hecho, reprimidas de inmediato, e intentaron arrancar por medio del tumulto y de la guerra civil la liberación gratuita que no les había concedido su jefe.

NUEVO REGLAMENTO DE LAS BANCARROTAS. LEYES CONTRA LA USURA

Pero, al no considerar suficiente este alivio a las necesidades actuales, César todavía quiso, como legislador, poner un dique permanente al poder abusivo del capital. Ante todo, proclamó el santo principio que considera la libertad como un bien no asimilable a la propiedad, que la proclama un derecho inalienable del hombre, y que quiere que solo el Estado pueda privar de ella a un culpable y jamás a un acreedor. Inspirándose quizás en las más humanas leyes de Egipto y de Grecia, y específicamente en las leyes de Solón, fue el primero en introducir en el derecho común este gran principio, en plena y directa oposición con las antiguas leyes de la bancarrota, y que nadie ha combatido desde entonces. Se sabe que, por la ley civil, el deudor insolvente era adjudicado a su acreedor. Pero más tarde, cuando el primero hallaba dificultad para pagar, sin encontrarse en el caso de una insolvencia absoluta, la Ley Petilia le concedía como medio para salvar su libertad personal el recurso de abandonar todos sus bienes y, con el tiempo, hasta el mismo ciudadano insolvente obtuvo ciertos arbitrios accesorios. Pero, cualquiera que hubiera sido la práctica, el principio permaneció inmutable durante cerca de quinientos años, y comúnmente no se entablaba un procedimiento contra los bienes sino en el caso en que el deudor hubiera muerto o hubiera perdido el derecho de ciudad, o no pudiese ser hallado. César, lo repito, fue el primero que concedió al insolvente la facultad que todavía hoy sirve de base a todas las liquidaciones de bancarrota. En lo sucesivo, fuera o no suficiente el activo para el pago del pasivo, el deudor, por el abandono de sus bienes, y salvo la limitación de sus derechos honoríficos o políticos, conservó al menos su libertad. De esta forma pudo comenzar de nuevo la vida de los negocios, sin que se

restara de su pasivo anterior, no cubierto por la liquidación de la bancarrota, sino solamente la cantidad que pudiera pagar, sin arruinarlo por segunda vez. Al emancipar de esta suerte la libertad individual de la servidumbre del capital, conquistaba el gran demócrata una gloria imperecedera. Todavía fue más lejos: quiso refrenar el poder abusivo de este mismo capital en el orden político con el auxilio de sus leyes usurarias, con lo cual permaneció fiel a las antipatías de su partido contra los créditos con interés en los contratos pecuniarios. En Italia, el préstamo con interés se limitó, con respecto al prestatario, a una cantidad máxima calculada sobre la importancia de sus inmuebles itálicos, y según parece no podía pasar de la mitad de su valor. Toda infracción constituye un delito perseguido en la forma prescrita por las leyes republicanas sobre la usura y ante una comisión del jurado. Suponiendo que se pusiera en práctica aquel sistema, debía tener por efecto obligar a los hombres de negocios a hacerse sin demora propietarios de fincas en la península, o iba a desaparecer aquella plaga de capitalistas, que no vivían más que del interés de sus capitales colocados. Y mientras estos, para poder continuar su tráfico, compraban de buen grado o por la fuerza las fincas en su propio nombre, disminuía el número y la clase de los prestatarios arruinados y de los propietarios nominales, que solo explotaban las posesiones por cuenta de los acreedores. Por otra parte, es evidente que César nunca pensó en renovar simplemente la prohibición del interés en el sentido en que lo entendía el antiguo partido popular; por el contrario, quiso asegurar la práctica de los préstamos usurarios, pero dentro de ciertos límites. ¿Se limitó a poner en vigor estas medidas solamente en Italia, sobre todo la ley del *maximum* aplicada al capital prestado? La cosa me parece inverosímil, y estimo que al mismo tiempo debió establecer para las provincias un tipo máximo de interés. Ya regían en el Imperio, en el Asia Menor, algunas disposiciones en esta materia, tales como la prohibición del interés mayor al 1% al mes, la interdicción del anatocismo o la demanda en justicia de una suma de intereses devengados que excediese el total del capital primitivo. Todas estas disposiciones también son tomadas probablemente de las legislaciones griega y egipcia^[21], y consignadas por primera vez en las ordenanzas de Lucio Lúculo o de sus sucesores, que también se habían ocupado de esto. Pronto los pretores hicieron extensivas estas medidas a muchos otros gobiernos, y, por último, un senadoconsulto del año 704 les había dado en parte fuerza de ley en todas las provincias. Quizá deba atribuirse a César la completa aplicación de estas ordenanzas de Lúculo que encontramos más tarde transformadas en leyes generales, llegando a ser la base de toda la legislación romana y, puedo añadir, de las legislaciones modernas en esta materia.

FOMENTO DE LA AGRICULTURA

De estas medidas, tomadas para corregir los abusos del capital, a las medidas que tendían a incorporar la agricultura a las vías más favorables de la prosperidad del Estado, no había más que un paso. Una primera y esencial necesidad se hacía sentir: las reformas del sistema judicial y de la policía, pues, en esta época, nadie en Italia tenía seguridad para su persona y sus bienes muebles o inmuebles. ¿Acaso no hemos visto a los jefes de partidas en Roma, cuando sus gentes no estaban ocupadas en revueltas políticas en la capital, irse a ejercer el oficio de ladrones en los bosques de Etruria, o a conquistar en otras regiones nuevos dominios en provecho del patrono que los tenía a sueldo? César puso fin a este reinado de la fuerza y de la violencia, y todas las clases de la población rural sintieron inmediatamente el beneficio. No se limitaban a Roma los trabajos públicos emprendidos por el nuevo monarca, y quiso que Italia también los aprovechara. Hizo construir una ancha carretera que, partiendo de la capital, y yendo a parar al Adriático por las gargantas de los Apeninos, debía facilitar el tráfico interior, y preparó la desecación del lago Fucino en provecho de la agricultura del país de los marsos. Por otra parte, también puso mano directamente en el sistema económico, y obligó a los ganaderos de Italia a elegir por lo menos la tercera parte de sus pastores, entre hombres libres y adultos, con lo cual daba al mismo tiempo un golpe rudo al bandolerismo y abría una carrera al proletariado libre.

DISTRIBUCIONES DE TIERRAS

Venía ahora la cuestión agraria, de la que ya se había ocupado en el tiempo de su primer consulado. Más prudente en este punto que Tiberio Graco, se guardó de intentar el restablecimiento de la clase agrícola a cualquier precio, aun a costa de una revolución contra la propiedad, y se disculpó con pretextos jurídicos. Para él, como para cualquier político serio, la primera y más inviolable de las máximas del Estado reclamaba ante todo la seguridad de la propiedad, o de lo que es considerado como tal por la opinión pública. Sobre esta base, claramente determinada, se esforzó tan solo en preparar el desarrollo de las pequeñas posesiones itálicas: aquí estaba a su entender la cuestión vital, y a ella se consagró activamente. Respetó indistintamente todas las posesiones particulares, así fuesen a título de propiedad o de señorío hereditario, o se remontasen a los tiempos de Cayo Graco o de Sila. Pero no hizo lo mismo con los dominios itálicos de la República, y con los numerosos inmuebles que pertenecían por derecho al Estado y eran poseídos por las corporaciones sagradas. Respecto de estos, procedió de una manera severa y sencilla, sin consentir en retraso o negligencia, aun en los más pequeños detalles. Mandó hacer la revisión general de todos los títulos de los poseedores ante la comisión de los veinte, expresamente organizada al efecto, y luego dispuso las asignaciones parcelarias de tierra, en lo que

era aplicable a la agricultura, según el método de los Gracos. En cuanto a los pastos de verano de la Apulia, y a los de invierno del Samnium, pertenecientes al Estado, los conservó bajo el dominio público. Decidió que, si no bastaban las tierras que habían de distribuirse, se comprasen a los propietarios italianos, a expensas del Tesoro, los terrenos que fueran necesarios. Siendo preciso escoger rápidamente a los nuevos agraciados, los eligió entre los soldados, a quienes estaba reorganizando. Con esto consiguió, en cuanto le fue posible, aliviar las cargas del alistamiento, cambiar el mal en bien, y devolver a la patria, convertidos en propietarios agrícolas, a los proletarios que le había arrancado en forma de reclutas. Al principio, César parece haber enviado a sus improvisados colonos preferentemente a las ciudades latinas despobladas: Veyes y Capena. Dispuso que los colonos no pudieran deshacerse de sus tierras sino veinte años después de tomar posesión de ellas: afortunada transacción entre la absoluta libertad de enajenar, la cual habría hecho pasar en breve los lotes asignados a las manos de los grandes capitalistas, y las restricciones permanentes y vanas, imaginadas antes por Tiberio Graco y por Sila, para poner estas tierras fuera del movimiento natural de la propiedad.

RENOVACIÓN DEL SISTEMA MUNICIPAL

La mano del enérgico *imperator* de Roma se ha manifestado benéfica al pueblo de Italia, ha remediado los males de su vida económica y ha dado fuerza a los mejores elementos que había allí. Los municipios pedían a su vez una reorganización: al haber salido de la crisis de la guerra social, y al ser una parte integrante y vasta del sistema económico y político del Imperio, los municipios comunicaron a la monarquía absoluta los elementos de su vida social, y renovaron y activaron la circulación, hoy suspendida, de los mejores jugos del organismo público. Hagamos resaltar aquí las principales disposiciones de las dos leyes municipales de César: una promulgada en 705 para la Galia cisalpina, y la otra, en 709, para toda la Italia, la última de las cuales continuó siendo el derecho común y fundamental. Las principales disposiciones de estas leyes incluían una rigurosa depuración de los colegios locales, eliminando de ellos los elementos corrompidos, sin que en estas eliminaciones influyera ni una sombra de preocupación de partido; restricciones puestas, en la medida de lo posible, a la excesiva centralización; libre desenvolvimiento del municipio con la facultad de elegir sus magistrados y con la jurisdicción civil y criminal dentro de ciertos límites, y, paralelamente, algunas precauciones de interés público como, por ejemplo, las restricciones puestas a las asociaciones. Con esto César aspiraba a la reforma social del pueblo itálico. Será fácil a la crítica censurar la insuficiencia de estas disposiciones, enumerar los vicios que dejaban perpetuar, y

también hacer ver los puntos en que representaban un obstáculo sensible a la libertad de las transacciones; y todavía más fácil será decir que el mal era absolutamente incurable. No obstante, el hombre práctico admirará la obra y al obrero. Cuando el mismo Sila había desesperado, y no había intentado más que una reorganización en la forma, ¿no era meritorio para César atacar la hidra en su nido y luchar con ella cuerpo a cuerpo? Es evidente que este ha hecho cuanto era posible a un hombre de Estado, a un romano. No esperaba, no podía esperar tampoco que sus reformas rejuvenecieran a Italia, cuya obra emprendió por un camino diferente. Pero, antes de referir su tentativa, conviene que exponamos aquí el cuadro de las provincias y la situación en que las había encontrado.

LAS PROVINCIAS

Al advenimiento de César, había en el Imperio catorce provincias. Siete en Europa: las dos Españas, citerior y ulterior; la Galia transalpina, la Galia italiana con la Ilírica, la Macedonia con la Grecia, la Sicilia y la Cerdeña con la Córcega; cinco en Asia: la propia Asia, la Bitinia y el Ponto, la Cilicia con Chipre, la Siria y la Creta, y dos en África: la Cirenaica y la propia África. A estas hay que agregar los tres gobiernos de nueva creación instituidos por César, las dos Galias lionenses, Bélgica y la Iliria, separada de la cisalpina, y que en total formaban un total de diecisiete provincias^[22].

SU ADMINISTRACIÓN DURANTE LA OLIGARQUÍA

Puede afirmarse que la administración de las catorce provincias de la República durante la oligarquía excedió en todo linaje de abusos a cuanto se había visto hasta entonces, al menos en el Occidente, donde por lo mismo se señalan tan numerosos ejemplos de arbitrariedad, que la imaginación no podría concebir nada más horrible y odioso. Hagamos constar, sin embargo, que los romanos no son los únicos responsables de aquel estado de cosas. Antes que ellos, las dominaciones griega, fenicia y asiática habían desterrado del corazón de los pueblos, en casi todos los países, los sentimientos más elevados, la idea del derecho y los recuerdos de la libertad de otros mejores tiempos. Todo provinciano acusado tenía el deber de presentarse en persona en Roma si era requerido, para responder allí a la acusación. Todo procónsul o pretor se mezclaba arbitrariamente en los asuntos de justicia y en la administración de las ciudades tributarias, pronunciaba sentencias de pena capital, derogaba los actos de los consejos locales y, en tiempo de guerra, disponía a su arbitrio de las milicias, y Dios sabe de qué manera tan escandalosa lo hacía. Así fue

como Cotta las colocó en los puestos más peligrosos de la Heráclea pónica para ahorrar la sangre de los suyos, y, al no marchar las operaciones a su gusto, hizo decapitar a los ingenieros. Ni las leyes morales ni las criminales se habían hecho para el gobernador romano y sus gentes, quienes cometían diariamente todo género de crímenes, coacciones, profanaciones y muertes con o sin forma de proceso. Y, sin embargo, aquel no era un espectáculo nuevo: ¿qué región, en efecto, no estaba acostumbrada a un régimen de esclavitud? Los goces materiales, únicos que se disfrutaban todavía en las provincias al lado de estos numerosos y crueles señores, eran turbados frecuentemente por los acontecimientos, y, con todo, por frecuentes que fueran los cambios de fortuna no afectaban sino a individuos aislados. Pero pesaba sobre todos un afrentoso yugo, el yugo de una explotación financiera sistemática, implacable y sin ejemplo en la antigüedad, con el cual los romanos continuaron ensayando su genio positivista. Ya hemos expuesto, en otro lugar, el sistema del impuesto provincial con sus condiciones moderadas y sabias en un principio, y después el aumento de sus exigencias y sus destructores efectos; ya se comprende que solo estos fueron progresando. Los impuestos ordinarios eran más irritantes por la desigualdad de la repartición y los vicios de la recaudación, que por lo elevado de las cuotas. Los políticos romanos eran los primeros en confesar que la obligación del alojamiento militar, cuando las legiones se acantonaban en una ciudad en cuarteles de invierno, equivalía para esta a un ataque y un asalto dados por el enemigo. Originalmente, el impuesto tenía el carácter de una compensación aceptada por la República a cambio de las cargas de la guerra, y, como consecuencia, la ciudad contribuyente tenía el derecho de reclamar la inmunidad del servicio militar ordinario. Mas he aquí que un día, en Cerdeña, por ejemplo, Roma obligó a las tropas provinciales a cubrir casi todas las guarniciones de las plazas, y después no tardó en someterlas a un impuesto más oneroso: la provisión de toda la caballería de los ejércitos regulares. En cuanto a las prestaciones irregulares, tales como suministro de trigo, gratuito o poco menos, en beneficio exclusivo del proletariado de la capital; los armamentos diarios y siempre costosos de escuadras; la defensa de las costas contra los piratas; las enormes contribuciones en trabajos de arte y en fieras de toda especie; los anticipos de todo género para subvencionar el desenfrenado lujo del teatro y de las luchas de fieras, y las requisas militares en caso de guerra, eran cargas con frecuencia tan humillantes como incalculables. Un ejemplo nos hará ver sus resultados. Durante los tres años del gobierno de Verres en Sicilia, el número de agricultores se redujo de ochenta y cuatro a treinta y dos en Leontini; de ciento ochenta y siete a ochenta y seis, en Motyka; en Herbita, de doscientos cincuenta y dos a ciento veinte; en Agyrion, de doscientos cincuenta a ochenta. Además, en cuatro de los más fértiles distritos de la isla hubo cincuenta y nueve propietarios entre cien que prefirieron dejar sus tierras de eriales a continuar cultivándolas, sometidos a tal

régimen. Y estos propietarios no eran, como lo indica su cortísimo número y lo atestiguan documentos fehacientes, pequeños y pobres labradores, sino que todos pertenecían a la clase de los grandes agricultores y casi todos eran ciudadanos romanos.

Si en los Estados aliados variaba la forma, el impuesto en sí mismo pesaba sobre ellos aún más rudamente: al igual que los romanos, el príncipe indígena oprimía a sus vasallos. En Capadocia y en Egipto el labrador estaba tan arruinado como el rey: el uno no podía pagar al colector de impuestos, ni el otro su tributo a Roma. Agréguese a esto las exacciones del pretor y las de sus amigos, cada uno de los cuales obraba como si tuviera sobre el contribuyente un título legítimo y el derecho de no volverse a Roma sin haber aumentado considerablemente su peculio. La oligarquía romana, parecida a una gran partida de ladrones, se consagraba por vocación y por oficio al saqueo de las infortunadas provincias. Tampoco se ponía gran cuidado en ser hábil en la mencionada profesión: ¿para qué?, ¿no sería menester repartir un día el botín con los abogados y los jueces? Se robaba con más seguridad si se robaba más, y aquel que lo hacía se preciaba de hombre de honor: el gran bandido no tenía más que desprecio para el ladrón en pequeño, y este a su vez despreciaba al ratero. Y si por una rara casualidad uno de ellos llegaba a ser condenado, ¡cuánta era su vanagloria por las muchas concusiones de que había sido convencido! Así se portaban en esta época en las magistraturas provinciales los descendientes de aquellos grandes hombres que en otro tiempo acostumbraban volver a Italia con el reconocimiento de los pueblos vasallos y la aprobación de sus conciudadanos.

LOS CAPITALISTAS EN LAS PROVINCIAS. GUERRAS Y LATROCINIOS

Y esto no era todo, había caído sobre las provincias otro azote mucho más terrible: el de los traficantes italianos, menos vigilados aún que los gobernadores, y en cuyas manos se habían concentrado la mayor parte de los terrenos, todo el comercio y todo el dinero. En las provincias transmarinas, todos los bienes raíces pertenecían a las familias notables de Italia. Abandonados a la lepra de los administradores, estaban amenazados de ruina y jamás eran visitados por sus dueños, excepto aquellos que estaban convertidos en parques de caza, cada uno de los cuales alcanzaba en esta época, en la Galia cisalpina, una superficie de cerca de una milla alemana cuadrada. La usura florecía como en los tiempos pasados. Los pequeños propietarios rurales de Iliria, del Asia y del Egipto en la época de Varrón ya no eran otra cosa, en su mayoría, que esclavos por deudas de sus acreedores romanos o no romanos, como antes los *nexi* plebeyos con relación a sus prestamistas. Hasta en las ciudades se veía colocar

los capitales a una tasa del 4% al mes. Con frecuencia los traficantes activos e influyentes, con objeto de facilitar sus especulaciones fuera de Roma, conseguían que el Senado o el propretor les diesen un título de encargados de negocios o un título de oficial, con una buena escolta, si era posible. Tenemos el siguiente relato de fuente muy autorizada. Uno de estos honrados y belicosos banqueros tenía un día no sé qué crédito contra Salamina de Chipre, exigió el pago y bloqueó el consejo de tal suerte que cuatro consejeros murieron de hambre. Al suplicio de esta doble opresión, ambas insufribles, cuyos medios combinados habían llegado a ser la norma de conducta, se agregaban los sufrimientos generales imputables también a la República, al menos indirectamente. Las numerosas guerras costaban a las provincias enormes cantidades, unas veces siendo presa de los bárbaros y de los ejércitos romanos, y otras siendo totalmente desangradas. Ni por mar, ni por tierra tenían seguridad, pues quedaban a merced de los salteadores y piratas que se enseñoreaban de todo y por todas partes. En Cerdeña y en el interior del Asia Menor, el bandolerismo era una enfermedad endémica; en África y en la España ulterior fue menester rodear de murallas y torres todos los edificios situados fuera del recinto fortificado de las ciudades. En uno de los capítulos precedentes hemos descrito los horribles estragos de los piratas. Se había recurrido a la panacea del sistema prohibitivo: prohibir la exportación del oro y de los cereales, recurso ordinario de los pretores romanos para evitar las crisis de dinero y las hambrunas. Pero la situación no había mejorado por esto, y casi en todas partes, como si no bastara la universal angustia, las ciudades caían en la disolución a causa de los desórdenes locales y de las concusiones de sus propios magistrados.

RESUMEN DE LA SITUACIÓN

Cuando, lejos de ser pasajeros, se perpetúan durante siglos los sufrimientos, y hacen sentir a las comunidades e individuos su inevitable pesadumbre, que va creciendo de año en año, por bien organizadas que estén las administraciones pública o privada, no pueden menos que sucumbir a estos vicios. Una indecible miseria se extendía sobre todas las naciones, desde el Tajo hasta el Éufrates. «Todas las ciudades han perecido», se lee en un escrito publicado en el año 684. De ello tenemos un testimonio expreso en lo concerniente a España y a la Galia narbonense, las dos provincias que relativamente habían sufrido menos. En el Asia Menor, había ciudades despobladas como Samos y Halicarnaso. En consideración a las crueldades de que era víctima la población libre, la esclavitud ordinaria parecía un puerto de salvación, y hasta el sufrido asiático, nos dicen los hombres de Estado romanos, se hallaba cansado de la vida. El que tenga curiosidad de medir las profundidades a que puede descender el hombre en la práctica del crimen, o en su resignación no menos culpable

a la desenfadada iniquidad, debe echar una mirada sobre los procesos de este tiempo, y en ellos verá lo que fueron los magnates de Roma y lo que los griegos, los fenicios y los sirios han debido soportar. Más de un magistrado romano confiesa claramente y sin rodeos que el nombre de Roma era profundamente aborrecido en toda el Asia y en toda la Grecia. Un día los heracleotas pónicos dieron muerte a todos los aduaneros: hecho sensible, se dirá, pero lo que hay que sentir es que hechos de esta índole no se repitiesen con más frecuencia.

CÉSAR Y LAS PROVINCIAS. MAGISTRADOS DE CÉSAR

Los optimates se burlaban de su nuevo soberano que iba a visitar una tras otra todas sus posesiones. Y en verdad que el estado de las provincias reclamaba toda la actividad y toda la sabiduría de uno de estos raros hombres en quienes el oficio de reinar no debe ser para los pueblos un manifiesto ejemplo de la insuficiencia humana. Solo el tiempo podía curar las heridas abiertas, y a César le tocaba velar porque la acción de aquel no fuera estéril y no se abriesen de nuevo estas. Para ello cambió la administración totalmente. Los procónsules y propretores de Sila habían sido en sus gobiernos verdaderos soberanos sin limitación de poder y sin que se ejerciera sobre ellos vigilancia alguna; los de César, por el contrario, no fueron más que servidores disciplinados de un jefe severo que, por la unidad y por la duración de su poder vitalicio, era para sus vasallos una mejor y más natural garantía que el mudable capricho de muchos tiranos anuales. Como antes, las provincias fueron repartidas entre los dos cónsules salientes y los dieciséis pretores; pero, de estos, el emperador nombraba directamente a ocho, y a él pertenecía la designación de todos los gobernadores. De este modo los gobiernos y magistrados estaban bajo su dependencia y, al mismo tiempo que organizó los primeros, se dedicó a limitar el poder de los segundos, a quienes dejó la administración de justicia y la dirección administrativa de las ciudades. Al mismo tiempo puso por encima de su *imperium* el mando supremo centralizado en Roma, y a su lado, las atribuciones de los lugartenientes. Confirió, según todas las apariencias, el poder efectivo a los agentes imperiales, de tal suerte que el gobernador de provincia se vio desde entonces rodeado y necesariamente estorbado por un personal auxiliar que dependía directamente del emperador por virtud de la ley de la jerarquía militar, o por la ley aún más severa de la clientela palaciega. Poco antes, cuando se presentaban el pretor o el cuestor, podían ser considerados como dos ladrones que se habían separado de la cuadrilla para sacar por fuerza la contribución; en lo sucesivo estuvieron allí los oficiales de César para proteger al débil del fuerte. A la comprobación más que nula de los tribunales de caballeros o senadores romanos, había sucedido la

responsabilidad real del funcionario ante un justo y vigilante monarca. En tiempo de su primer consulado, puso en vigor y aumentó las penalidades de la ley de las concusiones, la cual fue aplicada a los mandos de las provincias con un rigor inexorable que a veces excedía las mismas prescripciones del texto. Por lo demás, cuando los agentes del fisco cometían algún acto inicuo, César los castigaba como el jefe de una casa castiga a sus criados y libertos cuando han cometido alguna falta.

REGLAMENTACIÓN DE LOS IMPUESTOS

Los impuestos públicos extraordinarios volvieron a bajar a su justa medida, se nivelaron con las necesidades reales, y también sufrieron notables rebajas los impuestos ordinarios. Ya nos hemos extendido bastante en la reforma del sistema de impuestos: ¿no eran, en efecto, otras tantas reformas, otros tantos beneficios acogidos con gozo por las provincias, la ampliación de los casos de inmunidad, la rebaja en gran escala de las contribuciones directas, las restricciones en el régimen de los anticipos de África y de Cerdeña, y la completa supresión de los agentes intermediarios de la recaudación del impuesto directo? Además, ¿César también habría pretendido, como su gran precursor democrático Sertorio, librar a los pueblos de la carga del alojamiento militar? ¿Intentaría que en lo sucesivo sus tropas construyesen campamentos permanentes a manera de una ciudad militar? No tenemos pruebas de ello, pero lo cierto es que jamás, ni aun en la época misma en que trocó por la soberanía su papel de pretendiente, dejó al ciudadano a merced del soldado, y vemos además a los continuadores de su política ejecutar su pensamiento al edificar numerosos campamentos permanentes, que se transformaron en verdaderas ciudades, en focos de civilización situados en las fronteras de los bárbaros.

REACCIÓN CONTRA EL SISTEMA CAPITALISTA

Corregidos los vicios administrativos, quedaba por combatir, y esta era una tarea mucho más difícil, a los capitalistas romanos y su poder avasallador, para cuya destrucción era menester emplear remedios más peligrosos que el mal mismo. César debió contentarse por el momento con la corrección de algunos abusos. Prohibió las misiones libres senatoriales, que eran verdaderas credenciales dadas a la especulación usuraria, y reprimió enérgicamente la violencia pública y la usura flagrante, con el auxilio de la ley penal común, o con leyes especiales aplicables a las provincias. La curación total solo podía esperarse cuando, a la larga y bajo un régimen mejor, reapareciera el bienestar general. En los últimos tiempos se habían tomado muchas

medidas transitorias que tenían por objeto venir en auxilio de una situación apurada. En 634, siendo pretor en la España ulterior, César había asignado a los que tenían créditos pendientes las dos terceras partes de la renta de sus deudores, para que se cobraran con esta garantía. De la misma manera, Lucio Lúculo, procónsul en Asia algún tiempo atrás, había declarado nulos parte de los atrasos de interés que habían aumentado considerablemente y, para la parte válida, había asignado en pago la cuarta parte del producto de las tierras que pertenecían a los préstamos, o una cuota equivalente sobre el producto de las casas alquiladas y del trabajo de los esclavos. Nada nos dicen los autores contemporáneos sobre si César, después de la guerra civil, arregló por medios análogos la liquidación general de las deudas en las provincias; pero de todo lo que dejamos expuesto y de lo que hizo en Italia se desprende, sin que pueda cabernos duda alguna, que tocó la cuestión fuera de la península, o tuvo la intención de tocarla.

Resumamos: en la medida de las fuerzas humanas, César había librado a las provincias de la tiranía de los funcionarios y de los capitalistas, y podían esperar confiadamente que el nuevo gobierno, rejuvenecido y fortificado, llegaría también a ser el terror de las vecinas hordas salvajes y sabría dispersar a los piratas y salteadores, como el sol que al elevarse en el horizonte disipa las nubes. Aún estaban frescas las antiguas heridas, pero ya los vasallos de Roma vislumbraban la aurora de una era mejor. Veían la elevación del primer gobierno inteligente y humano que les fue concedido después de muchos siglos de sufrimientos, y la primera política de paz, apoyándose, no en la influencia, sino en la fuerza. Y no será más que un acto de justicia, si el día de la muerte de su gran libertador se los ve con los mejores romanos llorar sobre su cadáver.

PRINCIPIO DEL IMPERIO ITALOHELÉNICO

Las reformas del sistema provincial no habían tenido, sin embargo, por principal objeto la extirpación de los abusos existentes. Durante la República, las provincias no habían sido, tanto para los aristócratas como para los demócratas, otra cosa que lo que con frecuencia se las llamaba, «los dominios del pueblo romano», y, como tales, se había usado y abusado de ellas; pero su explotación tocaba a su término. Sin duda iban a perder poco a poco su propia existencia al convertirse en provincias, pero la raza italohelénica vivificada preparaba en ellas una nueva y más extensa patria. Allí no se encontrará, entre cien pueblos diferentes, ni uno solo que deba sacrificarse por los otros; allí, todos para uno y uno para todos, van a confundirse en adelante en el seno de una nacionalidad llena de vida y de grandeza, llamada a curar los males y las llagas del pasado, que la vieja Italia no había podido combatir. Desde siglos atrás, la

emigración italiana había invadido sin detenerse un solo instante todos los países de fuera y, sin que los emigrantes tuvieran conciencia de ello, se había preparado la actual extensión. Por lo demás, Cayo Graco, el fundador de la monarquía democrática, fue el primero que abrigó el pensamiento de la gran fusión, cuando ponía por obra la conquista de la Galia transalpina y el envío de colonias romanas a Cartago y a Narbona, y arrojaba a los italianos fuera de su península. También tuvo este pensamiento Quinto Sertorio, el segundo político de genio que ha producido la democracia romana, quien había llamado a los bárbaros de Occidente a participar de los beneficios de la civilización latina, dando el traje romano a la juventud noble de España, y obligándola a hablar en latín y a recibir en la Universidad de Osca los rudimentos de la cultura y educación itálicas. Al advenimiento de César, una considerable población italiana, aunque no fija ni concentrada, ya se hallaba esparcida en todos los territorios provinciales y aliados. Sin hablar aquí de las ciudades que se habían fundado al otro lado de los Pirineos y en la región narbonense, a imitación de las de la península, nos bastará, por ejemplo, hacer mención de los numerosos contingentes de soldados ciudadanos levantados por Sertorio en España, por César en las Galias, por Juba en Numidia y por los constitucionales en África, en Macedonia, en Grecia, en el Asia Menor y en Creta. Después de esto, es inútil recordar aquella lira latina, mal afinada aún, con que los poetas de Córdoba cantaban las guerras de Sertorio y las alabanzas del héroe romano, y aquellas traducciones de los poetas griegos, estimadas por la elegancia de la dicción, que fueron publicadas poco después de la muerte de César por el transalpino Publio Terencio Varrón del Aude, el más antiguo poeta latino natural de países extraitálicos que ha conquistado un nombre.

Por otro lado, parece que Roma y Grecia se compenetraban desde que la primera había brotado, por decirlo así, de la tierra. Pero si, al unificarse Italia, los latinos victoriosos habían asimilado los pueblos vencidos, no habían hecho más que explorar la nacionalidad griega, sin absorberla ni siquiera exteriormente. A todas partes donde fuera el legionario, iba seguido del preceptor helénico, que también conquistaba a su manera. A este preceptor se lo encuentra desde mucho tiempo atrás en las riberas del Guadalquivir, enseñando la lengua de los griegos. En Osca la juventud española aprende tanto el griego como el latín. Los estudios superiores no eran en Roma más que la predicación en lengua itálica del gran evangelio del arte y de las costumbres de los helenos; y estos habrían hecho mal en protestar enérgicamente contra la modesta audacia de los conquistadores civilizadores latinos, que llevaban a los bárbaros de Occidente aquel mismo evangelio, disfrazado con el traje del idioma romano. Desde hacía mucho tiempo Roma no era para los griegos más que la espada y el escudo del helenismo. Estos invocaban a Roma en todos los países, y principalmente en aquellos en que el sentimiento nacional se mantenía más puro y vivo: sobre las fronteras de los

bárbaros, donde la nacionalidad corría peligro; en Masalia, sobre las costas septentrionales del mar Negro, y sobre el Éufrates y el Tigris. Y, al edificar ciudades en las regiones del Oriente, ¿no había reanudado el mismo Pompeyo la obra de Alejandro de Macedonia, interrumpida durante algunos siglos? El pensamiento de un imperio grecoitalico, doble por la lengua y único por la nacionalidad, no era nuevo. De otro modo habría sido una falta. Pero convertir en una concepción real aquel pensamiento todavía vago, y reunir sin vacilaciones todos los débiles ensayos dispersos, era una obra grandiosa, la cual fue realizada por el tercero y el más grande político de la democracia romana.

LAS NACIONALIDADES PREDOMINANTES. LOS JUDÍOS. SU POSICIÓN EN EL IMPERIO

Había una primera y esencial condición para la nivelación política y nacional del mundo. Esta condición era nada menos que el mantenimiento y la extensión de los dos pueblos a quienes pertenecía en común el Imperio, y, por consiguiente, rechazar tan rápidamente como fuera posible las razas bárbaras, o llamadas bárbaras, situadas al lado de ellos. Además de los romanos y los griegos, quizá conviene hacer mención de un tercer pueblo, su rival en ubicuidad en el mundo de entonces, el cual está llamado a desempeñar un importante papel en el nuevo Estado creado por César. Me refiero al pueblo judío. Raza notable, flexible y pertinaz a la vez, se encuentra en todas partes y ninguna es su patria. En todas partes es poderosa, y en ninguna ejerce su poder. En tiempo de César, los sucesores de David y Salomón eran para ellos exactamente lo mismo que es Jerusalén en nuestros días. Y si ellos se unen al pequeño reino hierosolimitano como al centro visible de su unidad religiosa e intelectual, su nacionalidad, lejos de circunscribirse al pueblo vasallo de los hasmoneos, iba, por el contrario, extendiéndose sobre todas las comunidades judías esparcidas por los Imperios parto y romano. En Alejandría, lo mismo que en Cirene, se había formado en el seno de la gran ciudad otra más pequeña, con su gobierno propio, separada y limitada. Se parecía bastante al «cuartel judío» de nuestras ciudades, aunque más libre, y obedecía a un alcalde que era a la vez juez sin apelación y administrador. Ya antes de César la población judía de Roma era numerosa y muy unida por el vínculo de su nacionalidad. Como prueba de esto, contamos con el testimonio de un contemporáneo, según el cual sería imprudente que el pretor agraviase a algún judío en su provincia, y, de ser así, aquel podía contar con los silbidos del populacho a su regreso a Roma. También en esta época el comercio era la principal ocupación de los judíos. El traficante judío seguía al mercader y al conquistador romano como siguió más tarde al veneciano y al genovés, y al lado del

capital de los comerciantes italianos, afluyó el de los judíos a todos los países. En fin, por aquel entonces como hoy, los occidentales abrigaban una particular antipatía contra esta raza, oriental en el fondo, y contra sus opiniones y sus insólitas costumbres. De cualquier manera, y por poco animada que haya sido la figura del judaísmo en el triste cuadro de la época, no por eso deja de ser un elemento histórico importante, y encuentra la ley de su desenvolvimiento en el curso natural de los sucesos, que el verdadero político no podía ni desconocer ni combatir. César, a ejemplo de Alejandro, su predecesor, prefirió en cuanto le fue posible, y con perfecto conocimiento de causa, prestarles protección y ayuda. Con la fundación de la comunidad de los judíos en Alejandría, el héroe macedonio había hecho en beneficio de la nación casi tanto como su rey David edificando el templo de Jerusalén. César, a su vez, los llamó a Alejandría y a Roma, les concedió ventajas y privilegios especiales, y protegió notablemente su culto contra la intolerancia de los sacerdotes locales griegos y romanos. Y no es que estos dos grandes hombres trataran nunca de considerar la nacionalidad judía como igual a las helénica o italohelénica. Pero el judío no es un occidental, y no ha recibido el don de Pandora del genio político. Indiferente a la forma de gobierno, abandona tan difícilmente lo que constituye el fondo de su carácter nacional, como acepta sin pena el traje de otra nacionalidad y se liga, hasta cierto punto, a todos los pueblos extranjeros. Dadas estas condiciones del pueblo judío, ¿no estaba expresamente formado, si así puede decirse, para tener su asiento en el Imperio, en aquel Estado fundado sobre las ruinas de otros cien Estados diferentes que tuvieron su propia vida en aquella nueva nacionalidad, en cierto modo abstracta, cuyos más culminantes caracteres se habían gastado de antemano? El judaísmo en el antiguo mundo llevaba también en sí un fermento activo del cosmopolitismo y de la disgregación de los pueblos, y por tanto entraba con justicia en la órbita de la ciudad de César, ciudad universal por su principio político, ciudad de la humanidad por su principio nacional.

EL HELENISMO

Sea como fuere, la civilización latina y la helénica quedan siendo los elementos exclusivos del nuevo régimen. El Estado itálico puro había muerto con la República, y la nobleza romana maldecía a César, acusándolo de insensato por haber destruido con deliberado propósito Roma e Italia, y por haber pensado en trasladar el centro del Imperio al Oriente griego, y su capital a Lyon o a Alejandría. En realidad, el elemento latino conservó la preponderancia en la organización cesariana. En todas partes el idioma del Lacio era el idioma oficial en los decretos, pero, si estos eran dados únicamente para los países donde se hablaba la lengua griega, se adicionaba un texto

griego el texto latino. Con frecuencia las relaciones de los dos grandes pueblos eran reguladas en la nueva monarquía, como lo habían sido durante la República en la Italia unida. Se dispensa protección a la nacionalidad helénica donde quiera que se halle. Pero, cuando es posible, se procura el desarrollo de la italiana, designada heredera de las razas que están en disolución; así lo disponía la fuerza de los acontecimientos. Poner en condiciones de absoluta igualdad los elementos latino y helénico habría sido, según toda apariencia, preparar en un breve plazo la catástrofe cumplida en los tiempos bizantinos. La Grecia no solamente aventajaba al mundo romano en todo género de autoridad moral, sino también en la extensión y en el número. En la misma Italia había gran muchedumbre de helenos y semihelenos, inmigrantes obligados o voluntarios, ejército de oscuros apóstoles, cuya influencia no se sabría apreciar debidamente. Y, para no referir aquí más que uno de los más graves síntomas, ¿no es cierto que el régimen de los esclavos griegos, servidores y preceptores del monarca, tuvo su origen en la misma monarquía? El primer nombre que figura en la larga y repugnante lista de estos individuos es el de Teofano de Mitilene, el servidor y confidente de Pompeyo. Tal fue la influencia y el poder que alcanzó con su débil señor, que quizá contribuyó más que nadie a la ruptura entre este y César. A su muerte, sus compatriotas le concedieron los honores divinos, y no sin razón, porque fue el primero en abrir la era de los mayordomos de palacio del Imperio, lo cual era, tras una forma extraña, la dominación de los griegos sobre los romanos. Además, nada motivaba al gobierno imperial a excitar desde arriba la expansión del helenismo, y le bastó con protegerlo y ayudarlo allí donde lo encontrase. Y, cuando los oráculos políticos movieron a César a derribar en Occidente y en Egipto las dos columnas del grecismo, Masalia y Alejandría, se guardó de destruirlas y desnacionalizarlas para siempre. Cuando descargó a Sicilia de la obligación de los antiguos, y cuando concedió el derecho latino a las ciudades sicilianas con la perspectiva de la completa igualdad civil, no fue porque quisiera latinizar la isla, sino porque, siendo por naturaleza vecina y una de las más bellas regiones de Italia, importaba anexionarla al sistema italiano, exactamente lo mismo que Nápoles y Rhegium, sin perjuicio de su tradición griega.

LA LATINIZACIÓN EN LA GALIA CISALPINA

Sin embargo, las colonizaciones y latinizaciones se llevaban a cabo en todos los puntos del Imperio en beneficio del elemento romano. En las provincias, todo terreno que no se concedía por una disposición expresa a una ciudad o a un particular era considerado como dominio del Estado, y el poseedor actual no obtenía la posesión hereditaria sino por tolerancia y a título precario. Esta máxima, nacida de la extraña

combinación del derecho formal y del derecho de la fuerza, tenía, con todo, su necesaria razón de ser, y en virtud de ella disponía Roma libremente en los pueblos sometidos. César la mantuvo en vigor, y por disposición suya pasó de la teoría democrática al catecismo fundamental jurídico de la nueva monarquía. En esta cuestión de la extensión de la nacionalidad romana, se presentaban, como era natural, en primer término las Galias. En la Galia cisalpina, donde desde hacía muchos años la democracia tenía preparada la revolución, César no tuvo más que perfeccionarla y terminarla, y proclamó de una vez la admisión de todas las ciudades transpadanas al derecho pleno de ciudadanía romana y a la igualdad política absoluta, concesión que ya había sido hecha tiempo atrás a gran número de habitantes. Al gozar desde hacía cuarenta años de los derechos latinos, la provincia se había latinizado por completo. Ciertos puristas se burlaron del idioma celticolatino por su acento rudo y gutural: faltaba no sé qué de la melodía del habla romana a todos los insubrios y vénetos, a aquellos viejos legionarios de César que con la punta de su espada habían conquistado un puesto en el *Forum* y una silla en la curia. No es menos cierto que, desde antes de César, la Galia cisalpina con su densa población rural se había convertido en territorio italiano, y que durante siglos fue el asilo de las costumbres y de la cultura itálicas, de tal suerte que en ninguna otra parte, si se exceptúa Roma, los profesores de bellas letras latinas han encontrado tan benévola acogida y tanta protección como en esta provincia.

LA NARBONENSE

Mientras la Galia cisalpina llegaba a ser parte integrante de la Italia, la antigua provincia transalpina ocupaba ahora su lugar. Las conquistas de César habían trocado en una provincia interna la que antes era fronteriza. Gracias a su proximidad y a su clima, esta provincia parecía llamada, más que ningún otro territorio, a ser también con el tiempo un país itálico. Conforme al antiguo programa democrático en materia de colonización transmarina, la corriente de la emigración había sido dirigida principalmente hacia aquel lado. La antigua Narbona había recibido nuevos emigrantes. A Beterra (Beziers), no lejos de Narbona, a Arelate (Arlés), a Arausio (Orange), cerca del Ródano, y a *Forum Julii* (Frejus), plaza marítima recientemente fundada, se habían enviado cuatro nuevas colonias, cuyos nombres perpetúan el recuerdo de las valientes legiones a las que Roma debía la conquista de las Galias^[23]. Parece que todas, o casi todas, las localidades donde no había colonos fueron atraídas a las costumbres romanas por la concesión de los derechos latinos, exactamente lo mismo que antes se había hecho en la Galia cisalpina. Nemausus (Nimes), por ejemplo, capital del distrito arrancado a Masalia a consecuencia de su hostilidad

contra César, pasó de villa masaliota a convertirse en municipio de derecho latino; había recibido un extenso territorio e incluso la facultad de acuñar moneda. Repito, al mismo tiempo que la Galia cisalpina franqueaba la barrera de la igualdad civil, la provincia narbonense la sucedía en la condición de elemento preparatorio y, como había sucedido antes en la Galia cisalpina, las ciudades más importantes recibieron todos los derechos romanos, y las demás, solo los latinos^[24].

En los territorios del Imperio que no eran griegos ni latinos y que distaban más de la influencia italiana y del movimiento de asimilación que partía de Italia, César se limitó a crear algunos focos de civilización, como lo había sido Narbona en la Galia, con el objeto, sin duda, de preparar allí también la igualdad futura. En todas las provincias encontramos ensayos de esta índole, a excepción de la más pequeña y más pobre, la Cerdeña.

GALIA SEPTENTRIONAL

Hemos descrito en otro lugar la organización dada por César a la Galia del Norte. Allí se extendió la lengua latina por todas partes como lengua oficial, aunque no en todas las relaciones de la vida común. También se edificó a las márgenes del Lemán, dotándola del derecho latino, la ciudad más septentrional del Imperio: la colonia de Noviodunum (Nyon).

ESPAÑA

España era la provincia más poblada. Los colonos romanos solo fueron conducidos (que nosotros sepamos al menos) a la importante localidad marítima de Ampurias, ciudad grecoibérica, donde se instalaron al lado de la antigua población. Por el contrario, Gades, ciudad comercial, antigua y rica, en la que César había reorganizado todo el sistema interior en tiempo de su pretura, recibió del emperador todos los derechos de municipio itálico (705) y, como antes Tusculum en Italia, Gades fue la primera ciudad extraitálica que, al no deber su fundación a Roma, fue admitida en la asociación cívica romana. Algunos años después (709), se concedieron los derechos de ciudadanía romana a algunas ciudades españolas, y probablemente también a otras muchas, el derecho latino.

CARTAGO

En África se realizó al fin la obra que Cayo Graco no había podido terminar: al mismo lugar donde floreció la capital del hereditario enemigo de Roma, César mandó conducir tres mil colonos italianos y además un gran número de poseedores a título locativo o precario de las tierras situadas en el territorio cartaginés. Gracias a su incomparable situación, la nueva «colonia de Venus» (tal era el nombre de la Cartago romana) se extendió con una rapidez sorprendente. Utica, que había sido hasta entonces capital administrativa y comercial de la provincia, parece que fue dotada primero del derecho latino, en justa compensación por la competencia que iba a crearle la resurrección de su muy poderosa vecina. En el país núbida, recientemente anexionado al Imperio, la importante Cirta y las otras ciudades, cuyas fundaciones se atribuyen al *condottiero* romano Publio Sicio, fueron contadas en el número de las colonias militares. Las grandes ciudades provinciales, que por el furor insensato de Juba y de los desesperados prosélitos del partido constitucional habían sido reducidas a un montón de escombros y cenizas, no se reedificaron tan pronto como habían sido destruidas, y muchas ruinas que todavía existen allí nos traen el recuerdo de aquellos desastrosos tiempos. Las dos ciudades julias, Cartago y Cirta, fueron en adelante los focos principales de la colonización romana en África.

CORINTO. EL ORIENTE

Aparte de otras empresas accesorias, llevadas a cabo en la arruinada región de la propia Grecia, como, por ejemplo, el establecimiento de una colonia romana en Buthrotum (Butrinto, enfrente de Corfú), César se ocupó muy particularmente de la reconstrucción de Corinto, adonde no solo mandó colonos ciudadanos en número considerable, sino que también concibió la idea de abrir un canal en el istmo, con el fin de evitar a la navegación el peligroso rodeo del Peloponeso, y de abrir al comercio italoasiático un paso directo por los pasos Corintiaco y Sarónico. En fin, en las más apartadas regiones del oriente helénico, el monarca romano llamó a la vida civil a diferentes inmigraciones italianas, entre otras a Sinope y a Heráclea, adonde los inmigrantes entraron, como en Ampurias, en comunidad con los habitantes, o a Beryto (Beirut), importantísimo puerto en la costa de Siria, cuya ciudad fue dotada de una constitución parecida a la de Sinope. También estableció una estación en la isla de Faro, que dominaba el puerto de Alejandría en Egipto.

EL SISTEMA DE LAS CIUDADES ITÁLICAS EXTENDIDO A LAS PROVINCIAS

Estas medidas tuvieron por resultado que las provincias entraran a participar de las franquicias municipales de las ciudades italianas. Todas las poblaciones que gozaban de los derechos romanos, es decir, todas las de la Galia cisalpina, todos los municipios y colonias de ciudadanos diseminados en la Galia transalpina, y en otras partes, se hallaban desde entonces en igualdad de condiciones con las ciudades de Italia; administraron como estas sus propios asuntos y tuvieron su derecho de jurisdicción, aunque, en verdad, era un derecho limitado (los más graves procesos dependían del magistrado romano, y los casos ordinarios del jefe de la provincia)^[25]. Las ciudades latinas que eran autónomas en la forma, y las ciudades libres, que en esta época eran todas las de la Galia narbonense y de la Sicilia que todavía no habían alcanzado los derechos de ciudadanía romana, conjuntamente con un gran número de ciudades de las otras provincias, tenían, no solamente su administración propia, sino también un derecho ilimitado de jurisdicción. En este sentido, el propretor o procónsul no intervenía jamás sino en virtud de su poder de registro, y este era en verdad muy arbitrario. Mucho antes de la época de César ya se encontraban en ciertas provincias ciudades de derecho romano, como Aquilea, Rávena y Narbona, y alguna provincia entera como la Galia cisalpina, cuyas ciudades estaban dotadas de la constitución itálica. Pero en lo que se producía una gran innovación en la política, cuando no una completa novedad en el derecho público, era en el fenómeno de una provincia poblada única y exclusivamente por ciudadanos de igual condición que los de Italia^[26], y en el hecho de que otros gobiernos se hallaban en vías de poblarse de la misma manera.

IGUALDAD PROGRESIVA DE LAS PROVINCIAS Y DEL DERECHO ITÁLICO

Iba a desaparecer de una vez la primera de las dos grandes causas de antagonismo entre Italia y las provincias. Y también tendía a desaparecer la segunda, o sea la prohibición de que en épocas normales se estacionaran los ejércitos en ninguna otra parte que en las provincias; y de esta forma hacer de Italia una especie de país privilegiado. En el actual estado de cosas, las tropas se hallaban allí donde había una frontera que defender, y los gobernadores cuyas provincias no eran fronterizas, como las de Narbona o Sicilia, no tenían de militar más que el nombre. Puede añadirse que entre Italia y las provincias había siempre existido, y con otros aspectos, otra división, esta vez de pura forma. La justicia civil era administrada en los pueblos de la Italia por los pretores y cónsules en Roma, y las provincias, al conservar la jurisdicción su carácter militar, pertenecían a los procónsules y propretores. Pero en el fondo el procedimiento, ya fuese aquí civil o allá militar, no ofrecía desde hacía

tiempo una gran diferencia en la práctica, y poco importaban los títulos de los magistrados, cuando el emperador estaba por encima de todos ellos.

En todas estas instituciones y en esta organización municipal, cuya primera concepción, cuando no la ejecución completa y hasta los detalles, pertenece a César, se revela un sistema vasto y determinado. Ya no será Italia la reina de los pueblos vencidos, sino la vivificada metrópoli de la nación italo-helénica. Fue admitida la Galia cisalpina a la igualdad civil absoluta, y esta concesión justifica y autoriza la esperanza de que un día en la monarquía cesariana, como en los siglos de florecimiento de la joven República, se permitirá a toda región latinizada colocarse en igualdad de derechos y de condición, al lado de la provincia hermana más antigua que ella, o al lado de la misma ciudad metropolitana. Ya los países vecinos, la Sicilia griega y la Galia meridional, rápidamente transformadas, han tomado la delantera y caminan a su nivelación política y nacional. Detrás de ellas, y por cierto muy detrás todavía, marchan las otras provincias. Allí, desempeñando una misión igual que la de la colonia romana de Narbona, se encuentran las grandes ciudades marítimas de Ampurias, Gades, Cartago, Corinto, Heráclea, Sinope, Beryto y Alejandría, poblaciones por aquel entonces itálicas o heleno-italicas, puntos de apoyo de la civilización italiana en el Oriente griego, o columnas del futuro edificio político y nacional del Imperio unido. Esto ha ocurrido con la dominación de Roma sobre el litoral del Mediterráneo. A Roma la ha sucedido el gran Estado mediterráneo, cuyo primer acto es la reparación de los dos grandes crímenes de lesa civilización cometidos por la metrópoli. Las ruinas de Cartago y de Corinto, los dos más vastos centros comerciales del territorio de la República, habían marcado el momento crítico de la transición del protectorado romano a la tiranía política y a la excesiva explotación financiera de las provincias sometidas. Los restablecimientos inmediatos y solemnes de Cartago y de Corinto marcan la era de la fundación de una nueva y gran sociedad que abraza, bajo la misma ley de igualdad política, todas las regiones del Mediterráneo, y las llama a gozar de los beneficios de la verdadera unidad nacional. Con perfecto derecho, César añadió al antiguo nombre de la ciudad de Corinto el moderno de *Laus Julia*.

ORGANIZACIÓN DEL NUEVO IMPERIO

El nuevo Imperio no toleraba más que una sola nacionalidad, necesariamente destituida del carácter individual de sus pueblos. Más que un producto espontáneo y activo, era una obra constructiva sin vida propia, y había necesidad, en primer término, de unificar estas diversas instituciones en el seno de las cuales se mueve la vida de los pueblos: constitución y administración, religión y justicia, moneda, pesas

y medidas. De esta forma se permitía en los diversos países la prudente subsistencia de las diferencias y particularidades compatibles con la unidad. Por otra parte, esto solo podía tratarse del comienzo, y pertenecía al porvenir la terminación del edificio monárquico. César solamente ha echado los cimientos para el trabajo de los siglos; pero nosotros hallamos en el suelo la mayor parte de las líneas trazadas por este gran hombre, y, al examinarlas, el historiador siente un placer más intenso que al recorrer el templo lleno de ruinas de las nacionalidades.

EL CENSO IMPERIAL

En lo concerniente a la constitución y administración del Imperio, hemos señalado los más importantes factores de la nueva unificación, a saber: el traslado de la soberanía del Senado romano al monarca, rey del mundo mediterráneo; la conversión de este mismo Senado en un consejo supremo del Imperio, representando a la vez a Italia y a las provincias, y, sobre todo, el sistema cívico de la antigua Roma y de Italia en vías de extenderse a todas las ciudades provinciales. Esta extensión del derecho latino primero, y después del romano, a todas las localidades que tenían aptitud para alcanzar la igualdad política debía conducir insensiblemente a una organización comunal homogénea. Sin embargo, había una necesidad a la que era menester dar inmediata satisfacción. Había que crear una institución que pudiera proporcionar al gobierno central su base administrativa, y presentara a la vista el cuadro exacto de la población y de las fortunas de cada ciudad. Me refiero al censo corregido y mejorado, cuya reforma emprendió César primero en Italia. Antes de él, cosa increíble, no se había formado jamás el censo sino en Roma, con gran perjuicio de los ciudadanos recargados y de los negocios públicos. Por una ordenanza de César^[27], se disponía que, en lo sucesivo, al mismo tiempo que se hacía el censo en Roma, se hiciera también en todas las ciudades de Italia con la dirección de la autoridad local. Las listas deberían indicar el nombre de cada ciudadano, el de su padre o su patrono manumisor, su tribu, su edad y sus bienes, y ser remitidas en tiempo útil al funcionario del Tesoro romano, quien tenía la obligación de informar, en una época determinada, el estado general de los ciudadanos y de su riqueza. César pensaba hacer extensiva esta medida a todas las provincias, lo cual se prueba, independientemente de la acción misma de la reorganización del censo itálico, por el hecho de haber ordenado que se hicieran una medición y un catastro generales (710). Estaba dada la fórmula que permitía practicar en las ciudades extraitálicas, así como en las de Italia, todas las operaciones necesarias para el funcionamiento ordenado de la administración central. También se comprueba fácilmente que César quería apoyarse en la tradición de los tiempos republicanos, y calcar sus listas del censo

sobre las de la antigua Roma. Debe recordarse que la República, como César lo hacía ahora respecto de toda Italia, había aplicado a las numerosas ciudades sometidas de la península y de Sicilia la institución propia de la ciudad romana, su periodo quinquenal y todas las otras disposiciones fundamentales. El censo había sido una de las primeras columnas del edificio antiguo que la aristocracia inmóvil y fría había dejado que se derrumbase. Sin él, la suprema autoridad no podría darse cuenta de los contingentes cívicos de que disponía, la cantidad de materia imponible, ni tampoco podría llevar un eficaz registro administrativo. Allí están los vestigios, y el conjunto de los hechos lo demuestra hasta la evidencia, de que César preparaba el replanteamiento en todo el Imperio de la institución caída en desuso hacía tantos siglos.

LA RELIGIÓN DEL IMPERIO

Sin duda la religión y la justicia no podían sufrir una completa nivelación. Cualquiera que fuese la tolerancia del nuevo Estado para las creencias y los reglamentos locales, se dejaba sentir la necesidad de un culto común que respondiese a la nacionalidad italohelénica, y de una legislación general que estuviese por encima de todas las diversas leyes municipales. El Imperio necesitaba de ambos, y de hecho ya los tenía. Hacía muchos siglos que se había producido en la esfera religiosa un trabajo activo de asimilación de los cultos italiano y griego, y esto ocurría tanto en la forma exterior por la recepción, como en el fondo por la fusión de las nociones divinas que se comunicaban. Conforme a esto, como se sabe, nunca había sido difícil asociar Júpiter a Zeus, y Venus a Afrodita, y ligar cada una de las ideas, creencias latinas y dioses amorfos de Italia a sus prototipos griegos. La religión italohelénica estaba ya fundada, o al menos estaban echados sus principales cimientos. Después de haber pasado por la nacionalidad romana pura, el mundo latino estaba conciente de que entraba en la cuasinacionalidad compleja de los dos pueblos fusionados. Varrón nos ofrece una prueba de esto en su obra mencionada más arriba, donde distingue los dioses comunes, es decir, los que eran venerados por los dos pueblos, de los dioses propios de la ciudad de Roma.

LA LEGISLACIÓN IMPERIAL. EL NUEVO DERECHO CIVIL O EL EDICTO

Vayamos ahora a la legislación. En este punto se ejercía la acción inmediata del Estado sobre los asuntos de derecho criminal y de policía, y por otra parte se trataba

una ley sabia en cuanto a la satisfacción de las necesidades jurídicas. En lo tocante a la misión del legislador, ninguna dificultad seria impedía alcanzar el grado de uniformidad material que reclamaba la unidad del Imperio. En materia civil, al contrario, la iniciativa de unidad se desprendía del comercio recíproco, y la legislación no tenía más que dar la fórmula y el derecho común que el legislador habría sido impotente para crear. En efecto, el comercio se hallaba hacía mucho tiempo bajo la influencia que hemos señalado, y debió desenvolverse naturalmente en el sentido mismo de la uniformidad deseada. El derecho civil de Roma todavía descansaba sobre los principios tomados del antiguo derecho latino, tal como los había reproducido la ley de las Doce Tablas. Las leyes posteriores habían introducido sucesivamente un cierto número de reformas exigidas por la experiencia del tiempo. Una de las cuales, con seguridad la más importante, consistía en suprimir la antigua e incongruente incoación de un proceso por el cambio de las frases sacramentales impuestas a los partidos. De esta forma se conservaba la instrucción redactada por escrito, y el magistrado director la entregaba al juez jurado único (la fórmula propiamente dicha). Pero, después de todo, sobre este fondo de antiguos principios, la legislación popular no había hecho más que acumular un intrincado caos de leyes especiales, anticuadas, casi todas olvidadas y comparables al molesto fárrago de los estudios de Inglaterra. Muchas afortunadas tentativas de redacción científica y sistemática habían abierto una senda más fácil y habían despejado el antiguo laberinto, pero no era dado a ningún jurista romano, aunque fuera un Blackstone, llenar las enormes y capitales lagunas que allí existían. ¿Cómo convertir en legislación de un gran Estado aquella costumbre civil, escrita más de cuatrocientos años antes, con su natural confusión y difusión? El movimiento social se encargó de este trabajo. Hacía muchos siglos que había un derecho internacional privado como resultado de las cotidianas relaciones entre romanos y no romanos. Es decir, un conjunto de reglas que se imponían a las relaciones recíprocas, según las cuales el juez fallaba en Roma en todas las causas en que no podía aplicarse ni la ley civil ni la ley extranjera. Sin tener que sujetarse a tal o cual derecho particular, romano, helénico, fenicio u otro, esta ley se refería a las nociones generales que estaban en uso en el comercio humano de cualquier naturaleza que fuera. La nueva jurisprudencia encontró su punto de apoyo: al principio arbitró las relaciones jurídicas entre los romanos y reemplazó la antigua ley, entonces vigente e inaplicable en la práctica, por un derecho civil prudente y nuevo, verdadera transacción entre la ley nacional de las Doce Tablas y el derecho internacional, o el derecho de gentes, como se lo llamaba. En su aplicación entendía el juez, salvo en las modificaciones introducidas con el tiempo en las disposiciones de la ley civil sobre el matrimonio, la familia y las sucesiones. En todas las causas relativas a asuntos comerciales, y en todas las cuestiones de propiedad u obligaciones nacidas de contratos, el juez decidía conforme

al derecho de gentes, y aun se lo vio recurrir con frecuencia a tal o cual importante estatuto del derecho local provincial, por ejemplo en materia de usura o de hipotecas. La revolución era grande; pero ¿se hizo de una vez o por ensayos sucesivos? ¿Por quién y en qué tiempo? ¿Tuvo un solo autor o muchos? ¿Hasta dónde penetró en las relaciones de la vida social? Es imposible responder estas cuestiones. Solamente sabemos que la reforma salió, como debe suponerse, de los pretores de Roma, y que al principio fue escrita en la instrucción que el pretor anual publicaba al tomar posesión de su cargo para que sirviera de regla a los partidos; allí consignaba de antemano las principales máximas jurídicas que él iba a aplicar en el curso de su jurisdicción (*edictum annum o perpetuum prætoris urbani*). También sabemos que esta misma reforma, preparada largo tiempo por los edictos de los funcionarios anteriores, esperaba seguramente su complemento en la época actual. Teóricamente hablando, el pensamiento jurídico romano todavía era abstracto, si así puede decirse, y estaba despojado de su carácter exclusivo y nacional, al menos en cuanto a la conciencia que se tenía de este. Pero esta jurisprudencia era al mismo tiempo práctica y positiva en el sentido de que no iba a perderse en el crepúsculo nebuloso de la justicia general, o en el simple vacío de un pretendido derecho natural. Puesta en las manos de un magistrado constituido, que tenía sus reglas prefijadas para la aplicación concreta a casos determinados, no solo era susceptible de recibir una fórmula legal, sino que en parte ya la había recibido en el edicto anual publicado para la ciudad. Así respondía en realidad a las necesidades del momento y ofrecía al procedimiento, a las adquisiciones de la propiedad y a los contratos un campo más ancho y seguro, tal como lo demandaban los progresos de la vida civil. Había llegado a ser, en fin, en toda la extensión del territorio romano, el derecho común esencialmente subsidiario. Mientras los innumerables estatutos locales vinieron a ser la regla de todas las relaciones jurídicas fuera del comercio general o de los litigios que se referían a los usos de la vida civil local entre habitantes del mismo distrito judicial, la jurisdicción oficiosa, basada en Italia y en las provincias sobre el edicto de la ciudad, no aplicable evidentemente por sí misma, evacuaba las instancias pecuniarias o reales entre litigantes que pertenecían a diferentes distritos. El edicto del pretor tenía entonces la misma significación e importancia que ha conquistado el derecho romano en nuestras instituciones alemanas. En efecto, entre nosotros, el derecho romano es a la vez abstracto y positivo, en tanto y en cuanto estas dos palabras pueden conciliarse. En comparación con nuestra antigua legislación, muy pronto se nos impuso por sus textos cómodamente adaptados a todas las formas de la vida jurídica, y vino a ser el derecho común auxiliar de las leyes civiles locales. Solo una ventaja esencial tiene la jurisprudencia romana sobre la nuestra: mientras que entre nosotros el derecho subsidiario es preconcebido y construido artificialmente, en Roma, el movimiento desnacionalizador de la jurisprudencia lleva consigo su fórmula natural y oportuna.

PROYECTOS DE CODIFICACIÓN

César encontró las cosas en esta situación, y parece que concibió el proyecto de dar un nuevo código. Si el hecho es cierto, creo que es fácil decir lo que entendía por esto. Su código debía comprender únicamente el derecho de la gente civil o de los ciudadanos romanos, y no podía ser un código general más que en un sentido. Al contener el cuerpo de las leyes de la nación dominante, leyes conformes con el tiempo, este código debía imponerse por sí mismo en todo el Imperio a título de derecho subsidiario común y, aunque el proyecto se extendía a los asuntos criminales, bastaban para ellos una revisión y una reforma de las ordenanzas de Sila. En materia civil, se trataba entonces de un Estado cuya nacionalidad se llamaba la humanidad, la fórmula necesaria, la única admisible, y se encontraba escrita en aquel edicto del pretor urbano que había salido libremente del movimiento jurídico de las relaciones sociales, y solo faltaba darle la garantía y precisión legales. La Ley Cornelia del año 687 había dado el primer paso en este camino, al prescribir al pretor sujetarse fielmente a las máximas que hubiese proclamado al tomar posesión de su cargo, y al prohibirle aplicar cualquier otro principio. Esta sabia prescripción es necesario ponerla al lado de la ley de las Doce Tablas y, para la fijación del nuevo derecho civil, tenía toda la importancia que esta tuvo para fijar el derecho antiguo. Pero sí es cierto que, desde la publicación del plebiscito corneliano, el edicto ya no estuvo sujeto al juez. Si es este, por el contrario, el que estaba legalmente bajo el edicto, y si en la práctica y en la enseñanza de la jurisprudencia el código del pretor derogaba el antiguo derecho civil, entonces cada pretor, a su entrada en la judicatura, tenía amplias facultades para derogar por completo y arbitrariamente el edicto de su predecesor. Por consiguiente, la ley de las Doce Tablas con sus adiciones tenía, incluso en la forma, la supremacía sobre el derecho pretoriano. Ahora bien, en caso de autonomía, si era desatendida la antigua disposición del derecho civil por la intervención arbitraria del magistrado, esto resultaba, si se tomaban las cosas al pie de la letra, en una violación del derecho escrito.

En cuanto a la aplicación subsidiaria del edicto en el pretorio de los extranjeros en Roma y en los diversos tribunales de las provincias, esta dependía absolutamente de la voluntad del magistrado supremo. De aquí la necesidad que tenía César de derogar definitivamente la antigua ley civil en todas aquellas disposiciones que no habían pasado a la nueva ley. De aquí la necesidad de poner un justo límite al abuso de las modificaciones arbitrarias, realizadas de hecho por el magistrado anual, y de establecer, en fin, una regla para la aplicación subsidiaria del código cesariano al lado de los estatutos locales. Entiendo que este ha debido ser seguramente el plan de César, y que no podía ser de otra manera. Faltó tiempo para poner en ejecución dicho plan, y todavía durante seis siglos se vio perpetuarse en la jurisprudencia un enojoso

estado transitorio hasta el día en que la indispensable reforma salió, aunque incompleta, de las manos de uno de los sucesores de César, del emperador Justiniano.

PESAS Y MEDIDAS. MONEDAS

Las equivalencias de los sistemas de monedas y de pesas y medidas iban también progresando desde hacía tiempo entre los griegos y latinos. En cuanto a las pesas y las medidas de sólidos y superficies, sin cuyas determinaciones no podía pasar el tráfico comercial, eran casi tan antiguas como este mismo tráfico (volumen I, libro primero, pág. 227); pero en cuanto a las monedas, no se remontaban más que a la fabricación de las piezas de plata (volumen II, libro tercero, pág. 395). Sin embargo no bastaban ya las equivalencias establecidas otras veces, porque en Grecia se habían fijado los más variados sistemas métricos y monetarios. Imperaba todavía la necesidad, y sin duda César la meditaba, de una reforma para el nuevo Imperio unido, nunca antes intentada en tan gran escala. Quería que las monedas, las pesas y las medidas romanas tuviesen curso legal en todos los países, y que fuesen la única base oficial de la contabilidad en todas las relaciones mercantiles. También pensaba limitar al uso local todo lo que no entrase en el sistema romano, o establecer, con relación a este sistema, una escala comparada pero invariable. Sin embargo, no intervino efectivamente más que en la moneda de oro y en el calendario.

LA PIEZA DE ORO ES LA MONEDA NORMAL

El sistema monetario de Roma reconocía los dos marcos de los dos metales preciosos admitidos en la circulación general, según una relación determinada: el oro evaluado y recibido al peso^[28], y la plata apreciada según su cuño. En realidad, desde la extensión del comercio transmarino, el oro había aventajado con mucho a la plata como agente monetario. ¿Tenía ya la plata romana curso forzoso en el Imperio, aun antes de esta época? No es posible asegurarlo: en todas las ocasiones y sobre todo el territorio, el oro no acuñado cumplía principalmente el oficio de moneda oficial, mucho más cuando los romanos habían prohibido la acuñación en todas las provincias y en todos los Estados tributarios. Sin contar la Italia, el denario se había extendido legalmente, y de hecho, en la Galia cisalpina, en Sicilia, en España y en muchos otros países occidentales. Con César comienza la moneda del Imperio. Como Alejandro, el emperador romano entendía que la fundación de la nueva monarquía, que abarcaba el mundo civilizado, también llevaba a título distintivo y en primer orden monetario el uso del metal convertido en agente universal del comercio. Hizo,

pues, acuñar una pieza de oro, nueva también, y la hizo circular en tales cantidades que un día, unos siete años después de su muerte, se encontró en un tesoro escondido un enorme depósito con cerca de ochenta mil piezas; aunque, por lo demás, ha podido y debido mezclarse en esto la especulación financiera^[29]. En todo el Occidente, donde ya el denario era generalmente admitido, César estableció definitivamente el curso legal y predominante de la moneda de plata, al mismo tiempo que cerraba la casa de moneda de Masalia, única que en estas regiones acuñaba todavía en competencia con los talleres de Roma. Las monedas de cobre, plata o acero fueron toleradas en una multitud de localidades occidentales. Así, se encuentran tres cuartos de denario en ciertas ciudades latinas del sur de las Galias; semidenarios en algunos cantones celtas del norte, y, después de César, todavía circulaban en gran número de localidades del oeste muchas pequeñas piezas de bronce. Sin embargo, es de notar que toda esta moneda fraccionaria es acuñada bajo el tipo de la unidad romana, y creemos que su circulación no fue obligatoria sino en las transacciones locales. En cuanto a la regularización y unificación del sistema monetario en Oriente, parece que César no ha pensado en ello más que el gobierno precedente. Sin embargo, en Oriente circulaba en grandes cantidades una tosca moneda de plata que pertenecía al tiempo en que el relieve y la aleación estaban poco adelantados. Algunas veces se encontraba en Egipto, por ejemplo, una moneda de bronce de un uso análogo a nuestro papel moneda, y en otras partes, como en las plazas de comercio sirias, se experimentaba bastante escasez de la antigua moneda del país, calculada sobre el tipo de la Mesopotamia. De cualquier manera, veremos más tarde circular el denario por su valor legal en todas estas regiones; en denarios se arreglaban oficialmente las cuentas^[30]. Pero también continuaba la circulación de las monedas locales dentro de su estrecho círculo, las cuales tendrán también curso legal, pero con valores inferiores frente al denario^[31]. Todos estos usos, que no se establecieron en un solo día, quizá pertenecen a una época anterior a César. En todo caso, completaron la organización monetaria del Imperio cesariano: la nueva pieza de oro había tenido su tipo en la moneda de Alejandro, de peso casi idéntico, y se adaptaba muy particularmente a la circulación en el Oriente.

REFORMA DEL CALENDARIO

La reforma del calendario va ligada a un mismo orden de ideas. Parece increíble, pero el calendario republicano se hallaba todavía en el estado del antiguo trabajo de los decenviros, torpe reforma de la *Octaeteria* anterior a Meton. Por el efecto combinado de cálculos matemáticos detestables y de una más detestable administración, los fastos se habían adelantado al tiempo verdadero en sesenta y siete días completos.

Por ejemplo, la fiesta de flora (las *Floralia*), que caía el 28 de abril, estaba inscrita el 11 de julio. César quiso corregir estos enormes errores: llamó en su auxilio al matemático griego Sosígenes, y adoptó para el uso religioso y oficial el cómputo del año agrícola itálico ordenado según el calendario egipcio de Eudoxio, e hizo en él sabias intercalaciones^[32]. Al mismo tiempo, abolió el nuevo año del antiguo calendario que comenzaba el 1 de marzo, sustituyendo esta fecha con la del 1 de enero, primer día del año en lo sucesivo. Este cambio ya fijado para la renovación de las grandes magistraturas, fue aceptado desde entonces para los usos de la vida civil. Estas dos reformas comenzaron el 1 de enero de 709, y con ellas empezó a regir el calendario juliano, llamado así por el nombre de su autor. Este calendario ha tenido la fortuna de quedar en uso en todo el mundo civilizado después de la destrucción de la monarquía fundada por César, y sobrevive hasta nuestros días, al menos en sus elementos principales. A él se añadió, a título de aclaraciones, por medio de un edicto detallado, un calendario astronómico tomado, muy torpemente por cierto, de la astronomía egipcia y acomodado a la Italia, en el que se consignaba día por día la hora de la salida y ocaso de las constelaciones más importantes^[33]. También en este terreno se realizó la igualdad con el mundo griego y latino.

RESUMEN. LA OBRA DE CÉSAR

Estas fueron las bases puestas por César a su monarquía mediterránea. Por segunda vez, la cuestión social en Roma había hecho crisis. Dada la situación, los antagonismos parecían, y en efecto lo eran, irreconciliables, incluso en su expresión y su lenguaje: toda conciliación era y parecía imposible. En otros tiempos la República había debido su salvación a la absorción de Italia en Roma y de Roma en Italia; pero en la nueva patria ensanchada y transformada, si los elementos hostiles sobrevivían aún, habían sido al menos rechazados. En esta época, Roma era también salvada por la absorción consumada o preparada de las provincias del Mediterráneo; y la guerra social, que en la península itálica no podía terminar sino con el aniquilamiento de la nación, ya no tenía objeto ni campo de batalla en la nueva Italia, extendida sobre un triple continente. Las colonias latinas habían colmado el abismo que amenazaba sepultar la sociedad romana en el siglo v, y las colonias transalpinas y transmarinas fundadas por Graco en el siglo vii la libran del más profundo precipicio de aquel entonces. Solo para Roma la historia ha hecho un milagro, y este se ha repetido después en beneficio de la misma Roma porque, al rejuvenecer dos veces al Estado, lo ha librado en dos oportunidades de una crisis interior, en el momento mismo en que el mal llegaba a ser incurable. Sin duda hay mucho de corrupción en este rejuvenecimiento. De la misma manera en que la unidad de Italia se consumó sobre

las ruinas de las naciones etrusca y samnita, la monarquía mediterránea se levanta a su vez sobre las ruinas de razas y de Estados innumerables, que un día tuvieron vida propia y fueron poderosos. ¿No han salido también de la corrupción Estados jóvenes y vigorosos, que hoy están en vías de florecimiento? Los pueblos que sucumbieron, y sobre los que se asentaba el nuevo edificio, no eran sino de un orden secundario, y estaban destinados a desaparecer y nivelarse en el seno de la civilización. Cuando César destruye, no hace más que ejecutar la sentencia de la historia que decreta el progreso, y donde quiera que ha encontrado gérmenes de civilización, en su propio país o en el país hermano de los helenos, les ha prestado su protección decidida. Preservó y reservó a la sociedad romana, y no solamente perdonó a la griega, sino que se dedicó a regenerarla, llevando a esta obra las mismas miras y la misma seguridad de genio que a la reconstitución de Roma. De esta forma reanudó el interrumpido trabajo de Alejandro, cuya imagen tenía siempre presente a los ojos del alma. No solo realizó estas dos obras, una al lado de otra, sino la una por la otra. Dos factores esenciales de la humanidad: el progreso general y el progreso individual, Estado y civilización, unidos en germen en los primitivos grecoitalianos, aquel pueblo pastor que vivió al principio lejos de las costas y de las islas del Mediterráneo. Estos dos grandes factores se habían separado un día cuando el tronco matriz se dividió en las ramas de itálicos y helenos; y esta separación había continuado en el transcurso de muchos siglos. Pero he aquí que se presenta el nieto del príncipe troyano y de la hija del rey latino, y de un Estado sin cultura propia y una civilización cosmopolita sabrá sacar un todo nuevo, donde Estado y cultura reaparecerán y se unirán incluso en el desarrollo de la vida humana, en la madurez fecunda de una edad dichosa, y llenarán cumplidamente el inmenso cuadro proporcionado para tal desenvolvimiento.

Allí, ante nuestros ojos, tal como César las ha trazado para su edificio, se presentan las líneas sobre las que él mismo ha edificado, y sobre las que, siguiendo atentamente y durante siglos las miras de este gran hombre, procurará la posteridad edificar a su vez, si no con el mismo genio y energía, al menos con la devoción y las intenciones del maestro. Aunque se ha preparado mucho, se ha terminado muy poco. Sin embargo, ¿era completo el plan? Para contestar esta pregunta se necesitaría la audacia de un pensamiento rival, porque, en efecto, ¿dónde encontrar, en lo que tenemos a la vista, una falta de alguna importancia? Cada piedra colocada es bastante elocuente para inmortalizar el nombre del obrero, y las fundaciones presentan un conjunto lleno de armonía. César no ha reinado más que cinco años; la mitad que el gran Alejandro, y de esos cinco años no ha residido en la capital sino quince meses, durante los intervalos de sus siete grandes campañas^[34]. Pero en ese corto plazo ha sabido organizar los destinos presentes y futuros del mundo, poniendo aquí las fronteras entre la civilización y la barbarie, y ordenando allí la supresión de los

canalones que vertían las aguas a las calles de la ciudad. Asimismo, ha tenido bastante tiempo y libertad de espíritu para seguir los concursos poéticos del teatro, y para poner por sí mismo la corona al vencedor y felicitarlo con una improvisación en verso. La rapidez y la seguridad de la ejecución dan testimonio de un plan largamente meditado, completo y ordenado en todos sus detalles; por este motivo no admiramos la ejecución menos que el plan. Echados los cimientos, confió el nuevo Estado al porvenir que solo y sin limitación alguna podía concluir la obra comenzada. En este sentido, César tenía razón al decir que él había realizado su fin, y quizá fuera aquel su pensamiento, cuando muchas veces salieron de sus labios estas palabras: «Bastante he vivido». Pero, como el edificio no estaba terminado, mientras vivió el arquitecto no cesó de poner en él piedra sobre piedra, siempre igual en la flexibilidad y en el esfuerzo, sin precipitar los acontecimientos, pero sin aplazar cosa alguna, como si para él el hoy no tuviera un mañana. César ha trabajado y ha edificado más que ningún mortal de los que lo han precedido o sucedido: hombre de acción y creador a la vez, vive después de dos mil años en la memoria de los pueblos, y es el primero y el único César *imperator*.

XII

RELIGIÓN, CULTURA, LITERATURA Y ARTE

RELIGIÓN DEL ESTADO

Ningún nuevo elemento se produjo en las esferas de la religión y de la filosofía. La religión del Estado romanohelénico y la filosofía oficial del pórtico, indisolublemente unida a ella, constituían para todo gobierno, oligarquía, democracia o monarquía, un instrumento cómodo, y, más que cómodo, indispensable. Construir de nuevo el Estado sin el elemento religioso habría sido tan impracticable como inventar una religión nueva que reemplazara el antiguo culto, tan apropiado a la vieja Roma. A veces se había visto detenerse repentinamente el huracán revolucionario ante las predicciones de los augures, y el aparato corrompido y dislocado que había sobrevivido al cataclismo en que pereció la República fue transportado entero, con su falsa majestad y sus vanos ritos, al campo de la nueva monarquía. Pero se comprende fácilmente que, para los espíritus libres, habían caído en desgracia aquellas formalidades. Respecto de la religión del Estado, la opinión pública manifestaba una gran indiferencia: nadie quería ver en ella más que un instrumento de mando y de conveniencia pública, y no interesaba gran cosa, como no fuera a algunos eruditos de la política y a algunos partidarios de la tradición. En su hermana la filosofía, que tuvo muy diferente acogida aun entre las gentes menos avisadas, no encontró más que hostilidad, como un justo e infalible efecto de sus vanas doctrinas y de su pérfido charlatanismo. Y la misma escuela que parecía tener conciencia de su nulidad, también hace un esfuerzo hacia el sincretismo, e intenta así recibir un soplo vivificador. Antíoco de Ascalon (floreció hacia el año 675), quien se vanagloriaba de haber sabido fundir en una sabia unidad el estoicismo de Zenón con las ideas de Platón y de Aristóteles, alcanzó en Roma más de un triunfo. Su filosofía, bastante mal recibida al principio, estuvo de moda entre los conservadores de entonces, y la estudiaron con pasión los diletantes y los letrados del gran mundo. Él, que aspiraba a un campo más libre para el pensamiento, desconocía el pórtico o le era hostil. Eran mal vistos estos fariseos de Roma, estos fanfarrones de palabras huecas y enfadosas. Era preferible abandonarse a los senderos prácticos de la vida, y entregarse a la enervada apatía o a la ironía que todo lo niega. De aquí los progresos del epicureísmo en los grandes círculos de Roma; de aquí el derecho de ciudad conquistado por los cínicos de la secta de Diógenes. Condenada como estaba a la aridez y a la infecundidad, esta filosofía valía menos aún que la algarabía de palabras y que las nociones vacías de la ciencia estoica. Lejos de buscar el camino de la sabiduría en la renovación de las doctrinas tradicionales, se contentaba con el presente y no prestaba

fe sino a las sensaciones materiales. Y, en cuanto al cinismo, este tenía la ventaja sobre todos los sistemas filosóficos de entonces, pues al despreciarlo todo, hombres y sectas, se contentaba con no ser un sistema. Esta ventaja era en verdad inmensa, pues entre las dos sectas, el epicureísmo y el cinismo, había una acalorada contienda donde el pórtico llevaba la peor parte. El epicúreo Lucrecio, al predicar para los hombres serios con el poderoso acento de una convicción profunda y de un santo celo, atacaba los dioses, la providencia divina de los estoicos, sus doctrinas y la teoría de la inmortalidad del alma humana. Varrón el cínico, ante el grosero público que prefería la burla, aguzaba los ligeros dardos de sus sátiras por todos alabadas y lograba su objetivo con más seguridad. Y, mientras los mejores de la antigua generación se mostraban hostiles al pórtico, los hombres de la nueva generación, Catulo, por ejemplo, se mantenían alejados del palenque, y su sátira era más casuística por lo mismo que ignoraban y querían ignorar.

LAS RELIGIONES ORIENTALES. EL CULTO DE MITRA. EL CULTO DE ISIS. EL NEOPITAGORISMO. NIGIDIO FÍGULO

Sin embargo, al lado de la incredulidad mantenida por las conveniencias políticas, se hacían muchos prosélitos. La incredulidad y la superstición, estos dos prismas diversos del mismo fenómeno histórico, corrían parejas y se daban la mano en el mundo. Tampoco faltaban entes que, al reunir estos dos vicios, negaban los dioses con Epicuro y hacían sacrificios delante del altar más insignificante. Naturalmente, solo se trataba de los dioses orientales. A medida que una multitud de gentes de las provincias griegas acudían a Italia, estos inundaban las regiones occidentales en número siempre creciente. Ya sabemos la importancia que habían adquirido los cultos de Frigia. Esto lo atestiguan con sus ataques los hombres de edad avanzada, tales como Varrón y Lucrecio, y lo mismo aseguran los jóvenes del día: testigo de esto son las glorificaciones del poético Catulo, que terminó con una plegaria característica: «Diosa, aleja de mí tus furores y lánzalos sobre los demás». Al lado de los dioses de la Frigia vinieron a colocarse los de la Persia. Estos habían tenido por propagadores a los piratas del Este y del Oeste, que se encontraban sobre las olas del Mediterráneo, y se dice que su más antiguo santuario estaba al occidente del Olimpo de Siria. Pero en el curso de su emigración hacia el Oeste, el culto oriental había perdido todos los elementos morales y de elevado espiritualismo que encerraba primitivamente, y lo que prueba esto es que la mayor divinidad de la pura doctrina de Zoroastro, Ahura Mazda, fue desconocida entre los occidentales. Sus adoraciones se dirigieron hacia el dios que en la antigua religión de los persas ocupaba el primer lugar, Mitra, hijo del Sol. Con más rapidez que las deidades del cielo persa, figuras más espirituales y más

dulces, propagaron en Roma las cohortes misteriosas y rudas de las grotescas teogonías egipcias: Isis, madre de la naturaleza y de todas sus obras; Osiris, que muere y resucita todos los años; el sombrío Serapis; el Horus-Harpocrate, severo y silencioso, y Anubis Cinocéfala. El mismo año en que Clodio dejó en libertad a las asociaciones y conventículos, y sin duda por efecto de aquella emancipación popular, este enjambre de dioses amenazó con instalarse hasta en la antigua ciudadela del Júpiter romano, en el Capitolio. Y, en efecto, costó mucho trabajo evitarlo. Aquellos dioses necesitaban a toda costa un templo, y se les asignaron los arrabales. Ningún culto ha alcanzado tanta popularidad como este entre las bajas clases. Un día, cuando el Senado mandó destruir el santuario de Isis que estaba en el recinto de las murallas, no se encontró ni un obrero que se atreviera a poner allí su mano, y el cónsul Lucio Paulo se vio obligado a arrancar la primera piedra. Seguramente no había una joven de libertinas costumbres que no fuera devota de la diosa en proporción a su libertinaje. Dicho está que los sortilegios, la oneirocricia y todas las artes libres del mismo linaje eran oficios lucrativos; también se profesaba la ciencia de los horóscopos. Lucio Tarucio de Firmun, hombre respetable, erudito en su arte y gran amigo de Cicerón y de Varrón, determinaba muy seriamente, después de muchos cálculos, la fecha del nacimiento de Rómulo y Numa, y hasta la de la fundación de Roma y, auxiliado por la sabiduría caldea y egipcia, confirmaba las relaciones de la leyenda romana con gran edificación de los creyentes de ambos partidos. Un fenómeno todavía más notable se vio producirse por primera vez en el mundo romano: un ensayo de fusión entre la fe grosera y el pensamiento especulativo, manifestación no desconocida de la tendencia que llamamos neoplatonismo. Tuvo por primer y más antiguo apóstol a Publio Nigidio Fígulo, distinguido romano que pertenecía al más rígido partido de la aristocracia, pretor en 696, quien murió desterrado de Roma por causas políticas en 709. Verdadero prodigio de erudición, y más admirable todavía por la obstinación en sus creencias, fundó con los más disparatados elementos un sistema de filosofía religiosa, cuyos principios enseñaba en sus lecciones orales, más que en sus libros consagrados a las materias teológicas y a las ciencias naturales. Al rechazar lejos de sí los principios y las abstracciones de los sistemas que estaban en boga, sacó, hasta de abajo de los escombros, las fuentes de esta filosofía antisocrática cuyo pensamiento se había revelado a los sabios de los tiempos antiguos con su forma más viva y sencilla. Y dicho está que en esta filosofía las ciencias físicas trascendentales habían de desempeñar un papel importante. ¿Acaso no se las ve también entre nosotros ofrecer diariamente un poderoso apoyo al charlatanismo místico y a los piadosos escamoteos? Con más razón había de suceder esto mismo en la antigüedad, cuando se ignoraban más las verdaderas leyes de la naturaleza. Con respecto a la teología de Fígulo, esta no era otra cosa que aquella extraña confusión en que se hallaban sumidos por sus correligionarios griegos, y que

resultaba de la unión de la ciencia órfica y de otros antiguos principios con los nuevos dogmas inventados en la Italia y con los misterios de la Persia, de la Caldea y del Egipto. Además, como si no fuera ya bastante grande la confusión, so pretexto de perfeccionar la armonía del sistema, agregó a él los principios de la ciencia etrusca hijos de la nada, y la ciencia indígena del vuelo de las aves. Hecho esto, la doctrina fue puesta bajo la invocación política, religiosa y nacional del nombre de Pitágoras, aquel ultraconservador cuya máxima era «fundar el orden e impedir el desorden». Pitágoras, el milagroso, el conjurador de los espíritus, el antiguo sabio natural de Italia, cuya leyenda se entrelaza con la de Roma, y cuya estatua se hallaba levantada en el *Forum*. El nacimiento y la muerte tienen su afinidad: Pitágoras había asistido a la fundación de la República, había sido amigo de Numa y colega de la *Mater Egeria*, de divina prudencia, y en la hora suprema había sido el último refugio del sagrado arte de los augurios de las aves. El sistema de Nigidio no era solo una maravilla, también hacía prodigios: el día en que nació Octavio predijo a su padre la futura grandeza del hijo. Para los creyentes, los profetas evocaban a su vez los manes, y aún más, indicaban el sitio donde se ocultaban los tesoros perdidos. Esta ciencia, vieja y nueva a un tiempo, había producido en los contemporáneos una impresión profunda, y los hombres más respetables, más sabios y más valientes de todos los partidos, Apio Claudio, cónsul en el año 700, el erudito Marco Varrón y Publio Vatinio, oficial de los más bravos, se dedicaron también a la nigromancia. Parece que la policía debió intervenir para evitar estos extravíos de la sociedad romana, últimos y tristes esfuerzos que no bastaron para salvar la religión y que, parecidos a los honrados esfuerzos que hizo Catón en el orden político, se nos ofrecen con su aspecto lamentable y cómico a la vez. Por mucho que muevan a risa el evangelio y el apóstol, no deja de ser extremadamente grave que hombres de temperamento vigoroso también se dejaran arrastrar al absurdo.

EDUCACIÓN. CIENCIAS GENERALES EN MATERIA DE EDUCACIÓN

En cuanto a las humanidades, la educación de la juventud continuaba moviéndose en el programa que comprendía el estudio de las dos lenguas, expuesto en otro lugar, de la época precedente. A medida que el tiempo avanza, la cultura general del mundo romano se va sujetando más a las formas instituidas por los griegos. Se abandonaron los ejercicios del baile, las carreras y la esgrima, para dedicarse a la gimnástica perfeccionada de la Grecia; y, si es cierto que no existían aún establecimientos públicos de esta clase, tampoco había una granja elegante que no tuviera su palestra al lado de las termas. Pero, si se quiere ir más lejos y preguntar qué transformación se había operado en este siglo en toda la educación, compárese el programa de la

enciclopedia de Catón con el del libro análogo de Varrón sobre las ciencias escolásticas. En la obra de Catón, el arte oratorio, la agricultura, la jurisprudencia, la guerra y la medicina no constituyen los elementos de una educación científica especial; y en la de Varrón, como puede inferirse con algún acierto, el programa de los estudios comprende la gramática, la lógica o la dialéctica, la retórica, la geometría, la aritmética, la astronomía, la música, la medicina y la arquitectura. De suerte que, en el curso del siglo VII, el arte militar, la jurisprudencia y la agricultura pasaron de la categoría de ciencias generales a la de ciencias profesionales. Además, según Varrón, para la educación de la juventud se adoptaba el programa griego en toda su integridad, y, al mismo tiempo que las lecciones de gramática, retórica y filosofía introducidas en Italia desde épocas anteriores, se abrieron cursos de geometría, aritmética, astronomía y música, que por mucho tiempo habían sido enseñanzas propias de las escuelas de la Grecia^[1]. La astronomía, por ejemplo, al dar la nomenclatura de las estrellas, entretenía la ociosidad de los eruditos del tiempo. Asociada a la astrología, alimentaba las piadosas supersticiones, muy poderosas por aquel entonces. Para la juventud, era un conjunto de estudios regulares y profundos, como lo prueba el hecho de que fuesen los poemas didácticos de Arato las primeras obras que, entre todas las de la literatura alejandrina, hallaran una benévola acogida cerca de los jóvenes romanos, ávidos de instruirse. A la serie de los cursos griegos se unía la medicina, rama antigua del programa de la educación indígena y, por último, la arquitectura, arte indispensable para los romanos, que se habían aficionado a edificar palacios y granjas, al mismo tiempo que abandonaban el trabajo de los campos.

ESTUDIOS GRIEGOS. EL ALEJANDRINISMO

Pero si la educación grecolatina había ganado en extensión y en rigor de escuela, perdió mucho en pureza y delicadeza. La ciencia griega, estudiada con irresistible ardor, ha dado sin duda un barniz más sabio a la cultura; pero explicar a Homero o a Eurípides no es, después de todo, un arte. Discípulos y maestros se dedicaron a la poesía alejandrina porque, dada la situación del mundo romano, esta se acomodaba al espíritu de todos mucho mejor que la antigua y verdadera poesía nacional de la Grecia. Su antigüedad era por lo menos tan remota como la de la *Ilíada* y, en opinión de los profesores, los alejandrinos eran verdaderos clásicos. Las poesías eróticas de Euforion, *Las causas* de Calímaco y su *Ibis*, y la *Alexandra* cómica y oscura de Licofron, encerraban a propósito un caudal de palabras raras (*glossæ*) para las antologías y los comentarios de los intérpretes. En estas obras se encontraban frases y sentencias rebuscadas, oscuras y de difícil explicación, giros confusos, un conjunto

intrincado y misterioso de mitos olvidados y, en fin, una copia de erudición en extremo pesada. Cada día se exponían en la Academia los trozos más difíciles, y todos estos productos de la literatura alejandrina, obras maestras de la industria de los profesores, llegaban a ser excelentes temas para los buenos escolares. Así se vio a los alejandrinos invadir los gimnasios itálicos a título de modelos y de textos de enseñanza. Sin duda ellos hicieron progresar la ciencia pero a costa del gusto y del buen sentido. Muy pronto se apoderó de toda la juventud romana esta sed de peligrosa cultura, y quiso acudir, en cuanto le fue posible, a la fuente misma de la ciencia helénica. Los cursos de los profesores griegos de Roma eran buenos solo para los primeros ensayos; pero luego se deseaba hablar con los griegos mismos. La juventud acudía a Atenas a escuchar las lecciones de los filósofos griegos, y a Rodas, para oír a los retóricos, y hacía viajes literarios y artísticos al Asia Menor, donde se encontraban y eran estudiados sobre el terreno los antiguos tesoros del genio de los helenos, y donde se continuaban, a manera de oficio por cierto, las tradiciones del culto de las musas. En cuanto a la capital del Egipto, considerada como el santuario de las más austeras disciplinas, como lo había sido antes, era visitada con menos frecuencia por la juventud ávida de saber.

ESTUDIOS LATINOS

Al mismo tiempo que se amplió el programa de los estudios griegos, también se amplió el de los latinos, lo cual era, en parte, el resultado puro y simple del movimiento del helenismo. En el fondo, los latinos recibían de los griegos el impulso y el método. Muy pronto, y bajo la influencia de las ideas democráticas, se abrió la tribuna del *Forum* a todas las clases y atrajo una gran concurrencia. Las condiciones políticas de la nueva Roma contribuyeron a que se aumentara el número de los oradores: «A donde quiera que dirijáis la vista, encontraréis abundancia de oradores», decía Cicerón. A esto se suma el culto que se rendía a los escritores del siglo VI que, a medida que se remontaban al pasado, se rodeaban cada vez más de la aureola clásica y componían la edad de oro de la literatura latina. En ellos se concentra el esfuerzo del trabajo pedagógico, y se les proporciona el más poderoso contingente. Después, la barbarie inmigra de todas partes, penetra en el Imperio y se latinizan populosas regiones, como las Galias y España, con lo cual ganan mucho la lengua romana y las letras latinas. ¿Habría sucedido lo mismo si el idioma indígena hubiera permanecido estacionado en el Lacio? En Como y en Narbona, el preceptor era un personaje mucho más importante que en Ardea o en Preneste y, sin embargo, bien mirado, la cultura bajaba en vez de ir en progreso. La ruina de las ciudades provinciales itálicas, la enorme afluencia de hombres y de elementos extranjeros, la decadencia política,

económica y moral de la nación y, por encima de todo, los estragos de las guerras civiles hacían a la lengua un daño que no podrían remediar todos los maestros de escuela del mundo. Al mismo tiempo, el estrecho contacto con la civilización griega de la época y las más directas influencias de la ciencia locuaz de Atenas, la retórica de Rodas y del Asia Menor, infestaban a la juventud de los más deletéreos miasmas de helenismo. Así como la importación de este en Oriente había perjudicado al idioma de Platón, de la misma manera la propaganda latina entre los galos, los iberos y los libios llevaba consigo la corrupción de la lengua romana. Aquel público que aplaudía los periodos sabiamente redondeados, cadenciosos y rimados del orador, que hacía pagar caro al comediante la menor falta de gramática o de prosodia; aquel público, repito, poseía la lengua madre, que había sido estudiada a fondo y que llegó a ser el bien común de todas las clases. Según los escritores contemporáneos, incluso aquellos que son más benévolos en sus juicios, la cultura helénica de los italianos en el año 690 estaba muy en decadencia comparada con lo que era un siglo antes. Estos mismos escritores deploraban la corrupción del hermoso y puro latín de otros tiempos, que solo era cultivado por muy escasos personajes. Todavía se oye en los labios de algunas ancianas matronas de la alta sociedad romana; pero las tradiciones de la verdadera elegancia, el vigor y la gracia del antiguo latín, la delicadeza de Lucilio y los giros literarios de los Escipiones, todo esto ya se había perdido. No se podía hablar de urbanidad (*urbanitas*) a pueblos para quienes esta palabra, y la idea que representa, era nueva. Lejos de reinar en las costumbres la cortesía, esta va desapareciendo por completo, y en la ruina de aquellas y de la lengua, entre los bárbaros latinizados o los latinos convertidos en bárbaros, se puede ver claramente la ausencia de la urbanidad. Las sátiras de Varrón y las cartas de Cicerón nos dan el modelo de la conversación elegante y son el eco de las antiguas costumbres, vivas aún en Rieti y en Arpio; pero en Roma no quedaba nada de ellas.

INSTRUCCIÓN PÚBLICA. PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS

El sistema de educación de la juventud era, en el fondo, el mismo; pero al ser allí el bien más raro que en otros tiempos, se mostraba con más frecuencia el mal por efecto de la decadencia nacional antes que por vicios del sistema. Sin embargo, Cesar también llevó sus reformas a este punto. Mientras que el principio romano había combatido la cultura literaria y después no había hecho más que tolerarla, el nuevo Imperio italohelénico, cuya esencia era la humanidad (*humanitas*), la tomó por su cuenta y ejerció la dirección. César concedió el derecho de ciudad a todos los profesores de artes liberales y a todos los médicos de Roma. Este primer paso anuncia

la futura creación de grandes establecimientos, en los cuales se dará a la juventud romana la instrucción superior en las dos lenguas, y que serán la expresión completa y poderosa de la cultura nueva en el Estado nuevo. Poco después decidió el regente la fundación de una biblioteca griega y latina en la capital, y para dirigirla nombró a Marco Varrón, el más erudito de los romanos, e hizo ver por este medio que abría a la literatura universal este reino de Roma que se extendía sobre todo el mundo.

LA LENGUA

Con respecto a la lengua misma, su evolución obedece a elementos completamente opuestos: por una parte, al latín clásico de los elementos cultos, y, por la otra, al latín vulgar de la vida común. El primero es el producto de la cultura italiana. En efecto, hablar el latín fue una regla favorita en el círculo de los Escipiones. Allí la lengua patria no tenía toda su primitiva sencillez y tendía a distinguirse del idioma que hablaba la muchedumbre. Pero desde principios del siglo se manifiesta una notable reacción contra el clasicismo de las altas clases y su literatura, reacción que se relacionaba estrechamente, por dentro y por fuera, con otra reacción análoga que en el mismo período ocurría en la Grecia. Ya, en efecto, Hegesias de Magnesia, retórico y poeta, y todos los retóricos y literatos del Asia Menor se habían armado enseguida contra el aticismo ortodoxo, y habían pedido el derecho de ciudad para la lengua vulgar, ya vinieran las palabras o las frases de Atenas, de la Caria o de la Frigia. En este sentido, hablaron y escribieron no para las reuniones de las gentes elegantes, sino a gusto de las muchedumbres. El proyecto seguro era bueno, pero, en rigor, tanto valía el público del Asia Menor, como la práctica que se quería introducir, porque entre los asiáticos de este tiempo se había perdido por completo el sentido de la pureza severa y sobria, y no se preciaban más que de la vana hojarasca y de los halagos. Sin extenderme aquí sobre los géneros bastardos y las producciones de esta escuela, romances, historias y otras de este linaje, diremos solamente que el estilo de los asiáticos era muy cortado, sin cadencia ni periodos, flojo y pesado, lleno de hojarasca y de vanas imágenes, trivial por añadidura y en extremo amanerado. «Quien conozca a Hegesias —dice Cicerón—, no necesita ir muy lejos a buscar un fatuo.»

VULGARIDAD EN ROMA. REACCIÓN LA ESCUELA DE RODAS. CICERONIANISMO

Y, no obstante, este género de literatura hizo progresos en el mundo latino. Al haber

invadido los programas de la educación latina al final de la época precedente, la retórica, que estaba de moda entre los griegos, había alcanzado todo su desarrollo al principio del siglo actual. Con Quinto Hortensio (640-704), el más ilustre abogado del tiempo de Sila, había ocupado la tribuna de las arengas, y se la vio entonces, con el uso del idioma latino, acomodarse servilmente al depravado gusto importado de la Grecia. El público no tenía ya aquel oído delicado y puro del tiempo de los Escipiones, y aplaudía muy naturalmente al nuevo orador, si se mostraba hábil en cubrir sus vulgaridades con un barniz exterior. Este acontecimiento tenía una alta importancia. De la misma suerte que en Grecia se habían contratado los pugilatos literarios en la escuela de los retóricos, en Roma se dio el lenguaje forense, mucho más que la literatura propiamente dicha, la regla y la medida del estilo. Y el «príncipe de los abogados» tuvo, por decirlo así, jurisdicción sobre el tono del lenguaje y sobre la manera de escribir según la moda de la época. La vulgaridad asiática de Hortensio desterró la forma clásica de la tribuna romana y en parte de los otros géneros literarios. Pero pronto la moda cambió en Grecia y en Roma. Primero los maestros rodios, sin volver por completo a la austera pureza del estilo ático, intentaron abrirse un nuevo sendero entre la forma antigua y la nueva y, sin sujetarse rigurosamente a la exacta corrección de la expresión y del pensamiento, atendieron a las purezas de la lengua y de la frase, poniendo cuidado en la elección de las palabras y de los giros, y buscando la cadencia en el periodo. En Italia se presentó Marco Tulio Cicerón, quien, guiado por las lecciones de los rodios y su gusto más maduro por mejores preceptos, fue en lo sucesivo, y mientras vivió, un celoso defensor de la pureza de la lengua. Se consagró a los periodos y a la cadencia de la oratoria, y buscó sus modelos favoritos con preferencia en la alta sociedad romana, que no se hallaba contaminada en el gusto de la vulgaridad moderna, pues, como hemos dicho más arriba, algunos, aunque pocos, se habían librado de la corrupción general.

La antigua literatura latina y la buena literatura griega, cualquiera que haya sido la influencia de esta en el movimiento de la frase, ocupaban un puesto muy secundario. En la tan preconizada depuración del lenguaje era forzoso ver, más que la revolución del lenguaje escrito contra el idioma vulgar, la revolución de la lengua hablada, tal como se usaba por las gentes instruidas, contra la jerga del falso o del mediano saber. En esto Cicerón se presentó como el maestro más grande de su tiempo: se hizo la expresión viva del clasicismo romano y de su dogma fundamental. Evitó en sus discursos y en sus escritos las palabras extranjeras, con la solicitud propia del marino que navega entre escollos, y rechazó tanto las expresiones puramente poéticas, las olvidadas en la antigua literatura y los términos del idioma rústico, como los giros tomados del lenguaje familiar y aquella multitud de frases y de palabras griegas que habían invadido el lenguaje usual, como lo atestiguan las correspondencias del tiempo. De cualquier manera, el clasicismo de Cicerón se salía

fuera de todos los recursos artificiales de la escuela. Dicho clasicismo era al de los Escipiones lo que la falta confesada es a la ignorancia; lo que son los clásicos del tiempo de Napoleón a los Molière y a los Boileau del gran siglo de oro de los franceses. En tiempo de los Escipiones se había acudido a la misma fuente del idioma, mientras que Cicerón tuvo que recoger, lo mejor que pudo, el soplo expirante de una generación insensiblemente perdida. Pero, tal como era, se propagó pronto el nuevo clasicismo. Con el reinado de la tribuna, la dictadura de la lengua y del gusto pasa de Hortensio a Cicerón, y este, en sus múltiples y vastas obras de todos los géneros, da a la literatura lo que faltaba hasta entonces: los textos modelos en prosa. Cicerón es, en efecto, el verdadero creador de la moderna prosa latina. A él, artista hábil del estilo, se liga estrechamente la escuela clásica. Al estilista, más que al gran escritor y mucho más que al hombre de Estado, se dirige aquel elogio, excesivo sin duda, pero que no es una frase vana, que le consagran los mejores representantes de la nueva forma, César y Catulo.

LA POESÍA NEORROMANA

No se detuvo aquí el progreso. Lo que hizo Cicerón en la prosa lo realizó también en la poesía una pléyade de jóvenes, siendo Catulo el más brillante campeón de la poesía neorromana. Los griegos alejandrinos no habían abandonado aún los modismos, pero también entre ellos la lengua usual de la alta sociedad repudiaba las reminiscencias arcaicas aceptadas poco antes sin medida, y, como la prosa buscaba entonces el ritmo del periodo ateniense, la poesía latina se sujetó poco a poco a la regla métrica estrecha, y con frecuencia difícil, de la escuela alejandrina. A partir de Catulo ya no fue permitido comenzar el verso por un monosílabo o por un bisílabo que no fuese de una medida particular, ni cerrar en este mismo lugar la frase comenzada en el verso precedente.

LA GRAMÁTICA

Tratemos ahora de la ciencia que determina las leyes de la gramática y desenvuelve sus preceptos, ciencia que ya no obedece, como antes, a los azares del empirismo, sino que tiende, por el contrario, a dar reglas a las que se sujete la gramática. En la declinación de los sustantivos, las desinencias, que hasta entonces habían sido inciertas, quedaron de una vez determinadas. Para el genitivo y dativo de la cuarta declinación (según nuestras escuelas), César empleó exclusivamente la forma contracta *us* y *u*, en lugar de la antigua forma, hasta entonces igualmente aceptada^[2].

En la ortografía se introdujeron modificaciones parecidas y la escritura fue puesta en completo acuerdo con la lengua hablada: César fue el primero que reemplazó la vocal aspirada *u* de las raíces por la *i*^[3]. Dos consonantes del alfabeto romano, la *k* y la *g*, fueron en adelante inútiles: el uso de la primera fue abandonado y se propuso la supresión de la segunda. En fin, aunque la lengua no había alcanzado aún toda su pureza, estaba en vías de conseguirlo, y, si bien es cierto que todavía no se sujetaba a las reglas, ya tenía conciencia de ellas. La gramática latina tomó de la griega su espíritu y método general, y aún más, el latín se modificó hasta en sus detalles según el idioma helénico, como lo prueba la *s* final que, hasta los últimos años del siglo, tuvo valor de consonante o de vocal *ad libitum*, y de la cual los poetas de la nueva escuela, a imitación de los griegos, no hicieron más que una desinencia consonante. Toda esta reforma lingüística es del dominio propio de los clásicos en todos los casos y por los medios más diferentes. Por otra parte, lo que demuestra la importancia de este hecho es que la nueva regla hace ley entre los corifeos literarios, Cicerón, César y el poeta Catulo, quienes condenaban toda infracción. Además, debe comprenderse que en este tiempo la vieja generación había de rechazar la innovación gramatical, como también había luchado contra la revolución política, a la que sucumbió^[4]. Pero mientras el clasicismo nuevo, o mejor dicho, el latín regular marchaba a la par del modelo griego en cuanto era posible, y convertido él también en modelo abandonaba la resistencia intentada contra los vulgaristas de las altas clases y de la literatura; mientras este idioma reformado se fija por la literatura y las fórmulas gramaticales, su adversario no abandona el campo. De hecho, no solo busca un asilo en las obras de escritores subalternos o en la *Memoria sobre la segunda guerra española*, continuación de los *Comentarios* de César, sino que también lo encontramos en la literatura propiamente dicha, imponiendo su sello al romance y hasta a las obras estéticas de Varrón. Es característico que se sostenga perfectamente en los géneros populares, igual que los hombres que se convierten en sus campeones son, como Varrón, conservadores puros. De la misma manera en que la monarquía fue edificada sobre las ruinas de la nacionalidad, el clasicismo se apoyó en la expirante lengua de los italianos. Y era lógico que aquellos en quienes encarnaba todavía la República persistiesen también en mantener los derechos del antiguo idioma, y cerrasen los ojos ante sus lagunas y efectos desde el punto de vista artístico, o por afición al sabor popular y a la vitalidad relativa del idioma mismo. Entonces fue cuando se manifestó esta extraña divergencia de opiniones y de tendencias: de una parte Lucrecio, el antiguo poeta franco; de otra Catulo, el poeta moderno. De un lado Cicerón, con su periodo cadencioso; del otro Varrón, que desdeña el número y divide la frase. Cuadro fiel de las discordias de este tiempo.

MOVIMIENTO LITERARIO LAS LETRAS GRIEGAS EN ROMA

En la esfera propia de la literatura, comparada la época actual con la que precede, se observa en Roma un marcado y creciente movimiento. Desde hacía tiempo la actividad literaria de los griegos no se movía ya en la ancha esfera de la independencia civil, y por lo tanto necesitaba los establecimientos científicos de las grandes ciudades y, sobre todo, las cortes de los reyes. Estos habían sido condenados al favor o a la protección de los grandes, y luego arrojados sucesivamente de los santuarios de las musas cuando vinieron a extinguirse las dinastías de Pérgamo (621), de Cirene (658), de Bitinia (679) y de Siria (690), y desaparece el esplendor de la corte de las Lágidas^[5]. Por lo demás, al haber vivido en forzoso cosmopolitismo después de la muerte de Alejandro Magno, las letras griegas, verdaderamente extranjeras tanto entre los egipcios y los sirios como entre los latinos, tienden cada vez más hacia la capital del Imperio. Al lado del cocinero, de la desenfrenada prostituta y del parásito, en medio del enjambre de esclavos griegos que rodeaban entonces al romano de las clases ricas, se encuentran en primer término el filósofo, el poeta y el historiógrafo. Literatos distinguidos aceptan esta humilde condición, como, por ejemplo, el epicúreo Filodemos, filósofo doméstico de L. Pisón y cónsul en 696, cuyos ingeniosos epigramas edificaban a los iniciados en el grosero epicureísmo del fundador de esta escuela. De todas partes y a todas horas acudían a Roma en número creciente los más notables representantes del arte y de la cultura helénicas. Allí prosperaba el mérito literario más que en ningún otro lugar, y entre todos se distinguieron el médico Asclepiades, a quien Mitrídates intentó en vano atraer a su servicio; Alejandro de Mileto, erudito en todos los ramos, también llamado Polyhistor; el poeta Parthenius, de Nicea de Bitinia^[6]; el profesor y escritor Posidonio de Apamea, ilustre también por sus viajes, quien vino, siendo anciano, de Rodas a Roma (en 703).

Una casa como la de Lucio Lúculo, parecida al *Museum* de Alejandría, era a la vez un asilo para la cultura helénica y un centro de comunicación para las letras griegas. El poder de Roma y el refinamiento griego habían reunido en estos salones, consagrados a la riqueza y a la ciencia, un incomparable tesoro de esculturas y pinturas de los maestros antiguos y contemporáneos, y una biblioteca cuidadosamente escogida y magníficamente dispuesta. Cualquier hombre de cultura, cualquier griego, era allí bien recibido; y también allí se encontraba el dueño, paseando bajo los espléndidos pórticos, conversando e intercambiando ideas filológicas y filosóficas con sus sabios huéspedes. Pero los griegos no llevaron a Roma solamente las maravillas de su espléndida civilización, sino que importaron allí sus vicios y su servil condescendencia. Un día, uno de estos sabios vagabundos, Aristodemo de Nisa (700), autor de una retórica de la lisonja, se recomendaba a su señor demostrando esta

proposición: «Que Homero había sido romano».

MOVIMIENTO LITERARIO ENTRE LOS ROMANOS

Por lo demás, el amor a las letras y la actividad literaria fueron progresando en Roma con la afluencia y el movimiento de los sabios que vinieron de Grecia. La manía de escribir en griego, desterrada en otro tiempo por el gusto severo del siglo de los Escipiones, despertó de nuevo y llegó a ser la lengua universal. Los escritos griegos eran mucho más leídos que los libros redactados en latín; y así como antes se había visto a los reyes de Armenia y de Mauritania dedicarse a las composiciones en prosa, y hasta en verso, en la lengua de la Hélade, de la misma manera se dedicaban ahora los ilustres romanos Lucio Lúculo, Marco Cicerón, Tito Atico, Quinto Escévola (tribuno del pueblo en 700) y otros que no menciono. Por otra parte, para los verdaderos romanos, todo este trabajo de pluma era un puro pasatiempo y una mera diversión. En el fondo los partidos políticos y literarios se mantenían todos obstinadamente en el terreno de la nacionalidad itálica, más o menos minada por el helenismo, y sería injusto quejarse de la falta de actividad de los escritores latinos, pues abundaban los libros, los folletos de todo género y, sobre todo, las poesías. En Roma abundaban también los poetas, tanto como antes abundaban en Tarso o en Alejandría; las publicaciones en verso llegaron a ser el pecado en que incurrían frecuentemente todos los jóvenes de viva imaginación, y se tenía por dichoso aquel cuyos primeros ensayos eran protegidos contra la crítica por un olvido afortunado. Todo el que ejercía la profesión presentaba a certamen, sin reparo alguno, sus quinientos hexámetros, irreprochables a juicio del maestro, pero sin mérito para el lector. Hasta las mujeres tomaban parte en estas lides; no contentas con dedicarse al baile y a la música, ostentaban en la conversación las dotes de su inteligencia y de su espíritu, y producían obritas de literatura griega y latina; y cuando la poesía inflamaba el corazón de la joven, prorrumpía en hermosísimos versos. Los ritmos eran el entretenimiento diario más noble de los jóvenes de ambos sexos de las familias distinguidas, y a todas horas se cambiaban esquilas en verso, se hacían en común ejercicios poéticos, y se celebraban lides de la misma índole entre los buenos compañeros. A fines de esta época, se abrieron en Roma muchas escuelas, en las cuales los poetas latinos, aún en la edad de la pubertad, aprendían las reglas de la versificación mediante estipendio. Hubo entonces un enorme consumo de libros; se perfeccionó la edición de las copias manuscritas y la publicación de ellas fue relativamente rápida y más barata. El comercio de obras llegó a ser una profesión considerada y productiva, y las gentes instruidas se citaban en las librerías. Leer estaba de moda, era una verdadera manía. En la mesa misma, a menos que en ella se

entregasen los comensales a los más groseros pasatiempos, se leía con frecuencia, y cualquiera que iba de viaje no olvidaba llevar en su equipaje una biblioteca portátil. En el campamento, bajo la tienda de campaña, el oficial superior tenía en su cabecera algún folleto griego de lúbrica moral, y en el Senado, al lado del hombre público, solía verse algún tratado filosófico. En suma, en el Imperio Romano sucedía lo que ha sucedido y pasará siempre en todo imperio donde los ciudadanos lean «desde el portal hasta el retrete». El visir de los partos tenía razón cuando, al mostrar a los habitantes de Seleucia los libros hallados en el campamento de Craso, les preguntaba si podían ser terribles adversarios los lectores de tales libros.

CLÁSICOS Y MODERNOS

Las inclinaciones literarias del siglo no eran ni podían ser sencillas, cuando la literatura misma se dividía entre la ciencia antigua y la moderna. Lo mismo que en la política, se hallaban en lucha abierta y también libraban sus batallas las tendencias nacionales e italianas de los conservadores por un lado, y las helénicas e italianas, o si se prefiere, cosmopolitas de los nuevos monárquicos por otro, quienes se apoyan en la antigua latinidad que reviste decididamente el carácter clásico en el teatro, en la escuela y en las indagaciones de los eruditos. Si el gusto ha decaído, el espíritu de partido es más enérgico que en tiempo de los Escipiones, de forma tal que se ensalza hasta las nubes a Ennio, a Pancuvio y, sobre todo, a Plauto. Las tablas sibilinas adquirirían un gran valor a medida que eran más raras, y los poetas del siglo VI, con su nacionalismo relativo y su fecundidad relativa también, nunca alcanzaron tanto favor de sus refinados epígonos como en este siglo. Para estos, tanto en literatura como en política, la edad de oro de Roma es la época de las guerras de Aníbal; la era del pasado irrevocable. Para mucha gente, esta admiración de los antiguos clásicos iba unida a la misma devoción profunda que se veía en el fondo de las ideas conservadoras de entonces, y no faltaban hombres que sostenían opiniones medias. Cicerón, por ejemplo, el principal campeón de las nuevas tendencias en la prosa, profesaba a la antigua poesía nacional el mismo respeto que le inspiraban la constitución democrática y la ciencia augural: «El patriotismo lo quiere —exclamaba—, leed, con preferencia al original, tal traducción de Sófocles notoriamente mala». Y mientras la nueva escuela, afiliada a las ideas de la monarquía democrática, contaba con un gran número de partidarios mudos entre los admiradores fieles de Ennio, no faltaban censores más audaces, mal avenidos con la literatura indígena y con la política senatorial, que hicieran una severa crítica de la escuela de los Escipiones. Solo Terencio salía bien parado de sus censuras, mientras Ennio y sus discípulos eran condenados sin apelación. Los jóvenes y temerarios traspasaban todo

límite razonable en esta herética impugnación a la ortodoxia literaria, y se atrevían a calificar a Plauto de grosero bufón, y a Lucilio de mal versificador. En este punto, la moderna escuela se aparta de la literatura nacional y se dedica a los nuevos griegos, al alejandrismo, como se lo llama.

EL ALEJANDRINISMO GRIEGO

Nos vemos obligados a dar algunos detalles de este curioso invernadero de la lengua y del arte helénicos y, sin embargo, no diremos nada que no sea útil para la inteligencia de la literatura romana en la época que nos ocupa y en los tiempos posteriores. La literatura alejandrina se ha formado sobre las ruinas del idioma puro de la Grecia, reemplazado después de la muerte de Alejandro Magno por una jerga bastarda, mezcla informe que resultó del contacto de los dialectos macedonios con los numerosos idiomas de las razas griega y bárbaras. Para hablar con más exactitud, la literatura alejandrina salió de los escombros de la nación helénica que, en el momento de fundar la monarquía de Alejandro y el Imperio del helenismo, estaba condenada a desaparecer, y que en efecto desapareció como individualidad nacional. Si se hubiera mantenido el trono que levantó Alejandro, en vez de la literatura helénica y popular de los primitivos tiempos, se habría formado otra que no tuviera de griega más que el nombre, sin patria verdadera, cuya literatura recibiría la vida e inspiración de arriba, y que al ser cosmopolita habría ejercido un dominio universal. Pero no sucedió así. El Imperio de Alejandro se desmembró después de su muerte, y poco después cayeron los fundamentos del imperio literario. La Hélade solo pertenecía al pasado, y con ella todo lo que había poseído: nacionalidad, lengua y arte. El círculo relativamente estrecho, no de hombres cultos, que ya no los había, sino de letrados, dio todavía asilo a una literatura muerta, de cuya rica herencia hacen el inventario unos con triste curiosidad, y otros con un refinamiento de áridas investigaciones. En la agitación febril que todavía reina, y bajo aquella corriente de erudición sin vida, se encontraba una apariencia de fecundidad, que en realidad es la fecundidad póstuma del alejandrismo. Este, parecido a la literatura culta que floreció en el transcurso de los siglos XV y XVI, rehace y depura los idiomas vulgares, busca su sustancia en el fondo de las nacionalidades romanas todavía vivas, y se implanta en el círculo cosmopolita de los eruditos en filología, como la flor delicada de la extinguida antigüedad. Aunque más corta en el tiempo, la diferencia entre el griego clásico y el griego vulgar del siglo de los diadocos es la misma que entre el latín de Manucio y el italiano de Maquiavelo.

EL ALEJANDRINISMO EN ROMA

Hasta entonces, Italia se había defendido contra los alejandrinos. Había tenido un relativo florecimiento literario en el tiempo que precede y que sigue a las guerras púnicas. Pero Nevio, Ennio, Pacuvio y toda la escuela de los escritores romanos puros, hasta Varrón y Lucrecio, habían distado mucho en todos los géneros de la producción poética, incluso en el poema didáctico, de sus contemporáneos griegos o de sus predecesores inmediatos, y todos, sin excepción, habían acudido a las fuentes de Homero, Eurípides, Menandro y los otros maestros de la viva y popular literatura de la antigua Grecia. Nunca las letras romanas tuvieron la savia de la nacionalidad, y sin embargo puede decirse que, mientras ha habido un pueblo romano, los escritores de Roma se han inspirado en los modelos vivos y nacionales, y que, aun sin copiar a la perfección a los mejores, han procurado imitar en lo posible el original. En Roma los primeros imitadores de la literatura griega posalejandrina, sin contar con los pequeños ensayos del tiempo de Mario, se encuentran entre los contemporáneos de Cicerón y de César, y desde este momento se precipita una innovación indetenible, aunque las causas de este fenómeno se atribuyen en parte a hechos exteriores. Las relaciones cada día más frecuentes con la Grecia, los viajes de los romanos que acudían en masa a los países helénicos y la afluencia de letrados griegos en la capital formaron naturalmente, hasta en la misma Italia, un público para la literatura griega contemporánea, para los poemas épicos y elegíacos, para los epigramas y los cuentos milesios que circulaban en la Hélade. Después llega la hora en que, como hemos dicho, la poesía de los alejandrinos también se introduce en las escuelas frecuentadas por la juventud italiana, y allí adquiere una influencia tan grande, que desde entonces el sistema de educación fue y continuó siendo modelado por los programas que se usaban en Grecia, y se relacionó estrecha y rápidamente la nueva literatura de Roma con la nueva de los griegos. Uno de los más famosos elegíacos alejandrinos, Parthenius, citado más arriba, abrió en Roma una cátedra de literatura y de poesía hacia el año 700, y de él nos quedan algunos extractos, verdaderos temas escolares de elegía y de mitología según la fórmula helenoegipcia, destinados sin duda a sus nobles discípulos. Y no fue solamente una causa fortuita la que suscitó el alejandrinismo romano y le dio vida, sino que también es necesario considerarlo como el resultado inevitable del desarrollo político y nacional del Imperio. De la misma suerte que la Hélade se había fundido en el helenismo, se funde el *Latium* en el romanismo, y, al desbordarse de sus fronteras, Italia se extiende en la monarquía cesariana del mundo mediterráneo, como había hecho el helenismo en el mundo oriental de Alejandro Magno. Por otro lado, al haber absorbido el nuevo Imperio las dos poderosas corrientes de las nacionalidades latina y griega, confundidas en lo sucesivo después de haber llenado durante tantos siglos sus dos lechos paralelos, no

fue suficiente para la literatura italiana buscar su punto de apoyo en la nación hermana, sino que necesitó presentarse al nivel del alejandrinismo, representante literario de la Grecia en aquel tiempo. La escuela latina popular estaba agonizando y perecía con el latín escolar del último siglo, junto a sus pocos iniciados clásicos y con la sociedad exclusiva de los lectores fieles a la urbanidad. En su lugar nacía una literatura imperial verdaderamente epigónica, artificial en su desarrollo y sin fundamentos populares fijos. Esta anunciaba en las dos lenguas su evangelio universal de humanidad, inspirado en un todo, y con plena conciencia de ello, en el genio de los antiguos maestros griegos, y recibía su lengua en parte de estos y en parte de los antiguos maestros romanos nacionales. ¿Esto fue acaso un progreso? Ciertamente que aquel era un edificio grandioso y una creación más necesaria que la monarquía mediterránea de César. Pero, al no recibir sino de arriba el soplo de vida, no tenía nada de la lozana vitalidad popular, nada de la vigorosa savia nacional, atributo ordinario de las sociedades más jóvenes, más limitadas y más próximas al estado de naturaleza; atributo glorioso, en fin, del Estado italiano en el siglo vi.

La extinción de la nacionalidad latina, absorbida por el gran Imperio cesariano, destruyó el fundamento de la literatura latina. Cualquiera que tenga el sentimiento de las afinidades íntimas del arte de la nacionalidad, dejará a Cicerón y Horacio por Catón y Lucrecio. Solo una crítica histórica y literaria igualmente pervertida por las rutinas de escuela pudo conceder el título de edad de oro a la época artística que comienza con la nueva monarquía. No obstante, aunque el alejandrinismo romanohelénico de los tiempos de César deba ceder el puesto a la antigua literatura de Roma, por imperfecto que haya llegado a ser es muy superior al del tiempo de los diadocos, lo mismo que el sólido edificio cesariano lleva una gran ventaja a la efímera obra del rey macedonio. Demostraremos en su momento que, si se compara la literatura que lleva el nombre de Augusto con la de los sucesores de Alejandro, que tiene con ella un parentesco próximo, observaremos que la primera es inferior a la segunda como obra de filología, pero muy superior como instrumento de dominación, y por lo tanto tiene entre las altas clases sociales una duración y un campo de influencia más vastos que los que ha tenido nunca el alejandrinismo helénico.

LITERATURA DEL TEATRO.

DECADENCIA DE LA COMEDIA Y LA TRAGEDIA. EL MIMO

En el género dramático observamos la esterilidad más lamentable. Desde antes de la época actual, el drama, la tragedia y la comedia agonizaban en Roma. En tiempo de Sila, aún acudía el público al teatro, como se prueba por las frecuentes representaciones de las comedias de Plauto, cambiados solo los títulos y los nombres

de los personajes. Pero los directores literarios tenían cuidado de decir que era preferible presenciar la representación de una antigua y buena comedia que de una mala pieza moderna. De esto a no abrir la escena sino a los poetas muertos, no había más que un paso, y este paso se dio en tiempo de Cicerón, sin que intentasen luchar los alejandrinos, cuyas producciones teatrales eran tan malas que era mejor pasar sin ninguna. En efecto, la escuela alejandrina jamás ha conocido la poesía dramática; pero al ensayarse en obras bastardas, escritas únicamente para ser leídas y no para ser representadas en escena, se consiguió que obtuvieran en Italia carta de naturaleza, y en breve se las dio al público de Roma como se las había dado antes en Alejandría. Entre los vicios de civilización de la capital, llegó a ser manía crónica escribir tragedias. Y puede conjeturarse cómo serían tales producciones cuando sabemos que Quinto Cicerón, para distraerse en sus cuarteles de invierno en las Galias, acabó cuatro en dieciséis días. La única rama fresca todavía de la literatura nacional va a perderse en lo sucesivo en el mimo o «cuadro vivo», que era la farsa atelana con los diferentes vástagos etológicos (*Mimi ethologici*, Cic., *De orat.*, 59) de la comedia griega, a los cuales se consagraron exclusivamente los alejandrinos, cuyo astro poético y sus triunfos brillaron más en este género de composiciones.

El mimo se origina en la danza de carácter con acompañamiento de flauta, que estaba en uso desde mucho tiempo atrás en los convites, y más frecuentemente en los entreactos para divertir al público que ocupaba el patio de los teatros. El discurso se introdujo por necesidad en esta clase de espectáculos, lo que condujo fácilmente a colocar la pantomima en el desarrollo de una fábula medianamente desenvuelta, con un diálogo acomodado. Entonces se transformó en un drama cómico corto que se diferenciaba de la antigua comedia o de la comedia atelana, en que el baile, con sus inseparables obscenidades, tenía, como antes, el principal papel. A decir verdad, el mimo era, más que espectáculo de teatro, un pasatiempo acomodado a la gente del patio; desechó la ilusión escénica, la máscara y el coturno (*plano pede*), pero introdujo la gran innovación de admitir a las mujeres en escena para representar papeles femeninos. Hacia el año 672 apareció en Roma este nuevo género que absorbió muy pronto al bufo populachero, al cual imitaba en más de un concepto, y sirvió de intermedio o de pequeña pieza después de la tragedia de los antiguos poetas (*exodium*). Poco importaba allí la fábula. Sin nudo y más liviana aún que la atelana, con tal que hubiera mucho movimiento y confusión, y que el mendigo se convirtiese repentinamente en un creso o viceversa, no se contaba para nada con el poeta, que cortaba el nudo que no podía desatar. El asunto era amoroso, de ordinario, y muy frecuentemente de la peor índole y en extremo imprudente. Los maridos, por ejemplo, tenían contra ellos al autor y al público sin excepción, y la moral del poema consistía en mofarse de las buenas costumbres. Como en las atelanas, todo el encanto del mimo estaba en la pintura de la vida de las más humildes y bajas clases. Los cuadros

rústicos son reemplazados allí por las escenas populares, por los hechos y proezas de los modestos ciudadanos, y el buen público de Roma, a imitación de lo que hacía el de Alejandría en las piezas griegas análogas, acude a aquellas representaciones a aplaudir su propio retrato. Buen número de personajes escénicos pertenecían a la clase artesana. Allí encontraremos al inevitable batanero, al cordonero, al tintorero, al salinero, al tejedor y al criado que cuidaba los perros. En otra parte hallamos los papeles de carácter: el olvidadizo, el charlatán y el hombre de los cien mil sestercios^[7]. Otra vez el autor va al extranjero en busca de sus tipos, y trae a la mujer etrusca, a la gala, a la cretense y a la alejandrina; después toca su turno a las fiestas y reuniones populares, las compitales, las saturnales, la *Anna Perenna* y las termas, y aun en algunas ocasiones, en *El viaje a los infiernos* y en *El lago Averno*, el mimo parodia a la mitología. Las injurias y las palabras picantes son las que más aceptación tienen, como también los proverbios vulgares y las sentencias cortas, fáciles de retener en la memoria y de fácil aplicación, y, en suma, los más absurdos propósitos reciben allí carta de naturaleza. Aquel era el mundo al revés: mientras a Baco se le pedía agua clara, se quería que la ninfa de las aguas diese vino; y, cosa que hasta entonces había estado severamente prohibida en la escena, el poeta se permite hacer alusiones políticas, de lo cual tenemos más de un ejemplo^[8]. En cuanto a la métrica, los autores de mimos no se cuidaban, como ellos mismos lo declaran, de la medida del verso, y en sus pequeñas piezas, escritas sin consideración al juego escénico, abundaban las expresiones vulgares y las más triviales formas. El mimo, como se ve, en el fondo no era otra cosa que la antigua farsa sin la máscara de carácter, sin la localización ordinaria de la escena en Atela, sin la pintura exclusiva de las costumbres rústicas, y que, usando de una libertad que excede todos los límites y desafía todo pudor, sustituye la atelana por el cuadro de las costumbres de la ciudad.

LABERIO

Nadie duda de que las obras mímicas han sido casi siempre las más efímeras, y que no han podido aspirar a un puesto cualquiera en la literatura. Solo las obras de Laberio, notables por el vigor de los caracteres, y tenidas en su género por obras maestras de estilo y versificación, han pasado a la posteridad. Es una desgracia para el historiador no poder comparar el drama de los últimos días de la República agonizante con el gran prototipo ateniense.

PRESENTACIÓN ESCÉNICA

En el momento en que desaparece la literatura dramática, el aparato teatral y el aparato escénico se desarrollan y crecen en magnificencia. En Roma y en las ciudades de provincia los espectáculos tienen una regular importancia en la vida pública. Pompeyo dio a la capital su primer teatro permanente. Antes, las representaciones tenían lugar al aire libre, pero en la época que nos ocupa se pedía a la Campania el inmenso *velum*, que protegía a la vez a actores y espectadores (676). Así como en Grecia antes se había abandonado la pléyade, más que pálida, de los dramaturgos alejandrinos, y el teatro se había sostenido con el auxilio de las piezas clásicas, las de Eurípides sobre todo, representadas con un riquísimo aparato escénico; en Roma, en tiempo de Cicerón, no se representaban más que las tragedias de Ennio, Pacuvio y Accio, o las comedias de Plauto. Se recordará que en el periodo anterior, Terencio, que era poeta de menos inspiración pero de un gusto más delicado que Plauto, había obtenido el triunfo sobre este. Luego aparecen Roscio y Varrón, el arte dramático y la filosofía reunidas, quienes preparan el renacimiento de la antigua comedia, como harán un día Garrick y Johnson con Shakespeare. Y aun el mismo Plauto, a pesar de su justa fama, tuvo que sufrir por el gusto estragado y por las turbulentas impacencias de un público halagado por la fábula ligera y desordenada de las atelanas y otras bufonadas. Por su parte, los directores, para que se les perdonase la extensión de las obras del antiguo autor, hacían en ellas muchas supresiones y reformas. A medida que el repertorio es más escaso, empresario y actores se esfuerzan más en volver el interés hacia el decorado escénico. Por lo demás, ignoro si había entonces oficios más productivos que el de actor de profesión o el de primera bailarina. Ya hemos hablado de la colosal fortuna del autor trágico Esopo. Su contemporáneo y rival, Roscio, más célebre aún que él, evaluaba su renta anual en seiscientos mil sestercios^[9]. Dionisia, la bailarina, estimaba la suya en doscientos mil sestercios. Se gastaban enormes sumas en decorados y en trajes: se vieron desfilar en el teatro hasta seiscientos mulos enjaezados, y, en otra ocasión, cuando se tenía que representar el ejército de los troyanos, se aprovechó la ocasión para mostrar al público los tipos de todos los pueblos asiáticos vencidos por Pompeyo. La música que acompañaba las canciones intercaladas en las piezas dramáticas también se abrió un horizonte más ancho y libre: «Como el viento agita las olas —dice Varrón—, de la misma suerte el hábil flautista, a cada nota melodiosa, arroba el alma del auditorio». La ejecución adopta con preferencia los movimientos rápidos y obliga al actor a hacer su papel más animado. Los diletantes de la música y del teatro van siendo cada vez más numerosos, y, desde la primera nota, el aficionado reconoce la composición, cuya letra sabe de memoria, y el público percibe de inmediato la menor falta en el canto o en el recitado, y es implacable con ella. En suma, las costumbres teatrales de Roma en la época de Cicerón nos recuerdan de una manera exacta el teatro francés de nuestros días. De la misma suerte que el mimo

romano responde a la licencia de los cuadros y de las piezas modernas, para las cuales tampoco hay algo que sea muy bueno o muy malo, encontramos también en los dos pueblos la misma tragedia y la misma comedia tradicionalmente clásicas, que todo hombre de buen tono se cree obligado a admirar, o por lo menos a aplaudir. En cuanto a la muchedumbre, esta halla su distracción en las piezas bufas, en las cuales se ve retratada, y en los espectáculos de gran aparato escénico, donde se extasía pues le dejan la vaga impresión de un mundo ideal. Por su parte, el buen diletante de esta época se cuida poco del drama, y solo está atento a la ejecución. Muy pronto el arte dramático en Roma oscila, en sus diversas esferas, como el arte francés, entre la choza y el salón. Nada más frecuente, en efecto, que ver al final de un espectáculo a las bailarinas despojarse repentinamente de sus vestidos y entretener a los espectadores con una danza de bailarinas semidesnudas. Por otra parte, el Talma romano tenía por ley suprema del arte, no la verdad y la naturaleza, sino simplemente la simetría.

CRÓNICAS EN VERSO

En el género histórico fueron numerosas las crónicas en verso, a imitación de Ennio. Su mejor crítica la encontramos en Catulo, en un gracioso voto que hace una joven enamorada:

«¡Oh diosa santa, vuelve a mis brazos a este amante, a quien han trastornado el juicio esos condenados versos políticos, y arrojaré al fuego la más escogida de sus tristes heroidas!»

LUCRECIO

En realidad, la antigua escuela nacional y romana no tiene más que un representante entre los poetas historiadores de la época; y bien vale la pena nombrarlo, al ser su obra una de las más importantes de toda la literatura latina. Me refiero al poema *De la naturaleza*. Su autor, Tito Lucrecio Caro (655-699), pertenecía a los círculos distinguidos de la sociedad de Roma. Pero quizá por su constitución enfermiza, o por repugnancia, se mantuvo alejado de la vida pública y murió en la flor de la edad (a los 44 años), poco antes de estallar la guerra civil. En sus versos permaneció fiel a la escuela de Ennio y a la clásica griega, despreciando el superficial helenismo de su tiempo y declarándose, con toda su alma y sin ninguna duda, discípulo de los «griegos austeros», hasta el punto de que el delicado y suave acento de Tucídides encontró un eco digno en uno de los más célebres episodios del poema romano.

Ennio se inspiró en Epicarmo y en Evemeris, mientras que Lucrecio tomó las formas de su exposición filosófica de Empédocles, preciosa joya de la fecunda isla de Sicilia, y para el fondo de sus obras fue recogiendo y conciliando «las palabras de oro de las producciones de Epicuro, cuyo esplendor oscurece a todos los demás sabios, de la misma manera que el sol oculta las estrellas»^[10]. Lucrecio siente, como Ennio, verdadera repugnancia por la erudición mitológica de que se reviste la poesía alejandrina, y solo exige de sus lectores el conocimiento de las leyendas más corrientemente aceptadas^[11]. A pesar del moderno puritanismo que desechaba las palabras exóticas, nuestro poeta, a imitación de Ennio, abandona la expresión latina que es vulgar u oscura, y la sustituye por la voz griega de sentido preciso. En la estructura de su metro, encontramos con frecuencia la antigua aliteración. No admitía la transición del verso ni de la frase, y su signo obedecía a la antigua forma oratoria o poética. Más armonioso que Ennio, sus hexámetros no se desarrollan como los de la nueva escuela, que se deslizan ligeros y juguetones a semejanza del susurro del cristalino arroyo, sino que, por el contrario, marchan lentos y majestuosos parecidos a un río de oro líquido. Desde el punto de vista filosófico y material, Lucrecio todavía se acerca a Ennio, único maestro a quien celebra en sus cantos. La profesión de fe del poeta de Rudia es también todo su catecismo religioso: «Para mí no ofrece duda de que hay dioses en el cielo; pero entiendo que no se cuidan para nada del género humano». Esto era, en efecto, lo que se anuncia y se confirma en sus versos.

«Los cantos de nuestro Ennio, que es el primero que lleva la corona de verde follaje del alegre Helicón, la cual le da una brillante aureola entre todos los pueblos de Italia.»

Aún se manifiestan por última vez en esta extraña poesía el orgullo y la vanidad de los maestros del siglo VI. Como si el poeta se encontrase frente al terrible cartaginés o los terribles Escipiones, ante tales visiones se cree transportado a aquellos tiempos, y parece que no vive en esta época de decadencia^[12]. El canto «que brota gracioso de su rica fantasía», comparado con los versos de los otros poetas, resuena en su oído como «el fugitivo canto del cisne al lado del chillido de las grullas. También él, al escuchar las melodías que inventaba, sentía henchirse su corazón de una esperanza de gloria, y a semejanza de Ennio, que prometía la inmortalidad a aquellos sobre quienes derramaba los inflamados versos que brotaban de su inspiración», prohibió que llorasen sobre la tumba del inmortal poeta.

Por un extraño fenómeno, este raro genio, cuya inspiración poética se remonta a las primitivas fuentes y oscurece a todos o a casi todos sus antecesores, nació en un siglo en el que parecía como perdido y extranjero, y de aquí su completo desdén en la elección del motivo de sus cantos. Se hizo sectario de Epicuro, que transformó el mundo en un inmenso torbellino de átomos, y que intentó explicar por la casualidad puramente mecánica el principio y fin de las cosas, así como los problemas de la

naturaleza y la vida. Este sistema era mucho menos insensato que el grosero, rústico y frío sincretismo histórico ensayado por Evemeris y, después, por Ennio. Pero querer poner en verso tales especulaciones cósmicas era malograr el arte, empleándolo en el más ingrato objeto, además de esterilizar la inspiración más fecunda. Por otra parte, quien lea con ojos de filósofo el poema didáctico de Lucrecio, verá que en él no se tocan los puntos más importantes del sistema, y observará con disgusto la exposición más superficial de las controversias, las repeticiones y la distribución defectuosa de las materias. Y, aquellos que solo busquen en él la poesía, se fatigarán pronto de aquellas disertaciones matemáticas, sujetas a la medida del verso, que hacen verdaderamente ilegible una buena parte del libro. Sin embargo, a pesar de estos gravísimos vicios, los cuales habrían hecho fracasar a un escritor ordinario, Lucrecio pudo vanagloriarse de haber conquistado, en esta Arabia pétrea de la poesía, una palma que las musas no habían dado a otro antes que a él. Y no se diga que la debe solamente a algunas felices comparaciones, a algunas poderosas descripciones, a los asombrosos fenómenos físicos y a las pasiones luminosas que se consignan en diferentes pasajes de su obra; pues la originalidad de sus apreciaciones sobre las cosas de la vida y sobre lo ideal tiende en el fondo a su misma incredulidad. Al no creer, camina, y puede caminar con paso victorioso, con la verdad en sus manos, armado de todas las fuerzas vivas de la poesía, contra la falsa devoción y las grandes supersticiones de la sociedad romana.

*Humana ante oculos fæde cum vita jaceret
In terris, oppressa gravi sub Relligione,
Quæ caput a coeli regionibus ostendebat,
Horribili super aspectu mortalibus instans,
Primus Graius homo mortales tollere contra
Est oculos osus, primus que obsistere contra.
Quem nec fama Deum, nec fulmina, nec minitanti
Murmure compressit coelum; sed eo magisacrem
Virtutem inrritat animi, confringere ut arcta
Naturæ primus portarum claustra cupiret.
Ergo vivida vis animi pervicit, ex extra
Procesit longe flamantia mænia mundi
Atque omne immensum peragravit mente animoque^[13].*

Así, pues, el poeta quiere derribar a los dioses, tal como Bruto había derribado a los reyes: «Quiere romper la estrecha cárcel que se cierra sobre la Naturaleza». Pero no es contra el trono de Júpiter, hacía mucho tiempo derribado, contra el que lanza el dardo de sus versos, sino que, a semejanza de Ennio, en realidad ataca a aquellos

dioses importados del extranjero y a la superstición del populacho, como por ejemplo al culto de la *Magna Mater* y a los agoreros estúpidos de la Etruria, que leían en el relámpago y en el trueno. Lucrecio solo siente horror y disgusto hacia aquel mundo espantoso en que vivía y para el que eran sus escritos; allí encontraba su inspiración. Compuso su poema en aquellos tiempos de desesperación en los que la oligarquía estaba fuera del poder y César no había conquistado todavía el trono; aquellas horas supremas y terribles en que el temor de la guerra civil se había apoderado de todos los espíritus. Ciertas desigualdades y ciertas dificultades en la ejecución descubren, sin duda, la ansiedad de un hombre que a cada momento cree ver desencadenarse contra él y contra su obra los tumultos y convulsiones de una revolución: al ver el juicio que le merecían los hombres y las cosas, no debe olvidarse qué cosas y qué hombres tenía presentes. Antes del siglo de Alejandro, había una máxima generalmente admitida en Grecia y sinceramente proclamada por los mejores ciudadanos: la suprema felicidad es no haber nacido y, después de esto, lo mejor que hay es la muerte. De igual manera, las nociones morales sobre la naturaleza del mundo conducían fácilmente a las almas delicadas y poéticas a la opinión, relativamente más noble, de que era una dicha para el hombre el perder la fe en la inmortalidad del alma, y al mismo tiempo el temor de la muerte y de los dioses, temor perjudicial que embarga nuestro ser y que es muy parecido al miedo que se apodera de los niños cuando están en un lugar oscuro. Y, así como el sueño de la noche es más reparador que la fatiga del día, de la misma manera la muerte, ese reposo eterno, exento de esperanza y de solicitud, vale mucho más que la vida. Los mismos dioses del poeta no son nada, y solo gozan de un eterno y saludable reposo. No hay penas del infierno con las que sea castigado el hombre después de esta vida; las penas las sufren los vivos, y son hijas de esas pasiones sin freno que agitan continuamente nuestro corazón. Luego, el fin del hombre es establecer el equilibrio y la calma de su espíritu: no estimar la púrpura más que como un vestido de abrigo, mantenerse entre la muchedumbre de los súbditos antes que confundirse en el número de los candidatos al poder, y permanecer tendido junto a un arroyo en vez de ir a sentarse bajo los dorados artesones del rico junto a las mesas de convite cargadas de manjares numerosos. En estas doctrinas de filosofía práctica encontramos la idea bastante exacta del poema de Lucrecio que, aunque a veces se oculta tras las nebulosidades de sus demostraciones físicas, no por eso es ahogada y viene a ser el fundamento de todo lo que de sabiduría y de verdad contiene dicho poema. En cuanto al mismo Lucrecio, quien lleno de veneración hacia sus grandes antecesores puso en la predicación de su doctrina un celo desusado en su tiempo, y fortificó sus lecciones con el atractivo de la musa, puede decirse de él que fue un excelente ciudadano y un gran poeta. Cualesquiera que sean las censuras que merezca el poema *De la naturaleza*, debemos colocarlo entre los más brillantes astros del poco estrellado cielo

de la literatura romana. También el maestro más grande de la lengua alemana lo escogió un día para su último y perfecto trabajo, procurando proporcionar lectores a Lucrecio.

POESÍA GRIEGA DE MODA

Aunque recibió de sus más esclarecidos contemporáneos el justo tributo de admiración debido a su genio y a su talento de poeta, Lucrecio, hijo póstumo de otra escuela, siempre fue un maestro sin discípulos. Por el contrario, la poesía griega que estaba de moda tuvo muchos prosélitos que trataban porfiadamente de rivalizar con los más distinguidos poetas alejandrinos. Los que reunían mejores dotes dieron pruebas de gran prudencia, y se guardaron de imitar las grandes obras y de cultivar los géneros puros de la elevada poesía, tales como el drama, la epopeya y la oda. Sus más felices producciones, como también las de los neolatinos, se reducían a trabajos de escasa importancia, y con especialidad a los géneros mixtos que están en las últimas esferas del arte, y, entre otros, a aquel término medio entre la historia y el poema lírico. Ya no se contaba con las poesías didácticas, y las composiciones favoritas eran los pequeños poemas amorosos, y más particularmente la elegía erótica y erudita, sazonado fruto del Saint Martin de la poesía griega. Como no se inspira sino en las fuentes filológicas, única Hippocrene del autor, sus obras cuentan frecuentemente aventuras y sufrimientos, más o menos interrumpidos por digresiones y relatos épicos recogidos *ad libitum* en los cielos legendarios griegos; aunque también se ordenaban cantos de fiesta, artística y asiduamente trabajados. En fin, a falta del libre sentimiento poético, los alejandrinos cultivaban preferentemente la poesía de costumbres y el epigrama, géneros literarios en los cuales se distinguieron mucho. En cuanto a la aridez del asunto y a la falta de vigor en la lengua y en el ritmo en esta llaga incurable de literaturas sin raíces populares, eran defectos que se disimulaban más o menos con lo alambicado del tema, con los giros rebuscados, con las palabras extrañas y raras, con la versificación más sutil, y en fin, con la completa apariencia de la erudición del anticuario o del filólogo, unida a la extrema habilidad del poeta.

Tal era el evangelio literario que los maestros predicaban a la juventud romana, y que esta acudía en masa a oír para aprenderlo y practicarlo. Desde el año 700, los poemas eróticos de Euforión y de toda aquella pléyade de alejandrinos parecidos a él constituían la habitual lectura y el arsenal constante de las piezas de declamación de que se servían los jóvenes de educación esmerada^[14]. La revolución literaria estaba hecha, pero, salvo una o dos excepciones, no dio más que frutos secos sin madurez ni sabor. Muchos eran los poetas de esta nueva escuela, pero ¿dónde encontrar la

poesía? Cuando en el Parnaso abundan los cultivadores de las musas, Apolo despidió a las gentes sin miramiento alguno. En los poemas largos, jamás se encuentra ninguna cosa que valga, y en los pequeños, también es raro encontrarla. Verdadero azote de este siglo literario, la poesía corriente se difunde por todas partes y en toda ocasión, y muy pronto fue objeto de distracción entre los amigos mandarse, a título de regalo, algún paquete de malos versos, recientemente comprados en la librería, y cuya elegante encuadernación y finísimo papel revelaba a la distancia su procedencia y su valor. Público real, ese que sirve de cortejo a la literatura nacional, no tuvieron nunca los alejandrinos ni en Grecia ni en Roma. Todas sus obras son poesías de reunión, o mejor dicho, poesías de un cierto número de círculos. Sus miembros se reúnen, reciben mal a cualquier intruso, leen y critican entre ellos mismos toda obra nueva. Saludan a su manera y en verso, como verdaderos alejandrinos que son, tal o cual producción más o menos afortunada, a la que dispensan una falsa y efímera gloria si es de alguno de sus camaradas. Valerio Catón, renombrado profesor de literatura latina y fecundo partidario de la nueva poesía, parece que ejerció por entonces una especie de patronato de escuela sobre los más distinguidos miembros de estos círculos, y fue erigido juez supremo del mérito relativo de las composiciones de la época. Todos estos versificadores romanos se hacen imitadores de los modelos griegos y, con frecuencia, sus serviles copistas. La mayor parte de sus composiciones parece que no han sido otra cosa que frutos prematuros o abortados de una poesía de estudiantes, que todavía no conocen las reglas del arte y que en mucho tiempo no han de obtener la autorización del maestro. Sin embargo, en la gramática y en la métrica se ajustaban más estrechamente que los antiguos nacionales a la tradición de sus predecesores en Grecia. Y al hacer esto no se puede negar que manifestaron en alto grado el espíritu de imitación y gran corrección en la lengua y en el ritmo, progreso que compraron al precio de la flexibilidad y amplitud del antiguo idioma. Con respecto al fondo, los temas eróticos, tan poco apropiados para la alta poesía, tomaron un increíble vuelo bajo la influencia de sus afeminados modelos o de la inmoralidad de los tiempos, y después se empezaron a traducir los resúmenes métricos que entonces tenían más aceptación entre los griegos. Cicerón se ensaya en los *Astronómicos* de Arato; y, al fin de este periodo o al principio del siguiente, Publio Varrón del Aude puso en latín el *Tratado geográfico* de Eratóstenes, haciendo otro tanto Emilio Macer con el manual físico medicinal de Nicandros. No nos causa sorpresa ni aflicción que hayan sobrevivido tan pocos nombres de toda esta turba de poetastros, pues todavía estos pocos que se citan es solo a título de curiosidades literarias o por la importancia de los personajes. Tal fue, por ejemplo, Quinto Hortensio el orador, con sus «quinientos mil versos» tan pesados como licenciosos; tal fue también Levio, del que se hace mención más frecuentemente: sus *Pasatiempos de amor* despertaron algún interés por la complicación del metro y el giro de la

frase^[15]. Luego se presenta Cayo Helvio Cinna (muerto en 710), muy elogiado en todos los círculos, con su pequeña epopeya de la *Smirna*, y atestigua no menos la depravación de la época, tanto por la elección del asunto, el incestuoso amor de una hija hacia su padre, como por los nueve años que empleó en pulimentar semejante poema. Solo pueden exceptuarse de esta general corrupción un reducido número de poetas, en los cuales tenemos el gusto de encontrar verdadera originalidad, sobriedad y flexibilidad en la forma, unidas al fondo nacional y sólido de la tradición republicana y agreste. Sin hablar de Liberio y de Varrón, conviene recordar aquí los nombres de tres poetas del campo republicano, de quienes ya hemos hablado antes: Marco Furio Bibáculo (652-691), Cayo Licinio Calvo (672-706) y Quinto Valerio Catulo (667-700 aproximadamente).

CATULO

Con respecto a los dos primeros, cuyos escritos se han perdido, solo podemos hacer conjeturas; pero, en cuanto a Catulo, tenemos materia para formular nuestro juicio. Este poeta, así por el tema como por la forma de sus composiciones, también es de la escuela alejandrina. En su colección hallamos algunas traducciones de piezas de Calímaco, ciertamente no de las mejores, sino de las más oscuras. Entre sus obras originales se encuentran algunas poesías contorneadas y del género a la moda, como las *Galiambas*, de un precioso estilo, en alabanza de la *Phrygia Mater*. Hasta en las *Nupcias de Tetis*, obra excelente por otra parte, el autor, discípulo fiel de los alejandrinos, intercaló en la acción principal el episodio de mal gusto de las *Lamentaciones de Ariadna*. Pero, dejando aparte estos trozos, en el resto de sus obras Catulo nos hará oír la melodiosa queja y la verdadera alegría, y sus «cantos festivos» brillan con los más vivos colores de la poesía y son de un movimiento casi dramático. ¿Qué más completo y delicado que sus descripciones de los círculos elegantes? ¿Qué más bello que sus relaciones, un poco libres en verdad, de aventuras amorosas? De cualquier manera, proporcionan un rato de solaz sus frívolas charlatanerías, sus confidencias poéticas y sus secretos amorosos. En otros pasajes nos cuenta la agradable vida de la juventud, siempre apurando la copa y siempre disipando su fortuna, los goces del viajero y del poeta, las anécdotas locales de Roma y más frecuentemente de Verona, y el ameno pasatiempo de sus reuniones de familiares y amigos. Su Apolo no solamente hace vibrar las cuerdas de la lira, sino que también maneja el arco; y la ligera flecha del sarcasmo de Catulo no perdona ni al rudo poeta, ni al provincial asesino de la lengua, y hiere, sobre todo, a los poderosos, a los hombres que han puesto en peligro la libertad del pueblo. Sus cortos ritmos, sus pequeños versos, animados a veces de preciosos proverbios, atestiguan la perfección

del arte sin descubrir jamás un ligero barniz de fábrica. El poeta nos lleva de pronto desde las riberas del Po hasta las del Nilo; pero donde se muestra incomparable y en su propio terreno es en el valle del río cisalpino. No se puede negar que el arte alejandrino es su guía; mas no por esto su inspiración es menos libre y personal. Se mantuvo ciudadano de su ciudad provincial al oponer Verona a Roma, y el leal y franco habitante del municipio al noble senador de la capital, que de ordinario trataba con desdén a sus amigos de más baja esfera social. La Galia cisalpina, patria de Catulo, estaba floreciente aún y llena de vigor y savia; ¿qué hay de extraño, pues, en que el poeta haya recibido en ella la inspiración de su canto más que en cualquier otra parte? Los alegres paisajes del lago de Garda se reflejan en sus más hermosas poesías, y no sé si en estos tiempos algún ciudadano de Roma habría sabido escribir con tan profundo acento una elegía sobre la muerte de un hermano, o el epitalamio de tan propio y tan sencillo colorido de las bodas de Manlio y Aurunculeya. Aunque como partidario del nuevo género y como familiar de los círculos literarios marchaba atrás de los alejandrinos, Catulo era algo más que un buen discípulo entre tantos medianos y malos, y muy pronto aventajó a sus maestros, así como el ciudadano de una ciudad libre italiana aventajaba al diletante griego cosmopolita. Sin embargo, no busquemos en él eminentes facultades creadoras ni elevadas miras: es solo un poeta festivo de rica fantasía, no un gran poeta; y su obra, como él mismo lo declara, no contiene más que bagatelas y puerilidades. Y si, a pesar de eso, sus contemporáneos fueron los primeros que se sintieron electrizados por sus pequeños poemas, y más tarde los críticos de la época de Augusto lo pusieron al lado de Lucrecio como el lírico más eminente de su siglo, todos, posteridad y contemporáneos, tuvieron razón al juzgarlo así. Después de Catulo no ha producido Roma poeta alguno en el que se encuentren tan perfectamente asociados la forma y el fondo en el arte, y la colección poética que lleva su nombre seguramente es la producción más perfecta de la poesía latina propiamente dicha.

POEMAS EN PROSA. LA NOVELA

En esta misma época apareció también la prosa poética. Al principio, una ley inmutable y siempre obedecida del arte natural y verdadero, del arte que tenía conciencia de sí mismo, prescribía que el asunto poético y el metro se correspondiesen: el uno llamaba al otro. Pero, en la mezcla y confusión de los géneros que caracterizan el siglo, esta ley cedió. Y no tengo nada que decir de la novela, sino que el más notable historiador de la época, Sisenna, no creyó rebajarse a traducir para la muchedumbre los *Cuentos milesios* de Arístides, aquellas novelas de moda, en extremo licenciosas y obscenas.

OBRAS ESTÉTICAS DE VARRÓN. SUS MODELOS. ENSAYOS MEDIO FILOSÓFICOS Y MEDIO HISTÓRICOS

Luego están los escritos estéticos de Varrón, aparición más feliz y original, y que puede ser considerada como el precedente de la prosa poética. No satisfecho con haber llegado a ser el principal representante de los estudios latinos históricos y filosóficos, Varrón también fue uno de los más fecundos y más interesantes autores en las bellas letras puras. Descendiente de una familia plebeya, originaria del país sabino, que había sido admitida hacía doscientos años en el Senado de Roma, Marco Terencio Varrón, natural de Rieti (638-737), era de edad avanzada al comenzar este periodo; y al haberse puesto, como puede suponerse, al lado de los constitucionales, tomó enérgica y honrosa parte en sus hechos y también en sus sufrimientos. Hombre de letras, luchó en sus escritos contra la primera coalición, «el monstruo de las tres cabezas»; como soldado, lo hemos visto ejerciendo el mando de la España ulterior al frente de un ejército pompeyano; y, cuando sucumbió la República, obtuvo la gracia del vencedor y fue nombrado director de la biblioteca que quería fundar en Roma. Siendo ya muy anciano lo vemos todavía, una vez más, envuelto en el torbellino de las contiendas civiles que se suceden, y murió dieciséis años después del asesinato de César, a la avanzada edad de noventa y nueve años. Las obras estéticas que sobre todo ilustran su memoria, no son otra cosa que cortos ensayos, tanto de asuntos en prosa como de trozos de fantasía, cuyo bosquejo igualmente prosaico estaba salpicado de fragmentos en verso. Los primeros consistían en breves ensayos filosóficos e históricos (*logistorica*), y los segundos fueron las famosas *Sátiras menipeas*. En unos y otras, no son los antiguos maestros latinos los que le sirven de modelos; y especialmente en sus sátiras, se aparta del sendero de Lucilio. Se ha visto que la sátira romana no constituía un género especial y determinado, y la misma palabra (*satura*) solo tiene un sentido negativo, puesto que es la «poesía variada», no se refiere a ningún género antes conocido, y cambia de forma y de carácter según el talento del poeta que la maneja. En obras ligeras o serias, Varrón siempre escoge sus modelos en la filosofía griega anterior a los alejandrinos. En sus ensayos estéticos imita los diálogos de Heráclides, de la Heráclea pónica, que murió hacia el año 450; y en la sátira siguió la escuela de Menipo, natural de Gadara, en Siria, que floreció hacia el año 475. Esta elección lo expresa todo. Heráclides se había inspirado en los diálogos filosóficos de Platón, pero, ciego admirador de la forma del maestro, había prescindido del valor científico y no había pensado más que en revestir con el ropaje poético sus elucubraciones de fabulista. Aunque era un autor ameno y sus obras eran muy leídas, no fue, sin embargo, un filósofo. Otro tanto debemos decir de Menipo, verdadero corifeo de una secta, cuya única sabiduría consistía en renegar de la filosofía misma, burlarse de sus adeptos y practicar, en fin, el cinismo de Diógenes.

Profesor burlón de una doctrina, a pesar de todo severa, Menipo había enseñado, por medio de ejemplos llenos de satíricos arranques, que fuera de la vida modesta no hay más que vanidad aquí abajo y allá arriba, y que nada hay más vano que las disputas de los pretendidos sabios. Tales fueron los verdaderos modelos de Varrón, aquel romano de los antiguos tiempos, indignado de las miserias de su época, saturado también del humor chocarrero de sus antepasados, y no ajeno, por otra parte, al sentimiento plástico. Por lo mismo, era insensible a todo lo que no era hecho material o acontecimiento realizable, a todo lo que era idea o sistema, en una palabra, era el hombre más antifilosófico de todos los romanos^[16]. No obstante ser sectario, conservó su libertad, y si toma de Heráclides y de Menipo la inspiración y la forma general de su obra, es demasiado celoso de su independencia personal y demasiado romano para no dar a sus reproducciones un carácter esencialmente libre y nacional. Véanse sus escritos del género serio, sus ensayos consagrados al desenvolvimiento de un pensamiento moral o a un objeto cualquiera de interés común. En ellos no va a perderse, como Heráclides, en las moralejas de los *Cuentos milesios*, ni a ofrecer al lector historietas pueriles como las *Aventuras de Abaris* o de la joven resucitada al séptimo día de su muerte. Y es muy raro cuando cubre su moralidad con el ropaje de los nobles mitos griegos, como en el ensayo titulado *Orestes o la alucinación (Orestes, de insania)*. De ordinario ofrece un cuadro de la historia contemporánea de su patria, lo que da a sus ensayos el carácter de *Elogios* (este es el nombre que llevan) consagrados a los romanos notables y, sobre todo, a los corifeos del partido constitucional. Así, el pasaje *Sobre la paz (Pius de pace)* no era otra cosa que una manifestación hecha a Metelo Pío, el último de la brillante cohorte de los grandes generales senatoriales; el opúsculo *Sobre el culto de los dioses* celebra la memoria de un venerable optimate y pontífice, Cayo Curión; el capítulo *Sobre la fortuna* trata de Mario; el de la *Manera de escribir la historia* está dedicado al primer historiógrafo de la época, a Sisenna. Scaurus, el fastuoso empresario de juegos, figura en el trabajo *Sobre los orígenes del teatro en Roma*; y el famoso banquero diletante ático, en el estudio sobre los números. Véanse los dos escritos de Cicerón, medio históricos y medio filosóficos, titulados también *Lelius o de la amistad*, y *Catón de la antigüedad*, que según parece eran imitaciones del gusto de Varrón, y se tendrá una idea cabal de lo que eran estos ensayos, a la vez didácticos y narrativos.

LAS SÁTIRAS MENIPEAS

Varrón no se mostró menos original en el fondo y en la forma de sus menipeas. Por un arranque audaz que jamás tuvieron los griegos, hizo jugar la prosa y el verso en sus sátiras, y todo su pensamiento estaba impregnado de una savia puramente romana

y aun me atrevería a decir de un gusto propio del rústico sabino. Como los ensayos, las menipeas tienen por asunto un objeto moral o un tema cualquiera de los que agradaban a la muchedumbre. He aquí sus títulos: *Las columnas de Hércules o de la gloria*; *La marmita tiene su cobertera o los deberes del marido*; *Al jarro su medida o de la embriaguez*; *Turlututu o del elogio*.

Debemos convenir que la representación plástica era necesaria en estas sátiras, pero Varrón no la toma de la historia nacional sino muy rara vez, como, por ejemplo, en la sátira titulada *Serranus o de las elecciones*. Allí es el mundo de Diógenes el que presenta al lector: perro de caza, perro retórico, perro caballero, perro bebedor de agua y catecismo de los perros son sus habituales temas, en los cuales la mitología contribuye para producir el efecto cómico. Hallamos en el repertorio un *Prometeo libertado*, un *Ayax de paja*, un *Hércules socrático* y un *Ulises y medio*, cuyos errantes viajes por tierra y por mar no solo han durado diez años, sino quince. A veces, para embellecer su obra, nuestro autor la inserta, a juzgar por los restos que hasta nosotros nos han llegado, en una narración dramática o romántica, como hace en su *Prometeo libertado*, en su *Sexagenario (Sexageris)* y en su *Madrugador*. Aunque no siempre, algunas veces su fábula se refiere a los incidentes de su existencia personal. Los personajes del *Madrugador*, por ejemplo, se acercan a él como un «bien reputado escritor», y le refieren sus narraciones. Imposible sería decir hoy cuál era el valor poético de estas composiciones diversas, pero, en los escasos fragmentos que nos ha sido dado a leer, ¡cuán bellísimos rasgos encontramos!, ¡cuánto vigor y cuánta animación! Prometeo es desencadenado, y al punto abre el héroe «una fábrica de hombres», donde «Zapato de Oro, el rico», va a encargarse a una joven toda de leche y cera fina, como la «que saben extraer del jugo de mil flores las abejas de Mileto; una doncella sin hueso ni nervios, sin cabellos ni piel, pura, elegante y esbelta, de delicado tacto, tierna y adorable». Sus composiciones se hallan animadas de un espíritu de polémica, pero no de aquella polémica política y de partido que emplearon Catulo y Lucilio, sino de una moral general más austera. La antigua Roma censura allí la juventud indisciplinada y corrompida; el erudito, que vivía en medio de sus clásicos, apostrofa la nueva poesía tan floja y pobre y de tan vituperables tendencias^[17], y el ciudadano de la antigua roca ve allí a la nueva Roma, donde el *Forum* se ha convertido, valiéndonos de su frase, en «un establo de puercos», y donde Numa, si resucitase y contemplara su ciudad, no encontraría vestigio de sus sabias leyes. En la reñida batalla a causa de la constitución, Varrón siguió la que estimaba ser la línea del deber, a pesar de que sus aficiones eran otras que la contienda de los partidos. «¿Por qué, exclamaba, hacerme abandonar mi vida tranquila y pura por las inmundicias del Senado?» Pertenece a los antiguos buenos tiempos en los que la palabra era licenciosa, pero el corazón estaba sano; y la guerra que hace contra el enemigo hereditario de la tradición antigua, contra los sabios

cosmopolitas de la Grecia, no era más que uno de los aspectos de su oposición de viejo romano contra el espíritu de los nuevos tiempos. Por otra parte, estaba en su terreno y representaba su papel de cínico, cuando, al atacar con preferencia a los filósofos, hacía silbar en sus oídos el látigo de Menipo y los trataba con dureza. No sin grandes temores los poetas del día mandaban sus pequeños libros, editados la víspera, a este hombre de ojos de lince. Filosofar no es ciertamente un arte. Tomándose diez veces menos trabajo que el que necesitaba para hacer de su esclavo un buen pastelero, un caballero romano podía educarlo como filósofo. Además, poniendo en subasta pública a un pastelero y a un filósofo, el primero obtenía un precio cien veces más alto que el segundo. Extraños personajes eran estos sabios. Uno pretendía «que se sumerjan los cuerpos en miel; pero afortunadamente no es atendido su precepto, porque, en este caso, faltaría el vino dulce»; otro estima «que el hombre ha brotado como el berro»; y un tercero «inventa una máquina para perforar el mundo (*Cosmotorine*): por ella la tierra perecerá el mejor día».

«Ciertamente que no se ha producido ninguna delirante extravagancia que no hayan enseñado ya los filósofos.»

¿Qué cosa hay más entretenida que ver al hombre de «hocico belludo» (el estoico, que escribe etimologías) «pesando cuidadosamente sus palabras en una balanza»? Pero nada es comparable a una buena disputa entre filósofos. En efecto, «¿qué lluvia de bofetones entre atletas puede ni siquiera aproximarse a una pelea estoica a puñetazos?». En la sátira titulada *La ciudad de Marcus o del gobierno (Marcopolis)*, Marcus se ha construido una *Nefelococygía* según su deseo: todo sale bien al campesino, como en la antigua comedia; pero también todo se conjura contra el filósofo, el hombre diestro en la prueba por un solo miembro. Antipatros, hijo del estoico, derribó de un azadonazo la cabeza (*rutro caput displanat*) a su adversario, el «bimembre filosófico» (evidentemente el hombre del dilema). A estas tendencias morales y polemistas a la vez, a este don de la expresión cáustica y florida que jamás lo abandonó, ni aun en los días de la extrema vejez (como lo prueban las personificaciones y el diálogo del *Tratado de agricultura —De re rustica—*, escrito a los ochenta años), Varrón reunía del modo más feliz el conocimiento incomparable de las costumbres y de las lenguas nacionales. Esta ciencia, que solo se manifiesta con la forma de *especílegas* en los escritos puramente filológicos de los últimos tiempos de su vida, se despliega aquí directamente en su plenitud y lozanía primera. Varrón, en el más recto y más completo sentido de la palabra, es el príncipe de la erudición local. Conocía admirablemente su país por haberlo estudiado durante muchos años, lo mismo en las particularidades y tradiciones exclusivas de otras épocas, que en las disipaciones y decadencia de los tiempos actuales. Sabía directamente las costumbres y la lengua nacionales, y había completado y profundizado su saber gracias a infatigables indagaciones en los archivos de la historia y de la literatura. Suplía lo que

le faltaba de erudición y de clara y verdadera conexión, según nuestras ideas modernas, a fuerza de un estudio penetrante y del vivo sentimiento de la poesía. No fue tras las denominaciones de los anticuarios ni tras palabras arcaicas y poéticas^[18], sino que continuó siendo el hombre antiguo de pura raza, casi un rústico, amante de conversar todos los días con los clásicos nacionales. Por otro lado, no se podía impedir que muchas veces se extendiese en sus escritos sobre las costumbres de sus antepasados, a quienes amaba sobre todas las cosas y le eran familiares, ni que su discurso estuviese lleno de giros y de adagios griegos y latinos, de antiguas palabras usadas aún en el lenguaje vulgar de los sabinos y de reminiscencias de Ennio, Lucilio y, principalmente, de Plauto. Sus escritos estéticos en prosa recuerdan una edad más florida, y su estilo no podremos hallarlo en el tratado filológico del autor, obra de los últimos años de su vida, tal vez inacabada en el momento de su publicación, y donde, «como los zorzales enredados en el lazo del cazador», los miembros de la frase se refieren mejor o peor al sentido general, al hilo del asunto. Pero ya hemos manifestado más arriba que nuestro autor, con premeditada intención, había desechado el aparato del estilo estudiado y del periodo ático; y que sus ensayos morales, despojados de la común hinchazón y de la falsa hojarasca de la vulgaridad, afectaban el movimiento y la vida más que la frase artísticamente trabajada. Rara vez dejaba de escribir en estilo clásico, y con frecuencia se abandonaba a su inspiración. Las largas tiradas de versos intercaladas en sus obras atestiguan el conocimiento de la variedad métrica, y esto no se encontrará en ninguna de las obras de los maestros más favorecidos de la época, salvo quizás en uno solo: Varrón, quien con justo título puede contarse entre aquellos a quienes «el Dios ha concedido el privilegio de desterrar las penas del corazón de los hombres por medio de los cantos y del sagrado arte de la poesía»^[19].

Los trozos morales de Varrón tampoco formaron escuela, como el poema didáctico de Lucrecio. De hecho deben agregarse a las causas generales de este resultado el carácter en extremo individual de estas composiciones, carácter inseparable de la edad avanzada de su autor, de su rudeza y de la naturaleza misma de su erudición. No sucedió lo mismo con las sátiras menipeas, al parecer muy superiores por el número y la importancia a sus escritos más serios. En ellas el gracejo y la fantasía del poeta subyugaron a aquellos de sus contemporáneos y de las generaciones posteriores que estimaban la originalidad y el numen patrio. Nosotros mismos, a quienes no nos ha sido dado leerlas, todavía podemos formarnos una idea de su mérito real al examinar los escasos fragmentos que nos quedan. «Varrón supo reír y chancearse con medida»; fue la última emanación del honesto y puro genio de los ciudadanos romanos, el último vástago floreciente de la poesía nacional latina. En su testamento poético, Varrón ha legado con justicia sus hijas, las sátiras menipeas, a todo aquel que «en su corazón abrigue el sentimiento de la floreciente Roma y del

Lacio». Las sátiras ocupan un lugar distinguido en la literatura y la historia del pueblo itálico^[20].

SISENNA

Roma nunca ha poseído la historia crítica y nacional de los tiempos clásicos de Atenas, la historia universal como fue escrita por Polibio. Incluso en un terreno más favorable, la relación de los acontecimientos contemporáneos o recientes no se ensayó nunca sino de una manera más o menos incompleta. Desde los tiempos de Sila hasta los de César, apenas encontramos una obra que pueda compararse con las poco importantes, por cierto, del anterior periodo: con los trabajos de Antipater y de Aselio, por ejemplo. La única producción que en este género merece ser citada es la *Historia de la guerra social y de la guerra civil* de Lucio Cornelio Sisenna, pretor en 676. Atestiguan los que leyeron esta obra que había en ella más animación e interés que en las áridas crónicas de otros tiempos, pero que su estilo, absolutamente falto de pureza, degeneraba en un amaneramiento pueril. Por los cortos fragmentos que nos quedan de dicha obra, se ve que el autor se complacía en describir horribles detalles^[21], y que empleó deliberadamente neologismos y palabras sacadas de la lengua familiar^[22]. Autor de una biografía de Alejandro Magno, mitad historia y mitad fábula, muy semejante al cuento publicado más tarde bajo el nombre de *Quinto Curcio*. Y no vacilaremos en afirmar que esta muy elogiada narración de la guerra social no fue una obra de crítica juiciosa ni una obra de arte. En ella debemos ver simplemente el primer ensayo hecho en Roma de este género bastardo al que los griegos eran tan aficionados, y en el cual el autor, sobre el bosquejo de los hechos consigna toda clase de hechos ficticios que transforman su libro en un tejido de falsedades y mentiras, creyendo aumentar el interés y el movimiento. Y no habrá de extrañarnos tampoco encontrar al mismo Sisenna entre los traductores de cuentos griegos a la moda.

CRÓNICAS DE ROMA

Como era natural, la crónica general o local alcanzaba una suerte todavía peor. El movimiento impreso al estudio de las antigüedades, el examen de los títulos y la indagación de las fuentes históricas dignas de fe habrían podido contar con la esperanza de la rectificación de los relatos corrientes; pero tal esperanza no se concretó. Cuanto más se desenvolvían los documentos antiguos, se hacía más

evidente la dificultad de intentar escribir la historia crítica de Roma. Los obstáculos que se oponían a los estudios y a la exposición científica eran inconmensurables, y entre los mayores no podían contarse tan solo los puramente literarios. Tal como era referida, la historia convencional de los primeros tiempos de Roma, a la que se había prestado entera fe durante diez generaciones, había nacido y se había ensanchado a la par de la ciudad. Pero cualquiera que haga un atento e imparcial estudio de ella comprenderá que no era tan solo tal o cual detalle el que convenía modificar, sino que se necesitaba trastornar por entero el edificio, como entre los francos para la historia de Faramundo, y como entre los ingleses para la del rey Arturo. Si un crítico, Varrón, por ejemplo, pertenecía a la escuela de los conservadores, no podía abrigar el pensamiento de emprender tamaña tarea; pero, si hubiese habido un espíritu bastante fuerte y atrevido que la hubiera intentado, de inmediato los buenos ciudadanos habrían promovido una guerra terrible contra el insensato revolucionario que arrebatava su pasado al partido constitucional. Así, la erudición filológica y anticuaria, en vez de empujar la historia nacional hacia aquel fin, la detenía. Varrón y los demás críticos sagaces reconocían con sinceridad que faltaba la crónica de Roma. Lo máximo que intentó uno de ellos, Tito Pomponio Atico, fue formar el cuadro de los magistrados y de las familias, aunque sin grandes pretensiones, por cierto. Con esto terminó el sincronismo del cómputo grecorromano, tal como los siglos posteriores lo han admitido convencionalmente.

Entre tanto menudeaban las crónicas romanas. A la ya extensa colección de los pesados y empalagosos escritos de este género se añaden diariamente nuevas producciones del mismo linaje, en prosa o en verso, sin que los escritores, que eran en su mayor parte libertos, se cuidasen de remontarse a las fuentes. De estos libros, de los cuales solo se han conservado algunos títulos (no ha llegado hasta nosotros ninguno de aquellos), puede decirse que todos eran de un mérito menos que secundario, y que casi todos estaban impregnados del espíritu corriente de las falsas tradiciones. ¿Tendremos que citar la crónica de Quinto Claudio Cuadrigario (hacia el año 676), escrita en estilo anticuado aunque bastante bueno, cuya crónica se distinguía al menos por una laudable brevedad en la exposición de los hechos fabulosos? ¿Habremos de citar a Cayo Licinio Macer (que murió siendo pretor en 688), padre del poeta Licinio Calvo? Nadie como este celoso demócrata y cronista ha fijado tales pretensiones en la profundidad de la crítica y en la sabia investigación de los caracteres. Y, sin embargo, sus *Libros de lienzo*, como todo lo que a él personalmente se refiere, nos resultan en alto grado sospechosos. A mi entender, estos libros no han sido más que una evolución operada en gran escala del conjunto de las crónicas anteriores, con un fin y unas tendencias democráticas, y los analistas posteriores se han apropiado de las intercalaciones.

VALERIO ANTIO

Aparece a continuación Valerio de Antium, que excedió a todos sus antecesores en lo prolijo y pueril de la fábula, y prosiguió sistemáticamente hasta la época contemporánea las falsedades cronológicas. La historia primitiva de Roma, tomada de las patrañas de la tradición antigua, abundaba en mil géneros de falsedades. En ella se leía cómo el sabio Numa, aconsejado por la ninfa Egeria, había emborrachado a los dioses Fauno y Pico, y, más adelante, el alegre pasatiempo del mismo Numa con el dios Júpiter. Tales narraciones se recomendaban con eficacia a todos los partidarios de la historia legendaria de Roma, creyendo que por este medio se los afirmaba en su creencia, cuando en rigor habría habido motivo para maravillarse de que los autores de novelas y cuentos griegos se hubieran mantenido alejados de aquellos materiales acopiados expresamente para ellos. Así, vemos que más de un literato griego se puso a componer en forma de cuento la historia de la ciudad. Alejandro Polihistor, por ejemplo, nombrado más arriba entre los maestros helénicos establecidos en Italia, publicó cinco libros sobre Roma, mezcla extravagante de tradiciones históricas vulgares y de triviales invenciones, exóticas en su mayor parte. Se conjetura que fue este el primero que hizo una lista de reyes holgazanes, como las que encontramos en gran número en los cronógrafos egipcios y griegos, y el primero también que quiso llenar la laguna de quinientos años entre la destrucción de Troya y la fundación de Roma, intentando restablecer la concordancia cronológica que la leyenda de los dos pueblos reclamaba. Según todas las apariencias, este autor fue quien inventó a los reyes Aventino, Tiberino y la *gens* de los Silvios de Alba. La posteridad se encargó de añadir los nombres, la época, el tiempo de los diferentes reyes y hasta los caracteres propios de cada uno de ellos para la mayor edificación de todas las *gentes*. Como el cuento griego influye en diferentes direcciones en la historiografía romana, debemos creer que, en todo lo que llamamos hoy la tradición de los primitivos tiempos de la ciudad, no es menor el contingente de datos que suministran fuentes tan seguras y fidedignas como el *Amadís de Gaula* o los libros de caballería de Motte Fouqué. Este magnífico resultado lo recomendaremos mucho a todo aquel que tenga el sentido de las ironías de la historia, a aquel que sepa estimar en todo su valor la piadosa fe de los cómicos adoradores del rey Numa, todavía vivo entre ciertas gentes en pleno siglo XIX.

LA HISTORIA GENERAL. CORNELIO NEPOTE

Al lado de la historia crítica, comienza a manifestarse en la literatura latina la historia universal, o mejor dicho, la compilación de la historia romanohelénica. Empieza

Cornelio Nepote publicando una *Crónica general* allá por el año 700 (entre el 650 y el 725), y después escribe una especie de biografía universal, ordenada según ciertas categorías, en la cual aparecen los hombres ilustres de Roma y de Grecia, políticos o literarios, o aquellos que se distinguen por su influencia en ambos Estados. Estas composiciones se ligan con la historia general, tal como desde hacía mucho tiempo la entendían y realizaban los helenos, al mismo tiempo que los cronistas griegos inscribían la historia romana, hasta entonces descuidada por ellos, en el cuadro general de sus obras. De esto da testimonio el libro de Castor, hijo del rey gálata Deyotaro, terminado en 698. A imitación de Polibio, quisieron sustituir la historia puramente local con la de la región del Mediterráneo. Pero lo que Polibio supo realizar con tan profundo sentido histórico y con el auxilio de su poderosa y clara inteligencia, estos lo intentaron tan solo para satisfacer las necesidades prácticas de las escuelas o las de su propia instrucción. ¿Pueden considerarse como historia artística todas estas crónicas universales, estos tratados escritos para el uso de los escolares, estos manuales redactados para auxiliar la memoria, y todas las demás composiciones, que, en gran número e igualmente escritas en latín, se refieren más tarde a este género? Estoy dispuesto a negarlo. El mismo Nepote no fue más que un simple compilador, sin genio y sin habilidad de plan o de composición.

En resumen: la historiografía, aunque da muestras de una actividad notable y perfectamente característica, no se eleva por encima del bajo nivel de la época. En ningún género se manifiesta como en este la completa fusión de las literaturas griega y romana, que desde luego se identifican en el fondo y en la forma. El niño recibe de sus maestros una enseñanza uniforme, común a las dos naciones, y según el método adoptado por Polibio mucho tiempo atrás. Pero si es cierto que el Estado mediterráneo ha encontrado su historiador aun antes de tener conciencia de su propia vida histórica, hemos de convenir también en que en el momento de reconocerse ya formado, a Italia y a Grecia les faltó el hombre que habría debido darle su verdadera expresión. «No conozco una historia de Roma», dice Cicerón, y en verdad tuvo razón al decirlo. La erudición abandonó la composición histórica, y esta a su vez desechó la erudición, con lo cual la historiografía quedó reducida al manual del estudiante y al cuento. Todos los géneros del puro arte literario, epopeya, drama, lírica e historia, están muertos en esta época de total decadencia, y solo en ella podemos encontrar el triste y evidente reflejo de la decadencia intelectual de la era en que vivió Cicerón.

ACCESORIOS HISTÓRICOS. MEMORIA MILITAR DE CÉSAR

Sea como fuere, en medio de las innumerables y olvidadas obras de escaso mérito, la

pobre literatura histórica cuenta al menos con una producción de primer orden. Me refiero a las *Memorias* de César, o, mejor dicho, a la *Memoria militar* dirigida por el general demócrata al pueblo cuyos poderes tenía. La parte más acabada de estas memorias, la única que su autor publicó directamente, el *Comentario sobre la guerra de las Galias*, que alcanza hasta el año 702, tiene visiblemente por objeto la posible justificación de la empresa de conquistar un gran país. Comienza con la violación de la constitución, sin encargo formal de la autoridad competente, y al mismo tiempo justifica los continuos reclutamientos que hacía para aumentar el ejército conquistador. Este *Comentario* fue escrito y publicado en 703, en el momento mismo en que, al estallar la tempestad en Roma, se le exigía a César que licenciase sus tropas y que viniera a responder por su conducta^[23]. El autor de estas memorias, como él mismo confiesa, escribió en estilo propio del soldado, evitando encubrir su relato puramente militar tras digresiones tal vez peligrosas que se relacionaran con la organización política y administrativa. En su forma especial, esta obra de circunstancias y de partido es igual, en cierto modo, a los boletines de Napoleón. No es ni puede ser una obra de historia en el sentido real de la palabra: el autor tiene allí su objetivo, que no es el objetivo histórico. De cualquier manera, dados los modestos límites en que se encerraban, los *Comentarios* están redactados por una mano maestra y alcanzan un grado de perfección como ninguna otra obra de la literatura latina. La narración es siempre sencilla sin pobreza, fácil sin negligencia, animada y clara, sin amaneramiento ni afectación. El lenguaje es puro, sin arcaísmos ni palabras vulgares, y lleva el sello de la urbanidad moderna. En los libros relativos a la guerra civil, es evidente que el autor quiso pero no pudo evitar el conflicto, y también se nota que en el alma de César, como en las de sus contemporáneos, las esperanzas eran más puras y más bellas que el fin al presente alcanzado. Pero los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* se distinguen por su alegre serenidad y por su sencillez encantadora: es una obra única en las letras, igual que César es un hombre único en la historia.

CORRESPONDENCIAS

Las correspondencias intercambiadas entre los políticos y los literatos de la época constituyen un género inmediato al anterior, y fueron cuidadosamente recogidas y publicadas en el curso del siglo siguiente. Podemos citar como modelos las cartas familiares de César, de Cicerón, de Calvo y otras. No sería justo colocarlas entre las producciones literarias propiamente dichas, y, sin embargo, son una preciosa mina para los estudios históricos y otros, y también fiel espejo de una época en que iban perdiéndose y disipándose en pequeñas tentativas tantos tesoros acumulados en el pasado, tanto genio, actividad y talento.

Los romanos no conocieron el periodismo en el sentido que tiene hoy. La polémica literaria había recurrido al folleto y siempre se auxilió en la práctica, muy generalizada entonces, de las noticias escritas o grabadas en los lugares públicos para conocimiento de las gentes que por allí pasaban. Además, se encargaba a algunos subalternos que informaran de los acontecimientos del día y de las novedades de la ciudad a los personajes notables que se hallaban ausentes, y, por último, durante su primer consulado, César dio disposiciones para que se publicaran los extractos de los debates del Senado (Suet., *Cæs.*,20).

DIARIOS

Las informaciones privadas de estos noticieros de Roma y estas noticias oficiales corrientes muy pronto dieron origen a una especie de diario (*acta diurna*), en el cual los curiosos podían leer el resumen de los asuntos tratados ante el pueblo o en la curia, los nacimientos, las defunciones y otros mil detalles. Estas actas fueron importantísimos documentos históricos, pero no tuvieron jamás significación política o literaria.

LAS ARENGAS. DECADENCIA DE LA ELOCUENCIA POLÍTICA

La elocuencia y las arengas escritas pertenecen a los auxiliares históricos. La arenga, buena o mala, efímera por naturaleza, no es en sí una obra literaria. Sin embargo, como manifiesto, o como correspondencia, también puede ser colocada entre las joyas de la literatura nacional, con más facilidad que estos documentos, ya por la gravedad de las circunstancias o por el genio poderoso del orador. Los discursos pronunciados ante el pueblo o ante los jurados, y las explicaciones que contenían sobre los asuntos políticos habían alcanzado en Roma desde hacía tiempo una gran importancia en la vida pública. Recuérdese que las arengas de Cayo Graco, para no citar más que este nombre, se contaban con justo título entre las obras maestras clásicas. En el siglo que nos ocupa se operaba por todas partes un extraño cambio: la arenga política popular y hasta la arenga deliberativa del hombre de Estado iban degenerando. La primera había llegado a su apogeo en las demás ciudades antiguas y sobre todo en Roma, en el seno de la asamblea del pueblo. Allí nada detenía al orador: ni las consideraciones debidas a los colegas, ni el obstáculo de las formas senatoriales, ni, como ante los pretorios, el interés de la acusación o del acusado, cosa extraña por lo general a la política. Allí, por lo tanto, solo se oía la voz del sentimiento que tenía encadenado al grande y poderoso auditorio del *Forum* romano.

Aquellos buenos tiempos habían pasado ya, y no porque faltasen oradores o porque hubiesen dejado de publicarse los discursos pronunciados ante los ciudadanos. Por el contrario, empiezan a pulular los escritos políticos de todas clases, y el anfitrión mortifica a los convidados leyéndoles en la mesa el último discurso que ha terminado. Publio Clodio publica en folletos sus alocuciones populares como había hecho Cayo Graco; pero, a pesar de que hicieron lo mismo, sus obras no son iguales. Los principales jefes del partido de oposición, César sobre todo, hablaron al pueblo muy pocas veces, y jamás publicaron sus arengas. Dando a sus folletos políticos otra forma que la de los tradicionales discursos, aparecieron los elogios de Catón y las críticas anticatonianas, notables variedades de este género. Cayo Graco había hablado al pueblo, mas ahora dirige la palabra al populacho: a tal auditorio, tales discursos. No nos cause extrañeza que en adelante el escritor político de reputación evite en sus discursos todo adorno que no condujera a nada, obligado como se hallaba a hablar ante las muchedumbres apiñadas en el *Forum*.

APARICIÓN DE LA LITERATURA FORENSE. CICERÓN

Sin embargo, en el momento mismo en que la elocuencia, en cuanto a su importancia literaria y política, decae y languidece como todas las otras ramas de las bellas letras, florecientes en otro tiempo bajo la inspiración de la vida nacional, aparece un nuevo y singular género, la elocuencia forense, extraña por lo común a la política. Hasta entonces no se había pensado que los discursos de los abogados se pronunciasen para otros que no fuesen los jueces y las partes, y que debieran aspirar a la educación literaria de los contemporáneos y de la posteridad. Jamás un abogado había hecho recoger y publicar sus discursos forenses, salvo en los casos excepcionales en que se trataban asuntos que se relacionaban con negocios de Estado y había un interés de partido en su divulgación. Al comenzar este periodo, Quinto Hortensio (640-704), el más ilustre abogado de Roma, no había terminado más que un pequeño número de estas publicaciones, cuando el asunto era político, en su totalidad o en parte. Pero su sucesor en el principado del foro, Marco Tulio Cicerón (648-711), al mismo tiempo que hablaba diariamente ante los tribunales, era no menos fecundo escritor. El primero de estos oradores tuvo cuidado de coleccionar sus alegatos, aun los de aquella época en que no intervenía en ellos la política o se relacionaba de lejos. Ciertamente que en ello no había progreso, y a mi entender era, por el contrario, decadente y artificial. De la misma suerte, la entrada del género de los alegatos en la literatura fue un fatal síntoma en Atenas, y en Roma el mal era mucho mayor. En la primera de estas, puede decirse que el alegato había salido de la exaltación de la retórica como una necesidad de aquel estado de cosas. Pero en Roma, la desviación se produjo por

la fantasía del enfermo y no era más que una importación extraña, absolutamente contraria a las sanas tradiciones nacionales. A pesar de esto, el nuevo género fue rápidamente aceptado. Quizás esto se explica por la influencia de su contacto con la arenga política, o porque los romanos, pueblo sin poesía, ergotistas y retóricos por instinto, ofrecieron un terreno fecundo para su semilla ¿No vemos hoy mismo florecer en Italia una especie de literatura de tribunales y de alegatos? A Cicerón se debe el que la elocuencia, despojándose de su ropaje político, obtuviera carta de naturaleza en la república de las letras romanas. Con bastante frecuencia hemos hablado ya de este personaje desde diferentes aspectos. Hombre de Estado sin penetración, sin grandes miras y sin objetivo, Cicerón es indistintamente demócrata, aristócrata e instrumento pasivo de la monarquía. No es, en suma, más que un egoísta miope; y, cuando se muestra enérgico en la acción, es porque la cuestión ya ha sido resuelta. El proceso de Verres lo sostiene la Ley Manilia, y cuando fulmina los rayos de su elocuencia contra Catilina, ya estaba resuelta la marcha de este. Es grande y poderoso contra un falso ataque y alcanza grandes triunfos contra fortalezas de cartón; pero, bien o mal, ¿qué asunto serio se ha resuelto jamás por su iniciativa? En la conjuración de Catilina no ha hecho otra cosa que dejar hacer. Ya he manifestado en otro lugar que, en literatura, Cicerón es el verdadero creador de la prosa latina moderna. Su arte de estilo es su mejor gloria y lo que le ha dado toda su importancia, y solo como escritor es como tiene segura conciencia de su fuerza. Desde el punto de vista de la concepción literaria, no le reconozco más importancia que como político: se ensayó en los más diversos trabajos, cantó en innumerables hexámetros las grandes empresas de Mario y todos los hechos por él realizados, quiso vencer en la elocuencia a Demóstenes, y a Platón, en los diálogos filosóficos, y si no le hubiera faltado el tiempo, habría vencido también a Tucídides en la historia. Ante todo, estaba poseído de la pasión de escribir, y poco le importaba el asunto con tal de cultivarlo. Teniendo naturaleza de periodista en el peor sentido de la palabra, y siendo rico en expresiones, según él mismo declara, y en extremo pobre de pensamiento, no había género literario en que con el auxilio de algunos libros, traduciendo o compilando, no improvisase una obra de agradable lectura. Su fiel retrato lo hallamos en sus epístolas, que son generalmente alabadas por su interés y facundia; y no tengo inconveniente en asentir junto a la común opinión que considera a dichas epístolas como el diario de la ciudad y de la campiña y el espejo del gran mundo. Pero si consideramos al autor abandonado a sí mismo en el destierro en Cilicia, después de la batalla de Farsalia, lo veremos frío e insustancial, como un folletinista a quien se sacara de su elemento. Además creo completamente inútil aducir pruebas de que tal político y tal literato no pudieron ser sino un hombre superficial y de apocado ánimo con una capa exterior de brillante barniz. ¿Habremos de ocuparnos ahora del orador? Todo gran escritor es de hecho un gran hombre; y el orador eminente es aquel en el

que las convicciones y la pasión se desbordan a torrentes claros y sonoros desde las profundidades del corazón. Otra cosa sucede con la muchedumbre de insustanciales charlatanes, muchos en número y de escasa importancia. En Cicerón no encontramos ni convicción ni pasión: no es más que un abogado, y, me atrevo a decir, un mediano abogado. Expone bien los hechos, los reviste de picantes anécdotas excitando, si no la emoción, el sentimentalismo de su auditorio, y anima la aridez del asunto jurídico por medio de su ingenio y del giro, con frecuencia personal, de sus agudezas. Finalmente, sus buenos discursos son de fácil y amena lectura, aunque no alcancen, ni con mucho, la libre animación ni la seguridad de las descripciones de las obras maestras del género, como las memorias de Beaumarchais. Pero a los ojos del juez severo, allí no hay más que cualidades de muy dudoso mérito. Cuando se ve en Cicerón la completa ausencia del hombre de Estado en sus escritos políticos, y la falta de la deducción lógica y jurídica en sus escritos forenses; cuando se contempla sin cesar aquella presunción del abogado, que pierde de vista su causa para no pensar más que en sí mismo y, en fin, cuando se observa aquella absoluta carencia de pensamiento, no se puede acabar la lectura sin que se subleven el corazón y el espíritu. Y en este punto, lo que me sorprende es la admiración que el abogado suscita. La crítica, libre de toda suerte de prevenciones, rápidamente ha derribado a Cicerón de su pedestal. Pero el ciceronianismo es un problema al cual no se sabría, propiamente hablando, dar la solución. Esta se encuentra solo cuando se penetra en el gran secreto de la naturaleza humana, teniendo en cuenta la lengua y la influencia de esta sobre el espíritu. En el momento mismo en que se acerca la muerte del latín como idioma popular, aparece un estilista delicado y hábil que recoge y resume esta noble lengua y la conserva en sus numerosos escritos. De este imperfecto vaso trasciende algo del poderoso perfume de la lengua, algo de la piedad que ella evoca. Antes de Cicerón, Roma no poseía grandes prosistas, puesto que César, como Napoleón, no había escrito sino por accidente. ¿Acaso es extraño que a falta de un prosista se honre el genio del habla latina en las composiciones del artista de estilo, y que los lectores de Cicerón, a imitación de Cicerón mismo, se pregunten cómo ha escrito, y no qué obras ha producido? La costumbre y las rutinas de escuela concluyeron lo que la lengua había comenzado.

OPOSICIÓN AL GÉNERO CICERONIANO. CALVO Y SUS COMPAÑEROS

Con todo, se comprende bien que entre los contemporáneos de Cicerón esta preocupación extraña no fuera tan lejos como en las generaciones siguientes. La forma ciceroniana dominó un tercio de siglo en el mundo forense, como antes había

predominado la escuela, muy inferior, de Hortensio. Pero los más preclaros ingenios, entre ellos César, no imitaron el modelo; y, en aquella generación, los hombres que estaban dotados de vigoroso y fecundo talento declararon una oposición decidida a la elocuencia hermafrodita y enervada del maestro. Se reprochaba a Cicerón su ampulosidad y falta de energía, su fría gesticulación, la falta de método y la ambigüedad de sus divisiones, y, sobre todo, la absoluta carencia de entusiasmo, condición que constituye por sí sola al orador. Al abandonar la escuela ecléctica de Rodas, se pretendía imitar a los verdaderos atenienses, a Lysias y a Demóstenes; en fin, se quería introducir en Roma la enérgica y varonil elocuencia. A esta escuela pertenecieron Marco Junio Bruto, razonador grave pero engréido (669-712); los dos jefes de partido, Marco Celio Rufo (672-712) y Cayo Escribonio Cario (murió en 705), ambos oradores llenos de inspiración y de energía; Calvo, igualmente reputado como poeta, corifeo literario de esta pléyade de jóvenes (672-706), y, por último, el severo y concienzudo Asinio Polión (678 a 757). No puede negarse que esta nueva escuela dio más pruebas de gusto y genio de las que dieron los partidarios de Hortensio y de Cicerón juntos. Desgraciadamente las convulsiones revolucionarias arrebataron muy pronto a esta joven y brillante milicia de las letras, a excepción de Polión, y hoy no podemos estimar qué frutos hubieran podido producir aquellos preciosos gérmenes, pues les faltó por desdicha el tiempo. En lo que más empeño tuvo la nueva monarquía fue en combatir la libertad de la palabra y en ahogar muy pronto la voz de la tribuna. Sobrevivió el muy secundario género del alegato, pero, al alimentarse solo de la vida política, se extinguieron la alta elocuencia y el lenguaje de la tribuna, y quedaron sepultados en la misma tumba.

EL DIÁLOGO CIENTÍFICO. DIÁLOGOS CICERONIANOS

El periodo de César señala otro movimiento en la literatura estética, compuesto por numerosas composiciones artísticas, cuyo asunto lo forman las diferentes ciencias, que toma la forma del diálogo como estilo. Sabemos que este género había tenido gran aceptación entre los griegos, y en la misma Roma, en el siglo precedente, había producido ya algunos aislados ensayos. También fue Cicerón quien adoptó este género en sus numerosos escritos sobre la retórica y la filosofía, y se esforzó por acomodar a él el tratado didáctico y el libro. De estos escritos, los principales son el diálogo *Del orador*, redactado en 699, al que conviene agregar el *Brutus o la historia de la elocuencia romana* (escrito en 708), y algunas otras disertaciones que lo completan. También está el diálogo político *Del Estado* (escrito en el año 700), con el tratado *De las leyes*, su complemento (702), imitación evidente del de Platón. Sin duda se trata de grandes obras de arte en las cuales, puestas de relieve las cualidades

del autor, no se evidencian tanto sus faltas. Los escritos sobre el arte oratorio no han alcanzado, ni con mucho, el rigor instructivo de los principios, ni la pureza de concepción de la retórica dedicada a Herenio. Sin embargo, encierran un tesoro de experiencia práctica para el uso de los abogados y variadas anécdotas igualmente relativas al foro, todo con una exposición fácil y de buen gusto, lo que permitió que aquellas obras se convirtieran en un material de agradable lectura. En el tratado *Del Estado*, cuadro híbrido y singular, semihistórico y semifilosófico, no hace más que seguir un pensamiento fundamental: la actual constitución de Roma es el ideal de la forma política que buscan los filósofos, cuyo pensamiento no era en realidad ni filosófico, ni histórico, ni estaba tampoco en las convicciones del autor. Sin embargo, se entiende que había que obtener y conservar el favor del pueblo. En cuanto al bosquejo científico de estos escritos, Cicerón lo tomó de los griegos al copiar directamente de ellos hasta los mismos detalles, de lo cual es una prueba el *Sueño de Escipión*, trozo de efectos que sirve de conclusión al libro *Del Estado*. No niego que, después de todo, se encuentre en estas obras una cierta originalidad relativa: en ellas aparece el color local romano y aquella conciencia del sentimiento político, por la cual se distinguen justamente los romanos de los griegos. Estas eran ventajas reales en las composiciones de Cicerón, quien manifiesta una indudable independencia con respecto a sus modelos. Por otra parte, la forma de su diálogo no se sujeta a la dialéctica socrática de preguntas y respuestas empleada en los buenos diálogos griegos, ni al tono de conversación que se encuentra en los de Diderot o de Lessing. Pero, al reunir alrededor de Craso o del orador Antonio aquellos numerosos grupos de abogados, tal como lo hace, y al convocar para una disertación erudita a todos los jóvenes y ancianos del círculo de los Escipiones, el autor presenta un cuadro de indudable importancia, elocuente y viva representación de la realidad, que se presta a las constantes alusiones históricas, lo mismo que a la anécdota, y que le proporciona un feliz argumento para la disertación científica. En estas producciones, el estilo es muy trabajado y tan pulimentado como en las mejores arengas, alcanza un alto grado de perfección y no en vano el autor iba en busca del aplauso.

Pero, si estamos obligados a reconocer un verdadero mérito en estos escritos de retórica y de política con un baño superficial de filosofía, no podríamos decir lo mismo de las numerosas compilaciones, obra de los últimos años de Cicerón. Para entretener sus obligados ocios, Cicerón se consagró muy especialmente a la filosofía propiamente dicha, y acopió en un par de meses, por ejemplo, una larga y enojosa serie de obras, toda una biblioteca científica. El procedimiento era sencillo: imitaba los escritos populares de Aristóteles, aquellos en los que el Estagirita usa la discusión dialogada en la exposición crítica de los sistemas antiguos. Cicerón se entretiene a su vez en zurcir, a medida que le vienen a las manos o cuando se los ha procurado, los diferentes escritos de los epicúreos, de los estoicos o de los sincréticos que trataban

de un mismo tema. De esta manera, quedaba terminado su pretendido diálogo, sin que él hubiera puesto nada de su cosecha, a no ser tal o cual introducción que iba a buscar en su gran repertorio de prefacios preparados siempre para los libros que escribiera, o algunas alusiones, fácil recurso para alcanzar popularidad. También incluía ejemplos tomados de los romanos, o episodios zurcidos, familiares y agradables al autor o al lector (no creo que tenga necesidad de citar al efecto una singular digresión en la *Ética* sobre las conveniencias oratorias) o, en fin, un retoque literario, sin el cual el simple literato, ajeno a todo pensamiento y saber filosófico, y sin otra ventaja que la fecundidad y la fijeza del estilo, no se aventurará jamás a reproducir una argumentación dialéctica. De esa suerte, imagínese los libros que podían salir en un momento de tal oficina. «No son más que transcripciones y copias», dice el mismo Cicerón a un amigo que se admiraba de aquella sin igual fecundidad, «que me cuestan poco trabajo: en ellas solo tengo que poner las palabras, y poseo tantas, que por muchas que gaste todavía me quedan». Después de esta declaración, nada nos queda por decir. Pero, al que pretenda encontrar una obra clásica en este amontonamiento de escritos, debemos darle un consejo: que guarde prudente silencio en materia de crítica literaria.

CIENCIAS. FILOLOGÍA LATINA. VARRÓN

En las ciencias no hubo movimiento alguno, salvo en la filología latina. Estilón (volumen III, libro cuarto, pág. 453) había levantado un edificio notable, inaugurando la indagación de la lingüística y de los hechos en el terreno mismo de la nacionalidad latina; y, entre otros, Varrón, que fue su discípulo, dio un poderoso vuelo a la obra comenzada. Luego aparecieron extensos trabajos sobre el estudio de la lengua, tales como los vastos *Comentarios gramaticales* de Fígulo, la gran obra de Varrón sobre la *Lengua latina*, otras monografías gramaticales y de filología histórica, como los tratados, también de Varrón, sobre el *Latín usual*, sobre los *Sinónimos*, sobre la *Antigüedad de las letras alfabéticas* y sobre los *Orígenes del latín*. También hay comentarios sobre la antigua literatura y, especialmente, sobre Plauto, trabajos relativos a la historia literaria, biografías de los poetas, investigaciones sobre el antiguo teatro, sobre la división escénica de las comedias de Plauto y sobre su autenticidad. La filología real latina, que comprendía toda la historia de las antigüedades romanas y encerraba dentro de su esfera el derecho sagrado que no tenía nada en común con la jurisprudencia práctica, fue depositada y abrazada por entero en el libro de Varrón, considerado fundamental en todos los tiempos y titulado *Las antigüedades de las cosas humanas y divinas* (publicado entre 687 y 709). En su primera sección se ocupaba de los tiempos primitivos de Roma, las divisiones de la

ciudad y la campiña en cuarteles, el conocimiento de los años, los meses y los días, y, en fin, de los acontecimientos públicos interiores y de los hechos de la guerra. En la segunda sección, consagrada a las «cosas divinas», se leía la exposición de la religión oficial: colegios de personas sagradas, su naturaleza y su carácter, lugares santos, fiestas religiosas, ofrendas y sacrificios piadosos, y, en fin, los diversos dioses. Todo se hallaba descrito en este inmenso cuadro, y debemos añadir a esto una multitud de monografías sobre el origen del pueblo romano, por ejemplo, y sobre las gentes originarias de Troya y sobre las tribus. Pero esto no es todo. Varrón también quiso dar a su gran obra, con la forma de una publicación independiente, un extenso e importante suplemento. Escribió *La vida del pueblo romano*, notable ensayo de una historia de las costumbres latinas, en la cual se describían los usos domésticos, la hacienda y la civilización de Roma durante el gobierno de los reyes, en la época de la primera República, en el tiempo de Aníbal y en época posterior. Para tales trabajos, este hombre ha necesitado una erudición tan colosal como variada, que excediese al saber de sus predecesores y de todos los que vinieron después de él; necesitó conocer todos los hechos relativos al mundo romano y al vecino mundo griego, y a la vez examinó los acontecimientos contemporáneos e hizo los estudios literarios más profundos. Así, pues, es muy justo y merecido el elogio que le tributan los hombres de su siglo. Según ellos, Varrón ha sido un seguro guía para sus compatriotas, extranjeros y como perdidos en su propio suelo, al mostrarles quiénes eran y dónde estaban.

Pero no le pidamos crítica ni sistema. Lo que dice de Grecia lo ha tomado de fuentes turbias, y aun en lo que se refiere a Roma se evidencia la influencia de los cuentos históricos que por entonces corrían. Si sienta su argumento sobre una base cómoda y simétrica, no sabe dividirlo ni desenvolverlo según la ley de un buen método, y, si parece atento a armonizar los documentos que ha recibido con sus observaciones personales, puede afirmarse que, en sus conclusiones científicas con respecto a la tradición, no ha sabido desligarse por completo de la fe ciega y sencilla ni de las trabas escolásticas^[24]. Al imitar los defectos de la filosofía griega, antes que aprovecharse de sus verdaderas riquezas, sigue las etimologías fundadas en la simple asonancia y cae en un juego insustancial de palabras y sandeces groseras, junto a todos los lingüistas de su tiempo^[25]. Con su seguridad y superabundancia empírica, y con su insuficiencia y falta de método, también empíricas, la filología de Varrón recuerda la escuela filológica de Inglaterra, y como esta se detiene en el antiguo teatro como centro de sus estudios. Hemos visto que la literatura monárquica, al rechazar estas prácticas, se aplicó al desarrollo de los verdaderos principios. Y hay algo en extremo digno de consideración: quien se puso al frente de los nuevos gramáticos fue el mismo César, quien, en su tratado sobre la *Analogía* (editado entre el año 695 y 704), fue el primero que acometió la empresa de someter la lengua, hasta

entonces sin norma, al dominio de las reglas.

LAS OTRAS CIENCIAS

Al notabilísimo movimiento que se produjo en la filología, no correspondió una actividad creadora semejante en la esfera de las otras ciencias. Algunos trabajos filosóficos de cierta importancia, como la exposición del epicureísmo por Lucrecio, revestida del primitivo ropaje práctico según la fórmula antisocrática, y los escritos académicos, que eran las obras de Cicerón mejor logradas, solo se hicieron un lugar y alcanzaron algún favor del público al prescindir del asunto y por la forma estética que ensayaban. Las innumerables traducciones de libros epicúreos, los tratados pitagóricos como el voluminoso libro de Varrón sobre los *Principios de los números*, y el todavía más voluminoso tratado de Fígulo *Sobre los dioses*, no tuvieron, en verdad, ni el valor científico ni el mérito de la forma. De la misma suerte, las ciencias profesionales fueron pobremente cultivadas. El diálogo de Varrón *Sobre la agricultura*, que guarda más método que las obras de sus antecesores, Catón y Saserna, merecería las justas censuras de una severa crítica. Sin embargo, revela un mayor trabajo de gabinete que las demás obras mencionadas, para cuya redacción solo se tuvo presente la experiencia de los campos. Varrón y su consular del año 703, Sulpicio Rufo, publicaron también trabajos jurídicos. De ellos solo diremos que fueron un tributo pagado a la composición dialéctica y filológica de la jurisprudencia romana. Después de estas obras mencionaremos los tres libros de Cayo Macio sobre la cocina, las salazones y la confitería, primer libro de este género publicado en Roma, al menos que nosotros sepamos, y producción digna de ser notada si se tiene en cuenta que el autor es un hombre del gran mundo. Las matemáticas y la física recibieron un gran impulso, gracias a las tendencias cada vez más helenistas y utilitarias de la nueva monarquía. De esta forma, se pudo determinar su progreso por la parte que tuvieron en el programa de la educación y en las aplicaciones prácticas, entre las cuales debemos mencionar la reforma del calendario, el establecimiento de las primeras cartas geográficas, el mejoramiento de las construcciones navales, de la fabricación de los instrumentos de música, de las plantaciones y edificaciones. De todo esto son ejemplos el palomar descrito por Varrón, el puente de estacas tendido sobre el Rin por los ingenieros de César, y las dos andamiadas semicirculares de madera, dispuestas para colocarse una en frente de la otra, y que forman separadas dos teatros, y reunidas, un anfiteatro. No era rara la exposición de las curiosidades naturales exóticas ante la muchedumbre que asistía a los juegos populares; y la descripción que hace César en sus comentarios sobre los animales prodigiosos atestigua claramente que, si Aristóteles hubiera resucitado, habría encontrado en él su

príncipe y protector. De cualquier manera, todo lo que se refiere a la literatura de la historia natural se mantuvo dentro de los límites del neopitagorismo, como sucedió con las *Observaciones celestes griegas y bárbaras*, es decir, egipcias, recogidas por Fígulo, y con sus escritos sobre los animales, los vientos y los órganos sexuales. Entre los griegos, los estudios físicos, separados del método aristotélico que indagaba el porqué de las cosas, habían degenerado en un empirismo sin crítica, en un rebuscamiento insensato de lo extraordinario y maravilloso. En la época a que nos referimos, esta ciencia fue transformada en una especie de filosofía mística de la naturaleza, y, en vez de difundir la luz y la vida, no hacía más que ahogarlas y oscurecerlas. En vista de tales tendencias, era preferible sujetarse al necio precepto que nos da Cicerón como la última palabra de la sabiduría socrática: «El estudio de la naturaleza se ocupa de cosas que nadie puede conocer o que nadie tiene necesidad de saber».

EL ARTE. ARQUITECTURA

Volvamos ahora la vista al campo de las artes. En esta, como en las otras ramas de la vida intelectual del siglo, no se ofrece nada que recree nuestro ánimo. La crisis financiera de los últimos tiempos de la República ha puesto fin a los trabajos públicos. Ya hemos dicho cuál era el lujo de las construcciones privadas que mandaban edificar los grandes. Los arquitectos habían aprendido recientemente a emplear el mármol. Las diversas variedades de colores, el amarillo de Numidia (*Giallo antico*) y otros, se ostentaban con orgullo; y, por vez primera, fueron explotadas las canteras de Luna (Carrara). El pavimento de las habitaciones era de riquísimo mosaico; se cubrían los muros con tablas de mármol o con un estuco que lo imitaba, y de esto se fue más tarde a los frescos de las habitaciones interiores: dispendiosas magnificencias que no eran de provecho alguno para las bellas artes. Un abogado afectaba la sencillez catoniana al hablar ante los jueces de las obras maestras «de un tal Praxíteles»; pero todo el mundo viajaba y observaba. El oficio de cicerone o de exégeta, como entonces se llamaba, producía mucho. Se buscaban cuidadosamente los objetos de arte; tal vez menos las estatuas y los cuadros que los diferentes utensilios y las curiosidades de la mesa y del mobiliario. En esto encontraba su recreo la incultura romana, que se preciaba del ornato. Se comenzaron a excavar las antiguas tumbas griegas de Capua y de Corinto para extraer de ellas los vasos de acero y de arcilla colocados al lado de los muertos. Por un bronce, una pequeña estatua o una figurita, se pagaban cuarenta mil sestercios; un par de preciosos tapices, doscientos mil sestercios, y una marmita de bronce de esmerado trabajo se pagaba al precio de una finca rústica. ¿Cuántas veces no sería estafado por

los mercaderes el aficionado rico, aquel bárbaro que iba en busca de joyas de arte? Sin embargo, el saqueo y la ruina del Asia Menor, rica en obras maestras, le valieron a Roma la posesión de las joyas antiguas más preciosas. Atenas, Siracusa, Cícica, Pérgamo, Cios, Samos y todas las antiguas capitales del arte fueron despojadas de sus riquezas artísticas para trasladarlas a Roma. Todo lo que se vendía, y aun lo que no se vendía, era trasladado a los palacios y a las granjas de los grandes de Roma. Ya sabemos las maravillas que encerraba la casa de Lúculo, a quien se reprochó un día haber abandonado sus deberes de general en jefe del ejército por su afición a los objetos de arte. Los curiosos acudían a la aldea Borghesis entonces como ahora; y también como ahora se quejaban de que estuvieran encerrados los tesoros de arte en los palacios y en las casas de campo de los grandes, donde la entrada era difícil y siempre se exigía una autorización especial concedida por el dueño. En cambio, los edificios públicos no habían adquirido ninguna de las obras de los grandes escultores y pintores de la Grecia, y en la mayor parte de los templos de Roma se veían aún las antiguas estatuas de madera de los dioses. En cuanto al cultivo de las artes, Roma no ha producido nada que valga la pena de ser nombrado. Con dificultad se encontraría en todo el siglo un solo escultor o pintor cuyo nombre haya llegado hasta nosotros, si se exceptúa a un tal Arelius, cuyas obras tenían una gran aceptación en la época, no porque fuesen de un verdadero mérito plástico, sino porque el molido maestro daba a sus figuras de diosas el tipo y parecido exacto de sus actuales amigas.

EL BAILE Y LA MÚSICA

En el interior de las casas y en los parajes públicos cada vez obtenían mayor favor la música y el baile. Hemos visto ya que la música escénica y el baile habían conquistado en el teatro un lugar independiente e importantísimo, y a esta indicación debemos añadir otro hecho no menos digno de consideración. En épocas anteriores, el teatro público se abría frecuentemente a las representaciones de los músicos, bailarines y declamadores que venían de la Grecia, parecidos a aquellos otros que desde mucho tiempo antes recorrían el Asia Menor y todas las regiones helénicas o helenizadas. Estos mismos músicos, danzantes y bailarinas alquilaban sus servicios para entretener a los convidados en los banquetes y en otras varias ocasiones. Los hombres ricos mantenían también en sus casas, para que sirviesen en su capilla, tocadores de laúd y de instrumentos de viento, y cantores; y, no contentas con esto, las gentes de buen tono se dedicaban también a tocar y a cantar. Así, en lo sucesivo, se vio entrar la música en el programa universalmente admitido de los diversos ramos de la educación. Y, con respecto al baile, no había una sola persona, incluso las consulares (sin contar a las mujeres), a quien no se pudiera echar en cara el haberse

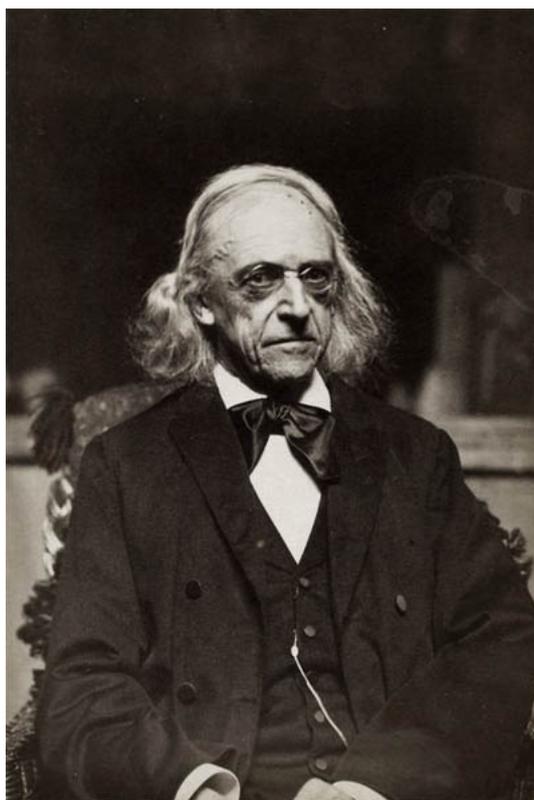
puesto en espectáculo en algún baile de sociedad.

INFLUENCIA YA MANIFIESTA DE LA MONARQUÍA

Por último, debemos manifestar que en los albores de la nueva monarquía, al fin del periodo actual, comenzó a mostrarse el principio de una era mejor para las artes. Ya hemos comentado en el capítulo precedente el poderoso vuelo que por impulso de César tomó la arquitectura, y debía tomarlo todavía más, tanto en la capital como en todo el Imperio Romano. Lo mismo sucedió en el grabado de las monedas, que se transformó hacia el año 700: en adelante, la pureza y lo delicado del relieve reemplazaron el sello, por lo común grosero y descuidado, de la antigua medalla.

CONCLUSIÓN

Asistimos a la muerte de la República romana. Durante quinientos años la hemos visto dominar la Italia y la región mediterránea y precipitarse a su ruina, no bajo el rudo golpe de derrotas de los bárbaros, sino por el vicio interior de su decadencia política y moral, religiosa y literaria, para dejar el campo a la nueva monarquía. En este mundo romano, tal como César lo encontró, sobrevivían aún muchas cosas veneradas, leyes de los siglos pasados, infinito cúmulo de grandezas y esplendores; pero casi no había alma, y menos aún gusto, y solo se pensaba en los goces de la vida. Este mundo era verdaderamente viejo, y no pudo rejuvenecerlo el genio patriótico de César; y tampoco apareció la aurora hasta que la negra noche hubo invadido por entero con sus sombras aquel inmenso organismo. Con César, sin embargo, los pueblos litorales del Mediterráneo, azotados durante tanto tiempo por los huracanes del Sur, podían esperar una tarde más serena. Del mismo modo, al salir de las largas tinieblas de la historia, brillará la nueva era de los pueblos: rompiendo sus ligaduras, jóvenes naciones se dirigirán a realizar un fin nuevo y más alto, y entre ellas encontraremos más de una en la que habrán germinado las semillas arrojadas por César y que le serán deudas de su individualidad.



THEODOR MOMMSEN nació en la pequeña localidad de Garding (Schleswig, región limítrofe entre Alemania y Dinamarca), el 30 de noviembre de 1817. Era hijo del pastor protestante Jens Mommsen y de Sophie Krumbhaar.

El joven Mommsen se destacó tempranamente en una rica, exigente y formadora educación, y estudió derecho, titulándose en Kiel el 8 de noviembre de 1843. Con ocasión de una beca de estudio concedida por la Academia de Berlín, en Italia comienza a recopilar y estudiar inscripciones y epígrafes en latín, conservadas en piedra o metal, uno de sus tantos logros científicos que legará a la posteridad, con la edición del *Corpus Inscriptionum Latinarum*.

Fue profesor de Derecho Romano en la Universidad de Leipzig en 1848 y en la Universidad de Zurich en 1852. En la Universidad de Breslau, fue docente de Filosofía, en 1854.

Ese año, 1854, se unió en matrimonio con Marie Auguste Reimar, con la que tuvo 16 hijos. Fue profesor de Historia en la Universidad de Berlín en 1858, llegando a ocupar el cargo de Rector. La Academia de Ciencias de Berlín lo nombró Secretario vitalicio en 1873.

Estudioso del mundo antiguo, fundamentalmente de Roma, cuna del Derecho, temas que abordó en enfoques jurídicos, filológicos, epigráficos y numismáticos, escribió más de 1500 títulos, entre los cuáles se destacan:

Historia de Roma (1854-56), merecedora del Premio Nobel de Literatura en 1902. Es una obra en tres grandes volúmenes que abarcaban desde los orígenes de Roma

hasta la instauración del Principado por Augusto. Fueron publicados por primera vez en 1856. En 1885, apareció el quinto volumen. El cuarto, jamás se publicó.

Derecho constitucional romano (1871-83)

Las provincias romanas (1884).

El 1 de noviembre de 1903 moría Theodor Mommsen en su casa de Marchstrasse (Charlottenburg, Berlín).

NOTAS

LIBRO QUINTO. FUNDACIÓN DE LA MONARQUÍA MILITAR

[*] Otto Jahn, arqueólogo, filólogo y crítico musical, nació en Kiel, en 1813, y fue discípulo del ilustre Latchman. Ha sido profesor en Greifswald y en Leipzig, en donde ocupó la cátedra de arqueología. Muchos y variados son sus trabajos de erudición: sólo citaremos su disertación sobre la *Cista* de Ficoroni (t. II, p. 357) y su catálogo descriptivo de la colección del rey Luis, de la *Pinacoteca* de Munich. Ha hecho ediciones de Juvenal, Censorino, del *Brutus* y del *Orator* de Cicerón. Por último, como crítico musical, es conocido sobre todo por su excelente *Biografía* de Mozart. <<

I. MARCO LÉPIDO Y QUINTO SERTORIO

[1] ¿Se quiere de esto un ejemplo característico? Un profesor célebre de letras, el emancipado Estaberio Eros, recibía gratis en su aula a los hijos de los proscritos. <<

[2] Ordinariamente se coloca el nacimiento de César en el año 654, fundándose en que Suetonio, Plutarco y Apiano dicen que tenía 56 años en el momento de su muerte (15 de marzo del año 710), y en concordancia con el dicho de Veleyo Paterculo (2,41), que dice que tenía 18 años en tiempos de la proscripción de Sila (año 672). Pero de adoptar esta fecha se cae en contradicciones inexplicables. César fue edil en el año 689, pretor en el 692, y cónsul en el 695. Ahora bien, según las leyes anuales (*leyes annariæ*), para conseguir la edilidad se necesitaba tener por lo menos de 37 a 39 años de edad, y de 40 a 41, y de 43 a 44 para la pretura y el consulado (Becker, *Hand*, 2, 2, 24). No se comprende cómo pudo suceder que César ocupase todos los cargos curules dos años antes de la edad legal, y menos aún que ningún autor haya hecho mención de ello. De todo esto resulta la presunción fundada de que si su nacimiento ocurrió el 12 de julio (cosa que se sabe de cierto), debió nacer en el año 652 y no en el 654. Por consiguiente, en el 672 tendría de 20 a 21 años, y debió morir no de 56, sino de 57 y 8 meses. En apoyo de esta conclusión invocaríamos una circunstancia que citan con frecuencia los partidarios de la tesis contraria: su promoción al título de sacerdote de Júpiter, por parte de Mario y de Cina, cuando era casi un niño (Veleyo, 2, 43). Mario murió en enero del año 668, cuando César tenía trece años y medio, según la opinión común, y siendo no solamente «casi un niño», sino un verdadero niño todavía. Según todas las probabilidades, no tendría aún la aptitud que se requería para ejercer tal sacerdocio. Por el contrario, si se coloca su nacimiento en el año 652, tendría 16 años aproximadamente cuando murió Mario; y entonces se concilia todo. De esta forma tienen sentido la observación de Veleyo y la regla general según la cual no podía entrarse en los empleos civiles hasta haber salido de la infancia. Agreguemos un último hecho que nos confirma por sí solo en nuestra opinión, a saber: en los dineros acuñados por César al principio de la guerra civil se lee la cifra LII, indicando sin duda alguna su edad. Por tanto, tenía algo más de 52 años cuando estalló esta guerra, y además, aunque a nosotros, que estamos acostumbrados a un registro civil oficial y regular de nacimientos y de defunciones, nos parezca cosa grave, ¿qué temeridad hay en esto de acusar de error a nuestros autores? Las cuatro citas que preceden pueden haber sido tomadas de una misma fuente. ¿Qué extraño es que no se les dé un crédito absoluto, si se considera que en los tiempos antiguos, antes de la creación de las *Acta diurna*, no se encuentra más que confusión y sorprendentes contradicciones en las fechas del nacimiento de los romanos más ilustres y eminentes, como en el de Pompeyo, por ejemplo? Napoleón III, en su *Vida de César* (tomo I, libro 2, pág. 52, nota), combate nuestra opinión, quizá porque obedeciendo a la ley anual sería necesario referir el nacimiento de César al año 651, y no al 652; o porque conocemos numerosos ejemplos en que no fue observada la ley. En la primera de estas aserciones

existe un olvido. El ejemplo de Cicerón atestigua que la ley anual solo exigía haber entrado en el año 53 para poder ser elegido cónsul, y no el haber cumplido ya dicha edad. En cuanto a las excepciones a que se refiere el autor de *César*, distan mucho de estar justificadas. Cuando Tácito (*An.*, II, 22) dice que los antiguos romanos se preocupaban poco de la edad, y que se habían visto personas muy jóvenes obtener el consulado y la dictadura, alude a tiempos anteriores a la promulgación de las leyes anuales, al consulado de Marco Valerio Corvo, que fue promovido a él a los 23 años, y a casos análogos. También se cita a Lúculo, pero esta cita es inexacta; todo lo que se sabe (*Cid. acad.*, 1, 1) es que, fundándose en no sé qué disposición excepcional, y a título de recompensa por una hazaña o un servicio prestado, se le dispensó del intervalo legal de los dos años entre la edilidad y la pretura. En efecto, lo vemos edil en el 675, pretor en el 677 y cónsul en el 680. Muy diferente es el caso de Pompeyo. Vemos en varios autores (*Cic.*, *Pro lege Manilia*, 21, 62; *Ap.*, 1, es 3,38) que el Senado lo dispensó formalmente de la edad. No hay que admirarse de esta excepción hecha con Pompeyo, el general victorioso y triunfador que pide el consulado estando a la cabeza de un ejército, y, después de su lucha con Craso, al frente de un partido poderoso. Pero habría que extrañar que se hiciese esta excepción con el joven César cuando aspiraba a los cargos menores y no tenía más importancia que la de un principiante político ordinario. Más increíble sería aún que, mientras nuestras fuentes hacen mención del hecho sumamente explicable de la dispensa concedida a Pompeyo, se callasen acerca de la más extraordinaria otorgada a César. Sin embargo, hubiera sido muy cómodo recordar el hecho cuando más tarde fue Octavio elegido cónsul a los 21 años (*Ap.*, 3, 38). De todos estos ejemplos se ha pretendido concluir que en Roma «no se observaba la ley cuando se trataba de hombres eminentes» (*Vida de César*, l. c.). No conozco que se haya dicho nada tan erróneo sobre Roma y los romanos. La grandeza de aquella República, así como la de sus generales y la de sus hombres de Estado, se fundaba ante todo en la omnipotencia de las leyes, aun en lo que concierne a su persona. <<

[3] Los primeros jalones colocados para la organización de España hay que referirlos, cuando menos, a los años 674, 675 y 676, aun cuando su completa ejecución corresponde a los años posteriores. <<

[4] El relato que sigue está tomado principalmente de las indicaciones hechas por Liciniano, las cuales, por fragmentarias que sean, no dejan de arrojar gran luz sobre los hechos principales de la insurrección. <<

[5] Liciniano refiere que en el año 676 (*Lepidus*) *legem frumentariam nullo resistente adeptus est, ut annona quinque modii populo dareotur*. De aquí se deduce que no es la ley de los cónsules M. Terencio Lúculo y Cayo Casio Baro (año 681), mencionada por Cicerón (*In Ver.*, 3, 70) y por Salustio (*Hist.*, 3, 61, 19), la primera que dio al pueblo los cinco modios mensuales, pues esta no debió hacer más que asegurar las distribuciones organizando las compras de trigo en Sicilia, y quizás introdujera también alguna innovación en los detalles. Lo que sí es seguro es que la Ley Sempronia permitía a todo ciudadano domiciliado en Roma participar de la anona; pero después debió ser necesario abolir estas disposiciones, porque el trigo que debía entregarse cada mes pasaba de 33 000, y en cambio medimos 198 000 modios (*Cic., Verr.*, 3, 30, 72). Debe concluirse que lo recibían solo cuatro mil ciudadanos, mientras que el número de los domiciliados era mucho mayor. Esta reducción proviene sin duda de las leyes de Octavio, que a la abusiva anona semproniana había sustituido una distribución moderada, menos abrumadora para las arcas del Tesoro, y que tenía en cuenta las necesidades del común del pueblo (*Cic., De offic.*, 2, 21, 72). La ley el año 676 había admitido también la misma tasa, pero la democracia no se dio por satisfecha. La pérdida que de aquí resultaba para el Tesoro puede evaluarse en la suma indicada anteriormente, teniendo en cuenta el mayor valor del trigo. <<

[6] Se ve por una línea de los fragmentos de Liciniano (en el año 676) que la resolución votada por el Senado ordenando a los cónsules que partiesen («*uti lepidus et Catulus decretis exercitibus profisiscereutur*»: Sal., 1, c. 1, 44) no puede referirse a cónsules salidos del cargo y marchando a sus respectivas provincias proconsulares: esto hubiera sido completamente inútil. Aquí se trata, pues, de su envío a Etruria, como cónsules y contra los insurrectos fesulanos, exactamente de la misma manera que se hizo después con Antonio contra las bandas de Catilina. Que Filipo diga de Lépido que «*ob seditionem provinciam cum exercitu adeptus est*» no contradice nuestra opinión, siendo así que el mando consular extraordinario en Etruria constituía en realidad una provincia, lo mismo que el mando regular proconsular en la Narbonense. <<

II. LA RESTAURACIÓN SILANA Y SU GOBIERNO

[1] El reino de Edesa, cuya fundación las crónicas locales colocan hacia el año 620, cayó poco tiempo después bajo la dominación de una dinastía árabe que hallamos más tarde en el país, a la que pertenecieron Abgar y Mannos. Este hecho concuerda evidentemente con el establecimiento árabe creado por Tigranes el Grande en la región de Edesa, Calirroe, Carras (Plin., *Hist. nat.*, 5, 20, 85). De él dice Plutarco que, cambiando Tigranes las costumbres de los «árabes de la tienda», hizo que se establecieran más cerca de su reino a fin de hacerse, mediante ellos, dueño del comercio. Esto significa que los beduinos, acostumbrados antes a abrir las vías comerciales por sus territorios y a imponer grandes tasas a las mercancías que por allí pasaban, vinieron a convertirse en una especie de «aduaneros» del gran rey, cobrando en adelante, por cuenta de este y suya, las tasas impuestas a las mercancías al pasar el Éufrates. Estos árabes de Osroena, como los llama Plinio, son los mismos que los del Amanus vencidos más tarde por Afranio. <<

[2] Tigranocerta no estaba cerca del lugar en que está situada Diabekir, sino entre esta ciudad y el lago de Wan, más cerca de este, en las orillas del Niceforios, uno de los afluentes septentrionales del Tigris (v. la carta xxxii del *Atlas antiguo* de Spruner). <<

[3] Hay diferentes pareceres sobre si este testamento, verdadero o falso, emanaba de Alejandro I (muerto en 666), o de Alejandro II (muerto en 663). La mayoría de las veces se resuelve la dificultad atribuyéndoselo al primero. En mi sentir, los que hacen esto se fundan en razones insuficientes: Cicerón (*De leg. Agr.*, 1, 4, 12) no dice que Egipto fuese anexionado en el 666, sino que cayó en poder de Roma en esta fecha o después. Del hecho de que Alejandro I muriese en el extranjero, mientras que Alejandro II murió en su capital, se saca también la conclusión de que los tesoros depositados en Tiro, a los que alude el testamento, pertenecían al padre y no al hijo. Sin embargo se olvida que este fue muerto diecinueve días después de su llegada a Egipto (Letron., *Insert. del Egipto*, 2, 20), y que su caja podía estar todavía en Tiro. La razón decisiva, en mi sentir, es que Alejandro II fue el último representante de los Lágidas. Siempre en casos semejantes (como sucedía en Pérgamo, Cirene y Bitinia), el último vástago de los soberanos legítimos instituía a la República por su heredera. El antiguo derecho público, al menos respecto de los Estados clientes de Roma, no dejaba al príncipe la libre disposición de su reino por acto de última voluntad, salvo en caso de que no existiesen algunos en grado próximo. Pero el testamento ¿era falso o verdadero? Cosa es que no puede decidirse ni merece la pena pensar en ella; además, no veo en todo esto motivos graves que hagan sospechar una falsificación.

<<

[4] Cic. (*De imp. Pomp.*, 9, 23) no ha podido aludir a otro templo que al del país de Elimais, objetivo ordinario de las incursiones de los reyes partos y sirios (Polib., 31, 11). Este templo era el más rico, y probablemente también el más célebre. De cualquier modo, no ha podido tratarse aquí del templo de Comana, ni de otro perteneciente al país del Ponto. <<

[5] Cicerón, *Pro lege Manilia*, 6. <<

[6] Mommsen alude aquí sin duda a la *lex Aquilia* (Dig., IX, título 2), que castigaba los delitos calificados de *Dammum in jura datum*. Este plebiscito fue propuesto por un tribuno del pueblo llamado Aquilio. (Nota del traductor) <<

[7] Teniendo siete millas de longitud las líneas de Craso (Salust., *Hist.*, 4, 19), no iban, como se ha dicho, desde *Squilace* o *Pizzal*. Estaban más al norte, cerca de Castrovilari y Casano, pues allí la península no tiene en línea recta más que seis millas de ancho. <<

[8] Craso se había encargado del mando en el 682, lo cual acredita que se había prescindido de los cónsules. La prueba de que el invierno de 682 a 683 se pasó delante de las líneas se deduce de que estas fueron forzadas durante una noche de nieve. (Plut., *Crasus*, 10). <<

III. CAÍDA DE LA OLIGARQUÍA. PREPONDERANCIA DE POMPEYO

[1] En los términos del derecho público de Roma, el *imperium* extraordinario (*pro-consule, pro-pretore*) se confería de varios modos. Primero: tenía por punto de partida la regla aplicada al oficio de magistratura extraurbana, regla según la cual, una vez que terminaba el cargo dentro del plazo legal, el *imperium* se prorrogaba hasta la llegada del sucesor; ese es el caso más antiguo, más sencillo y más frecuente. Segundo: el *imperium* procedía de un voto de los órganos constituyentes, principalmente de los comicios y más tarde del Senado, que nombraban a un alto magistrado fuera de las prescripciones constitucionales; lo limitaban los mismos poderes que al magistrado ordinario, pero en su mismo título llevaba el signo distintivo de su misión extraordinaria: propretor, procónsul. A la misma clase pertenecen también los cuestores nombrados en la forma de costumbres, pero provistos además de atribuciones pretorianas y hasta consulares (Becker-Marquardt, 3, 4, 284). Con esta cualidad fue como se mandó a Cirene a Publio Léntulo Marcellin en el año 679 (Salust., *Hist.*, 2, 39), en la que Gneo Pisón fue a la España exterior en el 684 (Salust., *Hist.*, 19), y Catón a Chipre en el 696 (Vel., 2, 45). Tercero: el *imperium* extraordinario puede también ser deseado por el magistrado supremo. Tal es el caso de cuando se ausenta de su provincia o está impedido; entonces puede nombrarse a un lugarteniente, que tomará el título *legatus pro-pretore* (Sal., *Lug.*, 36, 37 y 38), o, si la elección recae sobre un cuestor, tomará el de *cuestor pro-pretore*, (Sal., *Lug.*, 3). Asimismo, cuando no tiene consigo un cuestor, puede confiar sus atribuciones a un oficial de los que lo acompañan, que se denomina entonces *legatus pro-quoestore*. Encontramos por primera vez esta denominación en un tetradagma macedonio, respecto de Sura, lugarteniente del pretor de Macedonia (de 665 a 667). Pero lo que contrariaba todos los principios, en materia de delegación, lo que no hubiera podido hacer el magistrado supremo bajo el derecho público, era conferir el *imperium* obligado a uno o muchos de sus subordinados cuando no tenía ningún obstáculo en su función. En este aspecto, los lugartenientes propretores que va a nombrar el cónsul constituyen una innovación: estos lugartenientes son los que desempeñan tan gran papel en tiempo de los emperadores. <<

[2] Sabemos que, según la tradición, Rómulo fue descuartizado por los senadores. <<

IV. POMPEYO EN ORIENTE

[1] Pompeyo distribuyó entre sus soldados y oficiales, a título de honorario, 584 millones de sestercios (Ap. Mitr., 116). Los oficiales recibieron cien millones, cada soldado recibió seis mil, de donde puede concluirse que en el día del triunfo el ejército de Pompeyo contaba con unos cuarenta mil hombres. <<

[2] Por esto es por lo que los saduceos rechazaban los dogmas de los ángeles y de los espíritus, así como el de la resurrección de los muertos. Pero los puntos principales en que, según la tradición, los fariseos y los saduceos no estaban de acuerdo se refieren a cuestiones secundarias de ritual, de jurisprudencia y de calendario. De esto se tiene una prueba en el hecho de que, cuando los fariseos triunfaron, pusieron en la lista de los días festivos y conmemorativos de la nación precisamente aquellos en que habían triunfado en la controversia, y aquellos en que habían arrojado del consistorio supremo a todos los miembros acusados de herejía. <<

[3] El invierno del año 689 al 690 lo había pasado en las inmediaciones del mar Caspio (Dion., *Cas.*, 37, 7). En el 690 se lo ve todavía en el Ponto reduciendo los últimos castillos que aún quedaban independientes. Después, arreglando de paso todos los negocios, bajó lentamente hacia el sur. La prueba de que comenzó sus operaciones en Siria en el referido año está en que la era provincial de Siria comienza en esta misma fecha. <<

[4] Orosio (6, 6) y Dion. (37, 15), siguiendo evidentemente a Tito Livio, llevan a Pompeyo hasta Petra, de la que se apodera y sigue hasta el mar Rojo. Pero Plutarco (*Pomp.*, 41, 42), confirmado en esto por Floro (1, 39) y por Josefo (14, 3, 3), dice, por el contrario, que, como había recibido la nueva de la muerte de Mitrídates cuando estaba en marcha sobre Jerusalén, abandonó la Siria para volver al Ponto. El rey Aretas figura también entre los vencidos en los boletines de Pompeyo, lo cual se replica por el hecho de la retirada a la que se vio obligado después de levantar el sitio de Jerusalén. <<

[5] Nuestro relato se funda en Plutarco (*Pomp.*, 36), y es corroborado por los detalles suministrados por Estrabón (16, 744) sobre la situación del sátrapa de Elimais. Pero es puro ornamento hacer figurar a la Media y a su rey Darío en la lista de los reyes y países vencidos por Pompeyo. De aquí también el cuento de la guerra de Pompeyo con los medos (Veleyo, 2, 40) y su marcha sobre Echatana (Orosio, 6, 5). Es imposible admitir que se haya confundido con la ciudad fabulosa del mismo nombre, colocada sobre el monte Carmelo. En esto no veo más que una de esas exageraciones a las que han dado origen los boletines pomposos y equívocos respecto de Pompeyo, los cuales transformaron su algarada en el país de los gétulos en una expedición a la costa occidental de África (Plut., *Pomp.*, 38); su fracasada expedición contra los nabateos, en una marcha conquistadora sobre Petra, y su arbitraje relativo a las fronteras de Armenia, en una traslación de las fronteras romanas hasta más allá de Nisibis. <<

[6] La pretendida guerra de este Antíoco con Pompeyo no se concilia con el tratado hecho antes con Lúculo. También aquí la afirmación tiene su origen en un hecho confirmado en otra parte: Antíoco de Comagena figuraba en la lista de los reyes sometidos por Pompeyo. <<

[7] El mismo Cicerón lo censura (*De of.*, 3, 12, 49): *piratas imunes habemus, socios vectigales*. Pompeyo incluso debió llegar a conceder a sus colonias de piratas la inmunidad de impuestos, mientras que, como sabemos, las ciudades provinciales que estaban bajo la dependencia de Roma (aliados) pagaban regularmente un tributo.

<<

V. CONFLICTOS DE LOS PARTIDOS DURANTE LA AUSENCIA DE POMPEYO

[1] Ley Gabinia, *de senatu legatis (quotidie) dando*. Estas audiencias se habían fijado desde el 1 de febrero hasta el 1 de marzo, excepto en los días en que había comicios.

<<

[2] Ley Acilia: *un nemo legibus solveretur*. Exigía que votasen la dispensa por lo menos doscientos senadores. <<

[3] Ley Acilia Calpurnia (687) y Ley Tulia (691) de Ambitu, esta última votada durante el consulado de Cicerón. La primera pronunciaba la multa, la exclusión del Senado y la incapacidad para las funciones públicas; la segunda agregó a esto el destierro por diez años. <<

[4] Ley Cornelia: *ut pretores ex edictis suis perpetuis jus dicerent.* <<

[5] Todo el que estudia y abarca la situación política del momento no necesita pruebas especiales y directas para convencerse de que el objetivo final de las maquinaciones democráticas del año 688 y de los años siguientes no era tanto el de derribar al Senado como a Pompeyo. Además, no faltan estas pruebas. Las leyes Gabinia y Manilia habían dado un golpe mortal a la democracia, como lo atestigua Salustio (*Catil.*, 39). Está averiguado también que la conspiración de los años 688 y 689, y la rogación de Servilio solo se dirigían contra Pompeyo (*Cat.* 19, *Cic.*, *De leg. agr.*, 2, 1746). Por último, el papel de Craso en la conjuración muestra claramente que esta se dirigía al general en jefe de los ejércitos de Oriente. <<

[6] Plut., *Cras.*, 13. En este mismo año (689) se coloca el discurso de Cicerón *De rege Alexandrino*, que se refiere sin razón, en nuestro sentir, al año 698. Cicerón combate en él, según muestran los fragmentos que nos quedan, la opinión de Craso, que sostenía que, por el testamento del rey Alejandro, el Egipto era una propiedad del pueblo romano. En el año 689 pudo y debió discutirse la cuestión; en el año 698 no tenía ya interés, pues todo lo había resuelto la Ley Julia del año 695. Hay además otras razones que no creemos necesario aducir. <<

[7] Los ambranos (*Ambrani*) no son los ambrones de Liguria (Plut., *Mar.*, 19). Quizás hay en esto alguna errata y se trate de los arvernos. <<

[8] Nadie lo muestra mejor ni más sencillamente que su propio hermano Quinto (*De Petit. cónsul.*, 1, 513). Si se quiere una prueba más, puede leerse sin perjuicio el segundo discurso contra la ley agraria de Rulo, y en él se verá, con interés, cómo el «primer cónsul demócrata» sabe conducir a su querido público y enseñarle «la verdadera democracia». <<

[9] Aunque parece que Mommsen trata con bastante severidad al príncipe de la elocuencia latina, nótese bien que habla de él como político; y, en este aspecto, no puede negarse que es censurable la insegura conducta de Cicerón, siempre haciendo equilibrios entre César y Pompeyo, entre la democracia y la aristocracia, prosternándose hoy ante el ídolo que ayer insultaba. No obstante esto, Cicerón fue un patriota sincero y murió por la libertad. Su fin lo absuelve de sus faltas, y engrandece su vida. (*Nota del traductor*). <<

[10] Su alocución al Senado forma la cuarta catilinaria. Puede verse en Salustio el discurso de César, uno de los más admirables por su intención y su elocuencia. El cómplice secreto de los conjurados tenía la ley de su parte (v. también la *Vida de César*, 1, pág. 324). <<

[11] Me refiero al *Catilina* de Salustio, escrito por un cesariano de profesión, y publicado en el año 708, ya durante la regencia de César, ya durante el triunvirato de sus hombres. Este libro es toda una defensa política. En él, el autor habla al honor del partido democrático, que era ya el fundamento de la monarquía romana. Se empeña en lavar la memoria de César de una mancha negra y en mostrar blanco como la nieve al tío del triunviro Marco Antonio, lo mismo que en *Yugurta* Salustio había querido presentar a las claras las miserias del régimen oligárquico y celebrar a Cayo Mario, el corifeo de la democracia. Del hecho de que como escritor hábil supiese disimular sus tendencias apologéticas o acusadoras, no se sigue en manera alguna que sus libros, por más que sean admirables, dejen de tener cierto espíritu de partido. Remitimos a nuestros lectores a los autores originales, a Salustio, a Cicerón, a Suetonio y a Plutarco (vidas de César, Cicerón, Craso y Catón el Joven). <<

VI. REGRESO DE POMPEYO. COALICIÓN DE LOS PRETENDIENTES

[1] Cicerón refiere la impresión producida en Roma por su primer discurso (*Ad Atic.*, 1, 14): «*Prima contio Pompei non jucunda miseris, inanis improbis (demócratas), beatis (Hicos) non grata, bonis (aristócratas) non gravis: itaque frigabet*». <<

VII. CONQUISTA DEL OCCIDENTE. GUERRA DE LAS GALIAS

[1] Hay que creer en una inmigración continuada por muchos años de parte de los celtobelgas en la Gran Bretaña, como acreditan los nombres tomados de los cantones belgas y dados a las aldeas inglesas de las dos orillas del Támesis. Allí se encuentran los atrebates, los belgas y hasta los bretones. Esta última denominación, que parece copiada de los britones de las orillas del Soma, más abajo de Amiens, se extendió más tarde a toda la isla. Las monedas son también una imitación de las belgas: hay, pues, identidad hasta en el origen. <<

[2] El contingente de la primera insurrección de los cantones belgas (no comprendidos aquí los Remes), o si se quiere, de los países entre el Sena y el Escalda que llegaban por el este hasta Reims y hasta Andernach (o sea entre dos mil y dos mil doscientas millas alemanas), se elevaba por lo menos a trescientos mil hombres. Si se admite por término medio de comparación la relación suministrada por los bellovacos respecto del contingente de la primera leva, la cifra total de la población en estado de llevar las armas llega para los belgas a quinientos mil hombres, por lo menos, y a una población total de dos millones de habitantes. Los helvecios y los pueblos inmediatos contaban antes de su éxodo con 336 000 habitantes, y, teniendo en cuenta que ya habían perdido la orilla derecha del Rin, puede evaluarse su territorio en unas trescientas millas cuadradas. No podemos asegurar si en este número estaban incluidos los esclavos y los criados, tanto menos cuanto que ignoramos la forma de la esclavitud entre los galos. Lo que dice César de los esclavos clientes y deudores de Orgetorix parece resolver la cuestión en sentido afirmativo. No necesitamos recordar la carencia de datos estadísticos entre los antiguos historiadores; todo lo que puede hacerse, aunque con gran reserva y precaución extrema, es intentar suplirlos mediante algunas combinaciones. Sin embargo, no rechazaremos en absoluto todos estos cálculos. (Véase también la *Vida de César*, tomo II, págs. 18 y sigs.) <<

[3] «En la Galia transalpina interior, no lejos del Rin —dice Scrofa (Varr., *De re rust*, I, 7, 8)— he atravesado durante mi mando ciertas regiones donde no se encuentran la vid ni el olivo, ni árboles frutales; donde abonan las tierras con una especie de arcilla blanca extraída del suelo, y donde, a falta de sal mineral o marina, se emplean el carbón y las cenizas saliníferas procedentes de ciertas maderas.» Esta reseña se refiere, sin duda, a los tiempos anteriores a César, y a la antigua provincia transalpina, por ejemplo al país de los alóbroges. Más tarde Plinio describió extensamente los procedimientos usados para abonar las tierras en la Galia y en la Bretaña (*Hist. nat.*, 17, 6). <<

[4] «Las buenas razas de bueyes son en Italia las razas galas, sobre todo para el cultivo de los campos, mientras que los bueyes ligurios no hacen nada de provecho» (Varr., 1, c. 2, 5). Es verdad que Varrón no habla aquí más que de la región cisalpina; pero es evidente que en este país la cría de animales se remonta a los tiempos célticos. «La cría del ganado no se extiende a todas las tribus: ni los bástulos ni los túrdulos (en Andalucía) la practican: los galos ocupan en esto el primer puesto, sobre todo en las bestias de carga (*jumenta*).» Varr., 2, 10. <<

[5] Pueden deducirse estas conclusiones del nombre dado al buque de comercio, «nave redonda», en oposición al «buque largo» o de guerra. Asimismo, este se llama por excelencia el «buque de remos», mientras el otro es solo una nave de carga. Por otra parte, la tripulación del buque mercante era mucho menor, pues apenas llegaba a doscientos hombres en los más grandes. En las galeras ordinarias de tres puentes, por el contrario, solo los remeros arrojaban una cifra de ciento setenta hombres. Dion. de Hal., 3, 44; 2, 3, 167 y sigs. <<

[6] Esta expresión parece que estuvo muy en uso desde el siglo VI entre los galos circumpadanos. Ennio la conocía, y solo por la Galia inmediata al Po pudo llegar a oídos de los italianos en aquella época tan remota. Pero no pertenece solo a la lengua celta, es también germánica y se enlaza con la radical alemana *amte*: el cortejo noble era una práctica común a los celtas y a los germanos. De mayor interés histórico sería averiguar si la palabra y la cosa han ido de los celtas a los germanos, o de los germanos a los celtas. Si, según la opinión más seguida, la palabra *ambacta* ha sido germánica en su origen, y ha designado el criado que seguía a su señor en el combate y se mantenía «detrás de él», no hay aquí un hecho irreconciliable con el uso de la palabra entre los galos, uso que se remonta a una época antiquísima. Según las analogías probables, el derecho que poseían los nobles de tener *ambactas* que los exaltasen no es una institución primitiva de los galos, sino que ha nacido y se ha formado poco a poco en oposición con la antigua monarquía y el derecho de igualdad de los hombres libres. En realidad no es nacional, pues es relativamente más moderna que la nación; y creo posible, y hasta muy verosímil, que a consecuencia de los prolongados contactos con los germanos, contactos de los que hemos de hablar después, los celtas, tanto en Italia como en las Galias, habían sido escoltados en un principio por un ejército de germanos mercenarios. Desde esta perspectiva se ve que los «suizos» son algunos millares de años más antiguos de lo que se cree. Si la denominación de germanos, dada por los romanos a los alemanes en cuanto nación, y quizás a manera de apelativo usado entre los galos; si esta denominación, repito, es realmente de origen céltico, solo nuestras conjeturas serán perfectamente ciertas. Sin embargo, habría que abandonarlas si la palabra *ambacta* puede referirse a una raíz céltica. Jeuss, por ejemplo, la refiere a los radicales *ambi* (*circum*), y *aig* (*agere*), «el que se mueve en derredor, servidor, hombre de séquito». <<

[7] Sobre la constitución druídica y las doctrinas religiosas de la Galia, véase el artículo «Druidismo», de J. Reinaud, en la *Enciclopedia nueva*, y el libro II de la *Historia de Francia*, de monsieur Henri Martin. <<

[8] Así, pues, es muy verosímil que los suevos de César sean los mismos cattos; pero esta denominación de suevos, tanto en tiempo de César como después, fue dada a toda tribu germánica a la que podía aplicarse la calificación de nómada. Incluso si el «rey de los suevos» del que hablan Pomponio y Plinio (*Hist. nat.*, 2, 67) es el mismo Ariovisto, y al respecto no hay lugar a dudas, no habría razón para concluir de aquí que este jefe era catto de nación. Antes de Marbod no se ve en ninguna parte a los marcomanos como pueblo diferenciado: es muy posible que la expresión no haya tenido hasta ahora otra significación que la que su etimología indica. Cuando César (I, 54) nombra a los marcomanos entre las dos tribus reunidas en el ejército de Ariovisto, creo que ha cometido un error, y ha adoptado una designación simplemente calificativa y general, como había sucedido con los suevos. <<

[9] Según César (1, 36), Ariovisto entró en las Galias en el año 683. La batalla de Admagetobriga tuvo lugar en el 693, según César y Cicerón (*Ad Atiq.*, I, 19). <<

[10] Parecerá increíble semejante negligencia, y se intentará hallar otros motivos más serios que la ignorancia o la torpeza política, pero nos contentamos con remitir a nuestros lectores a las cartas de Cicerón, en las que se verá la ligereza con que trata de esto el ilustre senador, cuando en su correspondencia familiar hace alusión a los asuntos de los alóbroges. <<

[11] Elevados a diez en el año 698. Napoleón en su *Hist. de César*, 77, apéndice D, hace un estudio interesante desde el punto de vista militar acerca de los lugartenientes que auxiliaron a César en las Galias. <<

[12] Según el calendario rectificado, debió ser el 16 de abril. <<

[13] Gœler (*Gall. Krieg.*, pág. 45) coloca la batalla de la que vamos a hablar no lejos de Mulhouse, de acuerdo en esto con Napoleón III (*Prec.*, pág. 35), quien le asigna la región de Belfort. No quiere decir esto que haya completa exactitud, pero todas las circunstancias lo hacen verosímil. Si César necesitó siete días de marcha para llegar a la alta Alsacia, es que dio una vuelta de muchas leguas para evitar las montañas del Doubs. Respecto de la batalla, se dio a cinco millas romanas del Rin, y no a cincuenta, cosa que demuestran con igual autoridad la tradición y todo el relato de la persecución de los vencidos que llegó hasta dicho río, la cual no duró más que un solo día y no muchos. Rustow ha cometido un grave error al colocar el campo de batalla sobre el alto Sarra. No fue durante la persecución contra Ariovisto cuando los romanos recibieron víveres de los secuaneses y otros pueblos, sino que los habían recibido antes de salir de Besanson y los llevaban consigo; esto es lo que se deduce de las palabras de César (I, 40). <<

[14] Tal es la versión más sencilla, y tal vez la más verdadera, sobre los orígenes de estos establecimientos germánicos. Que Ariovisto había llamado ya a estos pueblos a la orilla izquierda cosa es que no puede dudarse, puesto que lo vemos combatir a su lado (*Bell. Gall.*, 1, 54), y antes de él no se los conocía. Que César los dejó donde se hallaban, se deduce de la promesa que había hecho a Ariovisto de tolerarlos en las Galias (*ibíd.*, 1, 35), y del hecho de que más tarde se los encuentra en el mismo país. Después de la batalla César no dice nada de las medidas y disposiciones tomadas, porque guarda el más absoluto silencio sobre todos los detalles de la organización a la que dirigió sus cuidados en las Galias. <<

[15] Para más detalle, véase la *Historia de César*, II, 119. <<

[16] Catón pedía que César fuese entregado a los bárbaros para apartar de Roma la venganza de los dioses (Plut., *Cas.*, 22). <<

[17] La naturaleza de los lugares y las expresiones que utiliza César demuestran que, para desembarcar en la isla, salió de uno de los puertos de la costa entre Boulogne y Calais. Se ha intentado muchas veces precisarlo más, pero sin llegar al resultado apetecido. Todo lo que las fuentes nos dicen es que, en la primera expedición, la infantería se embarcó en un puerto y la caballería en otro, distante ocho millas al este del primero. En su segunda expedición los romanos partieron del puerto que a César le pareció el más cómodo de los dos, el *portus Itius*, del que no se conoce más que el nombre, a treinta millas según los manuscritos de César, y a cuarenta según Estrabón, que copió seguramente su reseña de César. Este dice, además, que había elegido el camino más corto para ir a Bretaña. Puede inducirse de aquí, con razón, que pasó el canal no por un punto cualquiera, sino por el mismo Paso de Calais, sin fijarse, por otra parte, en el punto preciso de la línea matemática más corta. Las dificultades no han detenido en esta ocasión a los aficionados a la topografía local. Al no tener a la mano más que datos inciertos, el mejor de los cuales varía mucho, como se ve por las cifras, han intentado varias veces señalar el lugar exacto del Paso. En lo que a mí respecta, entre las numerosas indicaciones más o menos plausibles, me inclinaría por el puerto *Itius* que designa Estrabón con gran apariencia de verosimilitud, como aquel en el que se embarcó la infantería en su primera expedición. Yo colocaría este puerto en Ambleteuse, al oeste del cabo Gris-Nez. La caballería debió embarcarse en Ecale, al este del mismo promontorio, y debió desembarcar cerca de Walner Castle. Napoleón III coloca el puerto *Itius* en la misma Boulogne. <<

[18] Cotta no era subordinado de Sabino. Pero, a pesar de ser lugarteniente del procónsul, era más joven y debía tener menos autoridad y, en caso de divergencia de opiniones, debía ceder la suya ante la de Sabino. Esto puede inferirse de la antigüedad de los servicios de Sabino, y del hecho de que, cuando son nombrados juntamente, generalmente va él en primer término. Esto mismo corroboran las circunstancias de su común desastre. <<

[19] Esto era posible mientras las armas ofensivas fueron la espada y la pica; pero en el sistema moderno no es aplicable la táctica romana, tal como lo ha mostrado Napoleón I. Con nuestras armas ofensivas que hieren a tan larga distancia es preferible el sistema de fraccionamiento, al de apiñar el ejército en grandes masas. Lo contrario sucedía en tiempo de César. <<

[20] Se coloca a Gergovia en una montaña al sur de Nemetum (*Clermont; Ferrand*); fue después capital de los arvernos y esa montaña se denomina todavía Georgia. En las excavaciones hechas se han encontrado restos de una muralla tosca fortificada. El nombre que se ha perpetuado hasta el siglo x no deja duda alguna sobre la exactitud de la designación local. <<

[21] Para más detalles sobre esta importante campaña puede consultarse al mismo César (*Bel. Gal.*, 7, 35, 52), y a Napoleón III (*Hist. de César*, tomo II, págs. 264 a 282). <<

[22] Como puede suponerse, los comentarios no dicen esto claramente; pero Salustio, por más cesariano que sea, lo confiesa implícitamente (*Frag. hist.*, 1, 9: «*omnis Gallia eis Rhenum atque inter mare nostrum et Oceanum... indomita*»). Las monedas nos dan de ello una prueba más que suficiente. <<

VIII. REGENCIAS DE POMPEYO Y DE CÉSAR

[1] A esto es a lo que llama Cicerón *cantorum convitio contiones celebrare* (*pro Sest.*, 55). <<

[2] Respetando el superior criterio del ilustre historiador, no nos parece el citado un testimonio de gran peso a propósito para probar lo que se propone, puesto que las que aquí reproduce son palabras del mismo Cicerón en su *Ep. ad Attic*, 2, 20. *Populare nunc nihil tam est quam odium popularium.* <<

[3] Aún no había vuelto cuando Cicerón habló a favor de Sextio, y el Senado, a consecuencia de las conferencias de Luca, deliberó respecto de las legiones de César. Solo a principios del año 699 es cuando lo vemos por primera vez tomar parte activa en las discusiones; y, como había viajado durante el invierno (Plut., *Cat.*, 58), hay que concluir de aquí que volvió a entrar en Roma a fines del año 698, y, por tanto, no pudo, como se ha dicho, defender a Milón en el mes de febrero de este mismo año.

<<

[4] «*Me asinum germanam fuisse*» (he sido verdaderamente un bestia). *Ad att*, 4, 5, 3.

<<

[5] Puede leerse esta palinodia en el discurso que nos queda sobre las provincias consulares del año 699. Se pronunció a principios de mayo del 698: los discursos que forman contraste son el pronunciado *pro Sextio*, otro *contra Tatinio*, y la discusión sobre el consejo dado por los adivinos etruscos en los meses de marzo y abril precedentes. El antiguo cónsul había exaltado en ellos el régimen aristocrático y usado un lenguaje caballeresco al hablar de César. <<

[6] El hecho no se encuentra consignado en los autores, pero parece increíble que César no sacase soldados de los municipios latinos que formaban la gran mayoría de su provincia. Además, se encuentra contradicha esta abstención por el desprecio que afectaba la oposición hacia los reclutas cesarianos, «sacados en su mayor parte de las colonias transpadanas» (*Bel. Civ.*, 3, 57). ¿No es evidente que al hablar de este modo Labieno se ha referido a las colonias latinas de Estrabón? (Suet., *Cæs.*, 8). Es verdad que en ninguna parte se encuentran cohortes latinas unidas al ejército de César en las Galias, y que, según el dicho del autor de los *Comentarios*, todos los reclutas de la Galia cisalpina se habían distribuido entre las legiones, o habían formado otras nuevas. Es también posible que César haya dado el derecho de ciudad a todos estos soldados en el momento de la conscripción; pero en mi sentir es más probable que se atuviese en esto al procedimiento democrático, pensando menos en dotar de aquel derecho a los transpadanos, que en tratarlos como si ya lo tuviesen legalmente. Solo así pudo extenderse el rumor de que había importado a las ciudades transpadanas la institución de las municipalidades romanas (*Civ. ad Atic.*, 5, 3, 2). <<

[7] La composición que sigue (la 29 de su recopilación) es de Catulo, quien debió escribirla hacia el año 699 o 700, después de la expedición de César a Bretaña y antes de la muerte de Julia:

*Quis hoc potest videre, quis potest pati
Nisi impudicus, et vorax, et aleo,
Mamurram habere quod comata Gallia
Habebat uncti, et ultima Britania?
Cinoede Romule [...].*

Mamurra, de Formies, favorito de César, fue durante algún tiempo uno de sus oficiales en el ejército de las Galias (el jefe de los ingenieros, *Prefutus fabrum*). <<

[8] Cónsul y colega son sinónimos (volumen I, libro segundo, pág. 568, n. 4): ser a la vez procónsul y cónsul equivale a ser cónsul y cónsul suplente a un mismo tiempo.

<<

IX. MUERTE DE CRASO. RUPTURA ENTRE LOS DOS REGENTES

[1] Tigranes vivía aún en febrero del 698 (Cic., *Pro Sest.*, 27, 59), y Artavasdes reinaba desde antes del año 700 (Justiniano, 42, 2, 4. Plut., *Crass.*, 49). <<

X. BRINDISI, ILERDA, FARSALIA Y THAPSUS

[1] Un centurión de la legión décima (llamada también decimocuarta) de César, fue un día hecho prisionero. Conducido ante el general republicano, le dijo que con diez de sus hombres podía resistir la mejor de las cohortes enemigas (quinientos hombres, *Cæs., Bell Afric.*, 45). Así, dice Napoleón que «los ejércitos antiguos, batiéndose con arma blanca, tenían necesariamente que componerse de hombres más ejercitados, siendo otros tantos combates singulares... Lo que este centurión decía era cierto: un soldado moderno que empleara el mismo lenguaje, sería un farsante» (*Precis des Guerres de J. Ces. ch. XI, observation 5*). Y, si se quiere saber el espíritu militar que animaba el ejército de César, no hay más que leer las relaciones, unidas a sus memorias, de la guerra de África y de la segunda de España, la primera de las cuales parece que fue escrita por un oficial subalterno, y la otra, que no es más que un diario de campaña, redactada también por un subalterno (*Bell. Afric., Bell. Hispaniense*). <<

[2] Esta era la cifra que él mismo fijaba (Cæs., *Bell. civ.*, 16), cuya exactitud se confirma teniendo en cuenta que después de haber perdido en Italia sesenta cohortes, o sea treinta mil hombres, le fue posible todavía llevarse veinticinco mil cuando marchó a la Grecia. <<

[3] El 7 de enero se promulgó el senadoconsulto: desde el 18 del mismo mes se sabía en Roma, y esto después de muchos días, que César había pasado el Rubicón (Cic., *Ad Attic.*, 7, 10, 9, 10). Por lo menos tres días tardaba un correo en llegar a Rávena; por lo tanto, conviene fijar la época de la salida de César en el 12 de enero, fecha que corresponde al 24 de noviembre del año 704 del calendario juliano, según la redacción usual. <<

[4] C. Antonio, segundo hijo de M. Antonio, llamado por burla Crético, cuestor de Minucio Termo, propretor en Asia (703). Capturado en Curicta, como veremos ahora, quedó prisionero en el campamento de Pompeyo hasta que lo puso en libertad la batalla de Farsalia. En la época de la muerte de César, era pontífice, y después, pretor urbano (710), en tanto que su hermano mayor, Marco, era cónsul, y su hermano menor, Lucio, ejercía el tribunado. Recibió más tarde el mando de la provincia de Macedonia; pero ya Bruto se le había adelantado con fuerzas superiores. Así, derrotado por Cicerón el Joven, se refugió en Apolonia, donde cayó prisionero. Poco tiempo después, Bruto mandó decapitarlo, a instigación de Hortensio, hijo, y para vengar el asesinato de Cicerón, el cónsul. <<

[5] El 5 de noviembre del año 705, según el calendario rectificado. <<

[6] *B. c. 3, 30. V. Goeler (die Koempfe. v. Dyrr. u. Pharsaius. Batallas de Dyrr. y Farsalia)*, págs. 12 y 106. <<

[7] Es muy difícil determinar exactamente el campo de batalla. Appiano (2, 75), que es el más preciso, lo coloca entre Neo-Pharsalos y el Enipeos. De los dos ríos de alguna importancia que se encuentran en estos lugares, y que seguramente representan el Apidanos y el Enipeos de los antiguos (el Sofadhitiko y el Fersaliti), uno nace en los montes Thaumacos (Dhomoco) y en las alturas de Dolopos, y el otro desciende del Othris y corre por delante de Fersala. Y como Estrabón (9, pág. 432) dice también que el Enipeos viene de Othris, es forzoso convenir con Leake (Northern Greece, 4, 320) en que el Fersaliti es el mismo Enipeos. Por el contrario, se equivoca Gæler al tomar el Fersaliti por el antiguo Apidanos. Todas las indicaciones que hallamos en los escritores antiguos concuerdan con nuestra opinión. Solamente que también debemos convenir con el citado Leake en que el río formado por los dos caudales después de su confluencia, y que desde allí va a parar al Peneo, conservaba entre los antiguos el nombre de Apidanos, como lleva hoy el de Sofadhitiko. Esta es una denominación natural, después de todo, porque el Fersaliti queda con frecuencia seco, mientras que el Sofadhitiko, nunca (Leake, 4, -321). Por lo tanto, entre Fersala y el Fersaliti estaba situado Phaleo-Pharsalos, de donde tomó su nombre la batalla, la cual se libró sobre la ribera izquierda. Los pompeyanos apoyaron su ala derecha en el Fersaliti y tenían su frente hacia Farsalia (*Cæs., B. c. 3, 83. Frontinus, Stratag., 2, 3, 22*). Pero allí no pudo estar su campamento, el cual se extendía al pie de Cinocéfalas, sobre la orilla derecha, y cortaba a César el camino de Scotussa, a la vez que conservaba sin duda su línea de retirada sobre Larisa por las alturas. Si hubieran acampado, como pretende Leake (4, 482), al este de Farsalia y sobre la orilla izquierda del Enipeos, nunca habrían podido dirigirse al norte después del combate, pues habrían tenido que atravesar este río de profundas márgenes, cortadas a pico (Leake, 4, 489), y, en vez de ganar Larisa, Pompeyo se habría visto obligado a huir hacia Lamia. Por lo tanto, es probable que los pompeyanos establecieran su campamento en la ribera derecha del Fersaliti, que lo atravesaran antes de la batalla y después para volver a sus tiendas, y que remontaran luego las cercanas pendientes de Crannon y de Scotussa, que van a unirse por sus crestas con las alturas de Cinocéfalas. En esto no hay nada imposible. El Enipeos no es más que un arroyo estrecho y de lento curso, en el cual Leake midió en noviembre dos pies de profundidad, y que con frecuencia se halla seco en la estación calurosa (Leake, 4, 448 y 4, 472. Cf. *Lucan., 6, 373*). De esto se deduce que fue durante el rigor del verano cuando se dio la batalla. Antes de venir a las manos, estaban los dos ejércitos a treinta estadios el uno del otro (*App., B. c. 2, 65*: tres cuartos de milla alemana = más de una legua). Los pompeyanos pudieron muy descansadamente hacer sus preparativos, echar los puentes y asegurar sus comunicaciones con el campamento. Al haber

terminado la batalla con una derrota, no habrían podido efectuar su retirada a lo largo del torrente y por encima de sus márgenes; y esta era, en mi sentir, una de las razones por las que Pompeyo no quiso al principio aceptar la batalla. Así, su ala izquierda, situada más lejos de la línea de retirada, fue la que más se resintió de esta desventaja del terreno. El centro y el ala derecha se retiraron sin gran dificultad, pudiendo atravesar fácilmente el Fersaliti en las condiciones dadas. Si César y sus copistas no han hablado de este paso del río, es porque de hacerlo habrían dado a conocer aquel insensato afán de pelear que, según todas las apariencias, animaba a los pompeyanos, y los recursos mismos de los que disponían para la retirada. <<

[8] A este combate se refiere el consejo dado por César a sus soldados de herir en el rostro a los caballeros enemigos (*faciem feri*). Como en esta ocasión la infantería marchaba irregularmente al ataque de la caballería, no podía servirse con provecho de la espada; debió guardar el *pilum* en vez de arrojarlo, y servirse de él como de una pica, llevando en alto la punta para defenderse mejor (Plut., *Pomp.*, 69, 91. *Cæs.*, 45. *App.*, 2, 76, 78. *Flor.*, 4, 2. *Oros.*, 6, 15. Cf. *Front.*, que está equivocado, 4, 7, 32). La orden dada por César ha llegado a ser una anécdota. Los jinetes de Pompeyo habrían vuelto riendas, por temor de las heridas recibidas en el rostro, y emprendido la fuga con la mano puesta en la cara (Plut.). En esto no hay una palabra de verdad. La historieta no sería satírica sino en el caso en que la caballería de Pompeyo hubiera estado compuesta en su mayor número de todos aquellos jóvenes nobles y «excelentes bailarines» venidos de Roma, pero no era así. Quizá la orden del día de César, muy sencilla y muy militar, diera lugar a las burlas del campamento, y por consiguiente a su absurdo relato. <<

[9] Sin duda, la pérdida de la isla era referida en el fragmento que ha desaparecido del comentario sobre la guerra de Alejandría (*Bell. Alex.*, 12). Allí se describía también un segundo combate naval, en el cual quedó destruida la escuadra egipcia que había sido rechazada hacia el Quersoneso. En efecto, acabamos de ver que César, desde el principio de la guerra, había ocupado el faro (*B. civ.*, 3, 112; *Bell. Alex.*, 8). El muelle, por el contrario, siempre había estado ocupado por el enemigo, puesto que César no se comunicaba con la isla sino por agua. <<

[10] La travesía de Catón y de Gneo Pompeyo de Córcega a Cirene, y su penosa navegación a través de la Pequeña Syrtes, forman en la *Farsalia* de Lucano un interesante episodio, cuyo fondo verdadero, atestiguado por Plutarco (*Cat. min.*, 56 y s.), ha sido embellecido maravillosamente por este poeta. <<

[11] La geografía política del noroeste de África era, en estos tiempos, muy confusa. Después de la guerra de Yugurta, Bocco, rey de la Mauritania, según parece poseía todo el territorio desde el mar del Oeste hasta el puerto de Saldæ (Marruecos y Argelia. *Saldæ*. Bugia). También habría allí, al lado de los reyes mauritanos, algunos príncipes independientes o vasallos, pertenecientes a otras dinastías, y que reinarían sobre pequeños territorios: los de Tingis (Tánger), por ejemplo, que se han encontrado ya (Plut., *Sertor*, 9), y que conviene identificar con los leptasta de Salustio (*Hist.* 31, ed. Kutz), y los mastonesosus de Cicerón (*In Vatin*, 5, 12). Antes había reinado Sifax de una manera semejante sobre un gran número de príncipes vasallos (App., *Pun.* 10). En el tiempo al que nos referimos, Cirta, en la Numidia, fronteriza de los Estados mauritanos, obedecía a un príncipe llamado Masinisa y probablemente tenía por soberano a Juba (App., *B. c.*, 4, 54). Hacia el año 672, el trono de Bocco fue ocupado por Bocut o Bogud, tal vez hijo suyo. Después del año 705, el reino aparece dividido entre Bogud, rey de la parte occidental, y Bocco, de la oriental. A esta división se refieren las designaciones ulteriormente seguidas: reino de Bogud, o de Tingis, y reino de Bocco, o de Yol (*Cesarea*: Plin., *Hist. n.* 5, 2, 19. Cf. *Bell. Afr.*, 23).

<<

[12] Las inscripciones locales dan numerosas señales de esta colonización. Frecuentemente se lee en estas inscripciones el nombre de *Sittios*; y en la pequeña localidad de Milev, que es de época romana, se encuentra la denominación de *Colonia sarnensis* (Renier, *Inscript.* 1254, 2323, 2324), derivada evidentemente del nombre del dios del Sarnus, río de Nuceria, patria de Sittio (Suetón, *Rhetor*, 4). <<

XI. LA ANTIGUA REPÚBLICA Y LA NUEVA MONARQUÍA

[1] Aurelia, de la familia de los A. Cotta, hermana o pariente cercana de los tres Cottas contemporáneos de César, era una dama distinguida. Había puesto sumo cuidado en la educación de su hijo (Tácito, *De Orat.*, 28). Aún vivía en tiempo de la guerra de las Galias. <<

[2] Julia, mujer de Pompeyo, nació en el año 671. <<

[3] Como un ejemplo de la tiranía de César, se cita con frecuencia su cuestión con Labenio y el famoso prólogo donde este la cuenta; pero esto es desconocer completamente la ironía de la situación y la ironía del poeta, sin contar con que quizás allí había interés en hacer del poeta un mártir, y llevarle voluntariamente, después de todo, un tributo de homenaje. <<

[4] Aun después de la victoria de Munda, de la cual daremos cuenta más adelante, solo triunfó sobre los lusitanos, que servían en gran número en el ejército de sus enemigos. <<

[5] Vean nuestros lectores la carta a Cecina (*Ad fam.*, 6, 7), y, si tienen curiosidad de ello, podrán establecer la comparación entre las trabas puestas a los escritores antiguos y las que sufren los de los tiempos modernos. <<

[6] Este libro fue escrito en 1857. Entonces se ignoraba que cercanos y terribles combates, y la victoria más grande que puede registrar en sus páginas la historia de la humanidad, ahorrarían muy pronto a los Estados Unidos esta nueva prueba, asegurándoles para el porvenir los gozes de una completa libertad al abrigo de un cesarismo local, y haciéndolos árbitros únicos de sus destinos. <<

[7] Cuando murió, en 710, era dictador por cuarta vez y dictador perpetuo; este es el título que le da Josefo (*Antig.*, 14, 10, 7). <<

[8] Nada más erróneo que la opinión, muy general por cierto, de que el imperio era en su esencia el poder militar o el generalato supremo de por vida: no es este el sentido de la palabra, ni lo entendieron así nuestros autores antiguos. El *imperium* es el mando; el emperador es el hombre investido del mando. En estas dos expresiones, como en las dos palabras griegas correspondientes, κράτος, αυτοκράτωρ, se buscaría inútilmente la acepción especial y única del generalato; mientras que la magistratura en Roma, en su noción pura y completa, abrazaba el derecho de la guerra y el de la justicia, el poder militar y el poder civil en su competencia indivisible. Dion, pues, declara seriamente (55, 17: cf. 43, 44, 52, 41) que, al tomar los Césares el título de emperadores, entendían afirmar «su omnipotencia de autócratas en oposición a las antiguas denominaciones de rey, de dictador (πρὸς δήλωσκν τῆς; αὐτοτελοῦς σφῶν ἔξουσίας, ἀντί τῶς τοῦ βασικλέως τοῦ τε δικτάτωρος ἐπικκλήσεως)» —los antiguos títulos han desaparecido—, y añade: «Pero la esencia de aquellos poderes quedan en el nuevo título de emperador (τὸ δε δὴ ἔργον τῆ τὸν αὐτοκράτορος προσηγορία βεδακοῦνται): el emperador tiene el derecho, por ejemplo, de reclutar soldados, señalar los impuestos, declarar la guerra y hacer la paz; tiene el poder supremo, dentro y fuera de la ciudad, sobre todos, sean o no ciudadanos; ejerce en todas partes su justicia soberana, e impone la pena capital o cualquier otra; se arroga, en fin, todas las atribuciones que en los antiguos tiempos de Roma pertenecían al poder supremo». ¿Puede decirse más claramente que la palabra *imperator* es sinónima de la de *rex*, como *imperare* es sinónimo de *regere*? Y, si esto es así, ¿no hay contradicción al oír a Tiberio llamarse más tarde «señor de sus esclavos, *imperator* de sus soldados, y príncipe (πρόκρκτος, *princeps*) de sus conciudadanos?» (Dion., 57, 8). ¿No resulta de aquí, a lo que parece, una asimilación de la función imperial con la puramente militar? De ninguna manera: en este caso, la excepción viene a confirmar la regla. Se sabe que Tiberio afectaba no querer el nuevo imperio como lo había tenido César (Suet., *Tib.*, 26; Dion., 57, 2; Eckhel, 6, 200): no era, pues, sino el *imperator* especial, el *imperator* puramente militar, llevando por lo tanto un título vacío. <<

[9] Según nuestra cuenta aproximada (*loc. cit.*), el número medio de senadores sería de mil a mil doscientos. <<

[10] Véanse también las prudentes fórmulas empleadas por las leyes de César a propósito de las altas magistraturas; *Cum censor aliusve quis magistratus Romæ populi censum aget (lex Jul. municip., 1, 141): Prætor iste quei Romæ jure deicundo prærit (l. Rubr. passim): Quæstor urbanus queive ærario prærit (l. Jul. munic., 1, 37 et passim).* <<

[11] A decir verdad, estos nuevos principios no rigen ni se manifiestan por completo hasta el reinado de Augusto; pero como estas notables reformas judiciales se hallan contenidas, por decirlo así, en la institución imperial, tal como César la fundó, nos parece oportuno referirlas también a él. <<

[12] Cicerón, en su *Tratado del orador* (*De orat.*, II, 42), alude principalmente a los procesos criminales cuando pone en boca de Antonio, el gran abogado, esta reflexión: «Los hombres juzgan ordinariamente según sus odios, sus afecciones, sus deseos, su ira o su dolor, y obedecen más a las emociones de su alma, ya de alegría, de esperanza, de miedo o de error, que a la verdad o a las prescripciones del texto, o a las reglas del derecho, a la fórmula del proceso o a la ley». Y fundándose en esto, sobre todo, deduce y completa en el indicado sentido su enseñanza para los abogados, sus lectores. <<

[13] *B. g.*, 1, 39. <<

[14] Se sabe que parte de los tribunos militares eran antes elegidos por el pueblo. César, fiel demócrata en esta ocasión, no hizo ninguna innovación en este punto. <<

[15] Plut., *Cas.*, 58. <<

[16] Esta era la consecuencia del derecho de latinidad concedido a la Sicilia. Por otra parte, Varrón, en su libro (*De re rust.*, 2, *præfat*) publicado después de la muerte de Cicerón, atestigua claramente la abolición de los diezmos sicilianos y, hablando de las provincias productoras de trigo que abastecían a Roma, no cita más que al África y a la Cerdeña, y no dice una sola palabra de la Sicilia. <<

[17] En el espacio de un corto número de años, en la misma Sicilia, país de la producción, el *modius* romano (aproximadamente 8,63 l) se había vendido a dos sestercios, y después a veinte. Por medio de este ejemplo tenemos una idea del movimiento de los precios en Roma, antro de los especuladores, donde no se podía vivir sino del trigo de ultramar. <<

[18] No deja de ser interesante ver a un sabio escritor, posterior a César, al autor de las dos *Cartas políticas* falsamente atribuidas a Salustio, darle el consejo de hacer extensiva la anona de Roma a todos los demás municipios. El crítico aconsejaba un acto justo, y el mismo pensamiento inspirará un día a Trajano su gran organización municipal de los socorros a los huérfanos. (*Epist.*, 2, 8. *Et frumentum id quod antea premium ignaviæ fuit per municipia et colonias, illis dare convenient [...].*) <<

[19] Nada más sorprendente que las distinciones hechas por el mismo Cicerón en su *Tratado del deber (De offic., 1, 42)*: «Entre las profesiones y las maneras de hacer fortuna, he aquí las que son tenidas por liberales y las que son reputadas viles. En primer término, son despreciables todos los oficios que provocan el odio de una tercera persona, los cobradores del portazgo o los usureros. Son liberales y viles el oficio de mercenario y de cualquier otro que vende su brazo, no su arte, porque el salario aquí no es más que la retribución de la servidumbre. Es necesario tener por viles a los revendedores de mercancías, porque todas sus ganancias las realizan a fuerza de mentir, y no hay cosa más vergonzosa que la impostura. Todo artesano hace una obra vil, y nada puede haber de común entre él y el hombre bien nacido. Todavía se debe conceder menos estima a aquellos oficios que proveen a nuestras necesidades materiales: despensero, carnicero, cocinero, mondonguero, pescador y proveedor de aves (*celarii, lanii, coqui, fastores, piscatores, aucupes*), como dice Terencio. Agregad a estos los perfumistas, los danzantes y los dueños de casas de juego. Respecto de aquellas artes que suponen más saber y cuya utilidad no es despreciable, la medicina y la arquitectura, ciencias que se refieren a cosas honestas, sientan bien a los hombres que no son de elevada condición. Todo pequeño comercio es ocupación baja; si el tráfico es grande y abundante, si se hace con todos los países y vende los géneros al por mayor y lealmente, conviene que no lo repugnemos, y si el mercader colmado de ganancias o simplemente satisfecho abandona su ocupación, y, de la misma suerte que antes se había dedicado a traer los productos de los países transmarinos, se retira a sus campos y posesiones, tendrá ciertamente derecho a nuestros elogios. Pero de todos los medios de adquirir, la agricultura es, a mi juicio, el mejor, el más fecundo, el más grato y el más digno del hombre libre...». Así, el hombre honrado por completo es el propietario de tierras: el comercio es tolerado solo como un medio de conseguir el último fin. La ciencia no es más que un oficio que se debe dejar a los griegos o a los romanos de mediana condición, pues estos llegan a ser mediante ella admitidos hasta cierto punto en los círculos de la alta sociedad. ¿No encontramos aquí en toda su fuerza la aristocracia del colono agricultor, con un tinte marcado de espíritu comercial, bajo el ligero barniz de una cultura general? <<

[20] Macrobio (*Saturn.*, 2, 9) nos ha conservado la lista del banquete dado por Mucio Léntulo Niger (antes del 691) a su advenimiento al pontificado, a cuyo festín asistieron los demás pontífices, entre ellos César, las vírgenes vestales, muchos otros sacerdotes y algunas damas, próximas parientes: «Manjares de entrada: erizos de mar; ostras frescas a placer; palurdos (mariscos) y espóndilos; zorzales; pollos cebados y engrasados sobre empanadas de ostras y de otros mariscos; las llamadas bellotas de mar, negras y blancas; repitiéndose los espondilos; glicomarides y erizos; becafigos; solomillos de corzo; costillas de cerdo; pájaros engrasados y rebozados en harina; otra vez los becafigos; los *murex* y las púrpuras. Servicio principal: ubre de cerda; cabezas de puerco; empanadas de pescado; empanadas de ubre de cerda; ánades; cercetas estofadas; liebres; aves asadas, etc., etcétera». Tales son los festines de los colegios sagrados de los que dice Varrón: «*Collegiorum cænæ que tunc innumerabilis excandefaciebant annonan macelli*». En una sátira enumera también los manjares delicados y exóticos más buscados, de la manera siguiente: «Pavos reales de Samos; pollos de Frigia; grullas de Melos; corzos de Ambracia; atunes de Calcedonia; morenas del Estrecho de Gades; ostras y almejas de Tarento, etcétera».

<<

[21] La última, al menos, se encuentra en las leyes reales egipcias (Diod., 1-79). La legislación de Solón, por el contrario, no pone ninguna restricción al tipo de interés, y aun autoriza expresamente su arbitraria elevación. <<

[22] Al ver a César instituir en las provincias dieciséis propretores anuales y dos proconsulados, siendo por dos años el cargo de los dos procónsules, se podría inferir de aquí que en sus planes estaba elevar a veinte el número de las provincias; pero esta conclusión carecería de fundamento, toda vez que tenía el propósito de reducir el número de oficios y aumentar el de las candidaturas. <<

[23] Narbona era la colonia de la décima (*decumani*); Beterra, la de la séptima (*septimani*); *Forum Julii*, de la octava (*octavani*); Arlés, y con Arlés la colonia latina de Ruscino (la Tour de Rosellon) de la sexta (*sextani*), y Arausio, de la segunda. Falta la novena legión, cuyo número había sido deshonrado por la sedición de Placencia. Que los colonos de estas diversas ciudades hayan sido sacados exclusivamente de las legiones epónimas, no se dice si hay motivos para creerlo, puesto que la mayor parte de los veteranos se han establecido en Italia. Cuando Cicerón se quejaba de que César confiscase en masa provincias y regiones enteras (*De offic.*, 2, 7: cf. *Philipp.*, 13, 15, 31, 32), se desprende que estas quejas (como se ha probado por la estrecha relación que guardan con la parecida censura relativa al triunfo sobre los masalotas), se referían a las incorporaciones de territorio en la provincia narbonense, y sobre todo a las confiscaciones territoriales impuestas a Masalia en presencia misma de las colonias aquí mencionadas. <<

[24] La tradición no nos da a conocer expresamente quién concedió el derecho latino a las ciudades no colonizadas de la provincia narbonense, Nemausus, entre otras. Pero César (*B. civ.*, I, 35) expresa claramente que Nemausus, hasta el año 705, era una villa masaliota y, según Tito Livio (*Diod.*, 41, 25; *Flor.*, 2, 13; *Oros.*, 6, 15), esta fue la región sobre la que recayeron las confiscaciones ordenadas por César. Por otro lado, de las monedas anteriores a Augusto y de la afirmación de Estrabón, resulta que Nemausus era ciudad de derecho latino, de lo cual se deduce que César fue quien le concedió aquel derecho. Y en cuanto a Ruscino (Rossellón, cerca de Perpiñán) y a las demás ciudades latinas de la Galia narbonense, puede conjeturarse que también lo recibieron en la misma época que Nemausus. <<

[25] Es cierto que las ciudades de derecho romano no tenían más que una jurisdicción limitada; pero una cosa sorprende, y sin embargo resulta indudable del texto de la ley municipal dada para la Galia cisalpina: los procesos que estaban fuera de la competencia local en esta provincia eran avocados, no ante el gobernador provincial, sino ante el pretor de Roma. No obstante, el gobernador en su provincia ocupa de derecho el lugar del pretor que en Roma falla los litigios entre los ciudadanos romanos y del otro pretor que juzga entre ciudadanos y extranjeros. En las reglas de derecho, se habrían debido conocer las causas de que entendía el magistrado superior, y esta anomalía se explica como un resto de la organización anterior a Sila. Recuérdese que entonces los dos magistrados de Roma (el pretor de la ciudad y el de las afueras) tenían jurisdicción sobre todo el territorio continental hasta los Alpes, y que, por consiguiente, cuando los procesos salían fuera de los límites de la competencia municipal, eran devueltos a los pretores. Por el contrario, en Narbona, Gades, Cartago y Corinto el conocimiento de estas mismas causas pertenecía al jefe de la provincia. Es probable, por otra parte, que hubiera dificultades prácticas sobre cuándo había de instruirse y despacharse en Roma. <<

[26] No sé por qué se ha querido ver una antinomia inconciliable en el hecho de concederse a toda una comarca el derecho de ciudadanía romana, manteniendo a la par en esta misma comarca el régimen provincial. ¿No es un hecho notorio que la Galia cisalpina haya recibido de una vez el derecho romano en 705, a lo sumo, y que no obstante continuara siendo una provincia romana mientras César vivió, que no fue reunida a Italia hasta que murió este (Diod., 48, 12), y que, en fin, hasta el año 711 no se haya hecho mención de los magistrados que la administraban? ¿Era posible el error en vista de la ley municipal de César, en la que nunca se encuentra la palabra Italia, y que designa siempre la Galia cisalpina? <<

[27] ¿Cómo se ha podido dudar que esta innovación data de César y que no es de época posterior a la guerra social? Cicerón lo afirma (*In Verr. Act.*, 1, 18, 54 y sigs.).

<<

[28] Las piezas de oro que Sila y Pompeyo habían mandado acuñar en la misma época, por cierto en escaso número, no contradicen esta opinión. Probablemente eran recibidas al peso, de la misma manera que los filipos de oro, que todavía se hallaban en circulación en tiempo de César. Aquellas piezas tienen de notable que anteceden a la moneda de oro cesariana, como la regencia de Sila antecede a la nueva monarquía.

<<

[29] Parece seguro que, otras veces, las cantidades debidas en moneda de plata a los acreedores del Estado no podían serles entregadas, aunque lo quisieran, en oro o en valores de referencia legal entre el oro y la plata. A partir de César, por el contrario, la pieza de oro tiene circulación en todas partes por valor de cien sestercios de plata. Y el hecho tiene tanta más importancia cuanto que, a consecuencia de las enormes cantidades de oro puestas por César en circulación, este metal bajó en pocos años el 25% del valor de su curso legal. <<

[30] Durante la era imperial no se encuentra inscripción alguna en que los valores se cuenten de otra manera que en moneda romana. <<

[31] Así, la dracma ática, aunque era sensiblemente más pesada que el denario, no se recibía sino por el mismo valor. La tetradracma de Antíoco, que por término medio pesaba más de quince gramos, valía solo tres denarios romanos, cuyo peso era de doce gramos. Así, el cistóforo del Asia Menor, cuyo valor en plata excedía los tres denarios, no era recibido legalmente más que por dos y medio. La demidracma rodia, que valía tres cuartos de denario en plata, era recibida también por cinco octavos, y así las demás. <<

[32] El año 708, el llamado año de la confusión (*Macrob.*, I, 16), se alargó de manera que quedasen reparados los errores preexistentes. Para hacer que comenzase el 1º de enero de 709 el primer año de la era juliana, César aumentó noventa días este año 708 del antiguo calendario, los cuales fueron distribuidos del modo siguiente: se intercaló un mes de veintitrés días entre el 23 y el 24 de febrero; dos meses a fin de noviembre, uno de veintinueve y otro de treinta y un días, y además siete días contados aparte. Estos dos últimos meses componían, con el suplemento, un total de sesenta y siete días. A partir del año 709, se añadió cada cuatro años un día intercalado entre el 23 y el 24 de febrero. <<

[33] La identidad de este edicto, redactado quizá por Marco Flavio (*Macrob. Saturn.*, 1, 14-16), y del *Escrito sobre las constelaciones*, atribuido a César, me parece probada por el sarcasmo de Cicerón (*Plut., Cæs.*, 59): «Hoy sale la *Lira* por orden». Por lo demás, se sabía antes de César que el año solar de 365 días y 6 horas, admitido por el calendario egipcio, excedía un poco en duración al verdadero. Según el cálculo más exacto del año trópico que ha conocido la antigüedad, el de Hiparco, el año verdadero duraba 365 días, 5 horas, 52 minutos y 12 segundos; y, según los cálculos exactos de nuestros tiempos, su duración real es de 365 días, 5 horas, 48 minutos y 48 segundos. <<

[³⁴] César fue a Roma en abril y en diciembre de 705, y no se detuvo allí más que algunos días. Residió en la misma capital desde septiembre hasta diciembre de 707; estuvo también allí como unos cuatro meses durante el otoño del año 708 (año de quince meses); y, en fin, permaneció en Roma hasta su muerte, desde octubre de 709 hasta marzo de 710. <<

XII. RELIGIÓN, CULTURA, LITERATURA Y ARTE

[1] Estas siete ciencias las constituían, como se sabe, las siete artes liberales. Salvo la distinción que hay que hacer en cuanto a las épocas, entre las tres artes que primero fueron recibidas en Italia y las cuatro que se introdujeron más recientemente, se han perpetuado en las escuelas de la Edad Media. <<

[2] Ejemplo: genitivo *senatus* y *senatus*, dativo *senatus* y *senatus*. <<

[3] *Maxumus* por *Maximus*. <<

[4] Citemos a Varrón (*De re rust.*, 1, 2): *In aedem Telluris veneram, rogatus ab aeditimo, ut dicere dicimus a patribus nostris, ut corrigimur a recentibus urbanis, ab aedituo.* <<

[5] Citemos la dedicatoria muy característica de esta clientela, tomada de la descripción poética de la tierra y conocida en el mundo erudito con el nombre de *Periegesis de Scymnos*. Después de manifestar su designio de escribir en el metro favorito de Menandro una especie de reseña geográfica, útil a los alumnos y fácil de aprender de memoria (lo mismo que Apolodoro había dedicado su *Manual* parecido al rey Atalo Filadelfo de Pérgamo, «para quien será eterna gloria que este libro de historia lleve su nombre»), el autor de la *Periegesis* dedica el suyo al rey Nicomedes III de Bitinia (663-679):

«Puesto que, solo —dice— entre los reyes de este tiempo, tú sabes repartir los dones del favor real, yo me he decidido a experimentarlo: procuro y quiero ver lo que es un rey. El oráculo de Apolo me anima a ello, y me acerco gustoso a tu morada, que casi ha llegado a ser, a una señal tuya, el común asilo de los sabios.» <<

[6] De Parthenius de Nicea, hecho prisionero en las guerras contra Mitrídates, se dice que vivió hasta la época de Tiberio, y que hizo poner sus obras y sus estatuas en las bibliotecas. Había tenido el honor de enseñar el griego a Virgilio (Macrob., *Saturn.*, 5, 17), que lo imitó en el *Moretum*. Se dice que la mayor parte de sus poemas eróticos o mitológicos se distinguían de los alejandrinos y asiáticos por su claridad. Se ha conservado de este autor un fragmento en prosa sobre las *Desdichas amorosas*, dedicado a Cayo Galo, que también fue su discípulo. <<

[7] Se recordará que cualquiera que poseía cien mil sestercios, entraba ipso facto en la primera clase de electores, y su heredad caía bajo el dominio de la Ley Voconia. Gracias a este censo quedó franqueada la barrera que separaba al hombre de condición de las personas humildes (*tenuiores*). Por esto Furio, el cliente pobre de Catulo, pedía sin cesar a los dioses cien mil sestercios. <<

[8] En el *Viaje a los infiernos* de Laberio, se ve pasar a toda clase de individuos, que han presenciado prodigios y signos: a uno de ellos se le ha aparecido «un marido de dos mujeres». A lo que un vecino exclama que «este es un prodigio más admirable todavía que los seis ediles vistos en sueño por un adivino». De dar crédito a las habladurías de la época, César tenía la pretensión de establecer la poligamia (Suet., *Cæs.*, 52); y se sabe que en realidad elevó el número de los ediles de cuatro a seis. También se deduce de aquí que, si Laberio aludía al papel de «loco del príncipe», César, a su vez, lo dejó en plena libertad. <<

[9] El Senado, en sus fiestas, le daba por cada representación mil denarios, no comprendiendo a la cuadrilla, que era igualmente costeadada. Más tarde renunció a todo honorario personal. <<

[10]

*Qui genus humanun ingenio superavit, et omnes
Præstinxit, stellas exortus, uti ætherius sol.
(3, 1056.) <<*

[11] Parece, sin embargo, que hay que hacer algunas excepciones. En efecto, habla del país del incienso, Panquea (2417). Pero estas excepciones tenían su aplicación. Estas mismas indicaciones ya se encuentran en el *Viaje* de Evemeris, de donde han podido pasar a las composiciones poéticas de Ennio, y en todo caso en la profecías de Lucio Manlio. Por otra parte, aquellas no eran nuevas para el público de Lucrecio. <<

[12] Nada, en efecto, más natural que aquellas pinturas guerreras: las escuadras destrozadas por las tempestades y los furiosos elefantes destruyendo a sus mismos soldados, imágenes todas copiadas de las guerras púnicas. Lucrecio habla de ellas como si hubiera sido testigo ocular: Cf. 2, 41; el, 1226, 1303, 1333. <<

[13] Qué diferencia entre el verso latino, tan elevado por su grandiosa armonía y el brillo de sus colores, y la pálida imitación de M. Pomgerville: *traductore, traditore*.

*Du hideux fanatisme esclaves consternés
Les mortels dans ses fers gemissaient prosternés:
La tête de ce monstre, aux plaines du tonnerre,
Horrible, d'un regard épouvantait la terre.
Noble enfant de la Grèce, un sage audacieux
Le premier vers le ciel osa lever les yeux.
Le péril l'enhardit: en vain le foudre gronde:
Il brise, impatient les barrières du monde:
Aux champs de l'infini par l'obstacle irrité
Son genie a d'un vol franchi l'immensité!*

Lucrecio califica exactamente la religión, los dioses y el cielo, contra quien se levanta su filósofo (*De nat. rer.*, 1, 63). <<

[14] «Verdaderamente —dice a propósito de Ennio (*Tuscul.*, 3, 19)— nuestros recitadores a la moda de los versos de Euforión tienen en menosprecio al gran poeta.» Y en otra parte, en una carta a Atico (7, 2): «He llegado felizmente; el viento que sopla de Onquesino no ha podido sernos más favorable, y nos ha trasladado aquí desde Epiro (*ita belle nobis flavit lenissimus Onchesmites*). Pero ¿no he incurrido yo aquí en un *espondaico*? Véndelo como si fuera tuyo al que quieras de nuestros jóvenes». <<

[15] Este mediano poeta nació el año 640, y de él nos quedan tres pequeños fragmentos (v. Weichert, *Poet. lat.*). Había publicado *Anacreóntica* (Gell., 2, 21, 19, 9; Anson., *Cento nupt.*, 13) en yámbicos dímetros. <<

[16] ¿Qué más infantil que el cuadro de Varrón sobre las diversas filosofías? Comienza este autor por eliminar todo sistema que no se proponga como último fin el bienestar del hombre, y después de hacer esta distinción no enumera menos de 288 sistemas filosóficos diversos. Sin embargo, era demasiado hábil y erudito para declarar que él mismo no podía ni quería ser filósofo. También se lo ve durante su vida vacilar constantemente entre el pörtico, el pitagorismo y el cinismo (*De Philosophia*). <<

[17] «Ponte a tartamudear (*gargaridans*) —dirá él— las bellas imágenes y los versos de Clodio, el esclavo de Quincio, y a exclamar con él: ¡oh, suerte! ¡oh, destino!» (*Epistol. ad Fuflum*). Y en otra parte: «Puesto que Clodio, el esclavo de Quincio, ha sabido hacer tantas comedias sin el auxilio de las musas, ¿no podía yo fabricar también, como dice Ennio, un pequeño poema? (*Bimarcus*)». Este Clodio, que nos es desconocido, parece que sería algún pobre imitador de Terencio. En efecto, no sé en qué comedia de este se halla la exclamación de que Varrón se burla: «¡Oh, suerte! ¡Oh, destino!». En el *Asno tocador de laúd*, Varrón pone en boca de un poeta este rasgo:

«Soy discípulo de Pacuvio, que fue a su vez discípulo de Ennio, el discípulo de la musa, y me llamo Pompilio.»

¿No hay aquí una parodia de la introducción del poema de Lucrecio? Varrón había abandonado el epicureísmo y se había convertido en su enemigo. Por lo tanto debió sentir poca inclinación hacia Lucrecio, a quien no cita, que nosotros sepamos, en ninguna parte. <<

[18] Dice él mismo en cierto pasaje, con un alto sentido por cierto, que «sin agradarle mucho las antiguas palabras, las usaba con bastante frecuencia, y que, agradándole mucho las poéticas, no las usaba nunca». <<

[19] Tomamos los siguientes versos de su *Esclavo de Marcus (Marcipor)*:

*Repente noctis circiter meridie
Cum pictus aer fervidis late ignibus
Coeli choream astricem ostenderet,
Nubes aquales, frigido vel leves
Coeli cavernas aureas subduxerant
Aquam vomentes inferam mortalibus.
Venti frigido se ab axe eruperunt
Phrenetici septentrionum filii,
Secum ferentes tegulas, ramos, syros.
At nos caduci naufragi ut ciconioe
Quarum bipennis fulminis plumeas vapor
Perussit alte, moesti in terram cecidimus.*

«De repente, hacia la medianoche, cuando a lo lejos el cielo, iluminado por fuegos centelleantes, presenta las constelaciones de los astros, al punto las cargadas nubes vuelven a cubrir la bóveda de oro con su velo frío y húmedo, y derraman a torrentes el agua sobre los mortales que habitamos aquí abajo; y los vientos, furiosos hijos del septentrión, desencadenándose del polo glacial, lo arrastran todo, las tejas, las ramas y los restos. Mientras tanto, anonadados, náufragos, a semejanza de bandada de cigüeñas, con el ala quemada por el relámpago de doble punta, caemos tristemente en tierra.»

En otra parte, en la *Ciudad humana (Anthropopolis)*, exclama:

«Ni el oro ni todos los tesoros darán libertad a tu pecho: las montañas de oro del persa dejan al mortal expuesto a los cuidados y al temor, de los cuales no lo libran ni los pórticos del opulento Craso.»

*Non fit thesauris, non auro pectus solutum:
Non animis demunt curas ac religiones
Persarum montes, non divitis atria Crassi.*

Nuestro poeta no es menos feliz en los versos ligeros. En la sátira titulada *Al jarro su medida*, leemos un precioso elogio del vino:

*[...] Vino nihil jucundius quisquam bibit:
Hoc æritudinem ad medendam invenerunt;
Hoc hilaritatis dulce seminarium,
Hoc continet coagulum convivium.*

«El vino es para todos la más agradable bebida; es el remedio que cura las enfermedades; es la dulce causa de la alegría; es el lazo que une a los convidados.»

Por último, en otro lugar, en la *Máquina para perforar el mundo*, el viajero que vuelve a su país natal termina con estas palabras su arenga a los marineros:

*Detis habenas animæ leni,
Dum ventus vos flamine sudo
Suavem ad patriam perducit.*

«Dejad correr al céfiro dulce, mientras sus ligeras alas nos lleven a la patria querida.» <<

[20] Las sátiras de Varrón tienen una alta importancia histórica y hasta poética. Sin embargo, son conocidas por un corto número de eruditos, a causa del incompleto estado en que han llegado hasta nosotros los escasos fragmentos que nos permiten juzgar de ellas. Por último, es tan ardua tarea llegar a descifrarlas, que nos vamos a permitir dar aquí algunos pasajes de ellas relacionándolos entre sí, y haciendo las restauraciones indispensables para su inteligencia. La sátira del *Madrugador* (*Manius*) nos ofrece el cuadro de una casa rústica. El madrugador «se levanta y hace que su gente se levante con el sol, y la conduce al trabajo. Los jóvenes hacen ellos mismos su cama, que la fatiga se la vuelve blanda, y preparan el cántaro de agua y la lámpara. Su bebida sale de la fuente fresca y clara; por alimento tienen pan, y cebollas por condimento. En la casa y en el campo todo marcha admirablemente. La casa no es una obra de arte; pero un arquitecto admiraría su simetría. Respecto de los campos, se cuida de que estén bien dispuestos y labrados, y de que no se esterilicen por abandono o por mal cultivo. Ceres, agradecida, protege los frutos contra todo daño, y los hacinados y abundantes haces llenan de alegría el corazón de los labradores. Todavía reina allí la más franca hospitalidad, y cualquiera que llega es bien recibido. La despensa del pan, los toneles de vino, los salchichones, colgados en abundancia en las vigas, las llaves y la cerradura, todo se pone a disposición del viajero, al cual se sirven platos abundantes; y cuando se ha hastiado, sigue sentado el huésped frente al fuego de la cocina, sin mirar atrás ni adelante, alegre y aprobando con la cabeza; y cuando va a acostarse, se le extienden las mejores pieles de ovejas de doble vellón. Allí se obedece, como buenos ciudadanos, a la justa ley de no hacer sinrazón al inocente ni perdonar por gracia al culpable; allí no se murmura del prójimo, ni se profana con los pies el hogar sagrado, pero se honra a los dioses con el recogimiento y los sacrificios, y se ofrece a los lares su parte de vianda en el pequeño plato que les está destinado; y cuando muere el señor se acompaña su féretro con preces, entonadas ya en los funerales de su padre y de sus antepasados».

En otra sátira se presenta un maestro de los antiguos (*Gerontodidasalus*). La depravación de los tiempos hace sentir la necesidad, más que de un maestro, de la juventud, cuyo maestro enseña «cómo en otras épocas todo era en Roma casto y piadoso», mientras que por entonces habían cambiado por completo las cosas. «¿Me engañarán mis ojos? ¿No veo, por ventura, esclavos en guerra contra sus señores? En otro tiempo, el que no se presentaba al alistamiento de las milicias era vendido como esclavo. Al presente, el censor de la aristocracia, que consiente toda clase de indignidades, y que deja que todo se pierda, es llamado un gran hombre (*magnum censorem esse*), y recibe el elogio, cuando no se cuida de adquirir una reputación, poniendo en orden a sus conciudadanos. Antes, el labrador romano hacía que lo

afeitasen una vez por semana; ahora el siervo del terruño jamás se halla dispuesto a ello; antes se encontraba en la casa un granero capaz de contener diez recolecciones, inmensas bodegas para los toneles y prensas por si fuesen necesarias; actualmente, el señor tiene manadas de pavos reales e incrusta las puertas de su casa con madera de ciprés de África. Antes, la mujer arreglada hilaba la lana con sus propias manos, teniendo a su vez fija la vista en el fuego y en la marmita para que no se pegasen las viandas; hoy (y esto lo tomamos de otra sátira) la hija pide al padre una libra pesada de joyas y la mujer al marido una caja de perlas. Antes, en la noche de boda, el hombre se estaba quieto y encogido, y ahora la mujer se entrega al primer cochero que se presenta. Antes, los hijos eran el orgullo de la mujer, y ahora, cuando el marido desea prole, aquella le contesta: no sabes tú lo que dice Ennio: ‘que vale más exponer su vida en tres batallas que engendrar una sola vez’. En otro tiempo, era una completa felicidad para la mujer que el marido la llevase al campo una o dos veces al año en un carro sin cojines (*arcera*). Ahora —añadía sin duda Varrón (cf. Cic., *Pro. Mil.*, 21, 55)—, la dama se incomoda cuando su marido sale sin ella, y se hace acompañar por el camino hasta la ciudad por su elegante servidumbre de griegos y por su capilla de música». En un ensayo moral, *Catus o de la educación de los hijos*, Varrón da a conocer al amigo que le pide consejo las divinidades a las cuales, según la antigua costumbre, convenía consagrar sacrificios para la prosperidad de los hijos. Hace además una alusión al sistema inteligente de los antiguos persas y a su juventud, educada fuertemente, y prohíbe el exceso de la alimentación y del sueño, el pan de flor y los manjares delicados. Los pequeños perros, dice el anciano, no están hoy más prudentemente alimentados que nuestros hijos. «Y luego, ¿a qué conducen tantos hechiceros y tantas pantominas, cuando lo que se necesita a la cabecera del enfermo son médicos? Que las jóvenes no dejen los bordados para que un día sepan bordar y hacer tejidos, y que no desechen demasiado pronto el traje de la infancia. No llevéis a estos niños a los combates de gladiadores, porque en ellos se endurecerá pronto su corazón y aprenderán a ser crueles.»

En el *Sexagenario* (*Sexageris*), Varrón se convierte en Epiménides, se duerme a la edad de diez años y despierta al cabo de medio siglo. Se admira de encontrarse con la cabeza calva en vez de su infantil cabeza de corta cabellera, con su hocico horroroso y con el pelo erizado; pero lo que más lo asombra es el cambio que ha sufrido Roma. Las ostras del Lucrino, que antes era un manjar propio de bodas, se sirven en todas las mesas; y, en cambio, el libertino cargado de deudas se iba insensiblemente arruinando (*adest fax involuta incendio*). En otro tiempo, el padre perdonaba a su hijo; hoy es el hijo el que perdona al padre... envenenándolo. Los comicios electorales no son más que una bolsa, y el proceso criminal una mina de oro para el jurado. No se obedece más que a una ley, solo a una: no darle a uno nada por nada. Las virtudes han desaparecido; y nuestro hombre, al despertar, es saludado por los

nuevos huéspedes (*inquilinæ*), la blasfemia, el perjurio y la lujuria. «¡Oh, mal hayas tú, Marcus, mal haya tu sueño y tu despertar!» Al leer este trozo se acuerda uno de las turbulencias catilinas; y, en efecto, poco tiempo después de Catilina (hacia el año 697) lo escribió nuestro anciano, y el amargo desenlace de la sátira no carece de un fondo de verdad. Marco, maltratado como se merecía por sus acusaciones intempestivas y sus reminiscencias de pasados tiempos (*ruminaris antiquitatis*), es arrojado al Tíber desde el puente como un viejo inútil. Esta es la parodia de una primitiva costumbre de Roma. De hecho, no había ya lugar en la ciudad para tales hombres. <<

[21] He aquí un pasaje de una arenga: «Tú te apoderas de estos inocentes, cuyos miembros están temblando, y haces que sean sacrificados sobre la alta ribera del río». En este escritor se encuentran frases parecidas, como cosa corriente, buenas a lo sumo para emplearlas en un cuento del álbum de año nuevo. <<

[22] Clitarco, contemporáneo de Alejandro de Macedonia, lo acompañó a Oriente y escribió la *Historia de sus guerras* en doce libros (Cic., *Brut.*, 11, *De legib.*, 1, 2). Quintiliano (10, 11, 74) dice que, si fue hábil, en cambio no merece crédito (*fides improbatur*). Algunos fragmentos nos quedan de él, mezcla de fábula y de maravilloso, y por ellos se viene en conocimiento de su estilo pesado y enfático (Sainte Croix, *Exam. crit. las hist. de Alej.*, pág. 41). <<

[23] Hace tiempo que, por vez primera, se emitió la opinión de que el *Comentario sobre la guerra de las Galias* se publicó de una vez, y la prueba de ello es que desde el primer libro se ve a los boyos y a los eduos en igualdad de condiciones, aunque en el séptimo se indica que los primeros eran todavía súbditos y tributarios de los segundos. Tan solo por la conducta de los boyos y la de los eduos en la guerra con Vercingetorix, fueron igualados aquellos a sus antiguos señores. De otro lado, para el que preste atención a los acontecimientos, una alusión hecha en otro lugar a la empresa de Milón muestra bien a las claras que este libro había sido publicado antes de estallar la guerra civil. No ciertamente porque César alabase en él a Pompeyo, sino porque allí aprueba las leyes de excepción del año 702, lo cual podía y debía hacer mientras abrigara la esperanza de llegar a un arreglo con su rival. Después de la ruptura, cuando derogó las condenas impuestas según los términos de estas mismas leyes, las cuales habían llegado a ser en extremo perjudiciales a su causa, el elogio no tenía ya razón de ser. Puede referirse, pues, la publicación del comentario al año 703. En lo tocante al objeto y a las tendencias del libro, se manifiestan claramente en los constantes esfuerzos de César para cohonestar con especiosos motivos las diversas expediciones militares. Según él, esas expediciones no eran más que actos defensivos exigidos por la necesidad de los acontecimientos; esfuerzos frecuentemente infortunados, como se sabe, sobre todo en lo concerniente a la irrupción en Aquitania. Sabido es que, por el contrario, los enemigos de César censuraron aquellos ataques contra las naciones celtas y germanas, considerándolos en absoluto no provocados (Suet., *Cæs.*, 24). <<

[24] Se halla un palpable ejemplo en el tratado *De re rustica*. En él divide la ciencia de la ganadería «en nueve veces tres veces tres partes»: más adelante habla de las yeguas de Ulisipo (Lisboa), a las cuales el viento hace fecundas. Todo el capítulo contiene una extraña mezcla de nociones filosóficas, históricas y de economía rural. <<

[25] Así, hace derivar a *facere* de *facies*, porque hacer es dar figura a una cosa: *vulpes*, la zorra, viene, dice con Estilón, de *volare pedibus*, volar con los pies. Cayo Trebacio, otro filólogo y jurista contemporáneo, deriva *sacellum* de *sacra cella*; Fígulo, *frater* de *ferre alter*, etcétera. Y no son estos hechos aislados: por el contrario, la manía etimológica constituye el elemento principal de la filología de entonces. Mucho se parece al método aún empleado a la sazón en la lingüística comparada cuando la teoría de la formación de las lenguas era todavía un misterio y no habían sido aún arrojados del templo los empíricos. <<